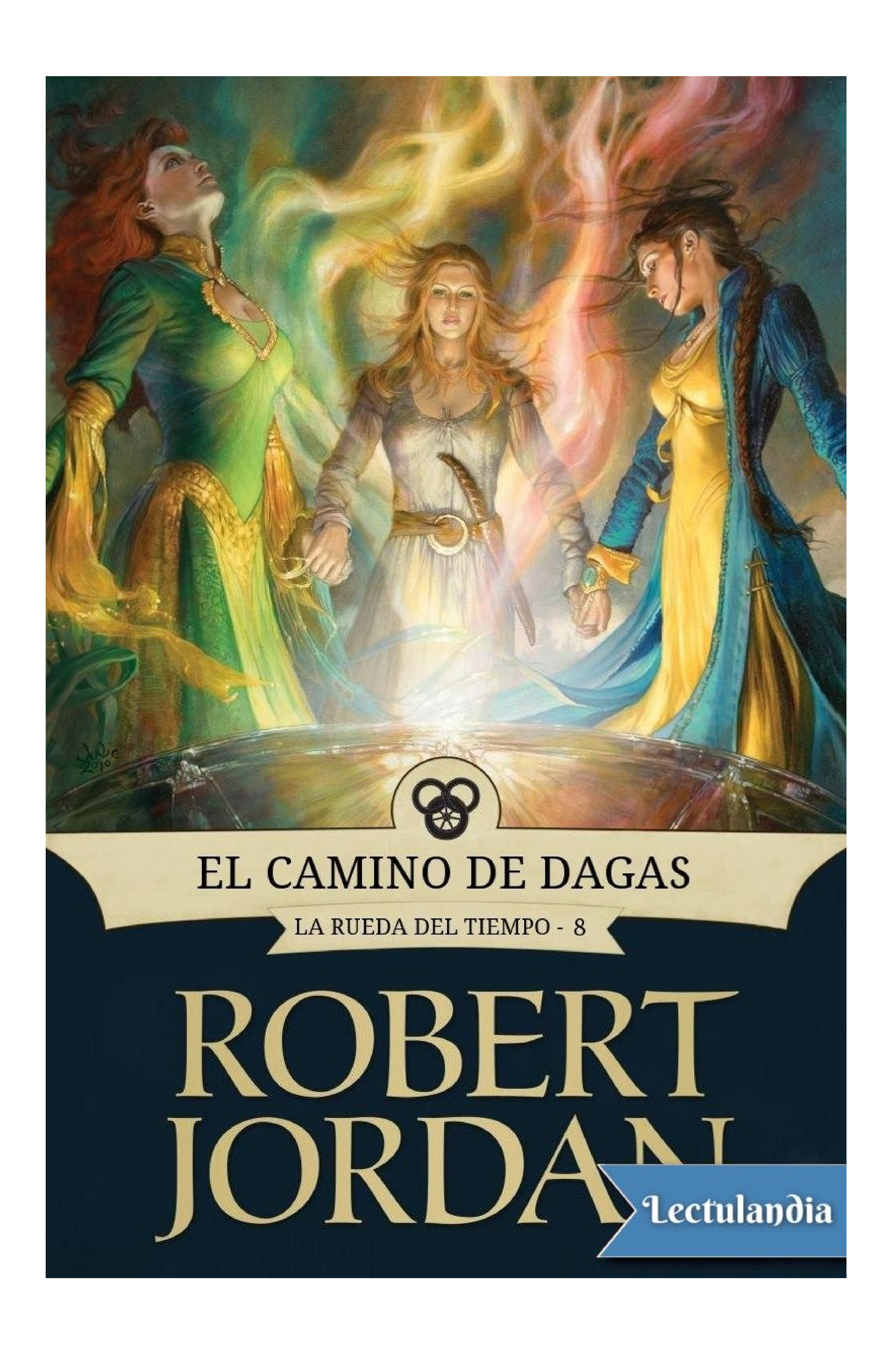

EL CAMINO DE DAGAS
LA RUEDA DEL TIEMPO - 8
ROBERT
JORDAN
Lectulandia

Mientras Elayne y Nynaeve tratan de hacer funcionar el Cuenco de los Vientos, Perrin se dirige a Ghealdan para que la reina Alliandre respalde públicamente al Dragón Renacido. Rand continúa en Illian, intentando pacificar el país. El tan deseado cambio climático, propiciado por el Cuenco de los Vientos, provoca bruscos cambios de temperatura que dificultan el desplazamiento de tropas. Rand decide hacer frente a los seanchan para frenar el avance del ejército invasor, pero además de al enemigo también tendrá que enfrentarse a la traición.

Lectulandia

Robert Jordan

El camino de dagas

La Rueda del Tiempo

ePUB v1.0

Siwan 06.09.11

Aliquam adipiscing libero vitae leo
Maecenas tempus dictum libero
Etiam eu ante non leo egestas nonummy
Aliquam adipiscing libero vitae leo
Mauris aliquet mattis metus

Para Harriet
Mi luz, mi vida, mi corazón,
para siempre

«Quien acuda a cenar con los poderosos
habrá de subir por el camino de dagas.»

Anotación anónima redactada en el margen de un manuscrito histórico (presumiblemente de la época de Artur Hawkwing) sobre los últimos días de los Cónclaves Tovanos

«En las altas esferas,
todos los caminos están pavimentados con dagas.»

Antiguo proverbio seanchan

PRÓLOGO: Apariencias engañosas

Ethenielle había visto montañas más bajas que aquellas mal llamadas Colinas Negras, grandes formaciones arriscadas de peñascos medio enterrados que surcaba una red de pasos sinuosos y empinados. Algunos de dichos pasos habrían dado que pensar incluso a una cabra. Se podía viajar tres días a través de bosques agostados por la sequía y praderas de hierba amarillenta sin ver la menor señal de un asentamiento humano, y entonces, de repente, encontrarse a medio día de camino de siete u ocho aldeas que no sabían nada del resto del mundo. Las Colinas Negras eran una zona demasiado agreste y escabrosa para granjeros, lejos de las rutas comerciales, y ahora era más inclemente que nunca. Un leopardo enflaquecido, que en circunstancias normales se habría escondido ante la presencia de hombres, observaba el paso de Ethenielle y su escolta armada desde una empinada cuesta, a menos de cuarenta pasos de distancia. Hacia el oeste, unos buitres volaban en círculo pacientemente, como un mal presagio. Ni el más leve celaje empañaba el brillo rutilante del sol; sin embargo, otro tipo de nubes velaba el horizonte, ya que cuando el aire caldeado soplaba, levantaba cortinas de polvo.

Con cincuenta de sus mejores hombres siguiéndola, Ethenielle cabalgaba despreocupadamente y sin prisa. A diferencia de su casi legendaria antecesora, Surasa, no se hacía ilusiones de que el tiempo fuera a doblegarse a sus deseos sólo porque ocupara el Trono de las Nubes; y en lo referente a desplazarse con premura... En las cartas cautamente codificadas y celosamente guardadas se acordó el orden de marcha, y ello se había determinado de acuerdo con las precauciones de cada cual para viajar sin llamar la atención. Tarea nada fácil, por otro lado. Algunos la habían considerado imposible.

Ceñuda, pensó que había sido una suerte que hubiesen llegado tan lejos sin tener que matar a nadie, evitando aquellas aldehuelas aun cuando hacerlo significaba alargar en días el viaje. Los contados *steddings* Ogier no representaban problema alguno —salvo en contadas ocasiones, a los Ogier les interesaba poco lo que pasaba entre los humanos y últimamente, al parecer, menos de lo habitual— pero los pueblos... Eran demasiado pequeños para que hubiese en ellos informadores de la Torre Blanca o de ese tipo que afirmaba ser el Dragón Renacido —a lo mejor lo era; Ethenielle no sabía cuál de las dos cosas sería peor—; sin embargo, por allí pasaban buhoneros de vez en cuando. Y los buhoneros difundían rumores al igual que comerciaban con mercancías, y hablaban con gente que a su vez hablaba con otros, de manera que las hablillas se extendían como ríos que se ramificaban en un delta; primero se propagarían a través de las Colinas Negras y luego por el mundo que había más allá. Era la clase de chispa que prendía fuego a bosques y praderas. Y tal vez a ciudades. O a naciones.

—¿Hice la elección correcta, Seurailla? —Irritada consigo misma, Ethenielle torció el gesto. Estaba lejos de ser una jovencita, pero sus contadas canas no parecían haberle dado la madurez necesaria para no soltar la lengua tan alegremente. La decisión se había tomado. Sin embargo, la pregunta le había venido rondando la cabeza. Tan cierto como la Luz, no se sentía tan despreocupada como habría deseado estarlo.

La Consejera Mayor de Ethenielle taconeó su yegua parda para acercarse al castrado negro de la reina. Con su plácida y redonda cara y sus pensativos ojos oscuros, lady Serailla podría haber pasado por una granjera que, de manera accidental, había tenido que ponerse un traje de montar de una noble, pero la mente que había tras aquellos rasgos sencillos y sudorosos era tan perspicaz como la de una Aes Sedai.

—Las otras alternativas sólo conllevaban otros riesgos, pero no menores —respondió suavemente. Corpulenta y sin embargo tan grácil sobre la silla de montar como lo era bailando, Serailla siempre hablaba con suavidad, pero no en un tono solemne ni falso, sino imperturbable, sencillamente—. Sea cual fuere la verdadera razón, majestad, aparentemente la Torre Blanca está paralizada y dividida. Podríais haberos sentado a contemplar la Llaga mientras el mundo se derrumbaba a vuestras espaldas. Podríais haberlo hecho si fueseis otra persona.

La simple necesidad de actuar. ¿Era eso lo que la había llevado allí? En fin, si la Torre Blanca no podía o no quería hacer lo que tenía que hacerse, entonces otros debían ocuparse de ello. ¿De qué servía quedarse a vigilar la Llaga si mientras tanto el resto del mundo se hacía pedazos?

Ethenielle miró al hombre delgado que cabalgaba al otro lado, con aquellos mechones blancos en las sienes que le otorgaban un aire altanero, y la envainada Espada de Kirukan descansando en el doblez de su brazo. Al menos se llamaba la Espada de Kirukan, y era posible que la legendaria reina guerrera de Aramaelle la hubiese llevado a la cadera. La hoja era muy antigua, algunos decían que forjada con el Poder; la empuñadura larga, para asir con las dos manos, apuntaba hacia ella, como exigía la tradición, aunque Ethenielle no sentía el menor interés en intentar manejar una espada como hacían algunas exaltadas saldaeninas. Se suponía que una reina debía reflexionar, dirigir y mandar, nada de lo cual podría hacer mientras intentaba realizar lo que cualquier soldado de su ejército haría mucho mejor.

—¿Y vos, Portador de la Espada? —preguntó—. ¿Sentís algún escrúpulo a estas alturas?

Lord Baldhere se giró en la silla repujada con oro para mirar hacia atrás, los estandartes enfundados en cuero labrado y terciopelo bordado, portados por jinetes que marchaban a continuación de ellos.

—No me gusta ocultar quién soy, majestad —respondió, puntilloso, mientras se

giraba de nuevo hacia adelante—. El mundo tendrá muy pronto noticia de nosotros y de lo que hemos hecho. O de lo que intentamos hacer. Si vamos a acabar muertos o formando parte de la historia o quizás ambas cosas, que se sepa también los nombres que han de escribirse.

Baldhere tenía una lengua mordaz y fingía interesarse más por la música y su vestuario que por cualquier otra cosa —aquella chaqueta azul de excelente corte era la tercera que se había puesto a lo largo del día— pero, al igual que ocurría con Serailla, las apariencias engañaban. El Portador de la Espada del Trono de las Nubes cargaba con responsabilidades mucho más onerosas que aquella arma enfundada en la vaina enjoyada. Desde la muerte del esposo de la reina, hacía unos veinte años, Baldhere había dirigido los ejércitos de Kandor en su nombre, y la mayoría de los soldados lo habría seguido incluso hasta el mismísimo Shayol Ghul. No era uno de los mejores estrategas, pero sí sabía cuándo luchar y cuándo no hacerlo, y también cómo alzarse con la victoria.

—El lugar de encuentro debe de encontrarse cerca —comentó en ese momento Serailla, justo cuando Ethenielle divisaba al explorador que Baldhere había enviado por delante, un tipo astuto llamado Lomas que llevaba una cimera de cabeza de zorro; el hombre se frenó en la cima del paso que había un poco más adelante y, con la lanza inclinada, movió el brazo en un gesto que indicaba «punto de reunión a la vista».

Baldhere hizo volver grupas a su robusto castrado y bramó una orden para que la escolta se detuviera —podía gritar muy fuerte cuando se lo proponía— y luego clavó espuelas al zaino para alcanzar a la reina y a Serailla. La reunión era con antiguos aliados, pero mientras pasaban ante Lomas, Baldhere dio una orden seca al hombre de cara enjuta: «vigila y transmite»; si algo iba mal, Lomas haría una señal para que la escolta se adelantara y sacara a la reina de allí.

Ethenielle suspiró levemente cuando Serailla asintió con gesto de aprobación a la orden. Eran antiguos aliados, pero los tiempos que corrían engendraban recelos como moscas un estercolero. Lo que se traían entre manos removía la porquería y hacía que las moscas levantaran el vuelo. Demasiados dirigentes sureños habían muerto o desaparecido durante el último año para que a la reina le sirviera de consuelo llevar una corona. Demasiadas naciones habían sido devastadas hasta el punto que lo habría hecho un ejército de trollocs. Quienquiera que fuese, el tal al'Thor tenía mucho de qué responder. Mucho.

Detrás de Lomas, el paso se abría a una hondonada poco profunda y demasiado pequeña para llamarla valle, con árboles excesivamente espaciados para darles el nombre de soto. Cedros, abetos azules y pinos de la variedad tres agujas conservaban parte de su verdor, así como unos pocos robles, pero el resto tenía las copas marrones cuando no las ramas desnudas. Hacia el sur, sin embargo, se encontraba la razón de que aquel lugar fuera una buena elección para un encuentro. La forma esbelta de un

pilar de piedra, semejante a una columna de brillante encaje dorado, yacía inclinado y parcialmente enterrado en la ladera pelada, asomando sus buenos setenta metros por encima de las copas de los árboles. Todos los chiquillos de las Colinas Negras lo bastante mayores para no estar ya atados a las faldas de sus madres conocían su existencia, pero no había ningún pueblo en un radio de cuatro días de viaje ni nadie se acercaría a menos de quince kilómetros por voluntad propia. Las historias que corrían sobre aquel lugar hacían referencia a visiones aberrantes, a muertos que caminaban y a perecer por el mero hecho de tocar el pilar de piedra.

Ethenielle no se tenía por una persona imaginativa, pero aun así la sacudió un ligero escalofrío. Nianh le había dicho en cierta ocasión que el pilar era un vestigio inofensivo de la Era de Leyenda. Con suerte, la Aes Sedai no tenía motivo para recordar aquella conversación sostenida años atrás. Lástima que no se pudiera hacer andar a los muertos allí. Según la leyenda, Kirukan había decapitado personalmente a un falso Dragón y había tenido dos hijos de otro varón que podía encauzar. O quizá fuera el mismo hombre. Tal vez ella habría sabido cómo acometer su tarea y salir con bien de la empresa.

Como era de esperar, los dos primeros de aquellos con los que Ethenielle iba a reunirse esperaban ya, cada cual con dos asistentes. Paitar Nachiman tenía ahora muchas más arrugas en su cara alargada que el hombre maduro, asombrosamente apuesto, que había despertado su admiración de pequeña, por no mencionar la escasez del cabello, que casi era gris en su totalidad. Por fortuna había renunciado a la moda arafelina de peinarlo en trenzas y lo llevaba corto. Sin embargo, no iba encorvado sobre la silla de montar ni sus hombros necesitaban relleno en la chaqueta de seda verde bordada que lucía, y Ethenielle sabía que aún podía manejar la espada que colgaba a su cadera con destreza y vigor. Easar Togita, de rostro cuadrado, el cráneo afeitado a excepción del penacho blanco y con una chaqueta lisa de color de bronce viejo, era una cabeza más bajo que el rey de Arafel y más ligero de constitución, pero aun así hacía que Paitar pareciera casi blando. El gesto del rey de Shienar no era ceñudo —si acaso, en sus ojos había un punto de tristeza permanente—, pero daba la impresión de estar hecho del mismo acero que la larga espada sujeta a su espalda. Ethenielle confiaba en los dos hombres, y esperaba que sus lazos familiares ayudaran a reafirmar esa confianza. Las alianzas por matrimonios siempre habían vinculado a las Tierras Fronterizas tan firmemente como su guerra contra la Llaga, y ella tenía una hija casada con el tercer hijo de Easar, así como un hijo con la nieta favorita de Paitar, además de un hermano y dos hermanas emparentados con sus casas.

Sus acompañantes parecían tan diferentes como los soberanos. Como era habitual en él, Ishigari Terasian daba la impresión de acabar de salir del sopor etílico tras una noche de jarana y borrachera; seguía siendo el hombre más gordo montado a caballo

que ella jamás había visto, su excelente chaqueta roja estaba arrugada, tenía los ojos vidriosos y la barba crecida. Por el contrario, Kyril Shianri era alto y delgado, y casi tan elegante como Baldhere a despecho del polvo y el sudor en su cara, y llevaba campanillas de plata en las vueltas de las botas, en los guantes y atadas a las trenzas; exhibía su gesto habitual de descontento y siempre se las arreglaba para mirar de manera altanera y fría, alzando la prominente nariz, a cualquiera excepto a Paitar. En realidad, Shianri era un necio en muchos aspectos —los reyes arafelinos muy rara vez se molestaban en fingir que hacían caso a sus consejeros, confiando por el contrario en sus reinas— pero ese hombre era algo más de lo que parecía a primera vista. Agelmar Jagad podría pasar por una versión más corpulenta de Easar, un hombre corriente vestido de forma sencilla, todo él acero y granito, con más armas colgadas por todo el cuerpo que el propio Baldhere: una muerte rápida a la espera de descargarse. Por su parte, Alesune Chulin era tan delgada como Serailla corpulenta, tan bonita como poco agraciada la kandoresa, y tan fiera como tranquila era la otra mujer. Parecía que Alesune había nacido para sus finas ropas de seda azul. Buena cosa recordar que juzgar a Serailla por su aspecto exterior también era un error.

—Paz, y que la Luz te sea propicia, Ethenielle de Kandor —saludó adustamente Easar cuando la reina frenó su montura delante de ellos.

—Que la Luz te proteja, Ethenielle de Kandor —dijo casi al mismo tiempo Paitar, que todavía poseía una voz capaz de conseguir que los corazones de muchas mujeres latieran más deprisa. Y una esposa que sabía que eran suyos, desde el último cabello de la cabeza hasta las suelas de las botas; Ethenielle dudaba que Menuki hubiese estado celosa un solo momento en toda su vida o que hubiese tenido motivos para estarlo.

Devolvió los saludos con igual brevedad, pero finalizó con una frase directa:

—Espero que hayáis llegado hasta aquí sin ser vistos.

Easar resopló y se apoyó en el arzón de su silla mientras la miraba muy serio. Un hombre duro, sí; sólo que después de once años de viudedad aún seguía llorando a la esposa muerta. Incluso había escrito poesías para ella. Siempre había algo más en las personas de lo que dejaban ver las apariencias.

—Si alguien nos ha visto, Ethenielle, entonces podemos dar media vuelta —rezongó.

—¿Ya habláis de volver? —Entre el tono y el movimiento de las riendas trenzadas, Shianri se las ingenió para combinar el justo desdén con la mínima cortesía para frenar un desafío. Con todo, Agelmar lo observó fríamente mientras se movía un poco en la silla, como haría un hombre para recordar dónde lleva colgada exactamente cada arma. Viejos aliados en incontables batallas a lo largo de la Llaga, pero los nuevos recelos se removieron.

Alesune hizo caracolear su montura, una yegua gris tan alta como un caballo de

guerra. Los finos mechones blancos en su largo cabello negro de repente parecieron penachos de una celada y sus ojos hicieron que resultara fácil olvidar que las mujeres shienarianas no se entrenaban con armas ni disputaban duelos. Su título era simplemente el de *shatayan* del personal de la casa real, pero aquel que creyera que la influencia de cualquier *shatayan* se limitaba a dar órdenes a cocineros, doncellas y proveedores de vituallas, cometería un gran error.

—No debe confundirse la imprudencia con el valor, lord Shianri. Hemos dejado la Llaga casi sin vigilancia, y si fracasamos, incluso si tenemos éxito, cabe la posibilidad de que algunos de nosotros acabemos con las cabezas clavadas en picas. Tal vez todos. La Torre Blanca podría encargarse de ello si ese al'Thor no lo hace.

—La Llaga casi parece dormida —murmuró Terasian, cuya fuerte barba crecida sonó al frotarse la mejilla—. Jamás la había visto tan tranquila.

—La Sombra nunca duerme —apuntó Jagad en voz queda, y Terasian asintió como si eso fuese algo que había que tener en cuenta. Agelmar era el mejor general de todos ellos, uno de los mejores que podía encontrarse en cualquier parte del mundo, pero el lugar de Terasian a la derecha de Paitar no se le había otorgado por la mera razón de que fuese un buen compañero de copas.

—Los que hemos dejado en casa pueden guardar la Llaga, a menos que estalle otra Guerra de los Trollocs —comentó Ethenielle con firmeza—. Confío en que vosotros hayáis hecho otro tanto. Aunque poco importa, sin embargo. ¿Alguien cree realmente que podemos regresar ahora? —Planteó la pregunta secamente, sin esperar respuesta, pero la recibió.

—¿Regresar? —demandó la voz alta de una mujer joven a su espalda.

Tenobia de Saldaea galopó hacia el grupo para unirse a él y sofrenó su castrado blanco con tal brusquedad que el animal se alzó aparatosamente sobre las patas traseras. Numerosas sartas de perlas adornaban las mangas de color gris oscuro de su traje de montar, de falda estrecha, en tanto que bordados en rojo y dorado remarcaban la esbeltez de su cintura y la generosidad de su busto. Alta para ser mujer, resultaba bonita ya que no hermosa a pesar de la nariz, que como mínimo podía considerarse muy prominente. Los ojos, grandes y rasgados, de un color azul profundo, contribuían a ello ciertamente, pero también lo hacía la evidente seguridad en sí misma, tan rotunda que la mujer parecía irradiarla. Como era de esperar, la reina de Saldaea iba acompañada sólo por Kalyan Ramsin, uno de sus innumerables tíos, un hombre canoso y marcado de cicatrices, con rostro de águila y espeso bigote que se curvaba hacia bajo sobre las comisuras de los labios. Tenobia Kazadi toleraba el consejo de militares, pero de nadie más.

—Yo no regresaré —continuó fieramente—, hagáis lo que hagáis los demás. Envié a mi querido tío Davram para que me trajera la cabeza del falso Dragón Mazrim Taim, y ahora los dos, él y Taim, siguen a ese al'Thor, si he de dar crédito a la

mitad de lo que se cuenta. Dispongo de una fuerza de casi cincuenta mil hombres y, sea cual fuere vuestra decisión, yo no volveré hasta que mi tío y al'Thor sepan sin ningún género de dudas quién gobierna Saldaea.

Ethenielle intercambió una mirada con Serailla y Baldhere mientras Paitar y Easar respondían a Tenobia que también tenían la intención de seguir adelante. Serailla sacudió la cabeza de un modo apenas perceptible, en tanto que Baldhere ponía los ojos en blanco sin disimulo. Ethenielle no había esperado exactamente que Tenobia decidiera mantenerse al margen en el último momento, pero la joven crearía problemas, a buen seguro.

Los saldaeninos eran gentes raras —Ethenielle se había preguntado a menudo cómo se las arreglaba su hermana Einone para que las cosas le fueran tan bien casada con otro de los numerosos tíos de la reina de Saldaea— pero Tenobia llevaba esa rareza hasta el límite. De un saldaenino se esperaba un comportamiento extravagante, pero Tenobia disfrutaba dejando anonadados a los domani y haciendo que los altaraneses parecieran insulsos y apagados en comparación. Era legendario el genio de los saldaeninos, y el de su reina parecía un fuego arrasador avivado por fuertes vientos, sin que uno supiera jamás qué podría hacer saltar la chispa que lo prendía. Ethenielle no quería pensar siquiera en la dificultad de querer hacer entrar en razón a esa mujer cuando se cerraba en banda; sólo Davram Bashere había sido capaz de conseguirlo. Y además estaba el tema del matrimonio.

Tenobia era aún joven, si bien hacía años que debería haberse casado —el matrimonio era una cuestión de deber para cualquier miembro de una casa dirigente, cuanto más para la persona que llevaba la corona; había que establecer alianzas y tener descendientes—, pero Ethenielle jamás había tenido en cuenta a la joven para unirla con ninguno de sus hijos. Las exigencias de Tenobia en cuanto a un supuesto esposo eran acordes con todo lo demás en ella. Dicho hombre debía ser capaz de enfrentarse y matar a una docena de Myrddraal a la vez. Todo ello mientras tocaba el arpa y componía poesías. Y desconcertar a eruditos al tiempo que descendía a galope por una escarpada pendiente, o quizá mientras la subía. Por supuesto, tenía que someterse a ella —al fin y al cabo era una reina— pero de vez en cuando Tenobia esperaría que él hiciese caso omiso de lo que dijera y se la cargara al hombro. ¡La chica quería exactamente eso! Y que la Luz lo amparase si pretendía imponerse cuando ella quería deferencia o que mostrara sumisión cuando deseara lo contrario. Nunca lo había dicho así de claro, pero cualquier mujer con dos dedos de frente que la hubiese oído hablar sobre los hombres sólo tenía que sumar dos y dos para saber a qué atenerse. Tenobia moriría siendo doncella. Lo que significaba que su tío Davram la sucedería, si es que lo dejaba vivir después de esto, o su heredero.

Una palabra sacó a Ethenielle de sus reflexiones y la hizo erguirse bruscamente en la silla de montar. Debería haber prestado atención a lo que se hablaba; eran

muchas cosas las que estaban en juego.

—¿Aes Sedai? —instó—. ¿Qué pasa con las Aes Sedai?

Con excepción de la de Paitar, todas sus consejeras de la Torre Blanca se habían marchado cuando llegó la noticia de que había problemas en Tar Valon; la suya, Nianh, y Aisling, la de Easar, habían desaparecido sin dejar rastro. Si las Aes Sedai tenían la mínima sospecha de lo que se proponían hacer... En fin, las Aes Sedai siempre tenían sus propios planes. Siempre. La incomodaría descubrir que estaban metiendo las manos no en uno, sino en dos avisperos.

Paitar se encogió de hombros, un tanto azorado, lo que no era una menudencia tratándose de él; al igual que Serailla, Paitar no dejaba que nada lo alterara.

—No esperarías que dejara atrás a Coladara, Ethenielle —dijo en tono apaciguador—, aun en el caso de que hubiese podido mantener en secreto los preparativos.

No, Ethenielle no había confiado realmente en que lo hiciese. Al fin y al cabo, su hermana preferida era Aes Sedai, y a través de Kiruna sentía un profundo afecto por la Torre. Con todo, había albergado cierta esperanza de estar equivocada.

—Coladara tenía visitas —continuó Paitar—. Siete hermanas. Traerlas parecía prudente, en estas circunstancias. Por fortuna no costó trabajo convencerlas. Ninguno, en realidad.

—La Luz nos asista —musitó Ethenielle, mientras oía a Serailla y Baldhere expresar el mismo deseo casi con idénticas palabras—. ¿Ocho hermanas, Paitar? ¿Ocho? —A buen seguro la Torre sabía ya hasta el último movimiento que habían proyectado.

—Y yo tengo otras cinco —intervino Tenobia como si anunciara que llevaba otro par de escarpines nuevos—. Se toparon conmigo nada más salir de Saldaea. Por casualidad, no me cabe duda; parecieron tan sorprendidas como yo. Una vez que se enteraron de la empresa en la que me había embarcado, cosa que todavía no sé cómo descubrieron, pero lo hicieron, estaba convencida de que saldrían disparadas a buscar a Memara. —Frunció las cejas en un repentino gesto ceñudo. Elaida había cometido un gran error al enviar a una hermana para intentar apabullarla—. Sin embargo, Illeisien y las demás mostraron aún más empeño que yo misma en mantener el secreto.

—Aun así —insistió Ethenielle—. Trece hermanas. Bastaría con que una de ella hallase el modo de enviar un mensaje. Unas pocas líneas, con un soldado o una doncella intimidados. ¿Alguno de vosotros cree que puede detenerlas?

—Los dados han salido del cubilete —se limitó a comentar Paitar. Lo hecho, hecho estaba. En opinión de Ethenielle, los arafelinos eran casi tan raros como los saldaeninos.

—Más al sur —agregó Easar—, podría venirnos bien contar con trece Aes Sedai.

Su observación provocó un gran silencio mientras las implicaciones flotaban en el aire. Esto era muy distinto a enfrentarse a la Llaga.

Inopinadamente, Tenobia soltó una risa y su castrado intentó culebrear, pero ella dominó al animal.

—Me propongo viajar hacia el sur lo más deprisa posible, pero os invito a todos a cenar conmigo en mi campamento esta noche. Podéis hablar con Illeisien y sus amigas, y ver si vuestro parecer coincide con el mío. Quizá mañana podríamos reunirnos a cenar en el campamento de Paitar e interrogar a las amigas de Coladara.

La sugerencia era tan sensata, tan obviamente necesaria, que hubo un acuerdo inmediato. Y entonces Tenobia añadió, como una ocurrencia de última hora:

—Mi tío Kalyan se sentirá honrado si le permites sentarse a tu lado, Ethenielle. Te profesa una gran admiración.

Ethenielle miró hacia Kalyan Ramsin, que permanecía sentado en su caballo detrás de Tenobia, en silencio y apenas sin respirar; sólo fue un vistazo, pero durante un instante aquel hombre canoso y de rasgos aguileños desveló sus ojos y Ethenielle columbró algo que no había visto desde que su Brys había muerto: un varón mirando a una mujer, no a una reina. La impresión fue tan fuerte que la dejó sin respiración. Los ojos de Tenobia pasaron velozmente de su tío a Ethenielle; había gran satisfacción en la leve sonrisa que esbozaba la joven soberana.

La indignación se apoderó de Ethenielle. Aquella sonrisa dejaba todo claro como el agua de un manantial, si es que los ojos de Kalyan no lo habían hecho de sobra. ¿Esa mocosa planeaba casar a aquel tipo con *ella*? ¿Esa *cría* se atrevía a...? De pronto, el remordimiento sustituyó a la ira. También ella era joven cuando arregló la boda de su hermana viuda Nazelle; fue un asunto de Estado, pero Nazelle había llegado a amar a lord Ismic a pesar de sus protestas iniciales. Ethenielle se había ocupado de arreglar los matrimonios de otros durante tanto tiempo que nunca había pensado que su unión crearía unos lazos muy fuertes. Volvió a mirar a Kalyan, esta vez con más detenimiento. Su rostro curtido era de nuevo todo corrección, pero ella vio en sus ojos la expresión anterior. Cualquier consorte que eligiera tendría que ser un hombre duro, pero siempre había exigido una oportunidad para el amor en los enlaces de sus hijos, aunque no en los de sus hermanos y hermanas, y no quería menos para sí misma.

—En lugar de perder horas de luz en charlas triviales, pongámonos a lo que hemos venido —dijo, con la voz más entrecortada de lo que habría deseado. Así la Luz le abrasara el alma, era una mujer adulta, no una muchachita a la que le presentan un posible pretendiente por primera vez—. ¿Y bien? —demandó. En esta ocasión, su tono sonó adecuadamente firme.

Todos los acuerdos se habían llevado a cabo en aquellas cartas codificadas, y los planes habrían de modificarse conforme viajaran hacia el sur y las circunstancias

cambiaran. Esta reunión tenía realmente un único propósito, una sencilla y antigua ceremonia de las Tierras Fronterizas que sólo se había celebrado siete veces en todos los años transcurridos desde el Desmembramiento. Una ceremonia que los comprometería mucho más que cualesquiera palabras, por trascendentes que fueran. Los soberanos aproximaron sus monturas mientras los otros se retiraban.

Ethenielle siseó cuando su cuchillo le cortó la palma izquierda. Tenobia se echó a reír y se hizo una incisión en la suya. Por la nula reacción de Paitar y Easar habríase dicho que se habían sacado una astilla. Cuatro manos se tendieron y se unieron, ciñéndose, mezclando la sangre, que goteó en el terroso suelo.

—Somos uno, hasta la muerte —entonó Easar.

—Somos uno, hasta la muerte —repitieron los otros.

Ahora estaban obligados por la sangre y la tierra. Tenían que encontrar a Rand al'Thor. Y hacer lo que debía hacerse. A cualquier precio.

Una vez que se hubo asegurado de que Turanna podía sentarse en el cojín sin ayuda, Verin se levantó y dejó a la alicaída hermana Blanca bebiendo sorbos de agua. O intentándolo, al menos. Los dientes de Turanna castañeteaban contra la copa de plata, cosa que no era de extrañar. La lona de acceso a la tienda era tan baja que Verin tuvo que doblarse para sacar la cabeza. El agotamiento le taladró la espalda al agacharse; no temía a la temblorosa mujer que tenía detrás, envuelta en su tosco ropaje de lana negra. Verin asía su escudo con firmeza, y dudaba que a Turanna le quedara en ese momento fuerza suficiente en las piernas para plantearse la posibilidad de saltar sobre ella, aun en el caso de que una idea tan increíble se le pasara por la cabeza. Las Blancas no razonaban así, sencillamente. A decir verdad, en las condiciones en que se hallaba, Turanna difícilmente sería capaz de encauzar en varias horas, aunque no estuviese escudada.

El campamento Aiel se extendía por las colinas que ocultaban Cairhien; las tiendas de colores terrosos llenaban los huecos existentes entre los contados árboles que aguantaban de pie tan cerca de la ciudad. Tenues nubes de polvo flotaban en el aire, pero ni el polvo ni el calor ni el fulgor abrasador del sol molestaban en absoluto a los Aiel. El ajetreo entre las tiendas no tenía nada que envidiar al de cualquier ciudad. Desde su posición, Verin veía hombres descuartizando piezas de caza o remendando tiendas, afilando cuchillos o elaborando las flexibles botas que todos calzaban; mujeres cocinando en lumbres, asando, trabajando en pequeños telares, cuidando de los pocos niños que había en el campamento. Por doquier, los *gai'shain* de ropas blancas iban aprisa de aquí para allí cargados con bultos o se afanaban sacudiendo alfombras o atendían a los animales de carga. No había vendedores ambulantes ni tenderos. Ni carros ni carretas, por supuesto. ¿Una ciudad? Más bien parecía un millar de aldeas agrupadas en un mismo lugar, aunque el número de

hombres superaba con creces al de mujeres y, con excepción de los herreros martilleando en sus yunques, casi todos los hombres que no vestían de blanco llevaban armas. También iba armada la mayoría de las mujeres.

En número ciertamente igualaban a una gran urbe, más que suficientes para envolver por completo a unas pocas Aes Sedai prisioneras, pero aun así Verin localizó a una mujer de negro que caminaba pesadamente a menos de cincuenta pasos de distancia, luchando denodadamente para arrastrar una pila de piedras, de casi un metro de altura, amontonadas sobre una piel de vaca. La profunda capucha le ocultaba el rostro, pero nadie en el campamento salvo las cautivas vestía aquellas ropas negras. Una Sabia caminaba cerca de ella, irradiando Poder mientras mantenía escudada a la prisionera, en tanto que dos Doncellas flanqueaban a la hermana y utilizaban varas para azuzarla cada vez que vacilaba. Verin se preguntó si aquella escena no estaría destinada a sus ojos. Esa misma mañana se había cruzado con una Coiren Saeldain de mirada demente, chorreando sudor, con una Sabia y dos altos Aiel de escolta, y la espalda doblada bajo el peso de un enorme cesto lleno de arena mientras subía una cuesta. La víspera había sido Sarene Nemdhal; la habían puesto a pasar agua con las manos de un cubo a otro, urgiéndola para que se apresurara y luego dándole un varazo por cada gota que se le caía debido a las prisas. Sarene había robado un instante para preguntarle a Verin por qué, aunque no como si esperara una respuesta. Ni que decir tiene que Verin no había tenido tiempo de darle ninguna antes de que las Doncellas obligaran a Sarene a reanudar su inútil trabajo.

Reprimió un suspiro. Para empezar, no podía hacerle gracia que se diera ese trato a unas hermanas, cualquiera que fuere la razón, y en segundo lugar, era obvio que un gran número de Sabias quería... ¿Qué? ¿Que supiera que ser Aes Sedai allí no contaba para nada allí? Ridículo. Tal cosa se había dejado bien clara hacía días. ¿Quizás una advertencia de que en cualquier momento podían ponerle las ropas negras? Por el momento se creía a salvo de eso, al menos, pero las Sabias ocultaban muchos secretos que aún debía desentrañar, siendo el menos importante cómo funcionaba su jerarquía. Sí, el más pequeño sin duda y, sin embargo, de él dependían la vida y una piel intacta. Unas mujeres que daban órdenes a veces las recibían de las mismas a las que antes habían ordenado, y luego las cosas volvían a cambiar, todo ello sin guardar pautas ni razones que ella pudiese discernir. Sin embargo, nadie mandaba a Sorilea, y en eso radicaba la seguridad. Hasta cierto punto.

No pudo reprimir la sensación de satisfacción. Temprano, por la mañana, en el Palacio del Sol, Sorilea había exigido saber qué humillaba más a los habitantes de las tierras húmedas. Kiruna y las otras hermanas no lo entendieron; en realidad hacían todo lo posible para no ver lo que ocurría allí fuera, quizá por miedo a enfrentarse con la verdad y el conflicto que ello plantearía con el juramento prestado. Todavía se esforzaban por justificar haber emprendido el camino al que el destino las había

conducido, pero Verin ya tenía motivos desde antes para tomar el que llevaba, y una meta. También tenía una lista en el bolsillo, preparada para entregársela a Sorilea cuando se hallaran a solas. No había necesidad de que las otras lo supieran. A algunas de las cautivas ni siquiera las conocía, pero creía que, en términos generales, aquella lista era un compendio de las debilidades que Sorilea buscaba. La vida se volvería mucho más difícil para las mujeres de negro. Y, con suerte, sus propios esfuerzos se verían recompensados.

Dos Aiel muy corpulentos, ambos con una anchura de hombros como el mango de un hacha, se hallaban sentados fuera de la tienda, aparentemente absortos en un juego de las cunitas, pero giraron las cabezas en el momento que la suya apareció por la solapa de entrada. Coram se incorporó como una serpiente desenroscándose, y Mendan esperó únicamente a guardar la cuerda con que jugaban. Si Verin hubiese estado erguida apenas les habría llegado al esternón, aunque, naturalmente, podría haberlos puesto boca abajo y azotarlos. Si se hubiese atrevido. De vez en cuando había sentido la tentación de hacerlo. Eran los guías que tenía asignados, su protección contra malos entendidos en el campamento. Y sin duda quienes informaban de todo lo que hacía o decía. Casi habría preferido tener a Tomás con ella, pero sólo casi. Ocultar secretos a un Guardián era mucho más difícil que ocultárselos a extraños.

—Por favor, avisa a Colinda que he acabado con Turanna Norill —le dijo a Coram—, y pídele que me envíe a Katerine Alruddin.

Quería ocuparse antes de las hermanas que no tenían Guardianes. El Aiel asintió antes de salir trotando sin pronunciar palabra. Esos Aiel no eran un dechado de educación.

Mendan se puso en cuclillas sin dejar de observarla con sus sorprendentes ojos azules. Uno siempre se quedaba con ella, dijese lo que dijese. Una cinta roja con el antiguo símbolo Aes Sedai ceñía las sienes de Mendan. Al igual que las Doncellas y los otros hombres que lucían ese distintivo, parecía estar esperando a que incurriera en un error. Bien, pues, no eran los primeros y ni con mucho los más peligrosos. Habían pasado setenta y un años desde que cometió uno grave.

Dedicó a Mendan una sonrisa deliberadamente vaga y empezó a retirarse al interior de la tienda, pero entonces algo atrajo su atención y se quedó como clavada en el suelo. Si en ese momento el Aiel hubiese intentado cortarle el cuello, seguramente no se habría percatado.

A corta distancia de donde se hallaba, asomada a la boca de la tienda, nueve o diez mujeres, arrodilladas en fila, hacían girar las muelas de molinos manuales, muy semejantes a los que se utilizaban en granjas aisladas. Otras mujeres traían grano en cestos y se llevaban la tosca harina. Las nueve o diez mujeres arrodilladas vestían faldas oscuras y blusas claras, con pañuelos doblados atados a las sienes para

sujetarse el cabello. Una, notablemente más baja que las demás, la única cuyo cabello no le llegaba hasta la cintura o más abajo ni lucía un solo brazalete o collar, alzó la vista y, cuando se encontró con los ojos de Verin, el resentimiento se plasmó en su cara enrojecida por el sol. Sin embargo, sólo duró un instante antes de que se encogiera y reanudara su trabajo con premura.

Verin retrocedió bruscamente al interior de la tienda, con el estómago contraído por las náuseas. Irgain era del Ajah Verde. O, mejor dicho, había sido una Verde, antes de que Rand al'Thor la neutralizara. Ser escudada embotaba y hacía impreciso el vínculo con el Guardián, pero ser neutralizada lo rompía definitivamente como la muerte. Al parecer, uno de los dos Gaidin de Irgain se había desplomado muerto por la impresión, y el otro había intentado matar a miles de Aiel sin hacer el menor esfuerzo por escapar. Seguramente Irgain deseaba haber muerto también. Neutralizada. Verin se apretó el estómago con las manos; no vomitaría. Había visto cosas peores que una mujer neutralizada. Mucho peores.

—No hay esperanza, ¿verdad? —musitó Turanna con voz pastosa. Lloraba en silencio, con los ojos fijos en la copa de plata que sostenía en las manos temblorosas, como si contemplase algo lejano y espantoso—. Ninguna esperanza.

—Siempre hay una salida si se busca —adujo Verin, palmeando el hombro de la otra mujer con gesto absorto—. Siempre hay que buscarla.

Sus pensamientos pasaron veloces por su mente, ninguno de ellos relacionado con Turanna. La Luz sabía que la neutralización de Irgain hacía que sintiera el estómago lleno de grasa rancia, pero ¿qué hacía esa mujer moliendo grano? ¡Y vestida como las Aiel! ¿La habrían puesto a trabajar allí sólo para que ella la viera? Una pregunta absurda; aun con un *ta'veren* tan fuerte como Rand al'Thor a unos pocos kilómetros de distancia, sólo podía admitir el número de coincidencias hasta cierto punto. ¿Habría calculado mal? En el peor de los casos, no sería un error importante. Sólo que a veces los errores pequeños resultaban tan letales como los grandes. ¿Cuánto resistiría si Sorilea decidía doblegarla? Sospechaba que un lapso de tiempo deplorablemente corto. En ciertos aspectos, Sorilea era la persona más dura que había visto en su vida. Y nada de lo que dijera podría impedirlo. En fin, ésa era una preocupación para otro momento; no tenía sentido adelantarse a los acontecimientos.

Se arrodilló e intentó consolar a Turanna, bien que no se esforzó demasiado. Las palabras de sosiego sonaban tan hueras a sus oídos como a los de Turanna, a juzgar por el desaliento reflejado en los ojos de la mujer. Nadie podía cambiar las circunstancias de Turanna salvo ella misma, y eso tenía que brotar de su interior. El llanto de la hermana Blanca se recrudeció, en silencio y sacudiendo sus hombros mientras las lágrimas le corrían por las mejillas. La entrada de dos Sabias y un par de jóvenes guerreros Aiel, los cuales no podían erguirse del todo dentro de la tienda, fue casi un alivio, al menos para Verin. La Aes Sedai se incorporó e hizo una ligera

reverencia, pero ninguna de las Sabias tenía el menor interés en ella.

Daviena era una mujer de ojos verdes y cabello rubio; Losaine tenía los ojos grises y el cabello oscuro, en el que sólo se veían reflejos rojizos a la luz del sol. Verin apenas les llegaba al hombro, y ambas exhibían la expresión de quien tiene una tarea desagradable que preferiría que hicieran otros. Ni una ni otra podía encauzar con bastante fuerza para tener la certeza de retener escudada a Turanna sin ayuda, pero estaban coaligadas como si hubiesen hecho tal cosa toda su vida, de manera que el brillo del *Saidar* de una de ella parecía fundirse con el que rodeaba a la otra a pesar de encontrarse separadas. ¿Dónde habían aprendido a hacerlo? Verin habría apostado todo cuanto poseía a que lo ignoraban hasta hacía unos pocos días.

Entonces todo discurrió rápida y fácilmente. Cuando los hombres se agacharon y levantaron a Turanna por los brazos, la mujer dejó caer la copa de plata; vacía, por suerte para ella. No se resistió, y mejor que fuera así ya que cualquiera de los guerreros habría podido llevarla bajo un brazo como un saco de grano, pero su boca estaba abierta y emitía lamentos inarticulados. Los Aiel no le hicieron caso. Daviena, al mando de la coligación, se hizo cargo del escudo, y Verin soltó la Fuente. Ninguna confiaba lo bastante en ella para permitir que asiera el *Saidar* sin un motivo justificado, por muchos juramentos que hubiese prestado. Tampoco ninguna de ellas dio señal de haberlo advertido, pero sin duda sí lo habrían notado si Verin no hubiese cortado el contacto con el Poder. Los hombres sacaron a Turanna, cuyos pies descalzos se arrastraban sobre las alfombras que cubrían el piso de la tienda, y las Sabias salieron a continuación. Y eso fue todo. Lo que podía hacerse con Turanna, hecho estaba.

Verin soltó un hondo suspiro y se reclinó sobre uno de los cojines con borlas. Cerca de ella había una bandeja sobre el suelo, un delicado trabajo de esparto tejido. Llenó una de las copas de plata con agua de la jarra de peltre y la apuró de un trago. Ese trabajo daba mucha sed; y era agotador. Aún quedaban horas de luz, pero Verin se sentía como si hubiese caminado treinta kilómetros con un pesado arcón cargado a la espalda. Puso de nuevo la copa en la bandeja y sacó la pequeña libreta encuadernada en cuero que llevaba debajo del cinturón. Siempre tardaban un poco en ir a buscar a las que mandaba traer. No estaría de más aprovechar esos momentos para repasar sus notas y apuntar otras nuevas.

No era necesario hacer anotaciones sobre las cautivas, pero la inesperada aparición de Cadsuane Melaidhrin tres días antes era motivo de preocupación. ¿Qué se traía Cadsuane entre manos? Las compañeras de la mujer podían descartarse, pero ella era una leyenda, e incluso las partes verosímiles de esa leyenda la hacían realmente peligrosa. Peligrosa e imprevisible. Verin cogió una pluma de una pequeña escribanía que siempre llevaba consigo y la acercó al tintero metido en su funda. Entonces otra Sabia entró en la tienda.

La Aes Sedai se puso de pie con tanta precipitación que dejó caer la libreta. Aerin no podía encauzar en absoluto, pero Verin hizo una reverencia más pronunciada a la mujer canosa que la que había dedicado antes a Daviena y a Losaine. Aprovechando que estaba inclinada, soltó la falda recogida y alargó la mano hacia la libreta, pero los dedos de Aerin la cogieron antes. Verin se irguió y observó sosegadamente a la mujer más alta mientras ésta hojeaba el cuadernillo. Los azules ojos, gélidos como un cielo invernal, buscaron los suyos.

—Algunos dibujos bonitos y un montón de notas sobre plantas y flores —comentó fríamente Aerin—. No veo nada relacionado con las preguntas que se te dijo que hicieras. —Entregó la libreta con brusquedad a Verin.

—Gracias, Sabia —dijo sumisamente la Aes Sedai mientras guardaba a buen recaudo el cuadernillo, debajo del cinturón. Incluso añadió otra reverencia por si acaso, tan pronunciada como la anterior—. Tengo la costumbre de anotar lo que veo. —Algún día tendría que escribir la clave que utilizaba en sus libretas; el trabajo de toda una vida llenaba armarios y arcones en sus aposentos, situados encima de la biblioteca de la Torre Blanca. Sí, algún día lo haría, pero esperaba que no fuera pronto—. En cuanto a las... eh... prisioneras, hasta ahora todas han dicho variantes de lo mismo. El *Car'a'carn* tenía que ser albergado en la Torre hasta la Última Batalla. Su... eh... los malos tratos empezaron a raíz de un intento de huida. Estoy segura de que descubriré algo más.

Todo ello cierto, aunque no toda la verdad; había visto morir a demasiadas hermanas para arriesgarse a enviar a otras a la tumba sin una razón muy buena. El problema era decidir qué podría dar lugar a correr tal riesgo. La forma en que el joven al'Thor había sido raptado, por una embajada que supuestamente había ido a tratar con él, encolerizaba a los Aiel hasta el punto de querer matar y, sin embargo, lo que ella llamaba «malos tratos» apenas los irritaba, por lo que Verin sabía.

Los brazaletes de oro y marfil tintinearon suavemente al ajustarse el chal Aerin. La miró fijamente desde arriba, como si intentase leerle los pensamientos. Aerin parecía ocupar una posición alta entre las Sabias, y aunque Verin había visto alguna que otra vez una sonrisa en aquel rostro tostado por el sol, una sonrisa afectuosa y fácil, jamás estuvo dirigida a una Aes Sedai. «Jamás imaginamos que *vosotras* seríais quienes faltaríais a vuestras obligaciones —había sido el comentario ambiguo que le hizo a Verin; en el siguiente, sin embargo, no hubo lugar a confusión—. Las Aes Sedai no tienen honor. Dame un motivo para que sospeche de ti, por pequeño que sea, y te azotaré con una correa hasta que no puedas sostenerte de pie. Dame dos, y te dejaré atada a las estacas para alimento de buitres y hormigas.» Verin parpadeó ante la Sabia, procurando parecer sincera. Y humilde; no debía olvidar mostrarse humilde. Y dócil y sumisa. No tenía miedo. En ciertos momentos a lo largo de su vida había afrontado miradas más duras de mujeres —y de hombres— que ni siquiera tenían ese

mínimo reparo de Aerin en acabar con su vida. Empero, había dedicado un gran esfuerzo en conseguir que le encargaran a ella hacer esas preguntas y no podía permitirse el lujo de echarlo a perder ahora. Ojalá los rostros de esas Aiel dejaran traslucir algo más.

De pronto cayó en la cuenta de que no se encontraban solas en la tienda. Dos Doncellas rubísimas habían entrado con una mujer vestida de negro, un palmo más baja que ellas, a la que casi tenían que sostener en pie. A un lado se hallaba Tialin, una desgarbada pelirroja que exhibía un gesto hosco tras el brillo del *Saidar*, y que era la encargada de tener escudada a la prisionera. El cabello de la hermana caía sobre sus hombros, empapado de sudor, y tenía algunos mechones pegados a la cara, la cual estaba tan manchada de polvo que Verin no la reconoció al principio. Pómulos altos, pero no en exceso, nariz un poco ganchuda y los ojos castaños ligeramente rasgados. Beldeine. Beldeine Nyram. Verin le había dado algunas clases cuando era novicia.

—Si se me permite preguntar —empezó con cuidado—, ¿por qué la habéis traído? No es quien pedí.

Beldeine no tenía Guardián a pesar de ser una Verde —había ascendido al chal apenas hacía tres años, y a menudo las Verdes se mostraban muy puntillosas a la hora de escoger a su primer Gaidin—, pero si empezaban a llevarle las que escogiesen ellas, la próxima podría tener dos o tres Guardianes. Verin creía que podía encargarse de otras dos más ese día, pero no si esas mujeres tenían incluso un único Guardián. Y dudaba que las Aiel le dieran una segunda oportunidad con cualquiera de ellas.

—Katerine Alruddin huyó anoche —informó Tialin, casi escupiendo las palabras.

—¿Dejasteis que escapara? —soltó Verin sin pensar, dando un respingo. El cansancio no servía de excusa, pero las palabras le salieron de la boca antes de que pudiese retenerlas—. ¿Cómo pudisteis ser tan necias? ¡Es una Roja! ¡Y no es cobarde ni débil en el Poder! ¡El *Car'a'carn* podría correr peligro! ¿Por qué no se nos informó en cuanto ocurrió?

—Porque no lo supimos hasta esta mañana —gruñó una de las Doncellas, cuyos ojos semejaban zafiros—. Una Sabia y dos *Cor Darei* fueron envenenados, y el *gai'shain* que les llevaba de beber apareció degollado esta mañana.

Aerin miró fríamente a la Doncella, enarcando una ceja.

—¿Acaso te ha preguntado a ti, Carahuin?

De inmediato las dos Doncellas se enfrascaron en la tarea de mantener de pie a Beldeine. Aerin se limitó a volver la vista hacia Tialin, pero la Sabia pelirroja bajó la mirada. Verin fue la siguiente destinataria de su atención.

—Tu preocupación por Rand al'Thor te... honra —manifestó Aerin de mala gana —. Se velará por su seguridad. Es cuanto necesitas saber, y no es poco. —De repente su voz se endureció—. Pero las aprendizas no utilizan ese tono con las Sabias, Verin Mathwin *Aes Sedai*. —Las dos últimas palabras las pronunció con desdén.

Verin reprimió un suspiro y no pudo evitar hacer otra profunda reverencia mientras una parte de sí misma deseaba ser tan delgada como cuando pisó por primera vez la Torre Blanca. Sus hechuras no eran las más adecuadas para tanta inclinación y tanta venia.

—Perdonadme, Sabia —musitó sumisamente. ¡Huida! Las circunstancias lo dejaban todo claro, al menos para ella, si no para los Aiel—. La aprensión debe de haberme ofuscado. —Lástima que no hubiese un modo de asegurarse de que Katerine sufriera un accidente fatal—. Haré todo lo posible para recordarlo en el futuro. —Ni siquiera un pestañeo denotó que Aerin aceptaba sus excusas—. ¿Puedo hacerme cargo de su escudo, Sabia?

Aerin asintió sin mirar a Tialin, y Verin abrazó la Fuente de inmediato, tomando el escudo que Tialin había soltado. No dejaba de sorprenderle que mujeres incapaces de encauzar dieran órdenes a otras que sí podían hacerlo. Tialin no era mucho más débil que ella en el Poder y, sin embargo, trataba a Aerin casi con tanta cautela como las dos Doncellas, y cuando éstas salieron apresuradamente de la tienda, obedeciendo a un ademán de Aerin y dejando a Beldeine tambaleándose donde estaba de pie, Tialin las siguió.

Aerin, sin embargo, no se marchó de inmediato.

—No hablarás al *Car'a'carn* de Katerine Alruddin —dijo—. Ya tiene demasiadas cosas en que pensar para que también se preocupe por nimiedades.

—No le diré nada sobre ella —se apresuró a aceptar Verin. ¿Nimiedades? Una Roja con la fuerza de Katerine no era una nimiedad. Quizás una nota. Era un asunto para meditarlo más detenidamente.

—Asegúrate de mantener la boca cerrada, Verin Mathwin, o la utilizarás para gritar.

No había nada que decir a ese último comentario, así que la Aes Sedai se concentró en mostrar humildad y docilidad e hizo otra reverencia. Las rodillas empezaban a crujirle.

Una vez que Aerin se hubo marchado, Verin se permitió soltar un suspiro de alivio. Había temido que la Sabia tuviera intención de quedarse. Conseguir permiso para estar a solas con las prisioneras había exigido casi tanto esfuerzo como lograr que Sorilea y Amys decidiesen que tenían que ser interrogadas y por alguien familiarizado con la Torre Blanca. Si alguna vez descubrían que las había encaminado hacia esa decisión... En fin, una cosa más de la que preocuparse en otro momento; se le estaban amontonando, al parecer.

—Hay agua suficiente para que te laves la cara y las manos, al menos —dijo suavemente a Beldeine—. Y si quieres, te Curaré.

Todas las hermanas con las que se había entrevistado tenían unos cuantos verdugones en el mejor de los casos. Los Aiel no golpeaban a los prisioneros salvo

por derramar agua o eludir una tarea —las palabras de desafío más altaneras eran recibidas, si acaso, con risas desdeñosas— pero a las mujeres de negro se las trataba como animales: un toque con la vara para que echaran a andar o para que giraran o se pararan, y un golpe más fuerte si no obedecían con la suficiente rapidez. Además, la Curación hacía más fáciles otras cosas.

Sudorosa, polvorienta, tambaleándose como un junco mecido por el viento, Beldeine apretó los labios.

—¡Antes prefiero morir desangrada a que me cures tú! —barbotó—. ¡Quizá debería haber esperado verte arrastrándote ante estas espontáneas, estas salvajes, pero jamás pensé que caerías tan bajo como para revelar secretos de la Torre! ¡Eso se equipara a la traición, Verin! ¡A la rebelión! —gruñó con desprecio—. ¡Supongo que si tal cosa no te ha asustado, estarás dispuesta a cualquier cosa! ¿Qué más les habéis enseñado tú y las otras, además de coligarse?

Verin chasqueó la lengua con irritación, sin molestarse en poner en su sitio a la mujer más joven. El cuello le dolía de tener que mirar hacia arriba a las Aiel —de hecho, incluso Beldeine era un palmo más alta que ella—, tenía machacadas las rodillas de tanto hacer reverencias, y demasiadas mujeres que deberían haber sabido a qué atenerse la habían tratado con ciego desprecio y absurdo orgullo en ese día. ¿Quién mejor que una Aes Sedai para entender que una hermana tenía que mostrar muchas caras distintas al mundo? No se podía ir intimidando a la gente siempre ni coaccionándola. Además, era mucho mejor actuar como una novicia que ser castigada como tal, sobre todo cuando sólo reportaba dolor y humillación. Hasta Kiruna tuvo que ver la sensatez de tal comportamiento.

—Siéntate antes de que te desplomes —dijo, siguiendo su propio consejo—. Deja que adivine en qué te han tenido ocupada hoy. A juzgar por todo ese polvo, diría que cavando un agujero. Con las manos. ¿O te permitieron utilizar una cuchara? Cuando decidan que lo has terminado, harán que vuelvas a llenarlo, ¿sabes? Bien, seguiré deduciendo. Todas las partes de tu cuerpo que hay a la vista están mugrientas, pero no esa ropa negra que llevas, así que supongo que te han hecho cavar en cueros. ¿De verdad no quieres que te cure? Las quemaduras del sol pueden ser muy dolorosas. —Llenó otra copa de agua y la desplazó a través de la tienda con un flujo de Aire hasta situarla delante de Beldeine—. Debes de tener seca la garganta.

La joven Verde contempló la copa un instante y luego, bruscamente, las piernas le fallaron y cayó sobre un cojín al tiempo que soltaba una risa amarga.

—Me... «dan de beber» con frecuencia. —Volvió a reírse, aunque Verin no veía la gracia—. Tanto como quiera, siempre y cuando pueda tragarme toda el agua. —Observó a Verin con expresión enfadada mientras hacía una pausa y luego prosiguió en voz tensa—. Ese vestido te queda muy bien. Quemaron el mío; las vi hacerlo. Me arrebataron todo salvo esto. —Tocó el anillo dorado de la Gran Serpiente que llevaba

en el índice de la mano izquierda, una banda brillante entre el polvo y la mugre—. Supongo que no tuvieron valor para llegar a eso. Sé lo que intentan hacer, Verin, y no funcionará. ¡Ni conmigo ni con ninguna de nosotras!

Todavía seguía con la guardia alzada. Verin dejó la copa en el suelo alfombrado, al lado de Beldeine, y luego cogió la suya y bebió un sorbo antes de hablar.

—¿De veras? ¿Y qué es lo que intentan hacer?

En esta ocasión, la risa de la otra mujer sonó crispada además de ronca.

—¡Doblegarnos, quebrantarnos, y tú lo sabes! Hacernos prestar juramento a al'Thor, como lo hiciste tú. Oh, Verin, ¿cómo pudiste? ¡Jurar fidelidad! ¡Y, lo que es peor, a un *hombre*, a *él*! Aunque fueses capaz de rebelarte contra la Sede Amyrlin, contra la Torre Blanca... —El modo en que dijo aquello hizo que pareciera casi la misma cosa—. ¿Cómo pudiste hacer algo así?

Por un instante Verin se preguntó si las cosas irían mejor si las mujeres entonces prisioneras en el campamento Aiel hubiesen sido atrapadas como le ocurrió a ella, una astilla en el torbellino de los giros *ta'veren* de Rand al'Thor, las palabras saliendo de su boca antes de formarse en su cerebro. No palabras que jamás habría pronunciado en contra de su propia voluntad —así no era como funcionaba la influencia *ta'veren*— sino palabras que posiblemente habría dicho una vez entre mil bajo esas circunstancias, o una vez entre diez mil. No, las discusiones sobre si juramentos prestados de ese modo tenían que cumplirse habían sido largas y acaloradas, y los argumentos sobre cómo mantenerlos aún seguían. No, era mucho mejor que las cosas no fueran distintas. Con gesto ausente toqueteó una forma abultada que se marcaba dentro de su escarcela, un pequeño broche, una piedra translúcida tallada de manera que parecía un lirio con demasiados pétalos. Jamás lo llevaba puesto, pero lo había tenido a su alcance en todo momento durante casi cincuenta años.

—Eres *da'tsang*, Beldeine. Debes de haberlo oído. —No necesitaba el seco cabeceo de la otra mujer, ni explicar que la figura del ser abyecto era parte de la ley Aiel, como pronunciando sentencia. Eso lo sabía, aunque poco más—. Tus ropas y todo lo demás combustible se quemó porque ningún Aiel se quedaría con algo que antes perteneció a un *da'tsang*. El resto se cortó en trozos o se machacó, incluso las joyas que llevaras en ese momento, y luego se enterró en una fosa excavada para letrinas.

—¿Mi...? ¿Mi caballo...? —preguntó ansiosamente Beldeine.

—No mataron a los caballos, pero ignoro dónde está el tuyo. —Seguramente sirviendo de montura a alguien de la ciudad o tal vez se lo habrían regalado a los Asha'man. Decirle eso le haría más daño que bien. Verin creía recordar que Beldeine era una de esas jóvenes que sentían un profundo afecto por los caballos—. Te dejaron conservar el anillo para recordarte quién eras y así aumentar tu vergüenza. No sé si te

dejarían jurar fidelidad a maese al'Thor aunque se lo suplicaras. Haría falta algo increíble por tu parte, creo.

—¡No lo haré! ¡Jamás!

Sin embargo, sus palabras sonaron huecas, y los hombros de la mujer se hundieron. Verin esbozó una sonrisa afectuosa. Un tipo le había dicho una vez que su sonrisa le hacía recordar a su querida madre. Esperaba que al menos en eso no hubiese mentido; poco después había intentado clavarle una daga en las costillas, y su sonrisa había sido lo último que vio en este mundo.

—No se me ocurre una razón para que lo hicieras. No, me temo que lo único que puedes esperar es un trabajo inútil. Para ellos, eso es degradante. La mayor vergüenza posible. Claro que si se dan cuenta de que tú no lo ves de ese modo... Mala cosa. Apostaría que no te gustó cavar sin llevar nada encima, aunque fueran Doncellas quienes te vigilaban, pero imagínate, por ejemplo, desnuda y de pie en una tienda llena de hombres. —Beldeine se encogió y Verin siguió parloteando; había desarrollado la cháchara casi hasta la categoría de un Talento—. Sólo te harán quedarte allí plantada, por supuesto. A los *da'tsang* no se les permite realizar ninguna tarea útil a menos que sea un caso de extrema necesidad, y un Aiel preferiría rodear con su brazo un cuerpo putrefacto antes que... Bueno, no es una idea muy agradable ¿verdad? En cualquier caso, eso es lo único que puedes esperar. Sé que resistirás todo el tiempo posible, aunque no estoy segura a qué tienes que resistirte. No intentarán sacarte información ni nada de lo que otra gente suele hacer con los prisioneros. Pero no te dejarán marchar, nunca, hasta que tengan la seguridad de que la vergüenza es tan profunda que ya no queda nada más dentro de ti. Aunque se tarde el resto de tu vida.

Los labios de Beldeine se movieron sin emitir sonido alguno, pero habría dado lo mismo si hubiese pronunciado las palabras. «El resto de mi vida.» Hizo un gesto de dolor cuando rebulló en el cojín, sin duda causado por las quemaduras del sol o los verdugones o simplemente la falta de costumbre de realizar un trabajo físico.

—Nos rescatarán —dijo finalmente—. La Amyrlin no nos dejará... Nos rescatarán o nos... ¡Nos rescatarán!

Beldeine cogió la copa de plata que tenía al lado, echó la cabeza hacia atrás y bebió hasta dejarla vacía; luego tendió la copa para pedir más. Verin hizo que la jarra flotara hasta la otra mujer para que se sirviera lo que quisiera.

—¿O escaparéis? —dijo, y las manos de Beldeine temblaron de manera que derramó agua por los bordes de la copa—. Oh, vamos. Tenéis tan pocas posibilidades de lograrlo como de que os rescaten. Os rodea un ejército Aiel. Y, por lo visto, al'Thor puede convocar a unos cuantos cientos de esos Asha'man en el momento que quiera para que os den caza. —La otra mujer se estremeció al oír esto último, y a Verin le faltó poco. Habría que haberle puesto fin a aquello tan pronto como empezó

—. No, me temo que tendrás que salir adelante por ti misma, de algún modo. Afrontar las cosas como son. Estás muy sola en esto. Sé que no te dejan hablar con las otras. Sí, estás muy sola. —Verin suspiró. Beldeine la miraba con los ojos muy abiertos, como habría mirado a una víbora roja—. No es menester hacerlo más difícil de lo imprescindible. Déjame que te cure.

Apenas esperó al débil cabeceo de asentimiento de la joven para arrodillarse a su lado y ponerle las manos en la cabeza. Beldeine estaba casi tan preparada como podría estarlo. Abriéndose para absorber más *Saidar*, Verin tejió flujos de Curación; la Verde jadeó y se sacudió. La copa medio llena cayó de sus manos y uno de sus brazos tiró la jarra. Ahora sí estaba lista.

En los instantes de confusión que sobrevenían a cualquiera después de la Curación, mientras Beldeine todavía parpadeaba e intentaba recobrar el control, Verin se abrió más aún y lo hizo a través del *angreal* tallado en forma de flor que llevaba en la escarcela. No era un *angreal* muy poderoso, pero sí lo suficiente, y ella necesitaba hasta la última pizca de Poder que le proporcionaba para poder hacer lo que se proponía. Los flujos que empezó a tejer no se parecían en nada a los de la Curación. Predominaba la Energía, pero también había Viento, Agua, Fuego y Tierra, esta última con cierta dificultad para ella, e incluso las madejas de Energía tenían que ser divididas una y otra vez, tejerlas de manera tan intrincada como para dejar pasmado a un maestro tejedor de alfombras. En el caso de que una Sabia asomara la cabeza por la tienda, con un poco de suerte no poseería el raro Talento preciso para darse cuenta de lo que estaba haciendo. Con todo, tendría problemas, quizá dolorosos de un modo u otro, pero arrostraría cualquier cosa salvo el descubrimiento de la verdad.

—¿Qué...? —empezó Beldeine, somnolienta. Si Verin no la hubiese tenido cogida, la cabeza se le habría inclinado flojamente, y tenía los párpados medio cerrados—. ¿Qué estás...? ¿Qué ocurre?

—Nada que te perjudique —contestó Verin en tono tranquilizador. La mujer podía morir al cabo de un año o de diez como resultado de aquello, pero el tejido en sí no le causaría daño—. Te lo prometo, es lo bastante seguro como para usarlo con un bebé. —Por supuesto, eso dependía de lo que se hiciese con ello.

Necesitaba situar los flujos en su sitio hilo por hilo, pero hablar parecía ayudarla más que entorpecerla. Además, un silencio demasiado prolongado podría levantar sospechas si sus guardianes estaban escuchando. Echaba frecuentes ojeadas a la entrada de la tienda. Quería obtener ciertas respuestas que no tenía intención de compartir; respuestas que ninguna de las mujeres a las que interrogaba le darían de buen grado aunque las supieran. Uno de los menores efectos de ese tejido era soltar la lengua y abrir la mente tan bien como lo haría cualquier hierba, y además se producía rápidamente.

—El chico al'Thor parece creer que tiene partidarias de alguna clase dentro de la

Torre Blanca, Beldeine —prosiguió bajando el tono casi a un susurro—. En secreto, naturalmente; no puede ser de otro modo. —Incluso un hombre con el oído pegado a la lona de la tienda sólo percibiría que hablaban, pero no de qué—. Cuéntame todo lo que sepas de ellas.

—¿Partidarias? —murmuró Beldeine, intentando fruncir el entrecejo lo que aparentemente quedaba fuera de sus posibilidades. Rebulló, aunque de un modo débil, falto de coordinación—. ¿Suyas? ¿Entre las hermanas? Imposible. Con excepción de vosotras, las que... ¿Cómo pudiste hacerlo, Verin? ¿Por qué no te resististe?

Verin chasqueó la lengua, irritada. No por la absurda sugerencia de que hubiera podido oponerse a un *ta'veren*. El chico parecía tan seguro. ¿Por qué? Mantuvo el tono bajo.

—¿No sospechas de nadie, Beldeine? ¿No has oído rumores antes de salir de Tar Valon? ¿Ningún chisme? Cuenta.

—Ninguno. ¿Quién podría...? Nadie lo haría... Cuánto admiraba a Kiruna. —Había un atisbo de pena en la voz adormilada de Beldeine, y las lágrimas que corrieron por sus mejillas abrieron surcos en el polvo. Sólo el apoyo de las manos de Verin la sostenían sentada.

Verin siguió colocando los hilos de su tejido, desviando los ojos de su trabajo para echar rápidos vistazos a la entrada de la tienda antes de proseguir. Se sentía un poco sudorosa. Sorilea podría decidir que necesitaba ayuda en el interrogatorio; quizá podría traer consigo a una de las hermanas del Palacio del Sol. Si alguna hermana descubría esto, la posibilidad de ser neutralizada era muy real.

—Así que ibais a llevarlo ante Elaida, con ropas muy limpias y bien afeitado —dijo en un tono un poco más alto. El silencio se había prolongado demasiado. No quería que los dos Aiel apostados fuera informaran que había hablado en susurros con la prisionera.

—No pude... oponerme... a la decisión de Galina. Estaba al mando por... orden de la Amyrlin. —Beldeine rebulló de nuevo, débilmente. Su voz seguía sonando adormilada, pero adquirió un timbre agitado—. Había que... enseñarle... a obedecer ¡Había que hacerlo! Pero no debió tratárselo... tan duramente. Como lo de... someterlo... a interrogatorio. Un error.

Verin resopló. ¿Un error? Más bien un desastre. Desde el principio. Ahora ese hombre miraba a cualquier Aes Sedai casi del mismo modo que lo hacía Aerin. ¿Y si hubiesen tenido éxito en llevarlo a Tar Valon? ¿Un *ta'veren* como Rand al'Thor metido en la Torre Blanca? La idea bastaba para hacer temblar hasta las piedras. Cualquiera que hubiese sido el resultado, la palabra «desastre» era demasiado suave para calificarlo. El precio pagado en los pozos de Dumai había sido pequeño a cambio de evitar tal cosa.

Siguió haciendo preguntas en un tono claramente audible para cualquiera que escuchara fuera. Preguntas a las que ya tenía respuestas y evitando aquellas demasiado peligrosas para ser respondidas. Apenas si prestó atención a las palabras que salían de su boca ni a las contestaciones de Beldeine. Se concentró en el tejido que realizaba.

A lo largo de los años muchísimas cosas habían captado su interés, algunas de las cuales no eran totalmente aprobadas por la Torre. La gran mayoría de las espontáneas que llegaron a Tar Valon para ser entrenadas —tanto las verdaderas espontáneas, que realmente habían empezado a aprender por sí mismas, como chicas que sólo habían empezado a tocar la Fuente porque la chispa innata en ellas había prendido *motu proprio*; para algunas hermanas no había diferencia en realidad—, casi todas esas espontáneas habían desarrollado al menos un truco propio, y dichos trucos, las más de las veces, entraban en uno de dos epígrafes: un modo de escuchar a escondidas las conversaciones de otras personas o un modo de inducir a la gente a hacer lo que querían.

Con respecto al primero, a la Torre no le preocupaba demasiado. Incluso una espontánea que había adquirido un control considerable por sí misma, enseguida aprendía que mientras llevara el blanco de las novicias ni siquiera podía tocar el *Saidar* sin la supervisión de una hermana o una Aceptada. Eso limitaba drásticamente el escuchar conversaciones a escondidas. El otro truco, sin embargo, se semejaba demasiado a la prohibida Compulsión. Oh, sí, no era más que un modo de conseguir que padre te comprara un vestido o una baratija que en realidad no deseaba adquirir, o que madre diese su aprobación a un joven al que en circunstancias normales habría rechazado. Cosas por el estilo, pero la Torre erradicaba ese truco con la mayor eficacia. Muchas de las jovencitas y mujeres con las que Verin había hablado a lo largo de los años eran incapaces de formar los tejidos, y mucho menos de utilizarlos, y a menudo ni siquiera podían recordar cómo. Uniendo como piezas de un rompecabezas pequeños fragmentos de aquí y de allí y vestigios de soterrados tejidos creados por chicas faltas de entrenamiento para propósitos muy limitados, Verin había reconstruido algo prohibido por la Torre desde su fundación. Al principio había sido simple curiosidad por su parte. «La curiosidad —pensó despreocupadamente, sin dejar de trabajar en el tejido con Beldeine— me ha hecho meterme en más de un berenjenal.» La utilidad venía después.

—Supongo que Elaida se proponía tenerlo abajo, en las celdas abiertas —comentó en tono coloquial. Las celdas con muros de barrotes se destinaban a los varones capaces de encauzar y a las iniciadas de la Torre sometidas a arresto, espontáneas que se habían hecho pasar por Aes Sedai, y cualquier otra persona a la que hubiera que tener confinada y aislada de la Fuente—. No es un lugar cómodo ni agradable para el Dragón Renacido. Sin la menor intimidad. ¿Crees que es el Dragón

Renacido, Beldeine? —En esta ocasión sí prestó atención a la respuesta.

—Sí. —La palabra sonó sibilante, y Beldeine giró los ojos atemorizados hacia Verin—. Sí... pero hay que... mantenerlo a salvo. Hay que... mantener al mundo... a salvo de él.

Interesante. Todas habían dicho que se tenía que mantener al mundo a salvo de él; lo interesante era que varias también habían manifestado que había que mantenerlo a salvo a él. La sorprendió que lo dijeran algunas en particular.

A sus ojos, el tejido que había hecho semejaba una maraña de hilos, brillantes y translúcidos, dispuestos caprichosamente alrededor de la cabeza de Beldeine, con cuatro filamentos de Energía sobresaliendo del enredo. Tiró de dos de ellos, situados uno enfrente del otro, y la maraña se desmoronó ligeramente, hacia adentro, hasta algo rayano al orden. Los ojos del Beldeine se abrieron de golpe, con la mirada perdida en el vacío.

En voz firme y queda Verin le dio instrucciones. Más parecían sugerencias, aunque las formuló como órdenes. Beldeine tendría que encontrar razones dentro de sí misma para obedecer; si no ocurría así, entonces todo ese trabajo habría sido un esfuerzo inútil.

Al tiempo que pronunciaba las últimas palabras, Verin tiró de los otros dos filamentos de Energía y la maraña se desmoronó un poco más. Esta vez, sin embargo, lo hizo en lo que parecía un orden perfecto, un trazado más preciso, más complicado que el encaje más complejo, y completo, atado por la misma maniobra que había iniciado su plegamiento. Y continuó hundiéndose sobre sí mismo, sobre la cabeza de Beldeine. Los hilos débilmente brillantes penetraron en la mujer hasta desaparecer. Los ojos de la Verde se giraron hasta ponerse en blanco, sus miembros se agitaron de manera espasmódica y toda ella se sacudió. Verin la sujetó lo mejor posible, pero aun así la cabeza de Beldeine se zarandeó de un lado a otro por las convulsiones mientras los talones desnudos golpeaban contra las alfombras. Muy pronto sólo un Ahondamiento minucioso descubriría que se le había hecho algo, y ni siquiera eso identificaría el tejido. Verin había hecho la prueba, y si había algo en lo que nadie la superaba era en el Ahondamiento.

Ni que decir tiene que aquello no era realmente Compulsión tal como se describía en los textos antiguos. El tejido debía realizarse con desesperante lentitud, teniendo en cuenta que había que improvisar según las circunstancias concurrentes, y había una razón para ello. Ayudaba mucho si la persona objeto del tejido se hallaba emocionalmente vulnerable, pero la confianza era absolutamente esencial. Incluso si se pillaba desprevenido a alguien, no funcionaba si se sentía receloso. Tal circunstancia reducía su eficacia en los hombres de manera considerable, y eran muy pocos los varones que no recelaban de las Aes Sedai.

Aparte de la desconfianza, por desgracia los hombres no eran buenos sujetos para

esa maniobra, y Verin no entendía el motivo. La mayoría de los trucos desarrollados por aquellas chicas habían sido pensados para sus padres u otros varones. Cualquier personalidad fuerte podría empezar por cuestionarse sus propios actos —o incluso olvidarse de ellos— pero, en igualdad de condiciones, los hombres deberían ser mucho más propensos. Muchísimo más. Quizá también fuera por la desconfianza. Vaya, pero si hasta en una ocasión un hombre había recordado los flujos tejidos en él, pero no las instrucciones que le había dado. ¡Y qué de problemas le ocasionó aquello! No volvería a correr tal riesgo.

Por fin las convulsiones que sacudían a Beldeine perdieron fuerza y cesaron. La joven se llevó una de las sucias manos a la cabeza.

—¿Qué...? ¿Qué ha pasado? —preguntó con un hilo de voz—. ¿Me he desmayado?

El olvido era otro punto positivo en el tejido, y lógico. Después de todo, padre no debía recordar que de algún modo habías hecho que te comprase aquel vestido tan caro.

—El calor es intenso —respondió Verin mientras la ayudaba a sentarse erguida—. Yo misma me he sentido mareada un par de veces hoy. —Por cansancio, no debido al calor. Encauzar tanto *Saidar* dejaba sin fuerza, sobre todo si se hacía cuatro veces en una misma jornada, como era su caso. El *angreal* no paliaba los efectos una vez que se dejaba de utilizarlo. Tampoco le habrían ido mal unas manos que la sostuviesen—. Creo que ya es suficiente. Si sufres desmayos, a lo mejor encuentran alguna otra tarea para ti que no sea al sol.

La perspectiva no pareció animar en absoluto a Beldeine. Mientras se frotaba los riñones, Verin asomó la cabeza por la entrada de la tienda. Coram y Mendan interrumpieron de nuevo su juego de las cunitas; aparentemente ninguno de ellos había estado escuchando, pero la Aes Sedai no habría apostado su vida. Les dijo que había terminado con Beldeine y, tras pensarlo un instante, añadió que necesitaba otra jarra de agua ya que Beldeine la había tirado. Los semblantes curtidos de ambos hombres se ensombrecieron. Informarían de ello a la Sabia que fuese a recoger a la joven Aes Sedai; sería un punto más para ayudarla a tomar una decisión.

Al sol le quedaba todavía un buen trecho para llegar al horizonte, pero el dolor de espalda avisó a Verin de que era hora de dejarlo por ese día. Aún podría ocuparse de otra hermana, pero, si lo hacía, a la mañana siguiente le dolería hasta el último músculo de su cuerpo. Su mirada se detuvo en Irgain, quien ahora se encontraba con las mujeres que acarreaban cestos hasta los molinos manuales. Verin se preguntó qué rumbo habría tomado su vida de no tener tanta curiosidad. Para empezar, se habría casado con Eadwin y se habría quedado en Far Madding en lugar de ir a la Torre Blanca. En segundo lugar, a estas alturas llevaría muerta mucho tiempo, así como los hijos que hubiese tenido y también sus nietos. Con un suspiro se volvió hacia Coram.

—Cuando Mendan vuelva, ¿querrás decirle a Colinda que me gustaría ver a Irgain Fatamed?

El dolor de músculos al día siguiente sería un castigo leve porque Beldeine pagase las consecuencias de haber derramado el agua, pero no era ésa la razón de que lo hubiese hecho, ni siquiera su curiosidad, a decir verdad. Tenía una tarea que realizar. De algún modo debía mantener vivo al joven al'Thor hasta que le llegase el momento de morir.

La estancia podría haberse encontrado en un lujoso palacio, salvo por que no tenía puertas ni ventanas. La lumbre de una chimenea de mármol dorado no daba calor, y las llamas no consumían los troncos. Al hombre sentado ante una mesa de patas doradas, situada en el centro de una alfombra de seda tejida con brillantes hilos de oro y de plata, le importaba poco el boato de la Era actual; su función era impresionar, simplemente. A decir verdad, su mera presencia habría bastado para intimidar hasta la altivez más envarada. Se hacía llamar Moridin, y a buen seguro no había existido nadie con más derecho que él a autodenominarse Muerte.

De vez en cuando acariciaba con gesto ausente las dos trampas mentales que llevaba colgadas al cuello con unos sencillos cordones de plata. Su tacto hizo que el cristal rojo sangre de las *cour'souvras* trepidara, los remolinos agitándose en profundidades infinitas, como el latido de un corazón. Su atención estaba enfocada realmente en un juego dispuesto sobre la mesa, con treinta y tres piezas rojas y otras tantas verdes distribuidas sobre un tablero de trece casillas por trece; la recreación de las primeras etapas de un famoso juego. La pieza más importante, el Pescador, en blanco y negro como el tablero, seguía esperando en su lugar, el cuadrado central. El *sha'rah* era un juego complejo, que databa de antes de la Guerra del Poder. *Sha'rah*, *tcheran* y *no'ri* —al juego lo llamaban ahora «guijas» simplemente o incluso «damas»— y cada variante tenía sus adeptos, los cuales afirmaban que abarcaba todas las sutilezas de la vida, pero Moridin siempre había preferido el *sha'rah*, en el que había sido un maestro. Únicamente había nueve personas vivas que recordaban ese juego, mucho más complicado que el *tcheran* o el *no'ri*. El primer objetivo era capturar al Pescador; sólo entonces empezaba realmente la partida.

Se acercó un criado vestido totalmente de blanco, un joven delgado y garboso, increíblemente atractivo, que se inclinó mientras le ofrecía una copa de cristal que llevaba en una bandeja de plata. Sonrió, pero el gesto no se reflejó en sus ojos negros, que, más que muertos, estaban vacíos, inánimes. Cualquiera se habría sentido incómodo bajo aquella mirada, pero Moridin se limitó a coger la copa y despidió con un gesto al sirviente. Los viticultores producían algunos caldos excelentes. Sin embargo, no bebió.

El Pescador retenía su atención, irresistible como un cebo. Varias piezas tenían

movimientos variables, pero sólo los atributos del Pescador cambiaban según su posición; en una casilla blanca, era débil en ataque pero ágil y veloz en la huida; en una negra, era fuerte en ataque, aunque lento y vulnerable. Cuando jugaban maestros, el Pescador cambiaba de bando muchas veces antes del final de la partida. Cualquier pieza podía amenazar la línea de meta verde y la roja que rodeaba la superficie de juego del tablero, pero sólo el Pescador podía entrar en ella, si bien hacerlo no significaba que estuviese a salvo ni siquiera allí; el Pescador nunca lo estaba. Cuando el Pescador era de un jugador, éste intentaba moverlo a una casilla de su color, detrás del extremo de su oponente en el tablero. Era la victoria; de la manera fácil, ya que no la única. Cualquier posición a lo largo de la línea de meta serviría; tener al Pescador resultaba peligroso las más de las veces. Naturalmente había un tercer camino a la victoria en el *sha'rah* si uno lo tomaba antes de ser atrapado. El juego siempre degeneraba en una sangrienta refriega, y la victoria llegaba únicamente con la aniquilación total del adversario. Había intentado esa variante una vez, llevado por la desesperación, pero la tentativa había fracasado. Dolorosamente.

La ira rugió en la mente de Moridin, y un torbellino de puntos negros pasó por sus ojos al asir el Poder Verdadero. El éxtasis que equiparaba al dolor hinchió arrolladoramente su cuerpo. Su mano se cerró sobre las dos trampas mentales, y el Poder Verdadero rodeó al Pescador y lo alzó en el aire, a punto de reducirlo a polvo y el polvo a la nada. La copa se hizo añicos en su mano. Los dedos de la otra casi aplastaron las *cour'souvras*. Los *saas* eran como una cellisca negra, pero Moridin no cerró los párpados. La figura del Pescador se representaba siempre como un hombre, con una venda cubriéndole los ojos, una mano apretada contra el costado y unas cuantas gotas de sangre resbalando entre sus dedos. Las razones, al igual que el origen del juego, se perdían en la noche de los tiempos. Ello le preocupaba en ocasiones, le encolerizaba que hubiese cualquier conocimiento perdido tal vez en los giros de la Rueda, conocimiento que necesitaba, conocimiento al que tenía derecho. ¡Todo el derecho!

Poco a poco, muy despacio, volvió a soltar al Pescador sobre el tablero. Poco a poco, muy despacio, sus dedos dejaron de apretar las *cour'souvras*. Su destrucción no era necesaria. Todavía. Una calma helada reemplazó la cólera en un abrir y cerrar de ojos. De su mano herida goteaba sangre y vino, pero no lo notó. Quizás el Pescador provenía de algún borroso y remoto recuerdo de Rand al'Thor, la sombra de una sombra. Daba igual. Cayó en la cuenta de que estaba riéndose y no hizo el menor esfuerzo por contenerse. Sobre el tablero, el Pescador seguía esperando; sin embargo, en el tablero del gran juego, al'Thor se movía ya conforme a sus deseos. Y pronto, a no tardar... Era muy difícil perder una partida cuando se jugaba a ambos lados del tablero. Moridin rió con tantas ganas que lloró, pero ni siquiera notó las lágrimas que corrían por sus mejillas.

1. Cumplir el trato

La Rueda del Tiempo gira y las eras llegan y pasan y dejan tras de sí recuerdos que se convierten en leyenda. La leyenda se difumina, deviene en mito, e incluso el mito se ha olvidado mucho antes de que la era que lo vio nacer retorne de nuevo. En una era llamada la tercera por algunos, una era que ha de venir, una era transcurrida hace mucho, comenzó a soplar un viento en la extensa isla montañosa de Tremalking. El viento no fue un inicio, pues no existen ni comienzos ni finales en el eterno girar de la Rueda del Tiempo. Pero aquél fue un principio.

El viento sopló hacia el este a través de Tremalking, donde los Amayares de tez muy blanca cultivaban sus campos, fabricaban porcelana y cristal finos y seguían la pacífica Filosofía del Agua. Los Amayares no hacían caso del mundo que había más allá de sus desperdigadas islas, ya que la Filosofía del Agua enseñaba que ese mundo era sólo ilusión, una imagen reflejada de la imaginación; sin embargo, algunos observaron el viento que arrastraba el polvo y un calor propio de pleno verano cuando deberían estar cayendo las lluvias invernales, y recordaron las historias oídas a los Atha'an Miere. Historias del mundo más allá de las islas, y que lo anunciado por la profecía se cumpliría. Algunos miraron hacia un cerro donde una enorme mano de piedra se alzaba sobre el suelo, sosteniendo una translúcida esfera de cristal más grande que muchas casas. Los Amayares tenían sus propias profecías, y algunas de ellas hablaban de la mano y de la esfera. Y del final de las imágenes ilusorias.

El viento siguió viajando por el Mar de las Tormentas, hacia el este, bajo un sol abrasador en el cielo despejado, azotando las crestas de las verdes olas, batallando contra vientos del sur y del oeste, abriéndose paso en remolinos mientras abajo el oleaje crecía. No eran las tormentas propias de pleno invierno, aunque dicha estación tendría que estar ya mediada, y menos aún las grandes turbonadas de finales de verano, sino los vientos y las corrientes que podían utilizar los pueblos de navegantes para costear el continente desde Fin del Mundo hasta más allá de Mayene y después a la inversa. El viento sopló ferozmente hacia el este, por encima del embravecido océano donde las grandes ballenas emergían y resoplaban y los peces voladores surcaban el aire dos metros o más, sustentados en las aletas extendidas, hacia el este, ahora virando hacia el norte, el nordeste, por encima de flotillas de barcos pesqueros que arrastraban sus redes en aguas más someras. Algunos de aquellos pescadores se quedaban boquiabiertos, con los cabos olvidados entre las manos, contemplando de hito en hito el inmenso despliegue de altas naves y otras más pequeñas que navegaban resueltamente contra viento y marea, rompiendo las olas con proas achatadas, cortándolas con otras afiladas, su bandera un halcón dorado que aferraba

un rayo en sus garras, una multitud de estandartes como augurios de tormenta. Sopló al este y al norte, y el viento llegó a la ancha bahía abarrotada de barcos de Ebou Dar, donde cientos de naves de los Marinos se encontraban ancladas, como lo estaban en muchos otros puertos, aguardando noticias del Coramoor, del Elegido.

El viento rugió a través de la bahía, zarandeando barcos grandes y pequeños, y cruzó la propia ciudad que relucía blanquísima bajo el implacable sol, con sus torres, sus murallas y sus cúpulas bordeadas de colores, sus calles y canales bullendo de actividad, envueltos en el ajetreo de la afamada industria sureña. Pasó arremolinado alrededor de las brillantes cúpulas y de las esbeltas torres del palacio de Tarasin, llevando consigo el olor a salitre, agitando la bandera de Altara —dos leopardos dorados sobre un campo rojo y azul— y los estandartes de la casa regente Mitsobar: la Espada y el Ancla, verde sobre blanco. Aún no era la tormenta, pero sí su heraldo.

Aviendha sintió que la piel le picaba entre los omóplatos mientras recorría, a la cabeza de sus compañeros, los pasillos de palacio solados con baldosas de docenas de colores fuertes. Era la misma sensación de ser vigilada que había notado por última vez cuando todavía estaba casada con la lanza. No hacía mucho que esa sensación había significado que alguien podría estar intentando matarla. La muerte no era algo de lo que tener miedo —todo el mundo moría, un día u otro— pero no quería perecer como un conejo pateando en una trampa. Tenía que cumplir con un *toh*.

Los sirvientes se cruzaban con ella apresuradamente, tan pegados a la pared como les era posible, haciendo reverencias y agachando los ojos casi como si entendieran la vergüenza de las vidas que llevaban, pero sin duda no eran ellos quienes despertaban ese deseo de encoger los hombros. Había intentado acostumbrarse a mirar a los criados, pero incluso ahora, con la piel de gallina en la espalda, sus ojos los evitaban. Tenía que ser cosa de su imaginación, y por los nervios. Era un día para figuraciones y nerviosismo.

A diferencia de los sirvientes, los ricos tapices de seda atraían su mirada, así como las lámparas de pie doradas y las de techo que jalonaban los corredores. Objetos de porcelana, fina como papel, en colores rojos, amarillos, verdes y azules, se exhibían en vitrinas y nichos abiertos en las paredes, junto con adornos de oro y plata, marfil y cristal, montones y montones de cuencos, jarrones, estatuillas y urnas. Sólo las piezas más hermosas captaban su interés; en contra de lo que pensaran los habitantes de las tierras húmedas, la belleza tenía más valor que el oro. Y allí había mucha belleza. No le habría importado tomar su parte del quinto de ese lugar.

Irritada consigo misma, frunció el entrecejo. Aquélla no era una idea honorable encontrándose bajo un techo que le había ofrecido sombra y agua de buen grado. Sin ceremonia, cierto, pero también sin deuda ni sangre, acero ni necesidad. Sin embargo, mejor pensar en eso que en un chiquillo solo, en alguna parte de aquella ciudad corrupta. Cualquier ciudad lo era —de eso no le cabía duda ahora, después de haber

visto en parte cuatro de ellas—, pero Ebou Dar sería la última en la que habría dejado a un niño salir solo. Lo que no entendía era por qué acudían a su cabeza pensamientos sobre Olver a pesar de que se propusiera evitarlos. No formaba parte del *toh* que tenía con Elayne y con Rand al'Thor. Una lanza Shaido había acabado con el padre del chico, y el hambre y las privaciones se habían llevado a su madre; no obstante, aunque hubiesen sido sus propias lanzas las que los hubiesen matado, Olver no dejaba de ser un Asesino del Árbol, un cairhienino. ¿Por qué se preocupaba por un niño de esa estirpe? ¿Por qué? Intentó concentrarse en el tejido que debía realizar, pero a pesar de haberlo practicado bajo la supervisión de Elayne hasta el punto de ser capaz de ejecutarlo dormida, el rostro de Olver seguía interfiriendo. Birgitte se preocupaba por el chico incluso más que ella, pero la arquera tenía una extraña debilidad por los críos, en especial los feos.

Suspirando, Aviendha renunció a intentar no prestar atención a la conversación que sus compañeros mantenían a su espalda, en la que se percibía una irritación que crepitaba con una nube cargada de rayos. Pero incluso eso era mejor que inquietarse por el hijo de unos Asesinos del Árbol. De unos quebrantadores de juramentos. Una estirpe despreciable sin la que el mundo sería un lugar mejor. Ni le incumbía ni era asunto de ella. En absoluto. Mat Cauthon encontraría al chico, de todos modos. Por lo visto podía encontrar cualquier cosa. Además, escuchar la tranquilizaba; el picorcillo de la espalda se calmó.

—¡No me gusta ni pizca! —rezongaba Nynaeve, siguiendo con la discusión iniciada en sus habitaciones—. Ni pizca, Lan, ¿me has oído?

Había manifestado su desagrado al menos veinte veces, pero Nynaeve nunca se rendía por el mero hecho de que hubiese perdido. De corta estatura y ojos oscuros, caminaba con feroces zancadas que agitaban la falda pantalón del traje de montar azul, y alzaba de vez en cuando una mano hacia la trenza gruesa, larga hasta la cintura, para después bajarla brusca y firmemente antes de subirla de nuevo. Nynaeve mantenía un férreo control de su temperamento cuando Lan se encontraba cerca. O lo intentaba. La colmaba un orgullo desmedido por su matrimonio con él. Llevaba abierta la chaqueta, bordada y muy ajustada, sobre el traje de seda acuchillado en amarillo, exhibiendo en exceso el busto al estilo de los habitantes de las tierras húmedas, sólo para mostrar el grueso sello de oro que colgaba de su cuello en una cadena.

—No tienes derecho a prometer cuidar de mí así, Lan Mandragoran —continuó firmemente—. ¡No soy una figurilla de porcelana!

El hombre caminaba a su lado, con la cambiante capa de Guardián colgando a la espalda; de estatura adecuada para un varón, Nynaeve ni siquiera le llegaba al hombro. Su rostro parecía tallado en piedra, y su mirada ponderaba la posible amenaza de cualquier sirviente con el que se cruzaban, examinaba todas las

intersecciones del corredor y cada hueco en las paredes en busca de hipotéticos atacantes escondidos. Irradiaba una disposición inminente a entrar en acción, la de un león a punto de cargar. Aviendha había crecido rodeada de hombres peligrosos, pero jamás de uno que igualase a *Aan'allein*. De ser la muerte un varón, habría sido él.

—Eres Aes Sedai y yo un Guardián —dijo con su voz profunda e impasible—. Cuidar de ti es mi deber. —Su tono se suavizó, en marcada contradicción con sus rasgos angulosos y sus ojos impávidos—. Además, cuidar de ti es lo que desea mi corazón, Nynaeve. Puedes pedirme o exigirme cualquier cosa, pero jamás que te deje morir sin intentar salvarte. El día que mueras, yo moriré.

Eso último era la primera vez que lo decía, que Aviendha supiera, y tuvo en Nynaeve el mismo efecto que un puñetazo en el estómago; los ojos casi se le salieron de las órbitas y su boca se abrió y se cerró sin emitir sonido alguno. Empero, se recuperó enseguida, como siempre. Simulando que se arreglaba el sombrero adornado con plumas azules, una prenda ridícula que parecía un pájaro extraño posado sobre su cabeza, le echó una ojeada bajo la ancha ala.

Aviendha había empezado a sospechar que la otra mujer a menudo se valía del silencio y de miradas supuestamente significativas para encubrir su desconocimiento. También le daba en la nariz que Nynaeve sabía poco más que ella sobre los hombres, y aún menos en lo tocante a la relación con uno. Hacerles frente con cuchillos y lanzas resultaba mucho más fácil que amar a uno en particular. Muchísimo más. ¿Cómo se las arreglaban las mujeres para estar casadas con ellos? Aviendha sentía la imperiosa necesidad de aprender, y no tenía ni idea de cómo hacerlo. Haber estado casada con Aan'allein un solo día había cambiado a Nynaeve en muchos más aspectos que su empeño en controlar el genio. La mujer parecía saltar continuamente del sobresalto a la conmoción, por más que quisiera disimularlo. Se quedaba abstraída en ensoñaciones en momentos imprevistos, se sonrojaba ante preguntas inocentes y —aunque lo negaba enérgicamente, Aviendha la había visto hacerlo— se reía tontamente sin motivo alguno. No tenía sentido intentar aprender algo de Nynaeve.

—Supongo que tú también vas a hablar sobre Aes Sedai y Guardianes —dijo fríamente Elayne a Birgitte—. Bien, pues tú y yo no estamos casadas. Espero tener guardadas las espaldas contigo, pero no admitiré que me hagas prometer quedarme atrás.

Elayne llevaba un atuendo tan inadecuado como el de Nynaeve: un traje de montar ebudariano de seda verde con bordados dorados y cuello apropiadamente alto, pero con una escotadura ovalada que dejaba al aire las redondeces interiores de sus senos. Las mujeres de las tierras húmedas barbotaban indignadas ante la mención de una tienda de vapor o por tener que estar desvestidas delante de los *gai'shain*, y luego salían a la calle medio desnudas donde cualquier extraño podía verlas. A Aviendha no

le importaba realmente en el caso de Nynaeve, pero Elayne era su medio hermana. Y esperaba que llegara a ser algo más.

Los tacones altos de las botas de Birgitte hacían que le sacase un palmo a Nynaeve, aunque todavía seguía siendo más baja que Elayne o Aviendha. Con su chaqueta de color azul oscuro y sus amplios pantalones verdes, exhibía una actitud alerta, segura y preparada para la acción muy semejante a la de Lan, si bien en ella parecía más despreocupada: un leopardo tumbado sobre una roca, aunque ni por asomo tan perezoso como aparentaba. En su arco no había ninguna flecha encajada, pero a pesar de su modo de caminar reposado, como si paseara, y de sus sonrisas, podía sacar una saeta de la aljaba que llevaba a la cintura antes de que nadie tuviese tiempo de pestañear, y estar disparando el tercer proyectil antes de que cualquiera hubiese encajado una segunda flecha en la cuerda del arco. La mujer le dirigió una mueca irónica a Elayne mientras sacudía la cabeza, de manera que la dorada trenza, tan larga y gruesa como la de Nynaeve, se meció a su espalda.

—Mi promesa te la hice a la cara, no a tu espalda —replicó secamente—. Cuando hayas aprendido un poco más, no tendré que hablarte sobre Aes Sedai y Guardianes.

Elayne se envaró y levantó el mentón con gesto altanero mientras toqueteaba las cintas de su sombrero, que tenía montones de largas plumas verdes, peor incluso que el de Nynaeve.

—Quizá bastante más, no sólo un poco —añadió Birgitte—. Estás haciéndole otro nudo en ese lazo.

Si Elayne no hubiese sido su medio hermana, Aviendha se habría reído cuando la otra joven se puso colorada como un tomate. Ponerle la zancadilla a alguien que intentaba trepar demasiado alto o ver cómo lo hacía otro siempre resultaba divertido, e incluso una pequeña caída merecía una carcajada. Tal como eran las cosas, asestó una mirada firme a Birgitte, una promesa de que ir más allá podría acarrearle consecuencias. Le gustaba la arquera a despecho de todos sus secretos, pero la diferencia entre una amiga y una medio hermana era algo que las habitantes de las tierras húmedas parecían incapaces de entender. Birgitte se limitó a sonreír a la par que su mirada pasaba de ella a Elayne y murmuraba entre dientes. Aviendha captó la palabra. Peor aún, sonó cariñoso. Todos debían de haberlo escuchado. ¡Todos!

—¿Qué te ocurre, Aviendha? —demandó Nynaeve mientras le daba golpecitos en el hombro con el índice—. ¿Es que piensas quedarte ahí todo el día, sonrojándote? Tenemos prisa.

Sólo entonces la Aiel cayó en la cuenta de que la cara le ardía y que debía de estar tan colorada como Elayne. Y además, plantada en el sitio más quieta que un peñasco, cuando el tiempo apremiaba. ¡Mira que quedarse cortada por una palabra, como una muchachita recién casada con la lanza que no está acostumbrada a las bromas entre Doncellas! Tenía casi veinte años y se estaba comportando como una chiquilla que

juega con su primer arco. La idea hizo que su sofoco aumentara, motivo por el que giró bruscamente en la siguiente esquina y casi se dio de bruces con Teslyn Baradon.

El frenazo hizo que resbalara en las baldosas rojas y verdes y a punto estuvo de caer patas arriba, evitándolo por poco al agarrarse a Elayne y a Nynaeve. En esta ocasión se las ingenió para no enrojecer hasta las orejas, pero deseó haberlo hecho. Estaba avergonzando a su medio hermana tanto como a sí misma; Elayne siempre guardaba la compostura, ocurriera lo que ocurriese. Por suerte, Teslyn Baradon no reaccionó mucho mejor que ella al encuentro.

La mujer de rostro afilado reculó por la sorpresa y soltó un respingo sin poder evitarlo, tras lo cual agitó los hombros en un gesto irritado. Las mejillas descarnadas y la estrecha nariz ocultaban la cualidad intemporal de los rasgos de la hermana Roja, y su vestido rojo, brocado en un tono azul tan oscuro que parecía negro, contribuía a hacerla parecer aún más huesuda; empero, recobró rápidamente la entereza de una señora del techo de clan. Sus ojos castaños oscuros adquirieron la frialdad de las sombras más profundas; pasaron sobre Aviendha, relegándola como alguien sin importancia, hicieron caso omiso de Lan como de una herramienta a la que no veía utilidad y centellearon un instante al posarse en Birgitte. Casi todas las Aes Sedai desaprobaban que la arquera fuese un Guardián, aunque ninguna podía dar una razón aparte de rezongos desabridos sobre la tradición. Sin embargo, se quedaron prendidos primero en Elayne y después en Nynaeve. A Aviendha le habría resultado más fácil rastrear el viento del día anterior que inferir algo de su rostro impasible.

—Ya se lo he dicho a Merilille —empezó con un fuerte acento illiano—, pero, ya puesta, también podría tranquilizaros a vosotras. Sea cual fuere la... travesura que os traéis entre manos, Joline y yo no nos inmiscuiremos. Me he encargado de ello. Si tenéis cuidado, tal vez Elaida no se entere nunca. Y dejad de mirarme boquiabiertas como una carpa ahogándose, muchachas —agregó con un gesto de desagrado—. No soy ciega ni sorda. Estoy enterada de la presencia de Detectoras de Vientos en palacio y de las reuniones secretas con la reina Tylin. Y de otras cosas. —Los finos labios se apretaron y, a pesar de que su tono se mantuvo sereno, los oscuros ojos centellearon de ira—. Pagaréis caro esas otras cosas; vosotras y quienes os permiten jugar a ser Aes Sedai, pero de momento haré la vista gorda. La expiación de las culpas puede esperar.

Nynaeve se asió con fuerza la coleta, manteniendo la espalda muy recta y la cabeza bien alta al tiempo que sus ojos chispeaban de ira. En otras circunstancias, Aviendha habría sentido cierta compasión por la inminente diana de los dardos que estaban a punto de dispararse. La afilada lengua de Nynaeve tenía más espinas que una *segade* de finísimas púas. Fríamente, consideró cómo responder a esa mujer que se creía con derecho a mirarla como si no existiese. Una Sabia no se rebajaba a enzarzarse a puñetazos con alguien, pero ella era todavía una aprendiza; a lo mejor no

adquiría *jih* si le hacía sólo unos pocos moretones a Teslyn Baradon. Abrió la boca para dar a la hermana Roja la oportunidad de defenderse en el mismo momento que Nynaeve abría la suya; no obstante, Elayne se adelantó a las dos:

—Lo que nos «traigamos entre manos», Teslyn, no es de tu incumbencia —manifestó en tono gélido. También ella estaba muy erguida y sus azules ojos semejaban pedazos de hielo; un rayo de sol cayó casualmente sobre sus rizos rubios rojizos y pareció prenderles fuego. Justo en ese instante Elayne habría hecho que una señora del techo pareciera una cabrera con demasiado *oosquai* en el estómago. Era una habilidad que pulía a la perfección. Pronunció cada palabra con fría y cristalina dignidad—. No tienes derecho a inmiscuirte en nada de lo que hagamos, en nada de lo que haga ninguna hermana. Ni el mínimo derecho. De modo que deja de meter las valvas en nuestra cazuela, mejillón revenido de verano, y date por contenta de que decidamos pasar por alto el hecho de que respaldas a una usurpadora en la Sede Amyrlin.

Perpleja, Aviendha miró de reojo a su medio hermana. ¿Que no metiera las *valvas* en su *cazuela*? Ellas no llevaban ninguna cazuela. ¿Mejillón revenido de verano? ¿Qué significaba eso? A menudo los habitantes de las tierras húmedas decían cosas muy raras, pero en esta ocasión las demás parecían tan desconcertadas como ella. Únicamente Lan, que miraba de soslayo a Elayne, daba la impresión de haber entendido y parecía... sobresaltado. Y quizá divertido. No era fácil asegurarlo; Aan'allein controlaba bien la expresión de su rostro.

Teslyn Baradon aspiró sonoramente por la nariz, y su cara se atirantó aún más. Aviendha seguía intentando denodadamente llamar a aquellas personas sólo por parte de su nombre, como hacían ellas —¡cuando utilizaba un nombre completo creían que estaba enfadada!— pero ni siquiera alcanzaba a imaginarse a sí misma intimando con Teslyn Baradon.

—Os dejaré, necias muchachas, con vuestros *asuntos* —gruñó la mujer—. E id con cuidado para no acabar con vuestras narices atrapadas en una grieta peor que en la que ya las habéis metido.

Cuando se volvía para marcharse, recogiéndose los vuelos de la falda en un gesto pomposo, Nynaeve la retuvo por un brazo. Por lo general, los habitantes de las tierras húmedas dejaban que las emociones se plasmaran claramente en sus semblantes, y el de Nynaeve era la viva imagen de una persona en conflicto, la ira debatiéndose para salir a través de la firme determinación.

—Aguarda, Teslyn —empezó de mala gana—. Joline y tú podéis estar en peligro. Se lo conté a Tylin, pero creo que podría tener miedo de hablar de ello con otros. O sentirse poco inclinada a hacerlo, en cualquier caso. No es algo de lo que le guste hablar a nadie.

Respiró hondo, y si pensaba en sus propios temores en aquel asunto, tenía

motivos. No había deshonra en tener miedo, sólo en demostrarlo o ceder a él. La propia Aviendha sintió un desagradable cosquilleo en el estómago cuando Nynaeve prosiguió.

—Moghedien ha estado aquí, en Ebou Dar. Tal vez siga aún en la ciudad. Y puede que también haya otro de los Renegados. Con un *gholam*, una especie de Engendro de la Sombra contra el que no surte efecto el Poder. Su aspecto es el de un hombre, pero fue pensado y creado para matar Aes Sedai. Tampoco las armas de acero parecen afectarlo y puede escabullirse por un agujero de ratón. También está aquí el Ajah Negro. Y se aproxima una tormenta; una muy mala. Sólo que no es una tormenta normal, un fenómeno atmosférico. La siento; es una habilidad que tengo, un Talento, quizá. Se aproxima peligro a Ebou Dar, y problemas más grandes que cualquier viento, lluvia, rayo o trueno.

—Así que Renegados, una tormenta que no es tal y un tipo de Engendro de la Sombra del que nunca había oído hablar —dijo con seca ironía Teslyn Baradon—. Por no mencionar al Ajah Negro. ¡Luz! ¡El Ajah Negro! ¿Y no está también el propio Oscuro? —La sonrisa torcida afinó más si cabe sus labios. Soltó la manga de la mano de Nynaeve con gesto desdeñoso—. Cuando estéis de vuelta en la Torre Blanca, donde pertenecéis, y vestidas de blanco como os corresponde, aprenderéis a no perder el tiempo con absurdas fantasías. O a contárselas a las hermanas.

De nuevo sus ojos pasaron de una a otra —y otra vez por encima de Aviendha—, tras lo cual aspiró desdeñosamente por la nariz y echó a andar pasillo adelante tan deprisa que los criados tuvieron que apartarse de un salto de su camino.

—¡Esa mujer tiene el valor de...! —barbotó Nynaeve mientras asestaba una mirada fulminante a la espalda de la hermana Roja que se alejaba y se retorcía la trenza con las dos manos—. ¡Después de que me rebajé a...! —Casi se atragantó de ira—. En fin, lo intenté. —Y ahora lo lamentaba, a juzgar por su tono.

—Así es —convino Elayne con un seco cabeceo—. Y más de lo que se merece. ¡Mira que negar que somos Aes Sedai! ¡No aguantaré tal cosa ni una vez más! ¡No lo haré! —Si antes su voz parecía fría, ahora era realmente gélida, además de sombría.

—¿Quién se fiaría de alguien como ella? —masculló Aviendha—. Quizá deberíamos asegurarnos de que no se inmiscuya. —Se miró el puño apretado; en eso sí que se fijaría Teslyn Baradon. La mujer merecía que la atraparan los Depravados de la Sombra, ya fuese Moghedien u otro. Los necios tenían lo que su estupidez les acarreaba.

Nynaeve pareció considerar su sugerencia, si bien lo que dijo no tenía nada que ver.

—Si no la conociese, pensaría que está dispuesta a darle la espalda a Elaida. —Chasqueó la lengua con exasperación.

—Aparte de un buen mareo, no sacarás nada en claro si tratas de entender los

derroteros de la política Aes Sedai. —Elayne no añadió que su amiga debería saber tal cosa a esas alturas, pero su tono fue más que explícito—. Hasta una Roja podría volverse contra Elaida por alguna razón que ni siquiera se nos pasaría por la cabeza. O quizá lo que intenta es hacernos bajar la guardia para que caigamos en alguna trampa que nos ponga en manos de Elaida. O...

Lan la interrumpió con una tos.

—Si uno o más Renegados vienen hacia aquí —dijo en un tono duro como granito pulido—, podrían llegar en cualquier momento. O ese *gholam*. En cualquier caso, lo mejor sería estar en cualquier otra parte.

—Con las Aes Sedai se necesita siempre un poco de paciencia —abundó Birgitte como si citara palabras textuales, y añadió—. Pero las Detectoras de Vientos no parecen tener ni poca ni mucha, así que haríais bien en olvidaros de Teslyn y recordar a Renaile.

Aviendha advirtió que Elayne y Nynaeve asestaban a sus Guardianes unas miradas tan frías como para dar que pensar a diez Soldados de Piedra. No les gustaba huir de los Depravados de la Sombra ni de ese *gholam*, aun cuando habían sido ellas quienes decidieron que no quedaba otra opción. Y, por supuesto, les hacía casi tan poca gracia que les recordaran que tenían que ir a reunirse con las Detectoras de Vientos como que debían escapar de los Renegados. Habría querido aprender de Elayne y Nynaeve a mirar de ese modo, observando cómo lo hacían; las Sabias lograban con una mirada o unas pocas palabras aquello para lo que ella siempre necesitaba la amenaza de la lanza o de los puños, y por lo general obtenían resultados mejores y más rápidos. Pero, curiosamente, esas miradas no parecieron surtir efecto alguno en la pareja de Guardianes. Birgitte esbozó una sonrisa y volvió los ojos hacia Lan, que respondió encogiéndose de hombros con manifiesta flema.

Elayne y Nynaeve se dieron por vencidas. Apresuradamente —y sin necesidad— se arreglaron las faldas y las dos se agarraron a ambos brazos de la Aiel antes de reemprender el camino sin molestarse siquiera en comprobar si sus Guardianes las seguían. Naturalmente, a Elayne no le hacía falta mirar para saberlo, debido al vínculo con su Gaidin. Ni a Nynaeve, aunque fuera por otros motivos; el vínculo del Aan'allein podría pertenecerle a otra, pero su corazón iba junto al sello de oro colgado al cuello de la mujer. Se esforzaron por simular que caminaban despreocupadamente, reacias a dejar que Birgitte y Lan pensaran que les habían metido prisa, si bien lo cierto era que andaban más rápido que antes.

Como para compensarlo, parlotearon con deliberada despreocupación, escogiendo los temas más frívolos. Elayne lamentaba no haber tenido ocasión de ver realmente el Festival de los Pájaros, celebrado dos días antes, y no mostró el menor sonrojo al hablar sin empacho de los escasos atuendos que mucha gente había llevado. Nynaeve tampoco enrojeció, pero se puso a parlotear de la Fiesta de las Ascuas, que se

celebraría esa noche. Algunos criados afirmaban que habría fuegos de artificio, preparados supuestamente por un Iluminador refugiado allí. Varios espectáculos itinerantes habían acudido a la ciudad con sus extraños animales y sus acróbatas, hecho que interesaba a ambas, Elayne y Nynaeve, ya que habían pasado algún tiempo viajando con uno de esos espectáculos. Hablaron de modistas y de variedades de encaje disponibles en Ebou Dar y de las diferentes cualidades de sedas y linos que podían comprarse, y Aviendha se encontró respondiendo con agrado a los comentarios de lo bien que le quedaba el traje de montar de seda gris y los otros atuendos que Tylin Quintara le había regalado, paños finos y sedas, medias y ropa interior a juego, así como joyas. También Elayne y Nynaeve habían recibido regalos extravagantes. En conjunto, sus presentes colmaban varios baúles y bultos que habían sido llevados a los establos por los criados, junto con sus alforjas.

—¿Por qué estás ceñuda, Aviendha? —quiso saber Elayne mientras le daba una palmadita en el brazo y le dedicaba una sonrisa—. No te preocupes, sabes realizar el tejido. Lo harás bien.

—Te prepararé una infusión cuando tenga oportunidad —le susurró Nynaeve, que se había acercado a su oído—. Conozco varias que te asentarán el estómago. O los malestares propios de las mujeres. —También ella le palmeó el brazo.

No lo entendían. Ninguna infusión ni palabras reconfortantes aliviarían lo que le pasaba. ¡Estaba *disfrutando* con una charla sobre puntillas y bordados! No sabía si gruñir de rabia o chillar de desesperación. Se estaba haciendo blanda. Jamás en toda su vida había mirado un vestido de mujer excepto para preguntarse dónde podría ocultarse un arma en él, sin fijarse nunca en colores ni estilos, y menos aún imaginar cómo le quedaría a ella. Era hora de marcharse de esa ciudad, de alejarse de palacios de las tierras húmedas. Pronto empezaría a esbozar sonrisitas tontas. No había visto a Elayne ni a Nynaeve hacer tal cosa, pero todo el mundo sabía que las mujeres de las tierras húmedas sonreían bobamente, y era evidente que se había vuelto tan débil como cualquier ñoña habitante de las tierras húmedas. ¡Paseando agarradas del brazo y hablando de *puntillas*! ¿Cómo iba a llegar a su cuchillo del cinturón si alguien las atacaba? Un cuchillo podría ser inútil contra los probables atacantes, pero ella había confiado en las armas blancas mucho antes de saber que podía encauzar. Si alguien intentaba hacer daño a Elayne o a Nynaeve —sobre todo a Elayne, pero había prometido a Mat Cauthon proteger a ambas, igual que habían hecho Birgitte y Lan—, si alguien lo intentaba, le metería un palmo de acero en el corazón. ¡Puntillas! Mientras caminaban, lloró por dentro por lo blanda que se había vuelto.

Puertas dobles y enormes se abrían en tres lados del establo mayor de palacio, con los umbrales atestados de sirvientes con uniformes verdes y blancos. Detrás de ellos, en las cuadras de blanca piedra, aguardaban los caballos, ensillados o cargados con alforjas de mimbre. En lo alto, las aves marinas chillaban y volaban en círculos, un

recordatorio poco agradable de la inmensa cantidad de agua que había cerca. Las pálidas baldosas irradiaban calor, pero lo que cargaba el ambiente era la tensión reinante. Aviendha había visto derramarse sangre en otras situaciones en que los nervios no estaban tan a flor de piel como ocurría en el patio en ese momento.

Renaile din Calon, luciendo sedas rojas y amarillas y cruzada de brazos en actitud arrogante, se encontraba al frente de otras diecinueve mujeres descalzas, con tatuajes en las manos, vestidas con blusas de colores llamativos y, la mayoría, con pantalones y largos fajines igualmente chillones. El sudor que brillaba en los oscuros rostros no mermaba su grave dignidad. Algunas olisqueaban las cajitas de filigrana de oro, llenas de fuertes esencias, que colgaban de sus cuellos. Cinco gruesos aros de oro adornaban cada una de las orejas de Renaile din Calon, y una cadena con medallones le cruzaba la mejilla izquierda hasta el aro de su nariz. Las tres mujeres que estaban a continuación de ella llevaban ocho pendientes y una cantidad de colgantes de oro ligeramente inferior. Así era como los Marinos señalaban su rango, al menos entre las mujeres. Todas acataban a Renaile din Calon, Detectora de Vientos de la Señora de los Barcos de los Atha'an Miere, pero incluso las dos aprendizas que se encontraban atrás del todo, con pantalones oscuros y blusas de lino en lugar de seda, contribuían con los brillos dorados de sus pendientes. Cuando Aviendha y los demás aparecieron, Renaile din Calon miró ostentosamente al sol, que pasaba de su cenit. Sus cejas se enarcaron cuando volvió los ojos hacia el grupo, unos ojos tan negros como su cabello, salvo por los blancos aladares; una exigente mirada en la que la impaciencia era tan obvia como si la hubiese gritado.

Elayne y Nynaeve se frenaron en seco, obligando a Aviendha a detenerse bruscamente. Intercambiaron miradas preocupadas y profundos suspiros. La Aiel no veía cómo podrían escapar de aquello. La obligación ataba de pies y manos a su medio hermana y a Nynaeve, y ellas mismas eran quienes habían apretado bien fuerte los nudos.

—Iré a ver cómo van las mujeres del Círculo —musitó entre dientes Nynaeve.

—Voy a asegurarme de que las hermanas están listas —anunció Elayne con algo más de firmeza.

Se soltaron los brazos y se marcharon en direcciones opuestas, recogido el repulgo de las faldas para caminar a buen paso, y seguidas por Birgitte y por Lan. Así, ella se quedó sola para afrontar la mirada severa de Renaile din Calon, la mirada de águila de una mujer consciente de ocupar un lugar elevado privilegiado del que no puede ser desplazada. Por suerte, la Detectora de Vientos de la Señora de los Barcos se volvió enseguida hacia sus compañeras, tan bruscamente que las puntas del largo fajín amarillo ondearon ampliamente. Las otras Detectoras de Vientos se agruparon a su alrededor, pendientes de lo que les decía en voz baja. Atizarla, aunque sólo fuese una vez, sin duda daría al traste con todo; Aviendha intentó no lanzarles una mirada

fulminante, pero por mucho que procuró dirigir la vista a otro lado, sus ojos volvían una y otra vez hacia ellas. Nadie tenía derecho a meter en un aprieto a su medio hermana. ¡Anillos en la nariz! Un buen tirón de aquella cadena y la expresión altanera de Renaile din Calon Estrella Azul cambiaría radicalmente.

Apiñadas a un extremo del patio de las caballerizas, la menuda Merilille Ceandevin y otras cuatro Aes Sedai también observaban a las Detectoras de Vientos, casi todas ellas con enojo mal disimulado bajo la expresión de fría serenidad, hasta la delgada y canosa Vandene Namelle y su primera hermana Adeleas, tan iguales que parecían calcos, y que por lo general eran las que se mostraban más imperturbables. De tanto en tanto, una u otra se ajustaba el guardapolvo de fino lino o se sacudía la falda pantalón; saltaba a la vista que la irritación movía sus manos. Repentinas ráfagas de viento levantaban un poco de polvo y agitaban las capas de colores cambiantes de los cinco Guardianes que se encontraban detrás. Únicamente Sereitha, que montaba guardia junto a un bulto grande, con forma de disco, no se movía pero sí fruncía el entrecejo. Detrás de ellas, la... doncella de Merilille, Pol, tenía cara de pocos amigos. Las Aes Sedai se habían mostrado acaloradamente contrarias al trato que había llevado a las Atha'an Miere de sus barcos y les había dado el derecho de mirar a las Aes Sedai con intolerante impaciencia, pero el mismo trato les ataba la lengua a las hermanas y las ahogaba con su propia irritación; ellas intentaban ocultarlo, y es posible que tuvieran éxito con los habitantes de las tierras húmedas. El tercer corrillo de mujeres que formaba un apiñado grupo al otro extremo del patio también era objeto de su observación.

Reanne Corly y las otras diez supervivientes del Círculo de Labores de Punto rebullían con inquietud bajo aquel desaprobador escrutinio; se enjugaban las caras sudorosas con pañuelos bordados, se acomodaban los amplios y coloridos sombreros de paja, se alisaban las sobrias faldas de paño, recogidas con puntadas a un lado para dejar a la vista capas de enaguas de tonalidades tan llamativas como los atuendos de las mujeres de los Marinos. En parte, eran las miradas de las Aes Sedai las que las hacían bullir inquietas; también contribuía el miedo a los Renegados y al *gholam*, así como algunas otras cosas. Los profundos y estrechos escotes de sus vestidos habrían bastado como razón; casi todas ellas tenían al menos unas pocas arrugas en las mejillas, aunque parecían niñas sorprendidas con un trozo de pastel robado. Es decir, todas excepto la corpulenta Sumeko, que, puesta en jarras, devolvía mirada por mirada a las Aes Sedai. El brillo del *Saidar* envolvía a una de ellas, Kirstian, que no dejaba de lanzar ojeadas por encima del hombro. Con su tez pálida, y unos diez años mayor que Nynaeve, daba la impresión de estar fuera de lugar entre las demás. La palidez de su semblante se acentuaba cada vez que sus negros ojos se encontraban con los de alguna Aes Sedai.

Nynaeve se acercó apresuradamente hacia las mujeres que encabezaban a las

Allegadas con una expresión animosa en el rostro, y Reanne y las otras sonrieron con evidente alivio; cierto, un alivio ligeramente empañado por las miradas de reojo que dirigieron a Lan, el cual las observaba como el lobo que parecía. Sin embargo, Nynaeve era la razón de que Sumeko no se encogiese al igual que las otras cada vez que una Aes Sedai volvía la vista en su dirección. Había jurado que enseñaría a aquellas mujeres que tenían brío, resolución, aunque Aviendha no acababa de entender por qué. La propia Nynaeve era Aes Sedai; ninguna Sabia le diría jamás a nadie que plantase cara a otras Sabias.

Por bien que eso estuviese funcionando con respecto a las otras Aes Sedai, hasta Sumeko mostraba cierto aire adulador hacia Nynaeve. Decir que al Círculo le resultaba chocante que mujeres tan jóvenes como Elayne y Nynaeve dieran órdenes a las otras Aes Sedai y que éstas obedecieran era quedarse corto. La propia Aviendha lo encontraba raro; ¿cómo podía tener más peso la fuerza en el Poder, algo tan innato en la persona como el color de los ojos, que el honor adquirido a lo largo de años? Sin embargo, las Aes Sedai de mayor edad obedecían, y para las Emparentadas eso bastaba. Ieine, casi tan alta como Aviendha y con la tez casi tan oscura como las Atha'an Miere, reaccionaba a las miradas de Nynaeve con una sonrisa obsequiosa, en tanto que Dimana, cuyo cabello pelirrojo estaba surcado de hebras plateadas, agachaba la cabeza continuamente cuando los ojos de Nynaeve se posaban en ella, y la rubia Sibella ocultaba risitas nerviosas tapándose la boca con la mano. A pesar de sus ropas ebudarianas, sólo Tamarla, una mujer enjuta de tez olivácea, era altaranesa, y ni siquiera oriunda de la ciudad.

Se apartaron tan pronto como Nynaeve se aproximó a ellas, dejando ver a una mujer arrodillada, con las manos atadas a la espalda, la cabeza tapada con un saco de cuero y sus finas ropas rotas y polvorientas. Ella era el motivo de la intranquilidad de las Allegadas tanto como el ceño de Merilille o los Renegados. Puede que incluso más.

Tamarla le retiró el capuchón sin contemplaciones, dejando enredadas las finas trenzas adornadas con cuentas; Ispan Shefar trató de levantarse y consiguió ponerse en cuclillas antes de perder el equilibrio y volver a caer de rodillas al tiempo que parpadeaba y soltaba una absurda risita. El sudor le corría por la cara, y unos cuantos moretones estropeaban sus rasgos intemporales. En opinión de Aviendha, se la había tratado con demasiada delicadeza habida cuenta de sus crímenes.

La infusión de hierbas que Nynaeve le había obligado a tragarse todavía obnubilaba su mente además de debilitarle las rodillas, pero Kirstian mantenía un escudo sobre ella empleando hasta la última brizna de Poder que era capaz de absorber. No había posibilidad de que la Seguidora de la Sombra escapara —incluso en el caso de que no hubiese estado drogada, Kirstian era tan fuerte en el Poder como Reanne, más que la mayoría de las Aes Sedai que Aviendha conocía— pero aun así

hasta Sumeko se agarraba la falda con nerviosismo y evitaba mirar a la mujer postrada de rodillas.

—Sin duda deberían ser las hermanas quienes se ocuparan de ella ahora. —La voz de tono agudo de Reanne sonaba tan vacilante como para pertenecer a la hermana Negra escudada por Kirstian—. Nynaeve Sedai, nosotras no... No deberíamos guard... ejem, estar a cargo de una... Aes Sedai.

—Muy cierto —se apresuró a intervenir Sumeko—. Las Aes Sedai deberían hacerse cargo de ella ahora.

Sibella convino con ella, y las demás Emparentadas mostraron su acuerdo con cabeceos y murmullos. El convencimiento de encontrarse muy por debajo de las Aes Sedai estaba firmemente arraigado en sus mentes; seguramente habrían preferido vigilar trollocs que a una hermana.

Las desaprobadoras miradas de Merilille y de las otras hermanas cambiaron una vez que el rostro de Ispan Shefar quedó al descubierto. Sareitha Tomares, que llevaba el chal hacía pocos años y todavía no tenía la apariencia de intemporalidad, le asestó una mirada de desprecio que habría lanzado por el aire a la Seguidora de la Sombra a cincuenta pasos de distancia. Adeleas y Vandene, con las manos crispadas sobre las faldas, parecían luchar contra el odio por la mujer que había sido su hermana y las había traicionado. No obstante, las ojeadas dirigidas al Círculo de Labores de Punto no eran mucho mejores. También estaban convencidas de que las Allegadas se encontraban muy por debajo de ellas. En el fondo había mucho más, pero la traidora había sido una de las suyas, y sólo a ellas asistía el derecho de ocuparse de la mujer. En eso Aviendha les daba la razón. Una Doncella que traicionaba a sus hermanas de lanza no recibía una muerte rápida y honrosa.

Nynaeve volvió a poner el saco sobre la cabeza de Ispan Shefar con cierta brusquedad.

—Hasta ahora lo habéis hecho bien, y seguiréis haciéndolo —dijo a las Emparentadas con firmeza—. Si da señales de recobrar el control, hacedle tragar un poco más de esa infusión. La mantendrá tan aturdida como una cabra llena de cerveza. Le tapáis la nariz si se resiste a beber. Hasta una Aes Sedai tragará si no puede respirar y se la amenaza con unas buenas bofetadas.

Reanne se quedó boquiabierta y sus ojos se desorbitaron, como les ocurrió a la mayoría de sus compañeras. Sumeko asintió, aunque lentamente, y abrió los ojos casi tanto como las demás. Cuando las Allegadas decían Aes Sedai era como si nombraran al Creador, y la idea de pinzar la nariz a una hermana, aunque fuese una Seguidora de la Sombra, puso una expresión de horror en sus semblantes.

A juzgar por los ojos saltones de las Aes Sedai, a ellas la idea les hacía aún menos gracia. Merilille abrió la boca, prendidos los ojos en Nynaeve, pero justo en ese momento Elayne llegó junto a ella y la hermana Gris se volvió hacia la joven,

dedicando sólo una ojeada desaprobadora a Birgitte. Un indicador de su agitación fue el hecho de que alzase la voz en lugar de bajarla; normalmente, Merilille era muy discreta.

—Elayne, debes hablar con Nynaeve. Esas mujeres ya están confusas y asustadas a más no poder. No ayudará que las altere aún más. Si la Amyrlin se propone realmente permitirles ir a la Torre —sacudió la cabeza con lentitud, como si quisiera negar tal cosa y quizá muchas otras más—, si de verdad es su intención, deben tener muy claro cuál es su sitio y...

—Es la intención de la Amyrlin —la cortó Elayne. Viniendo de Nynaeve, un tono firme equivalía a un puño amenazador ante tu nariz. Viniendo de Elayne, era una sosegada seguridad—. Tendrán su oportunidad para intentarlo de nuevo y, si fallan, tampoco se las echará. Ninguna mujer capaz de encauzar volverá a ser separada de la Torre. Todas formarán parte de la Torre Blanca.

Mientras toqueteaba ociosamente su cuchillo del cinturón, Aviendha reflexionó sobre aquello. Egwene, la Sede Amyrlin, decía lo mismo. También era una amiga, pero había volcado su corazón en ser Aes Sedai. La propia Aviendha no quería ser parte de la Torre Blanca, y dudaba mucho que Sorilea o cualquiera de las otras Sabias lo desearan. Merilille suspiró y entrelazó las manos, pero a pesar de su aparente aceptación, siguió olvidando bajar el tono de voz.

—Como tú digas, Elayne. Pero en cuanto a Ispan, simplemente no podemos...

Elayne alzó bruscamente una mano. La autoridad reemplazó la mera seguridad.

—Basta, Merilille. Vosotras tenéis a vuestro cargo el Cuenco de los Vientos, y su vigilancia es tarea de sobra para cualquiera. Bastará para vosotras.

Merilille abrió la boca y volvió a cerrarla antes de inclinar la cabeza en señal de aquiescencia. Bajo la firme mirada de Elayne, las otras Aes Sedai también la inclinaron. Si algunas mostraron reticencia, por pequeña que fuese, no todas lo hicieron. Sareitha se apresuró a recoger el bulto en forma de disco, envuelto en seda blanca, que había estado a sus pies. Sus brazos apenas rodeaban el diámetro del Cuenco de los Vientos al sostenerlo contra su pecho, y sonrió ansiosamente a Elayne como para demostrar que lo vigilaba muy estrechamente.

Las Atha'an Miere contemplaban el bulto con avidez, casi echadas hacia adelante. A Aviendha no la habría sorprendido verlas saltar sobre las losas del patio para apoderarse de él. Obviamente, las Aes Sedai también advirtieron lo mismo; Sareitha apretó más contra sí el paquete blanco y Merilille se interpuso entre la hermana y las Detectoras de Vientos. Los sosegados semblantes Aes Sedai se tensaron por el esfuerzo de mantenerse inexpresivos. Creían que el Cuenco debía pertenecerles; a su modo de ver, todas las cosas que utilizaban o manipulaban el Poder Único eran propiedad de la Torre, estuviesen en posesión de quien estuviesen. Pero existía el trato.

—El sol sigue su curso, Aes Sedai —anunció en voz alta Renaile din Calon—, y el peligro amenaza. O eso afirmasteis. Si pensáis escabulliros del compromiso de algún modo con el retraso, pensároslo muy bien antes. Intentad eludir el trato, y juro por el corazón de mi padre que regresaré de inmediato a los barcos. Y reclamaré el Cuenco como compensación. Al fin y al cabo era nuestro desde el Desmembramiento.

—Mucho cuidado con el modo en que hablas a las Aes Sedai —bramó Reanne, la viva imagen de la indignación desde su sombrero de paja azul hasta los toscos zapatos que asomaban por el repulgo de las enaguas verdes y blancas.

La boca de Renaile din Calon se curvó en una mueca burlona.

—Vaya, las medusas tienen lengua, al parecer. Sin embargo, es una sorpresa que sepan utilizarla sin el permiso previo de una Aes Sedai.

En un instante, el patio resonó con los insultos intercambiados entre las Allegadas y las Atha'an Miere, «salvajes» y «débiles» entre ellos y cosas mucho peores, gritos estridentes que ahogaron los intentos de Merilille de hacer callar a Reanne y a sus compañeras por un lado y calmar a las mujeres de los Marinos por el otro. Varias Detectoras de Vientos pasaron de toquetear los cuchillos que llevaban metidos en los fajines a asir sus empuñaduras. El brillo del *Saidar* surgió sucesivamente en una tras otra de las mujeres ataviadas con ropas de llamativos colores. Las Emparentadas parecieron sobresaltarse, aunque no por ello cesaron sus invectivas, y a continuación Sumeko abrazó la Fuente, y la siguió Tamarla, y luego la esbelta Chilares con sus ojos de gacela, y poco después todas ellas y todas las Detectoras de Vientos brillaban mientras los insultos volaban y la ira parecía a punto de estallar.

Aviendha deseó gemir. En cualquier momento correría la sangre. Seguiría la directriz de Elayne, pero su medio hermana miraba con gélida furia a Detectoras de Vientos y Allegadas por igual. Elayne no tenía paciencia con la estupidez, ya fuese en ella o en otros, y gritarse insultos cuando un enemigo podría estar acercándose era la mayor estupidez posible. Aviendha asió con firmeza el mango de su cuchillo y luego, un instante después, abrazó el *Saidar*, se sintió colmada de vida y gozo hasta sentir ganas de llorar. Las Sabias utilizaban el Poder sólo cuando las palabras fracasaban, pero en esa situación ni las palabras ni las armas blancas servirían de nada. Ojalá supiera a quién debía matar primero.

—¡Basta ya! —El penetrante grito de Nynaeve acalló de golpe todas las voces. Rostros estupefactos se volvieron hacia ella. Su expresión era tormentosa, y apuntó con el índice a las componentes del Círculo—. ¡Dejad de comportaros como niñas! —Aunque había moderado el tono, sólo era por un pelo—. ¿Es que pensáis pelearos hasta que los Renegados lleguen para apoderarse del Cuenco y de nosotras? Y vosotras —el dedo se dirigió a las Detectoras de Vientos—, ¡dejad de intentar libraros del trato! ¡No tendréis el Cuenco hasta que hayáis cumplido hasta la última letra del

acuerdo! ¡No creáis lo contrario! —A continuación se giró hacia las Aes Sedai—. ¡Y vosotras...! —La reacción de fría sorpresa de las hermanas cortó el torrente de palabras reduciéndolo a un ahogado gruñido. Las Aes Sedai no se habían sumado al griterío, sino que habían intentado apaciguarlo. Ninguna de ellas brillaba con el halo del *Saidar*.

Pero, naturalmente, aquello no bastaba para calmar del todo a Nynaeve. La mujer tiró con fuerza de su sombrero, obviamente para desahogar la ira que aún la embargaba. Sin embargo, las Allegadas tenían la vista fija en el suelo, abochornadas y apesadumbradas, e incluso las Detectoras de Vientos parecían algo avergonzadas —un poco— mascullando entre ellas pero evitando la mirada furiosa de Nynaeve. Los halos brillantes se apagaron uno tras otro hasta que sólo quedó Aviendha abrazando la Fuente.

La Aiel dio un respingo cuando Elayne le tocó el brazo. Se estaba volviendo blanda, no cabía duda. ¡Mira que dejarse pillar por sorpresa, o saltar por el simple roce de una mano!

—Esta crisis parece haberse superado —musitó Elayne—. Quizá sea mejor ponernos en marcha antes de que estalle otra. —Un leve rubor en las mejillas era la única señal de que se había encolerizado. Y también en las de Birgitte; las dos mujeres se reflejaban en ciertos aspectos desde la vinculación.

—Para luego es tarde —convino Aviendha. Si se quedaban mucho más acabaría siendo una blandengue mujer de las tierras húmedas.

Todos los ojos se prendieron en ella mientras se encaminaba al espacio despejado en el centro del patio, al punto que había estudiado y sentido hasta que lo conoció con los ojos cerrados. Había un gozo en asir el Poder, en trabajar el *Saidar*, que no sabía expresar con palabras. Sentirse rebosante de él, estar envuelta en él, era como sentirse más viva que nunca. Una ilusión, según las Sabias, tan falsa y peligrosa como un espejismo de agua en el Termool, si bien parecía más real que las losas del suelo bajo sus pies. Luchó contra el impulso de absorber más; ya asía casi el límite de su capacidad. Todo el mundo se aproximó mientras realizaba el tejido de los flujos.

Que hubiese ciertas cosas que muchas Aes Sedai no podían hacer seguía sorprendiendo a Aviendha, después de todo lo que había visto. Varias mujeres del Círculo tenían fuerza suficiente, pero sólo Sumeko y, cosa curiosa, Reanne estudiaban abiertamente lo que estaba haciendo. Sumeko llegó incluso a sacudirse de encima la mano de Nynaeve, que intentaba darle unas palmaditas de ánimo, con lo que se ganó una mirada de estupefacta indignación por parte de la antigua Zahorí, y de la que Sumeko no se percató al tener los ojos prendidos en Aviendha. Todas las Detectoras de Vientos poseían fuerza suficiente para realizarlo. Observaron tan ávidamente como habían mirado el Cuenco. El acuerdo les daba derecho a ello.

Aviendha enfocó y los flujos se tejieron creando un nexo entre el lugar actual y el

que Elayne, Nynaeve y ella habían elegido en un mapa. Hizo un gesto como si abriese las solapas de entrada a una tienda. No era parte del tejido que Elayne le había enseñado, pero sí era casi lo único que podía recordar de lo que había hecho ella por sí misma, mucho antes de que Egwene abriese su primer acceso. Los flujos confluyeron en una línea vertical, plateada, que rotó sobre sí misma y se convirtió en un agujero en el aire, más alto que un hombre e igual de ancho. Más allá se encontraba un claro amplio rodeado de árboles de quince o veinte metros de altura, varios kilómetros al norte de la ciudad, al otro lado del río. La hierba seca y alta hasta la rodilla llegaba justo al borde del acceso y se mecía con una suave brisa; no es que la línea hubiese girado sobre sí misma, sólo daba la impresión de hacerlo. Algunas de las hierbas estaban sesgadas limpiamente por la mitad, algunas a todo lo largo. Los bordes de un acceso hacían que el filo de una cuchilla pareciera embotado en comparación.

Su obra la llenó de insatisfacción. Elayne era capaz de crear ese tejido utilizando sólo parte de su fuerza, pero, por alguna razón, ella necesitaba emplear casi toda la suya. Estaba convencida de que podría tejer una puerta más grande, tanto como las que hacía Elayne, si usaba los tejidos que había realizado sin pensar cuando intentaba escapar de Rand al'Thor, lo que ahora le parecía muchísimo tiempo atrás. No sentía envidia —por el contrarió, los logros de su medio hermana eran motivo de orgullo para ella—, pero su propio fracaso hacía brotar la vergüenza en su corazón. Sorilea y Amys serían muy duras con ella si lo supieran. Lo de la vergüenza. Demasiado orgullo, argumentarían. Amys debería entenderlo; al fin y al cabo, había sido Doncella, y era motivo de vergüenza el fracaso en lo que uno debía ser capaz de hacer. De no ser porque tenía que mantener el tejido, habría echado a correr para que nadie la viera.

La partida se había planeado meticulosamente, y todo el patio de los establos se puso en movimiento de golpe en el momento en que el acceso quedó abierto del todo. Dos de las mujeres del Círculo tiraron de la encapuchada Seguidora de la Sombra y la pusieron de pie, en tanto que las Detectoras de Vientos se apresuraban a formar una fila detrás de Renaile din Calon. Los criados empezaron a sacar los caballos de las cuadras. Lan, Birgitte y uno de los Guardianes de Careane, un hombre larguirucho llamado Cieryl Arjuna, cruzaron de inmediato el acceso, uno detrás de otro. Al igual que las *Far Dareis Mai*, los Guardianes reclamaban el derecho a actuar como avanzadilla de reconocimiento. Aviendha sentía unas ganas inmensas de ir en pos de ellos, pero eso no tenía sentido. A diferencia de Elayne, no podía alejarse más de cinco o seis pasos de ese tejido sin que empezara a debilitarse, y ocurría lo mismo si intentaba atarlo. Resultaba muy frustrante.

En esa ocasión no se preveía realmente un peligro, de modo que las Aes Sedai pasaron a continuación; también Elayne y Nynaeve. Las granjas abundaban en aquel

terreno arbolado, y podría haber algún pastor errabundo o una pareja de jóvenes en busca de intimidad a los que habría que alejar para que no viesen lo que no debían, pero ningún Seguidor de la Sombra o Depravado de la Sombra podía tener noticia de aquel claro; sólo Elayne, Nynaeve y ella lo conocían y no habían hablado mientras hacían la elección por miedo a que alguien estuviese escuchando a escondidas. Parada delante del acceso, Elayne dirigió una mirada interrogante a Aviendha, pero la Aiel le indicó con un gesto que continuara. Los planes se elaboraban para seguirlos a menos que hubiese un motivo para cambiarlos.

Las Detectoras de Vientos empezaron a cruzar hacia el claro, todas ellas de repente irresolutas cuando se aproximaban a aquella cosa que jamás habrían imaginado siquiera e inhalaban hondo antes de traspasarla. Y, de pronto, el picorcillo en la espalda de Aviendha surgió de nuevo.

Los ojos de la Aiel se alzaron hacia las ventanas que daban al patio de las caballerizas. Cualquiera podría estar escondido tras las blancas celosías de hierro forjado o de madera trabajada en complejos diseños. Tylin había ordenado a los criados que no se acercaran a esas ventanas, pero ¿quién impediría que lo hiciese Teslyn o Joline o...? Algo la hizo mirar más arriba, hacia las cúpulas y las esbeltas torres, y en una de ellas, muy alto, divisó una figura perfilada por la intensa aureola del sol que brillaba a su espalda. Un hombre.

Contuvo la respiración. Nada en su postura, con las manos sobre el repecho de piedra, denotaba amenaza, pero aun así Aviendha supo que era él quien provocaba el escalofrío entre sus omóplatos. Un Depravado de la Sombra no se limitaría a quedarse allí, observando, pero esa criatura, el *gholam*... Sintió como si se formase hielo en sus entrañas. Podría tratarse de un simple sirviente de palacio. Sí, podía serlo, pero Aviendha no lo creía. No había vergüenza en reconocer el miedo.

Dirigió una mirada ansiosa a las mujeres que seguían cruzando el acceso con desesperante lentitud. La mitad de las Atha'an Miere ya había pasado, y las componentes del Círculo aguardaban detrás del resto, con la Seguidora de la Sombra asida firmemente, debatiéndose entre su propia incertidumbre ante el acceso y el resentimiento porque se hubiese dejado pasar antes a las mujeres de los Marinos. Si expresaba sus sospechas, las Allegadas saldrían corriendo —la mera mención de los Depravados de la Sombra les dejaba seca la boca y les producía retortijones en el vientre— y por su parte a las Detectoras de Vientos se les podría ocurrir reclamar el Cuenco de inmediato. Para ellas, el Cuenco estaba por encima de todo. No obstante, sólo un necio se quedaría rascándose mientras un león se acercaba al rebaño al que han encomendado guardar. Cogió a una de las Atha'an Miere por la manga de seda roja.

—Dile a Elayne... —Un rostro como pulida piedra negra se volvió hacia ella; de algún modo la mujer se las arreglaba para que los labios turgentes pareciesen finos;

sus ojos semejaban guijos negros, duros e inexpresivos. ¿Qué mensaje podía enviar que no diera lugar a todos los problemas que temía de ellas?—. Diles a Elayne y a Nynaeve que no se fíen. Diles que el enemigo siempre llega cuando menos se espera.

La Detectora de Vientos asintió con mal disimulada impaciencia, pero sorprendentemente esperó a que Aviendha le soltase la manga para cruzar el acceso.

El parapeto en lo alto de la torre estaba vacío, pero ello no fue un alivio para Aviendha. El hombre podía encontrarse en cualquier parte, tal vez de camino al patio de las caballerizas. Quienquiera que fuese, era peligroso; no eran imaginaciones suyas. Los últimos cuatro Guardianes habían formado un cuadrado alrededor del acceso y serían los últimos en cruzarlo; por mucho que despreciara sus espadas, agradecía que alguien más aparte de ella supiera cómo utilizar un arma. Tampoco era que fueran a tener más posibilidades contra un *gholam* —o, peor aún, contra un Depravado de la Sombra— que los criados que esperaban con los caballos. O que ella misma.

Absorbió más Poder, hasta que la dulzura del *Saidar* se tornó casi en dolor. Una mínima fracción más y el dolor se volvería un suplicio insoportable durante los instantes que tardara en morir o en perder la habilidad para siempre. ¡Por qué no apretaban el paso esas calmosas mujeres! No había vergüenza en sentir miedo, pero Aviendha mucho se temía que el suyo se le reflejaba en el semblante.

2. Deshacer un tejido

Elayne se hizo a un lado tan pronto como cruzó el acceso, pero Nynaeve avanzó por el claro, ahuyentando saltamontes marrones de la hierba marchita y oteando aquí y allí en busca de los Guardianes. De un Guardián, mejor dicho. Un pájaro de plumaje rojo intenso pasó volando sobre el claro y desapareció. No se movía nada aparte de las hermanas; una ardilla gritó furiosamente en los árboles casi desnudos de hojas, y luego reinó el silencio. A Elayne le parecía imposible que esos tres pudieran haber pasado por la hierba sin dejar tras de sí un camino tan ancho como el que dejaba Nynaeve y, sin embargo, no distinguía señal alguna de que hubiesen estado allí.

Percibía a Birgitte en algún lugar a su izquierda, más o menos hacia el sudoeste, le parecía, y en buen estado de ánimo, obviamente sin encontrarse en peligro inminente. Careane, que formaba parte del círculo protector en torno a Sareitha y el Cuenco, ladeaba la cabeza casi como si percibiera algo. Por lo visto, su Cieryl se encontraba al sudeste. Lo que significaba que Lan estaba al norte. Curiosamente, el norte era la dirección hacia la que Nynaeve escudriñaba, sin dejar de murmurar entre dientes. Tal vez el matrimonio había despertado en ella alguna clase de percepción del hombre. Lo más probable era que hubiese captado un rastro que a ella se le había pasado por alto. Nynaeve era tan diestra en conocimientos de la vida del bosque como en las hierbas.

Desde donde Elayne se había situado al principio podía ver claramente a Aviendha a través del acceso; la Aiel escudriñaba las zonas altas de palacio como si esperase una emboscada. Por su postura, podría haber portado las lanzas, lista para lanzarse a la lucha vestida con su traje de montar. Sonrió al ver su empeño en ocultar la angustia por los problemas que tenía con el acceso, cuando era mucho más valiente que ella. Sin embargo, no podía evitar preocuparse al mismo tiempo. Aviendha era valerosa, sí, y Elayne no conocía a nadie que mantuviese la calma como la Aiel, pero también podría decidir que el *ji'e'toh* le exigía luchar cuando no quedaba más remedio que huir. El brillo que la envolvía era tan intenso que resultaba obvio que no podía absorber más *Saidar*. Si uno de los Renegados apareciese...

«Debí quedarme con ella.» Elayne rechazó la idea de inmediato. Diese la excusa que diese, Aviendha se daría cuenta de la verdad y a veces era tan susceptible como un hombre. Casi siempre, en realidad. Sobre todo cuando tenía que ver con su honor. Suspirando, Elayne dejó que las Atha'an Miere la apartaran del acceso a medida que lo cruzaban, si bien se mantuvo lo bastante cerca para oír si alguien gritaba al otro lado. Lo bastante para acudir en ayuda de Aviendha en un abrir y cerrar de ojos. Y por otra razón.

Las Detectoras de Vientos cruzaron por orden de rango, esforzándose por

mantener el gesto impasible, pero incluso Renaile relajó los hombros tensos una vez que sus pies descalzos pisaron la alta hierba agostada. Algunas se sacudieron con un leve estremecimiento, rápidamente contenido, o volvieron la vista hacia atrás contemplando con los ojos muy abiertos el acceso. Todas, de la primera a la última, dirigieron una mirada desconfiada a Elayne al pasar ante ella, y dos o tres abrieron la boca, tal vez para preguntar qué hacía allí o quizá para pedirle —o decirle— que se moviera. Se alegró de que se apresuraran a seguir adelante obedeciendo las secas y apremiantes palabras de Renaile. Ya era bastante que pronto pudieran decir a las Aes Sedai lo que debían hacer para que, encima, empezaran ya con ella.

Aquella idea le provocó un vacío en el estómago, y lo nutrido de su número la hizo sacudir la cabeza. Poseían el conocimiento del clima para utilizar adecuadamente el Cuenco, pero aun así hasta Renaile había convenido —aunque a regañadientes— en que cuanto más Poder se dirigiese a través del Cuenco mayores posibilidades habría de arreglar el clima. Debía dirigirse con una precisión imposible excepto para una mujer sola o un círculo, sin embargo. De modo que tenía que ser un círculo completo de trece, entre las que, por supuesto, estarían incluidas Nynaeve, Aviendha y ella misma, y tal vez algunas Allegadas, pero obviamente Renaile intentaba saltar a la parte del acuerdo que decía que se les permitiría aprender cualquier habilidad que las Aes Sedai pudiesen enseñarles. La creación del acceso había sido la primera, y formar un círculo sería la segunda. Lo extraño era que no hubiese llevado a todas las Detectoras de Vientos que había en la bahía. ¡Imagina, intentar tratar con trescientas o cuatrocientas mujeres de ésas! Elayne dio las gracias a la Luz de que sólo hubiera veinte.

Pero no estaba allí para contarlas. A medida que cada Detectora de Vientos cruzaba el acceso, a poco más de un paso de distancia entre sí, Elayne se abrió para percibir la fuerza de cada una con el Poder. Con el lío de convencer a Renaile de que fuera y todo lo demás, antes sólo había tenido oportunidad de aproximarse lo bastante a unas pocas para comprobarlo. Por lo visto, el grado de rango entre las Detectoras de Vientos no se relacionaba con la edad ni con la fuerza; Renaile estaba lejos de ser la más fuerte, ni siquiera se contaba entre las tres o cuatro primeras; por otro lado, Senine, una mujer de cabello muy canoso y mejillas ajadas, se situaba casi al final. Hecho curioso, por las marcas en sus orejas parecía que Senine habría llevado en algún momento más de seis pendientes, y más gruesos de los que en ese momento lucía.

Clasificó y guardó información de rostros y nombres que conocía con una creciente sensación de complacencia. Era posible que las Detectoras de Vientos se hubiesen asegurado la primera mano de la partida, si se la podía llamar así, y Nynaeve y ella podrían encontrarse metidas en un buen problema, tanto con Egwene como con la Antecámara de la Torre, cuando las condiciones de su acuerdo se

supieran, pero ninguna de esas mujeres se encontrarían en una posición particularmente alta entre las Aes Sedai. No baja, pero tampoco alta. Se exhortó para sus adentros a no ser petulante —no cambiaba nada lo que habían acordado—, pero resultaba muy difícil no hacerlo. Después de todo, aquéllas eran la flor y nata entre las Atha'an Miere. Al menos allí, en Ebou Dar. Y si hubiesen sido Aes Sedai, todas ellas, desde Kurin, con su pétrea mirada, hasta la propia Renaile, habrían escuchado cuando ella hablase y se habrían puesto de pie cuando hubiese entrado en una habitación. Si fueran Aes Sedai y se comportaran como debieran.

Y entonces llegó el final de la fila, y Elayne dio un respingo cuando una joven Detectora de Vientos de uno de los barcos más pequeños, una mujer de mejillas llenas llamada Rainyn, con la ropa de sencilla seda azul y apenas media docena de adornos colgando en la cadena que unía un pendiente de la oreja al de la nariz, pasó ante ella. Las dos aprendizas, la delgada Talaan con aspecto de chico y Metarra, de enormes ojos, cruzaron las últimas con expresión acosada. Aún no se habían ganado el anillo de la nariz, y menos la cadena, y un único aro fino de oro en la oreja izquierda equilibraba los tres de la derecha. Los ojos de Elayne las siguieron a las tres contemplándolas casi de hito en hito. Y sin casi.

Las Atha'an Miere se agruparon junto a Renaile de nuevo, casi todas, como ella, mirando ansiosamente a las Aes Sedai y el Cuenco. Las tres últimas mujeres se situaron detrás del todo, las aprendizas con el aire de quien duda de si tiene derecho a estar allí, mientras que Rainyn, cruzada de brazos a imitación de Renaile, no mostraba más seguridad que las otras dos. La Detectora de Vientos de una centella, el tipo de nave menor de los Marinos, rara vez se encontraba en compañía de la Detectora de Vientos de la Señora de las Olas de su clan, por no mencionar a la Detectora de Vientos de la Señora de los Barcos. Rainyn igualaba en fuerza a Lelaine o a Romanda, y Metarra estaba al mismo nivel de la propia Elayne, en tanto que Talaan... Talaan, tan sumisa con su blusa de lino rojo y los ojos bajos casi siempre, se acercaba mucho a Nynaeve. Muchísimo. Lo que era más, Elayne sabía que ella aún no había alcanzado todo su potencial, al igual que Nynaeve. ¿Cuánto les faltaba a Metarra y a Talaan? Se había acostumbrado a la idea de que sólo Nynaeve y los Renegados la superaban en fuerza. Bueno, y Egwene, pero ella se había visto forzada, y su propio potencial, y el de Aviendha, igualaban el de Egwene. «Adiós a la propia complacencia», se dijo compungida. Lini le habría dicho que era lo que merecía por dar las cosas por sentadas.

Riendo para sí, Elayne se volvió para comprobar cómo le iba a Aviendha, pero las componentes del Círculo se encontraban paradas, como si hubiesen echado raíces en un punto delante del acceso, encogidas bajo las frías miradas de Careane y Sareitha. Todas excepto Sumeko, y tampoco ella se movía a pesar de sostener las miradas de las hermanas. Kirstian parecía a punto de echarse a llorar.

Reprimiendo un suspiro, Elayne condujo a las Allegadas para quitarlas del camino de los mozos de cuadra, que esperaban a pasar con los caballos. Las mujeres de Círculo la siguieron como corderos —ella era la pastora, y Merilille y las otras, los lobos— y se habrían movido más rápido de no ser por Ispan.

Famelle, una de las únicas cuatro componentes del Círculo que no tenían canas o el cabello blanco, y Eldase, una mujer de ojos fieros salvo cuando miraba a una Aes Sedai, sostenían a Ispan por los brazos. Parecían incapaces de decidirse entre sujetarla lo suficiente para mantenerla erguida y no apretarla demasiado, con el resultado de que la hermana Negra se movía arriba y abajo, como una boya en el agua, hundiéndose al flexionar las rodillas cuando aflojaban los dedos y luego irguiéndose de nuevo antes de caerse del todo.

—Perdonadme, Aes Sedai —murmuraba sin cesar Famelle a Ispan con un ligero acento tarabonés—. Oh, lo siento, Aes Sedai.

Eldase se encogía y soltaba un pequeño gemido cada vez que Ispan tropezaba. Como si Ispan no hubiese tenido que ver en el asesinato de dos de las suyas y sólo la Luz sabía de cuántos otros. Se preocupaban por una mujer que iba a morir. Los asesinatos en los que había conspirado en la Torre bastaban para condenarla por sí mismos.

—Llevadla a un lado —ordenó Elayne haciendo un ademán hacia el claro.

La obedecieron, realizando reverencias y a punto de dejar caer a Ispan, musitando disculpas a Elayne y a la prisionera encapuchada. Reanne y las demás las siguieron presurosas, sin dejar de lanzar miradas ansiosas a las hermanas agrupadas junto a Merilille.

Casi de inmediato la guerra de miradas comenzó de nuevo: las Aes Sedai a las Allegadas, éstas a las Detectoras de Vientos, y las Atha'an Miere a cualquiera sobre quien posaran sus ojos. Elayne apretó los dientes. No iba a gritarles. Nynaeve siempre obtenía mejores resultados con gritos, pero ella no quería meterles un poco de sentido común sacudiéndolas de una en una, hasta que los dientes les castañetearan. Incluida Nynaeve, que se suponía debería estar organizando a todo el mundo, en lugar de escudriñar los árboles. Pero ¿qué pasaría si fuese Rand el que pudiera morir a menos que ella encontrase un modo de salvarlo?

De repente se le llenaron los ojos de lágrimas ardientes. Rand iba a morir, y no había nada que ella pudiese hacer para impedirlo.

—Gracias, Lini —musitó. A veces su vieja nodriza era irritante, jamás admitía que alguna de las niñas que había tenido a su cargo había crecido, pero sus consejos siempre eran buenos. Sólo porque Nynaeve no cumpliera con sus obligaciones no era motivo para que ella descuidara las suyas.

Los criados habían empezado a cruzar con los caballos al trote nada más haber pasado las Allegadas, comenzando con los animales de carga. Ninguno de esos

animales transportaban cosas tan frívolas como vestidos. Podían caminar si los caballos para montar se tenían que dejar al otro lado del acceso, y llevar la misma ropa si los restantes de carga tenían que quedarse atrás, pero lo que iba en aquellos primeros no se podía dejar a los Renegados. Elayne llamó con un gesto a la mujer de tez curtida como el cuero que conducía al primero para que la siguiera, quitándose del paso de los demás.

Desató y retiró la rígida cubierta de una de las alforjas de mimbre, dejando a la vista un montón de lo que parecían ser desechos metidos de modo que cupiese la mayor cantidad posible de ellos, algunos envueltos en trapos que se caían a trozos. Probablemente la mayor parte era cochambre. Elayne abrazó el *Saidar* y empezó la clasificación. Un peto oxidado fue a parar al suelo, junto con la pata rota de una mesa, una fuente rajada, una jarra de peltre muy abollada y un rollo de tela podrida que casi se deshizo entre sus dedos.

El almacén donde habían encontrado el Cuenco de los Vientos había estado abarrotado con cosas que deberían estar en la basura, mezcladas con otros objetos de Poder aparte del Cuenco, algunos guardados en barriles y baúles comidos por la carcoma y otros amontonados de cualquier manera. Durante cientos y cientos de años las Allegadas habían escondido todas las cosas que encontraron que tenían conexión con el Poder, temerosas de utilizarlas y también de entregarlas a las Aes Sedai. Hasta aquella mañana. Era la primera ocasión que tenía Elayne de ver lo que merecía la pena guardarse. Quisiera la Luz que los Amigos Siniestros no se hubiesen llevado nada importante; habían arramplado con algo, si bien menos de una cuarta parte de lo que contenía la habitación, porquería incluida. Quisiera la Luz que encontrara algo que les fuese útil. Había muerto gente por sacar esas cosas del Rahad.

No encauzó, sino que se limitó a asir el Poder mientras sacaba cada objeto. Una taza de barro desportillada, tres platos rotos, un vestido de niño apolillado y una vieja bota con un agujero en un lado también acabaron en el suelo. Una piedra cincelada, poco más grande que su mano —al tacto daba la impresión de ser piedra, y podría estar cincelada, aunque por alguna razón no parecía obra del cincel—, toda ella llena de curvas de color azul profundo, vagamente semejantes a raíces, pareció calentarse ligeramente al tocarla; tenía una... resonancia con el *Saidar*. Era el término más preciso que se le ocurría. No tenía ni idea de la función para la que servía, pero indudablemente se trataba de un *ter'angreal*. Lo dejó al otro lado, separado del montón de desechos.

Éste siguió creciendo, pero también lo hizo el otro, aunque más despacio, con cosas que no tenían nada en común salvo la reacción de un débil aumento de temperatura al tocarlo y la sensación de reflejar el Poder como un eco: una caja pequeña que tenía el tacto de marfil, cubierta de franjas rojas y verdes de intensidad irregular, que dejó en el suelo cuidadosamente, sin abrir la tapa de bisagras, ya que

nunca se sabía qué podía accionar un *ter'angreal*; una varita negra, no más gruesa que su dedo meñique y de tres palmos de largo, rígida pero aun así tan flexible que seguramente habría podido doblarla hasta que se tocaran sus puntas; un frasquito que podría ser cristal, con tapón, que contenía un líquido rojo oscuro; la estatuilla de un hombre robusto, barbudo, con una sonrisa jovial, que sostenía un libro; esta talla, que medía unos cincuenta centímetros, parecía de bronce oscurecido por el paso del tiempo, y Elayne tuvo que sacarla con las dos manos. Y más cosas, en su mayoría, desechos. Ninguna era lo que quería realmente. Todavía.

—¿Es un buen momento para hacer esto? —preguntó Nynaeve, que se había inclinado sobre el pequeño montón de *ter'angreal* y se irguió prestamente mientras torcía el gesto y se frotaba la mano contra la falda—. Esa varita comunica... dolor —murmuró.

La mujer de rostro severo que sujetaba el arreo del caballo de carga parpadeó y se apartó de la varita. Elayne miró el objeto —las sensaciones que Nynaeve percibía de vez en cuando al tocar objetos podían resultar útiles—, pero siguió clasificando los que había en el cesto. Desde luego, había habido mucho dolor últimamente para tener que soportar más. Tampoco es que las percepciones de Nynaeve fueran siempre tan precisas. Tal vez la varita había estado donde se había infligido un gran dolor sin ser ella la causa. Casi había vaciado la alforja de mimbre, y algo de lo cargado al otro lado del caballo tendría que cambiarse para equilibrar el peso.

—Si hay un *angreal* entre todo esto, Nynaeve, me gustaría encontrarlo antes de que Moghedien nos dé un toquecito en el hombro.

La antigua Zahorí gruñó ásperamente, pero se asomó al cesto de mimbre.

Tras echar al suelo otra pata de mesa —con ésta ya sumaban tres, todas diferentes—, Elayne echó una ojeada al claro. Todos los animales de carga habían cruzado y las monturas estaban pasando por el acceso, abarrotando los espacios entre los árboles en medio de mucha confusión y bullicio. Merilille y las otras Aes Sedai ya habían subido a las suyas, disimulando apenas su impaciencia por partir, en tanto que Pol se afanaba con las alforjas de su señora; pero las Detectoras de Vientos... Garbosas a pie y garbosas en sus barcos, no estaban acostumbradas a los caballos. Renaile intentaba montar por el lado equivocado, y la apacible yegua elegida para ella giraba en lentos círculos alrededor del caballerizo que sujetaba la brida con una mano mientras con la otra se tiraba del pelo por la frustración e intentaba en vano corregir a la Detectora de Vientos. Dos de las mujeres que trabajaban en los establos trataban de aupar a Dorile, que servía a la Señora de las Olas del clan Somarin, a la silla, en tanto que una tercera agarraba la cabeza del rucio y mostraba el gesto tirante de quien procura no reírse. Rainyn había subido a un castrado pardo de patas largas, pero, a saber cómo, sin meter ningún pie en los estribos ni asir las riendas, y con muchos problemas para encontrar cualquiera de ellos. Y esas tres parecían las que menos dificultades habían

tenido. Los caballos relinchaban, caracoleaban y giraban los ojos, y las Detectoras de Vientos gritaban maldiciones en voz tan alta que podrían haberse oído por encima de un vendaval. Una de ellas asestó tal puñetazo a uno de los criados que el hombre cayó grogui al suelo, y otros tres caballerizos intentaban coger los caballos que se habían soltado y andaban libres.

También vio lo que esperaba, puesto que Nynaeve había dejado de otear los árboles. Lan se encontraba junto a su caballo de batalla negro, *Mandarb*, dividiendo la vigilancia entre la línea de árboles, el acceso y Nynaeve. Birgitte salió del bosque caminando a buen paso y sacudiendo la cabeza, y al cabo de un momento, Cieryl apareció trotando, pero sin aire de urgencia. No había nada ahí fuera que los amenazase o pudiera causarles molestias.

Nynaeve la observaba atentamente, enarcadas las cejas.

—No he dicho nada —manifestó Elayne. Su mano se cerró sobre algo pequeño. Envuelto en un trapo apolillado que quizás en otro tiempo fuera blanco. O marrón. Al punto supo lo que había debajo.

—Más te vale —rezongó Nynaeve, sin molestarse en bajar la voz—. No soporto a las mujeres que meten sus narices en los asuntos de otros.

Elayne pasó por alto el comentario sin respingar siquiera; se enorgullecía de no haber tenido que morderse la lengua.

Retiró el trozo de tela podrido y dejó a la vista un pequeño broche de ámbar con forma de tortuga. Al menos parecía ámbar, y tal vez lo había sido en algún momento, pero cuando la joven se abrió a la Fuente a través de él, el *Saidar* fluyó impetuoso dentro de ella, un torrente en comparación con lo que habría absorbido por sí misma sin correr peligro. No era un *angreal* potente, pero sí mucho mejor que nada. Con él podía asimilar el doble de Poder que Nynaeve, y ésta lo haría aún mejor. Soltó el flujo extra de *Saidar* y deslizó el broche en su escarcela con una sonrisa de felicidad antes de reanudar la búsqueda. Donde había uno, podía haber más. Y ahora que tenía uno para estudiarlo, tal vez fuese capaz de dilucidar cómo crear un *angreal*. Eso era algo que deseaba desde hacía tiempo. Tuvo que esforzarse para no sacar de nuevo el broche y empezar a sondearlo allí mismo.

Vandene, que había estado observando a Nynaeve y a ella durante un rato, taconeó a su castrado en su dirección; al llegar a su lado desmontó. La caballeriza que iba a la cabeza de los caballos de albardón se las ingenió para hacer una reverencia decente aunque con torpeza, que era más que lo que había hecho con Nynaeve y ella.

—Eres prudente, y eso está bien —dijo Vandene a Elayne—. Pero quizá sería mejor dejar esas cosas en paz hasta que se encuentren en la Torre.

Elayne apretó los labios. ¿En la Torre? Hasta que pudieran ser examinadas por otras, eso era realmente lo que quería decir. Alguien de más edad y supuestamente con más experiencia.

—Seguiré con ello, Vandene. Después de todo, yo he creado *ter'angreal*, algo que ninguna otra persona viva ha sido capaz de hacer. —Había enseñado las nociones básicas a algunas hermanas, pero ninguna había cogido el truco para cuando se marchó hacia Ebou Dar.

La Verde mayor asintió mientras se golpeaba la palma de la mano con las riendas en actitud ociosa.

—Martina Janata también sabía lo que hacía, según tengo entendido —comentó como sin darle importancia—. Fue la última hermana que realmente se dedicó a estudiar los *ter'angreal*. Lo hizo durante cuarenta años, casi desde el momento que alcanzó el chal. También era muy cuidadosa, al parecer. Entonces, un día, la doncella de Martina la encontró inconsciente en el suelo de su sala de estar. Víctima de la consunción. —Incluso en un tono coloquial aquellas palabras fueron como una bofetada. Empero, la voz de Vandene no se alteró un ápice—. Su Guardián murió de la impresión, algo que no resulta sorprendente en casos así. Cuando Martina volvió en sí, tres días después, no recordaba en qué había estado trabajando, ni nada de lo ocurrido la semana anterior. De eso hace más de veinte años, y nadie desde entonces ha tenido coraje suficiente para tocar cualquiera de los *ter'angreal* que se encontraban en su cuarto. Sus notas mencionaban hasta el último de ellos, y todo lo que había descubierto era inocuo, inocente, incluso frívolo, pero... —Vandene se encogió de hombros—. Dio con algo que no esperaba.

Elayne echó una ojeada a Birgitte y se encontró con que ésta la estaba mirando también. No necesitaba ver el ceño preocupado de la arquera; se reflejaba en su mente, en esa pequeña parte que era Birgitte y en el resto. La mujer percibía su preocupación y viceversa, hasta el punto en que a veces resultaba difícil distinguir cuál pertenecía a quién. Ponía en riesgo algo más que a sí misma, pero *sabía* lo que hacía. Más que cualquiera, al menos. E incluso si ninguno de los Renegados aparecía, necesitaban todos los *angreal* que pudiese encontrar.

—¿Qué le ocurrió a Martina? —preguntó en voz queda Nynaeve—. Posteriormente, quiero decir. —Le resultaba casi imposible saber que alguien había sufrido un mal sin desear curarlo; quería Curar todo.

Vandene torció el gesto. Había sido ella la que había sacado a colación el caso de Martina, pero a las Aes Sedai no les gustaba hablar de mujeres que se habían consumido o habían sido neutralizadas. No les hacía gracia recordarlas.

—Desapareció una vez que se encontró bien para marcharse de la Torre —se apresuró a contestar—. Lo que importa recordar es que era muy cuidadosa. No la conocí, pero me contaron que manejaba cada *ter'angreal* como si no supiese cómo iba a reaccionar a continuación, hasta el que fabrica el paño de las capas de los Guardianes, y nadie ha sido capaz de lograr que realice otra cosa distinta. Era muy precavida, pero no le sirvió de nada.

Nynaeve puso un brazo alrededor del canasto casi vacío.

—Quizá realmente deberías... —empezó.

—¡Noooo! —chilló Merilille.

Elayne giró velozmente sobre sí misma a la par que se abría de nuevo a través del *angreal*, consciente sólo a medias de que el *Saidar* también fluía en Nynaeve y Vandene. El brillo del Poder surgió en torno a todas las mujeres del claro que podían abrazar la Fuente. Merilille estaba echada hacia adelante en la silla de montar, con los ojos desorbitados y una mano extendida hacia el acceso. Elayne frunció el entrecejo. Allí no había nadie, excepto Aviendha y los últimos cuatro Guardianes, todos sobresaltados cuando empezaban a alejarse del acceso y buscando el peligro con las espadas medio desenvainadas. Entonces reparó en lo que Aviendha estaba haciendo y casi perdió contacto con el *Saidar* por la impresión.

El acceso temblaba mientras Aviendha deshacía cuidadosamente el tejido que había hecho. Se estremeció y se dobló, los bordes se tornaron irregulares. Los últimos flujos se soltaron y, en lugar de desvanecerse de golpe, el agujero titiló, de manera que la imagen del patio a través de él se fue borrando hasta acabar evaporándose como niebla al sol.

—¡Eso es imposible! —dijo Renaile con incredulidad. Un murmullo estupefacto de acuerdo se alzó entre las Detectoras de Vientos.

Las Allegadas miraban atónitas a Aviendha, abriendo y cerrando la boca sin emitir sonidos. Elayne asintió lentamente a despecho de sí misma. Obviamente era posible, pero una de las primeras cosas que le habían advertido de novicia era que nunca, jamás, bajo ninguna circunstancia, intentara lo que Aviendha acababa de realizar. Le habían dicho que deshacer un tejido, cualquier tejido, en lugar de dejar que se disipase, siempre acarreaba un desastre inevitable. Inevitable.

—¡Muchacha estúpida! —barbotó Vandene con una expresión tormentosa en el semblante. Se acercó a zancadas a Aviendha arrastrando tras de sí a su castrado—. ¿Eres consciente de lo que has estado a punto de provocar? ¡Un desliz, uno solo, y quién sabe cómo se habría partido el tejido y las consecuencias que habría tenido! ¡Podrías haber destruido todo lo que hay en cien pasos a la redonda! ¡En quinientos! ¡Todo! Podrías haberte provocado la consunción y...

—Era necesario —la interrumpió Aviendha. Un coro de protestas se alzó entre las Aes Sedai montadas que se agolpaban alrededor de Vandene, pero la Aiel las miró ferozmente y alzó su voz sobre las de ellas—. Conozco el peligro, Vandene Namelle, pero era necesario. ¿Es ésta otra de las cosas que vosotras, las Aes Sedai, no sabéis hacer? Las Sabias dicen que cualquier mujer puede aprender, si se le enseña, algunas más y otras menos, pero cualquiera puede si sabe cómo deshacer un bordado. —Hablaba sin tono de sorna. Casi.

—¡Esto no es ningún bordado, muchacha! —La voz de Merilille sonaba como el

hielo en pleno invierno—. ¡Cualquiera que sea el supuesto entrenamiento que se imparte entre tu gente, es imposible que sepáis con lo que estáis jugando! ¡Tendrás que prometerme, que jurarme, que no volverás a hacerlo!

—Su nombre debería estar en el libro de novicias —dijo con tono firme Sareitha, que seguía sosteniendo el Cuenco contra su pecho—. Siempre lo he dicho. Debería apuntársela en el libro.

Careane asintió mientras su mirada severa parecía tomar medidas a Aviendha para el vestido de novicia.

—De momento tal vez no sea necesario —dijo Adeleas a la Aiel mientras se inclinaba sobre la silla de montar—, pero debes dejar que te guiemos. —El tono de la hermana Marrón era mucho más suave que el de las otras; sin embargo, no estaba haciendo ninguna sugerencia.

Tal vez un mes antes Aviendha habría empezado a encogerse bajo todas aquellas miradas desaprobadoras de Aes Sedai, pero no en ese momento. Elayne se abrió paso apresuradamente entre los caballos antes de que su amiga decidiera desenvainar el cuchillo que acariciaba en ese momento. O hacer algo peor.

—Quizás alguien debería preguntar por qué pensó que era necesario —intervino al tiempo que rodeaba los hombros de la Aiel, tanto para mantenerle los brazos pegados al cuerpo como en un gesto de consuelo.

Aviendha no la incluyó en la mirada exasperada que dirigió a las otras hermanas.

—Así no quedan residuos —contestó en tono paciente. Demasiado—. Los residuos de un tejido de este tamaño podrían distinguirse hasta dentro de dos días.

Merilille resopló, un sonido muy fuerte para salir de un cuerpo tan menudo.

—Ése es un Talento muy escaso, muchacha. Ni Teslyn ni Joline lo tienen. ¿O es que acaso vosotras, las Aiel, también aprendéis eso?

—Pocas pueden hacerlo —admitió sosegadamente Aviendha—. Pero yo sí. —Sus palabras suscitaron otra clase de mirada, incluso de Elayne; verdaderamente era un Talento muy poco corriente. Pero ella no pareció advertirlo—. ¿Es que afirmáis que ninguno de los Depravados de la Sombra puede hacerlo? —continuó. La tensión de su hombro bajo la mano de Elayne denotaba que no estaba tan serena como aparentaba—. ¿Sois tan necias como para dejar rastros que puedan seguir vuestros enemigos? Cualquiera que sea capaz de interpretar los residuos podría abrir un acceso en este mismo lugar.

Eso habría requerido una gran destreza, una destreza enorme, pero la sugerencia bastó para que Merilille parpadease. Adeleas abrió la boca y luego la cerró sin decir nada, y Vandene frunció el entrecejo con gesto pensativo. Sareitha sólo dejó translucir preocupación. ¿Quién sabía qué Talentos tenían los Renegados y la medida de su pericia?

Cosa extraña, toda la ferocidad de Aviendha desapareció de golpe. Sus ojos se

bajaron y sus hombros aflojaron la tensión.

—Quizá no debí correr el riesgo —musitó—. Con aquel hombre observándome no era capaz de pensar con claridad, y cuando desapareció... —Parte de su empuje reapareció, pero no mucho—. No creo que un hombre pueda interpretar mis tejidos —le explicó a Elayne—, pero si era uno de los Depravados de la Sombra o incluso el *gholam*... Los Depravados de la Sombra saben mucho más que cualquiera de nosotras. Si me equivoqué, tengo un gran *toh*. Pero no lo creo. No, no lo creo.

—¿Qué hombre? —demandó Nynaeve.

Llevaba el sombrero torcido de haber pasado entre los caballos, y ello, junto con el ceño con que miró a todas sin excepción, la hacían parecer lista para una pelea. A lo mejor era así. El castrado de Careane la empujó de manera accidental con el hombro y ella le atizó un manotazo en el hocico.

—Algún criado —dijo Merilille, quitándole importancia—. A pesar de las órdenes de Tylin, los sirvientes altaraneses son un puñado de rebeldes. O tal vez era su hijo; ese chico es demasiado curioso.

Las hermanas que estaban alrededor asintieron.

—Difícilmente uno de los Renegados se habría limitado a observar —añadió Careane—. Tú misma lo dijiste. —No dejaba de dar palmaditas al cuello del castrado mientras dirigía una mirada acusadora a Nynaeve. Careane era una de esas personas que sentían por su caballo la clase de afecto que la mayoría de la gente reservaba para los bebés.

—Tal vez fuera un criado o tal vez Beslan. Tal vez —dijo Nynaeve.

Sin embargo, el modo en que aspiró el aire por la nariz dejó claro que no lo creía así. O que quería que las otras pensaran que no lo creía; era capaz de decir a alguien a la cara que era idiota de remate, pero si a cualquier otra persona se le ocurría decir lo mismo, salía en defensa de aquél hasta quedarse ronca. Por supuesto, todavía no parecía haber decidido si Aviendha le caía bien, pero lo que sí tenía muy claro era que no le gustaban las Aes Sedai de más edad. Se colocó el sombrero casi derecho y su mirada ceñuda pasó sobre todas antes de seguir hablando.

—Tanto si fue Beslan como el Oscuro en persona, no tiene sentido quedarnos aquí todo el día. Hemos de prepararnos y partir hacia la granja. ¿Y bien? ¡Moveos! —Dio una fuerte palmada e incluso Vandene respingó.

Poco quedaba por preparar cuando finalmente las hermanas se apartaron con sus caballos. Lan y los otros Guardianes no se habían quedado sentados una vez que comprendieron que no había peligro. Algunos de los criados habían regresado a través del acceso antes de que Aviendha lo deshiciera, pero el resto permanecía con la docena, más o menos, de animales de carga y miraban de vez en cuando a las Aes Sedai, obviamente preguntándose qué maravilla harían a continuación. Todas las Detectoras de Vientos estaban montadas, aunque torpemente, y sostenían las riendas

como si esperaran que sus caballos salieran disparados en cualquier momento, o quizá que les creciesen alas y alzaran el vuelo. También habían montado ya las componentes del Círculo, con bastante más gracia, sin preocuparles que las faldas y enaguas les quedaran subidas más arriba de las rodillas, y con Ispan todavía encapuchada y atada sobre una silla, atravesada como un fardo. De todos modos no habría podido ir sentada en un caballo; sin embargo, hasta Sumeko abría mucho los ojos cada vez que los ponía en ella.

Nynaeve dirigió una mirada fulminante alrededor, dispuesta a flagelar con su hiriente lengua a todo el mundo para que hiciera lo que ya estaba hecho, pero entonces Lan le tendió las riendas de su gorda yegua marrón. Había rehusado categóricamente el regalo de un caballo mejor por parte de Tylin. Su mano tembló un poco al tocar la de Lan, y su cara cambió de color mientras se tragaba la ira que había estado a punto de soltar. Cuando él unió las manos para que apoyara el pie y montara, la mujer lo miró un instante como preguntándose qué pretendía y luego enrojeció de nuevo mientras la impulsaba hasta la silla. Elayne sacudió la cabeza; confiaba en que ella no se volvería idiota al casarse. Si es que se casaba.

Birgitte llevó su yegua gris plateada y el alazán claro que montaba Aviendha, pero pareció entender que quería hablar en privado con la Aiel. Asintió, casi como si Elayne hubiese dicho algo, se encaramó a su castrado pardo y fue a reunirse con los otros Guardianes que esperaban. Éstos la recibieron con leves inclinaciones de cabeza y todos empezaron a deliberar sobre algo en voz baja. A juzgar por las ojeadas que echaban a las hermanas, tenía «algo» que ver con proteger a las Aes Sedai tanto si éstas querían como si no. Incluida ella, advirtió malhumorada Elayne. Sin embargo, no había tiempo para ocuparse de eso. Aviendha manoseaba torpemente las riendas de su caballo y miraba al animal del modo que una novicia miraría una cocina llena de ollas grasientas. A buen seguro, para la Aiel no había gran diferencia entre tener que fregar ollas y tener que cabalgar.

Mientras se ajustaba los guantes verdes, Elayne se las ingenió para desplazar a *Leona* como por casualidad, de manera que interpuso al animal entre los demás y ellas dos, y entonces rozó el brazo de Aviendha.

—Hablar con Adeleas y Vandene podría ser de ayuda —comentó con delicadeza. Tenía que abordar el asunto con mucho cuidado, tanto como para examinar cualquier *ter'angreal*—. Son lo bastante mayores para saber más de lo que imaginas. Ha de haber una razón para que hayas tenido... dificultades con el Viaje. —Era un modo muy suave de plantearlo. Al principio, Aviendha había estado a punto de no conseguir que el tejido funcionara ni poco ni mucho. Mucho cuidado. Aviendha era muchísimo más importante que cualquier *ter'angreal*—. Tal vez pueden ayudarte.

—¿Y cómo? —La Aiel tenía la vista prendida en la silla de su montura—. No saben Viajar. ¿Cómo van a poder ayudarme? —De repente sus hombros se hundieron

y volvió la cabeza hacia Elayne. Increíblemente, las lágrimas brillaban en sus verdes ojos—. Eso no es verdad, al menos no del todo. Ellas no pueden ayudarme, pero... Tú eres mi medio hermana y tienes derecho a saberlo. Creen que me dejé asustar por un criado. Si pido ayuda, todo saldrá a relucir. Se sabrá que una vez Viajé para huir de un hombre, un hombre que en el fondo de mi corazón esperaba que me alcanzara. Que huí como un conejo. Que huí deseando ser atrapada. ¿Cómo voy a confesarles semejante vergüenza? Aun en el caso de que pudieran ayudarme, ¿cómo iba a decírselo?

Elayne deseó no haberse enterado. Al menos de la parte de darle alcance, del hecho de que Rand la había pillado. Cogiendo la chispa de celos que de pronto había prendido en su corazón, Elayne la enterró en el rincón más recóndito de su mente y, para más seguridad, pisoteó la tierra en sentido figurado. «Si una mujer hace el tonto, busca el motivo y darás con un hombre.» Era uno de los refranes favoritos de Lini. Otro era: «Los gatitos te enredan el hilo, los hombres el entendimiento, y para unos y otros hacerlo es tan sencillo como respirar». Respiró hondo.

—Nadie lo sabrá por mí, Aviendha. Te ayudaré todo lo posible, si es que se me ocurre cómo. —A decir verdad, no se le ocurría qué podía hacer. Aviendha era extraordinariamente rápida en pillar cómo se formaban los tejidos, mucho más que ella.

La Aiel se limitó a asentir con la cabeza y subió torpemente a la silla, aunque con un poco más de gracia que las Atha'an Miere.

—Había un hombre observando, Elayne, y no era un criado. —Luego, mirando a los ojos a su amiga, añadió—: Me asustó. —Una confesión que seguramente no habría hecho a ninguna otra persona en el mundo.

—Ahora estamos a salvo de él, quienquiera que fuese —contestó Elayne al tiempo que hacía dar la vuelta a *Leona* para seguir a Nynaeve y a Lan fuera del claro. Lo más probable era que se tratara de un sirviente, aunque eso no se lo diría a nadie, y menos a Aviendha—. Estamos a salvo, y dentro de poco llegaremos a la granja de las mujeres del Círculo, utilizaremos el Cuenco y el mundo volverá a la normalidad. —Bueno, hasta cierto punto. El sol parecía encontrarse más bajo, pero sabía que sólo eran imaginaciones suyas. Por una vez, le habían ganado la mano a la Sombra.

Detrás de una celosía blanca de hierro forjado, Moridin vio cómo el último caballo desaparecía a través del acceso, y luego la joven mujer alta y los cuatro Guardianes. Cabía la posibilidad de que llevaran con ellos algún objeto que le fuera de utilidad —un *angreal* adaptado para los varones, por ejemplo— pero las posibilidades eran escasas. En cuanto al resto, los *ter'angreal*, lo más probable era que se mataran a sí mismas intentando dilucidar cómo usarlos. Sammael era un necio por haber arriesgado tanto para apoderarse de una colección de quién sabía qué. Claro

que Sammael nunca había sido ni la mitad de listo de lo que él se creía. En cuanto a él, no alteraría sus planes sólo por un si acaso, por ver qué migajas de civilización podía hallar. Únicamente la curiosidad lo había llevado allí; le gustaba saber lo que otros consideraban importante. Pero todo era basura.

Iba a volverse cuando de repente el perfil del acceso empezó a doblarse y a temblar. Petrificado, no apartó la vista hasta que el acceso se... disolvió, simplemente. Nunca había sido un hombre dado a soltar palabras malsonantes, pero varias acudieron a su mente. ¿Qué había hecho la mujer? Esas bárbaras incultas guardaban demasiadas sorpresas. Un modo de Curar la sección del Poder, por imperfecto que fuese el resultado. ¡Algo imposible de hacer! Pero se había hecho. Formar anillos involuntarios. Los Guardianes y el vínculo que compartían con las Aes Sedai. Eso lo sabía hacía mucho, mucho tiempo, pero cada vez que creía que les tenía tomadas las medidas, esas *primitivas* revelaban una nueva habilidad, hacían algo que ni en sueños había imaginado nadie de su propia Era. ¡Algo desconocido para el pináculo de la civilización! ¿Qué había hecho esa chica?

—¿Gran Amo?

Moridin apenas volvió la cabeza de la ventana.

—¿Sí, Madic? —Maldita fuese su alma, ¿qué había hecho la chica?

El hombre calvo y de rostro alargado, vestido con uniforme verde y blanco, que había entrado en la habitación hizo una profunda reverencia antes de caer de rodillas. Madic era uno de los sirvientes principales de palacio y poseía una dignidad pomposa que incluso en ese momento intentó mantener. Moridin había visto hombres a los que, ocupando una posición mucho más alta, el intento no les había salido tan bien como a él.

—Gran Amo, me he enterado de lo que las Aes Sedai trajeron a palacio esta mañana. Se comenta que encontraron un gran tesoro escondido en los viejos tiempos, oro, joyas y piedras del corazón, artefactos de Shiota, Eharon e incluso de la Era de Leyenda. Cuentan que entre ellos hay cosas que utilizan el Poder Único. Se dice que uno puede controlar el clima. Nadie sabe dónde se dirigen, Gran Amo. El palacio bulle de hablillas, pero de cada boca sale un destino distinto.

Moridin había vuelto a examinar el patio de las caballerizas cuando Madic empezó a hablar. Los chismes ridículos sobre oro y *cuendillar* no tenían interés para él. Nada haría que un acceso se comportara de ese modo. A menos que... ¿Habría sido capaz esa chica de destejer la trama? La muerte no lo asustaba. Fríamente, consideró la posibilidad de haber visto una trama desenredándose. Y con éxito. Otro imposible llevado a cabo por una de ésas... Algo dicho por Madic atrajo su atención.

—¿El clima, Madic?

Las sombras de las torres de palacio apenas habían empezado a alargarse desde sus bases, pero no había una sola nube que escudara a la ciudad de cocerse bajo el

sol.

—Sí, Gran Amo. Se llama el Cuenco de los Vientos.

El nombre no significaba nada para él, pero... ¿Un *ter'angreal* para controlar el clima? En su propia Era, el tiempo se había regulado cuidadosamente mediante *ter'angreal*. Una de las sorpresas de la era presente —de las menores, al parecer— era que había quienes podían manipular el tiempo hasta un grado que habría requerido uno de aquellos *ter'angreal*. Un artilugio de ese tipo no bastaría para afectar siquiera una zona amplia de un continente, pero ¿qué serían capaces de hacer esas mujeres con él? ¿Qué? ¿Y si formaban un anillo?

Aferró el Poder Verdadero sin pensarlo y los saa pasaron ante su vista como una negra cellisca. Sus dedos se cerraron fuertemente sobre las rejas de la celosía de hierro; el metal crujió y se retorció, no por su presión, sino por la de los zarcillos del Poder Verdadero, absorbido del propio Gran Señor, que se ceñían en torno a la obra de forja y apretaban a medida que lo hacía su mano por la ira. Al Gran Señor no le complacería eso. Había ejercido una gran presión desde su prisión a fin de alcanzar el mundo lo suficiente para detener las estaciones. Estaba impaciente por tocar más el mundo, por romper el vacío que lo retenía, y eso no le gustaría. La cólera envolvía a Moridin, la sangre le palpitaba en los oídos. Un instante antes no le había importado adónde iban esas mujeres, pero ahora... Algún lugar distante de allí. La gente que huía corría tan lejos y tan deprisa como podía. En algún lugar en el que se sintieran a salvo. Era inútil enviar a Madic a indagar, así como intentar sacar información a nadie de palacio; no eran tan tontas como para dejar atrás a nadie vivo que supiera su destino. A Tar Valon, no. ¿Y con al'Thor? ¿O con ese grupo de Aes Sedai rebeldes? En esos tres sitios tenía espías; algunos ni siquiera sabían que trabajaban para él. Antes de que llegase el final, todos estarían a su servicio. No permitiría que un fallo casual echara a perder sus planes.

De pronto le llegó otro sonido distinto al atronador pálpito de su furia, una especie de borboteo. Miró con curiosidad a Madic y se retiró un paso del charco que se extendía en el suelo. Al parecer, en su cólera había asido algo más que la celosía con el Poder Verdadero. Curioso, la cantidad de sangre que podía extraerse de un cuerpo humano al estrujarlo.

Dejó caer lo que quedaba del hombre sin lamentarlo; sólo pensó que cuando encontraran a Madic sin duda culparían a las Aes Sedai. Una pequeña contribución más al caos creciente en el mundo. Abrió un agujero en la urdimbre del Entramado y Viajó mediante el Poder Verdadero. Tenía que encontrar a esas mujeres antes de que utilizaran el Cuenco de los Vientos. Y si eso fallaba... No le gustaba la gente que se entremetía en sus planes. Quienes lo hacían y seguían vivos, vivían para pagarlo.

El *gholam* entró en la habitación con sigilo, agitando las aletas de la nariz al

percibir el olor a sangre caliente. La quemadura lívida de su mejilla era como una brasa ardiente. El *gholam* parecía simplemente un hombre delgado, un poco más alto que la estatura media de la época, pero jamás había topado con nada que pudiera hacerle daño. Hasta que apareció ese hombre con el medallón. Lo que podría pasar por una sonrisa o el inicio de un gruñido dejó a la vista sus dientes. Escudriñó con curiosidad la habitación, pero no había nada aparte del cuerpo despachurrado sobre las baldosas. Y una... sensación... de algo. No del Poder Único, pero sí algo que le provocaba... ansia, aunque no del mismo modo. La curiosidad lo había llevado allí. Partes de la celosía estaban aplastadas, de manera que toda ella se había soltado de los lados. El *gholam* creyó recordar algo que le causaba esa misma picazón, pero lo que recordaba era vago, borroso. El mundo había cambiado en un abrir y cerrar de ojos. Había habido un mundo de guerra y matanza a gran escala, con armas que tenían un alcance de miles de kilómetros, y después lo siguió... esto. Pero el *gholam* no había cambiado; seguía siendo el arma más peligrosa de todas.

Las aletas de su nariz se agitaron de nuevo, aunque no por el olor del rastro de quienes podían encauzar. El Poder Único se había utilizado allí abajo, y kilómetros al norte. ¿Para seguirlo o no? El hombre que lo había herido no se encontraba con ellas; de eso se había asegurado bien antes de abandonar su ventajosa posición alta. La persona que lo mandaba quería muerto al hombre que lo había herido tal vez tanto como quería muertas a las mujeres, pero ellas eran un blanco mucho más fácil. Se había nombrado también a las mujeres, y de momento estaba sujeto a la compulsión. A lo largo de toda su existencia había estado obligado a obedecer a uno u otro humano, pero su mente albergaba el concepto de no ser objeto de coacción. Debía seguir a las mujeres. Quería seguirlas. El momento de la muerte, cuando percibía que la habilidad de encauzar se desvanecía en ellas junto con su vida, le producía una sensación de éxtasis. De arrobamiento. Pero también tenía hambre, y era la hora. Allí donde huyeran, él podía seguirlas. Acomodándose ágilmente al lado del cadáver despachurrado, empezó a alimentarse. La sangre fresca, caliente, era necesaria, pero la sangre humana era la que tenía un sabor más dulce.

3. Una agradable cabalgada

El campo en torno a Ebou Dar estaba ocupado en gran parte por granjas, pastizales y olivares, pero también había numerosos bosquecillos de unos pocos kilómetros de extensión, y aunque el terreno era mucho más llano que hacia el sur, en las colinas Rhannor, presentaba ondulaciones y a veces se alzaba en una prominencia de cien metros o más, lo suficiente para arrojar sombras bajo el sol de la tarde. En definitiva, la zona proporcionaba bastante cobertura para pasar inadvertida a ojos indeseados lo que parecía una extraña caravana de mercaderes, con casi cincuenta personas montadas y otras tantas a pie, y más aún cuando se contaba con Guardianes que encontraban sendas poco frecuentadas a través de la maleza. Elayne no vio señales que indicaran asentamientos humanos aparte de unas cuantas cabras paciendo en algunos cerros.

Hasta las plantas y los árboles acostumbrados al calor empezaban a marchitarse y a morir, si bien en cualquier otro momento habría disfrutado contemplando el paisaje. Era como si marcharan a mil kilómetros de distancia de la tierra que había visto mientras cabalgaba por la otra orilla del Eldar. Las suaves colinas eran extrañas, con formas rugosas, como si unas manos colosales y descuidadas las hubiesen estrujado. Bandadas de aves de brillantes colores alzaban el vuelo al paso de la comitiva, y docenas de tipos de colibríes huían espantados de los caballos, cual joyas aladas. En algunos sitios las enredaderas colgaban como gruesas cuerdas, y había árboles con copas de manojos de hojas estrechas y largas, en lugar de follaje, y cosas que parecían plumeros verdes tan grandes como un hombre. Un puñado de plantas, engañadas por el calor, se esforzaban por echar flores de intensos tonos rojos y amarillos, algunas el doble de anchas que sus dos manos juntas. Su perfume era exuberante y... sensual, fue la palabra que le vino a la mente. Reparó en unas rocas que habría apostado que en otros tiempos fueron dedos de una estatua, si bien no alcanzaba a imaginar la razón de que alguien hubiese hecho una estatua tan gigantesca y descalza; más adelante, el sendero los condujo a través de otro tipo de bosque, formado por piedras, gruesas y estriadas; eran los tocones erosionados de columnas, muchas desplomadas y todas minadas casi hasta la base por los granjeros lugareños para aprovechar su piedra. Una cabalgada agradable a pesar del polvo levantado del reseco suelo por los cascos de los caballos. El calor no la afectaba, desde luego, y no había demasiadas moscas. Todos los peligros habían quedado atrás; habían huido de los Renegados y ahora ya no había posibilidad de que alguno de ellos o sus servidores los alcanzaran. Sí, podría haber sido casi un paseo agradable, salvo por...

Por una cosa. Aviendha se había enterado de que el mensaje que había enviado de que el enemigo podía aparecer cuando menos se esperaba no había sido transmitido.

Al principio Elayne sintió alivio de cambiar a otro tema que no fuese Rand. Los celos no habían reaparecido; en realidad, cada vez con mayor frecuencia se sorprendía deseando para sí lo que Aviendha había compartido con él. Celos no, envidia. Casi habría preferido lo contrario. Entonces empezó a escuchar realmente lo que su amiga le estaba diciendo en un tono bajo y monocorde, y sintió que el vello de la nuca se le ponía de punta.

—No puedes hacer eso —protestó mientras tiraba de las riendas para aproximar su caballo a la montura de la Aiel. De hecho, suponía que Aviendha no tendría muchos problemas para darle una paliza a Kurin o atarla o cualquiera de las otras cosas. Es decir, si es que las otras Detectoras de Vientos lo consentían—. No podemos iniciar una guerra con ellas, y menos antes de utilizar el Cuenco. Y desde luego, no por eso —se apresuró a añadir—. En modo alguno. —Ciertamente no iban a iniciar un conflicto ni antes ni después de usar el Cuenco sólo porque las Detectoras de Vientos se comportaran con mayor prepotencia de hora en hora, o sólo porque... Respiró hondo y prosiguió—. Si me lo hubiese dicho, yo no habría sabido a qué te referías. Comprendo que no pudieses hablar más claro, pero lo entiendes ¿verdad?

Aviendha miraba al frente con expresión hostil mientras espantaba las moscas en actitud ausente.

—Sin falta, le dije —gruñó—. ¡Sin falta! ¿Y si hubiese sido uno de los Depravados de la Sombra? ¿Y si hubiese conseguido sobrepasarme en el acceso y os hubiese sorprendido al no estar advertidas? ¿Y si...? —Volvió los ojos hacia ella con una mirada de desamparo—. Me comeré mi cuchillo —dijo tristemente—, pero quizás el hígado me reviente por ello.

Elayne estaba a punto de contestar que tragarse la cólera era el modo correcto de actuar y que podía dar rienda suelta a un acceso de ira tan grande como quisiera siempre y cuando no lo descargara contra las Atha'an Miere —era lo que significaba todo eso del cuchillo y el hígado—, pero antes de que tuviese ocasión de abrir la boca, Adeleas acercó su larguirucha montura y se situó al otro lado. La hermana de pelo blanco había adquirido una nueva silla en Ebou Dar, muy sobrecargada, trabajada con plata en la perilla y el arzón. Por alguna razón, parecía que las moscas la evitaban, aunque la mujer llevaba un perfume tan intenso como cualquiera de las flores.

—Perdona, pero no pude evitar oír eso último.

La voz de Adeleas no translucía el menor atisbo de disculpa, y Elayne se preguntó cuánto habría escuchado realmente. Sintió que se encendían sus mejillas. Parte de lo que Aviendha había dicho sobre Rand había sido notoriamente franco y directo. Y también parte de lo que había dicho ella. Una cosa era hablar de ese modo con la mejor amiga y otra muy diferente sospechar que otra persona está escuchando. Aviendha parecía pensar igual; no se puso colorada, pero la mirada cortante que lanzó

a la Marrón habría hecho sentirse orgullosa a Nynaeve. Adeleas se limitó a sonreír, un gesto vago y tan insulso como una sopa aguada.

—Quizá lo mejor sería que dieses carta blanca a tu amiga con las Atha'an Miere. —Sus ojos pasaron de Elayne a Aviendha y parpadearon—. Bueno, al menos un poco. Con un buen susto debería bastar. Ya están casi a punto, por si no lo habías notado. Muestran mucha más prevención por la «salvaje» Aiel, y perdona Aviendha, que por las Aes Sedai. Merilille lo habría sugerido, pero las orejas todavía le arden.

El semblante de Aviendha rara vez translucía algo, pero en ese momento denotaba tanto desconcierto como el que sentía Elayne. Ésta se giró sobre la silla para mirar hacia atrás con el entrecejo fruncido. Merilille cabalgaba al lado de Vandene, Careane y Sareitha a corta distancia, y todas se esforzaban por mirar a cualquier parte excepto a ella. Detrás de las hermanas iban las Atha'an Miere, todavía en fila india, y a continuación irían las componentes del Círculo, que por el momento se encontraban fuera de su vista, justo delante de los animales de carga. Avanzaban a través del claro de las columnas truncadas; en lo alto, cincuenta o cien aves de larga cola y plumaje rojo y verde volaban y llenaban el aire con sus agudos cotorreos.

—¿Por qué? —inquirió secamente Elayne. Parecía absurdo atizar más la agitación subyacente, una agitación que a veces afloraba sin trabas, pero Adeleas no tenía un pelo de tonta. Las cejas de la hermana Marrón se enarcaron con aparente sorpresa. Quizás estaba sorprendida; Adeleas solía pensar que cualquiera debería ver lo que veía ella. Quizá.

—¿Que por qué? Para recobrar un poco el equilibrio, por eso. Si las Atha'an Miere creen que nos necesitan para protegerlas de una Aiel podría ser un contrapeso beneficioso para... —La Marrón hizo una ligera pausa, de repente muy interesada en arreglarse la falda gris pálido—. Compensar otras cosas.

El rostro de Elayne se tensó. Otras cosas. El acuerdo con las mujeres de los Marinos era a lo que Adeleas se refería.

—Puedes volver con las demás —dijo fríamente.

Adeleas no protestó ni intentó insistir en su argumentación. Inclinó la cabeza y dejó que su caballo se retrasara. La leve sonrisa no se alteró un ápice. Las Aes Sedai de más edad aceptaban que Nynaeve y Elayne estuviesen por encima de ellas y hablaran respaldadas por la autoridad de Egwene, pero lo cierto era que eso no cambiaba mucho en el fondo. Tal vez nada. Aparentemente se mostraban respetuosas, obedecían, pero aun así...

Al fin y al cabo, al menos ella era Aes Sedai a una edad en la que la mayoría de iniciadas de la Torre seguían vistiendo el blanco de novicia, y muy pocas habían llegado a Aceptadas. Y Nynaeve y ella se habían avenido a aquel acuerdo que difícilmente podía considerarse una demostración de sabiduría y perspicacia. Las Atha'an Miere no sólo conseguían el Cuenco, sino que veinte hermanas debían ir con

ellas, sujetas a sus leyes, para enseñarles cualquier cosa que las Detectoras de Vientos quisieran aprender, y no podrían marcharse hasta que otras fueran a reemplazarlas. Además, las Detectoras de Vientos tendrían acceso a la Torre como invitadas, para aprender cuanto quisieran, y podrían marcharse cuando lo desearan. Esas condiciones por sí mismas harían que la Antecámara pusiese el grito en el cielo, y probablemente Egwene también, pero el resto... Todas las hermanas de más edad pensaban que cualquiera de ellas habría encontrado un modo de eludir ese acuerdo. A lo mejor sí. Elayne no lo creía, pero no estaba segura.

No le dijo nada a Aviendha, pero al cabo de unos segundos la otra joven habló.

—Si puedo cumplir con el honor y ayudarte al mismo tiempo, no me importa si lo que sea sirve para un fin de las Aes Sedai.

No parecía asimilar que también ella era Aes Sedai; no del todo. Elayne vaciló y luego asintió. Había que hacer algo para frenar a las Atha'an Miere. Merilille y las otras habían demostrado una gran paciencia hasta el momento, pero ¿cuánto duraría eso? Nynaeve podría estallar en cuanto volviera su atención a las Detectoras de Vientos. Había que mantener la situación lo más tranquila posible durante el mayor tiempo posible, pero si las Atha'an Miere seguían pensando que podían mirar por encima del hombro a las Aes Sedai, habría problemas. La vida era más complicada de lo que había imaginado cuando vivía en Caemlyn, daba igual las muchas lecciones que hubiese recibido como hija heredera del trono. Y mucho más complicada desde que entró en la Torre.

—Pero no seas demasiado... contundente —advirtió en voz queda—. Y por favor, ten cuidado. Después de todo, ellas son veinte y tú sólo una. No querría que te pasara algo antes de que tuviera ocasión de ayudarte.

Aviendha le dedicó una sonrisa en la que había mucho de lobuna y luego apartó a un lado su yegua parda, junto a las piedras, para esperar a las Atha'an Miere.

De vez en cuando Elayne echaba un vistazo hacia atrás, pero lo único que atisbó entre los árboles fue a Aviendha cabalgando al lado de Kurin; la Aiel hablaba con gran tranquilidad, sin mirar siquiera a la mujer de los Marinos. Por su parte, Kurin la contemplaba, no furiosa, sino con considerable estupefacción. Cuando Aviendha taconeó su montura para regresar junto a Elayne —sacudiendo las riendas; nunca llegaría a ser una buena amazona—, Kurin se adelantó para hablar con Renaile, y poco después Renaile enviaba, furiosa, a Rainyn a la cabeza de la marcha.

La más joven de las Detectoras de Vientos montaba peor aún que Aviendha, a la cual fingió no ver al otro lado de Elayne del mismo modo que fingía no reparar en las pequeñas moscas verdes que zumbaban en torno a su oscura tez.

—Renaile din Calon Estrella Azul —empezó con fría formalidad—, exige que repruebes a la Aiel, Elayne Aes Sedai.

Aviendha le enseñó los dientes en un remedo de sonrisa, y Rainyn debía de estar

mirándola, al menos de reojo, porque sus mejillas enrojecieron bajo la película de sudor.

—Dile a Renaile que Aviendha no es Aes Sedai —contestó Elayne—. Le pediré que tenga cuidado —en eso no mentía; ya se lo había dicho y volvería a decírselo—, pero no puedo obligarla a hacer nada. —Siguiendo un impulso añadió—. Ya sabéis cómo son los Aiel.

Los Marinos tenían ideas muy peregrinas con respecto al modo de ser de los Aiel. Rainyn miró con los ojos muy abiertos a la todavía sonriente Aviendha, su semblante se puso grisáceo y luego hizo volver grupas a su caballo y galopó de vuelta con Renaile rebotando en la silla.

Aviendha soltó una risita complacida, pero Elayne se preguntó si la idea no habría sido un error. A pesar de los buenos treinta metros que las separaba, pudo ver que la cara de Renaile se congestionaba al recibir el informe de Rainyn, y que las otras empezaban a murmurar de un modo que recordaba el zumbido de abejas furiosas. No parecían asustadas, sino enfadadas, y las miradas hostiles que dirigían a las Aes Sedai que marchaban delante se tornaron torvas. No a Aviendha, sino a las hermanas. Adeleas asintió pensativamente cuando vio la reacción, y Merilille apenas pudo contener una sonrisa. Al menos parecían complacidas.

Si aquél hubiese sido el único incidente durante la cabalgada no habría menguado el gozo de disfrutar de flores y pájaros, pero la cosa ni siquiera había empezado. Poco después de dejar atrás el claro con las columnas, las componentes del Círculo se habían ido acercando a Elayne una por una, todas salvo Kirstian, y a buen seguro que también ella habría acudido si no le hubiesen ordenado que mantuviera escudada a Ispan. Todas se mostraron vacilantes, sonriendo medrosamente hasta el punto de que Elayne deseó gritarles que se comportaran como se esperaba de unas mujeres de su edad. Ni que decir tiene que no exigieron nada, y eran demasiado listas para pedir directamente lo que ya se les había negado, si bien hallaron otros caminos.

—Se me ocurre —empezó Reanne— que debes de querer interrogar a Ispan Sedai cuanto antes. ¿Quién sabe qué más se proponía hacer en la ciudad aparte de intentar encontrar el almacén? —Fingía estar sosteniendo una simple charla, pero lanzaba rápidas ojeadas a Elayne para ver cómo se lo estaba tomando—. Todavía tardaremos más de una hora en llegar a la granja, o puede que dos, y seguramente no querrás perder dos horas. Las hierbas que Nynaeve Sedai le dio la han vuelto muy parlanchina, y no me cabe duda de que hablaría con las hermanas.

La sonrisa se borró cuando Elayne dijo que el interrogatorio de Ispan podía esperar. Luz, ¿de verdad esperaban que alguien hiciese preguntas mientras cabalgaba a través de bosques o por senderos que no merecían llamarse así? Reanne regresó con las Allegadas mascullando entre dientes.

—Perdona, Elayne Sedai —musitó Chilares poco después, con un ligero acento

murandiano en la voz. Su sombrero verde de paja hacía juego con algunas de las enaguas—. Te pido disculpas por molestarte.

No llevaba el cinturón rojo de una Mujer Sabia; la mayoría de las componentes del Círculo no lo lucían. Famelle era orfebre, y Eldase proporcionaba piezas lacadas a los mercaderes para la exportación; Chilares era vendedora de alfombras, y la propia Reanne arreglaba los embarques para pequeños comerciantes. Algunas se dedicaban a tareas sencillas —Kirstian dirigía una pequeña tejeduría, y Dimana era modista, aunque próspera—; claro que, en el transcurso de sus vidas todas ellas habían realizado distintos oficios. Y utilizado muchos nombres.

—Ispan Sedai no parece encontrarse bien —continuó Chilares mientras rebullía con inquietud sobre la silla—. Quizá las hierbas la están afectando más de lo que Nynaeve Sedai pensaba. Sería terrible si le ocurriera algo. Antes de interrogarla, quiero decir. Tal vez las hermanas querrían echarle un vistazo. Para la Curación, ya sabes... —Dejó la frase sin terminar a la par que sus enormes ojos marrones parpadeaban con nerviosismo. Y con razón, teniendo a Sumeko entre sus compañeras.

Una mirada hacia atrás descubrió a la fornida mujer de pie sobre los estribos para mirar más allá de las Detectoras de Vientos, hasta que advirtió que Elayne estaba mirándola, y entonces volvió a sentarse apresuradamente. Sumeko sabía de la Curación más que ninguna hermana aparte de Nynaeve. Elayne se limitó a señalar hacia atrás hasta que Chilares se puso colorada e hizo volver grupas a su montura.

Merilille se reunió con Elayne pocos segundos después de que Reanne se hubiese marchado, y la hermana Gris hizo un papel mucho mejor que las Allegadas fingiendo sostener una simple conversación. En su modo de hablar, al menos, era el aplomo en persona. Lo que tenía que decir era otra historia.

—Me pregunto hasta qué punto son de fiar esas mujeres, Elayne. —Apretó sus labios con desagrado mientras se limpiaba el polvo de la falda pantalón con la mano enguantada—. Afirman que no aceptan espontáneas, pero la propia Reanne podría serlo. Y también Sumeko, y Kirstian lo es, desde luego. —Dedicó un leve ceño a Kirstian y luego pareció desestimarla con una sacudida de cabeza—. Tienes que haber notado cómo reacciona cuando se habla de la Torre. Lo único que sabe es lo poco que haya podido pescar en conversaciones con alguien que realmente fuera expulsada. —Merilille suspiró, como si lamentase tener que decir lo siguiente; realmente era muy buena—. ¿Has considerado la posibilidad de que estén mintiendo también en otras cosas? Podrían ser Amigas Siniestras, por lo que sabemos, o víctimas del engaño de Amigos Siniestros. Tal vez no, pero difícilmente se puede confiar demasiado en ellas. Creo que sí hay una granja, la utilicen para retirarse o no, jamás habría aceptado esto, pero no me sorprendería encontrar sino edificios destartalados y una docena de espontáneas. Bueno, no destartalados, ya que parecen

disponer de dinero, pero el axioma es el mismo. No, no son de fiar, simplemente.

Elayne empezó a encresparse tan pronto como se dio cuenta de la dirección que llevaba Merilille y la irritación fue en aumento. Con todos sus rodeos, sus «tal vez» y sus «podrían» la mujer insinuaba cosas que ni siquiera ella creía. ¿Amigas Siniestras? El Círculo de Labores de Punto había *luchado* contra los Amigos Siniestros. Dos de ellas habían muerto. Y sin Sumeko e Ieine, Nynaeve podría haber muerto en lugar de tener prisionera a Ispan. No, la razón por la que no había que fiarse de ellas no era que Merilille temiera que estuviesen del lado de la Sombra, o de otro modo lo habría dicho sin ambages. No se debía confiar en ellas porque al no ser de fiar tampoco se les podía permitir que custodiaran a Ispan.

Asestó un manotazo a una enorme mosca verde que se había posado en el cuello de *Leona*, subrayando la última palabra de Merilille con un sonoro golpe, y la hermana Gris dio un respingo de sorpresa.

—¿Cómo te atreves? —instó Elayne—. Se enfrentaron a Ispan y a Falion en el Rahad, y al *gholam*, por no mencionar a dos docenas o más de matones armados con espadas. Tú no estabas allí.

Eso no era justo. Habían dejado en palacio a Merilille y las otras porque en el Rahad las Aes Sedai —aquellas cuya condición de Aes Sedai resultaba obvia— llamarían la atención. Pero le daba igual. Su ira crecía por momentos, y su tono se alzó a medida que hablaba.

—No vuelvas a sugerirme tal cosa nunca. ¡Jamás! ¡No sin una prueba irrefutable! ¡Si lo haces, te impondré un castigo que hará que se te salgan los ojos de las cuencas! —Aunque estuviese muy por encima de la otra mujer, no tenía autoridad para imponerle ningún castigo, pero tampoco eso le importó—. ¡Harás el resto del camino a Tar Valon a pie! ¡Te pondré a su cargo y les diré que te den de bofetadas si se te ocurre asustar aunque sólo sea a un ganso!

Entonces cayó en la cuenta de que estaba chillando. Una gran bandada de algún tipo de aves grises y blancas pasaba volando sobre sus cabezas, y su voz ahogaba los gritos de los animales. Inhaló profundamente e intentó calmarse. El timbre de su voz no era el apropiado para gritar; siempre le salía como un chillido agudo. Todos la miraban, la mayoría estupefactas. Aviendha asentía con aprobación. Claro que la Aiel habría hecho igual si Elayne hubiese hundido un cuchillo en el corazón de Merilille. Aviendha siempre apoyaba a sus amigos hicieran lo que hiciesen. La blanca tez cairhienina de Merilille se había tornado mortalmente pálida.

—Hablo en serio —le dijo Elayne en un tono mucho más frío, lo cual hizo que el rostro de Merilille perdiese aún más color. Había dicho cada palabra muy en serio; no podía permitirse que corriese ese tipo de rumor entre el grupo. Y conseguiría cumplir sus amenazas si llegaba el caso, de un modo u otro, aunque sin duda las mujeres del Círculo se desmayarían.

Confiaba en que aquello fuera el final. Tendría que haberlo sido. Pero cuando Chilares se marchó, Sareitha ocupó su lugar, y también ella expuso un motivo para no confiar en las Allegadas: sus edades. Incluso Kirstian afirmaba ser mayor que cualquier Aes Sedai viva, en tanto que Reanne le sacaba cien años y ni siquiera era la más vieja. Su título de Rectora correspondía a la mayor que se encontraba en Ebou Dar, pero debido al riguroso programa de reemplazos que seguían para evitar llamar la atención, había otras mujeres aún mayores en otros lugares. Obviamente tal cosa era imposible, mantenía Sareitha.

Elayne no gritó; puso gran cuidado en no hacerlo.

—Acabaremos sabiendo la verdad —le contestó a Sareitha. No dudaba de la palabra de las Allegadas, pero tenía que haber una razón para que no tuviesen el aspecto de intemporalidad y tampoco aparentaran, ni mucho menos, su supuesta edad. Ojalá diera con la solución. Algo le decía que era evidente, pero no se le ocurría nada—. A su debido tiempo —añadió firmemente cuando la Marrón volvió a abrir la boca—. No insistas, Sareitha.

La mujer asintió sin convicción y regresó junto a las otras Aes Sedai. No habían pasado ni diez minutos cuando le tocó el turno a Sibella.

Cada vez que una Allegada acudía para plantearle con rodeos la petición de que las eximiera de la tarea de ocuparse de Ispan, una de las hermanas se presentaba con la misma pretensión. Todas excepto Merilille, que todavía parpadeaba cada vez que Elayne la miraba. Tal vez gritar tuviera su punto de utilidad. Desde luego, ninguna otra sugirió un ataque tan directo a las mujeres del Círculo.

Por ejemplo, Vandene empezó hablando de las Atha'an Miere, de cómo contrarrestar los efectos del acuerdo hecho con ellas y del porqué era necesario disminuir sus ventajas todo lo posible. Fue muy concisa y desapasionada, sin una sola palabra o gesto que mereciera reprobación. Tampoco es que le hiciera falta; de eso se encargaba el tema en sí, por mucha delicadeza con que se tratara. La Torre Blanca, dijo, mantenía su influencia sobre el mundo no por la fuerza de las armas o la persuasión, ni siquiera mediante la intriga o la manipulación; esas dos últimas las pasó muy por encima, quitándoles importancia. En cambio, la Torre Blanca controlaba o influía en los acontecimientos, en mayor o menor medida, porque todo el mundo la veía distante y superior, más incluso que reyes o reinas. A su vez, eso dependía de que todas las Aes Sedai tuviesen dicha imagen de misterio y alejamiento, de diferenciación con los demás. Distintas al resto de los mortales. Históricamente, se hacía lo imposible por evitar que las Aes Sedai incapaces de lograr tal cosa —y habían sido unas pocas— fuesen vistas en público.

A Elayne le costó un rato darse cuenta de que el tema de la conversación se había desviado de las Atha'an Miere y se dirigía hacia otra cuestión: una persona distinta al resto de los mortales, misteriosa y distante, no podía llevar la cabeza metida en un

saco e ir echada y atada sobre una silla como un fardo. No en un sitio donde cualquiera que no fuese Aes Sedai pudiese verla, por lo menos. En realidad, las hermanas serían más duras con Ispan de lo que las Allegadas serían capaces, sólo que no en público. El argumento habría tenido más peso si se hubiese expuesto en primer lugar, pero, tal como estaban las cosas, Elayne despachó a Vandene tan prestamente como a las demás. Y la reemplazó Adeleas, inmediatamente después de que contestara a Sibella que si ninguna de las mujeres del Círculo entendía lo que Ispan murmuraba entonces tampoco ninguna de las hermanas lo comprendería. ¡Murmurar! ¡Luz! Las Aes Sedai continuaron acudiendo por turnos y, aun sabiendo lo que se proponían, a veces costaba trabajo advertir el enfoque al principio, así que cuando Careane empezó diciendo que antaño aquellas rocas habían sido realmente dedos de los pies, supuestamente de una estatua de una reina guerrera de casi cincuenta metros de altura...

—Ispan se queda donde está —la interrumpió fríamente Elayne sin esperar que añadiese nada más—. Y a menos que tu verdadera intención sea contarme por qué se les ocurrió a los shiotanos erigir una estatua así...

La Verde comentó que en documentos antiguos se afirmaba que la estatua sólo llevaba puesta una armadura, y que eran más bien escasas sus piezas. ¡Una reina, nada menos!

—¿De veras? Bien, si eso es todo me gustaría hablar con Aviendha en privado, si no te importa.

Ni siquiera mostrarse tajante cortó el constante afluir, por supuesto. Le sorprendió que no metieran a la doncella de Merilille en la rueda de turnos.

Nada de aquello habría ocurrido si Nynaeve hubiese estado donde se suponía que debía estar. A buen seguro su compañera habría acallado a las mujeres del Círculo y a las hermanas de buenas a primeras. En eso era muy eficiente. El problema era que Nynaeve parecía haberse pegado con goma a Lan desde que salieron del primer claro. Los Guardianes patrullaban al frente y a ambos lados, e incluso a veces en retaguardia, y sólo regresaban a la columna para informar de lo que habían visto o para dar instrucciones sobre cómo evitar una granja o a un pastor. Birgitte exploraba a gran distancia y no pasaba más de unos segundos con Elayne. Por su parte, Lan llegaba aún más lejos, y allí donde fuera Lan iba Nynaeve.

—Nadie causa problemas, ¿verdad? —demandó Nynaeve mientras dirigía una mirada sombría a las Atha'an Miere, la primera vez que regresó con Lan—. Entonces todo va bien —añadió antes de que Elayne abriese la boca.

Acto seguido había hecho volver grupas a la gorda yegua como si ésta fuese un caballo de carreras, la azuzó con las riendas y galopó en pos de Lan sujetándose el sombrero con una mano; lo alcanzó justo antes de que desapareciese al rodear la falda de una colina que se alzaba al frente. Naturalmente, en aquel momento no había

motivo para protestar. Reanne había realizado su visita y Merilille la suya, y todo parecía solucionado.

Cuando Nynaeve regresó por segunda vez, Elayne había tenido que aguantar varias intentonas disimuladas para que se pusiera a Ispan a cargo de las hermanas, Aviendha había mantenido la charla con Kurin y las Detectoras de Vientos estaban encrespadas, pero cuando se lo explicó, Nynaeve se limitó a mirar hacia atrás con el entrecejo fruncido. Por supuesto, justo en ese momento todo el mundo ocupaba su puesto en la columna. Las Atha'an Miere exhibían un gesto hostil, cierto, pero las componentes del Círculo marchaban detrás de ellas, y en cuanto a las hermanas, ni siquiera un grupo de novicias habría mostrado una actitud más inocente y mejor comportamiento. Elayne habría querido gritar de rabia.

—No me cabe duda de que sabrás manejar la situación, Elayne —dijo Nynaeve—. Cuentas con todo ese entrenamiento para ser reina, y esto no debe de ser ni con mucho tan... ¡Maldito hombre! ¡Allá va otra vez! Tú puedes controlarlo. —Y de nuevo partió a galope, azuzando a la pobre yegua como si se tratara de un caballo de batalla.

Y entonces fue cuando Aviendha decidió comentar lo mucho que a Rand parecía gustarle besarla en el cuello y, por cierto, lo mucho que le había gustado a ella. También le había gustado a Elayne cuando se lo hizo a ella, pero por muy acostumbrada que estuviera a hablar de ese tipo de cosas —incómodamente acostumbrada— no quería referirse a ello en ese momento. Estaba furiosa con Rand. Era injusto, pero, de no ser por él, habría podido decir a Nynaeve que se ocupara de sus obligaciones y que dejara de tratar a Lan como a un niño que podría tropezar con sus propios pies. Casi deseó culparle también por la forma en que se comportaban las Allegadas, y las otras hermanas, y las Detectoras de Vientos. «Es una de las cosas para la que sirven los hombres: para echarles la culpa», le había dicho una vez Lini sin dejar de reírse. «Por lo general se lo merecen, aunque no sepas exactamente cómo o por qué.» No era justo, pero deseó que estuviera allí el tiempo suficiente para darle un bofetón, sólo uno. Y para besarlo y que él le besara suavemente el cuello. Y para que...

—Admite consejos, aun cuando no le guste que se le den —dijo de repente mientras se ponía colorada. Luz, con tanto que hablaba de vergüenza, en ciertas cosas Aviendha no tenía ninguna. ¡Y por lo visto también ella la había perdido!—. Pero si intentaba presionarlo, se cerraba en banda aunque fuese evidente que yo tenía razón. ¿Le ocurría igual contigo?

Aviendha la miró y pareció comprender. Elayne no sabía si le gustaba eso o no; por lo menos había dejado de hablar de Rand y de besos. Es decir, durante un rato. Aviendha conocía algo a los hombres —había viajado con ellos y combatido a su lado como Doncella Lancera—, pero nunca había deseado ser otra cosa que *Far*

Dareis Mai y tenía... ciertas lagunas. Incluso siendo niña siempre había jugado con sus muñecas a las lanzas y a combates. Jamás había coqueteado, no lo entendía y tampoco quería entender por qué sentía lo que sentía cuando los ojos de Rand se posaban en ella, o un centenar de cosas más que Elayne había empezado a aprender la primera vez que reparó en que un chico la miraba de manera diferente a como miraba a otros chicos. Esperaba que Elayne le enseñara todo eso, y la heredera del trono lo intentaba. En realidad podía hablar con Aviendha de cualquier cosa; pero ojalá Rand no fuera el ejemplo utilizado con tanta frecuencia. Si se hubiese encontrado allí, le habría dado de bofetadas. Y lo habría besado. Y luego habría vuelto a abofetearlo.

En resumen, que el viaje no estaba siendo agradable, sino lamentable.

Nynaeve hizo otras cuantas visitas breves antes de anunciar, finalmente, que la granja de las Allegadas estaba un poco más adelante, detrás de un cerro bajo que parecía a punto de desplomarse de costado. Reanne había sido pesimista en sus cálculos; el sol ni siquiera había recorrido el trecho de dos horas.

—Falta muy poco para llegar —dijo Nynaeve sin advertir, al parecer, la mirada huraña de Elayne—. Lan, ve a buscar a Reanne, por favor. Más vale que vean un rostro conocido de inmediato. —El Guardián volvió grupas y fue a cumplir el encargo, en tanto que Nynaeve se giraba en la silla y asestaba una mirada firme a las hermanas—. No quiero que las asustéis ahora, así que callaos hasta que tengamos tiempo de explicar lo que pasa. Y ocultad los rostros. Echaos las capuchas. —Se volvió de nuevo hacia adelante sin esperar respuesta y asintió con expresión satisfecha—. Ahí tienes. Todo arreglado y como debe ser. Juro Elayne que no entiendo por qué protestabas. Todas actúan exactamente como deben, por lo que veo.

Elayne rechinó los dientes. Ojalá estuviesen ya en Caemlyn. Allí era donde se dirigirían una vez que aquello hubiese acabado. Le esperaban asuntos en Caemlyn de los que habría debido ocuparse hacía tiempo. Sólo tenía que convencer a las casas más fuertes de que el Trono del León era suyo a pesar de su prolongada ausencia, y vérselas con uno o dos pretendientes a la corona rivales. No los habría habido si ella se hubiese encontrado allí cuando su madre desapareció, cuando murió, pero por la historia de Andor, a estas alturas tenía que haberlos. De algún modo, aquella tarea le parecía más sencilla que la que entonces afrontaba.

4. Un lugar tranquilo

La granja de las Allegadas se encontraba en una ancha hondonada, rodeada por tres colinas bajas; la formaba una docena o más de edificios desperdigados, grandes, encalados y con tejados planos, que brillaban al sol. Había cuatro grandes graneros construidos justo en la falda de la colina más alta, una elevación de cumbre aplanada, con una vertiente que caía en escarpados farallones, detrás de los graneros. Unos cuantos árboles que no habían perdido las hojas proporcionaban una mínima sombra en el patio de la granja. Hacia el norte y el este se extendían olivares a lo largo de la hondonada e incluso ascendían por las laderas de los cerros. Una especie de tranquilo ajetreo envolvía la granja; a pesar del calor de la tarde había a la vista más de un centenar de personas, ocupadas en las tareas diarias, pero sin apresurarse.

Habría pasado incluso por una aldea en lugar de una granja, sólo que no se veían hombres ni niños por ningún lado. Elayne no esperaba verlos. Era el punto de parada para las Emparentadas que pasaban por Ebou Dar hacia cualquier otro destino, y así no había demasiadas en la ciudad al mismo tiempo, pero tal cosa era secreta, tanto como la misma existencia de las Allegadas. Públicamente, la granja era conocida en un radio de trescientos kilómetros o más como un retiro para mujeres, un lugar para la meditación donde escapar de los afanes mundanos durante un tiempo, días, semanas y a veces incluso períodos más largos. Elayne casi podía sentir la serenidad en el aire. Habría lamentado haber llevado el mundo a aquel apacible lugar de no ser porque también llevaba nuevas esperanzas.

La aparición de los primeros caballos rodeando la colina inclinada produjo menos revuelo del esperado. Varias mujeres interrumpieron sus ocupaciones para observar, pero nada más. Sus ropas abarcaban gran variedad —Elayne vio incluso el brillo de seda aquí y allí—, unas llevaban cestos o cubos, o grandes fardos que parecían ropa para la colada. Una sujetaba por las patas un par de gansos atados, uno en cada mano. Nobles o artesanas, granjeras o mendigas, todas eran bien recibidas allí, pero cada cual compartía las tareas diarias durante su estancia. Aviendha tocó a Elayne en el brazo y luego señaló la cumbre de una de las colinas, una elevación con apariencia de embudo invertido y ladeado. La heredera del trono se protegió los ojos del resol con una mano además del ala del sombrero y un momento después divisó movimiento. Ahora entendía que la aparición de la caravana no hubiese causado sorpresa. Vigías apostados allí arriba avistarían a cualquiera que se aproximara mucho antes de su llegada.

Una mujer normal y corriente se adelantó para salirles al paso a corta distancia de los edificios de la granja. Su vestido era de estilo ebudariano, con un escote profundo, pero la oscura falda y las enaguas de colorines eran lo bastante cortas para que no tener que recogérselas a fin de que no se rozaran con el polvo. No llevaba Cuchillo de

Esponsales; las reglas de las Allegadas prohibían el matrimonio; eran muchos los secretos que debían guardar.

—Ésa es Alise —informó Reanne mientras frenaba su montura entre Nynaeve y Elayne—. Está encargada de dirigir la granja este turno. Es muy inteligente. —Casi como una ocurrencia de último momento, añadió en voz más baja—: Alise tiene muy poca paciencia con las estupideces de la gente.

Mientras Alise se aproximaba, Reanne se sentó más erguida en la silla como preparándose para una dura prueba. Elayne calificó a Alise como común para sus adentros, no alguien que diese que pensar a Reanne, desde luego, aun en el caso de que ésta no hubiese sido la Rectora del Círculo. Alise, que caminaba con la espalda muy recta, parecía de mediana edad, ni gorda ni flaca, ni alta ni baja, con algunas canas mezcladas en el cabello castaño oscuro que llevaba atado en la nuca con una cinta, pero de un modo muy práctico. Su rostro también era común y corriente, si bien muy agradable; una cara de rasgos suaves, quizá de mandíbula algo larga. Cuando vio a Reanne dejó translucir una fugaz expresión de sorpresa y luego sonrió. Aquella sonrisa lo transformó todo. No la hizo hermosa, ni siquiera bonita, pero Elayne se sintió reconfortada por su calidez.

—No esperaba verte... Reanne —dijo con una ligerísima vacilación al pronunciar el nombre. Obviamente no estaba segura de la conveniencia de utilizar el título preceptivo de Reanne delante de Nynaeve, Aviendha y Elayne. Las observó a las tres con rápidas ojeadas mientras hablaba. Parecía haber cierto acento tarabonés en su voz —. Berowin trajo noticias sobre problemas en la ciudad, naturalmente, pero no pensé que fueran tan graves como para que tuvieses que marcharte. ¿Quiénes son estas...? —Se calló al tiempo que abría mucho los ojos y se quedaba mirando fijamente detrás de ellas.

Elayne echó una ojeada hacia atrás y a punto estuvo de soltar unas cuantas frases escogidas que había escuchado en distintos sitios, la mayoría en labios de Mat Cauthon. No las entendía todas; en realidad, casi ninguna —nadie había querido explicarle lo que significaban exactamente— pero servían para liberar emociones. Los Guardianes se habían quitado las capas cambiantes, y las hermanas se habían puesto las capuchas como se les había indicado, incluso Sareitha, que no tenía necesidad de ocultar su rostro juvenil, pero Careane no se había calado la suya lo suficiente, de manera que los pliegues enmarcaban sus rasgos intemporales en lugar de disimularlos. No todo el mundo habría sabido lo que ello significaba, pero sin duda cualquier mujer que hubiese pisado la Torre Blanca sí sabría a qué atenerse. Careane tiró de la capucha hacia adelante ante la mirada iracunda de Elayne, pero el daño ya estaba hecho. Además de Alise, había otras mujeres que tenían muy buena vista.

—¡Aes Sedai! —chilló una de ellas en un tono apropiado para anunciar el fin del

mundo.

Quizás era lo que significaba para su mundo. Los gritos cundieron como polvo levantado por el viento, y con igual celeridad la granja se convirtió en un pandemónium tal que parecía un hormiguero pateado. Aquí y allí una mujer se desmayaba sin más, pero la mayoría echó a correr enloquecidamente, chillando, tirando lo que llevaban, chocando entre sí, cayendo y levantándose precipitadamente para volver a correr. Patos y gallinas aleteaban y cabras negras de cuernos cortos corrían para evitar ser pisoteadas. En medio del jaleo, algunas mujeres seguían paralizadas y boquiabiertas, obviamente aquellas que habían acudido al retiro sin saber nada sobre las Allegadas, aunque unas cuantas también empezaron a correr, contagiadas por el histerismo.

—¡Luz! —bramó Nynaeve, propinándose un tirón de la trenza—. ¡Algunas huyen hacia los olivares! ¡Detenedlas! ¡Que cunda el pánico es lo que menos nos interesa! ¡Enviad a los Guardianes! ¡Vamos, deprisa!

Lan enarcó una ceja en gesto interrogante, pero ella hizo un ademán perentorio.

—¡Rápido! —insistió—. ¡Antes de que todas huyan!

El hombre asintió con un cabeceo que empezó como si fuese a sacudir la testa, y luego taconeó a *Mandarb* y galopó en pos de los otros Guardianes, procurando esquivar el maremágnum desencadenado entre los edificios.

Elayne se encogió de hombros y después indicó a Birgitte que se uniera a los demás Gaidin. Estaba de acuerdo con Lan. Parecía un poco tarde para evitar que se desatara el pánico y probablemente unos Guardianes a caballo tratando de conducir a mujeres aterradas no era el mejor modo de lograrlo. Pero ahora no veía el modo de cambiar las cosas y no tenía sentido dejarlas huir por la campiña. Todas querrían enterarse de las nuevas que traían Nynaeve y ella.

Alise no hizo intención de huir ni dio señales de inquietud. Su tez palideció ligeramente, pero mantuvo la vista fija en Reanne. Una mirada firme.

—¿Por qué? —preguntó—. ¿Por qué, Reanne? Jamás habría imaginado esto de ti! ¿Te sobornaron? ¿Te ofrecieron inmunidad? ¿Te dejarán libre mientras las demás pagamos el precio? Probablemente no lo permitirán, pero juro que les pediré que me dejen darte un escarmiento. ¡Sí, a ti! Las reglas son aplicables incluso para ti, Rectora. ¡Si puedo hallar un modo de evitarlo, juro que no saldrás de esto de rositas!

Una mirada muy firme. Acerada, de hecho.

—No es lo que piensas —se apresuró a decir Reanne mientras desmontaba y soltaba las riendas. Cogió las manos de Alise a pesar del esfuerzo de la otra mujer para apartarlas—. Oh, no quería que ocurriera así. Lo saben, Alise. Saben lo de las Allegadas. La Torre lo ha sabido siempre, todo. O casi todo. Pero eso no es lo importante. —Las cejas de Alise se alzaron exageradamente al oír aquello, pero Reanne prosiguió precipitadamente y exhibiendo una sonrisa de oreja a oreja bajo el

sombrero de paja—. Podemos volver, Alise. Podemos intentarlo de nuevo. Dijeron que podíamos.

Los edificios de la granja también se estaban vaciando, ya que las mujeres salían para ver a qué se debía el barullo y luego se unían a la huida sin hacer más pausa que la necesaria para recogerse las faldas. Los gritos provenientes de los olivares ponían de manifiesto que los Guardianes estaban metidos de lleno en su tarea, pero no hasta qué punto tenían éxito. Elayne percibió en Birgitte una frustración creciente, así como irritación. Reanne contempló el tumulto y suspiró.

—Tenemos que reunirlas y traerlas, Alise —dijo—. Podemos regresar.

—Eso está muy bien para ti y para algunas de las otras —adujo su compañera en tono dubitativo—. Si es cierto. Pero ¿y las demás de nosotras? La Torre no me habría dejado quedarme tanto tiempo como estuve si hubiese sido más rápida en aprender. —Dirigió una mirada ceñuda a las ahora bien ocultas hermanas, y cuando la volvió hacia Reanne la rabia no era menor en sus ojos—. ¿Para qué vamos a regresar? ¿Para que nos digan otra vez que no somos lo bastante fuertes y mandarnos marchar? ¿O nos dejarán como novicias el resto de nuestras vidas? Quizás algunas acepten tal cosa, pero yo no. ¿Para qué, Reanne? ¿Para qué?

Nynaeve desmontó y tiró de las riendas para que la yegua la siguiera; Elayne hizo otro tanto, aunque condujo a *Leona* con más tiento.

—Para formar parte de la Torre, si es eso lo que quieres —intervino Nynaeve, impaciente, antes de llegar junto a las dos mujeres del Círculo—. O, quizá, para ser Aes Sedai. En lo que a mí respecta, no sé por qué tienes que poseer más o menos fuerza siempre y cuando pases las absurdas pruebas. O no regreses; por mí, puedes huir. Una vez haya acabado aquí, en cualquier caso. —Plantó firmemente los pies, se quitó el sombrero de un tirón y se puso en jarras—. Esto es una pérdida de tiempo, Reanne, y tenemos trabajo que hacer. ¿Seguro que hay alguien aquí que pueda ayudarnos? Vamos, habla. Si no estás segura, entonces podríamos ponernos en ello enseguida. Tal vez no sea necesario actuar con prisas, pero ahora que tenemos el objeto, preferiría empezar cuanto antes y acabar de una vez.

Cuando les presentaron a ella y a Elayne como Aes Sedai, las Aes Sedai que habían hecho las promesas, Alise soltó un ruido ahogado y empezó a alisarse la falda de paño como si sus manos quisieran cerrarse sobre el cuello de Reanne y apretar. Abrió la boca con gesto furioso, y entonces la cerró de golpe sin haber dicho nada cuando Merilille se reunió con ellas. Su mirada hostil no se borró del todo, pero sí se mezcló con un punto de maravillado pasmo. Y bastante más cautela.

—Nynaeve Sedai —empezó Merilille pausadamente—, las Atha'an Miere están... impacientes por bajar de los caballos. Creo que algunas podrían pedir la Curación. —Una fugaz sonrisa asomó a sus labios.

Aquello dejó resuelta la cuestión, aunque Nynaeve rezongó exageradamente

sobre lo que haría a la siguiente persona que pusiera en duda su condición de Aes Sedai. Elayne habría podido añadir unas cuantas palabras de su cosecha, pero lo cierto era que Nynaeve ofrecía una imagen bastante ridícula actuando de ese modo mientras Merilille y Reanne esperaban atentamente a que terminara su diatriba y Alise las miraba de hito en hito a las tres. Sí, aquello zanjó la cuestión, o quizá fue a causa de las Detectoras de Vientos, que llegaron a pie y tirando de las riendas de sus monturas. Habían perdido hasta el último vestigio de gracia durante el viaje, borrada por las duras sillas —sus piernas estaban tan rígidas como sus semblantes—, pero aun así nadie dejaría de identificarlas por lo que eran.

—Si hay veinte mujeres de los Marinos tan lejos del mar —murmuró Alise—, entonces creeré cualquier cosa.

Nynaeve resopló pero no dijo nada, cosa que Elayne agradeció. A la mujer ya le costaba bastante trabajo aceptar lo que eran las dos aun cuando Merilille las llamaba Aes Sedai, de modo que ni una rabieta ni ninguna invectiva servirían de nada.

—Entonces, cúralas —dijo Nynaeve a Merilille. Sus ojos fueron hacia el grupo de mujeres tambaleantes y añadió—. Si lo piden. Con educación.

Merilille sonrió de nuevo, pero Nynaeve ya se había desentendido de las mujeres de los Marinos y miraba ceñuda el patio casi vacío. Unas pocas cabras seguían trotando de un lado para otro entre ropa tirada, escobones, cubos derramados y cestos, por no mencionar las formas inmóviles de las Emparentadas que se habían desmayado; un puñado de gallinas había vuelto a picotear y a escarbar, pero las únicas mujeres conscientes que seguían entre los edificios de la granja no eran, evidentemente, del Círculo. Reanne había dicho que en cualquier época la mitad más o menos de las que se encontraban en la granja podrían pertenecer a ese grupo. La mayoría parecía estupefacta.

Pese a sus rezongos, Nynaeve no perdió un momento en encargarse de Alise; o puede que fuese al contrario. Resultaba difícil asegurarlo, ya que la Allegada no mostraba la deferencia hacia las Aes Sedai que exhibían las mujeres del Círculo. Quizá se encontraba demasiado aturdida aún por el repentino giro de los acontecimientos. En cualquier caso, echaron a andar las dos juntas, Nynaeve conduciendo a la yegua y gesticulando con el sombrero en la otra mano, dando instrucciones a Alise sobre cómo traer de vuelta a las mujeres desperdigadas y qué hacer con ellas una vez que las hubiese reunido. Reanne estaba convencida de que al menos había una lo bastante fuerte para unirse al círculo, Garenia Rosoinde, y tal vez otras dos más. A decir verdad, Elayne se temía que todas hubiesen huido. Alise alternaba los cabeceos de asentimiento con miradas impávidas en extremo dirigidas a Nynaeve, que ésta aparentemente no advertía.

En la espera mientras reunían a las huidas, a Elayne le pareció un buen momento para buscar un poco más en los cestos de las alforjas, pero cuando se volvió hacia los

animales de carga, que empezaban a ser conducidos hacia los edificios de la granja, reparó en que las componentes del Círculo, Reanne y todas las demás al completo, se dirigían a la granja a pie, algunas corriendo hacia las mujeres tendidas en el suelo y otras hacia las que seguían de pie, boquiabiertas. Todas ellas, y ni rastro de Ispan. Sin embargo, sólo tardó un momento en localizarla, entre Adeleas y Vandene, cada una sosteniéndola por un brazo mientras la llevaban casi a rastras, con las capas ondeando detrás.

Las hermanas de cabello blanco estaban coligadas y el brillo del *Saidar* las envolvía de algún modo a ambas sin incluir a Ispan. Imposible saber cuál de las dos estaba a cargo del pequeño círculo y mantenía el escudo sobre la Amiga Siniestra, pero ni siquiera una de las Renegadas habría podido romperlo. Se pararon para hablar con una mujer corpulenta vestida con sencillo paño de lana, que se quedó boquiabierta al reparar en el saco de cuero que cubría la cabeza de Ispan, pero aun así hizo una reverencia y señaló hacia uno de los edificios encalados.

Elayne intercambió una mirada furiosa con Aviendha. Bueno, la suya era furiosa, en cualquier caso. A veces Aviendha resultaba tan inexpresiva como una piedra. Entregaron sus caballos a un mozo de cuadra de palacio y fueron apresuradamente en pos del trío. Algunas de las mujeres que no eran Allegadas les preguntaron qué estaba pasando, unas pocas de un modo muy autoritario, pero Elayne las despachó con cajas destempladas, dejando a su paso un rastro de indignados respingos y resoplidos. ¡Oh, qué no habría dado por tener ya el semblante intemporal! Aquello dio un tironcillo de un hilo de su memoria, pero desapareció tan pronto como intentó examinarlo.

Cuando abrió de golpe la sencilla puerta de madera tras la cual había desaparecido el trío, Adeleas y Vandene habían sentado a Ispan en una silla, con la cabeza destapada; el saco se encontraba sobre una mesa estrecha de caballete, junto con sus guardapolvos de lino. El cuarto sólo tenía una ventana, abierta en el techo, por la que penetraba bastante luz debido a que el sol aún estaba alto. Las paredes se hallaban cubiertas de estanterías, repletas de tarros de cobre y grandes cuencos blancos. Por el olor a pan cociéndose, la otra puerta que había conducía a la cocina.

Vandene se volvió bruscamente al oír la puerta, pero al verlas suavizó el gesto hasta que su rostro quedó inexpresivo.

—Sumeko nos dijo que el efecto de las hierbas de Nynaeve empezaba a debilitarse —comentó—, y nos pareció que lo mejor era interrogarla antes de embotarle el cerebro otra vez. Ahora parece haber tiempo para hacerlo. Sería conveniente saber qué se traía entre manos el... Ajah Negro —su boca se torció en un gesto de asco—, en Ebou Dar. Y lo que saben.

—Dudo que tengan noticia de esta granja, ya que nosotras desconocíamos su existencia —argumentó Adeleas al tiempo que se daba golpecitos con el índice en los labios, pensativamente, y estudiaba a la mujer sentada en la silla—, pero más vale

asegurarse que lamentarlo después, como nuestro padre solía decir.

Por su actitud podría haber estado examinando a un animal desconocido, una criatura que jamás imaginó que pudiera existir.

Ispan apretó los labios. El sudor le caía por la cara magullada, tenía despeinadas las largas y finas trenzas adornadas con cuentas y las ropas desaliñadas, pero a pesar del empañamiento de sus ojos la mujer no estaba ni mucho menos tan atontada como antes.

—El Ajah Negro. Es una fábula, un bulo infame —se mofó con voz un tanto ronca. El saco de cuero debía de dar mucho calor, y no había bebido agua desde que salieron del palacio de Tarasin—. Particularmente, me sorprende que lo nombréis en voz alta. ¡Y acusarme de ello a mí! Lo que he hecho ha sido por orden de la Sede Amyrlin.

—¿Elaida? —espetó Elayne con incredulidad—. ¿Tienes la osadía de afirmar que Elaida te ordenó asesinar hermanas y robar objetos de la Torre? ¿Que Elaida ordenó lo que hicisteis en Tear y Tanchico? ¿O acaso te refieres a Siuan? ¡Tus mentiras resultan patéticas! De algún modo te has retractado de los Tres Juramentos, y eso te señala como miembro del Ajah Negro.

—No tengo por qué responder a vuestras preguntas —replicó hoscamente Ispan, encorvando los hombros—. Sois rebeldes contra la legítima Sede Amyrlin. Seréis castigadas, tal vez neutralizadas. Sobre todo si me hacéis daño. Sirvo a la verdadera Sede Amyrlin y se os castigará severamente si me maltratáis.

—Responderás a todas las preguntas que te haga mi medio hermana. —Aviendha se limpió la uña del pulgar con el cuchillo del cinturón mientras hablaba, pero sus ojos no se apartaron de Ispan—. Los habitantes de las tierras húmedas temen el dolor. No saben cómo abrazarlo, cómo aceptarlo. Responderás a todo lo que se te pregunte.

Su mirada no era iracunda ni el tono de su voz amenazante, pero la hermana Negra se echó hacia atrás en la silla.

—Me temo que eso está vedado, aun cuando no fuese una iniciada de la Torre —adujo Adeleas—. Tenemos prohibido derramar sangre en un interrogatorio o que lo hagan otras personas en nuestro nombre.

Su tono sonaba renuente, aunque Elayne no supo discernir si se debía a la prohibición o por admitir que Ispan era una iniciada. A decir verdad, no se le había ocurrido que a la hermana Negra se la pudiera seguir considerando una de ellas. Existía un dicho sobre que ninguna mujer había terminado con la Torre hasta que ésta hubiese terminado con ella; una vez que el contacto con la Torre quedaba establecido, jamás se destrababa.

Elayne frunció el entrecejo mientras estudiaba a la hermana Negra, tan desaliñada y, aun así, tan segura de sí misma. Ispan se sentó más erguida y asestó miradas rebosantes de complacido desprecio a Aviendha y a Elayne. Antes no había

demostrado tanto aplomo, cuando pensó que eran sólo Nynaeve y Elayne quienes la tenían atrapada; la recuperación de compostura había surgido al recordar que había otras hermanas de mayor edad presentes. Hermanas que verían la ley de la Torre como parte de sí mismas. Dicha ley prohibía no sólo derramar sangre, sino también romper huesos y otras cuantas cosas que cualquier interrogador de los Capas Blancas estaría más que dispuesto a hacer. Antes de iniciar cada sesión, tenía que realizarse una Curación, y si el interrogatorio comenzaba después de la salida del sol, debía terminar antes del ocaso, y viceversa. La ley era más restrictiva incluso cuando se trataba de iniciadas de la Torre —hermanas, Aceptadas y novicias—, en las que estaba descartado el uso del *Saidar* para interrogar, castigar o disciplinar. Oh, sí, una hermana podía dar un tirón de orejas a una novicia utilizando el Poder si estaba exasperada, o incluso un buen azote, pero no mucho más. Ispan le sonrió. ¡Le sonrió! Elayne respiró hondo.

—Adeleas, Vandene, quiero que nos dejéis a Aviendha y a mí a solas con Ispan.

Sintió un nudo en el estómago. Tenía que haber un modo de presionar a la mujer lo bastante para descubrir lo que querían sin romper la ley de la Torre, pero ¿cómo? Las personas que eran sometidas a un interrogatorio de la Torre por lo general empezaban a hablar sin ponerles un dedo encima —todo el mundo sabía que nadie se resistía a la Torre; ¡nadie!—, pero rara vez eran iniciadas. Pudo oír una voz, otra que no era la de Lini, sino la de su madre. «Lo que ordenes hacer, debes estar dispuesta a hacerlo por tu propia mano. Como reina, lo que ordenes hacer, serás tú quien lo haga.» —Si rompía la ley... De nuevo oyó la voz de su madre: «Ni siquiera una reina se encuentra por encima de la ley, o no existe ley». Y la de Lini: «Siempre puedes hacer lo que quieras, pequeña, mientras estés dispuesta a pagar el precio». Se quitó el sombrero sin desatar las cintas.

—Cuando hayamos... —Mantener firme la voz le costó un gran esfuerzo—. Cuando hayamos acabado de hablar con ella, la llevaréis de nuevo con las mujeres del Círculo.

Después se sometería a Merilille. Cualesquiera cinco hermanas podían enjuiciar a alguien y dictar sentencia, si se les pedía.

Ispan volvió la cabeza hacia Aviendha y luego hacia Elayne sucesivamente, y sus ojos se desorbitaron poco a poco hasta que se vio el blanco alrededor. Ya no se sentía segura de sí misma.

Vandene y Adeleas intercambiaron una mirada del modo que lo hace la gente que ha pasado junta tanto tiempo que ya no necesita hablar para entenderse; luego Vandene cogió a Elayne y a Aviendha por el brazo.

—¿Podemos hablar fuera un momento? —Sonaba como una sugerencia, pero ya las empujaba disimuladamente hacia la puerta.

En el patio de la granja se encontraban unas dos docenas de Allegadas, agrupadas

como un rebaño de ovejas. No todas llevaban vestidos ebudarianos, pero dos tenían el cinturón rojo de las Mujeres Sabias, y Elayne reconoció a Berowin, una mujer fornida y baja que por lo general hacía gala de un orgullo mucho mayor que su fuerza en el Poder. Pero no en ese momento. Al igual que las demás, su expresión era asustada y sus ojos lanzaban rápidas y fugaces miradas a pesar de que el Círculo al completo las rodeaba, hablando con urgencia. Un poco más allá, Nynaeve y Alise intentaban conducir a otro grupo, quizás el doble de numeroso, hacia el interior de uno de los edificios más grandes. Desde luego, el término «intentar» parecía el más adecuado.

—... me importa poco qué heredades te pertenecen —le gritaba Nynaeve a una mujer de porte orgulloso, vestida en seda verde—. ¡Entra y quédate ahí, donde no estorbes, o te meteré de una patada!

Alise se limitó a coger a la mujer de verde por la nuca y la hizo cruzar el umbral a pesar de sus acaloradas y prolijas protestas. Sonó una especie de graznido, como si alguien hubiese pisado a un pato gordo, y luego Alise reapareció en la puerta, sacudiéndose las manos. Después de aquello, las demás no dieron problemas.

Vandene las soltó y las miró a la cara con aire pensativo. El brillo de la Fuente todavía la envolvía, pero tenía que ser Adeleas la que controlaba los flujos combinados de ambas. Una vez tejido, Vandene habría podido mantener el escudo aunque no lo viese, pero si hubiese sido ella la que dirigía la coligación, lo lógico habría sido que fuera Adeleas quien las condujese fuera. Vandene habría podido alejarse varios cientos de pasos antes de que la coligación empezara a debilitarse —no se rompería aunque Adeleas se marchara a la otra punta del mundo, si bien perdería su utilidad mucho antes— pero se mantuvo cerca de la puerta. Daba la impresión de que escogía mentalmente las palabras antes de hablar.

—Siempre he pensado que es mejor que sean mujeres de experiencia las que se encarguen de esta clase de cosas —dijo finalmente—. A las jóvenes se les sube la sangre a la cabeza con más facilidad, y entonces se exceden. O a veces se dan cuenta de que son incapaces de hacer lo necesario, porque aún no han visto realmente lo suficiente. O, peor aún, encuentran cierto... deleite en ello. Y no es que crea que ninguna de vosotras tiene ese defecto. —Dedicó a Aviendha una mirada ponderativa sin hacer pausa alguna; la Aiel se apresuró a envainar su cuchillo—. Adeleas y yo hemos visto lo suficiente para saber por qué hemos de hacer lo que debe hacerse, y hace mucho que dejamos atrás el arrebatamiento de la juventud. Quizá quieras dejarnos esto a nosotras. Mucho mejor así, desde todo punto de vista.

Vandene pareció tomar la recomendación como aceptada; inclinó la cabeza y se dirigió a la puerta. En cuanto desapareció tras ella, Elayne percibió el uso del Poder en el interior, un tejido que aislaba el cuarto; una salvaguardia contra oídos indiscretos, indudablemente. Sin duda, no querían que cualquiera oyera por casualidad lo que quiera que Ispan tuviese que decir. Entonces se le ocurrió otro uso,

y de repente el silencio del cuarto le resultó más ominoso que los posibles gritos que dicha salvaguardia pudiera silenciar.

Volvió a ponerse el sombrero, bruscamente. No sentía el calor, pero de pronto el resol le había revuelto el estómago.

—Tal vez te apetezca ayudarme a mirar lo que llevan esos animales de carga —dijo con un hilo de voz. No había ordenado hacerlo, pero ese detalle no parecía cambiar nada. Aviendha asintió con sorprendente rapidez; daba la impresión de que también quería alejarse de aquel silencio.

Las Detectoras de Vientos esperaban a poca distancia de donde los sirvientes tenían a los caballos albardones con aire impaciente y dirigiendo miradas imperiosas en derredor, todas cruzadas de brazos en imitación a Renaile. Alise fue hacia ellas, identificando a Renaile como la cabecilla del grupo con sólo un breve vistazo. Hizo caso omiso de Elayne y Aviendha.

—Venid conmigo —instó en tono enérgico que no admitía discusión—. Las Aes Sedai dicen que querréis resguardaros del sol hasta que las cosas estén más calmadas. —Había tanta amargura en las palabras «Aes Sedai» como el temor reverencial al que Elayne se había acostumbrado a oír en labios de las Allegadas. Tal vez más. Renaile se puso tensa y su rostro se ensombreció, pero Alise siguió sin inmutarse—. Por mí, espontáneas, podéis sentaros aquí fuera y sudar si es eso lo que queréis. Si es que estáis en condiciones de sentaros. —Saltaba a la vista que ninguna de las Atha'an Miere había recibido Curación para los dolores causados por las sillas; su actitud era la de unas mujeres que quisieran olvidar que existían de cintura para abajo—. Lo que no haréis será tenerme aquí esperando.

—¿Sabes quién soy? —demandó Renaile con rabia mal contenida, pero Alise ya se alejaba sin mirar atrás.

Luchando consigo misma de manera patente, Renaile se limpió el sudor de la frente con el dorso de la mano y luego ordenó a las otras, iracunda, que dejaran los «condenados costeros» caballos y la siguieran. Caminaron en fila, bamboleándose y despatarradas, en pos de la mujer, todas, salvo las dos aprendizas, mascullando entre dientes, incluida la propia Alise.

Instintivamente, Elayne empezó a planear cómo suavizar la situación, cómo lograr que se curaran los dolores de las Atha'an Miere sin que éstas tuviesen que pedirlo, y sin que una hermana tuviese que ofrecerlo demasiado enérgicamente; también había que apaciguar a Nynaeve y a las otras hermanas. Para su sorpresa, descubrió que, por primera vez en su vida, no sentía el menor deseo de suavizar nada. Mientras seguía con la vista a las Detectoras de Vientos que cojeaban hacia uno de los edificios de la granja, decidió que las cosas estaban bien así. Aviendha exhibía una sonrisa abierta y amplia al tiempo que observaba a las Atha'an Miere. Elayne borró la suya, mucho más discreta, y se volvió hacia los animales de carga. Se lo

merecían. No sonreír costaba un gran esfuerzo.

Con ayuda de Aviendha, la búsqueda fue mucho más rápida, y reunieron un surtido de objetos que habrían sido causa de celebración de haberlos llevado a la Torre. Aunque no hubiese nadie que estudiara los *ter'angreal*. Los había de todas las formas imaginables; copas, cuencos y jarrones, ninguno igual a otro en tamaño, diseño o material. Una caja aplanada, comida por la carcoma, contenía joyas —un collar y brazaletes con piedras de colores engastadas, un fino cinturón tachonado de gemas, varios anillos—, y había sitio para más. Todas eran *ter'angreal*, y hacían juego, pensadas para llevarlas puestas a la vez, aunque Elayne no alcanzaba a imaginar por qué querría una mujer lucir tantas al mismo tiempo. Aviendha encontró una daga con la empuñadura de cuerno de ciervo y forrada con hilo de oro; la hoja no tenía filo y, por las apariencias, nunca lo había tenido. La Aiel empezó a darle vueltas y más vueltas entre los dedos —de hecho, las manos empezaron a temblarle— hasta que Elayne se la cogió y la puso con los otros objetos sobre la tapa de la cisterna. Aun entonces, Aviendha continuó mirándola fijamente un rato y lamiéndose los labios como si los tuviese secos. Había anillos, pendientes, collares, brazaletes y broches, muchos con diseños realmente peculiares. Había figurillas y tallas de pájaros, animales y gente; varios cuchillos —éstos con filo—; media docena de medallones grandes en bronce o acero, la mayoría trabajada con dibujos extraños y ninguno de ellos con una imagen que Elayne alcanzara a entender; un par de sombreros singulares, aparentemente hechos de metal, demasiado ornamentados y finos para ser yelmos, y un montón de objetos a los que no sabía cómo describir. Una vara, tan gruesa como su muñeca, suave, de color rojo intenso y redondeada, más firme que dura a pesar de parecer de piedra; ésta no adquirió una leve calidez cuando la tocó, sino que casi quemaba. No una quemazón real, del mismo modo que la calidez tampoco lo era, ¡pero aun así! ¿Y qué decir de un juego de bolas de metal huecas en filigrana, metidas unas dentro de otras? Cualquier movimiento producía un ligero tintineo musical, de tono distinto en cada ocasión; tenía la impresión de que por mucho que mirara, siempre habría otra bola más pequeña esperando a ser descubierta. ¿Y aquello que parecía un rompecabezas de los que hacían los herreros, pero de cristal? Pesaba tanto que se le cayó, y desportilló el borde de la tapa de la cisterna. Sí, era una colección que habría despertado el asombro de cualquier Aes Sedai. Y, lo más importante de todo, encontraron dos *angreal*. Elayne los puso aparte, al alcance de su mano.

Uno era una extraña pieza de joyería, un brazalete dorado unido por cadenillas a anillos, todo ello cincelado con un intrincado dibujo laberíntico. Ése era el más fuerte de los dos, más que la tortuga que todavía guardaba en la escarcela. Estaba hecho para una mano más pequeña que la suya o la de Aviendha. Cosa curiosa, el brazalete tenía una pequeña cerradura, completa con una diminuta llave tubular que colgaba de

una fina cadena y que obviamente estaba hecha para poder quitarla. ¡Junto con la llave! El otro era la figura de una mujer sentada, en marfil oscurecido por el paso del tiempo, con las piernas dobladas y las rodillas desnudas, pero con el cabello tan largo y frondoso que no habría estado más cubierta con una capa. Ni siquiera tenía la fuerza de la tortuga, pero la encontró muy atrayente. Una mano reposaba sobre una rodilla, con la palma hacia arriba y los dedos colocados de manera que el pulgar tocaba las puntas del corazón y el anular, en tanto que la otra mano la tenía levantada, con el índice y el corazón alzados y los otros dedos flexionados. Toda la figurilla tenía un aire de suprema dignidad y, sin embargo, el rostro, delicadamente trabajado, mostraba contento y deleite. ¿La habrían creado para alguna mujer en particular? De alguna manera parecía personal. Tal vez hacían eso en la Era de Leyenda. Algunos *ter'angreal* eran inmensos y hacían falta hombres y caballos, o incluso el Poder, para moverlos, pero el tamaño de casi todos los *angreal* era lo bastante pequeño para poder llevarlos encima; no todos, pero sí la mayoría.

Estaban retirando las cubiertas de lona de otro grupo de alforjas de mimbre cuando Nynaeve se acercó caminando a zancadas. Las Atha'an Miere empezaron a salir de uno de los edificios de la granja, sin cojear ya. Merilille hablaba con Renaile, o más bien la Detectora de Vientos hablaba y Merilille escuchaba. Elayne se preguntó qué habría ocurrido allí dentro. La delgada Gris ya no parecía tan satisfecha. El grupo de Allegadas había aumentado, pero mientras Elayne las miraba otras tres aparecieron, vacilantes, en el patio, y otras dos se asomaron al borde de los olivos, con aire indeciso. Podía percibir a Birgitte en alguna parte entre los olivares, y sólo un poco menos irritada que un rato antes.

Nynaeve echó una ojeada al montón de *ter'angreal* y se dio un tirón de la coleta. Se había dejado el sombrero en algún sitio.

—Eso puede esperar —dijo, en un tono que sonaba indignado—. Ha llegado el momento.

5. Estalla la tormenta

El sol se hallaba a poco más de la mitad de su recorrido hacia el horizonte cuando el grupo subió el sinuoso sendero, bien marcado por el uso frecuente, que conducía a la cumbre de la escarpada colina situada detrás de los establos. Era el lugar elegido por Renaile. Tenía sentido, por lo que Elayne sabía sobre trabajar con el tiempo, todo aprendido de una Detectora de Vientos de los Marinos, naturalmente. Realizar cambios más allá de las inmediaciones requería actuar sobre grandes distancias, lo que significaba ser capaz de ver una gran extensión, cosa mucho más fácil de llevar a cabo en el océano que en tierra firme. Excepto desde la cima de una colina. También precisaba una gran destreza para no provocar lluvias torrenciales o trombas o sólo la Luz sabía qué desastres en otros lugares. Hiciera lo que hiciera, los efectos se expandían como las ondas en un estanque al arrojar una piedra. Elayne no deseaba en absoluto dirigir el círculo que utilizaría el Cuenco.

La cima plana —aunque no exenta de relieves— y sin rastro de vegetación formaba una mesa pelada y rocosa, amplia, de cincuenta pasos de longitud, con espacio de sobra para todas las que tenían que estar allí y otras cuya presencia, para ser estrictos, no era necesaria. A una altura de cincuenta metros sobre la granja, la espectacular vista se extendía a kilómetros de distancia cual un mosaico formado por granjas y pastizales, bosques y olivares. Entre un centenar de matices verdes, la excesiva proliferación de tonos pardos y amarillos clamaba la necesidad de lo que estaban a punto de acometer, pero aun así la belleza del paisaje impresionó a Elayne. ¡Se avistaba tan lejos a pesar de la calina originada por el polvo que flotaba en el aire! Allí el terreno era bastante llano, salvo por aquellos contados cerros. Ebou Dar se encontraba hacia el sur, justo detrás del horizonte, imperceptible aun cuando abrazase el *Saidar*, y sin embargo parecía que debería poder divisarla con sólo esforzarse un poco. A buen seguro, conseguiría avistar el río Eldar si forzaba la vista. Un panorama maravilloso que no llamaba la atención de todas.

—Una hora perdida —rezongó Nynaeve a la par que lanzaba una mirada malhumorada, de soslayo, a Reanne. Y a casi todo el mundo. Al no encontrarse presente Lan, a lo mejor aprovechaba la oportunidad para dar rienda suelta a su mal genio—. Casi una hora. Tal vez más. Completamente perdida. Alise es bastante competente, supongo, ¡pero sería de esperar que Reanne supiera quiénes se encontraban en la granja! ¡Luz! ¡Si esa estúpida mujer se me desmaya otra vez...!

Elayne contaba con que siguiera así un rato más. Ahora que se había desatado, parecía un aluvión incontenible. Reanne intentaba mantener un gesto animado y ansioso, pero sus manos no dejaban de toquetear la falda, dándole tirones y alisándola. Kirstian se limitaba a aferrar la suya y a sudar, aparentemente a punto de vomitar en cualquier momento; cuando cualquiera la miraba, fuese quien fuese, se

ponía a temblar. La tercera Allegada, Garenia, era una mercader saldaenina de nariz firme y boca ancha, una mujer baja, estrecha de caderas, más fuerte en el Poder que las otras dos, y que no parecía mucho mayor que Nynaeve. Su pálida tez brillaba con una humedad grasa, y sus oscuros ojos se desorbitaban cada vez que se encontraban con una Aes Sedai. Elayne pensó que quizá tendría la oportunidad de comprobar, por fin, si los ojos de alguien acababan saliéndose de las órbitas. Por lo menos, Garenia había dejado de gimotear, cosa que había hecho todo el camino colina arriba.

Había otras dos que quizás hubiesen sido lo bastante fuertes —sólo quizás; las Allegadas no tenían demasiado en cuenta eso—, pero se habían marchado, la última hacía tres días. Nadie más en la granja se acercaba ni de lejos a lo requerido, razón por la cual Nynaeve estaba enfadada. Una de las razones. La otra era que Garenia, que se encontraba entre las primeras a las que habían encontrado, se desmayó en el patio. En realidad, se quedó privada de nuevo las dos primeras veces que la hicieron volver en sí, tan pronto como sus ojos recayeron en una de las hermanas. Ni que decir tiene que Nynaeve, siendo como era, no estaba dispuesta a admitir que debería haber hecho algo tan sencillo como preguntar a Alise quién más había en la granja. O incluso decirle lo que buscaba antes de que la mujer se lo preguntara. La antigua Zahorí jamás esperaba que alguien tuviese cabeza para saber cuál era su mano derecha. Salvo ella, claro.

—¡Podríamos haber acabado ya a estas alturas! —gruñó Nynaeve—. ¡Podríamos habernos quitado de encima...! —Casi tembló por el esfuerzo de no dirigir miradas ceñudas a las Atha'an Miere, que se reunían cerca del extremo oriental de la meseta.

Renaile parecía impartir instrucciones con gestos enfáticos. Elayne habría dado un montón por oírlas. Naturalmente, las miradas irritadas de Nynaeve abarcaban a Merilille, Careane y Sareitha, la última todavía estrechando firmemente contra su pecho el Cuenco envuelto en seda. Adeleas y Vandene se habían quedado abajo, encerradas con Ispan a cal y canto. Las tres hermanas charlaban entre ellas, sin prestar atención a Nynaeve a menos que ésta les hablase directamente, pero los ojos de Merilille se desviaban de vez en cuando hacia las Detectoras de Vientos para luego apartarlos de golpe. Su máscara de serenidad tenía leves fisuras; se humedecía los labios con la punta de la lengua.

¿Habría cometido algún error en la granja, mientras realizaba la Curación? Merilille había negociado tratados y mediado en disputas entre naciones; pocas en la Torre Blanca la superaban en eso. Sin embargo, Elayne recordaba una historieta contada en cierta ocasión, una especie de anécdota chistosa, sobre una mercader domani, un Maestre de Cargamento de los Marinos y una Aes Sedai. Pocos eran los que contaban chistes en los que aparecían Aes Sedai; hacerlo no era del todo seguro. La mercader y el Maestre de Cargamento encontraban una piedra corriente en la playa y empezaban a comprársela y a vendérsela entre sí sucesivamente,

consiguiendo sacar beneficio en cada ocasión. Entonces llegaba una Aes Sedai. La domani la convencía para que comprase la piedra por el doble del precio que ella había pagado la última vez, tras lo cual el Atha'an Miere convencía a la Aes Sedai para que le comprara a él la misma piedra por el doble de lo que acababa de pagar. Sólo era un chiste, pero ponía de manifiesto lo que pensaba la gente. A lo mejor las hermanas de más edad no habrían hecho un trato mejor con los Marinos.

Aviendha se encaminó al borde del escarpado tan pronto como llegó a la meseta y se quedó mirando fijamente hacia el norte, tan inmóvil como una estatua. Al cabo de un momento, Elayne se dio cuenta de que la Aiel no contemplaba el paisaje; simplemente tenía la vista fija en el vacío. Se recogió las faldas, no sin cierta dificultad a causa de los tres *angreal* que tenía en las manos, y se reunió con su amiga.

El risco se precipitaba a plomo cuarenta y cinco metros hasta los olivares, en una pared vertical, irregular y alomada, pelada salvo por unos pocos arbustos pequeños, medio muertos. La caída no era realmente vertiginosa, pero tampoco se parecía a mirar el suelo desde la copa de un árbol. Curiosamente, mirar abajo hizo que a Elayne se le fuese un poco la cabeza. Aviendha no parecía notar que el borde del precipicio se abría a sus pies.

—¿Te preocupa algo? —le preguntó en voz baja.

—Te he fallado. —Aviendha mantuvo la vista fija en el horizonte; su voz sonaba inexpresiva, vacía—. No sé crear accesos correctamente, y todos me vieron avergonzarte. Tomé a un sirviente por un Depravado de la Sombra, y no pude comportarme de un modo más estúpido. Las Atha'an Miere dirigen miradas iracundas a las Aes Sedai y hacen caso omiso de mí, como si fuese un perro de las Aes Sedai que ladra cuando se lo mandan. Fingí que podría hacer hablar a la Seguidora de la Sombra, pero a ninguna *Far Dareis Mai* se le permite interrogar a los prisioneros hasta que haya estado casada con la lanza durante veinte años, ni siquiera presenciar interrogatorios hasta que la haya llevado diez. Soy débil y blanda, Elayne. No soporto la idea de avergonzarte más aún. Si te fallo otra vez, moriré.

A la heredera del trono se le quedó seca la boca de golpe. Aquello sonaba muy parecido a una promesa. Asió firmemente el brazo de su amiga y la obligó a retirarse del precipicio. A veces los Aiel se comportaban de un modo casi tan peculiar como imaginaban los Atha'an Miere. No creía realmente que Aviendha se arrojase al vacío, pero no estaba dispuesta a correr ningún riesgo. Al menos no opuso resistencia.

Todas las demás parecían absortas en sí mismas o pendientes unas de otras. Nynaeve había empezado a hablar con las Atha'an Miere, la coleta sujeta firmemente con ambas manos y el semblante casi tan tenso como el de ellas a causa del esfuerzo por no gritar, en tanto que las mujeres de los Marinos escuchaban con aire entre desdeñoso y arrogante. Merilille y Sareitha seguían guardando el Cuenco, pero

Careane intentaba, con escaso éxito, hablar con las Allegadas. Reanne contestaba, si bien parpadeando y lamiéndose los labios por los nervios, en tanto que Kirstian permanecía callada y temblorosa, y Garenia tenía los ojos prietamente cerrados. Elayne mantuvo el tono bajo, de todos modos; aquello no les incumbía a las demás.

—No le has fallado a nadie, y menos a mí, Aviendha. En ningún momento has hecho nada que me haya avergonzado, y nunca harás nada que me avergüence. —Aviendha la miró y pestañeó dubitativa—. Y estás tan lejos de ser débil y blanda como una piedra. —Aquél debía de ser el cumplido más extraño que había dedicado a alguien en toda su vida, aunque Aviendha pareció complacida—. Y también estoy segura de que las mujeres de los Marinos aún no se han recuperado del susto que les diste. —Otro extraño halago; hizo sonreír a Aviendha, aunque levemente. Elayne respiró hondo—. En cuanto a Ispan... —No le gustaba pensar siquiera en eso—. También yo creí ser capaz de hacer lo que fuese necesario, pero sólo con pensarlo me sudan las manos y se me revuelve el estómago. Habría vomitado si lo hubiese intentado, así que en eso estamos iguales.

«Me sorprendes», dijo Aviendha utilizando el lenguaje de señas de las Doncellas; había empezado a enseñarle algunos signos a Elayne, aunque le explicó que estaba prohibido. Por lo visto, ser medio hermanas que aprendían a ser algo más cambiaba aquello. Salvo que, en realidad, no lo hacía. Aviendha parecía pensar que su explicación había quedado perfectamente clara.

—No quise decir que no pudiera —manifestó en voz alta—, sólo que no sabría cómo. Seguramente la habría matado al intentarlo. —De repente sonrió, mucho más cálida y abiertamente que antes, y rozó con suavidad la mejilla de Elayne—. Ambas tenemos debilidades —susurró—, pero no acarrea deshonra mientras sólo lo sepamos nosotras.

—No —repuso Elayne con un hilo de voz. ¡Podía, sólo que no sabía cómo!—. No la acarrea. —Esta Aiel guardaba más sorpresas que un juglar—. Ten —dijo mientras le ponía en la mano la figurilla de la mujer cubierta con la melena—. Utilízalo en el círculo. —Desprenderse del *angreal* no era fácil. Había decidido usarlo ella, pero, con sonrisas o sin ellas, su amiga, su medio hermana, necesitaba levantar el ánimo. Aviendha le dio vueltas a la figurilla de marfil entre sus manos; Elayne casi podía ver cómo se estrujaba el cerebro para devolvérsela—. Aviendha, sabes qué se siente cuando se absorbe todo el *Saidar* posible, ¿verdad? Pues imagina lo que es absorber el doble. Piénsalo bien. Quiero que lo utilices, por favor.

Los Aiel no dejarían translucir mucho en sus rostros, pero los verdes ojos de Aviendha se abrieron como platos. Habían hablado sobre los *angreal* cuando se plantearon su búsqueda, pero probablemente hasta ese momento nunca había pensado cómo sería usar uno.

—El doble —musitó la Aiel—. Absorber tanto. Casi no puedo imaginarlo. Es un

gran regalo, Elayne. —Volvió a rozar la mejilla de su amiga con las puntas de los dedos; era el equivalente Aiel de un beso y un abrazo.

Fuera lo que fuese lo que Nynaeve tuviera que decirles a las Atha'an Miere, no le llevó mucho tiempo. Se alejó de ellas apuñando la falda con rabia. Se acercó a la Aiel, miró ceñuda por igual a Aviendha y el borde del precipicio, y se quedó cerca de Elayne. Normalmente negaba que las alturas le diesen vértigo, pero se situó de manera que las dos jóvenes quedaran entre ella y el vacío.

—Tengo que hablar contigo —murmuró mientras guiaba a Elayne a cierta distancia por la cima de la colina, lejos del precipicio. No se apartó demasiado, pero sí lo bastante para que nadie más la oyera. Respiró hondo varias veces antes de empezar en voz baja, y evitó mirar a Elayne.

»Me... He estado comportándome como una necia. ¡Todo por culpa de ese maldito hombre! Cuando no lo tengo delante de las narices, casi no puedo pensar en otra cosa, y cuando está conmigo, ni siquiera puedo pensar! —Su tono se mantuvo bajo, pero sonaba casi como un gemido—. No puedo permitirme el lujo de perder la cabeza por un hombre, y menos en este momento.

Elayne estaba tan estupefacta que se quedó momentáneamente muda. ¿Nynaeve admitiendo que había actuado como una idiota? ¡Estuvo tentada de mirar el sol para ver si se había vuelto verde!

—No es culpa de Lan, y lo sabes, Nynaeve —contestó finalmente. Rechazó el recuerdo de sus propios pensamientos recientes sobre Rand. No era lo mismo. Y la oportunidad se presentaba como un regalo del cielo. Seguramente al día siguiente Nynaeve la abofetearía si se le ocurría decir que había estado haciendo el idiota—. Contrólate, deja de comportarte como una niña atolondrada. —Ningún pensamiento de Rand, definitivamente. ¡Ella no había estado en las nubes ni soñando con él hasta ese punto!—. Eres una Aes Sedai, y se supone que estás al mando de todas nosotras. ¡Al mando! ¡Y piensa!

Nynaeve enlazó las manos a la altura de la cintura y bajó la cabeza.

—Lo intentaré —balbuceó—. Lo intentaré de verdad. Sin embargo, tú no sabes lo que es esto. Yo... Lo siento.

Elayne casi se tragó la lengua por la impresión. ¿Y, además, Nynaeve se disculpaba? ¿Nynaeve avergonzada? Quizás estaba enferma. La cosa no duró, por supuesto. Nynaeve carraspeó mientras observaba el *angreal* con el entrecejo muy fruncido.

—Le diste uno a Aviendha, ¿verdad? —instó bruscamente—. Bueno, supongo que está bien tratándose de ella. Lástima que tengamos que dejar que las Atha'an Miere usen uno. ¡Apuesto que no querrán devolverlo! ¡De acuerdo, pues, que lo intenten! ¿Cuál es el mío?

Con un suspiro, Elayne le entregó el brazalete con anillos, y Nynaeve se alejó

manipulando la pieza para ponérsela en la mano izquierda mientras llamaba a todo el mundo para que ocupara su sitio. A veces costaba trabajo distinguir a Nynaeve dirigiendo de Nynaeve intimidando. En fin, mientras dirigiera...

El Cuenco de los Vientos se hallaba asentado, despojado de la cobertura de seda blanca, en el centro de la cumbre; era un disco de cristal claro, pesado y poco profundo, de medio metro de diámetro, con espesas y arremolinadas nubes talladas en su interior. Una pieza ornamentada, pero sencilla si se tenía en cuenta lo que podía hacer. Lo que esperaban que pudiera hacer. Nynaeve ocupó su lugar cerca del Cuenco, con el *angreal* finalmente abrochado en la muñeca. Movió la mano, como sorprendida de que las cadenillas no la molestasen; le encajaba como si se lo hubiesen hecho a medida. Las tres Allegadas ya estaban allí, Kirstian y Garenia arrimadas a la espalda de Reanne y más asustadas que nunca, si tal cosa era posible, pero las Detectoras de Vientos seguían agrupadas detrás de Renaile, a casi veinte pasos de distancia.

Recogiéndose la falda pantalón, Elayne se reunió con Aviendha junto al Cuenco y miró con desconfianza a las Atha'an Miere. ¿Se proponían armar jaleo? Había temido algo así desde que se mencionó por primera vez que algunas mujeres de la granja podían ser lo bastante fuertes para unirse a la coligación. Las mujeres de los Marinos eran tan quisquillosas con el tema del rango como para dejar pequeña a la Torre Blanca, y la presencia de Garenia significaba que Renaile din Calon Estrella Azul, Detectora de Vientos de la Señora de los Barcos de los Atha'an Miere, no formaría parte del círculo. No debería.

La mirada escrutadora de Renaile pasó sobre todas las mujeres que rodeaban el Cuenco. Parecía estar sopesándolas, juzgando sus aptitudes.

—Talaan din Gelyn —llamó de pronto—. ¡Ocupa tu sitio! —Sonó como el chasquido de un látigo, y hasta Nynaeve dio un brinco.

Talaan hizo una profunda reverencia, con la mano sobre el corazón, y luego corrió hacia el Cuenco. No bien se hubo movido, Renaile volvió a bramar:

—¡Metarra din Junalle, a tu puesto!

Metarra, gruesa pero sólida, fue rápidamente en pos de Talaan. Ninguna de las dos aprendizas era lo bastante mayor para haberse ganado lo que el pueblo de los Marinos llamaba un «nombre de sal».

Una vez hubo empezado, Renaile pronunció rápidamente los siguientes nombres, enviando a Rainyn y a otras dos Detectoras de Vientos, todas las cuales se movieron con premura, si bien no tanto como las dos aprendizas. Mujeres de porte digno y un sosegado aire de autoridad, Naime y Rysael superaban en rango a Rainyn a juzgar por sus medallones, pero eran notoriamente más débiles que ella en el Poder. Entonces Renaile hizo una pausa; cortísima, aunque bastó para que acabara de decidir la lista de mujeres:

—¡Tebreille din Gelyn Viento del Sur, a tu puesto! ¡Caire din Gelyn Ola Rompiente, toma el mando!

Elayne sintió un momentáneo alivio por que Renaile no se hubiese nombrado a sí misma, pero sólo duró lo que la pausa de Renaile. Tebreille y Caire intercambiaron una mirada, la de Tebreille sombría y la de Caire petulante, antes de dirigirse hacia el Cuenco. Ocho pendientes y multitud de medallones apiñados en la cadena señalaban a cada una de ellas como Detectora de Vientos de la Señora de las Olas de su clan. Sólo Renaile estaba por encima de ellas, y entre las mujeres de los Marinos presentes en la cumbre de la colina únicamente Dorile era su igual. Vestida de seda amarilla con brocados, Caire era ligeramente la más alta, en tanto que Tebreille, con brocado verde, tenía el semblante más severo en cierto modo; ambas más que atractivas, no hacía falta el apellido para saber que eran hermanas. Tenían los mismos ojos grandes y casi negros, la misma nariz recta, el mismo mentón firme. Caire señaló en silencio un punto a su derecha; Tebreille tampoco habló ni vaciló para situarse donde le indicaba su hermana, pero su rostro parecía de piedra. Con ella, un círculo de trece mujeres, casi hombro con hombro, rodeaba el Cuenco. Los ojos de Caire brillaban; los de Tebreille estaban sombríos. Elayne recordó otro de los dichos de Lini: «No hay cuchillo más afilado que el odio de una hermana».

Caire paseó la mirada por las mujeres situadas alrededor del Cuenco, aun cuando todavía no era realmente un círculo, como si intentara grabar en su mente la cara de cada una de ellas. O tal vez para plasmar en los rostros de las mujeres su expresión ceñuda. Recordando de pronto, Elayne se apresuró a pasar el último *angreal* a Talaan y empezó a explicar cómo funcionaba. Era fácil, si bien cualquiera que intentara usarlo sin saber cómo, podría pasarse horas sin conseguirlo. No le dieron ocasión de pronunciar ni cinco palabras, empero.

—¡Silencio! —bramó Caire. Con los puños tatuados apoyados en las caderas y plantados los pies descalzos muy separados, se diría que estaba en la cubierta de un barco listo para entrar en batalla—. No se hablará en los puestos sin mi permiso. Talaan, preséntate ante el mando nada más regresar al barco.

En el tono de Caire no había nada que sugiriera que estaba hablándole a su propia hija. Talaan hizo una profunda inclinación, con la mano sobre el corazón, y murmuró algo inaudible. Caire resopló desdeñosamente —y asestó una mirada a Elayne que apuntaba el deseo de tener potestad para que también ella se presentara ante alguien — antes de continuar con una voz que podría haberse oído al pie de la colina:

—Hoy haremos lo que no se ha llevado a cabo desde el Desmembramiento del Mundo, cuando nuestros antepasados lucharon contra vientos y olas enloquecidos. Por el Cuenco de los Vientos y la gracia de la Luz, sobrevivieron. Hoy usaremos el Cuenco de los Vientos, perdido para nosotros durante más de dos mil años y ahora recuperado. He estudiado el antiguo saber, los registros de los días cuando nuestras

predecesoras adquirieron los conocimientos sobre el mar y la Detección de Vientos, y la sal entró en nuestra sangre. Lo que se sabe del Cuenco de los Vientos, lo sé yo, más que cualquier otra persona. —Sus ojos se desviaron hacia su hermana, una mirada satisfecha de la que Tebreille no se dio por enterada, cosa que pareció satisfacer aún más a Caire—. Lo que las Aes Sedai no pueden hacer, lo haré yo hoy, si la Luz quiere. Espero que cada mujer permanezca en su puesto hasta el final. No toleraré negligencias.

Las demás Atha'an Miere parecieron acoger la arenga como algo esperado y pertinente, pero las Allegadas contemplaban boquiabiertas por la estupefacción a Caire. En opinión de Elayne, calificar la parrafada de grandilocuente era quedarse corta; ¡era obvio que Caire esperaba plenamente que la Luz *quisiera*, y que *ella* se molestaría si no ocurría así! Nynaeve alzó los ojos al cielo y abrió la boca, pero Caire se le adelantó.

—Nynaeve —anunció la Detectora de Vientos en voz alta—, te toca demostrar la técnica de la coligación. ¡Empieza, mujer, y aprisa!

En respuesta, la antigua Zahorí cerró los ojos con fuerza y apretó los labios. Daba la impresión de que una arteria se le fuera a reventar en cualquier momento.

—Deduzco que eso significa que tengo *permiso* para hablar —masculló, por suerte en voz tan baja que Caire, situada al otro lado del círculo, no la oyó. Abrió los ojos y esbozó una sonrisa que resultaba espantosa en conjunto con el resto de su expresión. Era el gesto de quien tiene ardor de estómago y varias dolencias más concentradas en una.

—El primer paso es abrazar la Fuente Verdadera, Caire. —La luz del *Saidar* brilló de pronto alrededor, con intensidad; por lo que percibía Elayne, estaba utilizando ya el *angreal* que llevaba puesto—. Doy por sentado que sabes cómo hacer eso, por supuesto. —Hizo caso omiso de los labios repentinamente apretados de Caire y prosiguió—. Elayne me ayudará ahora en la *demostración*, si es que tenemos tu *permiso*.

—Me preparo para abrazar la Fuente —se apresuró a intervenir la heredera del trono, antes de que Caire estallara—, pero en realidad no la abrazo. —Se abrió al Poder y las Detectoras de Vientos se echaron hacia adelante, observándola con gran atención aunque aún no había nada que ver. Incluso Kirstian y Garenia olvidaron su miedo lo bastante para mostrar interés—. Mientras estoy en este punto, lo difiero a Nynaeve.

—Ahora entro en contacto con ella... —Nynaeve se interrumpió y miró a Talaan. Elayne no había tenido ocasión de decirle nada—. Es parecido a hacerlo con un *angreal* —añadió, dirigiéndose a la esbelta aprendiza. Caire gruñó y Talaan intentó observar a Nynaeve sin levantar la cabeza—. Te abres a la Fuente *a través* de un *angreal*, del mismo modo que haré a través de Elayne. Como si intentaras abrazar el

angreal y la Fuente a la vez. En realidad no es muy difícil. Observa y lo verás. Cuando llegue el momento de incluirte en el círculo, no tienes más que ponerte en el límite de estar a punto de absorberla. De ese modo, cuando yo la abrace a través de ti también lo haré a través del *angreal*.

Con concentración o sin ella, el sudor empezó a perlar la frente de Elayne. Claro que el calor no tenía nada que ver. La Fuente Verdadera la llamaba, palpitaba, y ella palpitaba al unísono. La apremiaba. Cuanto más tiempo permanecía suspendida en ese punto en el que casi tocaba el Poder, más intenso era el deseo, la necesidad. Aguantó, pero empezó a temblar levemente. Vandene le había dicho que cuanto más se encauzaba, peor se volvía esa ansiedad.

—Fíjate en Aviendha —dijo Nynaeve a Talaan—. Ella sabe cómo... —Reparó entonces en el semblante de Elayne y terminó rápidamente—. ¡Observa!

No era exactamente como utilizar un *angreal*, aunque se parecía mucho. Y tampoco era para realizarlo con prisas; en el mejor de los casos, Nynaeve no tenía un contacto suave. Elayne se sentía como si la estuviesen sacudiendo; físicamente no ocurría nada, pero dentro de su cabeza parecía que la zarandearan y rodara dando tumbos ladera abajo. Lo peor, sin embargo, era la desesperante lentitud con que esos zarandeos la acercaban hacia la Fuente. Sólo se tardaba unos segundos, aunque daba la impresión de que fuesen días. Quería chillar, pero no podía respirar. De pronto, como si reventara un dique, el Poder Único fluyó a través de ella, un torrente de vida y gozo, de dicha ilimitada, y exhaló en un largo resuello de placer y alivio tan abrumador que las piernas le temblaron. Apenas pudo contener el jadeo. Tambaleante, se irguió y dirigió una mirada severa a Nynaeve, quien se encogió de hombros en un gesto de disculpa. ¡Dos veces en un mismo día! Por fuerza el sol tenía que estar volviéndose verde.

—Ahora controlo el flujo del *Saidar* de ella además del mío —prosiguió Nynaeve, esquivando los ojos de su amiga—, y seguiré haciéndolo hasta que la suelte. Bien, no temáis que quienquiera que dirija el círculo —asestó una mirada ceñuda a Caire y aspiró por la nariz con desdén— pueda haceros absorber demasiado. Realmente es muy parecido a un *angreal*. Los *angreal* actúan como topes que protegen de la carga adicional de Poder, y de un modo semejante, en un círculo no se os puede hacer absorber demasiado. A decir verdad, en un círculo se puede absorber más de lo que de otro mod...

—¡Esto es peligroso! —la interrumpió Renaile mientras se abría paso entre Caire y Tebreille. Su mirada ceñuda abarcaba a Nynaeve, Elayne y las hermanas que estaban fuera del círculo—. ¿Dices que una mujer puede, sin más, apresar a otra, retenerla, utilizarla? ¿Cuánto hace que vosotras, Aes Sedai, sabéis esto? Os lo advierto, si intentáis utilizarlo con una de nosotras... —Ahora le llegó el turno de que la interrumpieran a ella.

—No funciona así, Renaile —dijo Sareitha, que tocó a Garenia en el hombro y ésta y Kirstian se apartaron para dejarla pasar. La joven Marrón miró a Nynaeve con incertidumbre; luego enlazó las manos y adoptó un tono didáctico, como si se dirigiera a una clase. Con él llegó la compostura; quizás en ese momento veía a Renaile como una alumna—. La Torre estudió esto durante largos años, mucho antes de la Guerra de los Trollocs. He leído todas las páginas que se conservan en la biblioteca de la Torre sobre esos estudios. Se demostró de manera concluyente que una mujer no puede formar una coligación con otra en contra de su voluntad. Es imposible hacerlo, simplemente; no ocurre nada. Es preciso un sometimiento voluntario, igual que para abrazar el *Saidar*. —Hablaba con absoluta certeza, pero Renaile seguía ceñuda; todo el mundo sabía que las Aes Sedai podían eludir el Juramento contra la mentira.

—¿Y por qué lo estudiaron? —inquirió la Atha'an Miere—. ¿Por qué le interesaba tanto a la Torre una cosa así? ¿Acaso lo seguís estudiando?

—Eso es ridículo. —La exasperación rezumó en la voz de Sareitha—. Para que lo sepas, fue el problema de los hombres capaces de encauzar lo que las condujo a ello. Por aquel entonces, para algunas el Desmembramiento del Mundo era un suceso acaecido en su tiempo. Imagino que muchas hermanas ni siquiera lo recuerdan, ya que no ha formado parte de la instrucción requerida desde antes de la Guerra de los Trollocs, pero también se puede hacer entrar a hombres en el círculo, y como el círculo no se rompe incluso si te quedas dormida... En fin, que las ventajas son obvias. Por desgracia, el intento fue un fracaso total. Bien, volviendo al tema que nos ocupa, repito que es imposible obligar a una mujer a entrar en un círculo. Si lo dudas, inténtalo tú misma y lo verás.

Renaile asintió, aceptando por fin la evidencia; poco más podía hacerse cuando una Aes Sedai daba un dictamen concluyente sobre algo. Con todo, Elayne no lo tenía tan claro. ¿Qué había en las páginas que no se habían conservado? Había advertido un ligerísimo cambio en la entonación de Sareitha en cierto momento. Tenía unas cuantas preguntas, pero las dejaría para más tarde, cuando no hubiese tantos oídos atentos.

Cuando Renaile y Sareitha salieron del círculo, Nynaeve estiró su falda pantalón para ponerla derecha, obviamente irritada por la interrupción, y abrió la boca de nuevo.

—Continúa con tu demostración, Nynaeve —ordenó Caire con aspereza. La fría impasibilidad plasmada en su oscura tez recordaba un estanque helado, pero tampoco ella se sentía muy complacida.

Nynaeve movió los labios varias veces antes de ser capaz de emitir algún sonido y, cuando lo hizo, habló con precipitación, como si temiera que alguna otra fuera a interrumpirla.

La siguiente parte de la lección era pasar el control del círculo. También eso debía hacerse de manera voluntaria, y mientras se disponía a llegar a Nynaeve, Elayne contuvo la respiración hasta que sintió el sutil cambio que significaba que ahora era ella la que controlaba el Poder que fluía en su interior. Y el que fluía por Nynaeve, desde luego. No había estado muy segura de que funcionara. Nynaeve podía formar fácilmente un círculo, ya que no con cierta delicadeza, pero pasar la dirección también implicaba una forma de sometimiento, y la antigua Zahorí tenía *bastantes* dificultades para renunciar al control o ser introducida en un círculo, del mismo modo que antes las había tenido para rendirse al *Saidar*. Razón por la cual era Elayne quien llevaba las riendas de momento. Habría que pasar el control a Caire, y quizá Nynaeve no sería capaz de entregarlo dos veces seguidas. En comparación, hasta disculparse en dos ocasiones debía de haberle costado mucho menos trabajo.

A continuación, Elayne se coligó con Aviendha, a fin de que Talaan pudiese ver, en la medida de lo posible, cómo se hacía con un *angreal*, y todo funcionó perfectamente; Aviendha era una alumna muy avispada y se incorporó con facilidad. Resultó que Talaan también era rápida, y su adición del flujo aún mayor reforzado por el *angreal* salió a pedir de boca. Elayne las fue introduciendo en la coligación una por una; casi temblaba ante el torrente de Poder que fluía por ella. Todavía ninguna absorbía ni de lejos tanto como ella era capaz, pero era una suma, en especial al estar involucrados *angreal*. La percepción de la joven aumentaba con cada anexión de *Saidar*, podía oler los intensos aromas de las cajitas de filigrana que las Detectoras de Vientos llevaban colgadas al cuello, y cada uno por separado. Distinguía cada pliegue y fruncido en las ropas de todas con tanta precisión como si tuviese la nariz pegada a las telas, o incluso más. Notaba hasta el más leve movimiento del aire contra su cabello y su piel, un roce acariciante que jamás habría sentido sin el Poder.

Y su percepción no se limitaba a eso, por supuesto. La coligación guardaba semejanza con el vínculo del Guardián, igualmente intenso y, en cierto sentido, incluso más íntimo. Sabía que a Nynaeve le dolía el talón derecho por la pequeña ampolla que le había salido al trepar colina arriba; la antigua Zahorí insistía siempre en las excelencias de un calzado fuerte, pero sentía debilidad por los escarpines con mucho bordado. Nynaeve mantenía la vista fija en Caire, cruzada de brazos y toqueteando la trenza echada sobre el hombro con los dedos en los que llevaba puesto el *angreal*, todo en ella ofreciendo una imagen de sólida estabilidad, si bien por dentro era un tumulto de emociones: temor, preocupación, expectación, irritación, recelo e impaciencia agolpándose en un confuso revoltijo, e insinuándose en medio, a veces prevaleciendo sobre todo lo demás, ondas de calidez y oleadas de ardor que amenazaban con estallar en una violenta llamarada. Esas últimas las sofocaba rápidamente, en especial las segundas, pero siempre reaparecían. Elayne casi creyó reconocerlas, pero era como algo atisbado con el rabillo del ojo, que desaparece

cuando se vuelve la cabeza.

Cosa sorprendente, también Aviendha sentía miedo, pero leve y firmemente contenido, casi sofocado por la determinación. El de Garenia y Kirstian, que temblaban visiblemente, rayaba en el terror, y era tan intenso que parecía un milagro que hubiesen sido capaces de abrazar la Fuente. En el caso de Reanne, lo que desbordaba era ansiedad, por mucho que se alisara la falda. En cuanto a las Atha'an Miere... Incluso Tebreille exudaba una actitud de precavida alerta, y no hicieron falta las fugaces ojeadas de Metarra y de Rainyn para saber que el centro de ello era Caire, que las observaba a todas, impaciente e imperiosa.

Elayne la dejó para el final, y no fue realmente una sorpresa que tuviese que hacer cuatro intentonas —¡cuatro!— para incorporar a la mujer al círculo. Obviamente, a Caire le costaba rendirse tanto como a Nynaeve. Elayne esperaba fervientemente que se la hubiese escogido por su habilidad, no por el rango.

—Ahora te pasaré el control del círculo a ti —le dijo a la Detectora de Vientos cuando finalmente hubo acabado—. Si recuerdas lo que hice con Nyna...

Las palabras se cortaron de golpe en su garganta cuando la guía del círculo le fue arrebatada de manera brutal al rendir el control; fue una sensación como si una impetuosa ráfaga de viento le desgarrara las ropas o le arrancara los huesos. Exhaló ferozmente, y si sonaba como si escupiese, pues tanto mejor.

—Bien —dijo Caire al tiempo que se frotaba las manos—. Bien. —Volcó su atención en el Cuenco, girando la cabeza a uno y otro lado a medida que lo examinaba. Bueno, quizá no toda su atención, ya que Reanne empezó a sentarse y, sin levantar la cabeza, espetó—: ¡Continúa en tu puesto, mujer! ¡Esto no es una excursión de pesca!

Sobresaltada, Reanne se puso erguida bruscamente mientras mascullaba entre dientes, pero Caire le hizo tan poco caso como si no existiese. Los ojos de la Detectora de Vientos siguieron prendidos en el aplanado objeto de cristal. Elayne percibió en ella resolución suficiente para mover montañas. Y algo más, mínimo y aplastado rápidamente: incertidumbre. ¿Incertidumbre? Si después de todo esto, la mujer no sabía qué hacer...

En ese momento, Caire absorbió a fondo. El *Saidar* fluyó a través de Elayne casi al límite de lo que la joven podía contener; un anillo luminoso cobró consistencia y unió a las mujeres del círculo, más luminoso allí donde alguna utilizaba un *angreal*, pero en ningún caso débil. Observó atentamente mientras Caire encauzaba y formaba, mediante un complejo tejido con la totalidad de los Cinco Poderes, una estrella de cuatro puntas que situó sobre el Cuenco con exquisita precisión. La estrella tocó el objeto y la joven dio un respingo. En una ocasión ella había encauzado un pequeño flujo hacia el Cuenco —en el *Tel'aran'rhiod*, naturalmente, y sólo hacia un reflejo del Cuenco, aunque no por ello dejaba de ser peligroso—, y el nítido cristal se había

tornado de color azul pálido y las nubes talladas se habían movido. Ahora el Cuenco de los Vientos *era* azul, del color intenso de un cielo estival, y lo surcaban velozmente blancas nubes algodonosas.

Las cuatro puntas de la estrella aumentaron a cinco, como resultado de una ligera variación del tejido, y el Cuenco pasó a ser un verde mar con enormes olas hinchadas. Luego pasó a tener seis puntas, y fue otro cielo, de un azul distinto, más oscuro, quizás invernal, con nubarrones purpúreos cargados de lluvia o nieve. Siete puntas, y un mar gris verdoso se encrespó con la rugiente tormenta. Ocho puntas, y cielo. Nueve, y mar. Y de repente Elayne sintió al propio Cuenco absorbiendo *Saidar*, un torrente violento mucho mayor del que el círculo al completo podría manejar.

Los cambios siguieron sucediéndose sin interrupción dentro del Cuenco, de mar a cielo, de olas a nubes, pero una columna de *Saidar*, enroscada y sinuosa, salió lanzada desde el somero disco de cristal, Fuego y Aire, Agua y Tierra y Energía; una columna de compleja trama, tan ancha como el Cuenco, que ascendió y ascendió hasta que el extremo se perdió de vista en el cielo. Caire seguía tejiendo y el sudor le resbalaba por la cara; hizo una pausa sólo para parpadear y quitarse las saladas gotitas de los ojos mientras examinaba las imágenes del Cuenco, y luego incorporó un nuevo tejido. El diseño del trenzado de la columna cambiaba con cada tejido, reflejando sutilmente lo que realizaba Caire.

Menos mal que no había propuesto ser ella la que enfocara los flujos del círculo, comprendió Elayne; lo que esa mujer estaba haciendo requería más años de estudio de los que ella tenía. Muchos más. De pronto reparó en algo más. Aquel trenzado cambiante de *Saidar* se enroscó en torno a otra cosa, algo invisible que dio solidez a la columna. Elayne tragó con esfuerzo. El Cuenco estaba absorbiendo *Saidin* también.

Su esperanza de que nadie más hubiese identificado qué era se desvaneció con sólo echar una ojeada a las otras mujeres. La mitad de ellas contemplaba la sinuosa columna con una repugnancia que debería haberse reservado para el Oscuro. El miedo cobró mayor relevancia entre las otras emociones que percibía su mente. Algunas se acercaban al punto de terror de Garenia y Kirstian, y lo milagroso era que aquellas dos no se hubiesen desmayado. A Nynaeve le faltaba un pelo para vomitar, a pesar de su semblante repentinamente impávido. También Aviendha ofrecía una imagen de serenidad, pero por dentro aquel temor diminuto vibraba y palpitaba, tratando de crecer.

De Caire sólo le llegaba determinación, tan inflexible como su expresión. Nada se interpondría en su camino, y desde luego no la mera presencia del *Saidin* contaminado por el Oscuro mezclándose con su tejido. Nada la detendría. Trabajó los flujos y, repentinamente, finísimas redes de *Saidar* brotaron desde el extremo invisible de la columna, cual radios de una rueda torcidos, casi un abanico sólido

extendiéndose hacia el sur, y otros abanicos menos densos hacia el norte y noroeste, y radios individuales, delicados como encaje, en otras direcciones. Cambiaron a medida que crecían, diferentes de un momento a otro, irrepetibles, extendiéndose a través del cielo, más y más lejos, hasta que también los extremos del entramado se perdieron de vista. Tampoco era sólo *Saidar*, de eso no le cupo duda a Elayne; en algunos sitios aquella telaraña parecía enroscarse en torno a algo que no podía ver. Caire siguió tejiendo, dominando a su antojo la evolución de la columna, *Saidar* y *Saidin* juntos, y la telaraña cambió y fluyó como un caleidoscopio irregular girando a través del cielo, desapareciendo en la distancia, constantemente, sin parar.

Sin previo aviso, Caire enderezó la espalda, se frotó los riñones y soltó la Fuente de golpe. Columna y telaraña se desvanecieron, y la mujer se quedó desmadejada, respirando con dificultad. El Cuenco se tornó transparente de nuevo, pero retazos de *Saidar* lanzaban destellos y chisporroteaban alrededor del borde.

—Está hecho, si la Luz quiere —dijo con voz cansina.

Elayne apenas la escuchó. Ése no era modo de poner fin a un círculo. Cuando Caire soltó la Fuente como lo había hecho, el Poder desapareció de todas las mujeres de forma simultánea. A Elayne se le desorbitaron los ojos; durante un instante, fue como si se encontrara en lo alto de la torre más grande del mundo y, de pronto, la torre hubiese desaparecido bajo sus pies. Sólo duró un segundo, pero la experiencia resultó muy desagradable. Se sentía cansada, aunque ni de lejos tanto como lo habría estado de haber actuado como algo más que un conducto, pero lo que verdaderamente sentía era la pérdida. Soltar el *Saidar* ya era bastante malo de por sí; que te privasen repentinamente de él era indescriptible.

Otras lo habían pasado peor que ella. Mientras el brillo que rodeaba el círculo se disipaba, Nynaeve se sentó pesadamente donde estaba, como si las piernas se le hubiesen derretido, y se quedó acariciando el brazalete y los anillos, mirándolos fijamente y jadeando. El sudor le corría por la cara.

—Me siento como un tamiz de cocina por el que ha pasado toda la harina del molino —murmuró. Absorber tanto Poder conllevaba un precio, aunque no se hiciese nada, aunque se utilizara un *angreal*.

Talaan se tambaleó cual un junco sacudido por el vendaval, y lanzó miradas temerosas a su madre; saltaba a la vista que le daba miedo sentarse sin su permiso. Aviendha aguantaba derecha; su expresión impávida denotaba que la fuerza de voluntad tenía mucho que ver en ello. Sin embargo, esbozó una leve sonrisa e hizo una seña con el lenguaje de la Doncellas, «mereció el precio», y a continuación otra: «más». Merecía la pena, incluso más precio del pagado. Todo el mundo parecía agotado, aunque no tanto como las que habían utilizado los *angreal*. El Cuenco de los Vientos quedó finalmente en reposo y volvió a ser un simple recipiente de cristal puro, aunque ahora estaba decorado con olas encrespadas. Empero, daba la impresión

de que el *Saidar* seguía allí; no manejado por nadie; no visible, sino en tenues destellos percibidos, como los que habían chisporroteado por su borde al final.

Nynaeve alzó la cabeza y miró ceñuda el cielo despejado para luego bajar la vista hacia Caire.

—Todo eso ¿para qué? ¿Conseguimos algo o no?

Un soplo de aire barrió la cumbre de la colina, caliente como el de una cocina. La Detectora de Vientos se puso de pie trabajosamente.

—¿Crees que Tejer los Vientos es como dar un golpe de timón en un barco ligero? —preguntó despectivamente—. ¡Lo que acabo de hacer es mover el timón de un rasador con un bao maestro tan grande como el mundo! Tardará en virar, en saber que se supone que tiene que virar. Que debe virar. Pero cuando lo haga, ni el mismísimo Padre de las Tormentas podrá impedírselo. Lo he hecho, Aes Sedai, ¡y el Cuenco de los Vientos es nuestro!

Renaile se acercó al círculo y se arrodilló junto al Cuenco de los Vientos. Con todo cuidado empezó a envolverlo en el blanco paño de seda.

—Se lo llevaré a la Señora de los Barcos —dijo a Nynaeve—. Hemos cumplido con nuestra parte del trato. Ahora os toca a vosotras, Aes Sedai, cumplir el resto de la vuestra.

Merilille soltó un sonido gutural, pero cuando Elayne la miró, la Gris volvía a ser la viva imagen de la compostura.

—Tal vez hayáis cumplido vuestra parte —manifestó Nynaeve mientras se incorporaba tambaleándose—. Tal vez. Se verá cuando ese... rasador vuestro vire. ¡Si es que lo hace! —Renaile la miró duramente por encima del Cuenco, pero Nynaeve no se inmutó—. Qué extraño —murmuró a la par que se frotaba las sienes; el brazalete se le enredó en el pelo y la mujer torció el gesto—. Casi puedo sentir un eco del *Saidar*. ¡Debe de ser por esta cosa!

—No —dijo lentamente Elayne—. También yo lo siento.

No era sólo el chisporroteo percibido débilmente en el aire. Más bien era la sombra de un eco, tan tenue como si hubiera alguien utilizando el *Saidar* a cierta... Se volvió bruscamente. En el horizonte meridional centelleaban los relámpagos, docenas de rayos emitiendo un intenso azul plateado contra el cielo vespertino. Muy cerca de Ebou Dar.

—¿Una tormenta? —sugirió, anhelante, Sareitha—. El tiempo debe de estar volviendo a la normalidad ya.

Pero no había nubes en el cielo allí donde los relámpagos se bifurcaban y descargaban. Sareitha no era lo bastante fuerte para percibir el uso del *Saidar* a tanta distancia.

Elayne tuvo un escalofrío. Tampoco ella era lo bastante fuerte, a menos que alguien estuviese utilizando tanto como habían usado ellas en la cumbre de la colina.

Cincuenta o tal vez cien Aes Sedai, todas encauzando a la vez. O...

—No uno de los Renegados —musitó, y alguien a su espalda gimió.

—Uno solo no podría hacer eso —convino con ella Nynaeve—. Quizá no nos sintieron como nosotras los hemos sentido. Quizá, pero lo habrán visto, a menos que estén ciegos. ¡Mierda, qué perra suerte! —A pesar de mantener el tono bajo estaba muy agitada; a menudo regañaba a Elayne por usar ese tipo de lenguaje—. Reúne a todas las que vayan a Andor contigo, Elayne. Yo te... Me reuniré contigo allí. Mat está en la ciudad. He de volver para buscarlo. Maldito chico; vino por mí y he de hacerlo.

Elayne se rodeó con los brazos y respiró profundamente. Dejaba a la reina a su suerte, encomendándola a la Luz; Tylin sobreviviría si era posible. Pero Mat Cauthon, su peculiar y muy instructivo súbdito, su salvador más inverosímil. También había venido a buscarla a ella, y le ofreció mucho más. Y Thom Merrilin; el querido Thom, del que a veces todavía deseaba que resultara ser su verdadero padre, y al infierno con lo que tal cosa convertiría a su madre. Y el chico, Olver, y Chel Vanin, y... Tenía que pensar como una reina, «La Corona de la Rosa pesa más que una montaña, y el deber te hará llorar, pero has de resistir y hacer lo que se exige de ti», le había dicho su madre.

—No —manifestó, y repitió con voz más firme—. No. Mira en qué estado te encuentras, Nynaeve; casi no te tienes en pie. Aun cuando fuésemos todas, ¿qué podríamos hacer? ¿Cuántos Renegados hay allí? Moriríamos y, lo que es peor, para nada. Los Renegados no tienen motivos para buscar a Mat o a los otros. Andan detrás de nosotras.

Nynaeve la miró boquiabierta; la tozuda Nynaeve, con el rostro sudoroso y las piernas inestables. La maravillosa, valiente e insensata Nynaeve.

—¿Estás diciendo que lo abandonemos, Elayne? Aviendha, dile algo. ¡Háblale de ese honor que siempre estás sacando a relucir!

Aviendha vaciló un momento y luego sacudió la cabeza. Sudaba casi tanto como la propia Nynaeve y, por la forma en que se movía, se encontraba tan cansada como ella.

—Hay ocasiones en las que uno debe luchar aunque no se tenga esperanza, Nynaeve, pero Elayne tiene razón. Los Depravados de la Sombra no van detrás de Mat Cauthon, sino de nosotras y del Cuenco de los Vientos. Es posible que él haya salido ya de la ciudad. Si volvemos, corremos el riesgo de ponerlos a su alcance, lo que puede deshacer aquello que hemos realizado. No importa dónde mandemos el Cuenco, sabrán cómo obligarnos a decirles quién se lo ha llevado y adónde.

El rostro de Nynaeve se crispó por el dolor. Elayne alargó los brazos para estrecharla contra sí y consolarla.

—¡Un Engendro de la Sombra! —gritó alguien, y de pronto hubo mujeres

abrazando el *Saidar* por toda la cumbre de la colina. De las manos de Merilille salieron disparadas bolas de fuego, así como de las de Careane y Sareitha, tan deprisa como podían lanzarlas. Una forma enorme y alada se precipitó desde el cielo envuelta en llamas, dejando tras de sí una estela de humo negro y grasiento; desapareció de la vista por el precipicio.

—¡Ahí viene otro! —chilló Kirstian a la par que señalaba.

Una segunda criatura alada se zambullía en un picado que la alejaba de la colina; su cuerpo era tan grande como el de un caballo; las alas, con nervaduras, tenían una envergadura de treinta pasos o más; el largo cuello se estiraba hacia el frente, y la cola, aún más larga, ondeaba tras ella. Dos personas se agazapaban sobre su lomo. Una descarga cerrada de fuego la persiguió, las más rápidas en el ataque eran Aviendha y las Atha'an Miere, quienes no realizaban gestos de lanzamiento como parte de su tejido. Era una lluvia de fuego tan densa que parecía formarse del propio aire, y el ser se zambulló detrás de la colina para eludirla, al otro lado de la granja, y pareció desvanecerse.

—¿Lo hemos matado? —inquirió Sareitha, con los ojos brillantes y la respiración agitada.

—¿Le hemos dado siquiera? —gruñó una de las mujeres de los Marinos.

—Engendros de la Sombra —comentó Merilille sin salir de su asombro—. ¡Aquí! Al menos eso confirma la presencia de Renegados en Ebou Dar.

—No son Engendros de la Sombra —manifestó Elayne con voz hueca. El semblante de Nynaeve era la viva imagen de la angustia; también ella lo sabía—. Se llaman *raken*. Son los seanchan. Debemos irnos, Nynaeve, y llevarnos a todas las mujeres de la granja. Tanto si matamos a ese animal como si no, vendrán más. A cualquiera que dejemos atrás llevará puesta una correa de *damane* en las primeras horas de mañana.

Nynaeve asintió lenta, pesarosamente; Elayne creyó oírla murmurar: «Oh, Mat».

Renaile se aproximó a zancadas, con el Cuenco en los brazos, de nuevo envuelto en la seda blanca.

—Algunos de nuestros barcos han tenido enfrentamientos con esos seanchan. Si están en Ebou Dar, entonces intentarán salir a mar abierto. ¡Mi nave lucha para sobrevivir y yo no me encuentro en su cubierta! ¡Nos vamos de inmediato!

Formó allí mismo el tejido de un acceso. Ni que decir tiene que la urdimbre se entrelazó en vano, enredándose, centelleó durante un instante y después se desvaneció, pero Elayne chilló a despecho de sí misma. ¡Mira que intentar abrir un acceso allí mismo, justo en medio de todas!

—¡No irás a ninguna parte desde aquí a menos que te quedes el tiempo suficiente para conocer a fondo esta cumbre! —instó bruscamente. Confió en que ninguna de las mujeres que había formado parte del círculo intentara realizar el tejido; estar

colmada de *Saidar* era el mejor modo de conocer un sitio a la perfección. Ella podría hacerlo funcionar allí, y seguramente las demás también estarían en condiciones de realizarlo—. No vas a ir a un barco en movimiento desde *ninguna parte*; ¡no es posible!

Merilille asintió, aunque tal cosa no significaba nada; las Aes Sedai daban por ciertas muchas cosas, y de hecho algunas lo eran. Mejor así si las Atha'an Miere lo creían probado, en cualquier caso. Nynaeve, demacrada y con la mirada perdida, no se encontraba en condiciones de ponerse al mando en ese momento, de modo que Elayne continuó, confiando en ser digna de su madre muerta.

—Pero, sobre todo, no iréis a ninguna parte excepto con nosotras, porque nuestro acuerdo no está cumplido del todo; el Cuenco de los Vientos no os pertenecerá hasta que el clima se haya normalizado. —No era exactamente cierto, a menos que se tergiversaran un poco los términos del acuerdo, y Renaile abrió la boca para protestar, pero Elayne no le dio ocasión—. Y porque hicisteis un trato con Matrim Cauthon, mi súbdito. Vendréis voluntariamente donde yo diga, o iréis atadas como fardos sobre las sillas de los caballos. Son opciones que aceptasteis, de modo que bajad ahora mismo de esta colina, Renaile din Calon Estrella Azul, antes de que los seanchan caigan sobre nosotras con un ejército y unos cuantos centenares de mujeres que encauzan y a las que no habría nada que les gustase más que vernos atadas a un collar manejado por ellas. ¡Vamos! ¡Deprisa!

Para su sorpresa, las Atha'an Miere echaron a correr.

6. Hilos

Ni que decir tiene que también Elayne corrió, con las faldas recogidas, y enseguida se puso a la cabeza por el trillado sendero de tierra. Sólo Aviendha la seguía pegada a sus talones, a pesar de que no parecía tener mucha idea de cómo correr llevando puesto un vestido, aunque fuese un traje de montar; por cansada que estuviera, sin duda habría sobrepasado a su amiga de haberlo querido. Todas las demás iban tras ellas en fila, a cierta distancia, por el estrecho y sinuoso sendero. Ninguna de las Atha'an Miere osaría adelantarse a Renaile, quien, pese a llevar pantalones de seda, no podía moverse deprisa al ir cargada con el Cuenco, que estrechaba contra su pecho. Nynaeve no tenía tales reparos, y se abrió paso a codazos y empujones, gritándoles que se quitasen de en medio cuando tropezaba con ellas, ya fuesen Detectoras de Vientos, Allegadas o Aes Sedai.

Trotando sendero abajo, tropezando y recuperando el equilibrio, Elayne sintió deseos de reír a pesar de las prisas. A pesar del peligro. Lini y su madre habían puesto fin a sus carreras y su trepar a los árboles cuando había cumplido los doce años, pero no era el mero placer de volver a correr lo que despertaba en ella aquel puro gozo. ¡Se había comportado como se esperaba de una reina y el resultado había sido el previsto! ¡Había tomado el mando para poner fuera de peligro a las demás y todas habían obedecido! Se había estado preparando para esto toda su vida. Era la satisfacción lo que la hacía reír, y tenía la sensación de estar a punto de reventar de orgullo.

Pasó el último recodo y descendió el último tramo recto, a lo largo de uno de los establos encalados. Entonces tropezó con una piedra medio enterrada; salió lanzada hacia adelante, agitando los brazos, y de pronto se encontró dando una voltereta en el aire. Ni siquiera tuvo tiempo de gritar. Con un sonoro golpe que le hizo chocar los dientes y le vació de aire los pulmones, aterrizó bruscamente en el arranque del sendero, justo delante de Birgitte. Durante un instante ni siquiera fue capaz de pensar, y cuando pudo hacerlo, la sensación de euforia había desaparecido por completo. Adiós a la dignidad de reina. Se retiró el cabello de la cara e intentó recobrar el resuello mientras esperaba el comentario hiriente de Birgitte. Era una oportunidad de oro para que la otra mujer se desquitara haciendo el papel de hermana mayor y más *experimentada,* y Birgitte rara vez dejaba pasar la ocasión.

Para sorpresa de Elayne, la arquera la ayudó a levantarse aun antes de que Aviendha pudiera llegar a su lado, y en su rostro ni siquiera se insinuaba el atisbo de sonrisa de la Aiel. Lo único que percibía en su Guardián era una sensación de... concentración en algo; pensó que así se sentiría una flecha encajada en la cuerda tensa de un arco.

—¿Huimos o presentamos batalla? —preguntó Birgitte—. Reconocí a esas

bestias voladoras de Falme y, con toda sinceridad, yo aconsejaría lo primero. Mi arco es normal y corriente ahora.

Aviendha la miró con el entrecejo levemente fruncido, y Elayne suspiró; Birgitte debía aprender a tener cuidado con lo que decía si quería mantener en secreto su verdadera identidad.

—Huimos, por supuesto —jadeó Nynaeve, que había recorrido el último tramo con gran esfuerzo—. ¡Huir o luchar! ¡Qué pregunta tan estúpida! ¿Crees que estamos completamente...? ¡Luz! ¿Qué demonios hacen? —Su tono empezó a subir progresivamente—. ¡Alise! Alise, ¿dónde estás? ¡Alise! ¡Alise!

Con un sobresalto, Elayne cayó en la cuenta de que en la granja reinaba un tumulto igual al desatado cuando se reconoció el rostro de Careane. Tal vez peor. Ciento cuarenta y siete Allegadas vivían actualmente allí, según había informado Alise, incluidas cincuenta y cuatro Mujeres Sabias recién llegadas y otras cuantas que estaban de paso por la ciudad; parecía que todas ellas, de la primera a la última, corrían en una u otra dirección, y también otras muchas mujeres. Casi todos los sirvientes del palacio de Tarasin, con sus uniformes verdes y blancos, trotaban de aquí para allá con celeridad, cargados con bultos. Patos y gallinas aleteaban espantados en medio del jaleo, contribuyendo al barullo con sus graznidos y cacareos. Elayne vio incluso a Jaem, el canoso Guardián de Vandene, pasar a la carrera rodeando con sus nervudos brazos un enorme saco de yute.

Alise pareció surgir de la nada, la viva imagen del aplomo y la serenidad a pesar del rostro sudoroso. Ni un solo pelo estaba fuera de su sitio, y el aspecto de sus ropas era el de quien sale a dar un paseo.

—No es necesario chillar —dijo sosegadamente mientras se ponía en jarras—. Birgitte me explicó qué son esas enormes aves, y pensé que era mejor marcharnos antes que después, sobre todo viéndoos galopar sendero abajo como si os persiguiera el Oscuro en persona. Les dije a todas que cogieran un vestido limpio por cabeza, tres mudas y medias, jabón, costurero y todo el dinero que tuvieran. Y nada más. Las diez que acaben en último lugar tendrán que fregar los platos hasta que lleguemos a dondequiera que vayamos; eso les hará darse prisa. Y les dije a los sirvientes que reunieran todos los víveres que pudieran, por si acaso. Y también a vuestros Guardianes. Unos tipos sensatos, en su mayoría. Sorprendentemente sensatos, tratándose de hombres. ¿Ser Guardianes tiene algo que ver?

Nynaeve seguía plantada en el mismo sitio, con la boca abierta para empezar a impartir órdenes y sin que quedase ninguna que dar. Las emociones pasaron por su semblante demasiado deprisa para identificarlas.

—Muy bien —balbuceó finalmente con acritud. Su expresión se animó de repente —. Las mujeres que no son Allegadas. ¡Sí! Hay que...

—Cálmate —la interrumpió Alise a la par que hacía un gesto tranquilizador—.

Ya se han marchado casi todas. Principalmente las que tenían esposos o familias de los que preocuparse. No habría podido retenerlas aunque hubiese querido. Sin embargo, hay treinta o más que están convencidas de que esos animales son Engendros de la Sombra y desean permanecer tan cerca de las Aes Sedai como sea posible. —Un corto y seco resoplido dejó muy claro lo que pensaba sobre eso—. Bien, serena esos ánimos. Bebe agua fresca, pero despacio. Y compón un poco el gesto. Yo voy a vigilar cómo marcha todo. —Al fijarse en el alboroto, unos y otros corriendo sin aparente orden, sacudió la cabeza—. Algunas se lo tomarían con más calma si unos trollocs atacaran colina abajo, y la mayoría de las nobles nunca se han acostumbrado realmente a nuestras reglas. A buen seguro tendré que recordarles dos o tres antes de marcharnos.

Sin más, se alejó tranquilamente hacia el tumulto del patio de la granja, dejando boquiabierta a Nynaeve.

—Bueno —comentó Elayne mientras se sacudía la falda—, tú dijiste que era una mujer muy competente.

—Jamás dije tal cosa —espetó su amiga—. No dije «muy» en ningún momento. —Resopló con fuerza—. ¿Dónde ha ido a parar mi sombrero? Se cree que lo sabe todo. ¡Apuesto a que eso no lo sabe!

Echó a andar en dirección opuesta a la tomada por Alise.

Elayne la siguió con la mirada, enarcada una ceja. ¿Su sombrero? También a ella le gustaría saber qué había pasado con el suyo —era precioso—, pero ¡diantre! A lo mejor estar en el círculo trabajando con tanto Poder había atontado temporalmente a Nynaeve. Ella misma se sentía un poco rara todavía, como si pudiese arrancar pequeños fragmentos de *Saidar* del aire que la rodeaba. En cualquier caso, tenía otros asuntos de los que ocuparse en ese momento. Por ejemplo, marcharse de allí antes de que los seanchan cayeran sobre ellas. Por lo que había visto en Falme, podrían traer realmente un centenar o más de *damane*, y basándose en lo poco que Egwene consintió hablar sobre su cautividad, la mayoría de esas mujeres estarían más que dispuestas a colaborar para poner a otras collares como los que ellas llevaban. Afirmaba que lo que más le había revuelto el estómago había sido ver *damane* reír con sus *sul'dam*, haciéndoles fiestas y jugando con ellas como harían sabuesos bien entrenados con sus cariñosos dueños. Egwene contaba que algunas mujeres a las que habían puesto la correa en Falme también actuaban así. A Elayne se le había helado la sangre en las venas al oírlo. ¡Antes moriría que dejar que le hiciesen eso a ella! Y también preferiría que los Renegados se apoderaran de lo que había encontrado antes que los seanchan. Corrió hacia la cisterna, con Aviendha a su lado; la respiración de la Aiel era casi tan trabajosa como la de Elayne.

Sin embargo, parecía que Alise había pensado realmente en todo. Los *ter'angreal* ya habían sido retirados y cargados en los caballos de albardas. Los cestos que no

habían registrado seguían llenos de un revoltijo de cachivaches, y la Luz sabía qué más, pero los que habían vaciado Aviendha y ella ahora rebosaban de toscos sacos de harina y sal, alubias y lentejas. Un puñado de caballerizos hacía guardia junto a los animales de carga, en lugar de ir corriendo de aquí para allá con bultos y paquetes. Sin duda, siguiendo las órdenes de Alise. ¡Pero si hasta Birgitte se apresuró a acudir junto a la mujer cuando ésta la llamó, y se limitó a sonreír con desgana!

Elayne levantó las cubiertas de lona para examinar los *ter'angreal* lo mejor posible sin volver a descargarlos. Aparentemente todo estaba allí, un poco amontonado y revuelto en dos cestos que no llenaban, pero no se veía ninguno roto. Tampoco es que hubiese nada, salvo el propio Poder Único, que pudiese romper la mayoría de *ter'angreal*, pero aun así...

Aviendha se sentó cruzada de piernas en el suelo y se enjugó el sudor de la cara con un pañuelo de lino, grande y sencillo, que parecía fuera de lugar junto a su bonito vestido de seda. Hasta ella empezaba a dar señales de cansancio.

—¿Qué mascullas, Elayne? Me recuerdas a Nynaeve. La tal Alise no ha hecho más que ahorrarnos el trabajo de empaquetar esas cosas.

Elayne se ruborizó ligeramente. No había sido su intención hablar en voz alta.

—Lo que pasa es que no quiero que los toque nadie que no sepa lo que está haciendo, Aviendha. —Algunos *ter'angreal* se ponían en funcionamiento aunque la persona que los toqueteara no pudiese encauzar si se hacía algo indebido, pero lo cierto era que no quería que nadie los tocara. ¡Eran de ella! La Antecámara no iba a entregar esos objetos a cualquier otra hermana sólo porque fuese mayor y más experimentada, ni a esconderlos porque estudiarlos fuese demasiado peligroso. Con tantos ejemplos para examinar, a lo mejor podía dilucidar finalmente cómo crear *ter'angreal* que funcionaran siempre; había habido demasiados fracasos y éxitos a medias—. Requieren una persona que sepa lo que se trae entre manos —reiteró mientras volvía a echar la dura cubierta.

El orden empezó a cobrar forma del pandemónium con mayor rapidez de la que esperaba Elayne, aunque no tan deprisa como habría deseado. Claro que, admitió de mala gana para sus adentros, nada que no fuese instantáneo la habría complacido. Incapaz de apartar los ojos del cielo, envió a Careane a lo alto del cerro para que vigilase en dirección a Ebou Dar. La fornida Verde rezongó un poco entre dientes antes de inclinar la cabeza; incluso asestó miradas fulminantes a la atareadas Allegadas, como si estuviese a punto de sugerir que enviase a una en lugar de a ella; pero Elayne quería allá arriba a alguien que no se desmayase al divisar la aproximación de «Engendros de la Sombra», y Careane era una de las menos fuertes entre las hermanas. Adeleas y Vandene salieron del edificio llevando a Ispan entre ellas, firmemente escudada y con el saco cubriéndole la cabeza. Caminaba sin dificultad y no había nada visible que indicara que se le había hecho algo, pero...

Ispan caminaba con las manos enlazadas por delante de la cintura, sin hacer el menor intento de alzar el saco para echar un vistazo, y cuando la auparon a la silla de montar, extendió las manos unidas para que le ataran las muñecas sin necesidad de que se lo dijeran. Si estaba tan dócil, a lo mejor le habían sacado alguna información. Elayne no quería pensar cómo se habría logrado la supuesta información.

Se daban lo que podía llamarse... colisiones, incluso con lo que quizá se les venía encima. Con lo que sin duda se les venía encima. El que Nynaeve recobrase su sombrero de plumas azules perdido no fue exactamente una, pero le faltó poco; Alise lo encontró y se lo entregó mientras le decía que debía protegerse la cara del sol si quería conservar esa bonita piel tersa. Nynaeve, boquiabierta, siguió con la mirada a la canosa mujer que se alejaba presurosa a ocuparse de uno de los numerosos y pequeños problemas, y luego metió ostentosamente el sombrero debajo de la correa de sus alforjas.

Desde el principio Nynaeve se puso a la tarea de cortar las verdaderas colisiones, pero Alise se le adelantaba casi siempre, y cuando Alise se encontraba con una, la colisión se cortaba por sí misma. Algunas de las nobles exigieron ayuda para empaquetar sus pertenencias, sólo para ser informadas sin contemplaciones que lo que había dicho iba en serio y que si no dejaban de dar la lata a lo mejor se marchaban sin llevar encima más que lo puesto. Dejaron de dar la lata, claro. Otras, y no sólo nobles, cambiaron de idea cuando se enteraron de que se dirigían a Andor; a éstas se las ahuyentó literalmente, a pie y con la advertencia de que no dejasen de correr mientras pudieran. Se necesitaban todos los caballos, pero tenían que encontrarse muy lejos antes de que llegaran los seanchan; en el mejor de los casos, someterían a interrogatorio a cualquiera que encontrasen cerca de la granja. Como era de esperar, Nynaeve se enzarzó a gritos con Renaile a costa del Cuenco y de la tortuga que Talaan había utilizado, la cual, al parecer, Renaile había metido debajo de su fajín. Sin embargo, ni siquiera habían llegado a agitar los brazos cuando Alise se plantó allí y, de inmediato, el Cuenco volvió a estar al cuidado de Sareitha y la tortuga en poder de Merilille. Y a renglón seguido, Elayne se dio el gustazo de presenciar cómo Alise sacudía el índice admonitoriamente ante las narices de la estupefacta Detectora de Vientos de la Señora de los Barcos de los Atha'an Miere mientras la vapuleaba con una parrafada sobre el robo que dejó a Renaile farfullando de rabia. También Nynaeve farfulló algo mientras se alejaba con las manos vacías, si bien Elayne pensó que en su vida había visto a alguien tan apesadumbrado.

Sin embargo, en conjunto no se tardó mucho. Las restantes mujeres que habían estado en la granja se agruparon bajo la atenta mirada del Círculo de Labores de Punto, y de Alise, que tomó buena nota de las últimas diez que llegaron, todas salvo dos con finas ropas de seda bordada, apenas diferentes de las de Elayne. Definitivamente no eran Allegadas. La heredera del trono tuvo la seguridad de que,

de todas formas, les tocaría fregar los platos; Alise no permitiría que algo tan nimio como ser de noble cuna fuese óbice para hacer cumplir sus normas. Las Detectoras de Vientos esperaban en fila con sus caballos y sorprendentemente silenciosas con excepción de Renaile, que mascullaba imprecaciones cada vez que veía a Alise. Se avisó a Careane para que bajara de la colina. Los Guardianes llevaron las monturas de las hermanas. La mayoría vigilaba continuamente el cielo, y el brillo del *Saidar* envolvía a todas las Aes Sedai de más edad y a casi todas las Detectoras de Vientos. Asimismo, los halos rodeaban a unas cuantas Allegadas.

Nynaeve condujo a su yegua a la cabeza de la columna, junto a la cisterna, sin dejar de toquetear el *angreal* que aún llevaba puesto en la mano, como si fuese a ser ella la que creara el acceso, por ridícula que pudiera ser la mera idea. Para empezar, aunque se había lavado la cara y —aunque pareciera mentira considerando lo ocurrido— puesto el sombrero, todavía se tambaleaba cada vez que flaqueaba su autocontrol. Lan se mantenía prácticamente pegado a su hombro, con su habitual gesto pétreo, pero si había un hombre dispuesto a coger a una mujer si se desplomaba, ése era él. Aun con el brazalete y los anillos, probablemente Nynaeve sería incapaz de tejer un acceso. Más aún, la mujer había estado corriendo de un lado a otro de la granja desde que llegaron a ella por primera vez; en cambio, ella había estado abierta al *Saidar* un buen rato justo donde se encontraban en ese momento, de modo que conocía bien ese sitio. Nynaeve se enfurruñó cuando Elayne abrazó la Fuente, pero al menos tuvo el sentido común de no decir nada.

Desde el primer momento, la heredera del trono deseó haber pedido a Aviendha la figurilla de la mujer arropada con el cabello; también se sentía agotada, y el *Saidar* que lograba absorber apenas bastaba para formar el tejido que lo hiciese funcionar. Los flujos vacilaron, casi como si se retorcieran en un intento de escapar a su dominio, y luego ocuparon su lugar tan bruscamente que la joven dio un brinco; encauzar cuando se estaba cansada no se parecía en nada a hacerlo en otras circunstancias, pero esta vez fue peor que nunca. Al menos la familiar línea vertical plateada apareció como debía, y se ensanchó hasta crear un acceso justo al lado de la cisterna. No era mayor del que había abierto Aviendha, si bien Elayne se alegraba de que fuera lo bastante amplio para que pasara un caballo, cosa que había llegado a dudar al final. Las Allegadas lanzaron exclamaciones ahogadas a la vista de un prado de tierras altas que de repente se encontraba entre ellas y la familiar mole gris de la cisterna.

—Tendrías que haberme dejado intentarlo —adujo suavemente Nynaeve, pero aun así con un leve tono cortante en la voz—. Ha faltado poco para que fuese un fiasco.

Aviendha le asestó una mirada tan incisiva que Elayne estuvo en un tris de agarrarla del brazo. Cuanto más tiempo hacía que eran medio hermanas, más parecía

creer la Aiel que debía defender su honor; ¡si llegaban a convertirse en primeras hermanas, no iba a quedarle más remedio que andarse con mañas para mantenerla apartada de Nynaeve y de Birgitte!

—Lo he conseguido, Nynaeve, y es lo que importa —se apresuró a contestar.

La antigua Zahorí le lanzó una mirada cortante mientras murmuraba algo sobre la susceptibilidad que había en el ambiente ese día. ¡Como si fuese Elayne la que estuviese mostrando su lado irascible!

Birgitte fue la primera en cruzar el acceso, llevando de las riendas a su caballo y empuñando el arco en la otra mano, no sin antes dirigir descaradamente una sonrisa socarrona a Lan. Elayne percibió en ella entusiasmo y una pizca de satisfacción, quizá porque en esa ocasión era ella la que iba en cabeza en lugar de él —entre los Gaidin siempre había un poquito de rivalidad—, así como cierta cautela. Muy poca. Elayne conocía bien aquel prado; Gareth Bryne le había enseñado a cabalgar muy cerca de allí. A unos ocho kilómetros de las colinas escasamente arboladas que se divisaban al fondo, se encontraba la casa solariega de una de las haciendas de su madre. Mejor dicho, de unas de sus haciendas; tenía que acostumbrarse a eso. Las siete familias que atendían la casa y las tierras serían las únicas personas que habría a medio día de viaje en cualquier dirección.

Elayne había elegido aquel destino porque desde allí se llegaba a Caemlyn en dos semanas. Y porque la hacienda se encontraba tan aislada que podría entrar en la ciudad antes de que nadie supiese que estaba en Andor, una precaución que consideraba muy necesaria; en distintos momentos de la historia del país, los rivales aspirantes a la Corona de la Rosa habían sido retenidos como «invitados» hasta que renunciaron a sus pretensiones. Su madre lo había hecho con dos hasta que ocupó el trono. Con suerte, tendría establecida una base sólida para cuando Egwene y los demás llegasen.

Lan condujo a *Mandarb* inmediatamente detrás del castrado castaño de Birgitte, y Nynaeve dio una sacudida hacia adelante como para ir a todo correr tras el negro caballo de batalla, pero luego se paró en seco y lanzó una mirada penetrante a Elayne, como retándola a que dijese una sola palabra. Toqueteando con rabia las riendas, hizo un palpable esfuerzo para dirigir la vista a cualquier parte excepto al acceso y a Lan. Sus labios se movieron, y al cabo de un momento Elayne comprendió que estaba *contando*.

—Nynaeve, realmente no tenemos tiempo para... —empezó en voz baja.

—Vamos, avanzad —instó la voz de Alise desde atrás, y las palmadas que dio subrayaron sus palabras de manera seca y cortante—. ¡Nada de empujones ni codazos, pero tampoco toleraré remoloneos! Avanzad.

Nynaeve giró bruscamente la cabeza hacia atrás; en su semblante se plasmaba una dolorosa indecisión. Por alguna razón se tocó el sombrero de plumas azules, rotas y

dobladas, para luego apartar la mano con rapidez.

—¡Oh, esa vieja «chinga chivos» del...! —farfulló.

El resto se perdió mientras arrastraba a su yegua a través del acceso. Elayne resopló con desdén. ¡Y luego se atrevía a criticar a los demás por su lenguaje! Ojalá hubiese oído lo que seguía, sin embargo; esa primera parte ya la conocía.

Alise siguió metiéndoles prisa, si bien no fue realmente necesario después de que pasara la primera. Hasta las Detectoras de Vientos se apresuraron al tiempo que echaban ojeadas preocupadas hacia el cielo. Incluso Renaile, que mascullaba algo sobre Alise y de lo que Elayne tomó nota mental, aunque llamar a alguien «carroñera zampapeces» sonaba bastante suave. Había imaginado que los Marinos comían pescado a todas horas.

La propia Alise cerraba la marcha, con excepción de los restantes Guardianes, aparentemente decidida a arrear incluso a los animales de carga. Se detuvo un instante para tender a Elayne su sombrero de plumas verdes.

—Querrás proteger del sol esa dulce carita —dijo con una sonrisa—. Una chica tan guapa no tiene por qué volverse un cuero viejo y arrugado antes de tiempo.

Aviendha, sentada en el suelo a poca distancia, cayó hacia atrás y pateó muerta de risa.

—Creo que le pediré que busque un sombrero para ti. Con montones de plumas y grandes lazos —repuso Elayne en tono dulcísimo antes de seguir a la Allegada a través del acceso. Aquello, naturalmente, cortó las risas de Aviendha.

El prado suavemente ondulado, ancho y de más de un kilómetro de longitud, estaba rodeado de colinas más altas que las que habían dejado atrás, así como de árboles conocidos para Elayne: robles, pinos, endrinos, tupelos, cedros y abetos; bosques densos con buenos ejemplares madereros al sur, este y oeste, aunque quizás ese año no habría tala. En su mayor parte, los dispersos árboles que crecían al norte, en dirección a la casa solariega, eran más apropiados para leña. Pequeños peñascos grises salpicaban la espesa hierba agostada aquí y allí, y ni un solo tallo seco marcaba el lugar ocupado por una flor silvestre muerta. En eso no había tanta diferencia con el sur del continente.

Por una vez, Nynaeve no oteaba el entorno intentando localizar a Lan. Él y Birgitte no estarían ausentes mucho tiempo, de todos modos; allí no. En cambio, caminaba con brío entre los caballos, ordenando a la gente que montara con voz alta e imperiosa, metiendo prisa a los sirvientes con los animales de carga, espetando en tono cortante a algunas de las Allegadas que no tenían monturas que hasta un chiquillo podría caminar ocho kilómetros, gritándole a una noble altaranesa, una mujer esbelta y con una cicatriz en la mejilla, que cargaba un fardo casi tan grande como ella, que si había sido tan estúpida para llevarse todos sus vestidos entonces también podía acarrearlos. Alise había reunido a las Atha'an Miere alrededor y les

daba instrucciones sobre cómo montar a caballo. Lo asombroso era que parecían estar prestándole atención. Nynaeve echó un vistazo en su dirección y pareció complacida de ver a Alise parada en un sitio. Hasta que Alise le sonrió animosamente y le hizo un ademán para que siguiera con lo que estaba haciendo.

Nynaeve se quedó inmóvil, mirándola de hito en hito. Luego se dirigió hacia Elayne caminando a zancadas a través de la hierba. Se llevó las dos manos al sombrero, vaciló, y alzó la vista hacia él, observándolo ceñuda antes de ponérselo derecho de un tirón.

—Dejaré que esta vez ella se encargue de todo —manifestó en un tono sospechosamente razonable—. Veremos qué tal le va con esas... mujeres de los Marinos. Sí, ya veremos. —Un tono que se pasaba de razonable. De repente frunció el entrecejo al ver abierto el acceso—. ¿Por qué lo mantienes? Suéltalo.

También Aviendha estaba ceñuda. Elayne respiró hondo; lo había pensado bien y no había otra solución, pero Nynaeve intentaría discutir para hacerle cambiar de idea, y no había tiempo para discusiones. A través del acceso, la granja seguía vacía, ya que hasta las gallinas se habían escapado, asustadas por el alboroto; pero ¿cuánto tardaría en volver a estar abarrotada? Estudió su tejido, entrelazado tan prietamente que sólo se distinguían algunos hilos. Podía ver cada flujo, desde luego, pero con excepción de unos pocos, los demás parecían inseparablemente unidos.

—Lleva a todo el mundo a la casa solariega, Nynaeve —dijo. El sol no tardaría mucho en ponerse; quizá quedara un par de horas de luz—. Maese Bencorno se sorprenderá al ver llegar a tantos visitantes de noche, pero dile que sois invitados de la niña que lloró por el cardenal con el ala rota; se acordará de eso. Me reuniré con vosotras lo antes posible.

—Elayne —empezó Aviendha con una voz sorprendentemente ansiosa.

—¿Qué crees que...? —instó al mismo tiempo Nynaeve.

Sólo había un modo de poner fin a aquello. Elayne soltó uno de los hilos discernibles del tejido, que ondeó y se agitó como un tentáculo vivo; siseó y chisporroteó al tiempo que minúsculas partículas de *Saidar* se soltaban y desaparecían. No había notado eso cuando Aviendha deshizo su tejido. Claro que sólo había visto la última parte del proceso.

—Idos —le indicó a Nynaeve—. Esperaré a seguir con los demás hilos hasta que os hayáis perdido de vista. —Nynaeve la miraba boquiabierta—. Hay que hacerlo —musitó Elayne—. Los seanchan llegarán a la granja dentro de unas horas, sin duda. Aunque esperen hasta mañana, ¿y si una de las *damane* posee el Talento de interpretar los residuos? Nynaeve, no entregaré el Talento del Viaje a los seanchan. ¡Jamás!

La antigua Zahorí rezongó algo entre dientes sobre los seanchan que debió de ser particularmente expresivo, a juzgar por su tono.

—¡Bueno, pues no pienso dejar que te consumas! —manifestó en voz alta—. ¡Vamos, vuelve a ponerlo en su sitio, antes que todo ello explote como dijo Vandene! ¡Podrías matarnos a todos!

—No se puede volver a colocar —informó Aviendha mientras ponía una mano en el brazo de la otra mujer—. Elayne ha empezado y ahora debe terminarlo. Tienes que hacer lo que dice, Nynaeve.

Las cejas de Nynaeve se fruncieron. «Tener que» eran unas palabras que no le gustaban ni pizca cuando se aplicaban a ella. Sin embargo, no era una necia, de modo que tras unos instantes de mirada fulminante —a Elayne, al acceso, a Aviendha, al mundo en general— rodeó con los brazos a Elayne y la estrechó tanto que hizo que le crujieran las costillas.

—Ten cuidado, ¿me oyes? —susurró—. ¡Si te matas, juro que te despellejaré viva!

A pesar de todo, Elayne no pudo menos de echarse a reír. Su amiga resopló y la apartó sujetándola por los hombros.

—Sabes lo que quiero decir —rezongó—. ¡Y no creas que no hablo en serio! Muy en serio —añadió en tono más suave—. Ten mucho cuidado.

Le costó unos instantes recobrar la compostura, mientras parpadeaba y se ponía los guantes azules con bruscos tirones. En sus ojos parecía haber un brillo húmedo, aunque tal cosa era imposible; Nynaeve hacía llorar a otros, pero ella no lloraba.

—En fin —dijo en voz alta—. Alise, si todavía no está preparado todo el mundo... —Al volverse, se le cortó la voz con un sonido estrangulado.

Los que debían estar montados, lo estaban, incluso las Atha'an Miere. Todos los Guardianes se encontraban agrupados alrededor de las otras hermanas; Lan y Birgitte habían regresado, y la arquera observaba a Elayne con gesto preocupado. Los sirvientes tenían a los animales de carga puestos en fila, y las Allegadas aguardaban pacientemente, la mayoría a pie, excepto las componentes del Círculo. Varios caballos que podrían haberse montado estaban cargados con sacos de víveres y fardos de pertenencias. Las mujeres que habían cogido más de lo que Alise les había autorizado —ninguna de ellas Allegada— cargaban sus bultos a las espaldas. La esbelta noble con la cicatriz iba encorvada bajo el suyo y asestaba miradas fulminantes a todos, salvo a Alise. Todas las mujeres que podían encauzar no quitaban ojo del acceso, y las que habían estado lo bastante cerca para oír lo que Vandene había explicado sobre el peligro que conllevaba deshacer un tejido, contemplaban aquel filamento ondeante como si fuese una víbora roja.

Fue la propia Alise quien llevó su montura a Nynaeve. Y le enderezó el sombrero de plumas azules mientras la mujer más joven ponía el pie en el estribo. Nynaeve condujo a la oronda yegua hacia el norte, con Lan montado en *Mandarb* a su lado; en el semblante de la antigua Zahorí se plasmaba la vergüenza más absoluta. Elayne no

entendía por qué no ponía en su sitio a Alise. Por lo que ella misma había contado, Nynaeve había estado haciendo eso con mujeres mucho mayores que ella desde que era poco más que una chiquilla. Y, después de todo, ahora era Aes Sedai; eso tendría tanto peso como una montaña en el caso de las Allegadas.

Mientras la columna avanzaba sinuosamente hacia las colinas, Elayne volvió la vista hacia Aviendha y Birgitte. La Aiel se limitaba a seguir plantada allí, cruzada de brazos; en una mano asía fuertemente el *angreal* de la mujer arropada con su pelo. Birgitte cogió las riendas de *Leona* a Elayne y las unió a las de su caballo y el de Aviendha; a continuación se alejó hasta un pequeño peñasco que se alzaba a unos veinte pasos y se sentó.

—Vosotras dos también tenéis que iros —empezó Elayne, y tosió cuando Aviendha enarcó las cejas en un gesto de sorpresa. Alejar a la Aiel del peligro era imposible sin avergonzarla. O quizás era imposible en cualquier caso—. Quiero que vayas con los demás —le dijo a Birgitte—. Y llévate a *Leona*. Aviendha y yo podemos montar por turnos en su castrado. Me gustaría dar un paseo antes de acostarme.

—Si alguna vez tratas a un hombre la mitad de bien que a esta yegua, será tuyo de por vida —manifestó secamente Birgitte—. Creo que me quedaré sentada un rato; ya he cabalgado bastante tiempo hoy. No estoy siempre a tu entera disposición, aunque sigamos ese juego delante de las hermanas y los otros Guardianes para evitarte sonrojos, pero tú y yo sabemos a qué atenernos.

A despecho de sus burlonas palabras, Elayne percibió afecto en ella. No; era algo más profundo que afecto. Sintió un repentino escozor en los ojos. Su muerte heriría en lo más profundo a Birgitte —eso lo garantizaba el vínculo de Guardián—, pero era la amistad lo que la hacía quedarse ahora.

—Doy gracias a la Luz por tener dos amigas como vosotras —dijo simplemente.

La arquera sonrió como si hubiese dicho una tontería, pero Aviendha enrojeció intensamente y miró a Birgitte con los ojos muy abiertos, aturullada, como si la presencia de la Guardiana tuviera la culpa de que le ardieran las mejillas. Volvió prestamente los ojos hacia la gente que se dirigía hacia la primera colina y que aún se encontraba a menos de un kilómetro de distancia.

—Será mejor esperar hasta que se pierdan de vista —manifestó—, pero no puedes retrasarlo mucho. Una vez que se ha empezado a destejer, los flujos comienzan a volverse... resbaladizos al cabo de un rato. Si uno se suelta antes de haberlo destejido del conjunto, tiene las mismas consecuencias que si se desbarata todo el tejido: evolucionará en lo que quiera. Sin embargo, tampoco debes precipitarte. Cada hilo ha de soltarse hasta donde llegue. Cuantos más hilos haya sueltos, más fácil será ver los otros, pero siempre tienes que coger el hilo que se ve mejor. —Le sonrió con cariño y apretó firmemente los dedos contra su mejilla—. Lo harás bien, si tienes cuidado.

No parecía tan difícil. Sólo tenía que ir con cuidado. Se le hizo larguísimo hasta que la última mujer desapareció tras la colina; era la esbelta noble, encorvada bajo el fardo de vestidos. El sol apenas se había desplazado hacia el horizonte, pero tenía la impresión de que hubiesen transcurrido horas. ¿Qué quería decir Aviendha exactamente con «resbaladizos»? La Aiel no pudo explicarlo con más precisión que utilizando sinónimos del término; costaba trabajo asirlos, nada más.

Elayne lo descubrió tan pronto como reanudó el trabajo. Más que «resbaladizo» era como intentar agarrar una anguila a la que antes se ha pringado con grasa. Apretó los dientes al asir el primer hilo, sin olvidar que además tenía que destejerlo. Lo único que la frenó de soltar una exclamación de alivio cuando el hilo de Aire empezó a agitarse como un látigo, suelto por fin, era que todavía quedaban los demás. Si se volvían más «resbaladizos», no estaba segura de poder conseguirlo. Aviendha observaba atentamente, aunque sin pronunciar palabra, y siempre tenía presta una sonrisa animosa cuando Elayne lo necesitaba. La heredera del trono no podía ver a Birgitte —no se atrevía a apartar la vista de su trabajo—, pero sí la sentía, como un pequeño nódulo de confianza sólida como una roca dentro de su propia cabeza, suficiente para colmarla.

El sudor le corría por la cara, por la espalda y el estómago, hasta que llegó a sentirse tan «resbaladiza» como los hilos. Sería estupendo darse un baño esa noche. No, no debía pensar en eso; debía volcar toda su atención en el tejido. Lo cierto era que los hilos se volvían cada vez más difíciles de manejar, agitándose en cuanto los tocaba, pero seguían destejiéndose, y cada vez que uno de ellos se agitaba al quedar suelto, otro parecía saltar de la urdimbre y tornarse claramente perceptible de repente, cuando antes sólo había sólido *Saidar*. Ante sus ojos, el acceso semejaba algo monstruoso y deforme de cien cabezas en el fondo de un estanque, rodeado de zarcillos ondeantes, cada uno de ellos recubierto con innumerables hilos de Poder que crecían, se retorcían y desaparecían sólo para ser reemplazados por otros nuevos. La abertura visible a cualquier otra persona se estiraba y contraía por los bordes, cambiando de forma e incluso de tamaño constantemente. Las piernas empezaron a temblarle; la tensión le provocaba pinchazos en los ojos, además del sudor. No sabía cuánto más podría aguantar. Prietos los dientes, luchó. Paso a paso; de uno en uno.

A mil quinientos kilómetros de distancia, a menos de cien pasos a través del trémulo acceso, docenas de soldados surgieron alrededor de los blancos edificios de la granja; eran hombres bajos, armados con ballestas y vestidos con petos marrones y yelmos pintados que semejaban cabezas de insectos enormes. Tras ellos llegó una mujer que llevaba una falda con piezas de tela roja adornadas con rayos plateados, y un brazalete en la muñeca unido por una correa de plata al collar que rodeaba el cuello de otra mujer de gris; y después apareció otra *sul'dam* con su *damane*, y seguidamente otra pareja. Una de las *sul'dam* señaló al acceso, y el brillo del *Saidar*

envolvió repentinamente a su *damane*.

—¡Agachaos! —gritó Elayne mientras se echaba hacia atrás, fuera de la vista de la granja, y un rayo azul plateado se descargó a través del acceso con un violento estampido que la ensordeció, bifurcándose ferozmente en todas direcciones. Se le puso el pelo de punta, los mechones intentando alzarse por sí mismos, y allí donde se descargó cada ramificación del rayo se levantaron montones de tierra. Una lluvia de polvo y piedrecillas cayó sobre Elayne.

Cuando de golpe recobró la capacidad auditiva, oyó una voz de hombre, procedente del otro lado del acceso, con un acento que arrastraba las palabras al hablar y que le puso la carne de gallina:

—¡Cogedlas vivas, necias!

Repentinamente, uno de los soldados saltó al prado, justo delante de ella. La flecha de Birgitte penetró a través del puño repujado en el peto de cuero. Un segundo soldado seanchan tropezó con el primero antes de tener tiempo de frenarse. Del arco de Birgitte salía una lluvia de flechas; con un pie plantado sobre las riendas de los caballos, sonreía ferozmente mientras disparaba. Los temblorosos animales sacudían las cabezas y pateaban como si fueran a soltarse y a huir, pero Birgitte se limitó a seguir plantada y a disparar tan deprisa como le era posible. Gritos al otro lado del acceso ponían de manifiesto que Birgitte Arco de Plata seguía dando siempre en el blanco. Empero, hubo respuesta, rápida y tremenda, en forma de negros relámpagos, de saetas de ballestas. Todo ocurrió muy deprisa. Aviendha cayó mientras la sangre resbalaba entre los dedos con los que se aferraba el brazo derecho, pero enseguida lo soltó y gateó, tanteando el suelo para buscar el *angreal,* con gesto firme. Birgitte gritó; dejó caer el arco y se agarró el muslo, donde sobresalía el asta de un virote. Elayne percibió una punzada de dolor tan intenso como si lo sufriera en sus propias carnes.

Desesperada, asió otro hilo desde donde yacía medio tumbada de espaldas, y, para su espanto, se dio cuenta de que tras dar el primer tirón no tenía fuerzas para más. ¿Se había movido el hilo? ¿Se había soltado un poco siquiera? En tal caso, no podía soltarlo. El hilo se sacudía, resbaladizo, amenazando con escapársele.

—¡He dicho vivas! —bramó la voz seanchan—. ¡El que mate a una mujer no recibirá su parte del oro recaudado!

La andanada de saetas cesó.

—¿Queréis cogerme? —chilló Aviendha—. ¡Venid entonces y danzad conmigo!

El brillo del *Saidar* la envolvió de repente, muy débilmente a pesar del *angreal*, y unas bolas de fuego surgieron de la nada delante del acceso y salieron disparadas a través de él una y otra vez. No eran grandes, pero sus impactos al estallar en Altara sonaron en una constante sucesión. Aviendha jadeaba por el esfuerzo, con la cara brillante por el sudor. Birgitte había recuperado su arco; de la cabeza a los pies era la

viva imagen de la heroína de leyenda, con la sangre resbalando pierna abajo, apenas capaz de sostenerse en pie, pero ya con una flecha en el arco tensado, buscando un blanco.

Elayne intentó controlar su respiración. Le era imposible absorber ni una pizca más de Poder, nada que pudiera servir de ayuda.

—Debéis marcharos las dos —dijo. No daba crédito al tono calmado y frío de su voz; sabía que tendría que estar gimiendo y llorando. El corazón parecía querer salírsele del pecho—. No sé cuánto tiempo más podré sujetarlo. —Eso era cierto tanto en lo que atañía al hilo como a todo el tejido. ¿Se le estaba escapando?—. Idos, tan deprisa como podáis. Al otro lado de las colinas debería ser suficientemente seguro, pero cada metro que avancéis os alejará más del peligro. ¡Idos!

Birgitte gruñó en la Antigua Lengua, pero Elayne no entendió una sola palabra. Le sonaba como frases que le gustaría aprender. Si es que alguna vez tenía la oportunidad de hacerlo. Birgitte continuó con palabras comprensibles para la joven.

—Como sueltes esa cosa antes de que te lo diga, no tendrás que preocuparte de que Nynaeve te despelleje, porque lo haré yo misma. Y después le dejaré su turno. ¡Tú quédate quieta y aguanta! Aviendha, ven aquí. ¡Por detrás del acceso! ¿Puedes seguir lanzando esas cosas desde atrás? Acércate y sube a uno de los condenados caballos.

—Mientras vea dónde he de tejer —contestó la Aiel mientras se ponía de pie, tambaleándose. Se ladeó hacia un lado y poco faltó para que volviera a caerse al suelo. La sangre manaba de un feo tajo y le resbalaba por la manga—. Creo que puedo.

Desapareció detrás del acceso, y las bolas de fuego continuaron estallando. Era posible ver a través de un acceso desde el lado contrario, si bien parecía que hubiese calima en el aire. No obstante, no se podía cruzar desde allí —intentarlo resultaría terriblemente doloroso— y cuando Aviendha reapareció caminaba a trompicones a bastante distancia de la abertura. Birgitte la ayudó a montar en su castrado, ¡pero al revés, nada menos!

Cuando la arquera la llamó gesticulando enérgicamente, Elayne ni se molestó en negar con la cabeza. Para empezar, le daba miedo lo que podría ocurrir si hacía tal cosa.

—No estoy segura de poder retenerlo si intento ponerme de pie. —A decir verdad, ni siquiera estaba segura de ser capaz de levantarse. Ya no era simple cansancio, sino que sus piernas parecían de gelatina—. Cabalgad tan deprisa como podáis. Yo aguantaré hasta donde me sea posible. ¡Idos, por favor!

Mascullando maldiciones en la Antigua Lengua —tenían que ser maldiciones; ¡ninguna otra cosa sonaba igual!—, Birgitte entregó las riendas de los caballos a Aviendha. A punto de caer en dos ocasiones, cojeó hacia Elayne y se agachó para

cogerla por los hombros.

—Puedes aguantar —dijo, rebosante la voz de la misma convicción que Elayne percibía en ella—. Eres la primera reina de Andor que conozco, pero he conocido soberanas como tú: un temple de acero y el corazón de un león. ¡Puedes hacerlo!

Aupó a Elayne lentamente, sin esperar su respuesta, tenso el rostro, cada punzada en el muslo reflejándose como un eco en la cabeza de Elayne. La joven temblaba por el esfuerzo de mantener el tejido, asiendo el dichoso hilo; se sorprendió de encontrarse de pie. Y viva. El dolor de la pierna de Birgitte palpitaba salvajemente en su cabeza. Procuró no apoyarse en la arquera, pero sus temblorosas piernas no la sostenían bien. Mientras avanzaban a trancas y barrancas hacia los caballos, una medio recostada en la otra, Elayne no dejó de echar ojeadas hacia atrás. Era capaz de mantener un tejido sin tener que verlo —normalmente—, pero necesitaba asegurarse de que realmente seguía sujetando el hilo, que no se le estaba soltando. El acceso ofrecía una apariencia como jamás había visto en un tejido, retorciéndose desenfrenadamente, rodeado de erizados tentáculos.

Con un gemido, Birgitte la subió a la silla con esfuerzo, empujándola más que aupándola. ¡Hacia atrás, igual que Aviendha!

—Tienes que ver el acceso —explicó mientras cojeaba hacia su castrado; sujetó las riendas de los tres animales y montó dolorosamente. No emitió quejido alguno, pero Elayne percibió su tormento—. Tú haz lo que tengas que hacer, y deja que sea yo quien decida hacia dónde vamos.

Los caballos partieron al punto, quizás inducidos tanto por el miedo como por el taconazo de Birgitte a su propia montura.

Elayne se aferró al alto arzón de la silla con tanta resolución como al tejido y al propio *Saidar*. El galope del caballo la zarandeaba, y se mantuvo en la silla por pura chiripa. Aviendha utilizaba el arzón de la suya como puntal para sostenerse derecha; respiraba con la boca abierta y sus ojos parecían desenfocados. No obstante, el brillo del *Saidar* la envolvía, y la andanada de bolas de fuego continuó. No tan deprisa como antes, cierto, y algunas se quedaban cortas, dejando rastros de llamas en la hierba, o caían al otro lado, pero seguían formándose y surcando el aire. Elayne recobró la entereza, se obligó a hacer acopio de fuerzas; si Aviendha era capaz de aguantar cuando parecía a punto de desplomarse inconsciente, ella también podía.

Siguieron galopando y el acceso empezó a desdibujarse en la distancia a medida que la extensión de hierba agostada aumentaba entre ellas y la abertura, y entonces el terreno se volvió empinado. ¡Subían la colina! Birgitte volvía a ser la flecha en el arco, toda ella concentración, luchando contra el intenso dolor en la pierna, azuzando a los caballos para que aumentaran aún más la velocidad. Sólo tenían que llegar a la cumbre, pasar al otro lado.

Con un gemido entrecortado, Aviendha se dobló sobre los codos, brincando en la

silla como un saco mal atado; el brillo del *Saidar* parpadeó alrededor de ella y se desvaneció.

—No puedo —jadeó—. No puedo.

Ni siquiera tuvo fuerzas para decir más. Los soldados seanchan empezaron a saltar al prado tan pronto como la lluvia de fuego cesó.

—No pasa nada —consiguió articular Elayne. Tenía la garganta seca como arena; todo el líquido que antes hidrataba su cuerpo empapaba ahora su piel y sus ropas—. Usar un *angreal* es agotador. Lo hiciste bien, y ahora no pueden alcanzarnos.

Como queriendo burlarse de ella, una *sul'dam* apareció abajo, en la pradera; incluso a casi un kilómetro de distancia las dos mujeres eran inconfundibles. El sol, muy bajo en el horizonte, todavía arrancaba destellos en el *a'dam* que las unía. Otra pareja se les unió, y luego una tercera, y una cuarta. Y una quinta.

—¡La cumbre! —gritó Birgitte con regocijo—. ¡Lo hemos conseguido! ¡Esta noche habrá buen vino y un hombre bien plantado!

En la pradera, una *sul'dam* señaló y Elayne tuvo la sensación de que el tiempo se detenía. El brillo del Poder Único surgió repentinamente alrededor de la *damane* de la mujer, y Elayne alcanzó a ver el tejido formándose. Sabía lo que era.

—¡Más deprisa! —gritó.

El escudo la golpeó. Debería haber sido demasiado fuerte para que funcionara —¡tendría que haberlo sido!—, pero en su estado de agotamiento, aferrando a duras penas el *Saidar*, desvió la conexión entre ella y la Fuente. Abajo en la pradera, el tejido que había sido un acceso se colapsó sobre sí mismo. Demacrada, con aspecto de ser incapaz de mover un solo músculo, Aviendha se arrojó sobre ella desde su silla, arrastrándola al suelo. Elayne sólo tuvo tiempo de ver la lejana ladera de la colina mientras caía.

El aire se tornó blanco, y la cegó. Hubo un ruido —sabía que era un ruido, un inmenso estruendo— pero se encontraba fuera del alcance auditivo. Algo la golpeó, como si hubiese caído desde el tejado de una casa al pavimento de la calle, desde lo alto de una torre.

Abrió los ojos y vio el cielo. Éste parecía extraño de algún modo, borroso. Durante un momento fue incapaz de moverse y, cuando lo hizo, soltó un ahogado gemido. Le dolía todo. ¡Oh, Luz, cómo dolía! Lentamente se llevó una mano a la cara; al apartar los dedos los tenía rojos. Sangre. Las otras. Tenía que ayudarlas. Percibía a Birgitte, un dolor tan intenso como el suyo, pero al menos estaba viva. Y resuelta, y aparentemente furiosa; no podía estar muy mal herida. Aviendha.

Con un sollozo, Elayne rodó sobre sí misma y luego empujó con las manos y las rodillas; la cabeza le daba vueltas, una punzada lacerante le atravesaba el costado. Recordó vagamente que moverse aunque sólo fuera con una costilla rota era peligroso, pero la idea le llegaba tan borrosa como la imagen de la ladera. Pensar

resultaba... difícil. Sin embargo, parpadear pareció aclararle la vista. ¡Se encontraba casi al pie de la colina! En lo alto, una nube de humo se alzaba de la pradera. No tenía importancia ahora. Ninguna en absoluto.

Treinta pasos más arriba, Aviendha también estaba a gatas sobre manos y rodillas, y casi se desplomó al alzar una mano para limpiarse la sangre que le chorreaba por la cara, pero sus ojos escudriñaban con ansiedad; al localizar a Elayne la Aiel se quedó paralizada, mirándola de hito en hito. La heredera del trono se preguntó si tan malo sería su aspecto. A buen seguro no tanto como el de Aviendha; la mitad de su falda había desaparecido, el corpiño aparecía desgarrado, y allí donde se le veía piel y carne parecía haber sangre.

Elayne se arrastró hacia ella. Tal como tenía la cabeza, pensó que era mejor gatear que intentar ponerse de pie y caminar. Al acercarse, Aviendha soltó una ahogada exclamación de alivio.

—Estás bien —dijo, tocando con los dedos ensangrentados la mejilla de Elayne—. Tenía tanto miedo. Tanto.

Elayne parpadeó sorprendida. Por lo que alcanzaba a verse a sí misma, se hallaba en tan malas condiciones como Aviendha. Su falda estaba entera, pero la mitad del corpiño había desaparecido por completo, desgarrado del resto, y parecía sangrar por dos docenas de tajos. Entonces comprendió de golpe a qué se refería su amiga. No se había consumido. La idea la hizo temblar.

—Las dos estamos bien —musitó.

A un lado, a cierta distancia, Birgitte limpió su cuchillo en la crin del castrado de Aviendha y se puso de pie junto al animal inmóvil. El brazo derecho le colgaba inerte, le faltaba la chaqueta, así como una bota, y el resto de su atuendo estaba desgarrado; tenía la piel y las ropas tan ensangrentadas como ellas dos. La saeta hincada en el muslo parecía ser la peor herida que sufría, pero el conjunto de las demás la igualaba en gravedad.

—Se había roto la espalda —dijo mientras señalaba al animal tendido a sus pies—. Creo que el mío se encuentra bien, pero la última vez que lo vi galopaba en condiciones de ganar el Laurel de Megairil. *Leona*... —Se encogió de hombros e hizo un gesto de dolor—. Elayne, estaba muerta cuando la encontré. Lo siento.

—Nosotras estamos vivas —repuso firmemente la heredera del trono—, y eso es lo que importa. —Podría llorar por *Leona* después. El humo que se alzaba por encima de la colina no era denso, pero cubría una extensa área—. Quiero ver exactamente qué fue lo que hice.

Tuvieron que agarrarse las unas a las otras para ponerse de pie; subir la ladera resultó un esfuerzo acompañado de jadeos y gemidos —incluso de Aviendha— que sonaban como si hubiesen estado a punto de perder la vida —Elayne imaginaba que así era—, y por su aspecto habríase dicho que se habían revolcado en los despojos de

una carnicería. La Aiel seguía asiendo fuertemente el *angreal*, pero aun en el caso de que ella o la propia Elayne hubiesen poseído más Talento de Curación que el poco que tenían, ninguna de las dos habría conseguido abrazar la Fuente, y mucho menos encauzar. En la cumbre de la colina se sostuvieron unas contra otras y contemplaron la devastación.

El fuego rodeaba la pradera, pero el centro de ella estaba ennegrecido, humeante y arrasado, limpio incluso de los peñascos. La mitad de los árboles de las laderas circundantes se había quebrado o se inclinaba hacia el lado contrario de la pradera. Empezaron a aparecer halcones, planeando en el aire caliente que ascendía del fuego; los halcones cazaban así a menudo, buscando pequeños animales que se ponían al descubierto ahuyentados por las llamas. De los seanchan no quedaba ni rastro. Elayne deseó que hubiese cadáveres; así habría estado segura de que todos habían muerto. En especial todas las *sul'dam*. Sin embargo, al contemplar el terreno abrasado y humeante, se alegró de repente de que no quedaran señales. Había sido un modo horrible de morir.

«Que la Luz se apiade de sus almas —pensó—. De las de todos ellos.»

—Bueno —dijo en voz alta—, no lo hice tan bien como tú, Aviendha, pero supongo que salió lo mejor posible, considerando las circunstancias. Intentaré hacerlo mejor la próxima vez.

Aviendha la miró de reojo. Tenía un tajo en la mejilla, otro cruzándole la frente, y un tercero, largo, en el cuero cabelludo.

—Lo hiciste mucho mejor que yo en el primer intento. Se me entregó un nudo sencillo atado en un flujo de Viento la primera vez. Me costó cincuenta intentos para deshacerlo sin que me estallara un trueno en la cara o recibiera el golpe de un impacto que hacía que me zumbaran los oídos.

—Supongo que debería haber empezado con algo más simple —comentó Elayne —. Tengo la mala costumbre de lanzarme de cabeza a las cosas. —¿Lanzarse? ¡Había saltado sin antes mirar si había agua! Reprimió una risa, pero después de sentir un pinchazo en el costado, así que, en lugar de reír, gimió entre los dientes apretados. Pensó que tenía sueltos algunos—. Al menos hemos encontrado un arma nueva. Tal vez no debería felicitarme por eso, pero con los seanchan de vuelta me alegro.

—No lo entiendes, Elayne. —Aviendha señaló hacia el centro de la pradera, donde había estado el acceso—. Eso podría haber resultado en poco más que un destello de luz o incluso menos. No se sabe hasta que ocurre. ¿Por un estallido de luz merece la pena correr el riesgo de la Consunción para ti y para cualquier mujer que se encuentre a un centenar de pasos o más?

Elayne la miró de hito en hito. ¿Y se había quedado sabiendo eso? Poner en juego la vida era una cosa, pero arriesgarse a perder la habilidad de encauzar...

—Quiero que nos adoptemos como primeras hermanas, Aviendha. Tan pronto

como podamos encontrar Sabias. —No se le ocurría qué iban a hacer con respecto a Rand. La mera idea de que se casara con las dos, ¡y con Min!, era más que ridícula. Pero de eso sí estaba segura—. No necesito saber más de ti. Quiero ser tu hermana.

Suavemente besó la mejilla ensangrentada de Aviendha. Si antes creyó que la otra joven se había puesto colorada a más no poder, se había equivocado. Ni siquiera los amantes Aiel se besaban donde cualquiera pudiera verlos. El ocaso más rojo se quedaba pálido en comparación.

—También yo te quiero como mi hermana —balbuceó.

Tragó saliva con esfuerzo y, tras echar una mirada de reojo a Birgitte —que fingía no estar pendiente de ellas—, se inclinó y puso ligera y fugazmente los labios en la mejilla de Elayne. Ésta la quiso tanto por aquel gesto como por lo demás.

Birgitte había estado oteando a sus espaldas, por encima del hombro, y tal vez no había fingido en absoluto, después de todo, ya que de repente anunció:

—Alguien se acerca. Lan y Nynaeve, si no me equivoco.

Se volvieron torpemente, cojeando, tropezando y gimiendo. Parecía absurdo. En los cuentos, los héroes nunca salían tan mal heridos que apenas podían tenerse en pie. A lo lejos, por el norte, dos jinetes aparecieron fugazmente entre los árboles. Fugazmente, pero el tiempo suficiente para distinguir a un hombre alto en un enorme caballo, a galope tendido, y una mujer montada en un animal más pequeño, pero galopando igualmente deprisa a su lado. Con gran cuidado, las tres se sentaron para esperarlos. Ésa era otra cosa que los héroes no hacían nunca en las historias, pensó Elayne, suspirando. Confiaba en convertirse en una reina que hubiese enorgullecido a su madre, pero lo que estaba claro era que jamás sería una heroína.

Chulein movió ligeramente las riendas, y *Segani* se ladeó e inició un suave viraje sobre el ala estriada. Era un *raken* bien entrenado, veloz y ágil, su favorito, aunque tenía que compartirlo. Siempre había más *morat'raken* que *raken*; cosas de la vida. Allá abajo, en la granja, unas bolas de fuego surgían aparentemente de la nada y se dispersaban en todas direcciones. La seanchan procuró no prestar atención; su cometido era vigilar por si se presentaran problemas en los alrededores de la granja. Al menos, el humo había dejado de ascender del punto donde Tauan y Macu habían muerto en el olivar.

A setecientos cincuenta metros sobre el suelo, disfrutaba de un radio visual muy amplio. Todos los otros *raken* habían partido para explorar la campiña; se señalaría a cualquier mujer que corriera para comprobar si era una de las que habían causado aquella conmoción, aunque no dejaba de ser verdad que lo más probable era que cualquiera de esas tierras que viese a un *raken* en el aire saliera corriendo. Ella sólo tenía que ocuparse de vigilar por si surgían problemas. Ojalá no sintiera esa picazón entre los omóplatos; siempre significaba que se avecinaban dificultades. El viento del

vuelo de *Segani* no era muy fuerte a esa velocidad, pero la mujer apretó el cordón de su capucha de lino impermeabilizado para cerrarla más bajo la barbilla, comprobó las correas de seguridad que la sujetaban a la silla, se ajustó los anteojos de cristal y se ciñó bien los guanteletes.

Alrededor de unos cien Puños del Cielo se encontraban ya en el suelo y, lo más importante, seis *sul'dam* con sus *damane*, y una docena más cargadas con mochilas llenas de *a'dam*. La segunda escuadrilla emprendería el vuelo desde las colinas situadas al sur para transportar refuerzos. Mejor habría sido que hubiesen ido más en la primera oleada, pero los Hailene disponían de muy pocos *to'raken*, y corría el rumor de que a muchos de ellos se les había encomendado la misión de transportar a la Augusta Señora Suroth y a todo su séquito desde Amadicia. Arriesgado, pensar mal de la Sangre, pero ojalá hubiesen enviado más *to'raken* a Ebou Dar. Ningún *morat'raken* podía tener buena opinión de los enormes y desgarbados *to'raken*, aptos sólo para llevar cargas, pero podrían haber transportado más Puños del Cielo y más *sul'dam* en poco tiempo.

—Según los rumores, hay cientos de *marath'damane* ahí abajo —gritó Eliya, a su espalda. En vuelo, había que hablar a voces para hacerse oír por encima del fuerte silbido del viento—. ¿Sabes lo que pienso hacer con mi parte del oro recaudado? Comprar una posada. Ebou Dar parece un sitio muy apropiado, por lo que he visto. A lo mejor hasta me caso. Y tengo niños. ¿Qué te parece?

Chulein sonrió bajo el tapabocas que la protegía del viento. Todos los voladores hablaban de comprarse una posada —o una taberna e incluso a veces una granja—, pero ¿quién renunciaría al cielo? Dio unas palmaditas en la base del largo y correoso cuello de *Segani*. Todas las voladoras —tres de cada cuatro *morat'raken* eran mujeres — hablaban de esposo y niños, pero tener hijos también significaba poner fin a volar. Eran más las mujeres que dejaban los Puños del Cielo en un mes que las que abandonaban el cielo en medio año.

—Lo que me parece es que deberías seguir vigilando y no apartar la vista del suelo —contestó, pero no había nada malo en charlar un poco. Podría haber divisado a un niño moviéndose entre los olivos, allá abajo, cuanto más cualquier cosa que pudiera representar un peligro para los Puños del Cielo. Los soldados de esa compañía de infantería ligera eran casi tan duros como los Guardias de la Muerte; algunos decían que más—. Yo emplearé mi parte en comprar una *damane* y contratar una *sul'dam*. —Si allí abajo había aunque sólo fuera la mitad de *marath'damane* de lo que afirmaban los rumores, se compraría dos *damane*. ¡Tres!—. Una *damane* entrenada para hacer Luminarias del Cielo. Cuando deje de volar, seré tan rica como un miembro de la Sangre.

Allí tenían algo llamado «fuegos de artificio»; Chulein había visto a varios individuos intentando en vano despertar el interés de la Sangre en Tanchico, pero ¿a

quién le seduciría contemplar una cosa tan insignificante en comparación con las Luminarias del Cielo? A esos tipos se los había sacado a empujones de la ciudad, dejándolos tirados en la calzada.

—¡La granja! —gritó Eliya, y de pronto algo golpeó con fuerza a *Segani*, más fuerte que la peor ráfaga de viento tormentoso que Chulein había sentido en su vida, y lo volteó sobre un costado.

El *raken* cayó a plomo mientras lanzaba su estridente grito, girando tan deprisa que Chulein sintió la presión de las correas de seguridad. Dejó las manos sobre los muslos, asiendo las riendas, pero quietas. *Segani* tenía que superar aquello por sí mismo; cualquier tirón de las riendas sólo lo entorpecería más. Cayeron girando como una rueda de juego. A los *morat'raken* se les enseñaba a no mirar el suelo si un *raken* caía por la razón que fuera, pero Chulein no pudo menos que calcular su altura cada vez que una de las bruscas volteretas hacía visible la tierra. Seiscientos metros. Cuatrocientos cincuenta. Trescientos. Ciento cincuenta. Que la Luz iluminara su alma y la infinita misericordia del Creador la guardara de...

Con un seco chasquido de sus anchas alas, que la lanzó violentamente hacia un lado e hizo que los dientes le chasquearan, *Segani* se niveló, y las puntas de las alas rozaron las copas de los árboles en su pasada rasa. Con una tranquilidad adquirida merced a un duro entrenamiento, la mujer comprobó el movimiento de las alas del animal buscando algún tipo de lesión. No vio nada, pero de todos modos haría que un der'*morat'raken* lo examinara minuciosamente. Algo minúsculo que a ella podría pasarle inadvertido no se le escaparía a un maestro.

—Al parecer, nos hemos escapado de la Dama de las Sombras una vez más, Eliya. —Se giró para mirar hacia atrás y enmudeció. Un trozo de la correa de seguridad rota ondeaba en el asiento vacío que había a su espalda. Todos los voladores sabían que la Dama esperaba al final de una larga caída, pero saberlo nunca lo hacía más fácil cuando ocurría.

Tras alzar una plegaria por su compañera muerta, la mujer se obligó a reanudar su cometido y azuzó a *Segani* para que se elevara. Fue una ascensión lenta, en espiral, por si acaso había alguna lesión que no se apreciara a simple vista, aunque todo lo deprisa que consideraba seguro. Tal vez un poco más. El humo elevándose tras la encorvada colina la hizo fruncir el entrecejo, pero lo que vio cuando sobrepasó la cumbre le dejó la boca seca. Sus manos se quedaron inmóviles en las riendas, y *Segani* siguió cobrando altura con poderosos aleteos.

La granja había... desaparecido. De los blancos edificios sólo quedaban los cimientos, y las grandes estructuras construidas en la ladera estaban reducidas a montones de escombros aplastados. Desaparecido. Todo estaba abrasado y ennegrecido. El fuego ardía furiosamente en la maleza de las faldas de las colinas y avanzaba en abanicos que se extendían un kilómetro por los olivares y el bosque,

propagándose por los terrenos bajos entre cerro y cerro. Más lejos se divisaban árboles tronchados en un radio de otros mil metros o más, todos ellos caídos en dirección opuesta a la granja. Jamás había visto algo igual. No podía haber nada vivo allí abajo. Nada podía haber sobrevivido a una cosa así. Fuese lo que fuese.

Rápidamente, se obligó a salir de su estupor e hizo que *Segani* virase hacia el sur. En lontananza divisó *to'raken*, cada uno de ellos cargado a tope con una docena de Puños del Cielo, ya que la distancia no era larga. Puños del Cielo y *sul'dam* que llegaban demasiado tarde. Empezó a redactar mentalmente su informe; no había nadie más para hacerlo. Todos decían que ésa era una tierra repleta de *marath'damane* esperando a que se les pusiera la correa, pero con esa nueva arma, las mujeres que se llamaban a sí mismas Aes Sedai representaban un verdadero peligro. Había que hacer algo con ellas, algo contundente. Tal vez si la Augusta Señora Suroth se hallaba de camino a Ebou Dar, también entendería que era necesario.

7. En un corral

El cielo ghealdano estaba totalmente despejado y un sol de justicia pegaba en las colinas arboladas. Sin ser aún mediodía, el calor era sofocante. Pinos y cedros amarilleaban por la sequía, así como otros ejemplares que Perrin sospechaba eran perennes. No se movía ni gota de aire. El sudor le corría por la cara y penetraba en su corta barba. Tenía pegado a la cabeza el rizado cabello. Le pareció oír un trueno lejano, por el oeste, pero casi había perdido la esperanza de que alguna vez volviera a llover. Uno tenía que martillear el hierro que había en el yunque, no soñar despierto con trabajar la plata.

Desde su ventajosa posición en la cresta escasamente arbolada, examinó la ciudad amurallada de Bethal a través de un visor de lentes montado en un tubo de bronce. Incluso a sus penetrantes ojos no les venía mal una ayuda a esa distancia. Era una ciudad de buen tamaño, de edificios con los tejados de pizarra, entre ellos media docena de construcciones altas que podrían ser palacios de nobles menores o las casas de mercaderes acaudalados. No alcanzaba a distinguir la bandera escarlata que colgaba fláccida en lo alto de la torre mayor del palacio más grande, el único estandarte a la vista, pero sí sabía a quién pertenecía: Alliandre Maritha Kigarin, reina de Ghealdan, lejos de su corte y trono, en Jehannah.

Las dos puertas de la ciudad se encontraban abiertas, con veinte guardias o más en cada una, pero nadie salía por ellas, y las calzadas que divisaba desde su posición permanecían vacías, con excepción de un jinete solitario que cabalgaba a galope tendido hacia Bethal, procedente del norte. Los soldados tenían los nervios de punta, y algunos alzaron picas o arcos a la vista del jinete, como si éste blandiese una espada chorreando sangre. Otros soldados que estaban de guardia se agolparon en las almenas de las torres de la muralla o en los adarves intermedios. También allí arriba se encajaron muchas flechas en las cuerdas de los arcos o se alzaron ballestas. Miedo a montones.

Una tormenta se había descargado sobre esa zona de Ghealdan. Y aún seguía allí. Las partidas del Profeta desataban el caos, los bandidos se aprovechaban de ello, y los Capas Blancas que habían cruzado la frontera desde Amadicia podrían atacar incluso allí a pesar de la lejanía. Unas columnas de humo dispersas, más al sur, probablemente señalaban granjas incendiadas, ya fuese a manos de los Capas Blancas o de los hombres del Profeta. Los bandidos rara vez se molestaban en prender fuego, y los otros dos grupos dejaban poco para ellos, en cualquier caso. Sumándose a la confusión, los rumores que corrían por los pueblos por los que había pasado en los últimos días afirmaban que Amador había caído, en manos del Profeta, de los taraboneses o de las Aes Sedai, según quién contaba la historia. Algunos aseguraban que el propio Pedron Niall había muerto en combate defendiendo la ciudad. En

conjunto, había sobradas razones para que una reina estuviese preocupada por su propia seguridad. O tal vez los soldados estuvieran allí abajo por su causa. A pesar de todos sus esfuerzos, su marcha hacia el sur no había pasado inadvertida.

Se rascó la barba, pensativo. Lástima que los lobos que había en las colinas circundantes no pudieran contarle nada, pero rara vez prestaban atención a los asuntos de los hombres, salvo para mantenerse lo más lejos posible de ellos. Además, desde lo ocurrido en los pozos de Dumai, le daba cargo de conciencia pedirles más de lo que no fuese absolutamente necesario. Al final, quizá lo mejor sería ir a la ciudad solo, con la única compañía de unos pocos hombres de Dos Ríos.

No pocas veces había sospechado que Faile podía leerle los pensamientos, por lo general cuando menos le interesaba a él, y ahora su mujer lo demostró taconeando su yegua negra, *Golondrina*, para situarla junto a su caballo pardo. El traje de montar, de estrecha falda pantalón, era casi tan oscuro como la yegua, pero aun así parecía estar soportando el calor mejor que él. Exhalaba un débil aroma a jabón de hierbas, a sudor limpio, a ella misma. A resolución. Sus ojos rasgados translucían una gran determinación, así como su enérgica nariz; tenía mucho del ave rapaz cuyo nombre había adoptado.

—No me gustaría ver agujeros en esa excelente chaqueta azul, esposo —dijo en voz queda, sólo para sus oídos—, y esos tipos parecen dispuestos a disparar a un grupo de hombres desconocidos antes de preguntar quiénes son. Además, ¿cómo llegarías hasta Alliandre sin proclamar tu nombre a los cuatro vientos? Esto debe hacerse con total discreción, recuerda.

No añadió que debería ser ella la que fuera, que los guardias de las puertas tomarían por una refugiada a una mujer sola, que podría llegar ante la reina utilizando el nombre de su madre sin levantar demasiados comentarios, pero no era necesario. Perrin ya había oído todo eso hasta la saciedad desde la primera noche que entraron en Ghealdan. Se encontraban allí en parte por la cautelosa carta de Alliandre a Rand, ofreciéndole... ¿Apoyo? ¿Lealtad? En cualquier caso, su deseo de mantenerlo en secreto había sido primordial.

Perrin dudaba que ni siquiera Aram, montado en su caballo gris de largas patas, a escasos metros detrás de ellos, hubiese oído una sola palabra de lo que Faile había dicho, mas, cuando aún no había acabado de hablar, Berelain adelantó a su yegua blanca hasta situarla al otro lado del caballo pardo. Su cara brillaba de sudor; también ella olía a resolución, aunque mezclada con una vaharada de perfume de rosas. A él al menos le parecía una vaharada. Cosa extraña, su traje de montar verde no dejaba ver más carne que la imprescindible.

Los dos acompañantes de Berelain no se movieron de su sitio, aunque Annoura, su consejera Aes Sedai, lo observaba con una expresión indescifrable bajo la capa de trencillas adornadas con cuentas y largas hasta los hombros; no a las dos mujeres y a

él, sino a él en particular. Ni rastro de sudor en aquel rostro. Perrin habría querido encontrarse lo bastante cerca para oler a la hermana Gris de prominente nariz; a diferencia de las otras Aes Sedai, ella no hacía promesas a nadie. Cualquiera que fuese el valor de dichas promesas. Lord Gallenne, jefe de la Guardia Alada de Berelain, parecía muy ocupado en observar Bethal a través del visor de lentes con su único ojo, toqueteando las riendas de un modo que Perrin había llegado a comprender que significaba que el hombre estaba sumido en reflexiones. Probablemente, en cómo tomar Bethal por la fuerza; Gallenne siempre veía primero la peor alternativa.

—Sigo pensando que debería ser yo la que se acercara a Alliandre —manifestó Berelain. Eso también lo había oído Perrin a diario—. Después de todo, es por lo que vine. —Ésa era una de las razones—. A Annoura se le concederá inmediatamente una audiencia, y me introducirá sin que se entere nadie, excepto Alliandre.

Otro motivo de asombro: en su voz no había sonado ni el más leve atisbo de coqueteo. Aparentemente, le prestaba tan poca atención a él como a los guantes de cuero rojo que se estaba ajustando. ¿A cuál de las dos designar? El problema era que no quería elegir a ninguna de ellas.

Seonid, la otra Aes Sedai que había subido a la cresta, se encontraba al lado de su yegua castaña a cierta distancia, cerca de un alto endrino mustio, con los ojos puestos no en Bethal, sino en el cielo. Las dos Sabias de ojos muy claros que estaban con ella ofrecían un llamativo contraste: los rostros curtidos por el sol, en lugar de la tez blanca de la hermana; cabello rubio, en contra del oscuro de ella; altas, en lugar de su baja estatura. Por no mencionar las oscuras faldas y blusas blancas, tan distintas a su traje de fino paño azul. Edarra y Nevarin lucían collares y brazaletes de oro, plata y marfil, en tanto que Seonid sólo llevaba su anillo de la Gran Serpiente. Las dos Aiel eran jóvenes, a diferencia del aspecto intemporal de la Aes Sedai. No obstante, las Sabias igualaban en serenidad y dominio de sí mismas a la hermana Gris, y también ellas observaban el cielo.

—¿Veis algo? —preguntó Perrin, posponiendo la decisión.

—Vemos el cielo, Perrin Aybara —repuso sosegadamente Edarra; sus joyas tintinearon con suavidad cuando la Sabia se ajustó el oscuro chal que llevaba sobre los hombros. El calor parecía afectar tan poco a las Sabias como a la Aes Sedai—. Si viésemos algo más, te lo diríamos.

Confiaba en que así lo hicieran. Creía que lo harían. Al menos, si había algo, imaginaba que Grady y Neald podrían verlo también, y los dos Asha'man no lo mantendrían en secreto. Ojalá se encontraran allí, en lugar de haberse quedado en el campamento.

Hacía más de media semana, un vaporoso chorro de Poder Único surcando el cielo a gran altura había provocado agitación entre las Aes Sedai y las Sabias. Y en Grady y Neald, cosa que había ocasionado mayor agitación, lo más parecido al

pánico que cualquier Aes Sedai podría demostrar. Asha'man, Aes Sedai y Sabias, todos ellos, afirmaban que seguían percibiendo débilmente el Poder en el aire mucho después de que el chorro desapareciera, pero ninguno sabía su significado. Neald decía que le recordaba el viento, aunque ignoraba la razón. Ninguno formuló en voz alta algo más que una opinión; sin embargo, si las dos mitades del Poder, masculina y femenina, eran visibles, tenía que deberse a alguna maniobra de los Renegados, y a gran escala. Preguntarse qué se traerían entre manos había mantenido despierto a Perrin hasta altas horas casi todas las noches desde entonces.

A despecho de sí mismo, alzó los ojos al cielo. No vio nada, por supuesto, salvo un par de palomas. De repente, un halcón apareció en su campo visual, zambulléndose, y una de las palomas desapareció en medio de una rociada de plumas. La otra aleteó frenéticamente hacia Bethal.

—¿Has tomado una decisión, Perrin Aybara? —preguntó Nevarin con cierta brusquedad. La Sabia de ojos verdes parecía incluso más joven que Edarra, quizá de la misma edad que Perrin, y le faltaba un punto de la serenidad que poseía la mujer de ojos azules. El chal le resbaló por los brazos cuando se puso en jarras, y Perrin casi esperó que agitara el índice en su dirección. O un puño. Le recordaba a Nynaeve, aunque físicamente no se parecían en nada. Nevarin habría hecho que Nynaeve pareciese gorda—. ¿De qué sirven nuestros consejos si haces oídos sordos a ellos? ¿De qué?

Faile y Berelain se mantenían muy erguidas en sus monturas, ambas la viva imagen del orgullo, ambas oliendo a expectación e incertidumbre por igual. Y a irritación, por sentir tal inseguridad; a ninguna le gustaba ese pequeño desdoro. Seonid se encontraba demasiado lejos para percibir su olor, pero los labios apretados denotaban de sobra su estado de ánimo. La enfurecía la orden de Edarra de que guardase silencio a menos que se le hablase antes. Con todo, obviamente deseaba que Perrin aceptase el consejo de las Sabias; lo observaba fijamente, como si la fuerza de su mirada pudiera empujarlo a hacer lo que ellas querían. A decir verdad, se sentía inclinado a elegir a la Aes Sedai, pero lo asaltaban las dudas. ¿Hasta dónde llegaba realmente su juramento de lealtad a Rand? Más allá de lo que jamás habría imaginado, por lo que había visto, pero, aun así, ¿hasta qué punto podía fiarse de una Aes Sedai? La llegada de los dos Guardianes de Seonid le dio unos minutos más de respiro.

Cabalgaban juntos, a pesar de que habían partido por separado, y mantenían los caballos entre los árboles, alejados de la cresta para que no los avistasen desde la ciudad. Furen era teariano, de tez casi tan oscura como un buen mantillo y con hebras grises en su negro y rizado cabello, en tanto que Teryl, un murandiano, era veinte años más joven, tenía el cabello castaño rojizo, bigote con las puntas enroscadas y los ojos aún más azules que los de Edarra. No obstante, estaban cortados por el mismo

patrón: altos, enjutos y duros. Desmontaron ágilmente, sus capas cambiando de color y desvaneciéndose de un modo que producía mareo, y presentaron sus informes a Seonid, haciendo caso omiso de las Sabias a propósito. Y de Perrin.

—Es peor que en el norte —explicó, desabrido, Furen. Unas gotitas de sudor perlaban su frente, pero a ninguno de los dos hombres parecía afectarles mucho el calor—. Los nobles del lugar se han encerrado en sus casas solariegas o en la ciudad, y los soldados de la reina se mantienen dentro de las murallas. Han abandonado el campo en manos de los hombres del Profeta. Y de los bandidos, aunque de éstos no parece haber muchos por los alrededores. Las hordas del Profeta están por todas partes. Opino que Alliandre se alegrará de verte.

—Chusma —resopló Teryl mientras se golpeaba con las riendas en la palma de la mano—. En ningún momento he visto más de quince o veinte en el mismo sitio, armados principalmente con horcas y jabalinas y cubiertos de andrajos como pordioseros. Que les teman los granjeros es comprensible, pero de los lores podría esperarse que los erradicaran y los ahorcaran a parvas. La reina besará tu mano al ver a una hermana.

Seonid abrió la boca, pero entonces miró a Edarra, quien asintió con la cabeza. Si acaso, el permiso para hablar tensó aún más los labios de la Verde, aunque su tono fue suave como la mantequilla.

—Ya no hay razón para que retraséis vuestra decisión, lord Aybara. —Puso un punto de énfasis en el título, sabedora del derecho que realmente tenía a él—. Vuestra esposa podrá alegar su pertenencia a una gran casa, y Berelain es una dirigente, pero aquí las casas saldaeninas cuentan poco, y Mayene es una ciudad-Estado, con poca entidad como nación. Enviar a una Aes Sedai de emisaria os respaldará con todo el peso de la Torre Blanca a los ojos de Alliandre. —Quizás al recordar que Annoura serviría para eso igual que ella, se apresuró a añadir—. Además, ya he estado antes en Ghealdan, y mi nombre es bien conocido. Alliandre no sólo me recibirá de inmediato, sino que prestará oídos a lo que le diga.

—Nevarin y yo la acompañaremos —intervino Edarra.

—Nos aseguraremos de que no diga nada que no deba —agregó la otra Sabia.

Seonid rechinó los dientes de forma audible para el agudo oído de Perrin y se afanó en arreglar los pliegues de su falda pantalón, cuidando de mantener baja la vista. Annoura dejó escapar lo que sonó mucho a gruñido; por su parte, se mantenía apartada de las Sabias, y no le gustaba ver a las otras hermanas con ellas.

Perrin habría querido gritar. Enviar a la Verde lo libraría del conflicto que era como un puñal clavado en el alma, pero las Sabias se fiaban menos que él de las Aes Sedai y seguían atando corto a Seonid y a Masura. Por los pueblos también habían corrido cuentos recientemente sobre los Aiel. Nadie de allí había visto en su vida a uno, pero los rumores de que seguían al Dragón Renacido se habían propagado, y la

mitad de los ghealdanos tenía la certeza de que había Aiel a un día o dos de distancia, además de que cada historia contada era más extraña y más horrible que la anterior. Alliandre podría sentirse demasiado asustada para permitirle acercarse a ella después de haber visto a dos mujeres Aiel diciéndole a una Aes Sedai lo que debía hacer. Y Seonid agachaba la cabeza y obedecía, por mucho que rechinase los dientes. Bueno, pues no estaba dispuesto a poner en peligro a Faile teniendo como garantía de que sería bien recibida sólo una carta redactada en términos ambiguos meses antes. Aquel puñal se clavó más hondo, pero no tenía alternativa.

—Un grupo pequeño pasará esas puertas con más facilidad que uno numeroso —dijo finalmente mientras guardaba el visor de lentes en su alforja. Y también daría mucho menos que hablar—. Lo que significa que sólo iréis tú y Annoura, Berelain. Y tal vez lord Gallenne. Probablemente lo tomarán por el Guardián de Annoura.

Berelain rió encantada, a la par que se inclinaba para apretarle el brazo con las dos manos. No se conformó con eso, naturalmente. Sus dedos presionaron en un gesto acariciante, seguido de una encendida sonrisa prometedora, y a continuación la mujer se enderezó antes de que Perrin tuviese tiempo de mover un músculo, recuperando de golpe una expresión tan inocente como la de un bebé. Con gesto impasible, Faile centraba su atención en ajustarse los guantes. Por su olor, no había advertido la sonrisa de Berelain; ocultaba bien su decepción.

—Lo siento Faile, pero —empezó Perrin...

Un efluvio de indignación tan punzante como espinas irradió violentamente de su mujer.

—Sin duda tienes asuntos que discutir con la Principal antes de que parta, esposo —dijo con calma. Sus ojos rasgados eran la viva imagen de la serenidad; su olor, abrojos de las dunas—. Más vale que lo discutas con ella ahora, cuanto antes.

Hizo volver grupas a *Golondrina* y la condujo hacia donde se encontraban Seonid —que echaba chispas— y las Sabias —que exhibían un gesto tirante—, pero no desmontó ni habló con ellas. Por el contrario, contempló ceñuda Bethal, cual halcón oteando desde su nido.

Perrin cayó en la cuenta de que se estaba tocando la nariz y bajó la mano bruscamente. No había sangre, desde luego, sólo que la sensación era como si tuviese una hemorragia.

Berelain no necesitaba instrucciones de última hora —la Principal de Mayene y su consejera Gris estaban impacientes por ponerse en camino, totalmente seguras de saber lo que debían hacer y decir—, pero de todos modos Perrin hizo hincapié en que tuviesen prudencia y recalcó que era Berelain, y sólo Berelain, la que debía hablar con Alliandre. Annoura le lanzó una de aquellas frías miradas Aes Sedai e inclinó la cabeza; lo que podía significar aquiescencia o no. Perrin dudaba que pudiese sacarle nada más ni con tenazas. Los labios de Berelain se curvaron en un gesto divertido, si

bien la mujer se mostró de acuerdo con todo lo que él dijo. O quizá sólo lo hizo por cumplir. Sospechaba que la Principal diría cualquier cosa con tal de salirse con la suya, y esas sonrisitas en los momentos más inoportunos le fastidiaban. Gallenne había guardado su visor de lentes, pero seguía jugueteando con las riendas, sin duda planeando cómo abrirse camino a la fuerza para sacar de Bethal a las dos mujeres. Perrin habría querido rugir de frustración.

Los vio descender por la calzada, preocupado. El mensaje que llevaba Berelain era sencillo: Rand comprendía la actitud cautelosa de Alliandre, pero si quería su protección debía estar dispuesta a anunciar públicamente que lo apoyaba. Dicha protección llegaría con soldados y Asha'man para dejárselo claro a todo el mundo, e incluso con el propio Rand si era menester, una vez que accediera a hacer dicha declaración. Berelain no tenía motivo para cambiar el mensaje ni un pelo, a pesar de sus sonrisas —suponía que debía de ser otra forma de coquetear—, pero Annoura... Las Aes Sedai hacían lo que hacían, y sólo la Luz sabía por qué la mitad de las veces. Ojalá se le ocurriese algún modo de entrar en contacto con Alliandre sin tener que recurrir a una hermana o a parlamentos vehementes. O poner en peligro a Faile.

Los tres jinetes llegaron a las puertas, con Annoura a la cabeza, y los guardias alzaron picas, bajaron arcos y ballestas, sin duda en cuanto supieron que era Aes Sedai. No había muchas personas con arrestos para oponerse a quien hacía esa afirmación. Apenas hubo una pausa antes de que la hermana entrara en la ciudad precediendo a los otros dos. De hecho, daba la impresión de que los soldados estaban ansiosos por que pasaran cuanto antes, fuera del alcance de la vista de cualquiera que estuviese vigilando desde las colinas. Algunos otearon hacia las distantes elevaciones, y Perrin no necesitó olerlos para percibir su inquietud ante un posible observador oculto allá arriba, alguien que, cosa nada probable, pudiera identificar a una hermana.

Perrin viró hacia el norte, en dirección al campamento, y condujo al grupo a lo largo de la cresta hasta que se encontraron fuera del alcance de la vista de las torres de Bethal, y entonces descendió en diagonal hacia la calzada de tierra. A ambos lados de ésta se veían granjas desperdigadas, con casas de tejados de paja y establos estrechos y alargados, pastizales marchitos y campos de rastrojeras, rediles de altos muros de piedra, si bien apenas se veían animales, y menos aún gente. Esas contadas personas observaban con desconfianza a los jinetes, como observarían las gallinas a los zorros, interrumpiendo sus tareas hasta que los caballos pasaban de largo. Aram, por su parte, no les quitaba ojo, a veces mientras toqueteaba la empuñadura de la espada, que asomaba por encima de su hombro, tal vez deseando topar con alguien que no fuera simplemente un granjero. A pesar de su chaqueta a rayas verdes, dentro de él quedaba poco de su origen gitano.

Edarra y Nevarin caminaban al lado de *Brioso*, aparentemente como si estuviesen

dando un paseo, pero mantenían el paso sin dificultad a pesar de sus faldas amplias. Seonid las seguía de cerca, con su castrado, y Furen y Teryl marchaban detrás de ella. La Verde de tez pálida fingía que iba dos pasos por detrás de las Sabias por propio gusto, pero los dos hombres no se molestaban en disimular su ceño. A menudo los Guardianes eran más quisquillosos con respecto a la dignidad de su Aes Sedai que la propia hermana en cuestión, y eso que las Aes Sedai no tenían nada que envidiar a una reina en ese aspecto.

Faile iba en *Golondrina*, manteniendo a la yegua al otro lado de las Aiel, sumida en el silencio y en apariencia observando el paisaje marcado por la sequía. Esbelta y grácil, hacía que Perrin se sintiera patoso en el mejor de los casos. Era puro azogue, y a él le encantaba, por lo general, pero... Se había levantado una ligera brisa, la suficiente para que su olor se mezclara con el de los demás. Perrin sabía que debía de estar pensando en Alliandre y en cuál sería su respuesta, o, mejor incluso, en el Profeta y en cómo encontrarlo una vez que la reina se hubiese manifestado en uno u otro sentido, pero era totalmente incapaz de hacer un hueco en su cabeza para esos asuntos.

Había esperado que Faile se enfadara cuando él eligiese a Berelain, aun cuando se suponía que Rand la había enviado con ese propósito. Faile sabía que no quería ponerla en peligro —ni en riesgo de un probable peligro—, cosa que la desagradaba más incluso que la propia Berelain. Empero, su efluvio había sido apacible como una mañana estival... ¡hasta que él intentó disculparse! Bueno, las disculpas avivaban su ira si estaba enfadada ya —salvo en las ocasiones en que disipaban su mal genio, se entiende—, ¡pero no se había enfadado! Sin la presencia de Berelain, las cosas marchaban como la seda entre ellos. La mayor parte del tiempo. Pero sus explicaciones de que no hacía nada para alentar las expectativas de esa mujer —¡todo lo contrario!— sólo recibían un seco «¡Por supuesto que no lo haces!», en un tono que lo calificaba de necio por sacar a relucir el tema. Sin embargo todavía se enfadaba —¡con él!— cada vez que Berelain le sonreía o encontraba una excusa para tocarlo, sin importar la brusquedad con que la rechazara, y la Luz sabía que lo hacía. Aparte de atarla, no se le ocurría qué más podía hacer para desanimarla y para que dejara de insinuarse. Sus cautelosos sondeos a Faile para intentar averiguar qué estaba haciendo mal, recibían un ligero «¿Por qué piensas que has hecho algo?» o un no tan despreocupado «¿Qué *crees* tú que has hecho?», o un seco y escueto «No quiero hablar de eso». Es decir, *estaba* haciendo algo mal, ¡pero no entendía qué! Sin embargo, debía descubrirlo. Nada era tan importante como Faile. ¡Nada!

—¿Lord Perrin?

La voz excitada de Aram lo sacó de sus cavilaciones.

—No me llames así —masculló mientras volvía la vista hacia donde señalaba el índice del joven, otra granja abandonada, un poco más adelante, donde el fuego había

consumido los tejados de la casa y del establo; sólo quedaban en pie las toscas paredes de piedra. Una granja abandonada, pero no desierta. Allí se alzaron gritos furiosos.

Alrededor de una docena de tipos, mal vestidos y empuñando lanzas y horcas, intentaba abrirse paso a la fuerza por encima del muro de piedra de un corral, que parecía tener más de un metro de altura, en tanto que un puñado de hombres que había dentro trataba de impedírselo. Varios caballos corrían dentro del cercado de un lado para otro, asustados por el ruido, y también había tres mujeres montadas. Éstas no se limitaban a esperar para ver en qué acababa todo aquello, sin embargo; una de ellas parecía estar arrojando piedras, y otra se aproximó al muro para asestar un golpe con un largo garrote, mientras la tercera mujer hacía cocear a su montura, y un tipo alto cayó hacia atrás desde lo alto de la valla para esquivar los cascos del animal. Pero había muchos atacantes, demasiado muro que defender.

—Mi consejo es que demos un rodeo y los esquivemos —dijo Seonid, con lo que se ganó miradas severas de Edarra y Nevarin, pero la hermana no se inmutó y siguió hablando en un tono práctico e indiferente a más no poder—. Sin duda son hombres del Profeta, y matar a su gente sería un mal comienzo. Decenas, cientos de miles de personas pueden morir si no lográis llegar hasta él. ¿Vale la pena correr ese riesgo por salvar a un puñado de gente?

Perrin no tenía intención de matar a nadie si podía evitarlo, pero tampoco estaba dispuesto a hacer la vista gorda como si no pasara nada. Sin embargo, no perdió tiempo en dar explicaciones.

—¿Podéis asustarlos? —le preguntó a Edarra—. Sólo asustarlos. —Recordaba muy bien lo que las Sabias habían hecho en los pozos de Dumai. Y los Asha'man. Tal vez era mejor que Grady y Neald no estuviesen allí.

—Quizá —contestó Edarra mientras observaba a la chusma que rodeaba el corral. Sacudió la cabeza a medias y se encogió levemente de hombros—. Quizá.

Eso tendría que ser suficiente.

—Aram, Furen, Teryl —espetó Perrin—, ¡seguidme!

Clavó talones y, mientras *Brioso* salía a galope, sintió un gran alivio al ver que los Guardianes lo seguían de cerca. Cuatro hombres a la carga imponían mucho más que dos. Perrin mantuvo las manos en las riendas, lejos del hacha.

No se sintió tan complacido cuando vio que Faile azuzaba a *Golondrina* hasta situarse a su altura. Abrió la boca para protestar, pero ella enarcó una ceja. Qué hermoso era su negro cabello, ondeando al viento. Qué hermosa era ella. Una ceja enarcada; nada más. Cambió de idea y dijo:

—Guárdame las espaldas.

Sonriente, su mujer sacó una daga de algún sitio. Con todas las que llevaba escondidas, a veces Perrin se preguntaba cómo no acababa ensartado en una sólo al

intentar abrazarla.

Tan pronto como Faile volvió la cabeza al frente, Perrin gesticuló frenéticamente a Aram, procurando que ella no lo viera. Aram asintió, pero el joven cabalgaba inclinado hacia adelante, con la espada desenvainada, dispuesto a ensartar al primer seguidor del Profeta que se pusiera en su camino. Perrin confió en que el chico entendiera que tenía que guardar las espaldas a Faile —y todo lo demás— si acababan enzarzados con aquellos tipos.

Ninguno de los rufianes había reparado en ellos todavía. Perrin gritó, pero los individuos no parecieron oírlo ensordecidos por sus propios gritos. Un hombre que llevaba una chaqueta que parecía demasiado grande para él se las ingenió para trepar a lo alto del muro, y otros dos parecían a punto de sobrepasarlo. Si las Sabias pensaban hacer algo, ya iba siendo hora de que...

Un trueno retumbó casi sobre sus cabezas y a poco dejó sordo a Perrin; fue un estampido descomunal que hizo trompicar a *Brioso* antes de que el animal recobrara el paso. Los atacantes, ni qué decir tiene, sí que repararon en eso, y miraron en derredor aturullados, tambaleándose, algunos con las manos sobre las orejas. El tipo subido al muro perdió el equilibrio y cayó por el lado de fuera. Sin embargo, se incorporó prestamente y gesticuló hacia el corral con ademanes furiosos; algunos de sus compañeros reanudaron el ataque. Otros vieron a Perrin entonces y señalaron mientras decían algo, pero no huyeron. Unos cuantos enarbolaron sus armas.

Encima del corral apareció de pronto una rueda horizontal de fuego, con un diámetro del tamaño de un hombre, que escupía llamas a medida que giraba emitiendo a la par un quejido, ora grave, ora agudo, pasando de plañido gemebundo a penetrante lamento sucesivamente.

Los hombres mal vestidos huyeron en todas direcciones cual codornices espantadas. Durante unos instantes, el hombre con la chaqueta demasiado grande agitó los brazos y les gritó; luego, tras una última ojeada a la ardiente rueda, también él salió corriendo.

Perrin sintió ganas de reír. No tendría que matar a nadie. Y no tendría que preocuparse de que una horca se clavara en las costillas de Faile.

Por lo visto, los que estaban dentro del corral se habían asustado tanto como los de fuera; al menos uno de ellos. La mujer que había hecho que el caballo coceara a los atacantes abrió el portón y taloneó al animal, que emprendió el galope; calzada adelante, alejándose de Perrin y los demás.

—¡Espera! —gritó Perrin—. ¡No te haremos daño!

Tanto si lo oyó como si no, siguió azuzando al caballo con las riendas. Un fardo atado detrás de la silla de montar brincaba violentamente. Los asaltantes estarían corriendo tan deprisa como pudieran ahora, pero si la mujer se marchaba sola, incluso dos o tres podrían causarle daño. Perrin se inclinó sobre el cuello de *Brioso*, clavó los

talones y el caballo pardo salió disparado como una flecha.

Era un hombre corpulento, pero *Brioso* no se había ganado el nombre por sus patas veloces únicamente. Además, a juzgar por la torpeza de su carrera, el animal de la mujer no debía de ser muy apto para la monta. Con cada zancada, *Brioso* acortaba distancias, más y más cerca, hasta que Perrin pudo alargar la mano y agarrar una de las riendas sueltas del otro caballo. De cerca, el pobre animal —una yegua de hocico aplastado— era poco más que pasto para carroñeros, lleno de espumarajos y más agotado de lo que podría justificar la corta carrera. Poco a poco, hizo que los dos caballos frenaran.

—Perdonadme si os he asustado, señora —dijo—. De verdad, no quiero haceros daño alguno.

Por segunda vez en el mismo día, una disculpa no tuvo la respuesta que esperaba. Unos ojos azules, furiosos, lo miraron desde un rostro enmarcado por largos mechones rubios rojizos; un rostro tan regio como el de cualquier reina a pesar de tenerlo pringado de sudor y polvo. Su vestido era de lana corriente, manchado por el viaje y tan polvoriento como su cara, que exhibía una expresión iracunda.

—No necesitaba que... —empezó en tono gélido al tiempo que tiraba de las riendas en un intento de soltar a la yegua, y entonces enmudeció cuando otra de las mujeres, de pelo blanco y huesuda, llegó a lomos de una yegua marrón en peores condiciones que la primera. Esa gente había estado cabalgando desde hacía tiempo. La mujer mayor estaba tan agotada y cubierta de polvo como la más joven.

La recién llegada dirigió alternativamente sonrisas a Perrin y miradas ceñudas a la otra mujer.

—Gracias, milord. —Su voz, fina pero firme, acusó una nota más aguda cuando ella reparó en sus ojos, pero los iris amarillos de un hombre no iban a frenarla más de un instante. Se notaba que no había muchas cosas que la inmutaran. Seguía empuñando el sólido garrote que había utilizado como arma—. Un rescate de lo más oportuno. Maighdin, ¿en qué estabas pensando? ¡Podrían haberte matado! ¡Y también al resto de nosotros! Es una muchacha testaruda, milord, siempre actuando antes de pensar. Recuerda, pequeña, que sólo un necio abandona a los amigos y cambia plata por reluciente cobre. Os lo agradecemos, milord, y también Maighdin, cuando se tranquilice y recupere el sentido común.

A Maighdin, sus buenos diez años mayor que Perrin, sólo se la podía llamar muchacha en comparación con la mujer mayor, pero a despecho del gesto cauteloso, acorde con su efluvio, y de frustración mezclada con ira, aceptó la reprimenda y sólo hizo otro intento desganado de liberar las riendas, tras lo cual se dio por vencida. Apoyó las manos en el arzón, miró a Perrin con el entrecejo fruncido; y después parpadeó. Otra vez los ojos amarillos. Empero, a despecho de su reacción de extrañeza, siguió sin oler a miedo. La mujer mayor, sí, pero Perrin no creía que fuese

por él.

Otro de los compañeros de Maighdin, un hombre sin afeitar que montaba un caballo gris igualmente desastrado y de huesos nudosos, se había acercado mientras la mujer mayor hablaba, pero se mantuvo apartado. Era alto, tanto como Perrin, aunque mucho menos corpulento y vestía una chaqueta oscura, desgastada por el uso, con una espada ceñida a la cintura por encima de la prenda. Al igual que las mujeres, llevaba un fardo atado detrás de la silla. A Perrin le llegó su olor por la suave brisa. No tenía miedo; sólo estaba receloso. Y si el modo en que miraba a Maighdin era una indicación, su recelo era por ella. Tal vez no era algo tan simple como rescatar a unos viajeros del ataque de unos rufianes, después de todo.

—Quizá queráis acompañarnos a mi campamento —ofreció Perrin, soltando finalmente las riendas de la yegua—. Allí estaréis a salvo de... asaltantes.

Casi esperaba que Maighdin saliese huyendo hacia los árboles más cercanos, pero la mujer hizo volver a su montura en dirección al corral. Olía a... resignación.

—Os agradezco la oferta, pero yo... nosotros debemos continuar nuestro viaje —dijo, sin embargo—. Seguiremos, Lini —añadió firmemente, y la mujer mayor le dirigió una mirada tan severa que Perrin se preguntó si no serían madre e hija a pesar de que hubiese utilizado el nombre de pila. Ciertamente, no guardaban ningún parecido entre sí. Lini tenía la cara estrecha y la piel apergaminada, era toda ella nervio, en tanto que Maighdin podría ser hermosa debajo de la gruesa capa de polvo. Si es que a un hombre le gustaban rubias.

Perrin echó una ojeada hacia atrás al hombre que los seguía. Un tipo de dura mirada, necesitado de una navaja de afeitar. Tal vez a él sí le gustaban rubias. Tal vez demasiado. No sería la primera vez que un hombre se había buscado problemas y se los había buscado a otros por esa razón.

Un poco más adelante, Faile había acercado a *Golondrina* al corral y observaba por encima del muro a la gente que seguía dentro. Quizás uno de ellos estaba herido. A Seonid y las Sabias no se las veía por ninguna parte. Aparentemente, Aram había entendido; se mantenía cerca de Faile, si bien miraba con impaciencia a Perrin. No obstante, el peligro había pasado.

Antes de que Perrin hubiese llegado al portón del corral, Teryl apareció con un tipo de ojos muy juntos y barba de varios días, que caminaba a trompicones junto al ruano del Guardián, el cual lo llevaba agarrado por el cuello de la chaqueta.

—Pensé que podía echarle el guante a uno de ellos —comentó Teryl mientras esbozaba una dura sonrisa—. Siempre es mejor escuchar la versión de las dos partes, aunque uno crea tener una idea clara por lo que ha visto, como decía mi anciano padre.

Perrin no salía de su asombro; había imaginado que Teryl era incapaz de pensar más allá de la punta de su espada.

A pesar de estar tirante al tenerla agarrada por el cuello, la chaqueta del individuo era obviamente grande para él. Perrin dudaba que ningún otro hubiese divisado detalles desde tan lejos, pero él reconoció aquella nariz saliente. Era el hombre que había huido en último lugar, y tampoco ahora estaba acobardado. Su mirada desdeñosa abarcó a todos.

—Os habéis metido en mierda hasta el cuello por esto —manifestó el hombre con voz rasposa—. Cumplíamos la voluntad del Profeta, eso es exactamente lo que hacíamos. El Profeta dice que si un hombre molesta a una mujer de un modo que ella no quiere, muere. Esta pandilla la perseguía —señaló con la barbilla a Maighdin—, y vaya si ella corría con ganas. ¡El Profeta os cortará las orejas por esto! —Escupió para dar más énfasis a sus palabras.

—Eso es ridículo —replicó Maighdin en voz clara—. Estas personas son mis amigos. Ese hombre ha interpretado mal lo que vio.

Perrin asintió. Si la mujer lo interpretó como que estaba de acuerdo con ella, mejor que mejor. Pero, si se unía lo que el tipo decía con lo que Lini había dicho... No, no era un simple rescate en absoluto.

Faile y los demás, que ya habían llegado, se les unieron, seguidos por los restantes compañeros de viaje de Maighdin, otros tres hombres y otra mujer, quienes llevaban de las riendas caballos agotados, casi exhaustos. Tampoco es que hubiesen sido buenas monturas desde hacía muchos años, si es que lo habían sido alguna vez. Una colección tan completa de rodillas nudosas, corvejones combados, esparavanes y lomos hundidos como Perrin no recordaba haber visto nunca. Sus ojos buscaron primero a Faile —las aletas de la nariz se dilataron para captar su aroma—, pero fue Seonid la que atrajo su mirada. Hundida en la silla, con el gesto huraño, su cara congestionada tenía un aspecto raro, con las mejillas hinchadas y la boca entreabierta. Se atisbaba algo, entre azul y rojo en... Perrin parpadeó. A menos que fuera obra de su imaginación, ¡llevaba un pañuelo metido en la boca! Por lo visto, cuando las Sabias le decían a una aprendiza que guardara silencio, aunque la aprendiza fuese una Aes Sedai, lo decían en serio.

No era él el único con una vista aguda; Maighdin se quedó de piedra, sorprendida al reparar en Seonid, y luego le dirigió a Perrin una mirada larga y pensativa, como si el responsable del pañuelo fuese él. De modo que reconocía a una Aes Sedai cuando la veía, ¿verdad? Inusitado en una mujer de campo como afirmaba ser. Y tampoco lo parecía por su porte.

Furen, que venía a caballo detrás de Seonid, exhibía una expresión tormentosa, pero fue Teryl quien complicó aún más el asunto al tirar al suelo algo.

—Esto lo encontré cuando lo perseguía —informó—. Puede que se le cayera mientras corría.

Al principio Perrin no supo qué era aquello, un lazo de piel sin curtir en el que se

habían ensartado montones de lo que parecían trocitos de cuero resecos. Entonces los identificó, y enseñó los dientes en un gruñido.

—El Profeta nos cortaría las orejas, dijiste.

El tipo dejó de mirar boquiabierto a Seonid y se lamió los labios.

—¡Eso... eso es obra de Hari! —protestó—. Es un retorcido. Le gusta llevar la cuenta, coger trofeos, y él... Eh... —Se encogió como un perro acorralado—. ¡No podéis relacionarme con eso! ¡El Profeta os colgará si me tocáis! No sería la primera vez que ahorca nobles, finos lores y ladies. ¡Camino bajo la Luz del venerable lord Dragón!

Perrin hizo que *Brioso* se acercara hasta el hombre, con cuidado de mantener lejos de... esas cosas del suelo los cascos del animal. Sólo tenía intención de captar el olor del tipo, pero se inclinó en la silla, aproximó la cara a él. Le llegó un efluvio a sudor rancio teñido de miedo, de pánico, con un matiz de ira. Lástima que no percibiera culpabilidad. «Puede que se le cayera» no era lo mismo que «Lo dejó caer». Los ojos muy juntos se abrieron de par en par y el hombre reculó hasta chocar con el castrado de Teryl. Unos iris amarillos tenían sus ventajas.

—Si *pudiera* relacionarte con eso, acabarías colgado del árbol más cercano —gruñó. El tipo parpadeó y empezó a animarse cuando comprendió lo que significaba tal cosa, pero Perrin no le dio tiempo de recobrar su actitud bravucona—. Soy Perrin Aybara, y tu precioso lord Dragón me envió a mí aquí. Haz correr la voz. Su enviado soy yo, y si encuentro a un hombre con... *trofeos*, ¡lo colgaré! Si encuentro a un hombre prendiendo fuego a una granja, ¡lo colgaré! Si uno de vosotros me mira atravesado, ¡lo colgaré! ¡Y también puedes informar a Masema de lo que he dicho! —Asqueado, Perrin se irguió en la silla—. Suéltalo, Teryl. ¡Si no se ha quitado de mi vista en un santiamén, le...!

Teryl abrió la mano, y el tipo salió corriendo a más no poder hacia los árboles más cercanos, sin mirar una sola vez hacia atrás. Parte de la indignación de Perrin era contra sí mismo. ¡Lanzar amenazas! ¿Si uno de ellos lo miraba atravesado? Mas, aunque ese tipo no hubiese cortado orejas personalmente, sí lo había visto hacer y no lo había impedido.

Faile sonreía, y el orgullo se translucía en su cara a través del sudor. Su mirada se llevó parte de la sensación de asco de Perrin. Caminaría sobre carbones encendidos por esa mirada.

No todos aprobaban lo que había hecho, por supuesto. Seonid tenía cerrados prietamente los ojos, y sus manos enguantadas temblaban sobre las riendas como si deseara desesperadamente quitarse el pañuelo metido en la boca y decirle lo que pensaba. No era difícil imaginarlo, sin embargo. Edarra y Nevarin se habían ajustado los chales y lo observaban con expresión severa. Oh, sí; podía imaginarlo muy bien.

—Creía que debía mantenerse todo en secreto —comentó Teryl como sin darle

importancia mientras seguía con la mirada al tipo que huía—. Creía que Masema no tenía que enterarse de vuestra presencia hasta que estuvieseis tan cerca de él que pudieseis hablar a su ejemplar oído.

Ése había sido el plan. Rand lo había sugerido como precaución; Seonid y Masuri habían insistido en ello cada vez que se les presentaba la ocasión. Después de todo, fuera el Profeta del Dragón o no, Masema podría no querer encontrarse cara a cara con alguien enviado por Rand, habida cuenta de las cosas que se decía que había permitido. Esas orejas cortadas no eran lo peor, si se daba crédito a la décima parte de los rumores. Edarra y las otras Sabias veían a Masema como un posible enemigo al que había que tender una emboscada antes de que él tuviese tiempo de preparar su propia celada.

—También se suponía que debía poner fin a... eso —argumentó a la par que señalaba, furioso, el lazo de cuero crudo tirado en el suelo. Había oído rumores y no había hecho nada. Ahora lo había visto con sus propios ojos—. Si hay que hacerlo, ¿por qué no empezar ya? —¿Y si Masema decidía que era un enemigo? ¿Cuántos miles de seguidores tenía el Profeta, ya fuera por convicción o por miedo? Daba igual —. Le puse fin, Teryl. ¡Se acabó!

El murandiano asintió lentamente con la cabeza; miraba a Perrin como si lo viese por primera vez.

—¿Milord Perrin? —habló Maighdin.

Se había olvidado completamente de ella y de sus amigos. Los demás se habían reunido con la mujer a corta distancia, la mayoría a pie todavía. Había tres hombres aparte del tipo que había seguido a Maighdin, y dos de ellos se ocultaban detrás de sus caballos. Y Lini parecía la más recelosa de todos, observándolo con preocupación; tenía su yegua cerca de la de Maighdin y parecía lista para asir la brida ella misma. No para impedir que la mujer más joven saliera a galope, sino para salir a galope ella y llevar a Maighdin consigo. Maighdin aparentaba estar completamente tranquila, pero también estudiaba a Perrin. No era de extrañar, después de todo lo dicho sobre el Profeta y el Dragón Renacido, además de sus ojos. Por no mencionar a la Aes Sedai amordazada. Esperaba que dijese que querían partir de inmediato, en ese mismo momento, pero se equivocó.

—Aceptaré vuestra amable oferta. Un día o dos de descanso en vuestro campamento podría ser perfecto.

—Como gustéis, señora Maighdin —contestó lentamente. Le costó disimular su sorpresa. Sobre todo habida cuenta de que acababa de reconocer a los dos hombres que intentaban mantener sus caballos entre ellos y él. ¿Sería su influencia de *ta'veren* la que los había llevado hasta allí? En cualquier caso, un curioso giro en los acontecimientos—. Sí que podría ser perfecto, por cierto.

8. Una simple mujer de campo

El campamento se encontraba a unos cinco kilómetros, lejos de la calzada, entre las colinas bajas y arboladas, justo al otro lado de un arroyo que tenía unos ocho metros de anchura de piedras y sólo cuatro de agua, sin que su profundidad llegase en ningún punto más arriba de las rodillas de una persona. Pececillos verdes y plateados se alejaron velozmente de los cascos de los caballos. Era poco probable que algún transeúnte fortuito topara con ellos por casualidad. La granja habitada más próxima se encontraba a unos dos kilómetros, y Perrin se había encargado personalmente de comprobar que esas personas llevaban a sus animales a beber agua a otra parte.

Realmente había procurado evitar todo lo posible llamar la atención, viajando por caminos secundarios e incluso senderos cuando no podían seguir la marcha a través de los bosques. Un esfuerzo inútil, a decir verdad. Los caballos podían pastar siempre que había hierba, pero al menos necesitaban un poco de grano, y hasta un pequeño ejército precisaba comprar víveres, y bastantes. Los rumores debían de haber corrido por todo Ghealdan, aunque, con suerte, nadie habría sospechado quiénes eran. Perrin torció el gesto. Tal vez nadie lo imaginó, hasta que él abrió la bocaza. Aun así, no habría actuado de otra manera.

En realidad había tres campamentos, próximos entre sí y ninguno lejos del arroyo. Viajaban juntos, todos siguiéndolo y, supuestamente, obedeciéndole, pero había demasiados personalismos involucrados, y ninguno estaba completamente seguro de que los otros tuvieran marcada la misma meta. Unos novecientos soldados de la Guardia Alada tenían las lumbres apiñadas entre hileras de caballos estacados, en un amplio prado de pisoteada hierba amarillenta. Perrin intentó cerrar la nariz a la mezcla de olores a sudor, caballos, estiércol y carne de cabra cociéndose, una combinación desagradable en un día caluroso. Una docena de centinelas montados recorría lentamente el circuito en parejas, con las largas lanzas, adornadas con banderines rojos, inclinadas en el mismo ángulo preciso, pero los restantes mayenienses se habían quitado petos y yelmos. Sin chaqueta, y a menudo sin camisa, bajo el sol, yacían despatarrados en las mantas o jugaban a los dados mientras esperaban que terminara de hacerse la comida. Algunos alzaron la vista al paso de Perrin, unos cuantos dejaron lo que estaban haciendo para observar las nuevas incorporaciones al grupo, pero nadie acudió corriendo, de modo que las patrullas continuaban ausentes. Éstas eran pequeñas y no llevaban lanzas; así podían ver sin ser vistas. En fin, al menos ésa era la idea. La había sido.

Un puñado de *gai'shain* realizaba diversas tareas entre las tiendas bajas y pardas de las Sabias, en la cima de la colina apenas arbolada que se alzaba junto al campamento de los mayenienses. A esa distancia, las figuras vestidas de blanco parecían inofensivas, gachos los ojos y sumisas. De cerca, ofrecerían la misma

actitud, pero la mayoría era Shaido. Las Sabias sostenían que los *gai'shain* eran *gai'shain*; Perrin no confiaba en ningún Shaido que no tuviera a la vista. A un lado de la ladera, debajo de un tupelo, unas doce Doncellas en *cadin'sor* estaban arrodilladas formando un círculo alrededor de Sulin, la más dura de todas a pesar de su cabello blanco. También ella había enviado exploradoras, mujeres que podían moverse tan deprisa a pie como los mayenienses en sus caballos y que probablemente tendrían muchas más posibilidades de pasar inadvertidas. No había ninguna Sabia fuera de las tiendas allí arriba, pero una mujer esbelta, que removía el guiso en una gran olla, enderezó la espalda y se frotó los riñones mientras observaba el paso de Perrin y los demás. La mujer vestía un traje de montar de seda verde.

A él no le pasó inadvertida la mirada fulminante de Masuri. Las Aes Sedai no removían guisos ni realizaban otras muchas tareas que las Sabias les encargaban a Seonid y a ella. Masuri culpaba de ello a Rand, pero Rand no estaba allí y Perrin sí. De tener la menor oportunidad, seguro que lo despellejaría.

Edarra y Nevarin giraron en aquella dirección, y a pesar de sus amplias faldas, apenas alteraron las capas de hojas secas que alfombraban el suelo. Seonid las siguió, todavía con las mejillas hinchadas a causa del pañuelo metido en la boca. Se giró en la silla para mirar a Perrin. Si hubiese creído posible que una Aes Sedai transluciera ansiedad, sería así como habría descrito su expresión. Detrás de ella, Furen y Teryl exhibían sendos ceños.

Masuri los vio llegar y de inmediato volvió a inclinarse sobre la negra olla, removiéndola con renovado vigor y procurando fingir que no había dejado de hacerlo un solo momento. Mientras Masuri estuviese a cargo de las Sabias, Perrin creía que no tendría que preocuparse por su piel. Las Sabias sabían cómo mantener atado corto a alguien.

Nevarin giró la cabeza hacia atrás para lanzarle otra de aquellas miradas severas que ella y Edarra le habían dedicado desde que envió al tipo de la chaqueta grande con su mensaje de advertencia, de amenaza. Perrin exhaló exasperado. No tenía que preocuparse de su pellejo siempre y cuando las Sabias no decidieran que ellas lo querían. Demasiados personalismos. Demasiadas metas.

Maighdin cabalgaba al lado de Faile, en apariencia sin prestar atención a aquello ante lo que pasaban, pero Perrin no habría apostado ni un céntimo en ello. Los ojos de la mujer se habían abierto un poco más de la cuenta al reparar en los centinelas mayenienses. Sabía lo que significaban esos petos rojos y yelmos en forma de olla, tan seguro como que había reconocido el rostro de una Aes Sedai. La mayoría de la gente tampoco habría sabido eso, en especial alguien vestido como ella. La tal Maighdin era todo un misterio. Por alguna razón, le resultaba vagamente familiar.

Lini y Tallanvor —así había oído que Maighdin llamaba al tipo que la había seguido; «joven» Tallanvor, para ser exactos, aunque no podía haber más de cuatro o

cinco años de diferencia entre ellos, si acaso— iban detrás de ella, manteniéndose lo más cerca posible, aunque Aram los estorbaba al intentar no apartarse de Perrin. Lo mismo hacía un tipo menudo y enjuto, que siempre tenía los labios apretados, llamado Balwer, el cual parecía prestar menos atención a lo que los rodeaba de lo que Maighdin pretendía. Con todo, Perrin pensó que Balwer veía más que la mujer. No habría sabido decir exactamente por qué, pero las pocas veces que había captado el olor del huesudo individuo, le había recordado un lobo olisqueando el aire. Cosa extraña, no había miedo en Balwer, sólo repentinos brotes de irritación, reprimidos de inmediato, unidos al vibrante efluvio de la impaciencia. Los otros compañeros de Maighdin venían bastante más retrasados. La tercera mujer del grupo, Breane, hablaba en feroces susurros con el hombre corpulento, que mantenía agachados los ojos y asentía en silencio de vez en cuando y en otras ocasiones sacudía la cabeza. Un guardia a sueldo, un duro de las calles si los había, pero la mujer baja también tenía un ribete de dureza en su porte. El último hombre, que se resguardaba detrás de ambos, era corpulento y llevaba un astroso sombrero de paja, bien calado para ocultar sus rasgos. En él, la espada que todos los hombres del grupo llevaban resultaba tan chocante como en Balwer.

El tercer campamento, extendido entre los árboles justo detrás de la curva de la colina donde estaban instalados los mayenienses, ocupaba tanto espacio como el de la Guardia Alada, aunque el número de personas que albergaba era muy inferior. Allí, las hileras de caballos estacados se encontraban bastante separadas de las lumbres, de manera que el olor a comida flotaba en el aire sin mezclarse con otros. La cena de ese día consistía en cabra asada a las brasas y nabos duros, con los que seguramente los granjeros habían pensado alimentar a sus cerdos a pesar de los malos tiempos que corrían. Alrededor de trescientos hombres de Dos Ríos, que habían seguido a Perrin desde la comarca, se ocupaban de la carne ensartada en espetones o remendaban ropas o revisaban flechas y arcos, repartidos en grupos de cinco o seis amigos alrededor de una lumbre. Casi todos ellos saludaban con la mano y gritaban palabras de bienvenida, aunque sonaban demasiados «lord Perrin» y «Perrin Ojos Dorados» para su gusto. Faile sí tenía derecho a los títulos que le daban.

Grady y Neald, sin sudar y con sus chaquetas negras puestas, no vitorearon; de pie junto a la lumbre que habían preparado un poco separada de los demás, se limitaron a mirarlo. De manera expectante, le pareció a Perrin. ¿Expectación por qué? Era la misma pregunta que siempre se hacía con respecto a ellos. Los Asha'man lo hacían sentirse intranquilo, más que las Aes Sedai o las Sabias. Que las mujeres encauzaran el Poder era natural, aunque no fuese algo con lo que cualquier hombre se sintiese cómodo. Grady, con su rostro vulgar, parecía un granjero a pesar de la chaqueta negra y la espada, y Neald un presumido, con su bigote retorcido en las puntas; empero, Perrin no podía olvidar lo que eran, lo que habían hecho en los pozos

de Dumai. Claro que también él había estado allí. La Luz lo amparara, también había estado. Apartó la mano del hacha que llevaba colgada al cinto y desmontó.

Los criados, hombres y mujeres procedentes de las heredades de lord Dobraine en Cairhien, acudieron presurosos desde las hileras de caballos estacados para ocuparse de sus monturas. Ninguno le llegaba a Perrin al hombro; gentes vestidas con ropas de campesino que siempre estaban haciendo reverencias e inclinaciones en actitud servil. Faile decía que sólo conseguía ofenderlos cuando intentaba que dejaran de hacerlo o, al menos, que no doblaran la cerviz ante él tan a menudo; verdaderamente, así era como olían cuando se lo decía, y siempre volvían a las reverencias e inclinaciones al cabo de una o dos horas. Otros, casi tantos como los hombres de Dos Ríos, trabajaban con los caballos o alrededor de las filas de carretas que transportaban las provisiones. Unos pocos entraban y salían con premura de una gran tienda roja y blanca.

Como ocurría siempre, esa tienda hizo que Perrin gruñera sombríamente. Berelain tenía una más grande en la parte del campamento mayeniense, además de otra para sus dos doncellas y una más para la pareja de rastreadores que había insistido en llevar. Annoura tenía tienda propia, al igual que Gallenne, pero sólo Faile y él tenían tienda en esa parte del campamento. De ser por él, habría dormido al raso como los otros hombres de la comarca, con sólo una manta para taparse por las noches. Ciertamente, no había miedo de que lloviese. Los criados cairhieninos se acostaban debajo de las carretas. Sin embargo, no podía pedirle a Faile que hiciera tal cosa; no si Berelain tenía una tienda. Ojalá hubiese podido dejar a la Principal en Cairhien. Claro que, en ese caso, habría tenido que enviar a Faile a Bethal.

Los estandartes en altos postes recién cortados y plantados en el centro de un espacio despejado cerca de la tienda agriaron aún más su humor. La brisa había empezado a moverse, aunque seguía siendo caliente; le pareció oír de nuevo un trueno, apagado, hacia el oeste. Las banderas se desplegaban y ondeaban lentamente para después volver a colgar por su propio peso, y vuelta a ondear. Una vez más y en contra de sus órdenes, se exhibían su estandarte del Lobo Rojo y el Águila Roja de la largamente desaparecida Manetheren. Tal vez había dejado de intentar taparlo, en cierto modo, pero lo que entonces era Ghealdan había formado parte de Manetheren; ¡si Alliandre se enteraba de lo de esa bandera, su recelo no se apaciguaría precisamente! Se las ingenió para mostrar un semblante apacible y dedicar una sonrisa a la mujer baja y fornida que hizo una profunda reverencia antes de llevarse a *Brioso*, pero su gesto estaba de más. A los lores se les tenía que obedecer, y si se suponía que él era un lord... En fin, que no lo estaba haciendo muy bien.

Con los puños en las caderas, Maighdin observaba los estandartes mientras se llevaban su yegua con las demás monturas. Cosa sorprendente, Breane cargaba con los fardos de las dos y mostraba una expresión ceñuda y malhumorada, dirigida a la otra mujer.

—He oído hablar de estandartes como ésos —dijo inopinadamente Maighdin. Y furiosa. Su voz y su expresión eran tan suaves y plácidas como un estanque helado, pero la rabia penetró en la nariz de Perrin con intensidad—. Los izaron hombres en Andor, en Dos Ríos, que se rebelaron contra su legítima dirigente. Aybara es un nombre de Dos Ríos, creo.

—En Dos Ríos no sabemos mucho sobre dirigentes legítimos, señora Maighdin —gruñó. Iba a desollar a quienquiera que los hubiese puesto esta vez. Si los cuentos sobre rebeliones se habían propagando hasta tan lejos...—. Supongo que Morgase era una buena reina, pero tuvimos que valernos por nosotros mismos, defendernos solos, y lo hicimos. —De repente supo a quién le recordaba la mujer. A Elayne. Tampoco es que significara nada; había visto hombres a miles de kilómetros de Dos Ríos que podrían haber pertenecido a familias de allí. Con todo, debía de haber una razón para que estuviera enfadada. Y su acento sonaba andoreño—. Las cosas no están tan mal en Andor como pueden haberos contado —le dijo—. La calma reinaba en Caemlyn cuando me marché, y Rand, es decir, el Dragón Renacido, quería sentar en el Trono del León a la hija de Morgase, Elayne.

Lejos de aplacarse, Maighdin se volvió bruscamente hacia él, con sus azules ojos echando chispas.

—¿Que quería sentarla en el trono? ¡Ningún hombre *pone* a una reina en el Trono del León! ¡Elayne reclamará el trono de Andor por derecho propio!

Perrin se rascó la cabeza; ojalá Faile dejara de mirar a la mujer tan tranquilamente y dijese algo. Pero su mujer se limitó a guardar los guantes debajo del cinturón. Antes de que tuviese tiempo de pensar qué contestar, Lini se adelantó, cogió a Maighdin por el brazo y la sacudió con bastante fuerza como para que le chocaran los dientes.

—¡Pide disculpas! —bramó la mujer mayor—. ¡Este hombre te ha salvado la vida, Maighdin, y te has excedido al hablar de ese modo a un lord, siendo una simple mujer de campo! Si este joven señor estaba enfrentado con Morgase, bueno, todo el mundo sabe que está muerta, ¡y no es asunto tuyo de ningún modo!

Maighdin contemplaba a Lini aun más atónita que Perrin, a quien volvió a sorprender, sin embargo. En lugar de replicarle duramente a la mujer mayor, se irguió lentamente, cuadró los hombros, y lo miró a los ojos.

—Lini tiene razón. No tengo derecho a hablaros así, lord Aybara. Me disculpo humildemente. Y pido vuestro perdón.

¿Humildemente? Su gesto era tozudo, su tono tan orgulloso como el de una Aes Sedai, y su olor ponía de manifiesto que habría clavado las uñas a cualquiera.

—Lo tenéis —se apresuró a responder Perrin. Lo cual no pareció aplacarla en absoluto. Ella sonrió; tal vez intentaba mostrar gratitud, pero podía oír cómo rechinaban sus dientes. ¿Es que todas las mujeres estaban locas?

—Tienen calor y necesitan refrescarse y descansar un poco, esposo —intervino

Faile, echándole por fin una mano—. Las últimas horas han sido penosas y agotadoras para ellos, lo sé. Aram puede mostrar a los hombres dónde asearse. Yo acompañaré a las mujeres. Haré que traigan paños húmedos para que os lavéis la cara y las manos —dijo dirigiéndose a Maighdin y a Lini. Llamó a Breane con un ademán y empezó a conducirlas hacia la tienda. A un gesto de asentimiento de Perrin, Aram indicó a los hombres que lo siguieran.

—Tan pronto como acabéis de asearos, maese Gill, me gustaría hablar con vos —dijo Perrin.

La reacción fue como si hubiese hecho surgir otra rueda de fuego. Maighdin giró hacia él y lo miró boquiabierta, y las otras dos mujeres se frenaron en seco. Tallanvor volvió a asir la empuñadura de su espada, y Balwer se puso de puntillas para asomarse por encima de su fardo, ladeando la cabeza hacia uno y otro lado. Un lobo no, quizá; más bien un ave alerta a la aparición de gatos. El hombre corpulento, Basel Gill, dejó caer sus pertenencias y saltó dos palmos en el aire.

—Vaya, Perrin —balbuceó mientras se quitaba bruscamente el sombrero de paja. El sudor había dejado churretes de polvo en sus mejillas. Se agachó para recoger el fardo, cambió de idea y se irguió de nuevo con premura—. Quiero decir, lord Perrin. Yo... Eh... Me pareció que eras tú, pero... Pero como te llamaban lord, no estaba seguro de que quisieras reconocer a un viejo posadero. —Se pasó un pañuelo por el cráneo casi calvo y rió con nerviosismo—. Pues claro que hablaremos. Lo de asearme puede esperar un poco más.

—Hola, Perrin —saludó el hombretón. Con sus ojos de párpados cargados, Lamgwin Dorn parecía perezoso a despecho de sus músculos y las cicatrices en la cara y las manos—. Maese Gill y yo oímos que el joven Rand se había convertido en el Dragón Renacido. Tendríamos que habernos imaginado que tú también vendrías a más. Perrin Aybara es un buen hombre, señora Maighdin. Creo que podríais confiar en él sobre cualquier cosa que tengáis en mente.

No era perezoso, y tampoco tenía nada de estúpido. Aram señaló con la cabeza bruscamente, con impaciencia, y los otros dos hombres lo siguieron, pero Tallanvor y Balwer iban arrastrando los pies y echaban ojeadas pensativas a Perrin y a maese Gill. Miradas preocupadas. Y a las mujeres. Faile también las había hecho ponerse en marcha, aunque no dejaban de lanzar miradas a Perrin y a maese Gill, así como a los hombres que seguían a Aram. De repente no les hacía gracia separarse.

Maese Gill se enjugó el sudor de la frente y esbozó una sonrisa forzada. Perrin se preguntó por qué olía a miedo. ¿De él? De un hombre vinculado al Dragón Renacido, que se hacía llamar lord y dirigía un ejército, por pequeño que fuera, amenazando al Profeta. Tal vez también entraba en el lote lo de amordazar Aes Sedai; acabarían achacándoselo a él de un modo u otro. «No —pensó con sarcasmo—. Ninguna de esas cosas asustaría a nadie.» Puede que todos ellos temieran que los matara.

En un intento de tranquilizar a maese Gill, condujo al hombre hasta un gran roble, a cien pasos de la tienda roja y blanca. Casi todas las hojas del enorme árbol se habían caído y la mitad de las que quedaban estaban marrones, pero las gruesas ramas proporcionaban un poco de sombra, y algunas de las raíces retorcidas se alzaban lo suficiente para servir de asiento. Perrin ya había utilizado una para eso mientras se montaba el campamento; cada vez que intentaba hacer algo útil, siempre había diez manos que se lo quitaban de en medio.

Basel Gill no se relajó a pesar de que Perrin se interesó por la marcha de La Bendición de la Reina, su posada en Caemlyn, o evocó su visita al establecimiento. Claro que, quizá Gill recordaba que esa visita no había sido lo más indicado para tranquilizar a un hombre, con Aes Sedai y conversaciones sobre el Oscuro y una huida en plena noche. Paseaba con nerviosismo, apretando el fardo contra su pecho, cambiándoselo de un brazo a otro y contestando con pocas palabras, lamiéndose los labios entremedio.

—Maese Gill —dijo finalmente—, dejad de llamarme lord Perrin. No soy un lord. Es complicado, pero no lo soy. Y lo sabéis.

—Desde luego —contestó el orondo posadero, que por fin tomó asiento en una de las raíces. Parecía reacio a soltar el fardo con sus cosas, y apartó las manos de él lentamente—. Como digáis, lord Perrin —añadió, no sólo usando el título sino también el tratamiento. Rand, eh... el Dragón Renacido, ¿realmente quiere que lady Elayne ocupe el trono? No es que dude de vuestra palabra, en absoluto —agregó presto. Se quitó el sombrero para enjugarse el sudor otra vez. Aunque era un hombre grueso, sudaba el doble de lo que podría justificar el calor que hacía—. Sin duda, el lord Dragón hará lo que decís. —Su risa sonó temblorosa—. Queríais hablar conmigo, y no sobre mi vieja posada, estoy seguro.

Perrin suspiró cansado. Había pensado que no podía haber nada peor que viejos amigos y vecinos haciendo reverencias y pamemas, pero al menos ellos olvidaban a veces y decían lo que pensaban. Y ninguno le tenía miedo.

—Estáis muy lejos de casa —empezó suavemente. No había por qué precipitarse; no con un hombre al que no le llegaba la camisa al cuerpo—. Me pregunto qué os trajo aquí. Espero que ningún problema.

—Responde directamente, Basel Gill, sin florituras —intervino Lini en tono brusco mientras se acercaba al roble. No había estado ausente mucho rato, pero había tenido tiempo para lavarse la cara y las manos y arreglarse el cabello en un moño bajo. Y para sacudirse la mayor parte del polvo del vestido de sencillo paño. Haciendo una somera reverencia a Perrin, se volvió hacia Gill y agitó el huesudo índice ante su nariz—. «Hay tres cosas molestas que sacan de quicio: un dolor de muelas, un dolor de pies y un hombre charlatán.» Así que ve al grano y no marees al joven lord con tu cháchara. —Durante un instante clavó una mirada admonitoria en el

estupefacto posadero, y después, bruscamente, hizo otra rápida reverencia a Perrin—. Le encanta el sonido de su propia voz, como a la mayoría de los hombres, pero ahora os lo contará como es debido, milord.

Maese Gill le dirigió una mirada fulminante y masculló entre dientes cuando la mujer lo urgió a hablar con un gesto brusco. «Viejo saco de huesos...» fue lo que Perrin oyó.

—Lo que ocurrió, en dos palabras y para abreviar —el orondo posadero volvió a asestar una mirada fulminante a Lini, pero la mujer no pareció advertirlo—, es que tenía un asunto de negocios en Lugard. Una ocasión para importar vino. Pero eso no os interesará. Me llevé a Lamgwin, desde luego, y a Breane, porque a ella no le gusta perderlo de vista ni una hora si puede remediarlo. En el camino conocimos a la señora Dorlain, la señora Maighdin, como la llamamos, y a Lini y a Tallanvor. Y a Balwer, por supuesto. En la calzada. Cerca de Lugard.

—Maighdin y yo servíamos en Murandy —intervino, impaciente, Lini—. Hasta que surgieron los problemas. Tallanvor era un guardia de la casa, y Balwer el secretario. Los bandidos prendieron fuego a la mansión, y nuestra ama no pudo mantenernos a su servicio, así que decidimos viajar juntos para mayor protección.

—Lo estaba contando yo, Lini —gruñó maese Gill mientras se rascaba la oreja—. El mercader de vinos había abandonado Lugard y se había marchado al campo, por alguna razón, y... —Sacudió la cabeza—. Son demasiadas cosas para hablar de ellas, Perrin. Lord Perrin, quiero decir. Disculpad. Sabéis que hay jaleo en todas partes hoy en día, de una clase o de otra. Total, que parecía que cada vez que huíamos de uno nos encontrábamos metidos en otro, y siempre alejándonos más y más de Caemlyn. Y aquí estamos, cansados pero agradecidos. Y, en resumen, eso es todo.

Perrin asintió despacio con la cabeza. Podía ser cierto, pero había aprendido que la gente tenía un montón de razones para mentir o simplemente para enturbiar la verdad. Haciendo una mueca, se pasó los dedos por el cabello. ¡Luz! Se estaba volviendo tan receloso como un cairhienino, y cuanto más lo enredaba Rand, su desconfianza aumentaba. ¿Por qué diablos iba a mentirle, precisamente, alguien como Basel Gill? La doncella de una dama, acostumbrada a ciertos privilegios perdidos en tiempos difíciles como los que corrían; eso explicaba lo de Maighdin. Algunas cosas eran simples.

Lini tenía las manos enlazadas a la altura del talle, pero observaba todo sin perder detalle, ojo avizor, casi como un halcón, y la inquietud de maese Gill se había hecho patente tan pronto como dejó de hablar; parecía interpretar la mueca de Perrin como si le demandase más información. Se echó a reír, más por nerviosismo que por regocijo.

—No había visto gran cosa del mundo desde la Guerra de Aiel, y por entonces estaba bastante más delgado. Vaya, pero si hemos llegado hasta la propia Amador.

Claro que nos marchamos de allí después de que esos seanchan tomaran la ciudad, aunque, a decir verdad, no son peores que los Capas Blancas, por lo que pude...

Enmudeció de golpe cuando Perrin se echó hacia adelante bruscamente y lo asió por la solapa.

—¿Seanchan, maese Gill? ¿Estáis seguro de eso? ¿O se trata de otro rumor, como los que corren sobre los Aiel o las Aes Sedai?

—Los vi —contestó el posadero mientras intercambiaba una mirada incierta con Lini—. Y así es como se llaman a sí mismos. Me sorprende que no lo sepáis. La noticia nos ha precedido todo el camino, desde que salimos de Amador. Esos seanchan quieren que la gente se entere de su presencia y de lo que se proponen. Son gentes raras, con criaturas aún más extrañas. —Su voz cobró un tono más agudo—. Como Engendros de la Sombra. Cosas grandes con alas coriáceas que vuelan y transportan hombres. Y esos otros que parecen lagartos, sólo que son tan grandes como caballos y tienen tres ojos. ¡Los vi! ¡De verdad!

—Os creo —lo tranquilizó Perrin al tiempo que soltaba la solapa de su chaqueta —. También yo los he visto.

En Falme, donde un millar de Capas Blancas murieron en cuestión de minutos y fue necesario que regresaran los legendarios héroes muertos, convocados por el Cuerno de Valere, para rechazar a los seanchan. Rand había predicho que regresarían, pero ¿cómo habían podido volver tan pronto? ¡Luz! Si habían tomado Amador, entonces también debían tener en su poder Tarabon, o gran parte del país. Sólo un necio perdía el tiempo matando a un ciervo sabiendo que tenía un oso herido a su espalda. ¿Cuánto territorio habían ocupado?

—No puedo enviaros a Caemlyn de inmediato, maese Gill, pero si os quedáis conmigo un poco más, me ocuparé de que lleguéis allí a salvo.

Si es que permanecer a su lado era seguro, daba igual durante cuánto tiempo. El Profeta, los Capas Blancas y ahora, por si fuera poco, quizá también los seanchan.

—Creo que sois un buen hombre —manifestó Lini de repente—. Me temo que no os hemos contado toda la verdad, y quizá deberíamos hacerlo.

—Pero ¿qué dices, Lini? —exclamó el posadero a la par que se incorporaba de un salto—. Creo que el calor la está afectando —añadió, dirigiéndose a Perrin—. Y todo el viaje. A veces tiene fantasías raras. Sabéis que eso le ocurre a la gente mayor. ¡Calla, Lini!

Lini apartó de un manotazo los dedos que intentaba ponerle sobre la boca.

—¡Cuidado con lo que dices, maese Gill! ¡Ya te daré yo «gente mayor»! Maighdin *huía* de Tallanvor, por así decirlo, y él la *perseguía*. Todos íbamos tras ella, desde hacía cuatro días, y casi nos matamos y reventamos a los caballos. En fin, no es de extrañar que no sepa lo que quiere la mitad del tiempo; vosotros, los hombres, atontáis a una mujer hasta el punto de que apenas puede ni pensar, y luego pretendéis

no haber hecho nada en absoluto. Habría que daros de bofetadas a todos, por principio. ¡La criatura tiene miedo de sus propios sentimientos! Esos dos deberían casarse, y cuanto antes mejor.

Maese Gill la miraba absorto, y Perrin no estaba seguro de que a él no le ocurriera lo mismo.

—No tengo muy claro qué queréis de mí —contestó despacio, y la mujer de pelo blanco saltó antes de que hubiese terminado de hablar.

—No finjáis ser duro de entendederas. No creería eso de vos ni un solo momento. Veo que tenéis mucha más inteligencia que la mayoría de los hombres. Ése es el peor vicio que tenéis los varones, pretender que no veis lo que tenéis delante de las narices.

¿Qué había pasado con todas esas reverencias? La mujer se cruzó de brazos y lo miró severamente antes de proseguir.

—De acuerdo, si no os queda más remedio que disimular, os lo expondré clara y llanamente: ese lord Dragón vuestro hace lo que quiere, según tengo entendido. Vuestro Profeta coge a la gente y la casa en el acto. Bien, pues, agarrad a Maighdin y a Tallanvor y casadlos. Él os lo agradecerá, y ella también. Cuando se aplaque y vuelva a pensar con claridad.

Estupefacto, Perrin volvió la vista hacia maese Gill, que se encogió de hombros y esbozó una sonrisa forzada.

—Si me disculpáis —dijo Perrin a la ceñuda mujer—. He de ocuparme de ciertos asuntos.

Se alejó deprisa y sólo miró hacia atrás una vez. Lini sacudía el índice ante las narices de maese Gill y lo reprendía a pesar de sus protestas. La brisa soplaba en su contra, de manera que Perrin no pudo oír lo que decían. Sinceramente, no quería saberlo. ¡Todos estaban locos!

Berelain tendría sus dos doncellas y sus husmeadores, pero Faile contaba con sus propios ayudantes, por describirlos de algún modo. Unos veinte jóvenes tearianos y cairhieninos se encontraban sentados en el suelo, cruzados de piernas, cerca de la tienda; las mujeres vestían con chaqueta y pantalón como los hombres, y también llevaban espadas al cinto. A ninguno el cabello le llegaba más abajo de los hombros, y tanto ellos como ellas se lo ataban con una cinta, imitando el largo mechón de los Aiel. Perrin se preguntó dónde estaría el resto; rara vez se alejaban de Faile donde no pudiesen oír su voz. Esperaba que no estuviesen creando problemas. Faile los había tomado bajo su protección para, según ella, evitar que se metiesen en líos, y la Luz sabía que les habría pasado exactamente eso si se hubieran quedado en Cairhien, con montones de estúpidos jovenzuelos como ellos. En su opinión, todos, del primero al último, necesitaban una azotaina o una patada en el trasero para meterles un poco de sentido común en sus cabezotas. Duelos, jugar al *ji'e'toh*, pretender ser algún tipo de

Aiel... ¡Idioteces!

Lacile se puso de pie al ver acercarse a Perrin; era una joven menuda y pálida, con cintas rojas prendidas en las solapas, pequeños aros de oro en las orejas y una mirada desafiante que a veces hacía pensar a los hombres de Dos Ríos que quizá le gustaría recibir un beso a despecho de su espada. En ese momento, la expresión de desafío era dura como una piedra. Un instante después de hacerlo ella, Arrela también se puso de pie; ésta era alta y de tez oscura, con el cabello muy corto, como el de una Doncella, y sus ropas más sencillas incluso que las de la mayoría de los hombres. A diferencia de Lacile, con Arrela no cabía duda de que antes besaría a un perro que a un hombre. La pareja hizo intención de situarse ante la entrada de la tienda para cerrar el paso a Perrin, pero un tipo de mandíbula cuadrada, vestido con una chaqueta de mangas abullonadas, bramó una orden y las dos volvieron a sentarse. A regañadientes. En realidad, Parelean se dio golpecitos con el pulgar en la cuadrada barbilla como si reconsiderara la conveniencia de su orden. Tenía barba la primera vez que Perrin lo había visto —por entonces varios de los jóvenes tearianos la llevaban—, pero los Aiel no se dejaban crecer el vello facial.

Perrin masculló entre dientes algo sobre la estupidez. Eran de Faile total y exclusivamente, y el hecho de que él fuera su marido contaba poco. Aram quizá se sintiese celoso de sus atenciones con ella, pero al menos sentía cariño por Faile. Advirtió los ojos de los jóvenes necios clavados en su espalda mientras entraba en la tienda. Faile lo despellejaría vivo si llegaba a enterarse de que esperaba que esos chicos evitaran que *ella* se metiera en problemas.

La tienda era alta y espaciosa, con una alfombra floreada como suelo y contadas piezas de mobiliario, la mayoría de las cuales se plegaban para cargarlas en una carreta. El pesado espejo de cuerpo entero no era una de ellas, naturalmente. A excepción de los arcones reforzados con bronce y cubiertos con telas bordadas, que servían como mesas extras, todo estaba decorado con líneas rectas doradas, desde el palanganero hasta su espejo. Una docena de lámparas azogadas lograban que dentro hubiese tanta luz como en el exterior, aunque resultaba bastante más fresco, e incluso había un par de colgaduras de seda que pendían de los postes del techo, demasiado ornamentadas para el gusto de Perrin. Demasiado rígidas, con los pájaros y las flores colocados en líneas y ángulos. Dobraine lo había planeado todo para que viajaran como nobles cairhieninos, si bien Perrin se las había ingeniado para «perder» los peores detalles. El enorme lecho, para empezar; era ridículo viajar con algo así. Había ocupado casi una carreta entera.

Faile y Maighdin se encontraban sentadas, con unas tazas de plata labrada en las manos. Tenían el aire de mujeres que se están tanteando, todo sonrisas hacia el exterior, pero con un punto de intensidad en la mirada, un atisbo de suma atención a lo que pudiera haber detrás de las palabras, y ni el menor indicio de si se abrazarían

de un momento a otro o sacarían los cuchillos. Bueno, en su opinión la mayoría de las mujeres no llegarían a tanto como sacar el cuchillo, pero Faile sí. El aspecto de Maighdin había mejorado, después de lavarse, peinarse y sacudir el polvo del vestido. Entre ambas había una mesita con la superficie de mosaico, ocupada con más copas y una alta jarra de plata cubierta por una capa de condensación y de la que se desprendía el aroma a menta de un té de hierbas. Las dos mujeres se volvieron hacia él cuando entró y, durante un instante, casi tuvieron la misma expresión, preguntándose quién entraba sin llamar y en absoluto complacidas por la interrupción. Al menos Faile la suavizó de inmediato con una sonrisa.

—Maese Gill me relató vuestra historia, señora Dorlain —empezó Perrin—. Habéis pasado días muy duros, pero podéis tener la seguridad de que estaréis a salvo aquí hasta que decidáis marcharos.

La mujer le dio las gracias, pero olía a recelo y sus ojos intentaban leer sus pensamientos como si fuese un libro.

—También Maighdin me ha contado lo que les ha ocurrido, Perrin —intervino Faile—, y querría proponerle algo. Maighdin, tú y tus amigos lo habéis pasado muy mal durante los últimos meses y me has dicho que no tenéis perspectivas de futuro. Entrad a mi servicio, todos vosotros. Tendréis que seguir viajando, pero será en circunstancias mucho mejores. Pago bien y no soy un ama severa con mis criados.

Perrin se mostró de acuerdo de inmediato. Si Faile quería darse el capricho de satisfacer su inclinación a ocuparse de personas descarriadas, al menos él también deseaba ayudar a ese grupo. Además, quizá se encontraran más a salvo con él que vagando solos por ahí.

Maighdin se atragantó con el té y faltó poco para que se le cayese la taza. Parpadeó al mirar a Faile mientras se limpiaba la barbilla con un pañuelo rematado con puntilla; la silla en la que estaba sentada crujió levemente cuando se giró para, cosa curiosa, estudiar a Perrin.

—Os lo... agradezco. —Unos instantes más de detenido examen a Perrin y luego su voz cobró fuerza—. Sí, acepto vuestra amable oferta con gratitud. Debo informar a mis compañeros. —Se puso de pie y vaciló antes de dejar cuidadosamente la taza en la bandeja; después se puso erguida sólo para extender el vuelo de la falda en una reverencia apropiada para cualquier palacio—. Intentaré serviros bien, milady —dijo con voz ponderada—. ¿Puedo retirarme?

Al asentir Faile, la mujer hizo una segunda reverencia y retrocedió dos pasos antes de darse media vuelta. Perrin se rascó la barba. Otra persona más que haría inclinaciones y venias en su presencia.

Tan pronto como la solapa de la tienda cayó detrás de Maighdin, Faile soltó su taza y se echó a reír mientras golpeaba con los talones en la alfombra.

—Oh, me gusta, Perrin. ¡Tiene carácter! Apuesto que te habría chamuscado la

barba por lo de esas banderas si no hubiese intervenido yo. Oh, sí. ¡Tiene mucho brío!

Perrin gruñó. Justo lo que le faltaba; otra mujer para chamuscarle la barba.

—Le prometí a maese Gill ocuparme de ellos, Faile, pero... ¿A que no te imaginas lo que me pidió Lini? Quería que casara a Maighdin con ese hombre, Tallanvor. ¡Que los trajera ante mí y los uniera en matrimonio, al margen de lo que ellos opinaran! Afirmó que ambos lo desean. —Se sirvió té en una taza y se dejó caer en la silla que había ocupado antes Maighdin, haciendo caso omiso de los alarmantes crujidos del mueble bajo su peso—. En cualquier caso, esa estupidez es lo que menos me preocupa. Maese Gill me contó que los seanchan han tomado Amador, y le creo. ¡Luz! ¡Los seanchan!

Faile unió las manos por las puntas de los dedos y se quedó mirando al vacío, pensativa.

—Quizá sería lo mejor —murmuró—. En la mayoría de las casas, todo va mejor si la servidumbre está casada. Quizá debería organizar ese matrimonio. Y también para Breane. A juzgar por el modo en que salió corriendo de aquí, tan pronto como se hubo lavado la cara, para comprobar cómo le iba a ese tipo grandullón, deberían estar casados ya. En sus ojos había un brillo significativo. No admitiré esa clase de comportamiento en mi servidumbre. Sólo conduce a recriminaciones, llantos y enfurruñamientos. Y con Breane será peor que en el caso de él.

Perrin la miró fijamente.

—¿Me has oído? —preguntó despacio—. ¡Los seanchan han tomado Amador! ¡Los seanchan, Faile!

Ella dio un respingo —¡verdaderamente se había estado planteando casar a esas mujeres!—, y luego le sonrió con expresión divertida.

—Amador se encuentra todavía muy lejos, y si topamos con esos seanchan estoy convencida de que te ocuparás de ellos. Después de todo, me enseñaste a que me posara en tu muñeca ¿no es verdad?

Eso era lo que ella decía, aunque Perrin no había visto señal alguna de que fuese así.

—Es posible que se muestren un poco más difíciles de lo que fuiste tú —repuso secamente, y su mujer volvió a sonreír. Por alguna razón, olía a extremadamente complacida—. Estoy planteándome enviar a Grady o a Neald a avisar a Rand, en contra de lo que dijo. —Continuó, a pesar de que Faile sacudió enérgicamente la cabeza, borrada por completo su sonrisa—. Si supiera cómo dar con él, lo haría. Tiene que haber algún modo de ponerlo al corriente sin que nadie se entere.

Rand había insistido en ese punto más incluso que sobre la necesidad de acercarse en secreto a Masema. Supuestamente, Rand lo había exiliado, y nadie debía saber que entre los dos quedaba otra cosa que no fuese enemistad.

—Lo sabe, Perrin. No me cabe duda. Maighdin vio palomares por doquier en

Amador, y aparentemente los seanchan no les dieron ninguna importancia. A estas alturas, cualquier mercader que tenga relaciones comerciales con Amador ya se habrá enterado, al igual que la Torre Blanca. Créeme, Rand debe de estar enterado también. Debes confiar en que él sabe lo que hace. En esto sí.

No siempre estaba tan convencida de eso.

—Tal vez —murmuró, irritado. Procuraba no preocuparse por la cordura de Rand, pero su amigo de la infancia conseguía despertar sus mayores recelos cuando, por su actitud, le recordaba a un niño brincando por un prado. Además, ¿hasta qué punto confiaba Rand incluso en él? Se reservaba cosas, hacía planes que nunca revelaba.

Perrin suspiró, se recostó en la silla y tomó un sorbo de té. Lo cierto era que, loco o cuerdo, Rand tenía razón. Si los Renegados —o la Torre Blanca— se olían lo que se proponía, encontrarían algún modo de tirar el yunque para que le cayera sobre el pie.

—Bueno, al menos haré que los espías de la Torre tengan una cosa menos de la que informar. Esta vez voy a quemar esa jodida bandera. —Y también la del Lobo Rojo. Si tenía que jugar a ser un lord, de acuerdo, ¡pero para eso no le hacía falta ninguna maldita bandera!

Los carnosos labios de Faile se fruncieron en un gesto circunspecto. Se levantó de la silla y se arrodilló a su lado, cogiéndole las muñecas. Perrin sostuvo, receloso, su mirada serena y firme. Cuando lo miraba de aquel modo tan intenso, tan serio, estaba a punto de decirle algo importante. O de intentar hacerle ver lo que no era y darle vueltas hasta desorientarlo al punto de no saber cuál era su mano derecha y cuál su izquierda. Su efluvio no le aclaraba nada. Intentó dejar de olerla, porque resultaba facilísimo ensimismarse en eso, y entonces sí le haría ver blanco lo que era negro. Si algo había aprendido desde que se había casado, era que un hombre necesitaba poner los cinco sentidos para discutir un asunto con una mujer. A menudo ni siquiera así era suficiente; para salirse con la suya, las mujeres no tenían nada que envidiar a una Aes Sedai.

—Quizá deberías reconsiderar esa idea, esposo —musitó. Una leve sonrisa curvó las comisuras de sus labios, como si, una vez más, le hubiese leído el pensamiento—. Dudo que nadie que nos haya visto desde que entramos en Ghealdan sepa lo que significa la bandera del Águila Roja. Aunque sí es posible que algunos la reconozcan en una ciudad del tamaño de Bethal. Además, cuanto más tiempo pasemos buscando a Masema, más probabilidades habrá.

Perrin ni se molestó en comentar que, precisamente por eso, mayor razón para librarse del estandarte. Faile no tenía un pelo de tonta, y era mucho más despierta que él.

—Entonces, ¿por qué conservarla si con ello sólo se consigue atraer la atención hacia el idiota que todo el mundo pensará que está intentando resucitar Manetheren?

—preguntó en cambio. Otros hombres y mujeres ya habían intentado hacer eso mismo en el pasado; el nombre de Manetheren conllevaba recuerdos muy poderosos, algo conveniente para quien deseara iniciar una rebelión.

—Justamente por esa razón. —Se acercó, clavándole una mirada intensa—. Porque un hombre que intente resucitar Manetheren despertará interés. La gente corriente te sonreirá a la cara, esperará que sigas adelante enseguida e intentará olvidarte tan pronto como te hayas marchado. En cuanto a las personas importantes, ahora están demasiado pendientes de otras cosas como para fijarse en ti, a no ser que les pellizques la nariz para llamar su atención. Comparado con los seanchan o el Profeta o los Capas Blancas, un hombre que trata de resucitar Manetheren es una minucia. Y diría que también es más seguro que no atraiga sobre sí la atención de la Torre. No ahora. —Su sonrisa se ensanchó y el brillo de sus ojos anunció que se disponía a exponer su argumento más contundente—. Pero lo más importante es que nadie pensará que ese hombre está haciendo otra cosa. —Su sonrisa se borró de forma repentina; le plantó el índice en la punta de la nariz, con contundencia—. Y no te califiques de idiota, Perrin t'Bashere Aybara. Ni siquiera de refilón. No lo eres, y no me gusta oírtelo decir. —Su aroma era como minúsculas espinas, no verdadera ira pero, sin lugar a dudas, de desagrado.

Azogue. Un martín pescador más veloz que el pensamiento. Desde luego, mucho más rápido que el suyo. A él jamás se le habría ocurrido ocultarse de manera tan... flagrante. Pero sí se daba cuenta de que tenía sentido. Era como ocultar el hecho de ser un asesino al proclamar que se era un ladrón. Con todo, podía funcionar.

Riendo quedamente, le besó las puntas de los dedos.

—La bandera seguirá ondeando —dijo. Supuso que ello implicaba asimismo la permanencia de la del Lobo Rojo. ¡Rayos y centellas!—. Alliandre debe saber la verdad, sin embargo. Si piensa que Rand se propone erigirme en rey de Manetheren y tomar sus tierras...

Faile se puso de pie tan repentinamente, dándose media vuelta, que Perrin temió haber cometido un error al sacar a colación a la reina. No era difícil relacionarla con Berelain, y el aroma de su esposa era... encrespado. Cauteloso. No obstante, se limitó a responder sin volverse para mirarlo:

—Alliandre no representará el menor problema para Perrin Ojos Dorados. Ese pájaro se puede dar por atrapado en la red, esposo, así que es hora de que nos centremos en encontrar a Masema.

Se arrodilló grácilmente ante un pequeño arcón que había colocado contra la pared de la tienda, el único sin cubrir con telas bordadas; levantó la tapa y empezó a rebuscar entre los mapas enrollados.

Perrin esperaba que estuviera en lo cierto con respecto a Alliandre, pues ignoraba qué haría si se equivocaba. Y ojalá tuviese, aunque sólo fuera, la mitad de capacidad

que ella le atribuía: Alliandre era un pájaro atrapado en su red, los seanchan se inclinarían como marionetas ante Perrin Ojos Dorados, y atraparía al Profeta y lo llevaría en presencia de Rand aunque Masema tuviera diez mil hombres alrededor. No por primera vez comprendió que, por mucho que sus arrebatos de ira lo hiriesen y desconcertaran, lo que temía era decepcionarla. Si alguna vez veía decepción en los ojos de su mujer, se le partiría el corazón.

Se arrodilló junto a ella y la ayudó a extender el mapa más grande, que abarcaba el sur de Ghealdan y el norte de Amadicia, y lo contempló fijamente, como si el nombre de Masema fuese a surgir de repente ante su vista, resaltando en el pergamino. Tenía más motivos que Rand para querer alcanzar el éxito en su empresa. Triunfara o no en todo lo demás, no podía decepcionar a Faile.

Faile yació despierta en la oscuridad, escuchando hasta que estuvo segura de que la respiración de Perrin tenía el ritmo constante y profundo del sueño, y entonces salió de entre las mantas que compartían. Esbozó una triste sonrisa mientras se sacaba por la cabeza el camisón de lino. ¿De verdad pensaba Perrin que no iba a descubrir que había escondido la cama en lo profundo de un bosquecillo una mañana, mientras se cargaban las carretas? Tampoco es que le importara; al menos, no demasiado. A buen seguro, había dormido en el suelo tantas veces como él. Había fingido sorpresa, por supuesto, y apenas dio importancia al asunto o, en caso contrario, él se habría disculpado, puede que incluso hubiese vuelto a buscar la dichosa cama. Saber llevar a un marido era un arte, según su madre. ¿Le había resultado tan difícil a Deira ni Ghaline?

Metió los pies descalzos en las zapatillas, se puso una bata de seda y vaciló un instante mientras miraba a Perrin. La vería claramente si se despertaba, pero ella sólo distinguía una forma oscura tumbada. Ojalá su madre estuviese allí en ese momento para aconsejarla. Lo amaba con todo su ser, y él la turbaba profundamente al no ajustarse a sus conceptos sobre los hombres. Comprenderlos era imposible, por supuesto, pero Perrin era totalmente diferente a todos los que había conocido desde su infancia. Jamás hacía alarde de sus cualidades ni se vanagloriaba de nada, sino que era modesto. ¡Nunca habría creído capaz a un hombre de ser modesto! Insistía en que sólo se había convertido en un líder por puro azar, y aseguraba que no sabía dirigir, cuando en realidad los hombres que lo conocían estaban dispuestos a seguirlo al cabo de una hora. Desestimaba su discernimiento al considerarse poco despierto, cuando su razonamiento lento y reflexivo profundizaba de tal modo que ella tenía que hacer malabares para guardar algún secreto. Era un hombre maravilloso; su lobo de rizado pelo. Tan fuerte. Y tan gentil. Suspirando, salió de puntillas de la tienda. El fino oído de su marido ya le había causado problemas antes.

El silencio envolvía el campamento bajo la media luna, que daba tanta luz en el

despejado cielo como lo habría hecho en su fase llena, una brillantez que desdibujaba las estrellas. Algún pájaro nocturno lanzó su grito estridente, pero enmudeció al sonar el profundo ululato de un búho. Soplaba una ligera brisa y, maravilla de maravillas, parecía un poco fresca. Seguramente eran imaginaciones suyas. Las noches eran frescas sólo en comparación con las horas diurnas.

Casi todos los hombres dormían, figuras oscuras entre las sombras bajo los árboles. Unos cuantos permanecían en vela, charlando alrededor de las contadas lumbres que aún ardían. Faile no hizo el menor esfuerzo por ocultarse, pero ninguno reparó en ella. Algunos parecían estar medio dormidos donde se encontraban sentados, dando cabezadas. Si no supiera lo bien que cumplían con su turno de vigilancia los hombres que estaban de servicio, habría pensado que hasta una manada de ganado en estampida habría pillado por sorpresa al campamento. Además, las Doncellas montarían guardia durante la noche también. Aunque tampoco importaba si ellas la veían.

Las grandes carretas formaban largas y oscuras hileras, y los criados ya roncaban debajo de ellas. La mayoría de los criados. Allí aún chisporroteaba una lumbre. Maighdin y sus amigos se encontraban sentados alrededor del fuego. Tallanvor estaba hablando y gesticulando bruscamente, pero sólo los otros hombres parecían prestarle atención, a pesar de que sus palabras iban dirigidas aparentemente a Maighdin. No era de extrañar que llevasen mejores ropas en sus hatillos que los casi andrajos con los que habían viajado, pero su anterior señora había debido de ser muy pródiga para que su servicio vistiera de seda, y Maighdin llevaba un vestido de raso verdaderamente excelente, en un color azul apagado. Ninguno de los otros vestía tan bien, así que, quizá, Maighdin había sido la favorita de su señora.

Una ramita crujió bajo el pie de Faile, y las cabezas del grupo se giraron rápidamente; Tallanvor hizo amago de ponerse de pie y desenvainó a medias su espada antes de verla a la luz de la luna. Estaban más alerta que los hombres de Dos Ríos que Faile había dejado atrás. Durante un instante todos ellos se limitaron a mirarla, y entonces Maighdin se incorporó con donaire e hizo una profunda reverencia; los demás siguieron su ejemplo prestamente, con distintos grados de pericia. Sólo Maighdin y Balwer parecían relajados. Una sonrisa nerviosa dividía la cara redonda de Gill.

—Seguid con lo que estabais haciendo —les dijo amablemente—. Pero no trasnochéis demasiado; mañana os espera un día muy ocupado.

Siguió caminando, pero cuando miró hacia atrás ellos seguían de pie, observándola. Su viaje debía de haberles vuelto tan cautelosos como conejos, siempre alerta a la presencia del zorro. Se preguntó si encajarían bien. En las semanas siguientes tendría que dedicarse a ellos para que se habituaran a sus costumbres y viceversa. Lo uno era tan importante como lo otro para la buena marcha de una casa.

Tendría que sacar tiempo de donde fuera.

Esa noche no ocuparon mucho sus pensamientos, ya que enseguida dejó atrás las carretas, no del todo fuera del radio vigilado estrechamente por los hombres de Dos Ríos, subidos a los árboles. Sólo un ratón habría pasado inadvertido entre ellos —alguna vez habían detectado incluso a una Doncella—, pero estaban al acecho de intrusos que intentaran entrar a hurtadillas en el campamento, no de quienes tenían todo el derecho a encontrarse en él. En un pequeño claro iluminado por la luna la aguardaba su gente.

Algunos hombres inclinaron la cabeza, y Parelean casi hincó la rodilla en el suelo antes de que pudiera impedírselo. Varias mujeres hicieron reverencias de manera instintiva, gesto por demás chocante al ir vestidas con ropas masculinas, y después agacharon los ojos o rebulleron avergonzadas al darse cuenta de lo que habían hecho. Llevaban imbuidos en la sangre los modales cortesanos, a pesar de su denodado empeño en adoptar costumbres Aiel. O, al menos, lo que ellos tenían por costumbres Aiel. A veces, esas creencias horrorizaban a las Doncellas. Perrin los llamaba necios, y en ciertos aspectos lo eran, pero esos cairhieninos y tearianos le habían jurado fidelidad —con el juramento del agua, como lo denominaban, en imitación de los Aiel o intentándolo— y eso los hacía suyos. Entre ellos, habían dado en llamar a su «asociación guerrera» *Cha Faile*, la Garra del Halcón, si bien habían comprendido la necesidad de mantener aquello en secreto. No eran necios en todos los sentidos. En realidad, tampoco eran tan diferentes de los jóvenes con los que Faile había crecido; rozando el límite, en cualquier caso.

Aquellos a los que había destacado esa mañana acababan de regresar, ya que las mujeres que había entre ellos aún se estaban cambiando los vestidos que habían tenido que ponerse por fuerza. Una mujer con ropas masculinas habría llamado la atención en Bethal, y mucho más cinco. Había un gran trajín de faldas y enaguas, chaquetas, camisas y pantalones en el claro. Las jóvenes fingían que no les afectaba estar desnudas delante de otras personas, incluidos hombres, ya que los Aiel no parecían darle importancia, pero sus prisas y sus agitadas respiraciones dejaban patente la mentira. Por su parte, ellos rebullían con nerviosismo y volvían las cabezas, divididos entre el comportamiento decente de apartar la vista hacia otro lado y el deseo de mirarlas, como pensaban que hacían los Aiel, mientras fingían no estar observando a las mujeres medio desnudas. Faile se ajustó la bata; no había podido vestirse más sin correr el riesgo de despertar a Perrin, pero no disimulaba sentirse cómoda. No era domani, para recibir a sus sirvientes en el baño.

—Disculpadnos por llegar tarde, milady Faile —jadeó Selande mientras se ponía la chaqueta. La menuda mujer tenía un fuerte acento cairhienino. Aun para alguien de su nacionalidad, era de estatura baja, pero se las arreglaba para tener un aire arrogante, una adecuada audacia en la manera de erguir la cabeza y la postura de los

hombros—. Habríamos regresado antes, pero los guardias de las puertas nos pusieron problemas para dejarnos salir.

—¿Problemas? —instó Faile. Ojalá hubiese podido ver la ciudad, en lugar de ellos. Ojalá Perrin la hubiese enviado allí en lugar de a esa mujerzuela. No, no quería pensar en Berelain. No era culpa de Perrin. Se repetía eso mismo veinte veces diarias, como una plegaria. Pero ¿por qué estaría tan ciego ese hombre?—. ¿Qué tipo de problemas? —Suspiró disgustada. Tener dificultades con el esposo no debía afectar jamás el tono con que se hablaba a los vasallos.

—Nada en particular, milady. —Selande se abrochó el cinto de la espada y se lo ajustó a las caderas—. Delante de nosotros pasaron unos tipos con sus carretas sin ningún impedimento, pero les preocupaba dejar salir a mujeres de noche.

Algunas de las mujeres se echaron a reír. Los cinco hombres que habían ido a Bethal rebulleron, irritados, sin duda porque no los hubiesen considerado suficiente protección. Los restantes *Cha Faile* formaban un apretado semicírculo detrás de esos diez, observando atentamente a Faile, escuchando con gran interés. El juego de luz y sombras de la luna dejaba en penumbra sus rostros.

—Contadme lo que visteis —ordenó Faile en un tono más calmado. Mucho mejor.

Selande presentó su informe concisamente, y a pesar del afán de Faile de haber ido ella personalmente, tuvo que admitir que habían observado casi tanto como habría podido desear. Las calles de Bethal permanecían casi desiertas incluso en horas de comercio. Las gentes se quedaban en sus casas todo lo posible. Había un goteo mercantil entrando y saliendo de la ciudad, pero muy pocos mercaderes se aventuraban a viajar por esa parte de Ghealdan, y apenas llegaban los suficientes productos del campo para alimentar a todos. La mayoría de los vecinos parecían aturdidos, temerosos de lo que pudiera haber fuera de las murallas, hundiéndose más y más en la apatía y el desánimo. Nadie quería hablar por miedo a los espías del Profeta, y tampoco querían ver nada, por miedo a que los tomasen por espías. El Profeta había causado un profundo impacto en la población. Por ejemplo, por muchos bandidos que merodearan en las colinas, los rateros y asaltantes habían desaparecido de Bethal. Se decía que el castigo del Profeta para un ladrón era cortarle las manos. Aunque eso no parecía aplicable a su propia gente.

—La reina recorre la ciudad a diario, dejándose ver para levantar el ánimo de los suyos, pero no creo que sirva de mucho —comentó Selande—. Está haciendo una gira por el sur para recordar al pueblo que tiene una reina; puede que haya tenido más éxito en otros sitios. Su guardia se ha sumado a los centinelas de las murallas, así como todos sus soldados excepto un puñado. Quizás eso hace que los vecinos se sientan más seguros. Hasta que se marche. A diferencia de todos los demás, aparentemente la propia Alliandre no tiene miedo de que el Profeta entre a saco en la

ciudad. Pasea sola por los jardines del palacio de lord Telabin, mañana y tarde, y sólo tiene a su servicio unos pocos soldados, los cuales pasan casi todo el día metidos en las cocinas. Toda la ciudad parece tan preocupada por los víveres y por el tiempo que durarán, como por el Profeta. A decir verdad, milady, a pesar de los guardias en las murallas creo que si Masema apareciese solo a las puertas, le entregarían la ciudad.

—Lo harían —manifestó desdeñosamente Meralda mientras se ceñía la espada a la cintura—. Y suplicarían clemencia. —Morena y fornida, Meralda era tan alta como Faile, pero la teariana agachó la cabeza ante el ceño de Selande y musitó una disculpa. No cabía duda de quién dirigía *Cha Faile*, después de la propia Faile.

La complació que no hubiese necesidad de cambiar el precedente establecido por ellos. Selande era la más inteligente, con excepción quizá de Parelean, y únicamente Arrela y Camaille eran más rápidas. Y Selande tenía algo más, cierta entereza, como si ya se hubiese enfrentado al peor terror de su vida y jamás pudiera repetirse nada tan malo. Huelga decir que Selande deseaba tener una cicatriz como algunas de las Doncellas. Faile tenía varias pequeñas, distintivos de honor en su mayoría, pero ciertamente buscarlo a propósito era una estupidez. Al menos la cairhienina no se mostraba demasiado ansiosa en lograrlo.

—Hicimos un mapa, como pedisteis, milady —terminó la menuda mujer tras una última mirada de advertencia a Meralda—. Hemos trazado en lo posible la parte posterior del palacio de lord Telabin, pero me temo que no hay mucho más aparte de jardines y establos.

Faile no intentó distinguir las líneas dibujadas en el papel que la mujer desplegó a la luz de la luna. Lástima que no hubiese podido ir personalmente; así habría hecho un croquis del interior. No. Lo hecho, hecho estaba, como le gustaba decir a Perrin. Y era suficiente.

—¿Seguro que nadie registra las carretas que salen de la ciudad?

Aun con la pálida luz de la luna vio las expresiones desconcertadas en muchos de los rostros que tenía delante. Nadie sabía por qué había enviado a unos cuantos de ellos a Bethal. Pero Selande no mostraba desconcierto alguno.

—Sí, milady —respondió sosegadamente. Muy inteligente, y muy despierta.

Sopló una corta ráfaga de viento que agitó las hojas de los árboles y alborotó las que estaban caídas en el suelo; Faile deseó tener la agudeza auditiva de su marido. Y también su olfato y su vista. No importaba que la vieran allí con sus servidores, pero que alguien escuchara la conversación a escondidas era otra cosa muy distinta.

—Bien hecho, Selande. Todos vosotros.

Perrin conocía los peligros que había allí, tan reales como los de más al sur; pero, al igual que casi todos los hombres, pensaba con el corazón tantas veces como con la cabeza. Una esposa tenía que ser práctica si quería evitar que su marido se metiera en problemas. Ése había sido el primer consejo de su madre para la vida de casada.

—Con las primeras luces regresaréis a Bethal, y si recibís noticias mías, esto es lo que deberéis hacer...

Hasta Selande abrió mucho los ojos por la impresión a medida que hablaba, pero nadie articuló la menor protesta. Faile se habría sorprendido si alguno lo hubiese hecho. Sus instrucciones eran precisas. El plan entrañaba cierto peligro, pero, teniendo en cuenta las circunstancias, ni de lejos el que podría haber habido.

—¿Alguna pregunta? —dijo finalmente—. ¿Todo el mundo lo ha entendido?

—Vivimos para servir a lady Faile —respondió al unísono *Cha Faile*.

Y eso significaba que servirían a su adorado lobo, tanto si él lo quería como si no.

Maighdin rebulló entre las mantas tendidas sobre el duro suelo, incapaz de conciliar el sueño. Ahora ése era su nombre; un nombre nuevo para una nueva vida. Maighdin por su madre, y Dorlain por una familia de una heredad que antes fue suya. Una vida nueva para suplir la pasada, pero los vínculos del corazón no podían cortarse. Y ahora... Ahora...

Un débil crujido de las hojas muertas la hizo levantar la cabeza, y vio una figura borrosa pasando entre los árboles. Lady Faile, que regresaba a su tienda de dondequiera que hubiese ido. Una joven agradable, bondadosa y con lenguaje culto. Fuera cual fuese el linaje de su esposo, casi con toda seguridad ella procedía de noble cuna. Pero era joven. E inexperta. Eso podría ser ventajoso.

Maighdin recostó de nuevo la cabeza en la capa que utilizaba como almohada. Luz, ¿qué estaba haciendo allí? ¡Entrar al servicio de una dama como doncella! No. Se aferraría a la confianza en sí misma, al menos. Todavía le quedaba eso. Todavía. Si escarbaba hondo. Contuvo la respiración al oír el sonido de unos pasos cercanos.

Tallanvor se arrodilló ágilmente a su lado. Iba sin camisa y la luz de la luna brillaba en los músculos de su torso y sus hombros, dejando en sombras su rostro. Una leve brisa le revolvía el cabello.

—¿Qué locura es ésta? —preguntó quedamente—. ¿Entrar al servicio de una dama? ¿Qué te propones? Y no me vengas con esas tonterías sobre empezar una nueva vida. No me lo creo. Ninguno de los otros lo cree.

Ella intentó darse media vuelta, pero Tallanvor le puso una mano sobre el hombro. No ejerció presión, pero aun así la frenó tan certeramente como un dogal. Rogó a la Luz que no se pusiera a temblar. La Luz no escuchó su súplica, pero al menos Maighdin se las ingenió para mantener la voz firme.

—Por si no te has fijado, he de ganarme la vida ahora. Mejor hacerlo como doncella de una dama que como camarera de taberna. Eres libre de marcharte si el servicio aquí no te complace.

—No renunciaste a tu inteligencia y a tu orgullo cuando abdicaste al trono —murmuró él. ¡Maldita Lini por haber revelado eso!—. Si tienes intención de fingir

que sí lo hiciste, sugiero que evites que Lini te pille a solas. —¡El hombre se echó a reír quedo! ¡De ella! ¡Oh, y qué risa tan profunda, tan rica!—. Quiere hablar dos palabras con Maighdin, y sospecho que no será tan afable con ella como lo era con Morgase.

Furiosa, se sentó en las mantas y le retiró bruscamente la mano.

—¿Es que eres ciego y sordo? ¡El Dragón Renacido tiene planes para Elayne! ¡Luz, no me gustaría siquiera que conociera su nombre! No puede haber sido puro azar lo que me trajo hasta uno de sus esbirros, Tallanvor. ¡Tiene que ser algo más!

—Maldición, sabía que tenía que ser por eso. Confiaba en estar equivocado, pero... —Su voz sonaba tan furiosa como la de ella. ¡Y no tenía derecho a enfurecerse!—. Elayne está a salvo en la Torre Blanca. La Amyrlin no permitirá que se acerque a un hombre que puede encauzar, aunque sea el Dragón Renacido, principalmente si es él, y Maighdin Dorlain no puede hacer nada respecto a la Sede Amyrlin, el Dragón Renacido ni el Trono del León. Lo único que puede conseguir es acabar con el cuello partido o la garganta cortada o...

—¡Maighdin Dorlain puede observar! —lo interrumpió, al menos en parte para cortar aquella horrible letanía—. ¡Puede oír! ¡Puede...! —Irritada, dejó la frase en el aire. ¿Qué podía hacer realmente? De repente cayó en la cuenta de que estaba sentada allí, cubierta sólo por una fina enagua, y rápidamente se envolvió en la manta. De hecho, la noche parecía un tanto fresca. O quizá la carne de gallina era por tener clavados en ella los ojos de Tallanvor. La idea ruborizó sus mejillas, aunque esperó que él no lo advirtiera. Por suerte, también puso brío en su voz. ¡No era una muchachita, para que se pusiera colorada porque un hombre la mirase!—. Haré lo que esté en mi mano, sea lo que sea. Acabará presentándose la ocasión de que me entere de algo o pueda hacer algo para ayudar a Elayne, ¡y la aprovecharé!

—Una decisión peligrosa —contestó sosegadamente él. Maighdin habría deseado que la luna iluminara su rostro. Sólo para ver su expresión, por supuesto—. Lo oíste amenazar con ahorcar a quien lo mirara mal —continuó Tallanvor—. Y lo creo, de un hombre con esos ojos. Como los de una alimaña. Me sorprendió que dejara marchar a ese tipo. ¡Pensé que lo degollaría con sus propias manos! Si descubre quién eres, quién fuiste... Balwer podría traicionarte. Nunca llegó a explicar por qué nos ayudó a escapar de Amador. Quizá pensó que la reina Morgase le daría una nueva posición de importancia. Ahora sabe que no hay oportunidad de conseguirlo, y podría querer ganarse el favor de sus nuevos amos.

—¿Acaso te asusta *lord* Perrin Ojos Dorados? —demandó desdeñosamente. ¡Luz, a ella sí la asustaba! Esos ojos eran de lobo—. Balwer sabe muy bien que le conviene mantener cerrada la boca. Cualquier cosa que diga repercutirá en él; después de todo, venía conmigo. ¡Si tienes miedo, coge tu caballo y márchate!

—Siempre me echas eso en cara —musitó mientras se sentaba sobre los talones.

Ella no podía verle los ojos, pero sí los sentía—. «Márchate si quieres», repites. Antaño hubo un soldado que amaba a su reina de lejos, consciente de que era un amor imposible, de que jamás osaría revelarlo. Ahora la reina ha desaparecido y sólo queda una mujer. Y la esperanza. ¡Ardo en esa esperanza! Si deseas que me marche, Maighdin, dilo. Una palabra. «¡Vete!» Sólo una palabra.

Ella abrió la boca. «Sólo una palabra —pensó—. ¡Luz, sólo es una palabra! ¿Por qué no puedo pronunciarla? ¡Luz, por favor!»

Por segunda vez en esa noche la Luz hizo oídos sordos a su ruego. Permaneció sentada, arrebujada en la manta como una estúpida, con la boca abierta y las mejillas cada vez más ruborizadas.

Si él se hubiese reído otra vez, le habría clavado el cuchillo de su cinturón. Si se hubiese reído o hubiese mostrado el menor gesto de triunfo... Por el contrario, el hombre se inclinó hacia adelante y le besó suavemente los ojos. Maighdin emitió un profundo sonido gutural; parecía incapaz de moverse. Con los ojos desorbitados, lo vio ponerse de pie. Parecía muy alto bajo la luz de la luna. Ella era una reina —lo había sido—, acostumbrada a mandar, a tomar duras decisiones en momentos difíciles, pero justo en ese momento los latidos del corazón le retumbaban en la cabeza, aturdiéndola.

—Si hubieses dicho «vete», habría enterrado la esperanza, pero jamás te habría abandonado —susurró él.

Hasta que el hombre no se encontró de nuevo entre su manta, Maighdin fue incapaz de tumbarse, arropada en la suya. Respiraba como si hubiese estado corriendo. La noche era realmente fría; estaba tiritando, no temblando. Tallanvor era demasiado joven. ¡Demasiado joven! Peor aún: tenía razón. ¡Así se abrasara por eso! La doncella de una dama no podía hacer nada para influir en los acontecimientos, y si el lobo asesino del Dragón Renacido descubría que tenía a Morgase de Andor en su poder, podría utilizarla contra Elayne, en lugar de servirle de ayuda. ¡Ese hombre no tenía derecho a tener razón cuando ella quería que estuviese equivocado! Lo ilógico de la idea la enfureció. ¡Existía la posibilidad de que pudiera hacer algo! ¡Tenía que haberla!

En el fondo de su mente sonó una risita burlona y se oyó una voz. *No puedes olvidar que eres Morgase Trakand*, le dijo con sorna, *y aun después de haber abdicado, la reina Morgase no se resigna a no tomar parte en los asuntos de los poderosos, por desastrosa que haya sido su intervención hasta ahora. Y tampoco puede decir a un hombre que se vaya, porque le es imposible dejar de pensar cuán fuertes son sus manos y cómo se curvan sus labios cuando sonríe y...*

Furiosa, se cubrió la cabeza con la manta, intentando acallar la voz. No se quedaba porque no pudiera renunciar al poder. En cuanto a Tallanvor... ¿Cuál era su lugar con respecto a una mujer que había dejado de ser reina? Intentó no pensar en él,

no hacer caso de esa vocecilla burlona que no se callaba, pero, cuando finalmente llegó el sueño, aún podía sentir la suave presión de sus labios en los párpados.

9. Enredos

Perrin se despertó antes de que amaneciera, como era habitual en él, y, también como ocurría siempre, Faile ya estaba levantada. Cuando quería, podía hacer que un ratón pareciera ruidoso en comparación, y Perrin sospechaba que si se despertara una hora después de haberse acostado, ella seguiría arreglándoselas para levantarse antes. Las solapas de la entrada de la tienda estaban recogidas a los lados, y los paneles laterales se habían levantado un poco por debajo, de manera que corría una leve corriente que ascendía por el agujero de ventilación del techo, lo suficiente para crear una ilusión de frescor. De hecho, Perrin tiritó mientras buscaba la camisa y los pantalones. Bueno, se suponía que era invierno, aunque el tiempo no lo supiera.

Se vistió y se frotó los dientes con sal en la oscuridad, sin necesitar lámparas, y cuando salió de la tienda, pateando para meterse bien las botas, Faile tenía a sus nuevos criados reunidos alrededor bajo la gris penumbra del alba, algunos sosteniendo linternas encendidas. La hija de un lord necesitaba sirvientes; debería haberse encargado él del asunto antes. Había dos personas de Dos Ríos en Caemlyn a las que Faile había entrenado personalmente, pero a causa de la necesidad de mantener en secreto el viaje no había sido posible llevarlas con ellos. Maese Gill querría regresar a casa lo antes posible, y Lamgwin y Breane con él, pero quizá Maighdin y Lini se quedarían.

Aram se incorporó de donde había permanecido sentado de piernas cruzadas, junto a la tienda, pendiente de él. Si Perrin no se lo hubiese impedido, el antiguo gitano habría dormido tumbado a la puerta de la tienda. Esa mañana llevaba una chaqueta de rayas rojas y blancas, si bien el blanco se notaba un poco sucio; incluso allí, la espada con el pomo de la empuñadura en forma de cabeza de lobo asomaba por encima de su hombro. Perrin había dejado el hacha en la tienda, agradecido de poder librarse de ella. Tallanvor seguía con la espada ceñida a la cintura por encima de la chaqueta, pero no así maese Gill y los otros dos hombres.

Faile debía de haber estado atenta ya que, tan pronto como Perrin salió, señaló hacia la tienda, obviamente impartiendo instrucciones. Maighdin y Breane pasaron presurosas junto a Aram y él con sendas linternas, el gesto firme y oliendo a resolución por algún motivo. Ninguna le hizo reverencias; una sorpresa agradable. Lini sí, una rápida flexión de rodilla antes de ir apresuradamente en pos de las otras mientras murmuraba algo sobre «saber cuál es su sitio». Perrin sospechaba que Lini era una de esas mujeres que entendían que su sitio era estar al mando. Pensándolo bien, la mayoría de las mujeres pensaban de ese modo. Así era en todo el mundo, por lo visto, no sólo en Dos Ríos.

Tallanvor y Lamgwin siguieron enseguida a las mujeres, y Lamgwin se tomó tan en serio lo de inclinar la cabeza como Tallanvor, cuya expresión era sombría. Perrin

suspiró y devolvió el saludo del mismo modo, cosa que sorprendió a ambos y los dejó boquiabiertos. Un seco grito de Lini los sacó de su estupor y los hizo entrar en la tienda sin demora.

Tras dedicarle una fugaz sonrisa, Faile se encaminó hacia las carretas hablando alternativamente con Basel Gill, que caminaba a un lado, y Sebban Balwer, que iba al otro. Los dos hombres portaban linternas para alumbrarle el camino. Ni que decir tiene que más de dos puñados de esos jovenzuelos idiotas los siguieron a una distancia desde la que podrían oírla si alzaba la voz, pavoneándose y toqueteando las empuñaduras de las espadas y escudriñando en derredor bajo la penumbra como si esperaran un ataque o estuvieran ansiosos porque se produjese uno. Perrin se tiró de la corta barba. Su mujer siempre encontraba ocupaciones para llenar de sobra las horas del día, y nadie se las quitaba de las manos como a él. Nadie se atrevería.

Apenas asomaban los primeros retazos de la aurora, pero los cairhieninos ya se movían entre las carretas, y lo hacían con mayor rapidez cuanto más cerca se encontraba Faile. Para cuando su mujer llegó junto a ellos, dio la impresión de que trotaban, con las linternas meciéndose y brincando en la oscuridad. Los hombres de Dos Ríos, acostumbrados a la jornada de los granjeros, preparaban ya el desayuno, algunos riendo y alborotando alrededor de las lumbres, otros gruñendo malhumorados, pero la mayoría ocupándose de realizar las tareas diarias. A unos pocos que remoloneaban entre las mantas los sacaron de ellas sin contemplaciones. Grady y Neald también se habían levantado, separados del resto como siempre, unas sombras con chaquetas negras entre los árboles. Perrin no recordaba haberlos visto sin esas prendas, siempre abrochadas hasta arriba, siempre limpias y sin arrugas al despuntar el día, sin importar el aspecto que hubiesen tenido la noche anterior. Ejecutando los ejercicios al unísono, ambos realizaban sus prácticas con la espada como hacían cada mañana. Eso era mejor que el entrenamiento vespertino, cuando se sentaban cruzados de piernas, con las manos sobre las rodillas y la mirada perdida en el vacío. Durante esas prácticas no hacían nada que los demás pudiesen ver, pero no había una sola persona en el campamento que no supiera a qué se dedicaban y todos se mantenían lo más lejos posible. Ni siquiera las Doncellas se ponían en su línea visual en esos momentos.

De repente, Perrin cayó en la cuenta de que faltaba algo en la rutina diaria. Faile tenía siempre a uno de los hombres esperándola con un cuenco rebosante de las gachas de avena que desayunaban, pero por lo visto había estado demasiado atareada esa mañana. Regocijado, se encaminó a buen paso hacia una de las lumbres con la esperanza de poder, al menos, servirse él mismo el desayuno, para variar. Vana esperanza.

Flinn Barstere, un tipo larguirucho con una marca en la barbilla, le salió al paso a mitad de camino y le puso en las manos un cuenco tallado. Flinn era de Colina del

Vigía, y Perrin no lo conocía mucho, pero habían cazado juntos un par de veces, y en cierta ocasión Perrin lo había ayudado a sacar una de las vacas de su padre de un hoyo cenagoso del Bosque de las Aguas, en el que se había quedado atrapada.

—Lady Faile me encargó que te trajera esto, Perrin —informó con preocupación —. No le contarás que me olvidé, ¿verdad? ¿Se lo dirás? Encontré un poco de miel y le he echado una buena cucharada.

Perrin procuró no suspirar. Al menos Flinn había recordado su nombre de pila. Bien, quizá no pudiera realizar las tareas más simples, pero seguía siendo responsable de los hombres que desayunaban bajo los árboles. Sin él, se encontrarían con sus familias, preparándose para dar comienzo a los quehaceres diarios en la granja, ordeñando vacas y cortando leña en lugar de preguntarse si tendrían que matar o los matarían antes de ponerse el sol. Engulló rápidamente las gachas de avena con miel y le dijo a Aram que desayunara sin prisas, pero el joven se quedó tan cabizbajo que cedió, de modo que Aram lo siguió en su recorrido por el campamento. No fue un paseo del que Perrin disfrutó.

Los hombres soltaban sus cuencos cuando se acercaba o incluso se ponían de pie hasta que pasaba de largo. Apretaba los dientes cada vez que un joven con el que había crecido o, peor aún, un hombre que lo había mandado con recados siendo un crío lo llamaba lord Perrin. No todos lo hacían, pero sí muchos. Demasiados. Al cabo de un rato, renunció por puro hastío a decirles que dejaran de tratarlo así; las más de las veces la respuesta era: «¡Como digáis, lord Perrin!». ¡Era para hartar a cualquiera!

Aun así, se paró para dirigir unas palabras a cada hombre. Ante todo, sin embargo, estaba ojo avizor. Y afinado el olfato. Todos ellos se tomaban muy en serio lo de mantener en buen estado sus arcos así como repasar las plumas y las puntas de las flechas, pero algunos no se daban cuenta de que llevaban las suelas de las botas o los bajos de los pantalones desgastados; o dejaban que se les infectasen ampollas por no encontrar el momento adecuado para ocuparse de eso. Unos pocos solían comprar brandy cuando se presentaba la ocasión, y dos o tres de ellos no aguantaban nada el alcohol. Habían pasado por un pueblo pequeño un día antes de llegar a Bethal, en el que había no menos de tres tabernas.

La situación era chocante. Siempre le había resultado embarazoso que la señora Luhhan o su madre le dijeran que necesitaba botas nuevas o un remiendo en los pantalones, y no le cabía duda de que le habría irritado que cualquier otra persona le hubiese dicho eso mismo, pero desde el viejo y canoso Jondyn Barran para abajo, los hombres de Dos Ríos se limitaban a contestar: «Vaya, tenéis razón, lord Perrin. Me ocuparé inmediatamente de ello», o algo por el estilo. Pilló a varios intercambiando sonrisitas cuando continuaba con su ronda. ¡Y olían a sentirse complacidos! Cuando sacó un jarro de arcilla, con brandy de peras, de las alforjas de Jori Congar —un tipo flaco que comía el doble que los demás y que siempre daba la impresión de no haber

probado bocado en una semana—, Jori lo miró con inocencia y abrió las manos como si no supiese de dónde había salido el jarro. Sin embargo, mientras Perrin seguía adelante a la par que vertía el brandy en el suelo, Jori rió antes de comentar:

—¡A lord Perrin no se le pasa nada por alto!

¡Y su tono sonaba enorgullecido! A veces Perrin pensaba que era la única persona cuerda que quedaba. Y observó algo más. Todos, del primero al último, se mostraban muy interesados en lo que no decía. Uno tras otro, lanzaban ojeadas hacia las dos banderas que de vez en cuando ondeaban en sus mástiles al soplar breves ráfagas, el Lobo Rojo y el Águila Roja. Miraban los estandartes y lo observaban a él, esperando la orden que había venido dando cada vez que aparecían las banderas desde que entraron en Ghealdan. Y muy a menudo antes de eso. Sólo que la víspera no había dicho nada y tampoco lo decía entonces, y vio reflejadas en sus rostros las conjeturas que se hacían. Dejaba atrás grupos de hombres echando vistazos a los estandartes y a él mientras hablaban en excitados murmullos. No intentó escuchar. ¿Qué dirían si se equivocaba, si los Capas Blancas o el rey Ailron decidían que podían dejar de momento a un lado al Profeta y a los seanchan para sofocar una supuesta rebelión? Era responsable de ellos, y ya había conseguido que mataran a muchos.

Para cuando terminó, el sol asomaba un buen trecho sobre el horizonte y arrojaba una intensa luz matinal; en la tienda, Tallanvor y Lamgwin cargaban con baúles bajo la dirección de Lini, en tanto que Maighdin y Breane parecían estar organizando el contenido sobre un amplio parche de hierba seca, mantas y ropas blancas en su mayor parte, así como brillantes colgaduras de satén que estaban destinadas a adornar el enorme lecho que él había «extraviado». Faile debía de estar dentro, porque la pandilla de idiotas esperaba impaciente, plantada a corta distancia. Nada de cargar ni acarrear para ellos. Tan útiles como las ratas en un granero.

Perrin pensó echar un vistazo a *Recio* y *Brioso*, pero cuando miró hacia las hileras de caballos entre los árboles, lo localizaron. No menos de tres de los herradores se adelantaron con aire ansioso, observándolo. Eran hombres recios, compactos, con delantales de cuero, semejantes a huevos en un cesto, aunque Falton sólo tenía una fina orla de cabello blanco alrededor de la cabeza, Aemin empezaba a encanecer, y Jesarid ni siquiera había llegado a la madurez. Perrin gruñó al verlos. Rondarían alrededor si ponía la mano en cualquiera de los dos caballos, y abrirían los ojos como platos si levantaba un casco. La única vez que había intentado cambiar una herradura desgastada a *Recio*, los seis herradores al completo habían corrido de un lado a otro cogiendo herramientas antes de que él tuviese ocasión de tocarlas y casi derribaron al castaño en su prisa por hacer el trabajo ellos.

—Temen que no confíes en ellos —dijo de repente Aram, por lo que se ganó una mirada sorprendida de Perrin; se encogió de hombros—. He hablado con ellos un poco. Creen que si un lord cuida de sus caballos personalmente es porque no se fía de

su destreza, y que podrías despedirlos sin medio de regresar a casa. —Su tono ponía de manifiesto que eran estúpidos por pensar así, pero dirigió una mirada de soslayo a Perrin y volvió a encogerse de hombros, incómodo—. Me parece que también se sienten avergonzados. Si no actúas como se espera que lo haga un lord, entonces repercute en ellos, a su modo de ver.

—¡Luz! —rezongó Perrin.

Faile había dicho lo mismo —al menos sobre eso de sentirse avergonzados— pero él había pensado que eran cosas de la hija de un noble. Faile había crecido rodeada de sirvientes, pero ¿cómo iba a saber una dama lo que pensaba un hombre que tenía que trabajar para ganarse el pan? Miró ceñudo hacia las hileras de caballos. Ahora eran cinco los herradores que estaban agrupados, observándolo. Avergonzados porque quisiera ocuparse de sus caballos y molestos porque no quisiera tratarlos como siervos.

—¿Crees que debo actuar como un necio lechuguino con ropa interior de seda? —preguntó. Aram parpadeó y empezó a mirarse las botas con profunda atención—. ¡Luz! —gruñó Perrin.

Al ver a Basel Gill, que llegaba presuroso de las carretas, se acercó a su encuentro. Creía que no lo había hecho muy bien en su intento de tranquilizarlo el día anterior. El corpulento posadero hablaba consigo mismo y de nuevo se enjugaba la cabeza con el pañuelo, sudoroso con su chaqueta gris oscuro. El calor del día ya empezaba a notarse. No vio a Perrin hasta que casi lo tuvo encima, y entonces pegó un brinco, se guardó el pañuelo en un bolsillo de la chaqueta e hizo una reverencia. Parecía tan almohazado y cepillado como un caballo para un día de fiesta.

—Ah, milord Perrin. Vuestra esposa me ha ordenado que vaya con una carreta hasta Bethal. Dice que he de encontrar tabaco de Dos Ríos si puedo, pero lo dudo. La hoja de Dos Ríos ha sido siempre muy atesorada, y el comercio ya no es lo que era.

—¿Que os envía a por tabaco? —preguntó Perrin, extrañado. Suponía que el secreto se había ido al fondo del pozo, pero aun así...—. Compré tres barriletes, dos pueblos antes de llegar aquí. Es suficiente para todos.

—No de la hoja de Dos Ríos —contestó Gill sacudiendo la cabeza—. Y vuestra esposa dice que es el que más os gusta. La hoja ghealdana servirá para vuestros hombres. Voy a ser vuestro *shambayan*, como lo llamó, y a ocuparme de proveeros a vos y a ella de lo que necesitéis. No hay mucha diferencia con lo que hacía dirigiendo La Bendición, en realidad. —La similitud pareció divertirle, y su orondo vientre se sacudió con quedas risitas—. Tengo una larga lista de cosas, aunque ignoro cuántas podré conseguir. Buen vino, hierbas aromáticas, fruta, velas, aceite de lámparas, hule, cera, papel y tinta, agujas, alfileres... En fin, todo tipo de cosas. Vamos Tallanvor, Lamgwin y yo, con algunos otros servidores de vuestra esposa.

Otros servidores de su esposa. Tallanvor y Lamgwin sacaban a cuestas otro de los

baúles para que las mujeres ordenaran su contenido. Tuvieron que pasar delante de la pandilla de idiotas puestos en cuclillas, quienes en ningún momento se ofrecieron a echarles una mano. De hecho, los muy haraganes no les hicieron el menor caso, como si no los vieran.

—No quitéis ojo a esa pandilla —advirtió Perrin—. Si uno de ellos se mete en problemas, incluso si parece que va a meterse, haced que Lamgwin le parta la cabeza. —¿Y si era una de las mujeres? Eran igual de pendencieras que ellos, tal vez más. Perrin gruñó. Los «servidores» de Faile todavía iban a conseguir que tuviera un dolor de estómago permanente. Lástima que no se conformara con ayudar a gente semejante a maese Gill y a Maighdin—. No habéis mencionado a Balwer. ¿Ha decidido continuar el viaje solo?

Justo en ese momento, un soplo de brisa le trajo el efluvio de Balwer, un olor a alerta nada acorde con el aspecto acartonado del tipo. Aun para alguien tan enteco como él, Balwer hacía poquísimo ruido en las hojas secas que pisaba. Con su chaqueta de color pardusco, le dedicó una corta reverencia; su cabeza ladeada contribuía a darle aspecto de pájaro.

—Me quedo, milord —informó cautamente. O tal vez fueran sólo sus modales—. Como secretario de vuestra gentil esposa. Y vuestro, si lo tenéis a bien. —Se acercó más, casi como si diese un salto—. Soy muy versado en ese puesto, milord. Poseo una gran memoria y buena letra, y milord puede tener la seguridad de que cualquier cosa que me confíe jamás saldrá de mis labios. Saber guardar secretos es una cualidad primordial en un secretario. ¿No teníais tareas urgentes de nuestra nueva señora, maese Gill?

El posadero miró ceñudo a Balwer, abrió la boca y luego la cerró con un chasquido. Giró sobre sus talones y se dirigió a buen paso hacia la tienda. Balwer lo siguió con la mirada un momento, la cabeza ladeada, los labios apretados en un gesto pensativo.

—También puedo ofreceros otros servicios, milord —dijo finalmente—. Información. He oído por casualidad lo que hablaban algunos de vuestros hombres y deduzco que milord podría tener ciertas... dificultades con los Hijos de la Luz. Un secretario se entera de muchas cosas. Y yo sé muchísimas sobre los Hijos.

—Con un poco de suerte podré eludir a los Capas Blancas —respondió Perrin—. Mejor sería que supieseis el paradero del Profeta. O de los seanchan.

Naturalmente, no esperaba nada en ese sentido, pero Balwer lo sorprendió.

—No puedo asegurarlo, por supuesto, pero creo que los seanchan no se han desplegado mucho más allá de Amador todavía. Es difícil separar los hechos reales de los rumores, milord, pero siempre tengo bien abiertos los oídos. Claro que parecen moverse con inesperada rapidez, inopinadamente. Gente peligrosa, con numerosos soldados taraboneses. Tengo entendido, a través de maese Gill, que milord los

conoce, pero yo los he observado con suma atención en Amador, y lo que vi está a disposición de milord. En cuanto al Profeta, corren tantos rumores sobre él como sobre los seanchan, pero creo poder afirmar sin miedo a equivocarme que se encontraba recientemente en Abila, una ciudad grande a unos doscientos kilómetros al sur de aquí. —Balwer esbozó una fría y breve sonrisa ufana.

—¿Cómo estáis tan seguro? —inquirió lentamente Perrin.

—Como he dicho, milord, mantengo abiertos los oídos. Se habló de que el Profeta había cerrado varias posadas y tabernas y que había derribado las que consideraba que tenían demasiada mala fama. Se mencionaron varias y, por casualidad, resulta que sé que hay posadas con esos nombres en Abila. Creo poco probable que existan posadas con los mismos nombres en otra ciudad. —De nuevo la fugaz sonrisa. Ciertamente olía a estar muy complacido consigo mismo.

Perrin se rascó la cabeza pensativamente. Ese hombre sólo recordaba dónde se encontraban algunas posadas que supuestamente Masema había echado abajo. Y si resultaba que Masema no se hallaba allí después de todo... Bueno, en la actualidad los rumores crecían como hongos después de llover. Y Balwer parecía el tipo de persona que intentaba darse importancia.

—Gracias, maese Balwer. Lo tendré presente. Si os enteráis de algo más, no dudéis en contármelo.

Cuando se daba media vuelta para marcharse, el tipo lo agarró de la manga. Balwer retiró los flacos dedos de inmediato, como si se hubiese quemado, e hizo uno de aquellos gestos de pájaro mientras se frotaba las manos.

—Disculpadme, milord. No quisiera insistir, pero no toméis a la ligera a los Capas Blancas. Eludirlos es sensato, pero quizá no sea posible hacerlo. Se encuentran mucho más cerca que los seanchan. Elmon Valda, el nuevo capitán general, salió a la cabeza de la mayor parte de sus fuerzas antes de que Amador cayera, hacia el norte de Amadicia. También perseguía al Profeta, milord. Valda es un hombre peligroso, y Rhadam Asunawa, el Inquisidor Supremo, hace que Valda parezca afable en comparación. Y me temo que ninguno de los dos siente mucho afecto por vuestro señor. Perdonadme. —Volvió a inclinar la cabeza, vaciló y después continuó suavemente—. Si se me permite decirlo, la exhibición que hace milord de la bandera de Manetheren es todo un acierto. Milord podrá dar mucha guerra a Valda y Asunawa, si tiene cuidado.

Tras hacer una nueva reverencia, se alejó. Mientras lo seguía con la mirada, Perrin creyó que ahora sabía parte de la historia de Balwer. Obviamente, también huía de los Capas Blancas por algún delito, lo que con esa gente podía ser simplemente encontrarse en la misma calle que ellos, un ceño a destiempo u otra nimiedad por el estilo, pero además parecía que el hombrecillo albergaba cierto rencor. Y tenía una mente muy despierta; había pillado enseguida lo de la bandera del Águila Roja. Y

trataba a maese Gill de manera cortante.

Gill se encontraba de rodillas al lado de Maighdin, hablando rápidamente a pesar de los intentos de Lini de hacerlo callar. Maighdin se había vuelto para mirar a Balwer mientras el tipo caminaba apresuradamente entre los árboles, en dirección a las carretas, pero de vez en cuando volvía los ojos hacia Perrin. Los demás se agrupaban alrededor de la mujer y echaban ojeadas a Balwer y a Perrin alternativamente. Si alguna vez había visto a un grupo de personas preocupadas por lo que una de ellas podía contar, eran ellos. Pero ¿qué les preocupaba que pudieran haberle contado? Chismorreos, seguramente. Cuentos de resentimientos y fechorías, ya fuesen reales o imaginarios. La gente que formaba grupos muy cerrados acababa por picotearse entre sí, como gallinas metidas en un gallinero pequeño. Si tal era el caso, tal vez él podía hacer algo para frenarlo antes de que alguno saliese herido. ¡Tallanvor toqueteaba de nuevo la empuñadura de su espada! ¿Qué pensaba hacer Faile con ese tipo?

—Aram, quiero que vayas a charlar con Tallanvor y esa pandilla. Cuéntales lo que me ha dicho Balwer. Deslízalo entre la conversación, pero cuéntaselo todo. —De esa forma calmaría los temores de que lo hablado tuviese algo que ver con ellos. Faile decía que los criados necesitaban que se los hiciese sentir como en casa—. Hazte amigo de ellos si puedes, Aram. Pero si decides soñar con alguna de las mujeres, asegúrate de que sea Lini. Las otras dos están cogidas.

Al joven le encantaba tontear con cualquier mujer bonita, pero se las ingenió para adoptar una expresión sorprendida y ofendida por igual.

—Como ordenéis, lord Perrin —murmuró malhumorado—. Os alcanzaré enseguida.

—Estaré con los Aiel.

—Ah, sí. —Aram parpadeó—. Bueno, a decir verdad, quizá tarde un poco si quiero entablar amistad con ellos. No los veo con muchas ganas de hacer nuevos amigos.

Y eso lo decía un hombre que miraba con recelo a cualquiera que se acercara a Perrin excepto Faile, y que jamás sonreía a nadie que no llevara faldas.

Sin embargo, se dirigió hacia allí y se puso en cuclillas para hablar con Gill y los demás. Incluso desde esa distancia, saltaba a la vista la actitud distante del grupo. Siguieron con sus quehaceres, dirigiendo una o dos palabras a Aram de vez en cuando y mirándose unos a otros tanto como al joven. Asustadizos como una perdiz en verano, cuando los zorros enseñaban a sus cachorros a cazar. Pero al menos estaban hablando.

Perrin se preguntó en qué lío se habría metido Aram con los Aiel —¡pero si no había habido tiempo material para eso!—, si bien relegó el asunto enseguida. Cualquier problema serio con los Aiel acababa por lo general con la muerte de

alguien, y no de uno de ellos. Para ser sincero, tampoco él tenía muchas ganas de reunirse con las Sabias. Rodeó la curva de la colina, pero en lugar de subir la pendiente sus pies lo llevaron hasta los mayenienses. También se había mantenido alejado de su campamento todo lo posible, y no simplemente por Berelain. Poseer un olfato agudo tenía sus desventajas.

Afortunadamente, una brisa refrescante se llevaba gran parte del hedor, aunque no aliviaba el calor gran cosa. El sudor corría por las caras de los centinelas montados que hacían guardia con sus armaduras rojas. Al verlo, se sentaron aún más erguidos, que no era decir poco. Mientras que los hombres de Dos Ríos cabalgaban como amigos que se dirigen a los campos, los mayenienses semejaban estatuas ecuestres. Sabían luchar, no obstante. Quisiera la Luz que no fuera necesario.

Havien Nurelle se acercó corriendo mientras se abotonaba la chaqueta, bastante antes de que Perrin hubiese pasado la línea de centinelas. Los otros oficiales, alrededor de una docena, iban pisándole los talones a Nurelle, todos ellos con chaqueta y algunos abrochándose las correas de los petos rojos. Dos o tres llevaban bajo el brazo el yelmo adornado con cimera roja. Casi todos eran mayores que Nurelle —algunos le doblaban la edad—, hombres canosos, de rostros duros y marcados con cicatrices, pero la recompensa a Nurelle por ayudar en el rescate de Rand había sido nombrarlo segundo de Gallenne, su primer teniente, como ellos lo llamaban.

—La Principal no ha regresado todavía, lord Perrin —informó Nurelle al tiempo que hacía una reverencia, repetida de inmediato por los otros. Alto y delgado, había perdido su aspecto juvenil a raíz de lo ocurrido en los pozos de Dumai. En sus ojos se translucía que había visto más sangre derramada que muchos veteranos en veinte batallas. Pero si su semblante se había endurecido, en su olor aún quedaba la ansiedad de complacer. Para Havien Nurelle, Perrin Aybara era un hombre que podía volar o caminar sobre el agua a su antojo—. Las patrullas matinales, que ya han regresado, no vieron nada. De otro modo os habría informado.

—Por supuesto —contestó Perrin—. Sólo quería echar un vistazo por aquí.

Su único propósito era caminar un rato hasta armarse de valor para enfrentarse a las Sabias, pero el joven mayeniense lo siguió, junto con los demás oficiales, observando con ansiedad por si lord Perrin encontraba algún fallo en la Guardia Alada, encogiéndose cada vez que topaban con hombres con los torsos desnudos que jugaban a los dados sobre una manta o algún tipo que aún roncaba estando el sol fuera. No tendrían que haberse preocupado; para Perrin, el campamento parecía instalado con plomada y nivel. Cada hombre tenía sus mantas, con la silla de montar de almohada, a no más de dos pasos de donde su caballo estaba atado a una de las largas cuerdas, sostenidas entre estacas clavadas en la tierra. Había una lumbre cada veinte pasos, y en el espacio intermedio se alzaban pabellones de lanzas. El conjunto

del campamento formaba un cuadrado alrededor de cinco tiendas, una de rayas doradas y azules y más grande que las otras cuatro juntas. Todo muy diferente de la disposición al tuntún del campamento de los hombres de Dos Ríos.

Perrin caminaba a buen paso, tratando de no parecer demasiado necio; ignoraba hasta qué punto estaba consiguiéndolo. Ansiaba detenerse y echar un vistazo a uno o dos caballos —sólo con tal de levantar un casco sin que alguien se desmayase prácticamente— pero, consciente de lo que Aram le había dicho, dejó quietas las manos. Allí por donde pasaba, todo el mundo parecía tan sobresaltado como Nurelle. Los soldados, apremiados por portaestandartes de mirada dura para que se pusieran de pie, saludaban a Perrin con una inclinación de cabeza antes incluso de haberse incorporado del todo. Tras de sí iba dejando un reguero de murmullos desconcertados, y sus oídos captaron algunos comentarios sobre los oficiales, y los lores en particular, que se alegró de que Nurelle y los demás no oyeran. Finalmente se encontró al borde del campamento, mirando la breñosa ladera que conducía a las tiendas de las Sabias. Allá arriba sólo se veía a unas pocas Doncellas entre los dispersos árboles, así como algunos *gai'shain*.

—Lord Perrin —empezó, vacilante, Nurelle—. Las Aes Sedai... —Se acercó más y bajó la voz convirtiéndola en un ronco susurro—. Sé que juraron fidelidad al lord Dragón y que... He visto cosas, lord Perrin. ¡Realizan tareas de campamento! ¡Unas Aes Sedai! ¡Esta mañana, Masuri y Seonid bajaron a coger agua! Y ayer, después de vuestro regreso... Eh... me pareció oír gritar a alguien. No pudo ser una de las hermanas, claro —se apresuró a añadir, y rió para demostrar lo ridícula que era semejante idea—. ¿Os... os encargaréis de que... les vaya todo bien?

Aquel hombre había cargado contra cuarenta mil Shaido a la cabeza de doscientos lanceros, pero hablar de ese tema le había hecho encorvar los hombros y rebullir con inquietud. Claro que si había cargado contra cuarenta mil Shaido fue porque así lo quiso una Aes Sedai.

—Haré lo que pueda —murmuró Perrin. Quizá las cosas iban peor de lo que pensaba. Ahora tenía que impedir que empeorasen más. Si estaba en su mano. Preferiría tener que enfrentarse de nuevo a los Shaido.

Nurelle asintió como si le hubiese prometido todo lo que había pedido y más.

—Perfecto, entonces —dijo con tono de alivio. Miró de soslayo a Perrin mientras cobraba ánimo para hablar de otro asunto, pero al parecer ése no era tan peliagudo como el de las Aes Sedai—. Oí que dejasteis que siga izada el Águila Roja.

Perrin casi dio un brinco. Las noticias viajaban rápido, aunque sólo fuera a la vuelta de la colina.

—Me pareció oportuno —contestó lentamente. Habría que decirle la verdad a Berelain, pero cuantas más personas la supieran, esa verdad se extendería desde el siguiente pueblo por el que pasaran, desde la siguiente granja—. Antaño, esto

formaba parte de Manetheren —añadió, como si Nurelle no lo supiese perfectamente bien. ¡La verdad! Había llegado a disfrazarla como cualquier Aes Sedai, y a hombres que estaban de su parte—. No es la primera vez que esa bandera se ha izado en estos lares, os lo garantizo, pero ninguno de esos tipos tenía al Dragón Renacido respaldándolo. —Y si eso no plantaba las semillas necesarias, entonces es que él no sabía arar un surco.

De repente se dio cuenta de que, en apariencia, todos los componentes de la Guardia Alada, incluidos los oficiales, lo estaban observando de hito en hito. Sin duda se preguntaban qué estaría comentando después de su casi exhaustiva visita al campamento. Hasta el viejo soldado, enjuto y medio calvo, al que Gallenne llamaba su «perro guión», había salido para mirar, al igual que las doncellas de Berelain, un par de mujeres metidas en carnes y con caras insulsas que iban vestidas a juego con la tienda de su señora. Perrin apenas si había reparado en nada, pero sabía que tenía que regalarles los oídos con algún elogio.

—La Guardia Alada —comenzó, alzando la voz para que todos lo oyeran— hará que Mayene se sienta orgullosa si volvemos a afrontar otros pozos de Dumai.

Fueron las primeras palabras que se le ocurrieron, pero torció el gesto al pronunciarlas. Para su sorpresa y espanto, los vítores y aclamaciones se alzaron de inmediato entre los soldados.

—¡Perrin Ojos Dorados!

—¡Mayene por Ojos Dorados!

—¡Ojos Dorados y Mayene!

Los hombres saltaban y brincaban, y algunos empuñaron lanzas de los pabellones y las agitaron para que los rojos banderines ondearan con la brisa. Los canosos portaestandartes los observaban cruzados de brazos, asintiendo con aprobación. Nurelle sonrió satisfecho, y no sólo él. Los oficiales con hebras grises en el pelo y cicatrices en los rostros sonrieron como niños elogiados por saberse bien la lección. ¡Luz, él debía de ser el único hombre cuerdo que quedaba! ¡Rezaba para no ver ninguna otra batalla!

Preguntándose si aquel suceso no le acarrearía problemas con Berelain, se despidió de Nurelle y los demás y empezó a subir la pendiente entre arbustos muertos y moribundos, que no le llegaban a la cintura. Bajo sus botas crujían los hierbajos resecos. La algarabía continuaba en el campamento mayeniense. Aun después de que supiera la verdad, quizás a la Principal no le haría gracia que sus soldados lo aclamaran de ese modo. Claro que eso también tenía su parte positiva. Tal vez se enfadase tanto que dejaría de darle la lata.

A corta distancia de la cima hizo un alto, escuchando cómo los gritos se apagaban finalmente. Allí arriba nadie iba a jalearlo. Todos los laterales de las tiendas pardas de las Sabias estaban bajados, con ellas dentro. Ahora sólo se veía a unas cuantas

Doncellas; en cuclillas bajo un cedro que todavía conservaba cierto verdor, lo miraron con curiosidad. Sus manos se movieron rápidamente, en aquel lenguaje de señas con el que se comunicaban. Un momento después Sulin se levantó, se colocó bien el pesado cuchillo del cinturón y se encaminó en su dirección; era una mujer alta y nervuda, con una cicatriz rosácea que le cruzaba la curtida mejilla. Echó un vistazo hacia atrás y pareció aliviada al comprobar que estaba sola, aunque con los Aiel nunca se sabía.

—Una buena idea, Perrin Aybara —dijo quedamente—. A las Sabias no les complace que las hagas acudir ante ti. Sólo un necio contraría a las Sabias, y no te tengo por necio.

Perrin se rascó la barba. Había evitado a las Sabias —y a las Aes Sedai— todo lo posible, pero en ningún momento había tenido intención de hacerlas ir a verlo. Su compañía le resultaba incómoda. Por no decir algo peor.

—Bien, pues ahora necesito ver a Edarra —le contestó—. Es sobre las Aes Sedai.

—Tal vez estaba equivocada, después de todo —comentó secamente Sulin—, pero se lo comunicaré. —Dio media vuelta y se detuvo—. Explícame una cosa. Teryl Ivierno y Furen Alharra están muy unidos a Seonid Traighan, como primeros hermanos con una primera hermana, ya que a ella los hombres no le gustan como hombres, y, sin embargo, se ofrecieron a recibir el castigo en su lugar. ¿Cómo pudieron avergonzarla de ese modo?

Perrin abrió la boca, pero no emitió sonido alguno. Una pareja de *gai'shain* apareció por la otra ladera, cada cual llevando del ronzal dos mulos de carga de los Aiel; los hombres vestidos de blanco pasaron a corta distancia, en dirección al arroyo. Perrin no podría asegurarlo, pero le pareció que ambos eran Shaido. La pareja mantuvo los ojos bajados sumisamente, apenas alzando la vista para ver por dónde iban. Tenían muchas oportunidades de huir ocupándose de ese tipo de tareas, sin estar bajo la vigilancia de nadie. Qué gente tan peculiar.

—Veo que a ti también te asombra —dijo Sulin—. Esperaba que tú pudieses explicármelo. Le diré a Edarra que estás aquí. —Mientras se dirigía a las tiendas, añadió volviendo la cabeza a medias—: Vosotros, los habitantes de las tierras húmedas, sois muy raros, Perrin Aybara.

Él la miró con el entrecejo fruncido, y cuando la mujer desapareció en el interior de una tienda, se volvió para dirigir su ceñuda mirada a los dos *gai'shain* que llevaban a las bestias a beber. ¿Que los habitantes de las tierras húmedas eran raros? ¡Luz! De modo que Nurelle tenía razón en lo que había oído. Había llegado el momento de que metiese la nariz en lo que ocurría entre las Sabias y las Aes Sedai. Debería haberlo hecho antes. Ojalá no tuviera la sensación de que sería igual que meter las narices en un avispero.

Le dio la impresión de que Sulin tardaba mucho en salir, y cuando lo hizo no

contribuyó a que su ánimo mejorara. Sosteniendo en alto la solapa de la tienda para que entrara, pasó un dedo por el cuchillo del cinto con aire desdeñoso mientras él pasaba agachado.

—Deberías ir armado para esta danza, Perrin Aybara —comentó.

Dentro, se sorprendió al encontrar a las seis Sabias sentadas, con las piernas cruzadas, sobre cojines con borlas de colores muy vivos, los chales atados al talle y las faldas extendidas en perfectos abanicos sobre las alfombras. Había esperado que estuviese Edarra sola. Ninguna parecía cuatro o cinco años mayor que él, y algunas ni eso; aun así, de algún modo, siempre lo hacían sentirse como si se encontrara ante las componentes de mayor edad del Círculo de Mujeres, las mismas que se habían pasado años aprendiendo a olfatear todo aquello que quería ocultarles. Distinguir el efluvio de una mujer del de otra era casi imposible, pero la verdad es que tampoco le hacía falta. Seis pares de ojos se clavaron en él, desde los azules pálidos de Janina hasta los purpúreos de Marline, por no mencionar los verdes y penetrantes de Nevarin. Todos podrían haber pasado por punzones.

Edarra le indicó con un gesto brusco que se sentara, cosa que Perrin agradeció, aunque así se quedaba cara a cara con todas ellas, que formaban un semicírculo. Quizá las Sabias habían diseñado esas tiendas para obligar a los hombres a tener doblado el cuello si querían quedarse de pie. Curiosamente, hacía más fresco en el oscuro interior, pero él seguía sintiéndose sudoroso. Tal vez no pudiese distinguir un efluvio de otro, pero esas mujeres olían como lobos acechando una cabra atada. Un *gai'shain* de rostro cuadrado, que debía de sacarle dos cabezas, se arrodilló para ofrecerle una copa dorada con un ponche oscuro, sobre una bandeja de plata labrada. Las Sabias ya tenían copas de plata disparejas. Sin saber qué podría significar que a él se la dieran de oro —quizá nada, pero ¿quién sabía, con los Aiel?—, Perrin la cogió con cuidado. Olía a ciruelas. El tipo inclinó la cabeza con gran humildad cuando Edarra dio unas palmadas, y salió agachado de la tienda, caminando hacia atrás; el tajo medio curado que tenía en el rostro debía de datar de los pozos de Dumai.

—Ahora que estás aquí —empezó Edarra tan pronto como la solapa de la entrada cayó detrás del *gai'shain*—, volveremos a explicarte por qué debes matar al hombre llamado Masema Dagar.

—No deberíamos explicarlo otra vez —intervino Delora. Su cabello y sus ojos eran casi del mismo tono que los de Maighdin, pero nadie podría calificar de bonita su cara afilada. Su actitud era gélida—. Ese tal Masema Dagar es un peligro para el *Car'a'carn*. Debe morir.

—Las caminantes de sueños nos lo han dicho, Perrin Aybara. —Carelle sí era bonita, y aunque su cabello pelirrojo y sus penetrantes ojos revelaban un gran temperamento, siempre se mostraba afable. Para ser una Sabia, se entiende. Y desde

luego no era blanda—. Han leído el sueño. El hombre debe morir.

Perrin tomó un sorbo de ponche de ciruelas para ganar tiempo; de algún modo, el ponche estaba frío. El asunto se repetía cada vez que estaba con ellas. Rand no había mencionado ninguna advertencia de las caminantes de sueños, y era lo que había comentado la primera vez que surgió el tema. No volvió a hacerlo; habían pensado que dudaba de su palabra, e incluso Carelle se había encrespado. No es que pensara que mentían. No exactamente. No les había pillado en ningún renuncio, en cualquier caso. Pero, lo que ellas querían para el futuro y lo que quería Rand —y lo que quería él mismo, ya puestos—, podrían ser cosas distintas. Tal vez era Rand el que se reservaba secretos.

—Si al menos pudieseis darme alguna idea de cuál es ese peligro —dijo finalmente—. La Luz sabe que Masema está loco, pero él apoya a Rand. Eso faltaría, que fuera por ahí matando personas que están de nuestra parte. A buen seguro que así convencería a la gente de que se uniera a Rand.

No entendieron el sarcasmo. Se limitaron a mirarlo fijamente, sin parpadear.

—El hombre debe morir —insistió finalmente Edarra—. Basta con que lo hayan dicho tres caminantes de sueños, y que seis Sabias te lo digan a ti.

Lo mismo de siempre. Quizá no conocían otra canción. Y quizás él debería entrar en el tema que lo había llevado allí.

—Quiero hablar de Seonid y Masuri —manifestó, y seis rostros se tornaron fríos como escarcha. ¡Luz, las miradas impertérritas de esas mujeres podían lograr que hasta una piedra apartara la vista! Dejó la copa a un lado y se inclinó hacia ellas, obstinadamente—. Se supone que he de demostrar a la gente que las Aes Sedai han jurado fidelidad a Rand. —De hecho, se suponía que debía demostrárselo a Masema, pero ahora no parecía el momento adecuado para mencionar tal cosa—. ¡No se mostrarán muy dispuestas a colaborar si vosotras las golpeáis! ¡Luz! ¡Son Aes Sedai! En lugar de hacerles acarrear agua, ¿por qué no aprendéis algo de ellas? Deben de saber todo tipo de cosas que vosotras ignoráis. —Demasiado tarde, se mordió la lengua. Las Aiel no se ofendieron, sin embargo; al menos, no lo exteriorizaron.

—Saben algunas cosas que nosotras no sabemos —respondió con firmeza Delora —. Y nosotras sabemos otras que ellas ignoran. —Tan firme como la punta de una lanza en sus costillas.

—Aprendemos lo que hay que aprender, Perrin Aybara —dijo sosegadamente Marline mientras se peinaba con los dedos el cabello casi negro. Era uno de los pocos Aiel que Perrin había visto con un pelo tan oscuro, y a menudo la mujer jugueteaba con él—. Y enseñamos lo que hay que enseñar.

—En cualquier caso —intervino Janina—, no es de tu incumbencia. Los hombres no interfieren entre las Sabias y las aprendizas. —Sacudió la cabeza desdeñosamente por la necedad del varón.

—Puedes dejar de escuchar desde fuera y entrar, Seonid Traighan —dijo de repente Edarra.

Perrin parpadeó sorprendido, pero ninguna de las mujeres movió una sola pestaña. Hubo un instante de silencio y luego la solapa de la entrada se apartó a un lado; Seonid se agachó para pasar y se arrodilló rápidamente en las alfombras. La tan cacareada serenidad Aes Sedai se había hecho añicos en ella. Su boca era una fina línea, sus ojos estaban apretados y sus mejillas ardían. Olía a ira, a frustración y a una docena más de emociones, todas sucediéndose con tal rapidez que Perrin apenas las distinguía.

—¿Puedo hablar con él? —preguntó con voz tensa.

—Si tienes cuidado con lo que dices... —respondió Edarra. La Sabia sorbió un poco de vino sin dejar de mirar por encima del borde de la copa. ¿Una maestra observando a su pupila? ¿Un halcón observando a un ratón? Perrin no habría sabido decirlo. Excepto que Edarra estaba muy segura de cuál era su lugar, fuese lo uno o lo otro. Al igual que Seonid. Pero eso mismo no rezaba en su caso. La Aes Sedai se giró sobre las rodillas para mirarlo a la cara, con la espalda bien recta y los ojos echando chispas. La rabia privaba sobre las demás emociones.

—Sea lo que sea lo que sepas, lo que crees que sabes —dijo coléricamente—, ¡lo olvidarás! —No, no quedaba en ella ni una brizna de serenidad—. ¡Lo que quiera que ocurra entre las Sabias y nosotras es asunto nuestro! ¡Te quedarás al margen, apartarás la vista y mantendrás la boca cerrada!

Estupefacto, Perrin se pasó los dedos por el cabello.

—Luz, ¿te enfadas porque sé que te han dado de varazos? —preguntó con incredulidad. Bueno, a él le habría pasado igual, aunque no si esa circunstancia se unía a todo lo demás—. ¿No sabes que estas mujeres podrían cortarte el cuello con la misma indiferencia con que te miran? ¡Te degollarían y te dejarían tirada a un lado del camino! ¡Bien, pues yo me prometí a mí mismo que no permitiría que ocurriera tal cosa! ¡No me caes bien, pero prometí protegeros de las Sabias o de los Asha'man o del propio Rand, así que deja de alzar el gallo conmigo!

Al caer en la cuenta de que estaba gritando, inhaló profundamente, avergonzado, y se echó hacia atrás; cogió la copa y bebió un buen trago.

La expresión de Seonid se había vuelto progresivamente más tormentosa a medida que él hablaba, y antes de que hubiese acabado, los labios de la mujer formaban una prieta línea.

—¿Que lo prometiste? —increpó con aire despectivo—. ¿Crees que una Aes Sedai necesita *tu* protección? ¿Que tú...?

—Basta —la cortó Edarra sin alterar el tono, y Seonid cerró la boca con un chasquido, pero se le pusieron los nudillos blancos de tanto apretar los pliegues de la falda.

—¿Qué te hace pensar que la mataríamos, Perrin Aybara? —inquirió Janina con curiosidad. Los Aiel rara vez dejaban translucir algo en la expresión de sus rostros, pero las otras lo miraron con franca incredulidad.

—Sé lo que sentís hacia ellas —contestó lentamente—. Lo supe desde que os vi con las hermanas después de los pozos de Dumai. —No pensaba explicar que había olido su odio, su desprecio, cada vez que una Sabia miraba a una Aes Sedai en aquel entonces. Ahora no percibía ese olor, pero nadie podía mantener ese nivel de ira durante mucho tiempo sin estallar. Eso no significaba que hubiera desaparecido, sólo que había profundizado muy hondo, quizás hasta la médula.

Delora soltó un resoplido que sonó como un trozo de lino desgarrándose.

—Primero dices que hay que mimarlas porque las necesitas, y ahora, porque son Aes Sedai y has prometido protegerlas. ¿Cuál es verdad, Perrin Aybara?

—Ambas cosas. —Perrin sostuvo la dura mirada de Delora durante unos larguísimos instantes, y después hizo otro tanto con las demás—. Las dos son verdad, y las he dicho muy en serio.

Las Sabias intercambiaron una mirada de esas en las que hasta el mínimo parpadeo comunica cientos de cosas y ningún hombre es capaz de pillar una sola. Finalmente, en medio de tintineos de brazaletes y ajustarse chales atados, parecieron llegar a un acuerdo.

—Nosotras no matamos aprendizas, Perrin Aybara —manifestó Nevarin, que parecía escandalizada por la idea—. Cuando Rand al'Thor nos pidió que las tomáramos de pupilas quizá pensó que sólo se trataba de hacer que nos obedecieran, pero nosotras no hablamos por hablar. Ahora son aprendizas.

—Y seguirán siéndolo hasta que cinco Sabias convengan que están preparadas para ser algo más —añadió Marline, echándose el largo cabello hacia atrás con una leve sacudida de cabeza—. Y reciben el mismo trato que cualquiera de las otras.

Edarra asintió sin retirar la copa de los labios.

—Dile qué consejo le darías con respecto a Masema Dagar, Seonid Traighan —indicó luego.

La mujer arrodillada se había encogido prácticamente durante los cortos discursos de Nevarin y Marline, apuñando la falda con tanta fuerza que Perrin creyó que la seda se desgarraría, pero no perdió un segundo en obedecer la orden de Edarra.

—Las Sabias tienen razón, sean cuales fueren sus razones. Y no lo digo porque lo quieran así. —Se irguió de nuevo y relajó la expresión con evidente esfuerzo, aunque en su voz aún sonaba un dejo de ira—. Vi lo que hicieron los supuestos Juramentados del Dragón antes incluso de conocer a Rand al'Thor. Muerte y destrucción, inútilmente. Incluso a un perro fiel hay que sacrificarlo si empieza a echar espuma por la boca.

—¡Rayos y centellas! —gruñó Perrin—. Después de eso, ¿cómo voy a dejarte

siquiera que veas al hombre? Juraste fidelidad a Rand; ¡sabes que no es eso lo que él quiere! ¿Qué hay de esas «miles de personas que podrían morir si no logro llegar hasta él»?

¡Luz, si Masuri pensaba del mismo modo, entonces había tenido que soportar Aes Sedai y Sabias para nada! No, peor aún. ¡Tendría que proteger a Masema de ellas!

—A Masuri le consta que Masema es un perro rabioso tanto como a mí —contestó Seonid cuando le planteó la pregunta. Había recuperado por completo la serenidad y lo miraba con expresión fría, impenetrable. Olía a estar tremendamente alerta. Muy atenta. ¡Como si necesitase su olfato, con aquellos ojos, grandes, oscuros e insondables, prendidos en los suyos!—. Juré servir al Dragón Renacido, y el mejor servicio que puedo prestarle ahora es apartarlo de esa alimaña. Ya es bastante malo que los dirigentes sepan que Masema lo apoya, pero será peor si lo ven abrazar a ese hombre. Y morirán miles de personas si no logras llegar hasta él... para matarlo.

Perrin pensó que iba a volverse tarumba. De nuevo una Aes Sedai le daba vueltas a las palabras como a una peonza, hacía parecer que había dicho negro cuando lo que quería decir era blanco. Entonces las Sabias pusieron su granito de arena.

—Masuri Sokawa cree que a ese perro rabioso se lo puede atar con correa y someterlo para que sea útil sin que resulte peligroso.

Durante un instante, Seonid pareció tan sorprendida como Perrin, pero la mujer se recobró de inmediato. Al menos, exteriormente; de repente olía a cautela, como si presintiese una trampa allí donde no había esperado que hubiese ninguna.

—También quiere tomarte medida para ponerte un dogal, Perrin Aybara —añadió Carelle aún con más tranquilidad—. Cree que se te debe someter igualmente, para que no seas peligroso.

Su rostro pecoso no dejaba translucir si estaba o no de acuerdo con eso. Edarra alzó una mano en dirección a Seonid.

—Puedes irte ya, pero no sigas escuchando fuera. Pide de nuevo a Gharadin que te deje Curar la herida de su cara. Recuerda que si se sigue negando, debes aceptarlo. Es un *gai'shain*, no uno de tus servidores. —Puso en esa última palabra un gran desdén.

Seonid taladró a Perrin con su intensa y fría mirada. Luego volvió los ojos hacia las Sabias y sus labios temblaron a punto de hablar. Al final, sin embargo, lo único que pudo hacer fue salir con toda la dignidad de la que fue capaz; hacia el exterior era considerable: una Aes Sedai conduciéndose como tal, hasta el punto de hacer palidecer de envidia a una reina. Pero el efluvio a frustración que dejó tras de sí era tan penetrante como una cuchilla afilada.

Tan pronto como se hubo marchado, las seis Sabias volvieron a enfocar su atención en Perrin.

—Y ahora —dijo Edarra—, puedes explicarnos por qué pondrías una alimaña

rabiosa junto al *Car'a'carn*.

—Sólo un necio obedece la orden de otro de que lo empuje por un precipicio —agregó Nevarin.

—Tú no escuchas nuestras razones —intervino Janina—, así que nosotras escucharemos las tuyas. Habla, Perrin Aybara.

Perrin se planteó la posibilidad de correr hacia la solapa de la entrada. Si lo hacía, no obstante, dejaría atrás una Aes Sedai que tal vez podría prestar una dudosa ayuda, y otra más, junto con seis Sabias, todas ellas resueltas a echar por tierra todo aquello que había venido a hacer. Volvió a soltar la copa y puso las manos sobre las rodillas. Necesitaba tener la cabeza bien despejada si quería demostrar a esas mujeres que él no era un mulo uncido.

10. Cambios

Cuando Perrin se marchó de la tienda de las Sabias, consideró la idea de quitarse la chaqueta para comprobar si su piel seguía pegada al cuerpo e íntegra. Un mulo uncido quizá no, pero sí un ciervo con seis lobos pisándole los talones, y no sabía muy bien qué había ganado por tener los pies rápidos. Sin lugar a dudas, ninguna de las Sabias había cambiado de opinión, y sus promesas de no emprender acciones por su cuenta habían sido vagas en el mejor de los casos. En cuanto a las Aes Sedai, no había habido promesas, ni siquiera imprecisas.

Buscó a cualquiera de las dos hermanas y encontró a Masuri. Había una cuerda entre dos árboles, y se había colgado en ella una pequeña alfombra, roja y verde, rematada con flecos. La esbelta Marrón la golpeaba con un sacudidor de madera y levantaba tenues nubes de polvo, motas que flotaban relucientes al sol de media mañana. Su Guardián, un hombre de cuerpo compacto y cabello oscuro con entradas, estaba sentado en el tronco de un árbol caído a corta distancia, observándola taciturno. Normalmente, Rovair Kirklin tenía la sonrisa pronta, pero ese día la había enterrado profundamente. Masuri reparó en Perrin y, sin apenas una pausa en su tarea, le asestó una mirada tan gélida y malévola que él suspiró. Y eso que era la única que opinaba como él. O lo más cerca a su opinión que podría encontrar, en cualquier caso. En lo alto pasó un halcón de cola roja, suspendido en las corrientes ascendentes de aire caliente, planeando de colina en colina sin agitar las alas extendidas. Sería maravilloso poder remontar el vuelo y alejarse de todo aquello. Ante sí tenía la realidad del hierro, no los sueños de la plata.

Tras saludar con un leve cabeceo a Sulin y a las Doncellas, que seguían bajo el cedro como si hubiesen echado raíces, Perrin dio media vuelta para marcharse y entonces se detuvo. Dos hombres subían la colina, uno de ellos un Aiel con el *cadin'sor* pardo, el arco estuchado colgado a la espalda, una aljaba repleta de flechas a la cadera y las lanzas y la adarga de cuero en la mano. Gaul era un amigo, y el único Aiel varón del campamento que no vestía de blanco. Su compañero, una cabeza más bajo que él, cubierto con un sombrero de ala ancha y vestido con chaqueta y pantalones de color verde apagado, no era Aiel. También llevaba una aljaba llena colgada del cinturón, y un cuchillo aún más largo y pesado que el de Gaul, pero llevaba en la mano el arco, más corto que los de Dos Ríos, pero más largo que los de asta de los Aiel. A pesar de sus ropas, no tenía aspecto de granjero y tampoco de hombre de ciudad. Tal vez fue su cabello gris, atado en la nuca y largo hasta la cintura, o la barba que se extendía sobre su pecho o quizás el modo en que se movía, muy semejante al del hombre que caminaba a su lado, deslizándose alrededor de los arbustos para asegurarse de que ninguna ramita chasquearía a su paso ni ningún hierbajo se quebraría bajo sus pies, por lo que Perrin lo reconoció aunque no lo veía

desde lo que a él le parecía muchísimo tiempo.

Al llegar a la cumbre, Elyas Machera miró intensamente a Perrin, con sus ojos dorados brillando débilmente bajo la sombra del ala del sombrero. Sus iris se habían vuelto de ese color años antes que los de Perrin; Elyas le había presentado a los lobos. Por entonces vestía con pieles.

—Me alegra volver a verte, muchacho —saludó quedamente. El sudor le brillaba en el rostro, aunque poco más que a Gaul—. ¿Por fin abandonaste esa hacha? Creía que nunca dejarías de odiarla.

—Aún la odio —contestó Perrin en un tono igualmente bajo. Mucho tiempo atrás, el otrora Guardián le había dicho que conservase el hacha hasta que ya no detestara usarla. ¡Luz, pero todavía la aborrecía! Y ahora tenía más razones para ello—. ¿Qué haces por está parte del mundo, Elyas? ¿Dónde te encontró Gaul?

—Él me encontró a mí —dijo el Aiel—. Ignoraba que lo tenía detrás hasta que tosió. —Habló en voz lo bastante alta para que lo oyeran las Doncellas, y la repentina quietud en ellas fue casi palpable.

Perrin esperaba como poco unos cuantos comentarios hirientes —el humor Aiel podía ser corrosivo, y las Doncellas aprovechaban cualquier oportunidad para lanzar pullas al hombre de ojos verdes—, pero en cambio, algunas de las mujeres cogieron lanzas y adargas para golpearlas entre sí a fin de demostrar su aprobación. Gaul asintió en un gesto de elogio.

Elyas gruñó de forma ambigua y se tocó el ala del sombrero, pero olía a complacido. Era muy poco lo que merecía la aprobación de los Aiel a ese lado de la Pared del Dragón.

—Me gusta moverme —le contestó a Perrin—, y dio la casualidad de que me encontraba en Ghealdan cuando unos amigos comunes me dijeron que viajabas con toda esta procesión. —No nombró a los amigos comunes; no era sensato hablar abiertamente de que se conversaba con los lobos—. Me contaron un montón de cosas. Y que olían un cambio próximo, aunque no sabían qué. A lo mejor tú lo sabes. He oído que has andado en compañía del Dragón Renacido.

—Pues no lo sé —contestó lentamente Perrin. ¿Un cambio? No se le había ocurrido preguntar a los lobos nada más que dónde se encontraban los grandes grupos de hombres, para así evitarlos. Incluso allí, en Ghealdan, a veces se sentía culpable con ellos por los lobos muertos en los pozos de Dumai. ¿Qué clase de cambio?—. Indudablemente Rand está cambiando cosas, pero no sabría decir a qué se refieren. Luz, el mundo entero está dando vueltas de campana, a pesar de él.

—Todo cambia —dijo Gaul displicente—. Hasta que despertamos, los sueños se deslizan en el viento. —Los observó un instante a Elyas y a él, comparando sus ojos, a buen seguro, pero no comentó nada; al parecer, los Aiel consideraban los iris dorados como una peculiaridad más entre los habitantes de las tierras húmedas—. Os

dejaré para que podáis hablar. Los amigos largo tiempo separados necesitan conversar a solas. Sulin, ¿están Chiad y Bain por aquí? Las vi cazando ayer, y pensé que podría enseñarles cómo tensar un arco antes de que cualquiera de ellas se dispare a sí misma.

—Me sorprendió verte regresar hoy —respondió la mujer de cabello blanco—. Esas dos salieron a poner trampas para conejos.

Estallaron las risas entre las Doncellas, y los dedos se movieron con rapidez en el lenguaje de señas.

Suspirando, Gaul puso los ojos en blanco de manera ostentosa.

—En ese caso, creo que iré a soltarlas. —Aquello también hizo reír a las Doncellas, incluida Sulin—. Que encuentres sombra en este día —le dijo a Perrin, una despedida habitual entre amigos, pero a Elyas le estrechó el brazo y manifestó—: Mi honor es tuyo, Elyas Machera.

—Un tipo raro —murmuró Elyas mientras seguía con la mirada a Gaul, que descendía al trote por la ladera—. Cuando tosí, se giró, listo para matarme, creo, y entonces, en lugar de eso, se echó a reír. ¿Tienes algún inconveniente en que vayamos a otra parte? No conozco a la hermana que está intentando matar a golpes esa alfombra, pero no me gusta correr riesgos con ninguna Aes Sedai. —Sus ojos se estrecharon—. Gaul me contó que hay tres con vosotros. No planearás encontrarte con ninguna más, ¿verdad?

—Espero que no —contestó Perrin. Masuri miraba en su dirección entre golpe y golpe de sacudidor; no tardaría en enterarse de lo de los ojos de Elyas, y empezaría a tratar de sonsacarle qué más cosas tenían en común y qué vínculos había entre los dos —. Vamos, ya debería estar de regreso en mi propio campamento, de todos modos. ¿Te preocupa encontrarte con alguna Aes Sedai que te conozca?

Los días de Elyas como Guardián habían llegado a su fin cuando se descubrió que podía hablar con los lobos. Algunas hermanas tomaron aquello como la marca del Oscuro, y él tuvo que matar a otros Gaidin para escapar.

El hombre mayor esperó hasta que se hubieron alejado una docena de pasos de las tiendas antes de contestar, e incluso entonces lo hizo en voz baja, como si sospechase que alguien a su espalda tuviese un oído tan agudo como ellos.

—Con que una conozca mi nombre, ya será mal asunto. Los Guardianes no huyen a menudo, muchacho. La mayoría de las Aes Sedai liberarían a un hombre que quisiera marcharse. No todas. Y, en cualquier caso, puede seguirte la pista por muy lejos que huyas si decide darte caza. Pero cualquier hermana que encuentre un renegado, pasará sus ratos de ocio dedicada a hacerle desear no haber nacido. —Tembló ligeramente. Su olor no era de miedo, sino de expectativa del dolor—. Después se lo entregará a su Aes Sedai para que sirva de lección. Un hombre no vuelve a ser el mismo después de eso. —Al inicio de la cuesta, miró hacia atrás.

Masuri parecía querer realmente matar la alfombra, enfocando toda su rabia en intentar abrirle un agujero a golpes, pero Elyas volvió a temblar—. Lo peor sería toparme con Rina. Preferiría quedarme atrapado en un incendio forestal, con las dos piernas rotas.

—¿Rina es tu Aes Sedai? Pero ¿cómo ibas a toparte con ella? El vínculo te permite saber dónde se encuentra. —Aquello removió algo en la memoria de Perrin, pero lo que quiera que fuera se desvaneció con la respuesta de Elyas.

—Un buen número de ellas es capaz de atenuar el vínculo. A lo mejor todas saben cómo hacerlo. Uno percibe que sigue con vida y poco más, y eso lo sabría de todas formas porque no me he vuelto loco. —Elyas adivinó la pregunta en la expresión del rostro de su amigo y soltó una risotada—. Luz, hombre, también una hermana es de carne y hueso. Casi todas. Piensa esto: ¿te gustaría tener a alguien dentro de tu cabeza mientras haces arrumacos con una alegre moza? Oh, lo siento. Olvidé que ahora estás casado. No era mi intención ofender. Me sorprendió oír que te habías casado con una saldaenina, sin embargo.

—¿Que te sorprendió? —A Perrin nunca se le había ocurrido considerar eso con respecto al vínculo del Guardián. ¡Luz! En realidad, jamás había pensado en las Aes Sedai de ese modo. Parecía tan imposible como... Como que un hombre hablara con lobos—. ¿Por qué?

Empezaron a bajar entre los árboles que crecían en esa vertiente de la colina, sin prisa y sin hacer ruido. Perrin había sido siempre un buen cazador, acostumbrado a los bosques, y Elyas apenas alteraba las hojas caídas que pisaba, deslizándose ágilmente a través del sotobosque sin mover una rama. Podría haberse colgado el arco al hombro, pero seguía llevándolo en la mano. Era un hombre cauteloso, sobre todo cuando había gente cerca.

—Vaya, pues porque eres tranquilo y callado, y pensé que te casarías con alguien igual. Bueno, a estas alturas sabrás que las saldaeninas no son calladas. Salvo con forasteros y extraños. En cuanto a lo de tranquilas... En un momento es como si el sol estallara, y al siguiente todo está pasado y olvidado. Hacen que las arafelinas parezcan imperturbables, y las domani total y absolutamente sosas. —Elyas sonrió de repente—. En cierta ocasión viví un año con una saldaenina. Merya me reventaba los tímpanos cinco días a la semana, y puede que también me tirara los platos a la cabeza. Sin embargo, cada vez que pensaba en marcharme, quería hacer las paces, y yo nunca acababa de llegar a la puerta. Al final, me dejó ella. Dijo que era demasiado comedido para su gusto. —Su risa ronca tenía algo de nostalgia, pero al mismo tiempo se frotó una cicatriz antigua y casi desdibujada que tenía en la mandíbula, también con nostalgia. Parecía producida por un cuchillo.

—Faile no es así. —¡Sonaba como si estuviese casado con Nynaeve! ¡Con Nynaeve enseñando los dientes!—. No quiero decir que no se enfade de vez en

cuando —admitió de mala gana—, pero no grita ni me tira cosas. —Bueno, no gritaba muy a menudo, y en lugar de montar en cólera y pasársele enseguida, su enfado empezaba como un metal al rojo vivo y duraba hasta que se enfriaba.

Elyas lo miró de reojo.

—Si alguna vez he olido a un hombre intentando curarse en salud... Le has estado hablando con palabras suaves todo el tiempo ¿no es cierto? ¿Leche y miel y nunca has aplastado las orejas contra el cráneo ni has gruñido enseñando los dientes? ¿Nunca le has levantado la voz?

—¡Por supuesto que no! —protestó Perrin—. ¡La amo! ¿Cómo iba a gritarle?

Elyas empezó a mascullar entre dientes, aunque, naturalmente, Perrin escuchó cada palabra.

—Que me aspen. No es asunto mío si un hombre quiere sentarse sobre una víbora roja. Allá él, si quiere calentarse las manos mientras el tejado está ardiendo. Es su vida. ¿Acaso me lo agradecería? ¡Pues claro que no, maldita sea!

—¿Por qué sigues dale que dale con lo mismo? —demandó Perrin. Cogió a Elyas del brazo y tiró para detenerse bajo un acebo, cuyas espinosas hojas aún se conservaban verdes en su mayoría. Pocas plantas más lo estaban, salvo algunas tenaces trepadoras. Habían descendido poco más de la mitad de la ladera—. ¡Faile no es una víbora roja ni un tejado en llamas! Espera a conocerla antes de hablar de ella como si ya la hubieses tratado.

Elyas se pasó los dedos por la larga barba con aire irritado.

—Conozco a las saldaeninas, muchacho. Ese año del que antes te hablé no fue el único que pasé allí, y en todo ese tiempo sólo conocí unas cinco mujeres que calificaría de dóciles o incluso afables. No, tu mujer no es una víbora, pero me juego cualquier cosa a que es un leopardo. ¡No gruñas, maldita sea! ¡Te apuesto mis botas que sonreiría si me oyese decir eso!

Perrin abrió la boca para contestar acaloradamente, y entonces la cerró. No se había dado cuenta de que estaba gruñendo con un sonido profundo, gutural. Faile sonreiría al saber que la comparaban con un leopardo.

—No estarás diciéndome en serio que ella quiere que le grite, ¿verdad, Elyas?

—Pues sí. Casi seguro, en cualquier caso. A lo mejor hace la número seis. Tal vez. Deja que termine de hablar. En general, si le levantas la voz a una mujer, los ojos se le salen de las órbitas o adopta una actitud gélida, y antes de que te des cuenta, estás discutiendo porque tienes muy mal genio, no porque hubiese una última gota que colmó tu paciencia y te hizo estallar. Ahora bien, muérdete la lengua con una saldaenina y lo interpretará como que no la consideras lo bastante fuerte para hacerte frente. Insúltala así y tendrás suerte si no te da de desayuno tus propias... mollejas. No es una moza de Far Madding, para que espere que un hombre se siente donde le manda y que salte cuando chasquee los dedos. Es un leopardo, y espera que también

su marido lo sea. ¡Luz! No sé qué demonios hago. Aconsejar a un hombre sobre su esposa es un buen modo de acabar con las tripas desparramadas.

Ahora le tocó a Elyas gruñir. Se enderezó bruscamente el sombrero sin necesidad y miró en derredor ceñudo, como planteándose si desaparecer de nuevo en el bosque, y luego le plantó el índice en el pecho.

—Oye, siempre supe que eras algo más que un vagabundo, y juntando lo que los lobos me contaron con el hecho de que te encaminas hacia ese tal Profeta, pensé que quizá no te vendría mal tener un amigo que te guardara las espaldas. Claro que los lobos no mencionaron que estabas al mando de esos bonitos lanceros mayenienses. Tampoco lo mencionó Gaul, hasta que los vimos. Si quieres que me quede, de acuerdo. Si no, queda mucho mundo que todavía no he visto.

—Siempre viene bien contar con otro amigo, Elyas.

¿De verdad querría Faile que le gritara? Siempre había sido consciente de que podría hacer daño a alguien si no tenía cuidado, y siempre había procurado controlar el genio. Las palabras podían herir tanto como los puños, palabras desacertadas, palabras que no se tenía intención de decir pero que se soltaban al perder los estribos. No, imposible. Era de todo punto ilógico. Ninguna mujer toleraría tal cosa, ni de su marido ni de ningún hombre.

El silbo de un pinzón azul hizo que Perrin alzara la cabeza y aguzase el oído. Apenas era audible, incluso para él, pero un instante después el trino se repitió, más cerca, y luego otra vez, aún más próximo. Elyas lo miró enarcando una ceja; él tenía que conocer la llamada de un pájaro de las Tierras Fronterizas. Perrin lo había aprendido de algunos shienarianos, Masema entre ellos, y se lo había enseñado a los hombres de Dos Ríos.

—Se acercan visitas —le dijo a Elyas.

Venían deprisa, cuatro jinetes a medio galope, y llegaron antes de que Elyas y él alcanzaran el pie de la colina. Salpicando agua, Berelain cruzó el arroyo a la cabeza, seguida de cerca por Annoura y Gallenne, y a su lado, una mujer embozada en un pálido guardapolvo con capucha. Pasaron el campamento mayeniense sin mirar siquiera, y no frenaron hasta que estuvieron ante la tienda de rayas rojas y blancas. Algunos sirvientes cairhieninos acudieron presurosos para coger las bridas y sujetar estribos, y Berelain y sus compañeros desaparecieron en el interior de la tienda antes de que se hubiese posado el polvo levantado por sus monturas.

Su llegada había provocado un gran revuelo. Entre los hombres de Dos Ríos se alzó un sonoro murmullo que Perrin sólo pudo calificar de expectación. El inevitable grupito de jóvenes necios se rascó la cabeza y miró de hito en hito la tienda mientras parloteaba excitadamente. Grady y Neald también observaban la tienda desde los árboles, aproximando de vez en cuando las cabezas para hablar, aunque no había nadie cerca para oír lo que decían.

—Parece que tus visitas no son intrascendentes —comentó en voz queda Elyas—. No pierdas de vista a Gallenne; podría ocasionar problemas.

—¿Lo conoces? Me gustaría que te quedaras, pero si crees que podría informar a una de las hermanas de quién eres... —Perrin se encogió de hombros con resignación —. Quizá pueda frenar a Seonid y Masuri —o eso pensaba—, pero creo que Annoura hará lo que le venga en gana. —Y, por cierto, ¿qué opinaba realmente de Masema?

—Oh, Bertain Gallenne ignora la existencia de gente como Elyas Machera —contestó el otro hombre con una sonrisa irónica—. Más payasos conocen a Augusto Bufo que al contrario. Pero sí, lo conozco. No irá contra ti ni actuará a tu espalda, pero la que tiene cerebro es Berelain. Ha impedido que Tear se trague a Mayene enfrentando a los tearianos contra los illianos desde que tenía dieciséis años. Berelain sabe maniobrar, mientras que Gallenne lo único que sabe hacer es atacar. Es bueno en eso, pero nunca ve nada más, y a veces no piensa antes de actuar.

—Ya tenía formada esa idea sobre ellos —murmuró Perrin. Al menos Berelain había llevado una mensajera de Alliandre. No habría acudido tan deprisa con una nueva doncella. La cuestión era por qué necesitaba Alliandre un mensajero—. Será mejor que vaya a ver si son buenas noticias, Elyas. Después hablaremos de lo que hay al sur. Y conocerás a Faile —añadió antes de darse media vuelta.

—La Fosa de la Perdición es lo que hay al sur —repuso el otro hombre a su espalda—, o lo más parecido a ella de lo que espero ver fuera de la Llaga.

Perrin creyó oír de nuevo aquel débil trueno al oeste. Bien, eso sería un cambio agradable.

En la tienda, Breane iba de un lado a otro con una bandeja de plata en la que llevaba un cuenco con agua perfumada de rosas y paños para lavarse la cara y las manos, haciendo una estirada reverencia al ofrecerla. Con reverencias aún más estiradas, Maighdin hacía otro tanto con una bandeja que contenía copas de ponche —hecho con los últimos arándanos secos, a juzgar por el olor—, mientras Lini doblaba el guardapolvo de la recién llegada. Parecía extraño el modo en que Faile y Berelain se habían colocado a ambos lados de la mujer nueva, y Annoura rondaba detrás, todas pendientes de ella. De edad madura, con una cofia de redecilla verde sujetándole el oscuro cabello, que le llegaba casi a la cintura, habría resultado bonita si su nariz no hubiese sido tan larga. Y si no la levantara en un gesto tan altanero. Más baja que Faile y Berelain, sin embargo se las ingenió para mirar a Perrin bajo la punta de aquella nariz, examinándolo fríamente de la cabeza a los pies. No parpadeó siquiera al verle los ojos, aunque casi todo el mundo lo hacía la primera vez.

—Majestad —comenzó Berelain en tono formal tan pronto como Perrin hubo entrado—, permitidme que os presente a lord Perrin Aybara de Dos Ríos, en Andor, amigo personal y emisario del Dragón Renacido. —La mujer de nariz larga inclinó la cabeza leve, fríamente, y Berelain continuó sin apenas hacer una pausa—. Lord

Aybara, saludad y dad la bienvenida a Alliandre Maritha Kigarin, por la Gracia de la Luz reina de Ghealdan y Defensora del Muro de Garen, que se complace en recibiros en persona.

Gallenne, de pie cerca de la pared de la tienda, se ajustó el parche del ojo y levantó su copa de vino a Perrin, con una sonrisa de triunfo.

Por alguna razón, Faile asestó a Berelain una dura mirada. Faltó poco para que Perrin se quedase boquiabierto. ¿Alliandre en persona? Se preguntó si debía doblar la rodilla ante ella, y luego se decantó por una respetuosa inclinación de cabeza tras una pausa demasiado larga. ¡Luz! No tenía ni idea de cómo tratar a una reina; especialmente a una que aparecía cuando menos se esperaba, sin escolta, sin joyas a la vista. El traje de montar verde oscuro era de paño liso, ni una puntada de bordado.

—Tras las recientes noticias —empezó Alliandre—, pensé que debería venir a veros, lord Aybara.

Su voz era tranquila, su gesto sosegado, sus ojos distantes. Y observadores, o él era un hombre de Embarcadero de Taren. Más valía que se anduviese con pies de plomo hasta que supiera cómo se presentaba el camino.

—Quizá no lo sepáis —continuó ella—, pero hace cuatro días Illian cayó en poder del Dragón Renacido, la Luz bendiga su nombre. Ha tomado la Corona de Laurel, aunque tengo entendido que ahora se llama la Corona de Espadas.

Faile cogió una copa de la bandeja que sostenía Maighdin y musitó entre dientes:

—Y hace siete días, los seanchan tomaron Ebou Dar.

Ni siquiera Maighdin la oyó. Si Perrin no se hubiese controlado ya, realmente habría abierto la boca por la sorpresa. ¿Por qué se lo contaba Faile así, en lugar de esperar a que le informara la mujer, que debía de habérselo dicho a ella? Alzando la voz de manera que todos lo oyeran, repitió las palabras de su esposa. Sonó dura, pero era el único modo de evitar que le temblara. ¿También Ebou Dar? ¡Luz! ¿Y hacía siete días? El mismo en que Grady y los demás habían visto el Poder Único en el cielo. Coincidencia, tal vez. ¿Es que preferiría que hubiesen sido los Renegados?

Annoura frunció el entrecejo sin quitar la vista de su copa y apretó los labios antes de que él hubiese acabado de hablar, y Berelain le lanzó una mirada estupefacta que borró al instante. Sabían que él ignoraba lo ocurrido en Ebou Dar cuando partieron a caballo hacia Bethal.

Alliandre se limitó a asentir con la cabeza, tan dueña de sí como la Gris.

—Parecéis increíblemente bien informado —dijo mientras se acercaba a él—. Dudo que los primeros rumores hayan llegado ya a Jehannah con el comercio del río. Yo me enteré hace escasos días, a través de comerciantes que me mantienen al corriente de las noticias. Creo —agregó con sequedad—, que esperan que pueda interceder por ellos ante el Profeta del lord Dragón, si llega a ser necesario.

Por fin pudo percibir su olor, y su opinión sobre la mujer cambió, aunque no para

peor. Exteriormente, la reina era toda fría reserva, pero una mezcla de incertidumbre y temor colmaba su efluvio. Perrin dudaba que él hubiese sido capaz de mantener tan compuesto el semblante si se hubiese sentido así.

—Siempre es mejor saber todo lo posible —comentó, medio distraído. «Maldición —pensó— ¡tengo que informar de esto a Rand!»

—En Saldaea también nos son muy útiles los comerciantes —intervino Faile, con lo que implicaba que tal era la fuente por la que él sabía lo de Ebou Dar—. Parecen enterarse de lo que ocurre a miles de kilómetros semanas antes de que comiencen los rumores.

No lo miró, pero Perrin comprendió que le hablaba a él tanto como a Alliandre. Rand lo sabía, estaba diciendo. Y, en cualquier caso, no había forma de ponerlo al corriente en secreto. ¿De verdad querría su mujer que le...? No, era inconcebible. Parpadeó al darse cuenta de que se había perdido algo que Alliandre había dicho.

—Os pido disculpas, Alliandre —manifestó cortésmente—. Pensaba en Rand, es decir, en el Dragón Renacido.

¡Pues claro que era inconcebible! Todo el mundo lo miraba, hasta Lini, Maighdin y Breane. Annoura tenía los ojos desorbitados, y Gallenne estaba boquiabierto a más no poder. Entonces cayó en la cuenta. Había llamado a la reina por su nombre. Cogió una copa de la bandeja de Maighdin, que se alzó tan rápidamente tras la reverencia que casi se la tiró. Desestimando su ayuda con gesto absorto, se limpió la mano húmeda en la chaqueta. Tenía que concentrarse, no dejar que su mente divagara en nueve direcciones. Pensara lo que pensara Elyas, Faile jamás... ¡No! ¡Debía concentrarse!

Alliandre recobró la calma rápidamente. A decir verdad, parecía haber sido la menos sorprendida de todos, y su olor no varió un ápice.

—Decía que acudir a reunirme con vos en secreto me pareció lo más prudente, lord Aybara —explicó con voz fría—. Lord Telabin cree que me encuentro en sus jardines buscando un poco de intimidad. De allí he salido por una puerta que rara vez se utiliza. En el trayecto por la ciudad era la doncella de Annoura Sedai. —Pasó los dedos por la falda pantalón de su traje de montar y soltó una corta risa. Hasta eso era frío en ella, tan opuesto a lo que la nariz le revelaba a Perrin—. Varios de mis propios soldados me han visto, pero con la capucha de la capa echada, ninguno me reconoció.

—En los tiempos que corren, actuar así probablemente fue lo más juicioso —respondió Perrin con cuidado—. Pero tendréis que manifestaros abiertamente antes o después, en un sentido u otro. —Cortés y al grano, era lo mejor. Una reina no querría perder el tiempo con un tipo que decía tonterías. Y él no quería decepcionar a Faile comportándose otra vez como un patán—. ¿Por qué vinisteis personalmente? Sólo teníais que enviar una carta o dar vuestra respuesta a Berelain. ¿Os declararéis a favor de Rand o no? En cualquier caso, no temáis en cuanto a regresar sana y salva a

Bethal. —Muy acertado eso. Cualesquiera otras cosas que pudieran atemorizarla, encontrarse sola allí debía de ser una.

Faile lo observaba, aunque simulaba lo contrario, mientras bebía el ponche y dirigía sonrisas a Alliandre, pero él captó las fugaces ojeadas que le echaba. Berelain no fingía en absoluto, y lo observaba abiertamente, con los ojos ligeramente entrecerrados, sin apartarlos un momento de su rostro. La mirada de Annoura era igualmente atenta, tan pensativa como la de la Principal. ¿Es que todas creían que iba a cometer otro desliz?

—La Principal me ha hablado mucho de vos, lord Aybara —comentó la reina, sin responder la pregunta importante—, y del lord Dragón Renacido, que la Luz bendiga su nombre. —Eso último sonó a algo aprendido de memoria, a coletilla que se añade sin pensar—. No podía verlo a él antes de tomar mi decisión, de modo que quería veros a vos, formarme un juicio. Se puede descubrir mucho sobre un hombre por los que elige para que hablen en su nombre. —Inclinó la cabeza hacia la copa que tenía en la mano y miró a Perrin a través de las pestañas. Viniendo de Berelain, eso habría sido coquetear, pero Alliandre observaba cautelosamente a un lobo, tan seguro como que estaba frente a ella—. También vi vuestras banderas —añadió quedamente—. La Principal no las mencionó.

A pesar de sí mismo, Perrin frunció el entrecejo. ¿Que Berelain le había contado mucho sobre él? ¿Qué le había dicho?

—Las banderas están para que se vean. —La ira puso un dejo duro en su voz, que requirió un gran esfuerzo por su parte tragárselo. Vaya, Berelain sí que era una mujer que necesitaba que le gritaran—. Creedme, no existen planes de resucitar a Manetheren. —Bien, su tono era tan frío como el de Alliandre—. ¿Cuál es vuestra decisión? Rand puede situar aquí diez mil soldados, o cien mil, en un abrir y cerrar de ojos, o casi. —Y quizá tuviera que hacerlo. ¿Los seanchan en Amador y en Ebou Dar? Luz, ¿cuántos serían?

Alliandre sorbió delicadamente el ponche antes de hablar y de nuevo soslayó la pregunta.

—Corren miles de rumores, como sabréis, e incluso el más disparatado es verosímil cuando el Dragón ha renacido, aparecen gentes extrañas que afirman ser el ejército de Artur Hawkwing que regresa, y la propia Torre está dividida por la rebelión.

—Eso es asunto de las Aes Sedai —espetó bruscamente Annoura—. No le concierne a nadie más.

Berelain lanzó una mirada exasperada a la hermana, que fingió no advertirlo.

El semblante de Alliandre acusó una ligera crispación y la soberana se giró un poco a fin de no tener de frente a la Gris. Ni que fuese reina ni que no, nadie quería oír ese tono en boca de una Aes Sedai.

—El mundo se está volviendo del revés, lord Aybara. Vaya, pero si incluso me han llegado informes de Aiel saqueando un pueblo justo aquí, en Ghealdan.

De pronto Perrin comprendió que había algo más en la mujer que la mera ansiedad por haber ofendido a una Aes Sedai. Alliandre lo miró, esperando. Pero ¿qué? ¿A que le diese alguna seguridad que la tranquilizara?

—Los únicos Aiel en Ghealdan están conmigo —le dijo—. Los seanchan pueden ser descendientes del ejército de Artur Hawkwing, pero Hawkwing lleva mil años muerto. Rand ya se encargó de ellos en una ocasión y volverá a hacerlo. —Recordaba Falme tan claramente como los pozos de Dumai, a pesar de que intentaba olvidarlo. Sin duda no había habido suficientes allí para tomar Amador y Ebou Dar, incluso con sus *damane*. Balwer aseguraba que también tenían soldados taraboneses—. Y quizás os alegre saber que esas Aes Sedai rebeldes apoyan a Rand. O lo harán pronto.

Eso era lo que Rand decía, un puñado de Aes Sedai que no tenía a donde ir salvo con él. Perrin no lo veía tan claro. Por Ghealdan corría el rumor de que un ejército acompañaba a esas hermanas. Por supuesto, ese mismo rumor hablaba de un número de Aes Sedai en dicho grupo mayor incluso que el que había en todo el mundo, pero aun así... ¡Luz, ojalá hubiese alguien que pudiera darle seguridad a él!

—¿Por qué no nos sentamos? —sugirió—. Responderé cualquier pregunta que queráis plantearme a fin de ayudaros a tomar una decisión, pero podríamos hacer lo mismo estando cómodos.

Se acercó una de las sillas plegables y recordó a tiempo no sentarse de golpe en ella, pero aun así el mueble crujió bajo su peso.

Lini y las otras dos sirvientas corrieron para poner más sillas en un círculo con la suya, pero ninguna de las otras mujeres se acercó a ellas. Alliandre lo miraba, y los demás la miraban a ella, excepto Gallenne, que se sirvió otra copa de ponche de una jarra de plata.

Perrin cayó en la cuenta de que Faile no había vuelto a abrir la boca después del comentario sobre los comerciantes. Agradecía el silencio de Berelain, del mismo modo que agradecía que no le hubiese hecho ojitos delante de la reina, pero le habría venido bien alguna ayuda por parte de su mujer en ese momento. Un pequeño consejo. Luz, Faile sabía diez veces más que él qué hacer o decir en esa situación.

Preguntándose si debería ponerse de pie como los demás, dejó su copa de ponche en una de las mesitas y, de un modo sutil, le pidió que hablase ella con Alliandre.

—Si alguien sabe cómo hacerle ver el mejor curso para seguir, adelante —dijo. Faile le dedicó una sonrisa complacida, pero siguió muda.

Inopinadamente, Alliandre soltó su copa a un lado, sin mirar, como si esperase que hubiese una bandeja allí mismo. Había una, apenas a tiempo de coger la copa, y Maighdin, que era quien la sostenía, murmuró algo que Perrin esperó que Faile no hubiese oído. Su mujer era inflexible con los criados que usaban esa clase de

lenguaje. Hizo intención de incorporarse cuando Alliandre se aproximó a él, pero, para su estupefacción, la reina se arrodilló grácilmente ante él y lo cogió de las manos. Antes de que supiera qué hacía, ella giró las muñecas de manera que sus manos se unieron dorso contra dorso entre las palmas de él. Se las aferraba con tal fuerza que debían de dolerle; desde luego, no estaba seguro de que él hubiese podido soltarse sin lastimarla.

—Con la Luz por testigo —empezó en voz firme, mirándolo a los ojos—, yo, Alliandre Maritha Kigarin, prometo fidelidad y servicio a lord Perrin Aybara de Dos Ríos, ahora y para siempre, salvo que él decida exonerarme por propia voluntad. Mis tierras y mi trono son suyos, y los pongo en sus manos. Así lo juro.

Por un instante reinó el silencio, roto únicamente por la ahogada exclamación de Gallenne y el apagado golpe de su copa al caer en la alfombra.

Entonces Perrin oyó a Faile, de nuevo en un susurro tan quedo que ninguna persona cerca de ella podría haber percibido sus palabras: «Con la Luz por testigo, acepto vuestra promesa y juro defenderos y protegeros a vos y a los vuestros a través de la guerra y sus azares, del invierno y sus rigores y de todo lo que el tiempo depare. Las tierras y el trono de Ghealdan os los entrego como mi fiel vasalla. Por la Luz, acepto...». Ésa debía de ser la forma de aceptación de los saldaeninos. Gracias a la Luz que su esposa estaba demasiado concentrada en él para advertir el cabeceo enérgico de Berelain apremiándolo a lo mismo. ¡Parecía como si las dos hubiesen esperado que sucediese aquello! Por el contrario, Annoura, boquiabierta, estaba tan pasmada como él, igual que un pez que ve desaparecer el agua.

—¿Por qué? —preguntó suavemente, haciendo caso omiso del siseo frustrado de Faile y del gruñido exasperado de Berelain. «Maldita sea —pensó—. ¡Soy un puñetero herrero!» Nadie juraba lealtad a los herreros. ¡Las reinas no juraban fidelidad a nadie!—. Me han dicho que soy *ta'veren*; quizá dentro de una hora, lejos ya de mi influencia, desearíais reconsiderar todo esto.

—Espero que seáis *ta'veren*, milord. —Alliandre rió, pero no con regocijo, y apretó aún más sus manos, como si sospechara que él quisiera liberarlas—. Lo espero de todo corazón, porque me temo que nada menos poderoso salvará a Ghealdan. Prácticamente tomé esta decisión tan pronto como la Principal me dijo que estabais aquí, y conoceros me ha reafirmado en ella. Ghealdan necesita una protección que yo no puedo darle, así que el deber me exige que la encuentre. Vos podéis proporcionársela, milord. Vos y el lord Dragón Renacido, que la Luz bendiga su nombre. De hecho, le habría prestado juramento a él si se encontrase aquí, pero vos sois su hombre. Al haceros mi promesa, también se la hago a él. —Respiró hondo y se obligó a añadir—: Por favor. —Olía a desesperación ahora, y sus ojos brillaban de miedo.

Aun así, Perrin vaciló. Eso era todo cuanto Rand podría desear y más, pero Perrin

Aybara sólo era un herrero. ¡Lo era! ¿Podría seguir diciéndose lo mismo si hacía eso? Alliandre lo observaba en actitud suplicante. ¿Acaso los *ta'veren* también ejercían influencia sobre sí mismos?

—Con la Luz por testigo, yo, Perrin Aybara, acepto vuestra promesa...

La garganta se le había quedado seca para cuando terminó de pronunciar la fórmula que Faile le había susurrado. Ahora ya era demasiado tarde para pararse a pensar.

Con una ahogada exclamación de alivio, Alliandre le besó las manos. Perrin no creía haberse sentido tan avergonzado en toda su vida. Se puso de pie rápidamente y la ayudó a incorporarse. Y cayó en la cuenta de que ignoraba qué hacer a continuación. Faile, sonriente y rebosando orgullo, no le dio más pistas. Berelain también sonreía y en su semblante se reflejaba un alivio tan intenso que cualquiera habría pensado que acababan de rescatarla de un incendio.

A Perrin no le cabía duda de que Annoura hablaría —las Aes Sedai siempre tenían mucho que decir, en especial cuando ello les daba la oportunidad de tomar el mando—, pero la hermana Gris sostenía la copa de vino con el brazo extendido para que Maighdin se la llenara otra vez y lo observaba intensamente, con expresión indescifrable. De hecho, Maighdin hacía otro tanto, tan pendiente de él que siguió inclinando la jarra hasta que el ponche se derramó sobre la muñeca de la Aes Sedai. Annoura dio un respingo de sobresalto y miró la copa que sostenía como si se hubiese olvidado de ella. Faile frunció el entrecejo y Lini lo frunció aún más; Maighdin corrió en busca de un paño para limpiar la mano de la hermana, de nuevo mascullando entre dientes sin parar. Faile montaría en cólera si llegaba a oír sus murmullos.

Perrin sabía que estaba tardando demasiado. Alliandre se lamió los labios con ansiedad; esperaba algo más, pero ¿qué?

—Ahora que hemos resuelto la cuestión, he de ocuparme de encontrar al Profeta —manifestó, y se encogió para sus adentros. Demasiado brusco. No tenía tacto para tratar con nobles, y menos aún con una reina—. Supongo que querréis regresar a Bethal antes de que alguien advierta vuestra ausencia.

—La última noticia que tengo sobre el Profeta del lord Dragón es que se encontraba en Abila —dijo Alliandre—. Es una ciudad más bien grande, en Amadicia, a unos doscientos kilómetros al sur de aquí.

A su pesar, Perrin arrugó el ceño, si bien lo desfrunció al punto. De modo que Balwer tenía razón. Tenerla en una cosa no quería decir que la tuviese en todas, pero podría merecer la pena escuchar lo que el hombre tuviese que contar con respecto a los Capas Blancas. Y a los seanchan. ¿Cuántos taraboneses?

Faile se deslizó junto a él y puso la mano en su brazo a la par que dirigía una sonrisa afable a Alliandre.

—Querido, no pretenderás realmente que regrese ya, cuando acaba de llegar.

Déjanos para que charlemos un rato aquí, a resguardo del sol, antes de que haya de afrontar el bochornoso viaje de vuelta. Sé que tienes otros asuntos importantes que atender.

Perrin se las ingenió, no sin esfuerzo, para no mirarla de hito en hito. ¿Qué podía ser más importante que la reina de Ghealdan? Con toda seguridad, nada de lo que podía hacerse en el campamento y que nadie lo dejaría ocuparse de ello. Era obvio que deseaba hablar con Alliandre sin que él estuviera presente. Con suerte, después le diría por qué, y quizás incluso se lo explicara todo. Puede que Elyas creyera que conocía a las saldaeninas, pero él había aprendido por sí mismo que sólo un necio trata de averiguar todos los secretos de su esposa. O dejar que sepa cuáles ha logrado descubrir ya.

Despedirse de Alliandre requería sin duda tanta ceremonia como la presentación, pero Perrin se las arregló para hacer una reverencia aceptable mientras le pedía disculpas por tener que marcharse; ella hizo una profunda reverencia a su vez, manifestando que la honraba demasiado, y ahí acabó la cosa. Excepto por el gesto breve con la cabeza que le hizo a Gallenne para que lo siguiese fuera. No creía que Faile lo mandara marcharse a él y quisiera que el otro hombre se quedara. ¿De qué querría hablar a solas con la reina?

Fuera, el mayeniense le dio una palmada en el hombro que habría hecho tambalearse a otro hombre más pequeño.

—¡Que me aspen, jamás oí algo igual! Ahora puedo decir que he visto realmente cómo funciona la presencia de un *ta'veren*. ¿Qué queréis de mí?

¿Qué podía contestar a eso? Justo entonces, se oyó un gran griterío en el campamento mayeniense, lo bastante fuerte para que los hombres de Dos Ríos se pusieran de pie y escudriñaran entre los árboles, a pesar de que la curva de la colina lo ocultaba todo.

—Veamos antes a qué viene ese jaleo —contestó Perrin. Aquello le daría tiempo para pensar. Sobre qué decir a Gallenne y sobre otros asuntos.

Faile esperó unos segundos después de que Perrin se hubiera marchado para decirles a las criadas que no necesitaba de su servicio. Maighdin estaba tan absorta contemplando a Alliandre que Lini tuvo que tirarle de la manga para que se moviera. Se ocuparía de eso después. Faile dejó la copa y fue en pos de las tres sirvientas hacia la puerta de la tienda como si las apremiara a salir, pero se quedó parada allí.

Perrin y Gallenne se dirigían a través de los árboles hacia el campamento mayeniense. Estupendo. Casi todos los *Cha Faile* se hallaban acuclillados a corta distancia. Al encontrarse con la mirada de Parelean, hizo un gesto con la mano a la altura de la cintura, donde ninguna de las mujeres que estaban detrás de ella pudiese verlo: un rápido movimiento circular, seguido por un puño cerrado. De inmediato, los

tearianos y cairhieninos se dividieron en grupos de dos o tres y se dispersaron. Aunque mucho menos complejos que los del lenguaje de señas de las Doncellas, los signos de los *Cha Faile* bastaban. En cuestión de segundos, un círculo diseminado de los suyos tenía rodeada la tienda, aparentemente al azar, mientras charlaban ociosamente o jugaban a las cunitas. Pero nadie se aproximaría a menos de veinte pasos sin que la pusieran sobre aviso antes de que hubiese llegado a la entrada.

Quien más la preocupaba era Perrin. Había esperado algo trascendental tan pronto como vio a Alliandre en persona, aunque no sabía exactamente qué, pero el juramento de la reina la había dejado estupefacta. Si a su marido se le pasaba por la cabeza regresar, acometido por un sentimiento de culpa, para hacer que Alliandre se sintiese cómoda con su decisión... ¡Oh, él se dejaba guiar por el corazón, cuando debía utilizar la cabeza, y viceversa! La idea hizo que tuviera remordimientos de conciencia.

—Qué sirvientes tan peculiares encontrasteis en el camino —comentó Berelain junto a ella con fingida compasión, y Faile se sobresaltó ya que no había oído a la mujer acercarse a su espalda. Lini y las otras caminaban hacia las carretas, y Lini sacudía el índice a Maighdin. La mirada de Berelain pasó de Faile a las tres mujeres. Mantuvo la voz baja, pero el tono burlón no desapareció—. La mayor parece conocer sus obligaciones, en lugar de haber oído hablar de ellas únicamente, pero Annoura me ha dicho que la más joven es espontánea. Muy débil, insignificante, según Annoura, pero las espontáneas siempre causan problemas. Las otras harán comentarios sobre ella, si están enteradas, y antes o después huirá. Las espontáneas siempre huyen, según tengo entendido. Eso es lo que pasa por tomar doncellas como quien recoge perros callejeros.

—Estoy bastante satisfecha con su labor —replicó fríamente Faile. Aun así, se imponía sostener una larga conversación con Lini. ¿Una espontánea? Aunque fuese débil, podría resultar útil—. Siempre he pensado que erais muy apta para contratar sirvientes. —Berelain parpadeó sin saber qué significaba exactamente aquel comentario, y Faile disimuló perfectamente su satisfacción. Se dio la vuelta y añadió —. Annoura, ¿os importaría proporcionarnos intimidad con una salvaguardia contra oídos indiscretos?

No parecía muy probable que Seonid y Masuri encontraran una oportunidad de escuchar a escondidas mediante el Poder —Faile esperaba el estallido de Perrin cuando descubriera lo corto que las Sabias tenían atadas a esas dos—, pero las propias Sabias podrían haber aprendido a hacerlo. A Faile no le cabía duda de que Edarra y las demás estaban exprimiendo a Seonid y a Masuri como limones.

Las trencillas adornadas con cuentas de la hermana Gris tintinearon cuando la mujer asintió con la cabeza.

—Contad con ello, lady Faile —dijo la Aes Sedai, y Berelain apretó fugazmente

los labios. Muy satisfactorio. ¡Qué temeridad la suya al hacer las presentaciones allí, en su propia tienda! Se merecía más que el simple hecho de que alguien se metiera entre su consejera y ella, pero resultaba grato.

Una satisfacción pueril, admitió Faile, cuando lo que tendría que estar haciendo era centrarse en el asunto que se traía entre manos. Casi se mordió los labios, fastidiada. No dudaba del amor de su marido, pero no podía tratar a Berelain como se merecía, lo cual la obligaba, en contra de su voluntad, a entrar en un juego en el que Perrin era el tablero demasiado a menudo. Y el premio, según pensaba Berelain. Ojalá Perrin no actuara a veces como si fuera a serlo realmente. Con firmeza, desechó todas esas ideas de su mente. Allí había que hacer un trabajo que correspondía a una esposa. La parte práctica.

Alliandre observó pensativamente a Annoura cuando se mencionó la salvaguardia —no se había dado cuenta de que era una conversación seria— pero la reina se limitó a comentar:

—Vuestro esposo es un hombre formidable, lady Faile. Sin ánimo de ofender, su aparente rusticidad y su llaneza ocultan una mente astuta. Con Amadicia en nuestra frontera, en Ghealdan no nos queda más remedio que participar en el Da'es Daemar, pero creo que nunca he sido conducida tan rápida o diestramente a tomar una decisión como lo hizo vuestro esposo. Un toque de amenaza insinuada aquí, un ceño allí. Un hombre formidable.

Esta vez, a Faile le costó cierto esfuerzo ocultar la sonrisa. Esos sureños daban mucho valor al Juego de las Casas, y no creía que Alliandre agradeciera la aclaración de que Perrin decía simplemente lo que pensaba —en ocasiones se pasaba de franco — y la gente astuta veía una actitud calculadora en su sinceridad.

—Pasó algún tiempo en Cairhien —dijo. Y que Alliandre sacara de ello las conclusiones que quisiera—. Aquí podemos hablar abiertamente, a salvo tras la salvaguardia de Annoura Sedai. Es obvio que no deseáis regresar a Bethal todavía. ¿Vuestro juramento a Perrin y el que él os ha prestado a su vez no bastan para sellar una alianza entre ambos?

Allí, en el sur, había quienes tenían una idea muy peculiar con respecto a lo que implicaba la lealtad.

En silencio, Berelain se situó a la derecha de Faile, y un instante después Annoura hacia otro tanto a su izquierda, de modo que Alliandre se encontró frente a las tres. A Faile le sorprendió que la Aes Sedai se uniera a su plan sin saber cuál era —a buen seguro, Annoura tenía sus propias razones, y Faile habría dado lo que fuera por saberlas— pero no le extrañó que lo hiciese Berelain. Una frase burlona, dicha al desgaire, podía echarlo todo a rodar, en especial la supuesta destreza de Perrin en el Gran Juego; sin embargo, tenía la total seguridad de que no ocurriría tal cosa. En cierto modo, eso la irritaba. Hubo un tiempo en que despreciaba a la Principal;

todavía la odiaba, profunda y ardientemente, pero el desdén había sido sustituido por el respeto, aunque a regañadientes. Esa mujer sabía cuándo había que dejar a un lado el «juego» entre ambas. ¡Pero si de no ser por Perrin, de hecho, le habría caído bien! Fugazmente, y para extinguir aquella odiosa idea, se imaginó a sí misma afeitando la cabeza a Berelain. ¡Era una mujerzuela y una buscona! Pero ahora no podía permitir que la distrajera.

Alliandre observó a las tres mujeres que tenía delante, una por una, pero no dio muestras de nerviosismo. Tomó de nuevo su copa y bebió despreocupadamente antes de hablar, acompañando con suspiros y sonrisas compungidas sus palabras, como si éstas no fuesen realmente tan importantes como sonaban.

—Tengo intención de mantener mi juramento, desde luego, pero debéis entender que espero algo más. Una vez que vuestro esposo haya partido, me quedaré como estaba. Peor, quizás, hasta que llegue alguna ayuda tangible del lord Dragón, que la Luz bendiga su nombre. El Profeta podría destruir Bethal o incluso la propia Jehannah del mismo modo que hizo con Samara, y yo no tengo modo de impedírselo. Y, si de algún modo se entera de mi juramento... Afirma que ha venido para enseñarnos cómo servir al lord Dragón bajo la Luz, pero es él quien enseña ese camino, y no creo que se muestre muy complacido con cualquiera que encuentre otro.

—Está bien que tengáis intención de cumplir vuestro juramento —le contestó secamente Faile—. Si queréis algo más de mi esposo, quizá también deberíais hacer algo más. Tal vez deberíais acompañarlo cuando marche al sur para encontrarse con el Profeta. Naturalmente, querréis tener con vos vuestros propios soldados, pero yo sugeriría un número no mayor que el que la Principal ha traído con ella. ¿Nos sentamos?

Ocupó la silla que Perrin había dejado libre y señaló a Berelain y a Annoura las que estaban a los lados; sólo entonces indicó otra a Alliandre.

La reina se sentó lentamente, contemplando a Faile con los ojos muy abiertos, no nerviosa, sino estupefacta.

—¿Y por qué iba a hacer tal cosa? —exclamó—. Lady Faile, los Hijos de la Luz aprovecharán cualquier excusa para incrementar sus expolios en Ghealdan, y tal vez el rey Ailron podría decidir enviar un ejército al norte también. ¡Es imposible!

—Os lo ordena la esposa de vuestro señor, de quien sois vasalla —manifestó firmemente Faile.

Parecía imposible que los ojos de Alliandre se desorbitaran más, pero lo hicieron. Miró a Annoura y sólo encontró la expresión imperturbable Aes Sedai que le devolvía la mirada con sosiego.

—Por supuesto —dijo al cabo de un momento. Su voz sonaba hueca. Tragó saliva y añadió—. Por supuesto, haré lo que me... ordenáis... milady.

Faile ocultó su alivio con una gentil inclinación de cabeza, aceptándolo. Había

esperado que Alliandre se resistiera. Que la reina prestase juramento de lealtad sin darse cuenta de lo que conllevaba —¡que comprendiera la necesidad de manifestar que tenía intención de cumplir su juramento!— sólo venía a confirmar sus sospechas de que no podían dejar atrás a esa mujer. A decir de todos, Alliandre se había librado de la amenaza de Masema sometiéndose a él. Poco a poco, sin duda, sin otra opción y sólo cuando no le quedó más remedio; pero la sumisión podía acabar convirtiéndose en costumbre. De regreso en Bethal, sin que aparentemente hubiese habido cambio alguno, ¿cuánto tardaría en decidir cubrirse las espaldas avisando a Masema? Había sentido el peso de su juramento; ahora podía aligerar la carga.

—Me complace que nos acompañéis —dijo afablemente. Y era sincera—. Mi esposo no olvida a los que le prestan servicio. Y uno de esos servicios sería escribir a vuestros nobles, informándoles de que un hombre en el sur ha izado la bandera de Manetheren.

Berelain casi giró la cabeza hacia ella, sorprendida, y Annoura llegó incluso a parpadear.

—Milady —respondió la reina en tono apremiante—, la mitad de ellos enviarán mensajes al Profeta tan pronto como reciban mi misiva. Le tienen terror, y sólo la Luz sabe qué podría hacer ese hombre.

Era justo la respuesta que Faile esperaba.

—Razón por la cual vos le escribiréis también, añadiendo que habéis reunido unos pocos soldados para ocuparos personalmente de ese hombre. Después de todo, el Profeta del lord Dragón es demasiado importante para que pierda el tiempo con un asunto insignificante.

—Muy bien —murmuró Annoura—. Nadie sabrá quién es quién.

¡Berelain rió con complacida aprobación, así la Luz la abrasara!

—Milady —manifestó Alliandre—, antes dije que milord Perrin era formidable. ¿Me permitís que añada que su esposa es tan formidable como él?

Faile procuró no dejar translucir demasiado su complacencia. Ahora tendría que enviar recado a su gente que esperaba en Bethal. En cierto modo, lamentaba ese plan; de haber tenido que llevarlo a cabo, explicárselo a Perrin habría sido más que difícil, y ni siquiera él habría podido conservar la calma si hubiese raptado a la reina de Ghealdan.

Casi todos los miembros de la Guardia Alada parecían haberse reunido al borde del campamento, rodeando a diez de los suyos que iban a caballo. La ausencia de lanzas indicaba que los jinetes eran exploradores. Los hombres a pie se arremolinaban y empujaban para acercarse más. Perrin creyó percibir de nuevo un trueno, no tan distante, aunque sólo lo advirtió por encima.

Mientras él se disponía a abrirse paso a empellones, Gallenne gritó:

—¡Apartaos, perros sarnosos!

Las cabezas se volvieron prestamente y los hombres recularon con esfuerzo hacia los lados, abriendo un paso estrecho. Perrin se preguntó qué habría pasado si él hubiese llamado perros sarnosos a los hombres de Dos Ríos. Seguramente se habría llevado un puñetazo en la nariz. Quizá mereciese la pena intentarlo.

Nurelle y los otros oficiales se encontraban con los exploradores. También había siete hombres a pie, con las manos atadas a la espalda y una cuerda al cuello como dogal, todos ellos rebullendo intranquilos, encorvando los hombros y fruncido el entrecejo en actitud desafiante o temerosa o ambas. Sus ropas estaban tiesas por la suciedad acumulada, aunque algunas habían sido buenas en su momento. Cosa extraña, despedían un intenso olor a humo. En realidad, algunos de los soldados montados tenían hollín en la cara, y uno o dos parecían haber sufrido quemaduras. Aram observaba atentamente a los prisioneros, con un leve ceño.

Gallenne se plantó con los pies separados y en jarras; su único ojo lanzaba una mirada más fulminante de lo que eran capaces muchos hombres con dos.

—¿Qué ha pasado? —demandó—. ¡Se supone que la misión de mis exploradores es regresar con información, no con desharrapados!

—Dejaré que presente el informe Ortis, milord —contestó Nurelle—. Él se encontraba allí. ¡Jefe de patrulla Ortis!

Un soldado de edad madura descendió del caballo para saludar con una inclinación de cabeza y con la mano enguantada contra el pecho. Su casco era sencillo, sin las finas plumas ni las alas que iban repujadas en los lados de los yelmos de los oficiales. Bajo el borde se apreciaba claramente una quemadura en su cara. En la mejilla contraria tenía una cicatriz que le tiraba de la comisura de los labios.

—Milord Gallenne, milord Aybara —empezó con voz grave—, topamos con estos comedores de nabos a unos diez kilómetros al oeste, milores. Habían prendido fuego a una granja, con los granjeros dentro. Una mujer intentó escapar por una ventana y uno de estos canallas le machacó el cráneo. Sabiendo lo que lord Aybara opina de eso, le pusimos fin. Llegamos demasiado tarde para salvar a nadie, pero capturamos a estos siete. El resto huyó.

—A menudo la gente es tentada a caer de nuevo en la Sombra —habló inopinadamente uno de los prisioneros—. Hay que sacarlos de su error a toda costa. —Era un hombre alto y delgado, con aire señorial, y tenía la voz suave y educada, pero su chaqueta estaba tan sucia como las de los demás y no se había afeitado hacía dos o tres días. El Profeta no parecía apreciar gastar tiempo en cosas como navajas de rasurar. O en lavarse. Con las manos atadas y la cuerda alrededor del cuello, dirigía miradas fulminantes a sus aprehensores sin pizca de miedo. Por el contrario, era todo desafío altanero—. Vuestros soldados no me impresionan. El Profeta de lord Dragón, que la Luz bendiga su nombre, ha destruido ejércitos mucho más grandes que esta

apostilla vuestra. Podréis matarnos, pero seremos vengados cuando el Profeta derrame vuestra sangre en el suelo. Ninguno de vosotros nos sobrevivirá mucho tiempo. Él triunfará a sangre y fuego.

Finalizó en un tono vibrante, recta la espalda como una barra de hierro. Los murmullos cundieron entre los soldados que escuchaban. Sabían muy bien que Masema había acabado con ejércitos más grandes que el suyo.

—Colgadlos —ordenó Perrin. De nuevo, volvió a oír el trueno.

Ya que había dado la orden, se obligó a presenciar la ejecución. A pesar de los murmullos, no faltaron manos bien dispuestas a realizar la tarea. Algunos de los prisioneros empezaron a lloriquear cuando las cuerdas que llevaban al cuello fueron lanzadas por encima de las ramas de los árboles. Un tipo otrora gordo, cuya doble barbilla colgaba en pliegues fláccidos, gritó que se arrepentía, que serviría a cualquier señor que le dijeran. Un hombre calvo, con aspecto tan duro como el de Lamgwin, pateó y chilló hasta que la soga le cortó los gritos. Sólo el hombre de voz bien modulada no pateó ni se resistió, ni siquiera cuando el lazo corredizo le apretó el cuello. Su mirada desafiante duró hasta el final.

—Al menos uno de ellos sabía cómo morir —gruñó Gallenne mientras el último cuerpo quedaba inmóvil. Contempló ceñudo a los hombres colgados en los árboles, como si lamentase que no hubiesen ofrecido más resistencia.

—Si esas personas servían a la Sombra —empezó Aram, pero vaciló—. Perdonadme, lord Perrin, pero ¿aprobará esto el lord Dragón?

Perrin dio un respingo y lo miró horrorizado.

—Luz, Aram, ¡ya oíste lo que hicieron! Rand les habría puesto el lazo al cuello personalmente! —Creía que Rand lo habría hecho, esperaba que lo hubiese hecho. Rand estaba decidido a unificar a las naciones antes de la Última Batalla, y no habría reparado mucho en lo que costara conseguirlo.

Los hombres levantaron bruscamente la cabeza cuando sonó un trueno lo bastante fuerte para que todos lo oyeran, y después se repitió más cerca, y después más cerca aún. El viento se levantó, cesó y volvió a soplar, sacudiendo la chaqueta de Perrin a un lado y otro. Los relámpagos surcaron un cielo despejado. En el campo mayeniense, los caballos relincharon y tiraron de las cuerdas que los ataban. Los truenos se sucedieron, y los relámpagos saltaron como serpientes azul plateadas; bajo un sol ardiente, empezó a llover, gruesas gotas dispersas que levantaban polvo al caer en la tierra reseca. Perrin se limpió una de la mejilla y se miró los dedos húmedos con asombro.

En cuestión de segundos la tormenta pasó, y los truenos y relámpagos se desplazaron hacia el este. El sediento suelo absorbió las gotas de lluvia que habían caído, el sol brilló tan abrasador con siempre, y sólo las chispas zigzagueantes y los retumbos cada vez más lejanos indicaban que había ocurrido algo. Los soldados se

miraron entre sí con incertidumbre. Gallenne apartó los dedos de la empuñadura de su espada con evidente esfuerzo.

—Esto... Esto no puede ser obra del Oscuro —manifestó Aram, y se encogió. Nadie había visto una tormenta natural como aquélla—. Significa que el tiempo está cambiando, ¿verdad, lord Perrin? ¿A que el clima volverá a ser normal otra vez?

Perrin abrió la boca para decirle que no lo llamara así, pero la cerró de nuevo con un suspiro.

—No lo sé —contestó. ¿Qué era lo que Gaul había dicho?—. Todo cambia, Aram.

Sólo que jamás pensó que él también tendría que cambiar.

11. Preguntas y un juramento

El aire dentro del enorme establo olía a heno pasado y estiércol de caballo. Y a sangre, y a carne quemada. Con todas las puertas cerradas, el ambiente estaba cargado. Dos linternas daban escasa luz, y las sombras dominaban la mayor parte del interior del edificio. En las largas hileras de cuadras, los caballos aleteaban los ollares con nerviosismo. El hombre colgado por las muñecas a una viga del techo emitió un quedo gemido, seguido de una tos ahogada. Su cabeza cayó sobre el pecho. Era un hombre alto, musculoso, aunque se notaban claramente los efectos del sufrimiento.

De repente, Sevanna advirtió que su pecho ya no se movía. Los anillos engastados con gemas destellaron rojos y verdes al gesticular bruscamente con la mano a Rhiale.

La mujer pelirroja levantó sin contemplaciones la cabeza del hombre y le alzó un párpado; luego acercó la oreja a su pecho, sin importarle las astillas todavía incandescentes que lo acribillaban. Con un sonido de fastidio, se puso erguida.

—Ha muerto. Tendríamos que haber dejado esto a las Doncellas, Sevanna, o a los Ojos Negros. No me cabe duda de que lo hemos matado por falta de conocimientos.

Sevanna apretó los labios y se ajustó el chal en medio de un gran tintineo de brazaletes. Éstos le llegaban hasta los codos, un considerable peso en oro, marfil y gemas, pero aun así habría lucido hasta el último que poseía de haber podido. Ninguna de las otras mujeres dijo palabra. Someter a interrogatorio a los prisioneros no era tarea de las Sabias, si bien Rhiale sabía por qué debían hacerlo personalmente. El hombre, único superviviente de diez jinetes que creyeron que podrían derrotar a veinte Doncellas porque iban a caballo, también había sido el primer seanchan capturado en los diez días transcurridos desde que habían llegado a esa tierra.

—Habría vivido si no hubiese luchado tanto contra el dolor, Rhiale —adujo finalmente Someryn mientras sacudía la cabeza—. Un hombre fuerte, para ser habitante de las tierras húmedas, pero no pudo aceptar el dolor. Aun así, nos dijo suficientes cosas.

Sevanna la miró de reojo, tratando de ver si denotaba sarcasmo. Tan alta como muchos hombres, Someryn lucía más brazaletes y collares que cualquiera de las otras, con excepción de Sevanna; montones de gotas de fuego, esmeraldas, rubíes y zafiros casi tapaban el generoso busto, que de otra manera habría quedado medio descubierto, ya que llevaba la blusa desabrochada casi hasta la cintura. El chal, atado al talle, no cubría nada. A veces a Sevanna le resultaba difícil discernir si la otra mujer la copiaba o si competía con ella.

—¡Suficientes cosas! —exclamó Meira. A la luz de la linterna que sostenía, su rostro se mostraba aún más sombrío de lo habitual, por increíble que pudiera parecer tal cosa. Meira era de las que encontraban el lado oscuro de un sol de mediodía—. ¿Que su gente se encuentra a dos días al oeste de la ciudad llamada Amador? Eso ya

lo sabíamos. Sólo nos ha dicho despropósitos, cuentos absurdos, nada más. ¡Artur Hawkwing! ¡Bah! Las Doncellas tendrían que haberse ocupado él y hacer lo que era necesario.

—¿Correríais el riesgo de que cualquiera descubriese más de lo que conviene antes de tiempo? —Sevanna se mordió el labio, irritada. Casi las había llamado «estúpidas». En su opinión, ya eran muchos los que sabían demasiado, Sabias incluidas, pero no podía correr el riesgo de ofender a esas mujeres, ¡y tal certeza la reconcomía!—. La gente está asustada. —No tenía que disimular su desprecio en este caso, al menos. Lo que la escandalizaba, lo que la indignaba, no era que tuviesen miedo, sino que muy pocos hicieran el menor esfuerzo por ocultarlo—. Ojos Negros o Soldados de Piedra, o incluso las Doncellas, habrían comentado lo que el hombre hubiese dicho. ¡Sabéis que es así! Y sus mentiras habrían sembrado más miedo. —Tenían que ser mentiras. Imaginaba un mar como los lagos que había visto en las tierras húmedas, sólo que con la otra orilla fuera del alcance de la vista. Si fuese verdad que cientos de miles de los suyos venían, aun desde el otro lado de una extensión de agua tan grande, los demás prisioneros a los que había interrogado tendrían que haber estado enterados de su presencia. Y no se había interrogado a ningún prisionero estando ella ausente.

Tion alzó la segunda linterna y la contempló fijamente, sin un solo pestañeo de sus ojos grises. A pesar de ser casi una cabeza más baja que Someryn, Tion superaba en estatura a Sevanna. Y era el doble de ancha. Su cara redonda mostraba frecuentemente una expresión plácida, pero pensar que el gesto iba acorde con su carácter era un error.

—Tienen razón para estar asustados —manifestó con voz dura—. Yo lo estoy, y no me avergüenza reconocerlo. Los seanchan son muchos, si es que no hay más que tomaron Amador, y nosotros somos pocos. Tú tienes a tu septiar alrededor, pero ¿dónde está el mío? Tu amigo de las tierras húmedas, Caddar, y su domesticada Aes Sedai nos enviaron a través de esos agujeros en el aire para que muriéramos. ¿Dónde se encuentran los demás Shaido?

Rhiale se movió para situarse junto a Tion, en actitud desafiante, y enseguida se les unió Alarys, incluso en ese momento jugueteando con su cabello negro para llamar la atención sobre él. O tal vez era para evitar la mirada de Sevanna. Al cabo de un momento, la ceñuda Meira se sumó al grupo, y después Modarra. A ésta se la habría podido considerar delgada si no hubiese sido porque superaba en estatura incluso a Someryn; en consecuencia, enjuta era lo mejor que podía decirse de ella. Sevanna había creído que tenía a Modarra en sus manos tan firmemente como los anillos que lucía en los dedos. Tan firmemente como a... Someryn la miró y suspiró, y después volvió los ojos hacia las otras. Lentamente, se acercó a ellas para situarse a su lado.

Sevanna se quedó sola, justo al borde de la luz de la linterna. De todas las mujeres comprometidas con ella por el asesinato de Desaine, aquéllas eran en las que más confiaba. Tampoco es que se fiara mucho de nadie, naturalmente. Pero con Someryn y Modarra había tenido la certeza de que eran suyas y seguirían sus dictados tanto como si hubiesen prestado el juramento del agua. Y ahora osaban mirarla con ojos acusadores. Hasta Alarys había dejado de juguetear con su pelo para clavar la vista en ella.

Sevanna sostuvo sus miradas con una fría sonrisa, casi una mueca de mofa. No era el momento de recordarles el crimen que unía sus destinos. Nada de coacción esta vez.

—Sospeché que Caddar podría intentar traicionarnos —dijo en cambio. Los azules ojos de Rhiale se abrieron de sorpresa ante su admisión, y Tion abrió la boca, pero Sevanna continuó sin darle opción a hablar—. ¿Habríais preferido quedaros en la Daga del Verdugo de la Humanidad para que os destruyeran? ¿Que os cazasen como alimañas cuatro clanes cuyas Sabias saben cómo abrir esos agujeros en el aire sin necesitar cajas de traslación? En cambio, nos encontramos en el corazón de una tierra rica, más que la de los Asesinos del Árbol. Fijaos en lo que hemos obtenido en sólo diez días. ¿Cuánto más podremos conseguir en una ciudad de los habitantes de las tierras húmedas? ¿Teméis a los seanchan por su número? Recordad que he traído conmigo a todas las Sabias Shaido capaces de encauzar. —Rara vez se le pasaba por la cabeza que ella no podía encauzar. A no tardar, esa carencia sería remediada—. Somos tan fuertes como cualquier ejército que esos habitantes de las tierras húmedas puedan mandar contra nosotros. Aun en el caso de que tengan lagartos voladores. —Resopló con desdén para demostrar lo que pensaba de eso. Ninguna de ellas había visto tales criaturas, ni sus exploradores, pero casi todos los prisioneros habían contado historias ridículas—. Después de que encontremos a los demás septiares, nos apoderaremos de esta tierra. ¡De toda ella! Nos desquitaremos al décuplo por lo que nos hicieron las Aes Sedai. Y encontraremos a Caddar y haremos que muera clamando piedad.

Eso debería haberlas hecho recobrar el ánimo, del mismo modo que había ocurrido antes. Ningún rostro cambió de expresión. Ni uno solo.

—Y también está el *Car'a'carn* —dijo sosegadamente Tion—. A menos que hayas renunciado a tu plan de casarte con él.

—No he renunciado a nada —replicó irritada Sevanna. Ese hombre y, lo más importante, el poder que representaba, serían suyos algún día. De algún modo. Costase lo que costase. Suavizando el tono continuó—. Rand al'Thor no tiene trascendencia ahora. —Al menos para esas idiotas que no veían más allá de sus narices. Con él en sus manos, todo sería posible—. No pienso quedarme aquí todo el día discutiendo sobre mi guirnalda nupcial. Tengo que ocuparme de asuntos que sí

son importantes.

Mientras se alejaba de ellas a través de la penumbra, en dirección a las puertas del establo, se le ocurrió de repente una desagradable idea. Estaba sola con esas mujeres. ¿Hasta dónde podía fiarse de ellas? La muerte de Desaine permanecía muy vívida en su mente; la Sabia había sido... despedazada mediante el Poder Único. Por las mujeres que estaban a su espalda, entre otras. El estómago se le hizo un nudo. Aguzó el oído para captar el más leve susurro de la paja que habría indicado pies siguiéndola, pero no oyó nada. ¿Estarían paradas allí, observándola? Se negó a mirar hacia atrás. Mantener el mismo paso lento sólo requirió un pequeño esfuerzo —¡no demostraría temor, cubriéndose de vergüenza!— pero, cuando empujó una de las puertas, que se abrió girando sobre los engrasados goznes, y salió a la luz del mediodía, no pudo evitar un suspiro de alivio.

Efalin paseaba fuera, con el *shoufa* envuelto en el cuello, el arco metido en el estuche a la espalda, las lanzas y la adarga en la mano. La mujer canosa se giró bruscamente y la preocupación de su semblante se borró sólo un poco al ver a Sevanna. ¡Era la cabecilla de todas las Doncellas Shaido y dejaba translucir su consternación! No era Jumai, pero había acompañado a Sevanna con la excusa de que ésta actuaba como el jefe de los Shaido hasta que pudiera elegirse uno nuevo. Sevanna estaba segura de que Efalin sospechaba que tal cosa no ocurriría nunca. La Doncella sabía dónde estaba el poder. Y cuándo mantener cerrada la boca.

—Enterradlo profundamente y ocultad la tumba —ordenó Sevanna.

Efalin asintió con la cabeza e hizo una seña a las Doncellas que habían permanecido en cuclillas rodeando el establo, y todas desaparecieron en el interior de la construcción. Sevanna observó el edificio, con su tejado rojo de alto caballete y sus paredes azules, y luego se volvió hacia el campo que había enfrente. Un muro de piedra bajo, con un único portón, justo delante del establo, rodeaba un área circular de tierra apisonada, de unos cien pasos de diámetro. Los habitantes de las tierras húmedas lo habían utilizado para entrenar caballos. No se le había ocurrido preguntar a los anteriores propietarios por qué estaba situado tan lejos de todo lo demás, rodeado de árboles tan altos, pero su aislamiento convenía a sus propósitos. Las Doncellas que estaban con Efalin eran quienes habían capturado al seanchan. Nadie más sabía que existía. Ni lo sabría. ¿Estaban las otras Sabias hablando ahí dentro? ¿Sobre ella? ¿Delante de las Doncellas? ¿Qué dirían? ¡Pues no iba a esperar por ellas ni por nadie!

Someryn y las demás salieron del establo justo cuando Sevanna echaba a andar hacia el bosque, y la siguieron entre los árboles mientras discutían sobre los seanchan, sobre Caddar y sobre dónde habrían sido enviados los otros Shaido. No sobre ella; claro que tampoco iban a hacerlo cuando podía oírlas. Lo que oyó la hizo torcer el gesto. Había más de trescientas Sabias con los Jumai, y era lo mismo cada

vez que dos o tres se ponían a hablar: ¿Dónde estaban los restantes septiares? ¿Habría sido Caddar una lanza arrojada por Rand al'Thor? ¿Cuántos seanchan había? E incluso ¿de verdad cabalgarían en lagartos? ¡Lagartos! Esas mujeres habían estado con ella desde el principio. Las había guiado paso a paso, aunque creían que habían colaborado a fraguar cada movimiento, que sabían hacía dónde se dirigían. Si las perdía ahora...

El bosque dio paso a un extenso claro que podría haberse tragado el círculo vallado y el establo multiplicados por cinco, y Sevanna sintió que el mal humor la abandonaba cuando se paró a mirar. Al norte se alzaban colinas bajas y, varios kilómetros detrás de esas estribaciones, montañas cuyas cumbres estaban coronadas de nubes, grandes masas blancas surcadas por franjas gris oscuro. En su vida había visto tantas nubes. Más cerca, miles de Jumai iban y venían ocupados en las tareas cotidianas. El sonido vibrante de martillos sobre yunques resonaba allí donde trabajaban los herreros, los balidos de ovejas y cabras que se estaban sacrificando para la cena se mezclaban con las risas de los niños, que corrían en sus juegos. Al disponer de más tiempo que los demás septiares para preparar la huida desde la Daga del Verdugo de la Humanidad, los Jumai habían llevado consigo los rebaños reunidos en Cairhien, engrosados tras su llegada allí.

Muchos habían instalado sus tiendas, pero no era necesario. Estructuras de vivos colores casi llenaban el claro, semejando un pueblo grande de las tierras húmedas, con altos graneros, una amplia forja, y los achaparrados techos —o viviendas— que habían albergado a los sirvientes, todos ellos pintados en rojo y azul, que rodeaban el gran techo principal. La casa solariega, como se la llamaba, tenía tres pisos bajo el tejado de baldosas de color verde oscuro, toda ella en un tono verde más claro, con adornos amarillos, y se alzaba sobre un cerro artificial de piedra, de diez pasos de altura. Jumai y *gai'shain* subían por la larga rampa que conducía a la gran puerta del edificio y caminaban por los balcones —cincelados de manera ornamentada— que lo rodeaban.

Las murallas y los palacios que había visto en Cairhien no la habían impresionado ni la mitad. Estaba pintado como una carreta de los Errantes, pero aun así resultaba maravilloso. Tendría que haberse dado cuenta de que, con tantos árboles, esas gentes podían permitirse construir cualquier cosa con madera. ¿Es que nadie más, aparte de ella, era capaz de ver la riqueza de esa tierra? Muchos otros *gai'shain* de blanco iban y venían afanados en sus tareas; había más de los que jamás hubiesen sumado entre diez septiares, ¡casi la mitad de los Jumai! Ya nadie protestaba por hacer *gai'shain* a los habitantes de las tierras húmedas. ¡Eran tan dóciles! Un joven vestido con ropas blancas toscamente confeccionadas pasó presuroso aferrando un cesto y mirando con los ojos muy abiertos a la gente, tropezando con el repulgo de la túnica. Sevanna sonrió. El padre de ése se había llamado a sí mismo el señor del lugar y bravuconeó

afirmando que a ella y su pueblo les darían caza por aquel atropello; no obstante, ahora llevaba el blanco y trabajaba tan duro como su hijo, al igual que su esposa, sus hijas y sus otros hijos. Las mujeres habían poseído muchas joyas y hermosas sedas, y Sevanna sólo había cogido lo mejor de todo para ella. Una tierra opulenta, tan cebada que rezumaba ricos aceites.

Las mujeres que venían detrás se habían parado para hablar entre ellas al borde de los árboles. Captó su conversación, y su humor volvió a cambiar.

—... cuántas Aes Sedai luchan por esos seanchan —estaba diciendo Tion—. Debemos enterarnos de eso.

Someryn y Modarra murmuraron unas palabras de conformidad.

—No creo que importe —disintió Rhiale. Al menos su actitud discrepante también se extendía a las demás—. Dudo que luchen a menos que las ataquemos. Recordad que no hicieron nada hasta que fuimos contra ellas directamente, ni siquiera para defenderse.

—Y cuando lo hicieron —adujo Meira con acritud—, veintitrés de nosotras murieron. Y más de diez mil *algai'd'siswai* tampoco regresaron. Aquí tenemos poco más de un tercio de ese número, aun contando a los Sin Hermanos. —Las últimas palabras rebosaban desprecio.

—¡Aquello fue obra de Rand al'Thor! —espetó bruscamente Sevanna—. ¡En lugar de darle vueltas a lo que hizo contra nosotras, pensad en lo que podremos hacer cuando sea nuestro! —«Cuando sea mío», pensó. Las Aes Sedai habían podido cogerlo y retenerlo durante ese tiempo, y ella disponía de algo que las Aes Sedai no habían tenido o, en caso contrario, lo habrían utilizado—. Recordad en cambio que las vencimos hasta que él se puso de su lado. ¡Las Aes Sedai no son nada!

De nuevo, sus esfuerzos por reanimar su coraje no tuvieron efectos visibles. Lo único que podían recordar era que las lanzas se habían roto mientras intentaban capturar a Rand al'Thor, y ellas con las lanzas. Por la expresión de Modarra habríase dicho que estaba contemplando la tumba de todo su septiar, e incluso Tion frunció el entrecejo con incertidumbre, recordando que también ella había corrido como una cabra asustada.

—Sabias —llamó una voz masculina detrás de Sevanna—. Se me ha enviado para que pida vuestro dictamen.

Al instante, los semblantes de todas recobraron la serenidad. Lo que ella no había conseguido, él lo había logrado con su mera presencia. Ninguna Sabia permitiría que cualquiera que no fuese otra Sabia la viera descompuesta. Alarys dejó de atusarse el pelo, que se había echado sobre el hombro. Saltaba a la vista que ninguna lo conocía. Sevanna creía que sí.

Las contemplaba con aire serio; sus verdes ojos parecían mucho más viejos que su terso rostro. Su boca, de labios carnosos, se curvaba en un gesto adusto, como si

hubiese olvidado cómo sonreír.

—Soy Kinhuin, de los *Mera'din*, Sabias. Los Jumai dicen que no podemos tomar toda nuestra parte de este lugar porque no somos Jumai, pero es porque ellos recibirían menos, ya que somos el doble que los *algai'd'siswai* Jumai. Los Sin Hermanos pedimos vuestro dictamen, Sabias.

Ahora que sabían quién era, algunas no pudieron disimular su desagrado por los hombres que habían abandonado clan y septiar para ir con los Shaido en lugar de seguir a Rand al'Thor, un habitante de las tierras húmedas y no el verdadero *Car'a'carn*, como ellos creían. El semblante de Tion se tornó impasible, simplemente, pero los ojos de Rhiale centellearon y a Meira le faltó poco para fruncir el ceño. Sólo Modarra mostraba preocupación; claro que ella habría intentado incluso mediar en una disputa entre Asesinos del Árbol.

—Las seis Sabias darán su dictamen una vez que hayan oído a las dos partes —le dijo Sevanna a Kinhuin con un tono tan serio como el de él.

Las otras la miraron, disimulando apenas su sorpresa por el hecho de que no pensara tomar parte en el asunto. Había sido ella la que dispuso que el número de *Mera'din* que acompañaban a los Jumai fuera diez veces superior al que iba con cualquier otro septiar. Realmente había sospechado de Caddar —si bien no imaginó la mala pasada que les jugó— y por ello arregló las cosas para tener cerca tantas lanzas como fuera posible. Además, siempre podían morir en lugar de los Jumai.

Fingió extrañeza ante la sorpresa de las otras.

—No sería justo que tomase parte, ya que mi propio septiar está involucrado —les dijo antes de volverse hacia el hombre de ojos verdes—. Su dictamen será justo, Kinhuin. Y estoy segura de que hablarán a favor de los *Mera'din*.

Las otras mujeres le dirigieron duras miradas antes de que Tion ordenara con un ademán a Kinhuin que las condujera donde las aguardaban. El hombre tuvo que hacer un esfuerzo para apartar los ojos de Sevanna. Esbozando una sonrisa —la había estado mirando a ella, no a Someryn— Sevanna los siguió con la mirada mientras se perdían entre la multitud que iba y venía por el recinto de la casa solariega. A pesar de su desagrado por los Sin Hermanos —y el hecho de que ella hubiese predicho al hombre cuál sería su decisión—, había más posibilidades de que fallaran a favor de ellos. En cualquier caso, Kinhuin recordaría y se lo contaría a los otros de su, así llamada, asociación. A los Jumai ya los tenía en el bolsillo, pero cualquier cosa que vinculara a los *Mera'din* con ella era bienvenida.

Sevanna dio media vuelta y regresó hacia el bosque, aunque no en dirección al establo. Ahora que se encontraba sola, se ocuparía de algo mucho más importante que los Sin Hermanos. Comprobó lo que se había guardado metido en la falda, a la altura de los riñones, donde el chal lo tapaba. Lo habría notado aunque apenas hubiese resbalado, pero deseaba tocar la suave superficie con sus dedos. Ninguna Sabia la

consideraría inferior a ellas después de que hubiese utilizado aquello, tal vez antes de finalizar esa jornada. Y quizás algún día también pondría a Rand al'Thor en sus manos. Después de todo, si Caddar había mentido en una cosa, tal vez hubiese mentido en otras.

A través del borroso velo de lágrimas, Galina Casban dirigió una mirada hostil a la Sabia que la tenía escudada. ¡Como si fuera necesario ningún escudo! En ese momento no habría podido siquiera abrazar la Fuente. Sentada con las piernas cruzadas, entre dos Doncellas puestas en cuclillas, Belinde se ajustó el chal y esbozó una sonrisa, como si le hubiese leído el pensamiento. El rostro de Galina era estrecho y zorruno, y el sol le había aclarado el cabello y las cejas hasta dejarlos casi blancos. Ojalá le hubiese aplastado el cráneo a esa mujer, en lugar de abofetearla simplemente.

No había sido un intento de huida, sino meramente el impulso nacido de una frustración mayor de la que podía soportar. Para ella los días empezaban y acababan con agotamiento, cada jornada más que la precedente. No recordaba cuánto hacía que le habían puesto aquella túnica negra y áspera; los días discurrían en un flujo constante, como la eterna corriente de un arroyo. ¿Una semana? ¿Un mes? Quizá no tanto. Seguro que no más de ese tiempo. Ojalá no hubiese tocado a Belinde. Si la mujer no le hubiese metido trapos en la boca para silenciar sus sollozos, le habría suplicado que le permitiera acarrear piedras otra vez, o trasladar un montón de guijarros, uno a uno, o cualquiera de las torturas con las que llenaban sus horas. Cualquier cosa antes que eso.

Sólo su cabeza asomaba por el saco de cuero que colgaba de la sólida rama de un roble. Y justo debajo del saco, ardían ascuas en un brasero de bronce, lentamente, calentando el aire dentro del saco. Estaba acurrucada en aquel sofocante calor, con los pulgares atados a los dedos de los pies y el sudor corriéndole por su cuerpo desnudo. El cabello le colgaba, chorreando, sobre el rostro. Cuando no estaba llorando, jadeaba y las aletas de la nariz se agitaban buscando más aire. Con todo, eso habría sido mejor que el interminable, absurdo y agotador trabajo al que la sometían excepto por una cosa. Antes de cerrar la boca del saco debajo de su barbilla, Belinde había vaciado una bolsita de alguna clase de polvo muy fino sobre ella, y en el momento en que empezó a sudar, la sustancia también había empezado a escocerle como pimienta arrojada a los ojos. Parecía cubrirla desde los hombros hasta abajo, y, ¡oh, Luz, cómo escocía!

Que invocara a la Luz denotaba claramente la medida de su desesperación, pero no habían conseguido doblegarla a pesar de todos sus intentos. Se liberaría —¡seguro que sí!— y entonces ¡haría que esas salvajes lo pagaran con sangre! ¡Con ríos de sangre! ¡Con océanos! ¡Las desollaría vivas a todas! ¡Les...! Echó la cabeza hacia atrás y aulló; los trapos metidos en la boca amortiguaron el sonido, pero aulló, y no

supo si era un grito de rabia o una súplica de clemencia.

Cuando acabaron los chillidos y su cabeza cayó hacia adelante, Belinde y las Doncellas se habían puesto de pie, y Sevanna estaba con ellas. Galina intentó sofocar sus sollozos delante de la mujer de cabello dorado, pero le habría sido más fácil arrancar el sol del cielo con sus manos.

—Fijaos cómo gimotea —se mofó Sevanna mientras se acercaba.

Galina intentó dar a su mirada una expresión tan despreciativa como la de la Aiel. ¡Sevanna se engalanaba con suficientes joyas como para satisfacer a diez mujeres! Llevaba la blusa desabrochada hasta casi dejar el busto descubierto, salvo por aquellos collares desparejados; ¡y respiraba hondo cuando los hombres la miraban! Galina lo intentó, pero resultaba difícil demostrar desprecio cuando las lágrimas le corrían por las mejillas a la par que el sudor. Los sollozos la sacudieron y el saco se meció.

—Esta *da'tsang* es dura como una cabra vieja —rió socarronamente Belinde—, pero siempre he conseguido que hasta la cabra vieja más dura se vuelva tierna si se la cocina lentamente, con las hierbas adecuadas. Cuando era Doncella, ablandé Soldados de Piedra, simplemente dejando que se cocinaran lo suficiente.

Galina cerró los ojos. Océanos de sangre. ¡Lo pagarían...!

El saco se zarandeó y Galina abrió los ojos de golpe mientras empezaba a pararse. Las Doncellas habían deshecho el nudo de la cuerda que rodeaba la rama, y las dos la bajaban lentamente. Frenética, se meneó bruscamente para mirar hacia abajo, y casi se puso a llorar otra vez, con alivio, cuando vio que habían apartado a un lado el brasero. Con los comentarios de Belinde sobre cocinar... Ésa sería la suerte que correría Belinde, decidió: ¡atada a un espetón y dando vueltas y vueltas sobre una lumbre hasta que gotearan sus jugos! ¡Eso para empezar!

Con un golpe seco que arrancó un gemido a Galina, el saco de cuero cayó al suelo y se volcó. Con tanta despreocupación como si manejasen un saco de patatas, las Doncellas la hicieron rodar hasta los secos hierbajos, cortaron las cuerdas que ataban los pulgares con los dedos de los pies y arrancaron la mordaza. El polvo y las hojas muertas se pegaron a su cuerpo sudoroso.

Ansiaba ponerse de pie, mirarlas a la cara, con igual odio y desprecio. En cambio, se incorporó a gatas; clavó los dedos de manos y pies en la tierra del bosque. De otro modo, no habría podido evitar que sus manos fueran hacia la piel enrojecida, quemada. El sudor era como jugo de cerecillas. Sólo fue capaz de quedarse acurrucada, temblando, intentando llevar algo de saliva a su boca y soñar despierta con lo que les haría a esas salvajes.

—Te creía más fuerte —comentó Sevanna en tono pensativo—, pero quizá Belinde tenga razón. Quizás ahora ya te has ablandado lo suficiente. Si juras obedecerme, puedes dejar de ser *da'tsang*. Tal vez ni siquiera tengas que ser

gai'shain. ¿Juras obedecerme en todo?

—¡Sí! —La palabra salió sin vacilación de su boca, aunque tuvo que tragar antes de poder seguir—. ¡Te obedeceré! ¡Lo juro! —Y así lo haría. Hasta que se presentase la oportunidad que necesitaba. ¿Y a eso se reducía todo? ¿A un juramento que habría prestado desde el primer día? Sevanna iba a saber lo que se sentía al estar colgando sobre brasas. Oh, sí, le...

—Entonces no tendrás inconveniente en prestar tu juramento sobre esto —dijo Sevanna mientras ponía bruscamente algo delante de ella.

A Galina se le erizó el cabello al mirarlo. Era una vara blanca, como de marfil pulido, de poco más de un palmo de largo y no más gruesa que su muñeca. Entonces reparó en las marcas de trazo fluido que tenía grabadas en el extremo más próximo a ella, números utilizados en la Era de Leyenda. Ciento once. Había creído que era la Vara Juratoria, robada de algún modo de la Torre Blanca. También aquélla tenía marcas, pero con el número tres, por lo que algunas hermanas creían que significaba los Tres Juramentos. Quizás ese objeto no era lo que parecía. Quizá. No obstante, ni siquiera una cobra de las Tierras Anegadas la habría dejado tan paralizada.

—Un bonito juramento, Sevanna. ¿Cuándo te proponías decírnoslo a las demás?

Aquella voz hizo que Galina levantara bruscamente la cabeza. Habría conseguido incluso que apartara la vista de una cobra.

Therava apareció entre los árboles, a la cabeza de una docena de Sabias de fríos semblantes. Cuando se detuvieron detrás de ella, enfrentándose a Sevanna, todas las presentes, excepto las Doncellas, habían sido testigos cuando Galina fue sentenciada a llevar la vestidura negra. A una orden de Therava, confirmada por un cabeceo de Sevanna, las Doncellas se marcharon con presteza. A pesar de estar empapada de sudor, Galina sintió un escalofrío.

Sevanna dirigió una rápida mirada a Belinde, que eludió los ojos. Sevanna curvó los labios en una mueca de desprecio y desafío a partes iguales a la par que se ponía en jarras. Galina no entendía de dónde sacaba el coraje, siendo una mujer que no podía encauzar en absoluto. Algunas de esas Sabias poseían una fuerza nada desdeñable. No, no podía permitirse el lujo de considerarlas simplemente como unas espontáneas si quería escapar y tener su venganza. Therava y Someryn eran más fuertes que cualquiera de las mujeres de la Torre, y cualquiera de ellas habría podido ser Aes Sedai fácilmente.

Sin embargo, Sevanna les hacía frente en actitud desafiante.

—Al parecer, habéis impartido justicia con rapidez —instó en un tono más seco que el polvo.

—Era un asunto sencillo —repuso sin alterarse Tion—. Los *Mera'din* recibieron la justicia que merecían.

—Y se les informó de que la recibían a pesar de tu intento de forzar nuestro

dictamen —añadió Rhiale con un atisbo de ira.

Sevanna casi gruñó ante aquello. Con todo, Therava no iba a dejar que la desviaran de su propósito. De una rápida zancada llegó junto a Galina, la agarró por el pelo y tiró hasta ponerla de rodillas, con la cabeza echada hacia atrás. Therava no era la más alta de aquellas mujeres, pero aun así superaba en estatura a muchos hombres, y la miraba desde arriba con ojos de halcón, borrando toda idea de venganza y rebeldía. Los mechones blancos que surcaban su rojo cabello hacían su gesto más imperioso. Galina apretó los puños sobre los muslos, hincándose las uñas en las palmas. Hasta el ardor de su piel quemada perdía protagonismo ante aquella mirada. Había soñado con machacar a esas mujeres, hacerles suplicar la muerte y ella se reiría mientras rechazaba su ruego. Todas salvo Therava. Por las noches, Therava invadía sus sueños y no podía hacer nada excepto intentar huir; la única salida era despertarse gritando. Galina había quebrantado a hombres y mujeres fuertes, pero alzó la vista hacia Therava, con los ojos desorbitados, y gimió.

—Ésta no tiene honor que vejar. —Therava casi escupió las palabras—. Si la quieres derrumbar, Sevanna, deja que me encargue yo. Cuando haya acabado con ella, obedecerá sin necesidad del juguete de tu amigo Caddar.

Sevanna replicó acaloradamente, negando ser amiga del tal Caddar —quienquiera que fuese—, y Rhiale bramó que Sevanna se lo había impuesto a las otras, y otras empezaron a discutir sobre si el «vinculador» funcionaría tan mal como la «caja de traslación».

Una pequeña parte de la mente de Galina se aferró a la mención de la caja de traslación. Había oído hablar de ella antes, y ansió tenerla en sus manos aunque sólo fuese un momento. Con un *ter'angreal* que le permitiera Viajar, por imperfecto que pareciera su funcionamiento, podría... Ni siquiera la esperanza de escapar pudo desterrar la idea de lo que Therava haría con ella si las otras decidían ceder a su petición. Cuando la mujer de ojos de halcón le soltó el cabello para sumarse a la discusión, Galina se arrojó sobre la vara, cayendo de bruces al suelo. Cualquier cosa, hasta obedecer a Sevanna, era mejor que volver a estar en manos de Therava. De no haberla tenido escudada, ella misma habría encauzado para que la vara funcionase.

Tan pronto como sus dedos se cerraron sobre la suave superficie, el pie de Therava se plantó sobre su mano con fuerza, aplastándosela dolorosamente contra el suelo. Ninguna de las Sabias se molestó en mirarla mientras yacía retorciéndose en el suelo, intentando en vano soltarse. Tampoco puso demasiado empeño; recordó vagamente que ella había hecho palidecer de miedo a gobernantes, pero ni siquiera se atrevía a apartar el pie de esa mujer.

—Si ha de jurar —dijo Therava con una dura mirada clavada en Sevanna—, será para obedecernos a todas las que estamos aquí.

Las demás asintieron con la cabeza, algunas manifestando su conformidad en voz

alta, salvo Belinde, que apretó los labios pensativamente. Sevanna devolvió la mirada de Therava con idéntica dureza.

—Está bien —accedió finalmente—. Pero a mí con prioridad. No soy sólo una Sabia, sino que actúo como jefe de clan.

—Lo haces, cierto. —Therava esbozó un atisbo de sonrisa—. Nos obedecerá prioritariamente a dos, Sevanna. A ti y a mí.

En el rostro de Sevanna no menguó un ápice el gesto desafiante, pero asintió. De mala gana. Sólo entonces Therava levantó el pie; el brillo del *Saidar* la envolvió, y un flujo de Energía rozó los números grabados en la vara que Galina agarraba. Igual que se hacía con la Vara Juratoria.

Durante un instante, Galina vaciló y flexionó los dedos machacados. También su tacto era igual que el de la Vara Juratoria; no exactamente como el marfil ni como el cristal, y claramente frío contra su palma. Si era otra Vara Juratoria, podría utilizarse para anular cualquier juramento que prestase ahora. Si se le presentaba la oportunidad. No quería correr el riesgo, no quería jurar obediencia a Therava, en cualquier caso. Siempre, hasta que ocurrió eso, fue ella la que ordenó; su vida desde que la capturaron había sido un infierno, ¡pero Therava la convertiría en un perrito faldero! Mas, si no juraba, ¿dejarían que Therava la quebrantara? No le cupo la mínima duda de que la mujer lo haría. Total y absolutamente.

—Por la Luz y por mi esperanza de salvación y renacimiento —ya no creía ni en la Luz ni en la esperanza de salvación, y no había necesidad de pronunciar algo más que una simple promesa, pero ellas esperaban un juramento solemne—, juro que obedeceré a las Sabias aquí presentes en todo, con prioridad a Therava y a Sevanna.

La última esperanza de que el tal «vinculador» no funcionase como tal se desvaneció cuando Galina sintió que el juramento se establecía en ella, como si de repente llevase una funda que la cubría prietamente desde la coronilla hasta las plantas de los pies. Echó la cabeza hacia atrás y gritó. En parte porque de repente sentía como si la quemadura de la piel penetrara profundamente en su carne, pero sobre todo por pura desesperación.

—¡Silencio! —instó secamente Therava—. ¡No quiero oír tus lamentos!

Galina cerró la boca de golpe, a punto de morderse la lengua, y se esforzó por tragarse los sollozos. Ahora no había más que obedecer. Therava la contempló con el entrecejo fruncido.

—Veamos si esto funciona realmente —murmuró mientras se inclinaba sobre ella —. ¿Has planeado cualquier acto violento contra cualquiera de las Sabias presentes? Responde sinceramente y pide ser castigada si lo has hecho. La pena por actos de violencia contra una Sabia —añadió como si se le acabara de ocurrir— puede ser acabar sacrificada como un animal. —Se pasó el índice expresivamente por la garganta y después asió la empuñadura de su cuchillo del cinturón con la misma

mano.

Inhalando bruscamente, aterrada a más no poder, Galina se echó hacia atrás para alejarse de la mujer. Sin embargo, fue incapaz de apartar los ojos de los de Therava, y tampoco pudo frenar las palabras que salieron masculladas entre los dientes prietos.

—¡L... lo hice, c... contra todas v... vosotras! ¡P... por favor, c... castigadme por ello!

¿La matarían ahora? ¿Después de todo eso iba a morir allí?

—Vaya, parece que el vinculador funciona como dijo tu amigo, Sevanna. —Arrebató de un tirón la vara que sostenían las manos fláccidas de Galina y se la guardó bajo el cinturón mientras se erguía—. También parece que llevarás las ropas blancas, Galina Casban. —Por alguna razón, esbozó una sonrisa complacida. Sin embargo, a continuación impartió más órdenes—. Te comportarás dócilmente, como es propio de una *gai'shain*. Si un niño te dice que saltes, saltarás, a menos que una de nosotras ordene lo contrario. Y no tocarás el *Saidar* ni encauzarás a no ser que una de nosotras te lo ordene. Suelta el escudo, Belinde.

El escudo desapareció y Galina siguió arrodillada, mirando al vacío. La Fuente brillaba justo al borde de la percepción, pero antes le habrían crecido alas que poder alcanzarla y entrar en contacto con ella. Hubo un tintineo de brazaletes cuando Sevanna se ajustó iracundamente el chal.

—Te arrogas demasiado, Therava —instó—. Eso es mío. ¡Dámelo! —Extendió la mano, pero la otra mujer se limitó a cruzarse de brazos.

—Se han celebrado reuniones entre las Sabias —le respondió—. Hemos tomado ciertas decisiones.

Las mujeres que habían llegado con ella se agruparon detrás, todas enfrente de Sevanna, y Belinde se apresuró a unirse al grupo.

—¿Sin mí? —espetó Sevanna—. ¿Cualquiera de vosotras ha osado tomar una decisión sin mí?

Su tono era tan firme como siempre, pero sus ojos iban una y otra vez hacia la vara sujeta bajo el cinturón de Therava, y a Galina le pareció advertir un atisbo de incertidumbre en el gesto. En otro momento, habría disfrutado enormemente.

—Había que tomar una sin ti —adujo Tion con voz fría.

—Como has señalado tan a menudo, hablas como jefe de clan —añadió Emerys, en cuyos grises ojos había un brillo burlón—. A veces, las Sabias deben hablar sin que las oiga un jefe de clan. O alguien que actúa como uno.

—Decidimos —dijo Therava—, que, como cualquier jefe de clan debe tener una Sabia que lo aconseje, también tú debes tenerla. Yo te aconsejaré.

Ciñéndose el chal, Sevanna observó a las mujeres que tenía enfrente. Su expresión era indescifrable. ¿Cómo se las arreglaba? Podían aplastarla como un huevo de un martillazo.

—¿Y qué *consejo* me ofreces, Therava? —preguntó finalmente con tono gélido.

—Mi firme consejo es que nos pongamos en marcha sin demora —repuso la otra Sabia, tan fría como Sevanna—. Esos seanchan están demasiado cerca y son muy numerosos. Deberíamos dirigirnos al norte, hacia esas Montañas de la Niebla y establecer un dominio. Desde allí, podremos enviar patrullas para buscar a los otros septiares. Puede llevar mucho tiempo reunir a los Shaido, Sevanna. Tu amigo de las tierras húmedas nos ha desperdigado por los nueve rincones del mundo. Hasta que estemos agrupados, somos vulnerables.

—Partiremos mañana —dijo Sevanna.

Si Galina no hubiese estado segura de conocerla de cabo a rabo, habría pensado que la voz de la mujer sonaba enfurruñada, además de furiosa. Sus verdes ojos centelleaban.

—Pero hacia el este —continuó—. Eso también se encuentra lejos de los seanchan, y las tierras del este se hallan sumidas en tumultos, maduras como frutas para arrancar del árbol.

Se produjo un largo silencio.

—Al este —aceptó después Therava. Pronunció las palabras suavemente; la suavidad de la seda extendida sobre un afilado acero—. Pero recuerda que algunos jefes de clan han vivido para lamentar haber rehusado demasiado a menudo seguir el consejo de una Sabia. También puede ocurrirte a ti. —La amenaza era patente en su voz y en su rostro, ¡pero Sevanna se echó a reír!

—¡Y tú recuerda esto, Therava! ¡Recordadlo, todas! ¡Si se me deja para pasto de buitres, correréis la misma suerte todas! Me he asegurado de que ocurra así, llegado el caso.

Las otras mujeres intercambiaron miradas preocupadas, excepto Therava, y Modarra y Norlea fruncieron el ceño.

Sentada sobre los talones, sollozando e intentando en vano aliviar la piel quemada con sus manos, Galina se encontró preguntándose qué significarían esas amenazas. Fue un pensamiento pequeño, que se abrió paso a través de la mortificante autocompasión. Cualquier cosa que pudiese utilizar contra esas mujeres sería bienvenida. Si se atrevía a usarla. Qué idea tan amarga.

De repente cayó en la cuenta de que el cielo se estaba poniendo oscuro. Nubes arremolinadas avanzaban desde el norte, cubriéndolo de gris y negro, ocultando el sol. Y bajo las nubes, ráfagas de nieve se arremolinaban en el aire. Ningún copo cayó al suelo —algunos llegaron a las copas de los árboles—, pero Galina se quedó boquiabierta. ¿Había perdido el Gran Señor su control sobre el mundo por alguna razón?

Las Sabias también miraban el cielo de hito en hito, boquiabiertas como si jamás hubiesen visto nubes, y mucho menos nieve.

—¿Qué es eso, Galina Casban? —demandó Therava—. ¡Habla si lo sabes! —No apartó la vista del cielo hasta que Galina le contestó que era nieve, y cuando lo hizo se echó a reír—. Siempre pensé que los hombres que dieron caza a Laman Asesino del Árbol mentían sobre la nieve. ¡Esto no frenaría ni a un ratón!

Galina cerró la boca para acallar la explicación sobre las nevadas, horrorizada de que su instinto hubiese sido tratar de ganarse el favor de la mujer. Espantada también por la fugaz sensación de placer que le produjo reservarse información. «¡Soy la Altísima del Ajah Rojo! —se recordó—. ¡Me siento en el Consejo Supremo del Ajah Negro!» Sonaba a mentiras. ¡No era justo!

—Si hemos acabado aquí —dijo Sevanna—, llevaré a la *gai'shain* al gran techo y me ocuparé de ponerla de blanco. Vosotras podéis quedaros a contemplar la nieve si queréis.

Su tono era tan suave, como mantequilla en la cubeta, que nadie habría imaginado que un momento antes estaba a matar con las demás. Se colocó el chal a la altura de los codos y se arregló algunos de los collares, como si no le preocupara nada más.

—Nosotras nos haremos cargo de la *gai'shain* —le contestó Therava con idéntica suavidad—. Ya que actúas como el jefe, te aguarda un largo día y gran parte de la noche ocupándote de todo si vamos a partir mañana.

Durante un instante los ojos de Sevanna centellearon otra vez, pero Therava se limitó a chasquear los dedos, haciendo un ademán perentorio a Galina, antes de darse media vuelta para marcharse.

—Ven conmigo —instó—. Y deja de hacer pucheros.

Gacha la cabeza, la Aes Sedai se puso de pie con dificultad y fue en pos de Therava y las otras mujeres que podían encauzar. ¿Hacer pucheros? ¡Tal vez se había puesto ceñuda, pero jamás habría hecho pucheros! Sus pensamientos buscaron desesperadamente una salida, cual ratas enjauladas, sin hallar esperanza de huida. ¡Tenía que haberla! ¡Tenía que haber una! Una idea que afloró en medio del torbellino casi la hizo ponerse a llorar otra vez. ¿Serían las ropas de *gai'shain* más suaves que la áspera lana negra que la habían obligado a llevar? ¡Tenía que haber una salida! Al echar una rápida ojeada hacia atrás, a través de los árboles, vio que Sevanna seguía plantada en el mismo sitio, contemplándolas con expresión iracunda. En lo alto, las nubes se arremolinaban y los copos de nieve se fundían en el aire del mismo modo que se desvanecían las esperanzas de Galina.

12. Nuevas alianzas

Graendal deseó que hubiese habido algo tan simple como un transcriptor entre las cosas que sacó de Illian tras la muerte de Sammael. La era actual era por lo general espantosa, primitiva e incómoda. No obstante, había cosas que le agradaban. En una gran jaula de bambú, al otro extremo de la estancia, un centenar de pájaros de llamativos colores cantaban melodiosamente, igualando casi en hermosura a sus dos animalitos de compañía con sus ropas transparentes, que aguardaban a cada lado de la puerta, prendidos los ojos en ella, ansiosos por complacerla. Si las lámparas de aceite no daban tanta luz como los globos radiantes, reforzadas por los grandes espejos de las paredes proporcionaban cierto esplendor primitivo con el techo de escamas doradas. Habría sido agradable no tener más que pronunciar las palabras, pero, en realidad, ponerlas sobre papel con su propia mano le producía un placer semejante al que sentía bosquejando. La escritura de esa época era muy simple, y aprender a copiar el estilo de otra persona, falsificándolo, tampoco le había costado mucho.

Firmó con una rúbrica —no con su nombre, por supuesto—, espolvoreó arena sobre la gruesa hoja y luego la dobló y la selló con uno de los anillos, de diferentes tamaños, que formaban una decorativa fila sobre el escritorio. La Mano y la Espada de Arad Doman quedaron impresas en un círculo irregular de cera azul verdosa.

—Lleva esto a lord Ituralde con la mayor rapidez —ordenó—. Y di sólo lo que te indiqué.

—Tan rápido como los caballos puedan llevarme, milady. —Nazran inclinó la cabeza y cogió la carta mientras se atusaba con un dedo el fino bigote negro que enmarcaba su sonrisa. Membrudo, de tez muy morena, vestido con chaqueta azul, era apuesto, aunque no suficientemente atractivo—. Esta misiva me la entregó lady Tuva, que murió por las heridas recibidas después de contarme que era un correo de Alsalam y que la había atacado un Hombre Gris.

—Asegúrate de que tenga manchas de sangre humana —advirtió. Dudaba que nadie en ese momento supiera distinguir la sangre humana de cualquier otra, pero se había encontrado con tantas sorpresas que no quería correr riesgos innecesarios—. Sólo la suficiente para dar realismo a la historia, no te excedas y vayas a emborronar lo que he escrito.

Mientras el hombre volvía a inclinarse, sus ojos negros se quedaron prendidos en ella afectuosamente, pero nada más erguirse, se encaminó hacia la puerta a buen paso, las botas resonando sobre el mármol amarillo pálido del suelo. No reparó en los sirvientes apostados en el umbral, con la ardiente mirada fija en ella, o fingió no verlos, aunque en otro tiempo había sido amigo del joven. Sólo había hecho falta un toque de Compulsión para que Nazran se mostrara casi tan ansioso de obedecer como ellos, por no mencionar la certeza de que aún podría gozar de sus encantos otra vez.

Rió quedamente. Bueno, él creía que ya los había disfrutado; si sólo hubiese sido un poquito más hermoso, habría sido así. Claro que, en tal caso, no le habría sido útil para nada más. Reventaría caballos para llegar hasta Ituralde, y si ese mensaje, despachado por el primo de Alsalam y proveniente supuestamente del rey en persona y con Hombres Grises intentando interceptarlo, no satisfacía la exigencia del Gran Señor de acrecentar el caos, entonces es que nada menos contundente que el fuego compacto lo conseguiría. Y también serviría muy bien a sus propósitos. A sus propios fines.

La mano de Graendal fue hacia el único anillo sobre la mesa que no era un sello, un sencillo aro de oro, demasiado pequeño para cualquier otro dedo salvo el meñique. Había sido una agradable sorpresa encontrar un *angreal* femenino entre las pertenencias de Sammael. Una agradable sorpresa disponer de tiempo para hallar cualquier cosa útil, con al'Thor y esos cachorros que se llamaban a sí mismos Asha'man entrando y saliendo constantemente de los aposentos de Sammael, en la Gran Cámara del Consejo. Habían desvalijado todo lo que ella no había cogido. Cachorros peligrosos, del primero al último, en especial al'Thor. Y no había querido correr el riesgo de que *nadie* diera con una pista que conectase a Sammael con ella. Sí, debía acelerar el proceso de sus planes y distanciarse del desastre de Sammael.

De repente apareció una plateada línea vertical al fondo de la habitación, reluciente en contraste con los tapices que colgaban entre los dorados espejos, y sonó un tintineo cristalino. Sus cejas se enarcaron por la sorpresa. Alguien recordaba los buenos modales de una era más civilizada, al parecer. Se puso de pie, se metió el aro de oro junto al anillo de rubí que llevaba en el meñique y abrazó el *Saidar* a través de él antes de crear un tejido que haría sonar un repique de respuesta para quienquiera que quisiera abrir el acceso. El *angreal* no brindaba gran ayuda, pero cualquiera que pensara que conocía su fuerza podría llevarse una sorpresa desagradable.

El acceso se abrió, y dos mujeres ataviadas con vestidos de seda rojos y negros casi idénticos lo cruzaron cautelosamente. Al menos, Moghedien se movía con cautela, pasando sus oscuros ojos de un lado a otro con rapidez, en busca de trampas, y alisándose con las manos la amplia falda; el acceso desapareció un instante después, pero no soltó el *Saidar*. Una precaución sensata, aunque Moghedien siempre había sido una fanática de las precauciones. Tampoco Graendal soltó la Fuente. La compañera de Moghedien, una mujer baja, con largo cabello plateado y ojos de un intenso color azul, miraba fríamente a su alrededor, sin dirigir más que ligeras ojeadas a Graendal. Por su actitud, habríase dicho que era una Primera Consejera obligada a soportar la compañía de vulgares trabajadores e intentara hacer como si no los viera. Una muchacha estúpida, si imitaba a la Araña. El rojo y el negro no iban bien con su tez ni con el color de sus cabellos, y podría sacar más partido de su impresionante busto.

—Ésta es Cyndane, Graendal —la presentó Moghedien—. Estamos... trabajando juntas.

No sonrió cuando dijo el nombre de la altanera joven, pero Graendal sí. Un bonito nombre para una chica más que bonita, si bien ¿qué capricho del azar habría inducido a una madre de esa época a dar a su hija un nombre que significaba «última oportunidad»? La expresión de Cyndane permaneció fría e impasible, pero sus ojos centellearon. Una preciosa muñequita tallada en hielo, con fuego oculto. Al parecer, conocía el significado de su nombre y no le gustaba.

—¿Qué os trae a tu amiga y a ti, Moghedien? —preguntó. La Araña era la última persona que había esperado ver salir de las sombras—. No tengas miedo de hablar delante de mis servidores. —Señaló a la pareja de la puerta, y los dos se hincaron de rodillas, con los rostros casi pegados al suelo. No caerían muertos por una simple orden suya, pero casi.

—¿Qué atractivo encuentras en ellos si destruyes todo lo que podría hacerlos interesantes? —preguntó Cyndane mientras caminaba con aire arrogante por la habitación. Se mantenía muy estirada, esforzándose por alcanzar hasta el último milímetro de estatura—. ¿Sabes que Sammael ha muerto?

Graendal mantuvo el gesto impasible sin mayor esfuerzo. Había supuesto que la chica era una Amiga de la Sombra a la que Moghedien había escogido para hacer recados, tal vez una noble que creía que su título contaba, pero ahora que se encontraba más cerca... ¡La muchacha era más fuerte que ella en el Poder! Incluso durante su propia era, eso habría sido poco frecuente entre los varones, y realmente excepcional entre mujeres. Al punto, instintivamente, cambió su intención de negar cualquier contacto con Sammael.

—Lo sospechaba —contestó, dirigiendo una sonrisa falsa a Moghedien por encima de la cabeza de la joven. ¿Cuánto más sabía? ¿Dónde había encontrado la Araña una chica cuya fuerza superaba con creces la suya, y por qué viajaban juntas? Moghedien siempre había tenido envidia de cualquiera que fuese más fuerte. O más de cualquier cosa—. Solía visitarme, importunándome con la pretensión de que lo ayudara en uno u otro plan absurdo. Nunca rehusé categóricamente; ya sabes que Sammael es... un hombre peligroso si se lo rechaza. Aparecía cada pocos días, sin fallar, y cuando dejó de venir deduje que le había ocurrido algo grave. ¿Quién es esta joven, Moghedien? Un hallazgo notable.

La muchacha se acercó más y alzó hacia ella los ojos que semejaban fuego azul.

—Te dijo mi nombre. No necesitas saber más.

La chica era consciente de que hablaba con una de las Elegidas y, sin embargo, su tono seguía siendo gélido. Aun contando con su fuerza en el Poder, ésa no era simplemente una Amiga de la Sombra. A menos que estuviese loca.

—¿Has reparado en el tiempo, Graendal? —preguntó.

De pronto, Graendal cayó en la cuenta de que Moghedien estaba dejando que la muchacha llevase la voz cantante. Quedándose en segundo plano hasta que fuera evidente alguna debilidad, sin duda. ¡Y ella se lo había permitido!

—Supongo que no has venido sólo para informarme de la muerte de Sammael, Moghedien —instó, cortante—. O para hablar sobre el tiempo. Sabes que rara vez salgo al exterior. —La naturaleza era anárquica, carente de orden. En la estancia ni siquiera había ventanas, ni en la mayoría de las habitaciones que utilizaba—. ¿Qué quieres?

La mujer de cabello negro se desplazaba hacia un lado, a lo largo de la pared; el brillo del Poder Único seguía envolviéndola. Graendal cambió de posición como al desgaire, de manera que siguió teniendo a la vista a las dos.

—Cometes un error, Graendal. —Una fría sonrisa apenas curvó los labios turgentes de Cyndane; estaba disfrutando con ello—. De las dos, soy yo la que manda. Moghedien está a mal con Moridin por sus recientes equivocaciones.

Con los brazos ceñidos en torno a sí, Moghedien le lanzó una mirada ceñuda a la mujer de pelo plateado tan esclarecedora como una confirmación en voz alta. De pronto, los grandes ojos de Cyndane se abrieron aún más, y ésta dio un respingo, estremecida. La mirada hosca de la Araña se tornó maliciosa.

—Estás al mando de momento —se burló—. Tu posición ante él no es mucho mejor que la mía.

Y entonces le tocó el turno de dar un respingo y temblar, a la par que se mordía el labio.

Graendal se preguntó si no estarían jugando con ella; sin embargo, el odio mutuo reflejado en los rostros de las dos mujeres no parecía fingido. En cualquier caso, se vería cuánto les gustaba que jugasen con ellas. Frotándose las manos en un gesto inconsciente —frotando el *angreal* que llevaba en el meñique— se desplazó hacia un sillón sin quitar ojo a la pareja. La dulzura del *Saidar* que fluía en su interior era reconfortante. No es que la necesitara, pero allí pasaba algo raro. El recto y alto respaldo, profusamente tallado y dorado, hacía que el sillón semejase un trono, aunque no era distinto a los otros que había en la habitación. Esa clase de cosas afectaban incluso a los más sofisticados, y en un grado del que no llegaban a ser conscientes.

Tomó asiento, recostada y con las piernas cruzadas, meciendo ociosamente el pie; la viva imagen de una mujer completamente a gusto y tranquila.

—Puesto que la que está al mando eres tú, pequeña —comentó, dando un tono aburrido a su voz—, dime, cuando ese hombre que se llama a sí mismo Muerte está en su propia piel, ¿quién es? ¿Qué es?

—Moridin es el Nae'blis. —La voz de la chica sonó sosegada, fría y arrogante—. El Gran Señor ha decidido que ya es hora de que tú también sirvas al Nae'blis.

Graendal levantó bruscamente la cabeza.

—Eso es ridículo. —No pudo evitar que la ira se transluciera en su voz—. ¿Que un hombre del que jamás he oído hablar ha sido nombrado Regente del Gran Señor en el Mundo? —No le importaba cuando otros intentaban manipularla, ya que siempre encontraba el modo de volver sus intrigas contra ellos, ¡pero Moghedien debía de haberla tomado por una completa estúpida! Ahora no le cabía duda de que era la Araña la que dirigía a esa chica detestable, dijeran lo que dijeran ellas, ni se lanzasen las miradas que se lanzasen—. Sirvo al Gran Señor y a mí misma, ¡a nadie más! Creo que las dos deberíais marcharos, ya. Id con vuestro jueguecito a otra parte. Tal vez a Demandred le divierta. O puede que a Semirhage. Y cuidado con cómo encauzáis al iros; he puesto unas cuantas redes invertidas, y supongo que no querréis hacer saltar alguna.

Eso era mentira, pero muy creíble, de modo que fue toda una sorpresa cuando Moghedien encauzó de repente y todas las lámparas de la estancia se apagaron, sumiéndolas en la oscuridad. Al instante, Graendal saltó del sillón para no estar donde la habían visto por última vez, y también encauzó mientras se movía, tejiendo un tejido de luz que se quedó suspendido a un lado, una esfera de pura luz blanca que arrojaba pálidas sombras por la habitación. Y que reveló claramente la posición de la pareja. Sin vacilar, volvió a encauzar, absorbiendo con toda la fuerza del pequeño anillo. No la necesitaba toda, ni siquiera mucha, pero quería tener todas las ventajas posibles. ¡Atacarla, nada menos! Sendas redes de Compulsión se ciñeron en torno a ambas antes de que les diera tiempo de mover un músculo.

Las había tejido fuertes, por mor de la ira, casi tanto como para hacerles daño, y las mujeres la miraban con adoración, los ojos y las bocas abiertas en un gesto de adulación, ebrias de veneración. Ahora estaban a sus órdenes; si les decía que se cortaran el cuello, lo harían. De repente, Graendal reparó en que Moghedien ya no abrazaba la Fuente. Tanta Compulsión debía de haberle causado una conmoción y la había soltado. Los sirvientes situados en la puerta no se movieron, desde luego.

—Y ahora —empezó, algo falta de aliento—, responderéis a mis preguntas. —Tenía unas cuantas que hacer, incluida quién era ese tal Moridin, si es que existía tal persona, y de dónde había salido Cyndane, pero había una incógnita que la intrigaba más que el resto—. ¿Qué esperabas ganar con esto, Moghedien? Podría decidir atar esos tejidos sobre ti. Puedes pagar tu jueguecito sirviéndome a *mí*.

—No, por favor —gimió la Araña mientras se retorcía las manos. ¡De hecho, se puso a llorar!—. ¡Nos matarás a todas! ¡Por favor, debes servir al Nae'blis! Por eso vinimos. ¡Para que te pongas al servicio de Moridin!

El rostro de la joven de cabello plateado era una máscara de terror bajo la pálida luz, y su busto subía y bajaba por la agitada respiración.

Repentinamente inquieta, Graendal abrió la boca. Aquello tenía cada vez menos

sentido. Abrió la boca y la Fuente Verdadera desapareció; el Poder Único la abandonó, y la oscuridad se tragó de nuevo la estancia. En la jaula de los pájaros se desató de pronto un frenesí de píos y aleteos contra los barrotes de bambú.

A su espalda sonó una voz, áspera como una piedra que se tritura hasta convertirse en polvo.

—El Gran Señor pensó que quizá no darías crédito a lo que ellas te dijeran, Graendal. Tu tiempo de libre albedrío ha pasado.

Una bola de... algo apareció en el aire, un negro globo muerto, pero sin embargo una luz plateada llenaba la estancia. Los espejos no brillaban; parecían opacos bajo esa luz. Los pájaros se habían quedado quietos, callados; de algún modo, Graendal supo que estaban paralizados de terror.

Miró boquiabierta al Myrddraal que había plantado allí en medio, pálido y sin ojos, vestido de un negro más profundo que el globo, y más grande que todos los que había visto en su vida. Tenía que ser la razón de que no percibiese la Fuente, ¡pero eso era imposible! Salvo que... ¿De dónde había salido aquella extraña esfera de luz negra, sino de él? Jamás había sentido el miedo que otros experimentaban bajo la mirada de un Myrddraal, no en el mismo grado, pero sus manos se alzaron por voluntad propia y tuvo que esforzarse para bajarlas y evitar que le taparan la cara. Al echar una ojeada hacia Moghedien y Cyndane, se encogió. Habían adoptado la misma postura que sus sirvientes, postradas de rodillas, las cabezas contra el suelo. En señal de respeto al Myrddraal. Le costó trabajo llevar algo de saliva a su boca.

—¿Eres un mensajero del Gran Señor? —La voz no le temblaba, pero sonó débil. Que ella supiera, el Gran Señor nunca había enviado como mensajero a un Myrddraal, pero... La cobardía de Moghedien era evidente, pero seguía siendo una Elegida, y sin embargo se postraba como la chica. Y estaba la luz. Graendal se encontró deseando para sus adentros que su vestido no tuviese un escote tan bajo. Ridículo, desde luego; los apetitos de los Myrddraal por las mujeres eran bien conocidos, pero ella era una de los... Sus ojos se desviaron de nuevo hacia Moghedien.

El Myrddraal pasó a su lado sinuosamente, en apariencia sin prestarle la menor atención. Su larga y negra capa colgaba inmóvil a pesar de sus movimientos. Aginor había pensado que esos seres no estaban en el mundo exactamente como todo lo demás; «ligeramente desfasados con el tiempo y la realidad», lo había llamado, fuera lo que fuera eso.

—Soy Shaidar Haran. —Deteniéndose junto a los sirvientes de Graendal, el Myrddraal se inclinó para agarrarlos por la nuca, uno en cada mano—. Cuando hablo, considéralo como si oyeses la voz del Gran Señor de la Oscuridad. —Aquellas manos apretaron y sonó el ruido de huesos al partirse, sorprendentemente fuerte. El joven sufrió un espasmo y pataleó mientras moría; la muchacha colgó inerte, sin más.

Habían sido dos de sus favoritos. El Myrddraal se desentendió de los cadáveres y se incorporó—. Soy su mano en este mundo, Graendal. Cuando estás ante mí, estás ante él.

Graendal reflexionó detenidamente, pero con rapidez. Estaba asustada, una emoción que, por costumbre, inspiraba ella a otros, no al contrario, pero sabía cómo controlar su miedo. Si bien nunca había dirigido ejércitos, como algunos de los otros habían hecho, tampoco le era desconocido el peligro ni era cobarde, pero esto era algo más que una simple amenaza. Moghedien y Cyndane continuaban postradas, con las cabezas pegadas al suelo de mármol, la primera temblando visiblemente. Graendal creyó al Myrddraal. O lo que quiera que fuese realmente. El Gran Señor estaba interviniendo de manera más directa en los acontecimientos, como ella había temido que acabaría haciendo. Y si descubría su confabulación con Sammael... Si decidía tomar medidas, mejor dicho, ya que apostar a que no lo supiese a esas alturas era un envite absurdo. Se arrodilló ante el Myrddraal.

—¿Qué quieres que haga? —Su voz había recuperado la firmeza. Ser flexible cuando no había alternativa no era cobardía; quienes no se sometían al Gran Señor por propia voluntad acababan doblegados por la fuerza. O partidos en dos—. ¿He de llamarte Gran Amo o prefieres otro título? No me sentiría cómoda dirigiéndome a alguien, incluso a la mano del Gran Señor, con el mismo tratamiento que le daría a él.

Increíblemente, el Myrddraal se echó a reír. Sonaba como hielo resquebrajándose. Los Myrddraal jamás reían.

—Eres más valiente que la mayoría. Y más lista. En tu caso, bastará con Shaidar Haran. Siempre y cuando recuerdes quién soy. Siempre y cuando no dejes que tu arrojo supere tu miedo más de lo debido.

Mientras el ser impartía sus órdenes —una visita al tal Moridin era la primera y principal, al parecer; tendría que estar en guardia contra Moghedien y quizá también contra Cyndane, por si buscaban vengarse del breve uso de la Compulsión; dudaba que la chica fuera más indulgente que la Araña—, Graendal decidió no mencionar la carta que había enviado a Rodel Ituralde. Nada de lo que se le estaba diciendo indicaba que sus actos pudieran contrariar al Gran Señor, y todavía debía considerar su propia posición. Moridin, quienquiera que fuese, podría ser el Nae'blis hoy por hoy, pero siempre había un mañana.

Agarrándose para evitar las sacudidas del carruaje de Arilyn, Cadsuane retiró una de las cortinillas de cuero lo suficiente para ver el exterior. Caía una lluvia menuda sobre Cairhien desde un cielo cubierto de nubes plomizas, arrastradas por vientos arremolinados. Pero no soplaban sólo allá arriba. Más que debido a su movimiento de avance, el carruaje se zarandeaba por las fuertes ráfagas. Sintió en la mano las punzadas de gotitas menudas, frías como hielo. Si la temperatura bajaba un poco más,

nevaría. Se arrebujó en la capa de lana; se había alegrado de encontrarla en el fondo de sus alforjas. Iba a hacer más frío.

Los tejados de pizarra, con sus pronunciados caballetes, así como los adoquines de las calles, brillaban húmedos, y aunque la lluvia no era fuerte, pocas personas estaban dispuestas a hacer frente al fuerte viento. Una mujer que conducía un carro tirado por un buey, al que daba golpecitos de una larga aguijada, se movía tan pacientemente como su animal, pero casi todos los que iba a pie se arrebujaban en sus capas, llevaban bien caladas las capuchas y caminaban a paso vivo entre los porteadores de palanquines, cuyos *con* ondeaban al viento. Sin embargo, otros, aparte de la mujer del carro y su buey, no veían razón para apresurarse. Plantado en medio de la calle, un altísimo Aiel contemplaba boquiabierto el cielo, con incredulidad, mientras la llovizna lo empapaba, tan absorto que un osado ratero cortó la cinta de su bolsa de dinero atada al cinturón y se alejó raudamente sin que su víctima se percatara. Una mujer, cuyo complejo peinado alto de rizos y bucles la señalaba como una noble, caminaba sin prisa, con la capa ondeando violentamente, al igual que la larga capucha. Seguramente ésa era la primera vez en su vida que iba a pie por la calle, pero reía alegremente mientras la lluvia resbalaba por sus mejillas. Desde el umbral de una tienda de perfumes, la comerciante miraba hacia fuera desconsoladamente; ese día haría poco negocio. Casi todos los vendedores ambulantes habían desaparecido de las calles por la misma razón, pero unos cuantos seguían voceando sus mercancías —té caliente y empanadas de carne— desde los carros resguardados bajo toldos improvisados. Cualquiera que comprase una empanada de carne en la calle en ese momento se merecía el dolor de tripa que le produciría.

Un par de chuchos hambrientos salieron corriendo de un callejón, con el pelo del lomo erizado, ladrando y gruñendo al carruaje. Cadsuane dejó caer la cortinilla. Los perros parecían reconocer a las mujeres que podían encauzar tan fácilmente como los gatos, pero parecían pensar que las mujeres *eran* gatos, aunque anormalmente grandes. Las dos mujeres sentadas enfrente de ella seguían conversando.

—Perdona —decía Daigian—, pero la lógica es ineludible. —Inclinó la cabeza, disculpándose, y la piedra de la luna, colgada de una cadenilla de plata enganchada al cabello, se meció sobre su frente. Sus dedos quitaron motitas inexistentes en los fuelles blancos de la oscura falda, y habló rápidamente, como si temiese ser interrumpida—. Si se acepta que el persistente calor era obra del Oscuro, entonces este cambio ha de deberse a otros medios. Él no habría cejado en su propósito. Podría argumentarse que había decidido congelar o anegar el mundo en lugar de recalentarlo, pero ¿por qué? De haber seguido el calor durante toda la primavera, los muertos habrían superado a los vivos, sin que importara si en verano nevaba. En consecuencia, lógicamente, es otra mano la que está actuando.

La seguridad en sí misma de la regordeta mujer a veces resultaba desquiciante, pero, como ocurría siempre, Cadsuane encontró impecable su lógica. Ojalá supiera la mano de quién y con qué fin.

—¡Paz! —rezongó Kumira—. Preferiría unos gramos de prueba poco concluyente que toneladas de tu lógica de Ajah Blanco. —Ella pertenecía al Marrón, aunque era poco dada a caer en los defectos habituales de sus hermanas de Ajah. Atractiva, con el cabello corto, era práctica y realista, una perspicaz observadora, y nunca se abstraía hasta el punto de perder de vista el mundo que la rodeaba. No bien había acabado de hablar cuando dio unas palmaditas a Daigian en la rodilla y le dirigió una sonrisa que cambió la expresión de sus azules ojos de brusca a cordial. Los shienarianos eran corteses, por regla general, y Kumira ponía cuidado en no ofender. Sin querer, al menos—. Pon a trabajar tu gran intelecto en lo que podemos hacer con respecto a las hermanas retenidas por los Aiel. Sé que se te ocurrirá algo, si hay una posibilidad.

—Se merecen lo que les pase —resopló despectivamente Cadsuane. No la habían dejado acercarse a las tiendas de los Aiel, como tampoco a ninguna de sus compañeras, pero algunas de las necias que habían jurado lealtad al chico al'Thor se habían aventurado a entrar en el extenso campamento y habían salido de él pálidas y debatiéndose entre la indignación y las ganas de vomitar. En condiciones normales, también a ella la habría encolerizado la afrenta a la dignidad Aes Sedai, fueran cuales fueren las circunstancias; entonces no. Para lograr su objetivo habría hecho desfilar en cueros por las calles a toda la Torre Blanca. ¿Cómo iba, pues, a preocuparle el malestar de unas mujeres que podrían haber echado todo a perder?

Kumira abrió la boca para protestar a pesar de saber lo que Cadsuane pensaba, pero ésta continuó, tranquila pero implacable:

—Quizá lloren bastante para expiar el desaguisado que han hecho, pero lo dudo. No están a nuestro cuidado, y si estuviesen a mi cargo, puede que se las entregara a los Aiel. Olvídalas, Daigian, y emplea ese estupendo intelecto tuyo en la tarea que te he encomendado.

Las pálidas mejillas de la cairhienina enrojecieron por el halago. Gracias a la Luz que no era así, excepto con otras hermanas. Kumira guardaba silencio, el semblante sosegado, las manos sobre el regazo. Puede que ahora estuviera circunspecta, pero había pocas cosas que refrenaran mucho tiempo su brío habitual. Eran exactamente las dos mujeres que Cadsuane quería a su lado ese día.

El carruaje se inclinó hacia atrás al empezar a subir la larga rampa que conducía al Palacio del Sol.

—Recordad lo que os he dicho —advirtió con firmeza—. ¡Y tened cuidado!

Contestaron que lo tendrían, y más les valía. Si las circunstancias lo requiriesen las utilizaría como mantillo, y también a otras, pero no pensaba perder a ninguna de

las dos porque se volvieran descuidadas.

No hubo retrasos ni paradas para permitir el paso del carruaje al patio de palacio. Los guardias reconocieron el emblema de Arilyn en las puertas, y sabían quién debía de ir dentro. El carruaje había ido a palacio con frecuencia la semana previa. En el momento en que los caballos se detuvieron, un lacayo de mirada inquieta, uniformado de riguroso negro, abrió la puerta del vehículo, sosteniendo una amplia sombrilla de tela impermeable. La lluvia goteaba desde el borde sobre su cabeza descubierta; claro que no era para protegerse él del agua.

Tras tocar rápidamente los adornos que colgaban de su moño para asegurarse de que todos seguían allí —jamás había perdido uno, pero ello se debía a que tenía mucho cuidado—, Cadsuane asió las asas de su costurero de mimbre, que llevaba debajo del asiento, y bajó del carruaje. Seis lacayos aguardaban detrás del primero, todos ellos con sombrillas. Habría resultado muy incómodo viajar en el vehículo con tantas pasajeras, pero los lacayos no estaban dispuestos a quedarse cortos, y los que sobraban no se alejaron hasta que resultó evidente que sólo venían ellas tres.

Obviamente, habían visto llegar el carruaje. Sirvientes vestidos de negro, ellos y ellas, formaban una perfecta fila en el gran vestíbulo, con sus baldosas de color azul profundo y dorado y su techo de cúpula cuadrada, de diez metros de altura. Salieron a su encuentro prestamente para coger las capas, ofrecer pequeñas toallas de lino por si alguna necesitaba secarse la cara o las manos, y presentando copas de porcelana de los Marinos con ponche caliente, que despedía un intenso aroma a especias. Una bebida de invierno, si bien la repentina caída de la temperatura la hacía adecuada. Y, después de todo, era invierno. Por fin.

Tres Aes Sedai esperaban a un lado, entre las macizas columnas cuadradas de mármol oscuro, delante de altos y pálidos frisos que representaban batallas sin duda importantes para Cairhien, pero Cadsuane no hizo caso del trío. Uno de los jóvenes criados llevaba una pequeña figura, roja y dorada, bordada en el lado izquierdo de la pechera de la chaqueta, lo que la gente llamaba un dragón. Corgaide, la mujer de gesto grave y cabello gris que dirigía el cuerpo de servicio del Palacio del Sol, no lucía ornamento alguno, salvo el gran aro con pesadas llaves que colgaba de su cintura. Nadie más llevaba decoración en sus uniformes, y, a pesar del aparente entusiasmo del joven, era Corgaide, la Depositaria de las Llaves, la que marcaría la disposición de ánimo de los criados. Con todo, había permitido al joven su bordado; un punto que había que recordar. Cadsuane habló con ella en voz baja, preguntándole por una estancia en la que pudiese trabajar con su bastidor de bordar sin que la molestaran, y la mujer ni siquiera parpadeó ante semejante petición. Claro que, sirviendo en ese sitio, sin duda habría oído cosas más raras.

Cuando los criados, con las capas y las bandejas, hicieron reverencias e inclinaciones de cabeza para marcharse, Cadsuane se volvió finalmente hacia las tres

hermanas que estaban entre las columnas. Todas la miraban, haciendo caso omiso de Kumira y Daigian. Corgaide se quedó, pero a cierta distancia para que las Aes Sedai tuviesen intimidad.

—No esperaba encontraros paseando a vuestras anchas —comentó Cadsuane—. Creía que las Aiel hacían trabajar de firme a sus aprendizas.

Faeldrin apenas reaccionó, excepto por un leve gesto con la cabeza que hizo repicar apagadamente las cuentas multicolores que adornaban sus trencillas, pero Merana enrojeció, azorada, y apuñó la falda con fuerza. Los acontecimientos la habían alterado tan profundamente que Cadsuane no estaba segura de que pudiera recobrarse nunca. Bera, por supuesto, se mostraba imperturbable.

—A casi todas nos dieron el día libre por la lluvia —respondió con calma Bera.

Robusta, con su vestido sencillo —de paño fino y bien cortado, pero decididamente simple—, podría pensarse que se sentiría más a gusto en una granja que en un palacio. Sería una necedad. Bera tenía una mente perspicaz y una voluntad de hierro, y Cadsuane no creía que hubiese cometido el mismo error dos veces. Como la mayoría de las hermanas, no había superado del todo encontrarse con Cadsuane Melaidhrin, viva y en carne y hueso, pero no permitía que el sobrecogimiento la dominara. Tras coger aire un instante, continuó.

—No entiendo por qué sigues viniendo, Cadsuane. Obviamente, quieres algo de nosotras, pero a menos que nos digas qué es, no podremos ayudarte. Sabemos lo que hiciste por el lord Dragón —se atrancó un poco con el título; todavía no sabían cómo llamar al chico—, pero es evidente que viniste a Cairhien por él, y hasta que nos digas por qué y qué te propones, debes entender que no encontrarás ayuda en nosotras.

Faeldrin, otra Verde, dio un respingo ante el tono atrevido de Bera, pero asintió en conformidad antes de que su compañera hubiese acabado de hablar.

—También debes entender otra cosa —añadió Merana, recobrada ya la serenidad —. Si decidimos que debemos oponernos a ti, lo haremos.

El semblante de Bera no cambió, pero los labios de Faeldrin se apretaron durante un instante. Quizá no estaba de acuerdo, y tal vez no quería revelar demasiado.

Cadsuane les dedicó una sonrisa apenas esbozada. ¿Decirles por qué y qué? ¿Que si decidían? Hasta ahora, lo que habían conseguido era meterse en las alforjas del joven al'Thor, atadas de pies y manos, incluso Bera. ¡Mala recomendación para dejarles que decidieran siquiera qué ponerse por la mañana!

—No vine a veros a vosotras —dijo—. Aunque supongo que Kumira y Daigian disfrutarían con una visita, ya que tenéis el día libre. Si me disculpáis.

Haciendo un ademán a Corgaide para que le indicara el camino, siguió a la mujer a través del vestíbulo principal. Sólo miró atrás una vez. Bera y las otras ya se habían hecho cargo de Kumira y Daigian y las conducían fuera del vestíbulo, pero no

precisamente como invitadas bien recibidas. Más bien como gansos llevados al corral. Cadsuane sonrió. La mayoría de las hermanas consideraban a Daigian poco mejor que una espontánea y la trataban poco mejor que a una criada. En semejante compañía, Kumira no salía mucho mejor parada. Ni siquiera las más desconfiadas sospecharían que estaban allí para intentar convencer de algo a alguien. Así pues, Daigian serviría el té y guardaría silencio salvo cuando alguien le hablara, y aplicaría su excelente inteligencia en todo lo que oyera. Por su parte, Kumira dejaría que cualquiera, salvo Daigian, hablara antes que ella, y tomaría nota y clasificaría cada palabra, cada gesto y cada mueca. Bera y las otras cumplirían el juramento hecho al chico, por supuesto —eso se daba por sentado— pero con cuánta diligencia era otra cuestión. Hasta Merana podría no sentirse muy inclinada a ir más allá de la mera obediencia. Bastante malo era, si bien les dejaba bastante libertad de acción para maniobrar. O para que las manejaran.

Sirvientes de uniforme oscuro iban y venían presurosos en sus tareas por los amplios pasillos adornados con tapices, y se apartaban para dejar paso a Cadsuane y a Corgaide; las dos avanzaron en medio de profundas reverencias e inclinaciones de cabeza realizadas por encima de cestos, bandejas y montones de toallas. Por el modo en que todos los ojos observaban a Corgaide, Cadsuane sospechaba que la deferencia era tanto por la Depositaria de las Llaves como por una Aes Sedai. También había unos cuantos Aiel por los pasillos, hombres muy grandes, de ojos fríos como leones, y mujeres semejantes con ojos aún más fríos, de leopardos. Algunas de aquellas miradas la siguieron con suficiente frialdad como para hacer caer la nieve que amenazaba fuera, pero otros Aiel la saludaron con un serio cabeceo, y aquí y allí una de las mujeres de mirada feroz llegó incluso a sonreír. En ningún momento se había atribuido ser quien había salvado la vida a su *Car'a'carn*, pero las historias cambiaban al contarlas una y otra vez, y dicha creencia le otorgaba más respeto que a cualquier otra hermana y, ciertamente, más libertad de movimientos por palacio. Se preguntó qué opinarían si supieran que, de haber tenido delante al chico en ese momento, le habría resultado muy difícil contenerse para no arrancarle la piel. Apenas había pasado una semana desde que casi lo habían matado, y no sólo se las había ingeniado para esquivarla completamente, sino que había hecho su tarea aún más difícil, si la mitad de lo que había oído era verdad. Lástima que no se hubiese criado en Far Madding. Claro que eso podría haber conducido a la catástrofe.

El cuarto al que Corgaide la condujo estaba gratamente caldeado, con el fuego ardiendo en chimeneas de mármol a ambos extremos de la estancia y las lámparas encendidas, llamas reflejadas en torres de cristal que ahuyentaban la penumbra del día. Era evidente que Corgaide había impartido órdenes previamente para que lo prepararan, mientras esperaba en el vestíbulo de entrada. Una criada apareció casi al mismo tiempo que ellas, con té caliente, ponche de especias sobre una bandeja y

pastelillos glaseados con miel.

—¿Deseáis algo más, Aes Sedai? —preguntó Corgaide al tiempo que Cadsuane dejaba su cesto de labor junto a la bandeja, sobre una mesa con el borde y las patas profusamente dorados. Y también severamente tallados, al igual que la ancha cornisa, asimismo dorada. Siempre que visitaba Cairhien, Cadsuane tenía la sensación de encontrarse en un estanque de peces dorados. A pesar de la luz y la agradable temperatura, la lluvia resbalando en el exterior de las altas y estrechas ventanas y el cielo gris acentuaban la impresión.

—Con el té será suficiente —contestó—. Si hacéis el favor, decidle a Alanna Mosvani que quiero verla. Comunicádselo sin demora.

Las llaves de Corgaide tintinearon cuando la mujer saludó con una reverencia al tiempo que murmuraba con tono respetuoso que buscaría personalmente a «Alanna Aes Sedai». Su expresión grave no varió al marcharse. Muy probablemente estaría examinando la petición buscando sutilezas. Cadsuane prefería ser directa, cuando era posible. Había hecho meter la pata a muchas personas listas que no habían creído que decía exactamente lo que quería decir.

Abrió la tapa del cesto de costura y sacó el bastidor de bordar, con una labor a medias envuelta alrededor. El cesto tenía bolsillos cosidos en el interior para guardar artículos que no tenían nada que ver con la costura. Su espejo de marfil, un cepillo y un peine, un estuche de plumas y un tintero firmemente cerrado, distintas cosas que a lo largo de los años le había resultado útil tener a mano, incluidas algunas que habrían sorprendido a cualquiera con el valor necesario para registrar el interior del cesto. Tampoco es que lo dejara fuera de su vista muy a menudo. Puso con cuidado la cajita de plata para guardar hilos en la mesa, seleccionó las madejas que necesitaba y se sentó de espaldas a la puerta. El motivo principal de su bordado —una mano masculina asiendo el antiguo símbolo Aes Sedai— estaba terminado. Unas grietas surcaban el disco blanco y negro, y era imposible discernir si la mano intentaba mantenerlo de una pieza o romperlo en pedazos. Ella sabía lo que quería representar, pero el tiempo diría cuál era la verdad.

Enhebró una aguja y se puso a trabajar en uno de los motivos secundarios, una rosa de color rojo intenso. Rosas, crisantemos y jacintos se alternaban con margaritas, trinitarias y caléndulas, todas separadas por bandas de punzantes ortigas y brezo de afiladas púas. Cuando estuviese terminada, sería una pieza inquietante.

Antes de que hubiese bordado medio pétalo de la rosa, un fugaz movimiento, reflejado en la tapa pulida de la caja de hilos, atrajo su atención. La había colocado cuidadosamente para que reflejase la puerta. No levantó la cabeza del bastidor, Alanna se encontraba allí, mirando hoscamente su espalda. Cadsuane siguió el lento trabajo con la aguja, pero observó cada movimiento con el rabillo del ojo. Dos veces, Alanna se volvió a medias, como para marcharse, y luego, finalmente, se puso

erguida, armándose de valor de manera ostensible.

—Entra, Alanna. —Sin alzar todavía la cabeza, Cadsuane señaló un punto frente a ella—. Ponte ahí. —Sonrió irónicamente cuando la otra mujer dio un respingo. Tenía sus ventajas ser una leyenda viviente; la gente rara vez se fijaba en lo obvio cuando trataba con un mito.

Alanna se internó en la habitación envuelta en el frufrú de la falda de seda y se situó en el lugar indicado por Cadsuane, pero en sus labios había un rictus malhumorado.

—¿Por qué insistes en importunarme? —demandó—. No puedo decirte nada más de lo que ya te he contado. ¡Y aunque pudiese, no sé si lo haría! ¡Él es m...!

Se interrumpió bruscamente y se mordió el labio inferior, pero habría dado igual si hubiese terminado la frase. El chico al'Thor era suyo, le pertenecía; era su Guardián. ¡Tenía la desfachatez de pensar eso!

—He guardado en secreto tu delito —manifestó quedamente Cadsuane—, pero sólo porque no vi razón para complicar más las cosas. —Alzó los ojos hacia la otra mujer y mantuvo el tono suave—. Si crees que ello significa que no voy a calarte como a una berza para sacarle el cogollo, piénsalo otra vez.

Alanna se puso tensa y el brillo del *Saidar* la envolvió.

—Allá tú, si quieres actuar como una redomada estúpida. —Cadsuane sonrió, fríamente. No hizo intención de abrazar la Fuente. Uno de los adornos del cabello, unas medias lunas de oro entretejidas, tenía un tacto frío contra su sien—. Hasta ahora conservas entero el pellejo, pero mi tolerancia tiene un límite. De hecho, pende de un hilo.

Alanna luchó consigo misma e, inconscientemente, se alisó la falda de seda azul. De repente, el brillo del Poder se desvaneció, y la mujer giró hacia un lado la cabeza tan rápidamente que su negro cabello se meció.

—No sé nada más. —Las hoscas palabras salieron entrecortadas—. Estaba herido, y luego dejó de estarlo, aunque no creo que fuese una hermana la que realizó la Curación. Las heridas que nadie ha podido sanarle, siguen igual. Va de un lado a otro, Viajando, pero continúa en el sur. En alguna parte de Illian, creo, pero a esta distancia podría encontrarse en Tear, que yo sepa. Está lleno de rabia, de dolor y de desconfianza. No hay nada más, Cadsuane. ¡Nada!

Con cuidado por si la tetera de plata quemaba, Cadsuane se sirvió la infusión y tocó la fina taza de porcelana para comprobar la temperatura. Como era de esperar, el té se había enfriado enseguida en un recipiente de plata. Encauzó un momento y volvió a calentarlo. El oscuro té sabía demasiado a menta; en su opinión, los cairhieninos usaban en exceso esa hierba aromática. No le ofreció una taza a Alanna. Viajando. ¿Cómo había podido ese chico descubrir de nuevo lo que había estado perdido para la Torre Blanca desde el Desmembramiento?

—Sin embargo, me mantendrás informada ¿verdad, Alanna? —No era una pregunta—. ¡Mírame, mujer! ¡Si sueñas con él, si percibes algo, quiero saber cada detalle!

El brillo de las lágrimas empañaba los ojos de Alanna.

—¡Habrías hecho lo mismo, de estar en mi lugar!

Cadsuane frunció el entrecejo por encima de la taza. Quizá sí. No había diferencia entre lo que Alanna había hecho y un hombre que se imponía a la fuerza a una mujer, pero, que la Luz la perdonara, quizá lo habría hecho si hubiese creído que ello ayudaría a lograr su objetivo. Ahora había dejado de considerar la idea de obligar a Alanna a pasarle el vínculo a ella. La experiencia había demostrado lo inútil que era para controlarlo.

—No me tengas esperando, Alanna —instó en tono frío. No sentía lástima por ella. Era otra en una lista de hermanas, desde Moraine hasta Elaida, que habían metido la pata, con el resultado de empeorar lo que deberían haber arreglado. Y entre tanto ella había estado dando caza primero a Logain Ablar y después a Mazrim Taim. Lo cual no apaciguaba precisamente su humor.

—Te mantendré informada —musitó Alanna, haciendo un mohín como si fuese una niña.

Cadsuane ardió en deseos de abofetearla. Esa mujer llevaba el chal desde hacía casi cuarenta años; debería haber madurado a esas alturas. Claro que, era arafelina. En Far Madding, pocas chicas con veinte años se enfurruñaban y hacían tantos mohines como una arafelina postrada en el lecho de muerte por ancianidad.

Inopinadamente, los ojos de Alanna se desorbitaron en un gesto de alarma, y Cadsuane vio otra cara reflejada en la tapa de la caja de hilos. Dejó la taza en la bandeja y el bastidor sobre la mesa antes de ponerse de pie y volverse hacia la puerta. No se apresuró, pero tampoco se entretuvo con jueguecitos como antes había hecho con Alanna.

—¿Has acabado con ella, Aes Sedai? —inquirió Sorilea mientras entraba en el cuarto. La Sabia de cabello blanco y tez arrugada como un cuero viejo habló a Cadsuane, pero sus ojos no se apartaron de Alanna. Los brazaletes de marfil y oro tintinearon suavemente cuando la mujer se puso en jarras, y el chal se deslizó hasta sus codos.

Cuando Cadsuane respondió que, efectivamente, había acabado, Sorilea hizo un seco ademán a Alanna, que abandonó la habitación; en realidad, salió indignada, con la irritación y el resentimiento reflejados en su rostro. Sorilea le dirigió una mirada ceñuda. Cadsuane se había encontrado con la Sabia en otras ocasiones y, aunque breves, esos encuentros habían sido interesantes. No había conocido a muchas personas que considerara formidables, pero Sorilea era una de ellas. Quizás incluso estaba a su altura, en ciertos aspectos. Y también sospechaba que era tan mayor como

ella, tal vez más, y eso era algo que nunca había esperado encontrar.

En cuanto Alanna salió, apareció Kiruna en la puerta, a buen paso y echando una ojeada al pasillo, en la dirección por la que Alanna se marchaba. Llevaba una bandeja de oro de compleja talla, sobre la que reposaba una jarra de cuello largo, también dorada y aún más trabajada, así como dos tazas de loza blanca, incongruentemente pequeñas.

—¿Por qué va corriendo Alanna? —preguntó—. Habría venido antes, Sorilea, pero... —Entonces reparó en Cadsuane y sus mejillas se pusieron rojas como la grana. La turbación resultaba chocante en la escultural mujer.

—Deja la bandeja sobre la mesa, muchacha —indicó Sorilea—. Y ve a reunirte con Chaelin. Te estará esperando para darte las clases.

Con fría formalidad, Kiruna soltó su carga, evitando los ojos de Cadsuane. Mientras se volvía para marcharse, Sorilea la cogió de la barbilla con sus dedos huesudos.

—Has empezado a esforzarte realmente, muchacha —dijo firmemente la Sabia—. Si sigues así, lo harás muy bien. Muy bien. Ahora, vete. Chaelin no tiene tanta paciencia como yo.

Sorilea realizó un ademán hacia el corredor, pero Kiruna permaneció mirándola de hito en hito unos instantes, con una expresión rara. Si Cadsuane hubiese tenido que apostar, habría dicho que a Kiruna la complacía el halago y que la sorprendía sentirse así. La mujer de cabello blanco abrió la boca, y Kiruna se obligó a reaccionar y salió apresuradamente del cuarto. Un espectáculo increíble.

—¿Piensas realmente que aprenderán vuestros modos de tejer el *Saidar*? —preguntó Cadsuane, disimulando su incredulidad. Kiruna y las otras le habían hablado de las lecciones, pero muchos de los tejidos de las Sabias eran diferentes de los que se enseñaban en la Torre Blanca. El primer modo en que se aprendía a tejer para algo en particular dejaba su impronta; aprender un segundo modo era casi imposible, e incluso si se conseguía, el segundo tejido casi nunca funcionaba, ni de lejos, tan bien como el primero. Ésa era una de las razones por las que algunas hermanas no acogían de buen grado a las espontáneas, tuviesen la edad que tuviesen; podría ser mucho lo que habían aprendido ya, y eso no podía borrarse.

—Quizá. —Sorilea se encogió de hombros—. Aprender un segundo modo ya es bastante difícil de por sí, sin contar con todo ese agitar de manos que las Aes Sedai hacéis. Lo más importante que Kiruna Nachiman debe aprender es que es dueña de su orgullo, no al contrario. Será una mujer muy fuerte una vez que aprenda eso.

Movió una silla para situarla enfrente de la que había ocupado Cadsuane, la miró dubitativamente y luego se sentó. Su actitud era tan tiesa e incómoda como la de Kiruna, pero gesticuló autoritariamente indicando a Cadsuane que tomara asiento; se notaba que era una mujer de carácter, voluntariosa, acostumbrada a mandar.

Cadsuane contuvo una risita desganada mientras se sentaba. No estaba de más recordar que, espontáneas o no, las Sabias distaban mucho de ser unas ignorantes salvajes. Pues claro que tenían que conocer las dificultades. En cuanto a lo de «todo ese agitar de manos»... Muy pocas habían encauzado cuando podía verlas, pero había advertido que creaban algunos tejidos sin los gestos que usaban las hermanas. El movimiento de manos no formaba parte realmente del tejido, pero en cierto modo sí lo era porque se utilizaba durante su aprendizaje. Antaño, quizás hubo Aes Sedai que pudieron, por ejemplo, arrojar una bola de fuego sin realizar algún ademán de lanzamiento, pero, si fue así, llevaban mucho tiempo muertas y sus enseñanzas habían desaparecido con ellas. Actualmente, algunas cosas no podían llevarse a cabo sin los gestos apropiados. Había hermanas que afirmaban ser capaces de discernir quién había sido la maestra de otra hermana merced a los movimientos que realizaba para crear un tejido.

—Enseñar cualquier cosa a nuestras nuevas aprendizas ha sido difícil en el mejor de los casos —continuó Sorilea—. No digo esto con intención de ofender, pero vosotras, las Aes Sedai, prestáis un juramento y parece que de inmediato intentáis encontrar un modo de soslayarlo. Alanna Mosvani es particularmente difícil. —De repente sus ojos, de color verde claro, clavaron una intensa mirada en Cadsuane—. ¿Cómo podemos castigar sus reiteradas faltas si hacerlo significa dañar al *Car'a'carn*?

Cadsuane entrelazó las manos sobre el regazo. Ocultar la sorpresa no le fue fácil. Adiós al secreto del delito de Alanna. Pero ¿por qué esa mujer le descubría lo que sabía? Quizás una revelación requería otra.

—El vínculo no funciona así —aclaró—. Si la matáis, él morirá, al mismo tiempo o poco después. Aparte de eso, él será consciente de lo que le ocurre, pero no lo sentirá realmente. De hecho, con lo lejos que está ahora sólo lo percibirá vagamente.

Sorilea asintió despacio. Sus dedos tocaron la bandeja de oro que había sobre la mesa, pero se apartaron enseguida. Su expresión resultaba tan difícil de descifrar como el semblante de una estatua, pero Cadsuane sospechó que Alanna iba a encontrarse con una desagradable sorpresa la próxima vez que se dejara llevar por un acceso de ira o diera rienda suelta a sus enfurruñamientos de arafelina. Eso no tenía importancia, sin embargo. Lo único importante era el chico.

—La mayoría de los hombres tomarán lo que se les ofrezca si parece atractivo o agradable —dijo Sorilea—. Hubo un tiempo en que pensamos que Rand al'Thor era así. Por desgracia, es demasiado tarde para cambiar el camino escogido en su momento. Ahora, sospecha de todo lo que se le ofrece de buen grado. Ahora, si quiero que acepte algo, he de fingir que no quiero que lo tenga. Si quiero estar cerca de él, fingiré que me es indiferente si vuelvo a verlo o no.

De nuevo sus ojos se clavaron en Cadsuane cual taladros verdes. Pero no

intentaron leerle los pensamientos. Esa mujer lo sabía. Parte, al menos. Suficiente. Tal vez demasiado.

Con todo, Cadsuane sintió un creciente entusiasmo por las posibilidades. Si había albergado alguna duda de que Sorilea quería tantearla, desapareció. No se tanteaba a alguien así a menos que se esperara alcanzar algún acuerdo.

—¿Crees que un hombre ha de ser duro? —preguntó, sabiendo el riesgo que corría—. ¿O fuerte? —Su tono dejó muy claro que, a su entender, lo uno era distinto de lo otro.

Una vez más, Sorilea tocó la bandeja; un mínimo atisbo de sonrisa pareció curvar sus labios un instante. O quizá no.

—Casi todos los hombres consideran que son la misma cosa, Cadsuane Melaidhrin, pero lo fuerte resiste, y lo duro se hace pedazos.

La Aes Sedai respiró hondo. De haber corrido ese riesgo cualquier otra persona, se habría explayado a gusto, vapuleándola por su temeridad. Pero ella no era cualquiera, y a veces había que arriesgarse.

—El chico las confunde —dijo—. Necesita ser fuerte, y se hace cada vez más duro. Ya lo es demasiado, y no parará hasta que se lo frene. Ha olvidado reír, excepto con amargura; no le quedan lágrimas. A menos que vuelva a encontrar la risa y el llanto, el mundo se enfrenta al desastre. Debe aprender que hasta el Dragón Renacido es de carne y hueso. Si va al Tarmon Gai'don tal como está ahora, incluso su victoria puede ser tan aciaga como su derrota.

Sorilea escuchó atentamente y guardó silencio aun después de que Cadsuane hubo acabado. Aquellos verdes ojos la estudiaron.

—Vuestro Dragón Renacido y vuestra Última Batalla no están en nuestras profecías —dijo finalmente—. Hemos intentado que Rand al'Thor conozca su linaje, su sangre, pero me temo que sólo nos ve como otra lanza. Si una lanza se rompe en tu mano, no te detienes a llorar su pérdida antes de empuñar otra. Tal vez tú y yo tenemos metas que no difieren tanto.

—Tal vez —contestó cautamente la Aes Sedai. Unas metas que tuvieran diferencias, por pocas que fueran, podrían no ser iguales en absoluto.

De repente, el brillo del *Saidar* envolvió a la Sabia. Era lo bastante débil en el Poder para que Daigian pareciese moderadamente fuerte, como poco. Claro que la fuerza de Sorilea no residía en el Poder.

—Hay algo que quizá te resulte útil —dijo—. Yo soy incapaz de hacerlo funcionar, pero puedo tejer los flujos para mostrártelo.

Hizo eso exactamente, situando débiles hilos que ocuparon su lugar y desaparecieron, demasiado pobres para realizar su cometido.

—Se llama Viajar —manifestó Sorilea.

Esta vez, Cadsuane se quedó boquiabierta. Alanna, Kiruna y las demás negaban

haber enseñado a las Sabias la coligación o cualquiera de las otras habilidades que de repente parecían poseer, y Cadsuane había dado por sentado que las Aiel se las habían ingeniado para sacárselas a las hermanas retenidas en las tiendas. Pero esto era...

Imposible, habría dicho; sin embargo, no creía que Sorilea estuviese mintiendo. Se moría de ganas por probar el tejido, si bien tampoco es que fuera muy útil de inmediato. Aunque supiera exactamente dónde se encontraba el condenado chico, tenía que conseguir que acudiera a ella. En eso, Sorilea tenía razón.

En esta ocasión no hubo duda de la fugaz sonrisa que asomó a los labios de la Sabia. Sabía muy bien que estaba en deuda con ella. A continuación, cogió con ambas manos la pesada jarra de oro y llenó cuidadosamente las dos tacitas. Con agua clara. No derramó ni una gota.

—Te ofrezco el juramento del agua —dijo solemnemente mientras cogía uno de los pequeños recipientes—. Con esto, quedamos unidas como una sola para enseñar a Rand al'Thor la risa y el llanto. —Bebió y Cadsuane hizo otro tanto.

—Quedamos unidas como una sola. —¿Y si las metas resultaban no ser iguales en absoluto? No subestimaba a Sorilea como aliada ni como adversaria, pero Cadsuane sabía cuál era la meta que había que alcanzar. A toda costa.

13. Flotando en el aire como la nieve

El horizonte septentrional tenía un color púrpura por el violento aguacero que había descargado sobre el este de Illian a lo largo de toda la noche. En lo alto, amenazaba lluvia en un cielo matinal de agitados nubarrones oscuros; en la cresta del altozano, el fuerte ventarrón zarandeaba las capas y hacía restallar las banderas cual látigos: el blanco Estandarte del Dragón, la carmesí Enseña de la Luz y los multicolores pabellones de la nobleza de Illian, Cairhien y Tear. Los nobles mantenían las distancias, formando tres grupos bien definidos y separados de acero dorado y plateado, sedas, terciopelos y encajes, pero tenían algo en común: las miradas inquietas en derredor. Hasta sus caballos mejor entrenados sacudían las cabezas arriba y abajo y piafaban en el suelo embarrado. El viento era frío, y lo parecía más en contraste con el calor que tan repentinamente había reemplazado, del mismo modo que el aguacero había sido un impacto después de tanto tiempo sin llover. Fueran de la nación que fuesen, habían rezado para que la abrasadora sequía terminara, pero ninguno de ellos sabía qué pensar de recibir tormentas implacables como respuesta a sus plegarias. Algunos echaban ojeadas a Rand cuando creían que él no se daba cuenta. Tal vez se preguntaban si había sido él quien les había respondido así. La idea le hizo reír suave, amargamente.

Palmeó el cuello de su castrado negro con la mano enguantada, satisfecho de que *Tai'daishar* no se mostrara nervioso. El enorme corcel habría podido pasar por una estatua, esperando la presión de riendas o rodillas para moverse. Buena cosa que el caballo del Dragón Renacido pareciera tan frío como su jinete, como si ambos flotasen juntos en el vacío. Con el furioso torrente del Poder Único rugiendo en su interior —fuego, hielo y muerte—, apenas era consciente del viento, a pesar de que las ráfagas sacudían su capa bordada con hilos de oro y se colaban a través de su chaqueta, de seda verde profusamente adornada con oro y que no estaba pensada para llevar con aquel tiempo. Las heridas del costado —ambas, la antigua y la reciente— le dolían, y los pinchazos lo traspasaban; heridas que jamás se curaban, pero también eso parecía distante, el cuerpo de otro hombre. La Corona de Espadas podría haber estado clavándose en las sienes de otra persona, con las agudas puntas de sus diminutas cuchillas enlazadas entre las hojas de laurel. Incluso la corrupción entretejida con el *Saidin* parecía menos intensa que hasta entonces; todavía repugnante, inmunda, pero ya no merecedora de reparar en ella. Por lo contrario, los ojos de los nobles en su espalda resultaban palpables.

Inclinando ligeramente la empuñadura de su espada, se echó hacia adelante. Alcanzaba a ver el apretado grupo de colinas bajas y arboladas, a menos de un kilómetro al este, tan claramente como si estuviese utilizando un visor de lentes. En esa región el terreno era llano, y las únicas prominencias eran aquellas colinas y la

larga loma donde ellos se encontraban, elevándose sobre el páramo. La fronda más próxima que realmente merecía llevar tal nombre se hallaba a unos dieciocho kilómetros. En las colinas sólo se veían árboles medio deshojados y vapuleados por la tormenta, así como marañas de matorrales, pero él sabía lo que ocultaban. Dos, tal vez tres mil hombres que Sammael había reunido para impedirle que tomase Illian.

El ejército se había dispersado una vez que se supo que el hombre que los había convocado estaba muerto, que Mattin Stepaneos había desaparecido, quizá también en la tumba, y que había un nuevo rey en Illian. Muchos se habían vuelto a sus casas, pero todavía quedaban otros tantos que seguían juntos. Por lo general no más de veinte aquí, treinta allí, aunque formarían un gran ejército si volvían a reunirse, y si no, seguirían siendo incontables partidas de hombres armados. En uno u otro caso, no se les podía permitir que merodearan por el campo. El tiempo pesaba sobre los hombros de Rand como una losa de plomo. Nunca había suficiente, pero quizás esta vez... Fuego, hielo y muerte.

«¿Qué harías tú? —pensó—. ¿Estás ahí? —Y luego, dubitativo, detestando esa duda—: ¿Estuviste alguna vez realmente?» Sólo respondió el silencio, profundo y muerto en el vacío que lo rodeaba. ¿O había sonado una risa enajenada en los recovecos de su mente? ¿Era su imaginación, como la sensación de tener alguien detrás, mirando por encima de su hombro, a punto de tocarle la espalda, o como el remolino de colores —algo más que colores— que giraba justo fuera del alcance de la vista un instante antes de desaparecer? Cosa de dementes. Su pulgar se deslizó a lo largo de las tallas que serpenteaban por el Cetro del Dragón. El viento agitaba las borlas verdes y blancas, debajo de la pulida moharra. Fuego, hielo y muerte llegarían.

—Iré personalmente a hablar con ellos —anunció, lo que provocó un escándalo.

Lord Gregorin, la banda verde del Consejo de los Nueve cruzada en diagonal sobre el peto adornado con dorados, se destacó rápidamente de los illianos taconeando su castrado blanco de finos remos, seguido de cerca por Demetre Marcolin, primer capitán de los Compañeros, en su robusto zaino. Marcolin era el único hombre entre su grupo que no vestía seda ni el menor toque de encaje, el único con armadura lisa, si bien muy bruñida, aunque el yelmo cónico que reposaba sobre la alta perilla de la silla sí llevaba tres finas plumas doradas. Lord Marac levantó las riendas, pero al ver que ningún otro miembro de los Nueve se movía, las soltó con actitud indecisa. Marac, un hombre robusto con aire impasible, era nuevo en el Consejo y a menudo tenía más aspecto de artesano que de lord a pesar de las ricas sedas que asomaban bajo la lujosa armadura y las chorreras de encaje que caían sobre el peto. Los Grandes Señores Weiramon y Tolmeran se adelantaron con sus caballos del grupo de tearianos, tan cubiertos de oro y plata como cualquiera de los Nueve, seguidos por Rosana, recién ascendida a Gran Señora y luciendo un peto con el emblema de su casa —el Halcón y las Estrellas— cincelado. También allí hubo otros

que hicieron el intento de ir tras ellos, pero se quedaron atrás, con aire preocupado. El cenceño Aracome, el ojigarzo Maraconn y el calvo Gueyam eran hombres acabados; ellos lo ignoraban, pero por mucho que quisieran estar en el centro del poder, temían que Rand los matara. Sólo lord Semaradrid se adelantó del grupo de cairhieninos sobre un rucio que había conocido mejores tiempos; su armadura estaba abollada, con trozos del dorado saltados. Su rostro descarnado tenía el gesto duro, llevaba afeitado el pelo en el nacimiento de la frente y empolvado como un soldado plebeyo, y en sus oscuros ojos había un brillo de desprecio hacia los altos tearianos.

Había allí desprecio suficiente para todos. Tearianos y cairhieninos se odiaban. Illianos y tearianos se despreciaban. Sólo cairhieninos e illianos se llevaban bien hasta cierto punto, e incluso entre ellos existía algo de pique. Sus dos naciones no tendrían ni por asomo la larga historia de resentimiento compartida por Tear e Illian, pero aun así los cairhieninos seguían siendo extranjeros armados en suelo de Illian, recibidos con poco entusiasmo en el mejor de los casos y sólo porque seguían a Rand. Pero, a pesar de tanto gesto ceñudo, encrespamiento e intentar hablar a la vez mientras se agrupaban en torno a Rand en un ajetreo de capas sacudidas por el viento, ahora tenían una meta en común. En cierto modo.

—Majestad —empezó precipitadamente Gregorin al tiempo que se inclinaba—, os ruego que me permitáis ir en vuestro lugar, o al primer capitán Marcolin. —La cuadrada barba que dejaba despejado su labio superior enmarcaba un semblante crispado por la preocupación—. Esos hombres deben de saber que sois el rey, ya que las proclamas se están leyendo en cada pueblo y encrucijada, pero quizá no muestren el debido respeto a vuestra corona.

El carilargo Marcolin, perfectamente rasurado, observaba a Rand con sus oscuros y hundidos ojos, sin translucir lo que había tras aquel rostro impasible. La lealtad de los Compañeros era para la corona de Illian, y Marcolin era lo bastante mayor para recordar los tiempos en que estuvo a las órdenes del segundo capitán Tam al'Thor, pero sólo él sabía lo que pensaba sobre que Rand al'Thor fuese el rey.

—Milord Dragón —intervino Weiramon a la par que hacía su reverencia, sin esperar a que Gregorin terminase de hablar. Su tono siempre era declamatorio, e incluso en la silla de montar parecía ir pavoneándose. Los ornamentados terciopelos, sedas y chorreras casi ocultaban la armadura, y su puntiaguda barba canosa despedía el aroma floral de aceites perfumados—. Esa chusma es demasiado insignificante para que el lord Dragón se ocupe personalmente de ella. Azuzar perros para cazar otros perros, es lo que yo digo. Dejad que los illianos los eliminen. Así me aspen, pero hasta ahora no han hecho nada para serviros excepto hablar.

Típico de él, convertir en insulto su conformidad con la propuesta de Gregorin. Tolmeran era lo bastante enjuto para que Weiramon pareciera robusto en comparación, y suficientemente sombrío para apagar el lustre de su atuendo; no era

estúpido, y además existía una gran rivalidad entre Weiramon y él, pero aun así asintió lentamente mostrando su acuerdo. Ni pizca de estima hacia los illianos por su parte.

Semaradrid puso mal gesto a los tearianos, pero se dirigió a Rand, quitándole la palabra a Weiramon.

—Ese grupo es diez veces mayor que cualquiera de los que hemos encontrado hasta ahora, milord Dragón. —Le importaba un ardite el rey de Illian, y poco más el Dragón Renacido, salvo porque era prerrogativa de Rand entregar el trono de Cairhien, y Semaradrid esperaba que se lo diera a alguien a quien pudiera seguir, en lugar de combatir—. Deben de ser leales a Brend, o no se habrían mantenido unidos tantos. Me temo que hablar con ellos es una pérdida de tiempo, pero si es eso lo que queréis, dejadme que rodee su posición de manera evidente, para que sepan el precio del menor amago de agresión.

Rosana asestó una mirada feroz a Semaradrid; era esbelta, y aunque no muy alta, sí casi tanto como él, con los ojos del color azul del hielo. Tampoco esperó a que terminara de hablar, e igualmente se dirigió a Rand.

—He venido muy lejos y he puesto mucho en juego por vos para veros morir ahora en vano —manifestó sin rodeos. Tan poco estúpida como Tolmeran, Rosana había reclamado un lugar en los consejos de los Grandes Señores, aunque las Grandes Señoras tearianas rara vez lo hacían; directa era el término adecuado para ella. A pesar de que la mayoría de las nobles se pusieran armaduras durante las batallas, de hecho ninguna de ellas dirigía a sus mesnaderos al combate; sin embargo, Rosana llevaba una maza con reborde en su silla de montar, y a veces Rand pensaba que a la mujer le gustaría tener ocasión de utilizarla—. Dudo que esos illianos no dispongan de arcos, y sólo hace falta una flecha para matar incluso al Dragón Renacido.

Apretando los labios en un gesto pensativo, Marcolin asintió con la cabeza antes de poder frenarse, y entonces intercambió una mirada de sobresalto con Rosana, a cual más sorprendido de estar de acuerdo con un enemigo ancestral.

—Esos palurdos no habrían tenido temple para seguir levantados en armas sin que se les exhortara a hacerlo —continuó suavemente Weiramon, haciendo caso omiso de Rosana. Se le daba muy bien pasar por alto a quien o a lo que no quería oír ni ver. Él sí era un necio—. ¿Puedo sugerir al lord Dragón que busque entre los llamados Nueve la fuente de esa incitación?

—¡Protesto por los insultos de este cerdo teariano, majestad! —bramó Gregorin de inmediato mientras llevaba la mano hacia su espada—. ¡Protesto con la mayor vehemencia!

—Hay demasiados esta vez —intervino Semaradrid al mismo tiempo—. La mayoría se volverá contra vos tan pronto como les deis la espalda, en cualquier caso. —Por su pronunciado ceño, podría haber estado hablando de los tearianos tanto como

de los hombres escondidos en las colinas. Quizás era así—. ¡Lo mejor es matarlos y acabar de una vez!

—¿Acaso os he pedido opinión? —espetó duramente Rand. El parloteo cesó de inmediato y reinó un profundo silencio, roto sólo por los chasquidos de capas y banderas sacudidas por el viento. De repente lo miraban rostros inexpresivos, más de uno tornándose ceniciento. Ignoraban si asía el Poder, pero a él lo conocían. No todo lo que imaginaban saber era cierto, aunque mejor que lo creyeran así—. Vendrás conmigo, Gregorin —añadió en un tono más normal, pero todavía duro. Era lo único que entendían; si se ablandaba, se revolverían contra él—. Y tú, Marcolin. El resto se queda aquí. ¡Dashiva! ¡Hopwil!

Todos los que no habían sido nombrados hicieron retroceder a sus caballos con premura al tiempo que los dos Asha'man acudían a reunirse con Rand, y los dos illianos miraron a los hombres de negro como si hubiesen preferido quedarse también. Aparte de todo lo demás, Corlan Dashiva mostraba un gesto ceñudo y mascullaba entre dientes, como hacía tan a menudo. Todo el mundo sabía que el *Saidin* volvía locos a los hombres antes o después, y el Asha'man de rostro vulgar daba exactamente esa imagen con el liso y enmarañado cabello ondeando al viento, lamiéndose los labios y sacudiendo la cabeza. Por si fuera poco, Eben Hopwil, de sólo dieciséis años y aún con marcas de acné en las mejillas, tenía la hosca mirada prendida en algo imperceptible para los demás. Al menos Rand sabía el porqué.

Cuando los dos Asha'man se encontraron cerca, Rand no pudo menos que ladear la cabeza para escuchar, aunque lo que pretendía oír estaba dentro de su mente. Alanna se encontraba allí, desde luego; ni el vacío ni el Poder cambiaban aquello un ápice. La distancia reducía la percepción a un simple ser consciente de su existencia, en algún lugar lejano, hacia el norte; pero ese día había algo más, algo que había notado varias veces recientemente, apagado y apenas perceptible. Un asomo de sobresalto, tal vez, o de indignación, un soplo de algo arrollador que no conseguía identificar. La mujer debía de estar sintiendo lo que quiera que fuese de manera muy intensa para que él lo notara a tanta distancia. Quizá lo echaba de menos. Una idea retorcida. Él no la echaba en falta. Hacer caso omiso de Alanna resultaba más fácil que antes. Ella seguía allí, pero no así la voz que solía gritar desaforada sobre matar cada vez que un Asha'man aparecía. Lews Therin se había ido. A menos que aquella sensación de tener a alguien mirándole la nuca, casi rozándole los omóplatos con un dedo, fuese él. ¿Sonaba realmente la ronca risa de un loco en lo más recóndito de su cerebro? ¡El hombre había estado allí! ¡Había estado!

Se dio cuenta de que Marcolin lo miraba de hito en hito y que a Gregorin le costaba un gran esfuerzo no hacerlo.

—Todavía no —les dijo irónicamente, y casi se echó a reír cuando quedó muy claro que lo entendían de inmediato. El alivio era demasiado palpable en sus rostros

para interpretarlo de otro modo. No estaba loco. Todavía—. Vamos —les dijo y puso al trote a *Tai'daishar* ladera abajo. A pesar de los hombres que lo seguían, se sentía solo. A pesar del Poder que lo henchía, se sentía vacío.

Entre el altozano y las colinas había parches de espesos matorrales y amplias zonas de hierba muerta que formaban una brillante alfombra parda y amarilla, aplastada por la lluvia. Hacía sólo unos pocos días, el suelo había estado tan seco que Rand pensó que absorbería un río entero sin sufrir ningún cambio. Entonces llegaron las lluvias torrenciales, enviadas por el Creador, movido finalmente por la clemencia, o tal vez por el Oscuro en un arranque de humor macabro; ignoraba si había sido lo uno o lo otro. Ahora los cascos de los caballos chapoteaban en barro cada dos pasos. Confiaba en que ese asunto no le ocupara mucho tiempo. Tenía un poco de tiempo, por los informes de Hopwil, pero no ilimitado. Quizá semanas, con suerte. Necesitaba meses. ¡Luz, necesitaba años de los que no dispondría jamás!

Su sentido del oído, aguzado por el Poder, le permitía percibir parte de lo que decían los hombres que venían detrás. Gregorin y Marcolin cabalgaban pegados uno al otro, intentando sujetar las capas azotadas por el viento y hablando en voz baja sobre los hombres de las colinas, de sus temores de que pudiesen luchar. Ninguno de los dos albergaba la menor duda de que serían aplastados si presentaban resistencia, pero temían el efecto que aquello tendría sobre Rand, y el que él tendría sobre Illian, si los illianos se le enfrentaban ahora que Brend estaba muerto. Todavía eran incapaces de llamar a Brend por su verdadero nombre: Sammael. La mera idea de que uno de los Renegados hubiese gobernado el país los asustaba aún más que el hecho de que ahora fuera el Dragón Renacido quien reinaba allí.

Dashiva, derrumbado sobre la silla como un hombre que jamás hubiese visto un caballo, mascullaba iracundo entre dientes; en la Antigua Lengua, que hablaba y leía con la fluidez de un estudioso. Rand sabía un poco, pero no lo suficiente para entender sus murmuraciones. Seguramente quejas sobre el tiempo; a pesar de ser un granjero, a Dashiva le desagradaba la vida al aire libre a menos que el cielo estuviese despejado.

Sólo Hopwil cabalgaba en silencio, con la mirada ceñuda clavada en algo más allá del horizonte, el cabello y la capa agitándose tan violentamente como los de Dashiva. De tanto en tanto asía la empuñadura de la espada en un gesto inconsciente. Rand tuvo que llamarlo tres veces, la última en tono brusco, antes de que Hopwil diera un respingo de sorpresa y taconeara su desgarbado caballo pardo hasta situarlo junto a *Tai'daishar*.

Rand lo observó atentamente. El joven —ya no un muchacho, a pesar de su edad — había engordado desde que Rand lo viera por primera vez, aunque su nariz y sus orejas todavía parecían hechas para un hombre más grande. Un dragón, de oro esmaltado en rojo, equilibraba ahora la espada de plata en el alto cuello de la

chaqueta, igual que el de Dashiva. Otrora había dicho que reiría de alegría un año entero cuando se ganara el dragón, pero contemplaba fijamente a Rand como si mirara a través de él.

—La información que conseguiste fue una buena noticia —le dijo Rand, quien sólo merced a un ímprobo esfuerzo no aplastó el Cetro del Dragón entre sus dedos—. Bien hecho.

Había previsto el regreso de los seanchan, pero no tan pronto. Había esperado que no fuese tan pronto. Y no apareciendo de repente, como saliendo de la nada, tragándose ciudades enteras de un bocado. Cuando se enteró de que los mercaderes de Illian conocían la noticia días antes de que a cualquiera de ellos se le ocurriera informar a los Nueve —¡la Luz los librara de perder una oportunidad de sacar beneficios porque mucha gente supiera demasiado!— había estado en un tris de arrasar la ciudad hasta sus cimientos. Pero la noticia era buena, o tan buena como podía pedirse en esas circunstancias. Hopwil había Viajado a Amador, a la campiña cercana, y los seanchan parecían estar esperando. Quizás a digerir lo que habían engullido. ¡Quisiera la Luz que se les indigestara! Se obligó a aflojar los dedos ceñidos sobre la lanza tallada con la figura del dragón.

—Si Morr las trae la mitad de buenas —continuó—, tendré tiempo de apaciguar Illian antes de ocuparme de ellos.

¡Ebou Dar también! ¡Así los abrasara la Luz! Eran una distracción, una que no necesitaba y que no podía permitirse el lujo de pasar por alto. Hopwil no respondió nada y se limitó a mirarlo.

—¿Estás disgustado porque tuviste que matar mujeres?

«Desora, de los Musara Reyn, y Lamell, de los Agua Humeante Miagoma, y...» Rand empujó hacia el fondo la instintiva letanía de nombres nada más empezar a flotar por el vacío. Se habían sumado nuevos nombres a aquella lista; nombres que no recordaba haber añadido: Laigin Arnault, una hermana Roja que había muerto al intentar llevarlo prisionero a Tar Valon. No tenía derecho a un puesto en esa lista, pero lo había reclamado; Colavaere Saighan, que había preferido ahorcarse que someterse a la justicia. Y más. Habían muerto hombres a millares, por orden suya o por su propia mano, pero eran los rostros de las mujeres los que atormentaban sus sueños. Todas las noches se obligaba a afrontar sus ojos acusadores. Tal vez eran sus ojos los que percibía últimamente.

—Ya te expliqué lo de las *damane* y las *sul'dam* —dijo sosegadamente, pero por dentro ardía de ira, el fuego tejiendo una telaraña alrededor de la nada del vacío. «¡Así la Luz me abrase, he matado más mujeres de las que podrían caber en todas tus pesadillas! ¡Mis manos están *negras* con la sangre de mujeres!»—. Si no hubieses acabado con la patrulla seanchan, te habrían matado sin dudarlo. —No añadió que Hopwil tendría que haberlos esquivado, evitar la necesidad de matarlos. Demasiado

tarde para eso—. Dudo que las *damane* sepan cómo escudar a un hombre. No tenías opción. —Y era mejor que estuvieran todos muertos a que alguno hubiese escapado con la noticia de un hombre que podía encauzar precediéndolos.

Hopwil se tocó distraídamente la manga izquierda, donde el color negro disimulaba el paño chamuscado por el fuego. Los seanchan no habían muerto fácilmente ni con rapidez.

—Amontoné los cuerpos en un hoyo —dijo con voz inexpresiva—. Los caballos, todo. Los reduje a cenizas. Cenizas blancas que flotaban en el viento como la nieve. No me afectó en absoluto.

Rand captó la mentira en las palabras del joven, pero Hopwil tenía que aprender. Después de todo, él lo había hecho. Eran lo que eran, y no había más. No había más. Liah, de los Cosaida Chareen, un nombre grabado a fuego. Moraine Damodred, otro nombre que abrasaba el alma en lugar de quemarla simplemente. Una Amiga Siniestra anónima, representada sólo con su cara, que había muerto por su espada cerca de...

—Majestad —llamó en voz alta Gregorin a la par que señalaba. Un hombre solo salió de los árboles al pie de la colina más próxima y esperó plantado en actitud desafiante. Llevaba un arco, se cubría la cabeza con un casco puntiagudo de acero, y el cuerpo con una cota de malla que casi le llegaba a las rodillas.

Rand espoleó a *Tai'daishar* para ir a su encuentro, henchido de Poder. El *Saidin* podía protegerlo de los hombres.

Visto más de cerca, el arquero no ofrecía una imagen tan bizarra. El óxido manchaba el yelmo y la cota del hombre, que parecía empapado, con barro hasta los muslos y el cabello mojado colgándole sobre la estrecha cara. Emitió una tos seca y se frotó la larga nariz con el dorso de la mano. Sin embargo, la cuerda de su arco estaba tensa; se notaba que eso sí lo había resguardado de la lluvia. Y las plumas de las flechas metidas en la aljaba también estaban secas.

—¿Eres el cabecilla? —demandó Rand.

—Puede decirse que hablo en su nombre —replicó el tipo, receloso—. ¿Por qué?

Al llegar los otros a galope junto a Rand, el hombre rebulló inquieto, posando el peso alternativamente en uno y otro pie; en sus oscuros ojos apareció una expresión de tejón acorralado. Los tejones eran peligrosos cuando se los acorralaba.

—¡Cuida tu lenguaje, patán! —instó Gregorin—. ¡Estás hablando con Rand al'Thor, el Dragón Renacido, Señor de la Mañana y rey de Illian! ¡Arrodíllate ante tu soberano! ¿Cómo te llamas?

—¿Que él es el Dragón Renacido? —dijo el individuo, dubitativo. Miró a Rand de la cabeza a los pies, deteniendo los ojos un instante en el dragón dorado de la hebilla del cinturón, y luego sacudió la cabeza como si hubiese esperado a alguien de más edad o más grandioso—. ¿Y Señor de la Mañana, decís? Nuestro rey nunca se

hizo llamar así.

No hizo ademán de arrodillarse ni de darles su nombre. El semblante de Gregorin se ensombreció ante el tono del individuo, y quizás ante la indirecta negativa de que Rand fuese rey. Marcolin hizo un leve asentimiento de cabeza, como si hubiese esperado algo así.

Hubo unos apagados crujidos entre el húmedo sotobosque. Rand los oyó sin dificultad, y de repente el *Saidin* llenó a Hopwil. El joven, que ya no tenía la mirada perdida en el vacío, escudriñó atentamente la línea de árboles con un brillo salvaje en los ojos. Dashiva, silencioso, se retiró el oscuro cabello de la cara con aire aburrido. Gregorin se inclinó sobre la perilla de la silla y abrió la boca en actitud furibunda. Fuego y hielo, pero muerte aún no.

—Cálmate, Gregorin. —Rand no alzó la voz, pero tejió flujos que transportaban sus palabras, Aire y Fuego, de modo que retumbaron en el muro de árboles—. Mi oferta es generosa. —El tipo de nariz larga se tambaleó ante el sonido, y el caballo de Gregorin respingó. Los hombres escondidos lo oirían claramente—. Deponed las armas. Aquellos que deseen regresar a sus hogares, pueden hacerlo. Los que quieran seguirme en cambio, también pueden. Pero ningún hombre partirá armado de aquí a menos que me siga. Sé que la mayoría de vosotros sois buenos hombres, que respondisteis a la llamada de vuestro rey y del Consejo de los Nueve para defender Illian, pero ahora yo soy vuestro rey, y no permitiré que nadie caiga en la tentación de convertirse en un bandido.

Marcolin asintió con gesto severo.

—¿Y qué hay de vuestros Juramentados del Dragón que incendian granjas? —gritó la voz asustada de un hombre desde los árboles—. ¡Ellos sí que son bandidos!

—¿Y qué pasa con vuestros Aiel? —gritó otro—. ¡He oído que se han llevado pueblos enteros, gentes incluidas!

Más voces de hombres invisibles se unieron, todas gritando lo mismo, los Juramentados del Dragón y los Aiel, criminales asesinos y salvajes. Rand rechinó los dientes. Cuando el griterío cesó, el tipo de cara alargada tomó la palabra.

—¿Lo veis? —Hizo una pausa para toser, luego carraspeó y escupió, quizá por su pecho congestionado o tal vez para dar énfasis a sus palabras. Una imagen lamentable, todo él mojado y oxidado, pero su entereza era tan firme como tensa la cuerda de su arco. Hizo caso omiso de la mirada fulminante de Rand con tanta facilidad como había hecho con la de Gregorin—. Nos pedís que regresemos a casa desarmados, sin posibilidades de defendernos, ni a nosotros ni a nuestras familias, mientras vuestra gente incendia, roba y asesina. Dicen que la tormenta se acerca —añadió, y pareció sorprendido de haberlo dicho; sorprendido y confuso durante un instante.

—¡Los Aiel de los que has oído hablar son mis enemigos! —Nada de telarañas de

fuego esta vez, sino tupidas telas de ira que se ciñeron prietamente alrededor del vacío. Su voz era puro hielo, sin embargo; retumbaba como la avalancha de un ventisquero. ¿Que se acercaba la tormenta? ¡Luz, *él* era la tormenta!—. *Mis* Aiel les están dando caza. ¡Persiguen a los Shaido y también a los bandidos, se llamen a sí mismos como se llamen, junto con Davram Bashere y casi todos los Compañeros! ¡Soy el rey de Illian, y no permitiré que nadie perturbe su paz!

—Aunque fuese cierto lo que decís... —empezó el tipo de cara alargada.

—¡Lo es! —bramó Rand—. Tenéis hasta mediodía para tomar una decisión. —El hombre frunció el entrecejo con inquietud; a menos que los nubarrones se aclararan, iba a resultar muy difícil calcular cuándo era mediodía. Rand no le dio respiro—. ¡Decidid con buen tino!

Hizo volver grupas a *Tai'daishar* y espoleó al castrado, que salió a galope tendido hacia el altozano, sin esperar a los demás.

Soltó el Poder de mala gana, obligándose a no aferrarse a él —como quien se agarra con uñas y dientes al último aliento— a medida que se disipaba el flujo de vida e infección por igual. Durante un instante vio doble; el mundo pareció ladearse hasta provocarle vértigo. Aquél era un problema reciente, y le preocupaba que formara parte de la enfermedad que mataba a los varones que encauzaban, mas el mareo sólo duraba unos segundos. Era todo lo demás que implicaba soltar la Fuente lo que lamentaba. El mundo pareció apagarse. No; se volvió difuso realmente, disminuyó de algún modo. Los colores habían palidecido, el cielo había menguado, en comparación con lo que habían sido antes. Anhelaba desesperadamente asir de nuevo la Fuente y exprimirle el Poder Único. Siempre le ocurría lo mismo cuando el Poder lo abandonaba.

No bien desapareció el *Saidin*, sin embargo, cuando la cólera ocupó su lugar, ardiente, abrasadora, casi tanto como había sido el Poder. Como si no tuviera suficiente con los seanchan y los rufianes que se escondían tras su nombre. Distracciones mortíferas que no podía permitirse. ¿Acaso Sammael seguía maquinando contra él desde la tumba? ¿Había mostrado a los Shaido cómo brotar como espinos dondequiera que él posara la mano? ¿Por qué? El Renegado no podía haber creído que moriría. Y si la mitad de las noticias que llegaban eran ciertas, también había Shaido en Murandy y Altara y sólo la Luz sabía dónde más. Muchos de los Shaido tomados prisioneros habían hablado de una Aes Sedai. ¿Estaría involucrada la Torre Blanca de algún modo? ¿Es que no iban a dejarlo en paz? ¿Nunca? Nunca.

Enzarzado en una lucha interna con la ardiente furia, ni siquiera advirtió que Gregorin y los demás lo alcanzaban. Cuando llegaron a la cresta del altozano, entre los nobles que los aguardaban, sofrenó tan bruscamente a *Tai'daishar* que el animal se encabritó y piafó, lanzando el barro pegado a los cascos. Los nobles hicieron

recular sus monturas poco a poco, apartándose del castrado; apartándose de él.

—Les he dado hasta el mediodía —anunció—. Vigiladlos. No quiero que esa tropa se divida en cincuenta partidas pequeñas y se escabullan. Estaré en mi tienda.

Salvo por las capas ondeando al viento, podrían haber sido estatuas de piedra, clavados en el sitio, como si su orden de vigilancia hubiera ido dirigida personalmente a ellos. En ese momento le importaba un bledo si se quedaban allí hasta que se congelaran o se derritieran.

Sin añadir nada más, bajó al trote la oscura cuesta del altozano, seguido por los dos Asha'man de negro y sus portaestandartes illianos. Fuego y hielo, y la muerte se acercaba. Pero él era de acero. Era acero.

14. Mensaje del M'Hael

A unos dos kilómetros al oeste del altozano comenzaban los campamentos, hombres y caballos, lumbres y estandartes agitados por el viento, y unas cuantas tiendas desperdigadas, agrupadas por nacionalidades, por casas, cada campamento un barrizal separado de los otros por extensiones de ásperos brezos. Hombres montados y a pie observaron el paso de la comitiva de Rand con sus estandartes y escudriñaron hacia otros campamentos para evaluar las reacciones. Cuando los Aiel habían estado presentes, esos hombres habían levantado un único y gran campamento, inducidos por una de las pocas cosas que realmente tenían en común: su miedo a los Aiel, por mucho que lo negaran. Rand sabía que el mundo perecería a menos que él tuviera éxito, pero no se hacía ilusiones de que compartieran la lealtad a él en una u otra medida, ni siquiera que creyeran que el destino del mundo no pudiera acomodarse a sus propios intereses, sus deseos de oro o gloria o poder. Un puñado sí, quizá; sólo un puñado. La gran mayoría lo seguía porque le temía mucho más que a los Aiel. Tal vez más incluso que al Oscuro, en el que algunos no creían realmente; no en el fondo de sus corazones; no que la Sombra pudiera o fuera a tocar al mundo con más dureza de lo que ya lo había hecho. Por el contrario, a él lo tenían delante, y en eso sí creían. Ahora ya lo aceptaba. Lo aguardaban demasiadas batallas para malgastar energías en una que estaba perdida de antemano. Mientras lo siguieran y obedecieran, bastaría.

El campamento más grande era el suyo, y allí, Compañeros illianos de uniforme verde con puños amarillos se mezclaban con Defensores de la Ciudadela tearianos con chaquetas de mangas abullonadas a rayas negras y doradas, así como otros tantos cairhieninos procedentes de unas cuarenta casas, de oscuro, algunos con el rígido con cimbreando sobre sus cabezas. Cocinaban en lumbres aparte, dormían aparte, estacaban sus caballos aparte y se observaban cautelosamente unos a otros, pero se mezclaban. La seguridad del Dragón Renacido era su responsabilidad, y se tomaban el trabajo en serio. Cualquiera de ellos podría traicionarlo, pero no mientras los otros estuvieran allí para verlo. Viejos odios y nuevas antipatías inducirían a denunciar cualquier conspiración antes de que el delator se parara a pensarlo.

Un anillo de acero montaba guardia alrededor de la tienda de Rand, un armatoste de techo picudo, en seda verde, lleno de bordados de abejas en hilo de oro. Había pertenecido a su predecesor, Mattin Stepaneos, e iba incluida con la corona, por así decir. Haciendo caso omiso del viento, Compañeros con bruñidos yelmos cónicos estaban apostados junto a Defensores de yelmos en cresta y rematados con reborde saliente, y a cairhieninos con cascos en forma de campana; las viseras de hendiduras ocultaban sus rostros, las alabardas se inclinaban en un ángulo exacto. Ninguno de ellos movió un músculo cuando Rand detuvo el caballo, pero una parva de criados acudió corriendo para atenderlos, a él y a los Asha'man. Una mujer huesuda, con el

chaleco verde y amarillo de los caballerizos del Palacio Real de Illian, cogió sus riendas, en tanto que el estribo lo sujetaba un tipo de nariz protuberante, vestido con el uniforme negro y oro de la Ciudadela de Tear. Lo saludaron con sendas reverencias e intercambiaron una única y penetrante mirada. Boreane Carivin, una mujer robusta y baja, de tez pálida, vestida de oscuro, le ofreció con afectación una bandeja de plata con paños húmedos que desprendían vapor. Cairhienina, observó a los otros dos, aunque más como para asegurarse de que realizaban bien su labor que con la animosidad recíproca y apenas disimulada. Pero, aun así, con cuidado. Lo que funcionaba con los soldados también funcionaba con la servidumbre.

Rand se quitó los guantes y rechazó con un ademán la bandeja de Boreane. Damer Flinn se había levantado de un banco profusamente tallado que había enfrente de la tienda mientras Rand desmontaba. Calvo excepto por un ralo cerquillo de pelo blanco, Flinn tenía más aspecto de abuelo que de Asha'man. Un abuelo correoso como el cuero, con una pierna rígida, que había visto más mundo aparte de una granja. La espada a la cadera parecía formar parte de su cuerpo, y con razón, ya que otrora había sido soldado de la Guardia Real. Rand confíaba en él más que en la mayoría. Después de todo, Flinn le había salvado la vida.

El hombre mayor saludó, con el puño en el pecho, y cuando Rand contestó con un gesto de la cabeza, se acercó cojeando y esperó hasta que los mozos de cuadra se marcharon con los caballos antes de hablar en voz baja.

—Torval está aquí. Dice que lo ha enviado el M'Hael. Quiso esperar en la tienda del consejo, y le encargué a Narishma que lo vigilase. —Ese procedimiento se seguía por orden de Rand, aunque éste no sabía muy bien por qué la había dado: no se debía dejar solo a nadie procedente de la Torre Negra. Vacilante, Flinn toqueteó el dragón del cuello de su chaqueta—. No le gustó la noticia de que nos habíais ascendido a todos.

—Vaya, así que no le gustó ¿eh? —comentó quedamente Rand mientras se metía los guantes debajo del cinturón. Y como Flinn seguía denotando incertidumbre añadió—: Todos lo merecíais. —Había estado a punto de enviar a uno de los Asha'man a Taim, el líder o M'Hael, como todos los Asha'man lo llamaban, pero ahora Torval podría llevarle el mensaje. ¿En la tienda del consejo?—. Haz que traigan un refrigerio —le ordenó a Flinn, y a continuación indicó con un ademán a Hopwil y a Dashiva que lo siguieran.

Flinn volvió a saludar, pero Rand ya se alejaba a grandes pasos, las botas chapoteando en el negro barro. No se alzaron vítores por él en el borrascoso viento. Recordaba cuando sí los había. Si no era uno de los recuerdos de Lews Therin. Si es que Lews Therin había sido real. Un fugaz centelleo de color justo en el límite visual; la sensación de alguien a punto de tocarle la espalda desde atrás. Haciendo un esfuerzo, se concentró en sí mismo.

La tienda del consejo era un pabellón grande, a rayas rojas, que en otro tiempo se levantó en los llanos de Maredo y que ahora se alzaba en el centro del campamento de Rand, rodeado por un espacio abierto de treinta pasos. Allí nunca había guardias, a no ser que Rand estuviese reunido con los nobles. Cualquiera que hubiese intentado colarse dentro habría sido descubierto por miles de ojos acechantes. Tres banderas izadas en altos astiles formaban un triángulo alrededor del pabellón: el Sol Naciente de Cairhien, la Tres Lunas Crecientes de Tear y las Abejas Doradas de Illian. Y encima del techo carmesí, más altos que el resto, se encontraban el Estandarte del Dragón y la Enseña de la Luz. El viento las hacía tremolar a todas, con fuertes chasquidos, y las paredes de la tienda temblaban con las ráfagas. Dentro, alfombras multicolores de flecos formaban el suelo, y el único mueble era una gran mesa, profusamente tallada y dorada, con incrustaciones de marfil y turquesas. Un revoltijo de mapas ocultaba casi por completo el tablero.

Torval levantó la cabeza de los mapas, claramente dispuesto a descargar lo peor de su vocabulario contra quienquiera que hubiera entrado sin llamar. Rondando la madurez y más alto que cualquiera excepto Rand o un Aiel, miró con altanería, alzando la afilada nariz que casi temblaba de indignación. El dragón y la espada brillaban en el cuello de su chaqueta a la luz de las lámparas de pie. Vestía una chaqueta de brillante seda negra, de confección lo bastante fina para complacer a un lord. Su espada tenía guarniciones de plata bañada en oro, y una reluciente gema roja remataba el pomo de la empuñadura. Otra piedra preciosa centelleaba en un anillo. No se podía entrenar a hombres para que fueran armas sin esperar cierta dosis de arrogancia, pero aun así a Rand no le gustaba Torval. Claro que no necesitaba la voz de Lews Therin para desconfiar de cualquier hombre de chaqueta negra. ¿Hasta qué punto se fiaba realmente incluso de Flinn? Y, sin embargo, tenía que dirigirlos. Los Asha'man era obra suya, su responsabilidad.

Cuando Torval vio a Rand, se enderezó despreocupadamente y saludó, pero su expresión apenas cambió. Ya tenía una mueca burlona la primera vez que Rand lo vio.

—Milord Dragón —dijo con acento tarabonés; lo hizo como si saludase a un igual, o incluso mostrándose cortés con un inferior. Su arrogante inclinación abarcó a Hopwil y a Dashiva—. Os felicito por la conquista de Illian. Una gran victoria, ¿no es verdad? Habría tenido vino esperando para recibiros, pero este joven... Dedicado no parece entender las órdenes.

En un rincón, las campanillas de plata prendidas en las puntas de las dos largas y oscuras trenzas de Narishma emitieron un débil sonido cuando éste se movió. Su tez se había bronceado profundamente bajo el sol meridional, pero algunas cosas no habían cambiado en él. Mayor que Rand, su rostro lo hacía parecer más joven que Hopwil, pero el enrojecimiento que teñía sus mejillas no era de turbación, sino de

rabia. Su orgullo por la recién ganada espada en su cuello era callado, pero profundo. Torval le sonrió, con una mueca lenta, divertida y peligrosa por igual. Dashiva soltó una risa corta y seca.

—¿Qué haces aquí, Torval? —inquirió bruscamente Rand. Tiró el Cetro del Dragón y sus guantes sobre uno de los mapas, seguidos del cinturón de su espada y el arma en su vaina. Los mapas que Torval no tenía motivo para examinar. No; no necesitaba la voz de Lews Therin.

Encogiéndose de hombros, Torval sacó una carta del bolsillo de la chaqueta y se la tendió a Rand.

—El M'Hael envía esto. —El papel era blanco como la nieve y grueso, con el sello de un dragón impreso en un gran óvalo de cera azul que brillaba con motitas doradas. Cualquiera habría pensado que provenía del propio Dragón Renacido. Taim tenía un alto concepto de sí mismo—. El M'Hael me encargó que os dijera que las historias sobre Aes Sedai en Murandy con un ejército son ciertas. Según los rumores, se han rebelado contra Tar Valon —la mueca burlona de Torval se intensificó por la incredulidad—, pero marchan hacia la Torre Negra. Muy pronto podrían convertirse en un peligro, ¿verdad?

Rand estrujó entre sus dedos el magnífico sello y lo hizo añicos.

—Van a Caemlyn, no a la Torre Negra, y no representan una amenaza. Mis órdenes fueron claras: dejar en paz a las Aes Sedai a menos que os persigan.

—Pero ¿cómo estáis seguro de que no son una amenaza? —insistió Torval—. Quizá vayan a Caemlyn, como decís, pero si os equivocáis, nos estarán atacando antes de que nos demos cuenta.

—Torval podría tener razón —intervino, pensativo, Dashiva—. No podría fiarme de mujeres que te meten en un arcón, y éstas no han prestado ningún juramento. ¿O sí?

—¡He dicho que las dejéis en paz! —Rand golpeó con la palma el tablero, muy fuerte, y Hopwil dio un brinco, sobresaltado.

Dashiva frunció el entrecejo, irritado, antes de borrar rápidamente el gesto, pero a Rand no le importaban los cambios de humor de Dashiva. Por casualidad —estaba seguro que era casualidad— su mano había caído sobre el Cetro del Dragón. El brazo le tembló por el deseo de empuñarlo y hundirlo en el corazón de Torval. No hacía falta la voz de Lews Therin, en absoluto.

—Los Asha'man son un arma para dirigirla donde yo diga —continuó Rand—, no para revolotear como gallinas cada vez que Taim se asusta por un puñado de Aes Sedai que cenan juntas en la misma posada. Si no queda más remedio, puedo volver para dejarlo todo aún más claro.

—Estoy seguro de que eso no será necesario —se apresuró a decir Torval. Por fin algo había borrado la irónica mueca de su boca. Se notaba la tensión en sus ojos y en

las manos extendidas casi con timidez, incluso con aire de disculpa. Y claramente asustado—. El M'Hael quería simplemente informaros. Vuestras órdenes se leen diariamente en las Directivas Matinales, después del Credo.

—Eso está bien. —Rand mantuvo fría la voz, y sólo gracias a un gran esfuerzo no frunció el entrecejo. Era a su precioso M'Hael a quien el hombre temía, no al Dragón Renacido. Miedo de que Taim tomara a mal que cualquier cosa que dijera diera pie a que Rand descargara su ira sobre él—. Porque mataré a cualquiera de vosotros que se acerque a esas mujeres de Murandy. Cortáis donde yo dirijo el golpe.

—Como digáis, milord Dragón —murmuró Torval a la par que se inclinaba rígidamente.

Enseñó los dientes en un intento de sonrisa, pero se notaba que estaba pasando un momento de apuro, y evitó los ojos de todos mientras trataba de aparentar lo contrario. Dashiva soltó otra risa, y Hopwil esbozó una sonrisilla.

Narishma no estaba disfrutando con el malestar de Torval, sin embargo, ni prestaba atención. Miraba a Rand sin parpadear, como si percibiese unas corrientes profundas que a los demás les pasaban inadvertidas. La mayoría de las mujeres, y no pocos hombres, lo consideraban un chico guapo y nada más, pero aquellos ojos enormes a veces parecían más conocedores que otros cualesquiera.

Rand apartó la mano del Cetro del Dragón y desplegó la carta. Sus manos no temblaban exactamente. Torval sonrió amarga, débilmente, sin advertir nada. Junto a la pared de la tienda, Narishma aflojó la tensión.

En ese momento llegaron las bebidas, llevadas por un majestuoso desfile encabezado por Boreane, una hilera de illianos, cairhieninos y tearianos con sus distintos uniformes. Uno de los criados portaba una bandeja de plata y jarros para cada clase de vino, y otros dos cargaban con bandejas llenas de jarras con ponche caliente y vinos con especias y finas copas de cristal para las otras bebidas. Había frutos secos y frutas confitadas, quesos y aceitunas, cada clase acarreada por un criado o criada. Bajo la dirección de Boreane, se movieron como si siguieran los pasos de un baile, inclinándose, haciendo reverencias, uno dando paso a otro a medida que ofrecían las bandejas.

Rand cogió una jarra de vino con especias, se sentó en el borde de la mesa y dejó el humeante recipiente a su lado, sin probarlo, enfrascado en la carta. No había nombre ni tratamiento, ni tampoco preámbulo alguno. Taim detestaba darle cualquier tipo de título, si bien intentaba disimularlo.

> «Tengo el honor de informar que en la actualidad hay alistados veintinueve Asha'man, noventa y siete Dedicados y trescientos veintidós soldados en la Torre Negra. Lamentablemente, ha habido un puñado de desertores, cuyos nombres han sido suprimidos, pero las bajas durante el adiestramiento siguen siendo aceptables.

»Actualmente tengo hasta cincuenta grupos de reclutamiento actuando de manera ininterrumpida, con el resultado de tres o cuatro incorporaciones a la lista casi a diario. Dentro de pocos meses, la Torre Negra igualará a la Blanca, como os dije que ocurriría. Dentro de un año, Tar Valon temblará ante lo nutrido de nuestras filas.

»Yo personalmente he recolectado las negras bayas de esa zarzamora. Un arbusto pequeño y espinoso, pero con un número sorprendente de frutos para su tamaño.

»Mazrim Taim
»M'Hael.»

Rand torció el gesto y apartó de su mente el... arbusto de negras bayas. Lo que tenía que hacerse, tenía que hacerse. El mundo entero pagaba un precio por su existencia. Él moriría por el mundo, pero la humanidad lo pagaba.

De todos modos, había otras cosas por las que poner mal gesto. ¿Tres o cuatro reclutas nuevos al día? Taim era optimista. A ese ritmo, en unos pocos meses habría más hombres capaces de encauzar que Aes Sedai, cierto, pero la hermana más reciente contaba con años de entrenamiento a su favor. Y una parte de esa instrucción enseñaba específicamente cómo encargarse de un hombre que podía encauzar. No quería ni imaginar un encuentro entre Asha'man y Aes Sedai que supieran a qué se enfrentaban; tendría como único resultado sangre y pesar, ocurriera lo que ocurriese. Pero los Asha'man no tenían como objetivo la Torre Blanca, con independencia de lo que pensara Taim. Sin embargo, era conveniente tal creencia, si hacía que Tar Valon pensara mejor las cosas antes de actuar. Un Asha'man sólo necesitaba saber cómo matar. Si había suficientes para hacer eso en el lugar y el momento oportunos, si vivían bastante para llegar a hacerlo, era la única razón para la que habían sido creados.

—¿Cuántos desertores, Torval? —inquirió sosegadamente. Cogió la jarra de vino y dio un sorbo, como si la respuesta careciese de importancia. El vino debería haber sido un agradable tonificador, pero el jengibre, el anís y la macis le supieron amargos —. ¿Cuántas bajas durante el adiestramiento?

Torval estaba recuperando su talante habitual gracias el refrigerio; se frotaba las manos y, mirando con una ceja enarcada la selección de vinos, hacía un gran alarde de sus conocimientos de los mejores caldos, jactándose de dominar el tema. Por su parte, Dashiva había cogido del primero que le ofrecieron y miraba ceñudo el contenido de su copa de pie retorcido como si fuese bazofia. Mientras señalaba una de las bandejas, Torval ladeó la cabeza en actitud pensativa, pero ya tenía preparada la respuesta.

—Diecinueve desertores, hasta el momento. El M'Hael ha ordenado matarlos allí donde se los encuentre y que sus cabezas cortadas se lleven a la Torre Negra, para

que sirvan de ejemplo. —Picó un trozo de pera confitada de la bandeja que le presentaban, se lo metió en la boca y sonrió alegremente—. Ya son tres las que cuelgan como frutas del Árbol de los Traidores en este momento.

—Bien —dijo, impasible, Rand. No se podía confiar en que los hombres que huían ahora no lo hicieran después, cuando otras vidas dependerían de su firmeza. Además, a esos hombres no se les podía permitir que anduviesen sueltos por ahí. Si los soldados de las colinas escaparan juntos en bloque serían menos peligros que un solo varón entrenado en la Torre Negra. ¿El Árbol de los Traidores? Taim era único para poner nombres a las cosas. Sin embargo, los Asha'man necesitaban los símbolos, los ritos y los nombres, las chaquetas negras y los alfileres, para reforzar su unidad como grupo. Hasta que llegara el momento de morir—. La próxima vez que visite la Torre Negra quiero ver las cabezas de todos los desertores.

Un segundo trozo de pera confitada, a mitad de camino de la boca de Torval, cayó de los dedos de éste y manchó la pechera de su excelente chaqueta.

—Realizar ese tipo de esfuerzo podría interferir en el reclutamiento —argumentó lentamente—. Los desertores no van anunciándose por ahí.

Rand sostuvo la mirada del otro hombre hasta que éste bajó los ojos.

—¿Cuántas bajas en los entrenamientos? —demandó. El Asha'man de nariz afilada vaciló, y Rand insistió—. ¿Cuántas?

Narishma se echó hacia adelante, mirando intensamente a Torval. Hopwil hizo otro tanto. Los criados siguieron con su silenciosa y particular danza, ofreciendo bandejas a hombres que ya no les prestaban la menor atención. Boreane aprovechó la preocupación de Narishma para asegurarse de que su jarra de plata contuviera más agua caliente que vino de especias. Torval se encogió de hombros con una actitud demasiado indiferente.

—Cincuenta y una, en total. Trece se carbonizaron, y veintiocho murieron de golpe en el sitio. El resto... El M'Hael les añadió algo al vino y no se despertaron. —De repente su tono se tornó malicioso—. Puede pasar de pronto, en cualquier momento. Un hombre empezó a chillar que le andaban arañas por debajo de la piel. —Sonrió malévolamente a Narishma y a Hopwil, y casi a Rand, pero fue a los otros dos a los que se dirigió, girando la cabeza hacia uno y otro alternativamente—. ¿Veis? Que no os preocupe si caéis en la locura. No os haréis daño a vosotros mismos ni a ninguna otra persona. Os dormiréis... para siempre. Más piadoso que amansar, aun en el caso de que supiésemos cómo hacerlo. Más que dejarte vivo, loco y cortado el acceso a la Fuente.

—Sí, mucho más piadoso —manifestó Rand con voz carente de inflexión mientras dejaba su jarra en la mesa, junto a él. Algo en el vino. «Mi alma está negra con sangre, y condenada.» No fue un pensamiento cruel ni mordaz ni incisivo; simplemente la exposición de un hecho—. Una última gracia que cualquiera de

nosotros desearía para sí, Torval.

La risa cruel de Torval se borró, y su respiración se tornó agitada. Los cálculos eran fáciles: un hombre de cada diez, destruido; uno de cada cincuenta, demente, y el porcentaje aumentaría. Aún estaban en los comienzos, y no había modo de que uno supiera si había entrado a formar parte de la estadística hasta el día de su muerte. Lo quisiera o no Torval, esa espada de Damocles también pendía sobre su cabeza.

De repente Rand reparó en Boreane. Tardó unos instantes en identificar la expresión de su cara y, cuando lo hizo, tuvo que tragarse unas frías palabras. ¡Cómo osaba sentir lástima! ¿Acaso pensaba que el Tarmon Gai'don podía ganarse sin sangre? ¡Las Profecías del Dragón demandaban sangre a raudales!

—Dejadnos —le ordenó, y la mujer reunió en silencio a los criados. Pero en sus ojos seguía habiendo compasión mientras los conducía fuera.

Rand miró en derredor tratando de hallar el modo de cambiar de humor, pero no encontró nada. La lástima debilitaba tanto como el miedo, y ellos debían ser fuertes. Para afrontar lo que les esperaba, tenían que ser como el acero. Obra suya, su responsabilidad.

Perdido en sus pensamientos, Narishma contemplaba sin ver el vapor que subía de su vino, y Hopwil seguía con los ojos clavados en la pared de la tienda, como si quisiera atravesarla con la mirada. Torval echaba miradas de reojo a Rand y trataba con empeño de recobrar la mueca burlona en sus labios. Sólo Dashiva no parecía afectado; cruzado de brazos, examinaba a Torval como haría un hombre con un caballo que está en venta.

El silencio desesperantemente prolongado que sobrevino fue roto por un mocetón de negro, con la espada y el dragón en el cuello de la chaqueta. De la misma edad que Hopwil, todavía demasiado joven para casarse en casi cualquier sitio, Fedwin Morr llevaba la tensión más ceñida a su ser que la camisa al cuerpo; caminaba de puntillas, y sus ojos tenían la expresión de un gato cazando que se sabe acechado a su vez. Hubo un tiempo en que había sido distinto, y no hacía mucho.

—Los seanchan emprenderán la marcha de Ebou Dar muy pronto —anunció al tiempo que saludaba—. Se proponen atacar Illian a continuación.

Hopwil dio un brinco y soltó una exclamación ahogada al salir bruscamente de sus sombrías meditaciones. De nuevo, Dashiva reaccionó con una risa, en esta ocasión amarga. Asintiendo, Rand cogió el Cetro del Dragón. Después de todo, lo llevaba como recordatorio. Los seanchan bailaban a su son, no al que él hubiese querido.

Si Rand acogió la noticia en silencio, no así Torval, que de nuevo exhibía la mueca burlona, acentuada por una ceja enarcada.

—Vaya, ¿es que te contaron ellos todo eso? —inquirió con sorna—. ¿O es que has aprendido a leer las mentes? Deja que te diga algo, chico. He luchado contra

amadicienses y domani, ¡y ningún ejército toma una ciudad para luego hacer el equipaje y emprender un viaje de casi dos mil kilómetros! ¡Más de dos mil kilómetros! ¿O acaso piensas que pueden Viajar?

Morr acogió el escarnio de Torval con tranquilidad. O, si acaso lo alteró, la única señal que dio de ello fue pasar el pulgar a lo largo de la empuñadura de la espada.

—Hablé con algunos de ellos. En su mayoría, taraboneses. Y siguen llegando más en barco casi a diario, por no decir todos los días. —Pasó junto a Torval, haciéndolo a un lado con el hombro, y dedicó al tarabonés una mirada impasible mientras se dirigía hacia la mesa—. Todos se apartaban al instante cada vez que alguien con un acento extraño, arrastrando las palabras, abría la boca. —El hombre de más edad abrió la suya, furioso, pero Morr continuó apresuradamente, dirigiéndose a Rand—. Están situando soldados a todo lo largo de las montañas Vemir. Quinientos, a veces mil a la vez. Han cubierto ya todo el trecho hasta Punta de Arran. Y están comprando o requisando todos los carros y carretas que hay en un radio de cien kilómetros alrededor de Ebou Dar, así como los animales de tiro.

—¡Carros! —exclamó Torval—. ¡Carretas! ¿Será que quieren organizar una gran feria de mercado? ¿Y a qué necio se le ocurriría mandar un ejército a través de las montañas cuando existen unas calzadas estupendas? —Advirtió que Rand lo observaba, y se calló, inquieto de repente.

—Te dije que pasaras inadvertido, Morr. —Rand dejó que su voz transluciera un leve dejo de ira. El joven Asha'man tuvo que retroceder un paso cuando él se bajó de la mesa—. No que fueras por ahí preguntando a los seanchan sus planes. Que observaras y fueras discreto.

—Tuve cuidado. Me quité los alfileres. —Los ojos de Morr no cambiaron al mirar a Rand, todavía los del cazador y los de la presa acechada a la par. Parecía estar hirviendo por dentro. De no haber sabido a qué atenerse, Rand habría dicho que asía el Poder, luchando para no acabar consumido por el *Saidin* mientras éste le daba la vida multiplicada por diez. Su rostro daba la impresión de que iba a empezar a sudar copiosamente en cualquier momento—. Si alguno de los hombres con los que hablé sabía hacia dónde se dirigían a continuación, no lo dijo, y yo no lo pregunté, pero sí estaban bien dispuestos para protestar sobre tener que marchar todo el tiempo, sin quedarse nunca en ningún sitio, mientras bebían cerveza. En Ebou Dar tragaban como esponjas la cerveza de la ciudad porque afirmaban que tendrían que reanudar la marcha otra vez. Y están reuniendo carretas y animales de tiro, como ya he dicho. —Soltó de un tirón la parrafada y apretó los dientes al terminar, como para frenar más palabras que pugnaban por salir de su boca.

Con una sonrisa inopinada, Rand le palmeó el hombro.

—Bien hecho. Con lo de las carretas habría sido suficiente, pero lo hiciste bien. Las carretas son importantes —añadió, volviéndose hacia Torval—. Si un ejército se

alimenta de los productos del campo, come lo que encuentra en el camino. O no, si no hay nada. —Torval no había movido ni una pestaña al oír que los seanchan estaban en Ebou Dar. Si la noticia había llegado a la Torre Negra, ¿por qué no lo había mencionado Taim en la carta? Rand confió en que su sonrisa no pareciera una mueca amenazadora—. Es más difícil preparar caravanas de suministros, pero cuando se cuenta con una se sabe que hay forraje para los animales y judías para los hombres. Los seanchan lo organizan todo.

Revolvió los mapas hasta dar con el que quería y lo extendió, sujetándolo a un extremo con su espada y al otro con el Cetro del Dragón. La costa entre Illian y Ebou Dar se mostraba ante él, bordeaba en su mayor parte por colinas y montañas, salpicada de pueblos pesqueros y villas. Los seanchan eran organizados. Ebou Dar estaba en su poder hacía menos de una semana, pero los informadores de los mercaderes hablaban de reparaciones muy adelantadas en los daños sufridos por la ciudad durante su toma, de casas de salud limpias montadas para los enfermos, de comida y trabajo para los pobres y para los refugiados que se habían visto obligados a abandonar sus hogares por los conflictos de tierra adentro. Se patrullaban las calles y los campos aledaños, para que nadie temiera un encuentro con asaltantes o bandidos, de día y de noche, y mientras que los mercaderes eran bien recibidos, el contrabando se había reducido a un mínimo, por no decir que se había cortado por completo. Aquellos honrados mercaderes illianos se habían quedado sorprendentemente cabizbajos por lo del contrabando. ¿Qué estaban organizando ahora los seanchan?

Los demás se reunieron alrededor de la mesa mientras Rand examinaba el mapa. Había calzadas a lo largo de la costa, pero malas, señaladas en el mapa como poco más que caminos de carros. Las amplias calzadas de comercio se encontraban en el interior, evitando lo peor del terreno y lo peor que el Mar de las Tormentas podía ofrecer.

—Jinetes haciendo incursiones desde esas montañas podrían obstaculizar el paso de cualquiera que quisiera utilizar las calzadas hacia el interior —dijo finalmente—. Controlando las montañas, hacen tan seguras las calzadas como una calle de ciudad. Tienes razón, Morr. Vienen a Illian.

Apoyado en los puños, Torval lanzó una mirada fulminante a Morr, que había acertado en lo que él se había equivocado. Un pecado imperdonable, tal vez, en el libro de Torval.

—Aun así, pasarán meses antes de que puedan ocasionaros problemas aquí —manifestó hoscamente—. Cien Asha'man, cincuenta incluso, destacados en Illian, podrían destruir cualquier ejército antes de que un solo hombre cruzase los pasos elevados.

—Dudo mucho que un ejército con *damane* pueda destruirse tan fácilmente como matar Aiel volcados en un ataque y cogidos por sorpresa —argumentó

sosegadamente Rand, y Torval se puso tenso—. Además, tengo que defender todo Illian, no sólo la ciudad.

Haciendo caso omiso del hombre, Rand trazó líneas en el mapa con el índice. Entre Punta de Arran y la ciudad de Illian había varios centenares de kilómetros de leguas de aguas profundas, a través de la boca de Sima de Kabal, donde, según decían los capitanes de Illian, ni las sondalezas más largas tocaban fondo a sólo una milla, más o menos, de la costa. Allí, la fuerza del oleaje podría echar a pique un barco en su violento avance hacia el norte, para finalmente batir contra la costa en rompientes de quince metros de altura. Con el tiempo que hacía, sería aún peor. Rodear la Sima era una ruta de mil kilómetros para llegar a la ciudad, incluso siguiendo el derrotero más directo, pero si los seanchan seguían la ruta desde Punta de Arran, podrían alcanzar la frontera en dos semanas, a pesar del temporal de lluvia. Tal vez menos. Mejor combatir donde él escogiera, no al contrario. Su dedo se deslizó a lo largo de la costa sur de Altara, siguiendo la cordillera de las Vemir, hasta donde las montañas se convertían en colinas, lindando con Ebou Dar. Quinientos aquí, mil allí. Una tentadora sarta de cuentas repartidas a lo largo de las montañas. Un golpe seco, duro, podría lanzarlas rodando de vuelta a Ebou Dar; incluso confinarlas mientras intentaban entender qué se traía entre manos. O...

—Hay algo más —dijo de repente Morr, que habló precipitadamente otra vez—. Corrían comentarios sobre un tipo de arma Aes Sedai. Descubrí dónde se había utilizado, a unos pocos kilómetros de la ciudad. El suelo estaba calcinado, arrasado en el centro, un área de trescientos pasos de anchura o más, y destrozadas las plantaciones de árboles que la rodeaban. La arena estaba fundida en capas cristalinas. Allí, el *Saidin* era peor.

Torval hizo un ademán displicente.

—Podría haber habido Aes Sedai cerca cuando la ciudad cayó, ¿no? O quizá los mismos seanchan lo hicieron. Una hermana con un *angreal* habría...

—¿Qué has querido decir con lo de que el *Saidin* era peor allí? —lo interrumpió Rand. Dashiva se movió y miró de un modo raro a Morr, alargando la mano como para agarrar al joven, pero Rand lo apartó sin contemplaciones—. ¿A qué te referías, Morr?

El muchacho se quedó mirándolo fijamente, con la boca muy cerrada y pasando el pulgar arriba y abajo a lo largo de la empuñadura de su espada. El calor interior del chico parecía a punto de estallar. Ahora sí tenía la cara llena de gotitas de sudor.

—El *Saidin* era... extraño —dijo con voz enronquecida. Las palabras le salían atropelladas, a saltos—. Peor allí... Podía... sentirlo... en el aire, a mi alrededor... pero raro por doquier en torno a Ebou Dar. E incuso a cientos de kilómetros de distancia. Tuve que combatirlo; no como siempre; era diferente. Como si estuviese vivo. A veces... A veces no hacía lo que yo quería. A veces... hacía algo distinto. De verdad.

¡No estoy loco! ¡Lo hacía!

El viento sopló con fuerza, aullando brevemente, zarandeando las paredes de la tienda, y Morr enmudeció.

—Eso es imposible —musitó Dashiva en pleno silencio, pero en voz casi inaudible—. Imposible.

—¿Quién sabe lo que es posible? —acotó Rand—. ¡Yo no! ¿Y tú? —Dashiva levantó la cabeza sorprendido, pero Rand se volvió hacia Morr, moderando el tono—. No te preocupes, hombre. —No fue un tono afable, pues era incapaz de eso, pero sí alentador, esperaba. Su creación, su responsabilidad—. Estarás conmigo en la Última Batalla, te lo prometo.

El joven asintió y se frotó la cara con la mano, como si le sorprendiera encontrarla sudorosa, pero miró a Torval, que se había quedado inmóvil como una piedra. ¿Sabía Morr lo del vino? Realmente podía considerarse una última gracia, teniendo en cuenta las alternativas. Una gracia pequeña y amarga, eso sí.

Rand cogió la carta de Taim, dobló la hoja, y se la guardó en el bolsillo de la chaqueta. Cincuenta ya que habían perdido la cordura, y los que seguirían. ¿Sería Morr el próximo? Dashiva estaba muy cerca, desde luego. Las miradas ausentes de Hopwil cobraron un nuevo significado, e incluso el habitual mutismo de Narishma. La locura no se manifestaba siempre con gritos sobre arañas. En cierta ocasión había preguntado, con cautela, a quien sabía que le contestaría sinceramente, cómo limpiar la infección del *Saidin*, y recibió un acertijo como respuesta. Herid Fel había afirmado que el acertijo rezaba «sólidos principios, tanto en la filosofía moral como en la natural», pero él no había visto ningún modo de aplicarlo al problema en cuestión. ¿Fue asesinado Fel porque había descifrado la adivinanza? Rand tenía un indicio de la solución, o eso creía; una hipótesis que podría resultar desastrosamente errónea. Los indicios y los acertijos no eran respuestas, pero aun así tenía que hacer algo. Si la infección no se limpiaba de algún modo, el día del Tarmon Gai'don podría encontrarse un mundo ya destruido por hombres dementes. Lo que tenía que hacerse, se hacía.

—Eso sería portentoso —musitó muy quedo Torval—, pero ¿cómo podría nadie, con excepción del Creador o...? —Enmudeció, inquieto.

Rand no se había dado cuenta de que había expresado en voz alta sus pensamientos. Los ojos de Narishma, los de Morr y los de Hopwil brillaban con idéntica emoción: una súbita esperanza. Dashiva se había quedado de una pieza. Rand esperó no haber dicho demasiado. Ciertos secretos había que guardarlos; incluido lo que haría a continuación.

Poco después, Hopwil corría hacia su corcel para cabalgar hasta el altozano con órdenes para los nobles apostados allí. Morr y Dashiva salían a toda prisa a buscar a Flinn y a los demás Asha'man, y Torval se dirigía a largos pasos hacia un lado del

claro, para Viajar de regreso a la Torre Negra con órdenes para Taim. Narishma fue el último, y pensando en Aes Sedai, seanchan y armas prodigiosas, Rand también lo mandó con instrucciones muy precisas que hicieron que la boca del joven se tensara.

—No hables con nadie —acabó en voz baja Rand, asiendo con fuerza el brazo de Narishma—. Y no me falles. Ni en un ápice.

—No lo haré —dijo Narishma sin pestañear. Tras un rápido saludo, se marchó también.

«Peligroso —susurró una voz en la mente de Rand—. Oh, sí, muy peligroso, quizá demasiado. Pero tal vez funcione; tal vez. En cualquier caso, debes matar a Torval ahora. Tienes que hacerlo.»

Weiramon entró en la tienda del consejo, apartando con el hombro a Gregorin y a Tolmeran e intentando hacer lo mismo con Rosana y Semaradrid, todos ellos ansiosos de informar a Rand que los hombres de las colinas habían decidido con buen tino, después de todo. Lo encontraron riendo con tantas ganas que las lágrimas le corrían por las mejillas. Lews Therin había vuelto. O si no, es que efectivamente se había vuelto loco. De cualquier forma, lo uno o lo otro era motivo para reír.

15. Más fuerte que la ley escrita

En medio de la fría oscuridad de la noche, Egwene se despertó aturdida por unos sueños agitados e inquietantes, aún más perturbadores porque no los recordaba. Estaban siempre abiertos a ella, tan claros como palabras impresas en una hoja, pero esta vez habían sido confusos y aterradores. Tenía muchos de esos sueños últimamente, y salía de ellos deseando correr, escapar, incapaz de recordar de qué pero siempre intranquila, siempre temblorosa. Por lo menos no le dolía la cabeza. Por lo menos se acordaba de otros sueños que sabía que eran importantes, si bien era incapaz de interpretarlos: Rand llevando diferentes máscaras, hasta que de repente una de ellas dejaba de ser una careta y era su verdadero rostro; Perrin y un gitano abriéndose paso frenéticamente a golpe de espada y de hacha a través de zarzas, ignorantes del precipicio que se abría un poco más adelante. Y las zarzas chillaban con voces humanas que ellos no percibían; Mat, pesando en una balanza gigantesca a dos Aes Sedai, y de su decisión dependía... Egwene no sabía qué; algo inmenso, tal vez el mundo. Había tenido otros, casi todos teñidos de sufrimiento. Recientemente, todos sus sueños sobre Mat eran vagos y llenos de dolor, como sombras arrojadas por pesadillas, casi como si el propio Mat no fuese real. Aquello la hacía temer por él, abandonado en Ebou Dar, y le producía una gran congoja haberlo enviado allí, por no mencionar al pobre Thom Merrilin. Sin embargo, los sueños que no recordaba eran peores, de eso no le cabía duda.

El sonido de voces susurrantes que discutían la había despertado; la luna llena seguía brillando en lo alto, arrojando luz suficiente para distinguir a dos mujeres encaradas a la puerta de la tienda.

—A la pobre le duele la cabeza todo el día, y apenas descansa por la noche —susurraba ferozmente Halima, puesta en jarras—. Déjalo para mañana.

—No tengo intención de discutir contigo. —La voz de Siuan era puro hielo. La mujer se echó la capa hacia atrás con la mano enguantada, como preparándose a pelear. Sus ropas eran adecuadas para el tiempo que hacía, con el vestido de paño grueso puesto sin duda encima de tantas enaguas como le cabían—. Apártate, y deprisa, ¡o usaré tus tripas para cebo! ¡Y ponte algo de ropa decente!

Con una suave risa, Halima se irguió desafiante y, si acaso, se plantó más directamente en el paso de Siuan. El camisón blanco le ceñía el cuerpo, pero era lo bastante decente para el propósito que servía, aunque era un milagro que la mujer no se congelase de frío con aquella fina prenda de seda.

Los rescoldos de ascuas en los braseros de trípode se habían apagado hacía mucho tiempo, y ni los paños de lona asaz remendados ni las capas de alfombras extendidas sobre el suelo conservaban ya el calor. El aliento de las dos mujeres formaba un tenue vaho al hablar.

Egwene apartó las mantas y se sentó cansinamente en el estrecho catre. Halima era una mujer del campo con un ligero barniz de sofisticación, y a menudo no parecía tener en cuenta el debido respeto a las Aes Sedai, o incluso parecía pensar que no debía deferencia a nadie. Hablaba a las Asentadas como lo habría hecho con las amas de casa de su pueblo, con una guasa, un desenfado y una familiaridad que a veces resultaban escandalosos.

Por su parte, Siuan se pasaba el día dejando paso a mujeres que habían obedecido prestamente sus órdenes un año antes, sonriendo y haciendo reverencias a casi todas las hermanas del campamento. La mayoría de ellas seguía culpándola de los problemas de la Torre y pensaba que aún no había expiado suficientemente su castigo por ello. Todo ello bastaba para que el amor propio de cualquiera estuviese a flor de piel. Unido lo de la una con lo de la otra, era como arrojar una linterna encendida a la carreta de un Iluminador, pero Egwene confiaba en evitar la explosión. Además, Siuan no habría acudido en plena noche si no hubiese sido imprescindible.

—Regresa a la cama, Halima. —Sofocando un bostezo, Egwene se agachó para buscar a tientas las medias y los zapatos debajo del catre. No encauzó para encender una lámpara; prefería que nadie advirtiera que la Amyrlin estaba despierta—. Vamos, necesitas descansar.

Halima protestó, quizá con más contundencia de lo que habría sido correcto para dirigirse a la Sede Amyrlin, pero a no tardar se encontraba de nuevo en el pequeño jergón que se había instalado para ella en la tienda, a pesar del escaso espacio que quedaba con el lavabo, el espejo de cuerpo entero, un enorme sillón y cuatro grandes arcones, apilados unos sobre otros. En ellos se guardaban todos los vestidos que seguían llegando de las Asentadas, quienes todavía no se habían dado cuenta de que, por joven que fuese Egwene, no lo era tanto como para encandilarla y distraerla de otros asuntos con sedas y encajes. Halima yació enroscada, observándola en la oscuridad, al tiempo que se pasaba un peine de marfil por el cabello, se ponía unas manoplas gruesas y se echaba una capa forrada con piel de zorro sobre el camisón de tupido paño. Camisón que no le habría importado que fuera más gordo con ese tiempo. Los ojos de Halima parecieron captar la débil luz de la luna y brillar sombríamente, sin apenas pestañear.

Egwene no creía que la mujer se sintiese celosa de su puesto cercano a la Sede Amyrlin, habida cuenta de su intrascendencia, y la Luz sabía que no era dada a los chismorreos, pero Halima mostraba una curiosidad inocente por todo, tanto si era de su incumbencia como si no. Razón suficiente para escuchar lo que Siuan tuviese que decirle en otra parte. Ahora todas sabían que Siuan había unido —en cierto modo— su suerte a la de Egwene, de mala gana y a disgusto, según pensaban ellas. Veían la situación de Siuan Sanche en parte divertida y en parte digna de lástima, que tuviera que rebajarse a unirse a la mujer que ostentaba el título que otrora fue suyo, a una

mujer que sólo sería una marioneta una vez que la Antecámara dejase de luchar sobre quién tiraba de las cuerdas. Siuan era lo bastante humana como para albergar ciertos chispazos de resentimiento, pero hasta entonces se las habían ingeniado para mantener en secreto que su consejo distaba mucho de ser ofrecido a regañadientes. De modo que soportaba la lástima y la sorna lo mejor que podía, y todo el mundo pensaba que la experiencia vivida la había cambiado tanto como había ocurrido con su rostro. Esa creencia debía mantenerse, o Romanda, Lelaine y a buen seguro el resto de la Antecámara encontrarían el modo de apartarla —a ella y a sus consejos— de Egwene.

El frío del exterior fue como una bofetada en el rostro y se coló bajo su capa; su camisón podría haber sido tan fino como el de Halima por la escasa protección que le ofrecía. A pesar del resistente cuero y la buena lana, Egwene sentía los pies como si estuviese descalza. Zarcillos de gélido aire se enroscaron en sus orejas, mofándose de la espesa piel del forro de la capucha. Asaltada por el vehemente deseo de regresar a su cama, necesitó recurrir a toda su fuerza de voluntad para hacer caso omiso del helor del ambiente. El cielo estaba surcado de nubes, cuyas sombras se desplazaban sobre la brillante blancura que cubría el suelo, un manto liso roto por los bultos oscuros de las tiendas y las formas más altas de las carretas cubiertas, que ahora tenían largos patines de madera en lugar de ruedas. Muchos de los vehículos ya no se estacionaban lejos de las tiendas, sino que se dejaban en el mismo sitio donde se habían descargado; nadie tenía valor de hacer que los carreteros realizasen ese trabajo extra al final de una dura jornada. No se movía nada, salvo aquellas sombras deslizantes. Los amplios surcos que se habían pisoteado a través del campamento a guisa de caminos se encontraban vacíos. El silencio era tan límpido y profundo que casi lamentó romperlo.

—¿Qué ocurre? —preguntó quedamente mientras lanzaba una mirada cautelosa a la pequeña tienda cercana que compartían sus doncellas, Chesa, Meri y Selane, tan oscura y silenciosa como las demás. El agotamiento cubría el campamento como un manto tan grueso como la nieve—. No otra revelación como la de las Allegadas, espero. —Chasqueó la lengua, irritada. También ella estaba exhausta tras largos y fríos días sobre la silla del caballo y acusaba la falta de reposo por no dormir bien; de otro modo no habría dicho eso—. Lo siento, Siuan.

—No tenéis que disculparos, madre. —Siuan también mantuvo un tono bajo y miró en derredor para comprobar si había alguien observando en las sombras. Ninguna de las dos quería encontrarse en la disyuntiva de tener que hablar de las Allegadas con la Antecámara—. Sé que debería habéroslo dicho antes, pero parecía algo sin importancia. Jamás imaginé que esas chicas hablaran siquiera con una de ellas. Es tanto lo que tengo que transmitiros. Pero intentaré entresacar lo sustancial y ceñirme a ello.

Egwene logró contener un suspiro merced a un gran esfuerzo. Aquélla era la misma disculpa, casi palabra por palabra, que Siuan le había ofrecido con anterioridad. En varias ocasiones. Lo que realmente quería decir era que intentaba hacerle engullir más de veinte años de experiencia como Aes Sedai y más de diez como Amyrlin, y todo ello en unos meses. A veces Egwene se sentía como un pato al que se engorda para llevarlo al mercado.

—Bien, ¿y qué es importante esta noche?

—Gareth Bryne os aguarda en vuestro estudio. —Siuan no levantó la voz, pero su tono adquirió un timbre cortante, como le ocurría cada vez que hablaba de lord Bryne. Sacudió iracundamente la cabeza bajo la amplia capucha de la capa e hizo un ruido como un gato escupiendo—. Vino soltando nieve, me sacó de la cama y apenas me dio tiempo para vestirme antes de subirme casi de un tirón a la parte trasera de su silla de montar. No me explicó nada; ¡se limitó a soltarme al borde del campamento y enviarme a buscaros como si fuese una sirvienta!

Firmemente, Egwene ahogó una creciente esperanza. Había habido demasiadas desilusiones, y lo que fuera que hubiese llevado a Bryne en mitad de la noche más probablemente sería un posible desastre que lo que ella esperaba. ¿Cuánto faltaba aún para la frontera de Andor?

—Veamos qué quiere.

Se encaminó hacia la tienda a la que todos habían dado en llamar el estudio de la Amyrlin, ciñéndose bien la capa. No temblaba, pero empeñarse en que el calor o el frío no la afectaban no hacía que desaparecieran. Podía pasarlos por alto hasta el momento en el que el sol le achicharraba el cerebro o el frío le gangrenaba manos y pies. Consideró lo que Siuan había dicho.

—¿No estabas durmiendo aquí, en tu tienda? —inquirió Egwene con tiento. La relación de la otra mujer con lord Bryne *era* la de amo y sirvienta, bien que de un modo bastante peculiar, pero Egwene esperaba que Siuan no estuviese dejando que su terco orgullo la condujera a permitirle que se aprovechara. No podía imaginarlo, ni de él ni de ella, aunque tampoco hacía tanto tiempo que no habría imaginado a Siuan aceptando esa situación en absoluto. Y todavía no se explicaba por qué motivo lo hacía.

Resoplando sonoramente, Siuan avanzó a zancadas y a punto estuvo de caer al resbalarle los zapatos. La nieve pisoteada por incontables pies no había tardado en convertirse en una placa de hielo. Egwene caminaba escogiendo cuidadosamente dónde pisar. Cada día ocurrían accidentes con huesos rotos que las hermanas, agotadas por el viaje, tenían que Curar. Se retiró la capa lo suficiente para ofrecer un brazo, buscando por igual el apoyo que podía dar como recibir. Siuan se agarró mientras respondía, rezongando.

—Cuando hube terminado de limpiar el otro par de botas y la silla de repuesto de

ese hombre, se había hecho muy tarde para regresar a través de este camino resbaladizo. Tampoco es que me ofreciese más que unas mantas en un rincón; ¡Gareth Bryne, no! ¡Me hizo sacarlas del fondo de un arcón mientras él se iba la Luz sabe dónde! ¡Los hombres son una calamidad, y ése el que más! —Sin mediar interrupción, cambió de tema—. No deberíais permitir que Halima duerma en vuestra tienda. Además de fisgona, es otro par de oídos de los que debéis tener cuidado. Aparte de que habéis tenido suerte de no entrar y encontrarla *entreteniendo* a un soldado.

—Me alegra que Delana pueda prescindir de Halima por las noches —repuso firmemente Egwene—. La necesito. A menos que pienses que la Curación de Nisao podría dar mejores resultados con mis jaquecas si lo intenta por segunda vez. —Los dedos de Halima parecían extraer el dolor a través del cuero cabelludo; sin eso le habría sido imposible dormir en absoluto. Los esfuerzos de Nisao no habían surtido el menor efecto, y ella era la única Amarilla a la que Egwene confiaría su problema. En cuanto a lo demás... Le dio a su voz un tono aún más severo—. Me sorprende que sigas prestando oídos a esos chismes, hija. El hecho de que a los hombres les guste mirar a una mujer no significa que ella lo provoque, y tú deberías saberlo bien. He visto a unos cuantos mirándote y sonriendo. —Adoptar aquel tono le costaba menos que antes.

Siuan le dirigió una mirada de reojo, sobresaltada, y al cabo de un momento masculló una disculpa. Quizás era sincera. En cualquier caso, Egwene la aceptó. Habida cuenta de la repercusión negativa que tenía lord Bryne en el carácter de Siuan, añadido el asunto de Halima, por si fuera poco, Egwene pensó que podía felicitarse por no haberse visto obligada a tomar una actitud más estricta. La propia Siuan afirmaba que no soportaba las tonterías, y ella, desde luego, no podía permitirse el lujo de aguantarlas de Siuan, precisamente.

Agarradas del brazo, siguieron caminando en silencio; el frío convertía en vaho sus alientos y les calaba hasta los huesos. La nieve era una maldición y una lección. Aún podía oír a Siuan disertando sobre lo que ella llamaba la «Ley de consecuencias no pretendidas», más fuerte que cualquier ley escrita. «Tanto si lo que uno hace tiene el resultado buscado como si no, sí tendrá al menos tres consecuencias que jamás esperaría, y una de ellas es generalmente desagradable.»

Las primeras lloviznas habían sido motivo de asombro, a pesar de que Egwene ya había informado a la Antecámara de que se había hallado el Cuenco de los Vientos y se había utilizado. Era lo máximo que podía arriesgarse a decirles de lo que Elayne le había contado en el *Tel'aran'rhiod*; gran parte de lo ocurrido en Ebou Dar era justo el tipo de cosa que comprometería gravemente la estabilidad de su posición, bastante insegura ya dadas las circunstancias.

Aquella primera rociada provocó un estallido de júbilo. Habían detenido la

marcha a mediodía, se habían encendido hogueras y se había festejado bajo la menuda lluvia, con oraciones de gracias por parte de las hermanas y bailes entre sirvientes y soldados. A decir verdad, también algunas de las Aes Sedai habían bailado.

Pocos días después, las suaves lluvias se habían convertido en aguaceros, seguidos de fuertes borrascas. La temperatura bajó de golpe y las borrascas dieron paso a tormentas de nieve. Ahora, y con Egwene apretando los dientes por la lentitud con que avanzaban, tardaban cinco días en cubrir la misma distancia que antes recorrían en uno, y eso si sólo estaba nublado, porque cuando nevaba ni siquiera se ponían en marcha. Resultaba muy fácil pensar en tres —o más— consecuencias no pretendidas, y la nieve era posiblemente la menos desagradable de ellas.

Al aproximarse a la tienda pequeña y llena de parches que llamaban el estudio de la Amyrlin, una sombra se movió junto a una de las altas carretas, y Egwene contuvo el aliento. La sombra se concretó en una figura que se retiró la capucha lo suficiente para revelar el rostro de Leane y después volvió a desaparecer en la oscuridad.

—Vigilará y nos avisará si se acerca alguien —susurró Siuan.

—Bien pensado —respondió Egwene también en un susurro. Podría habérselo advertido antes. ¡Por un momento había temido que fuese Romanda o Lelaine!

El estudio de la Amyrlin estaba a oscuras, pero lord Bryne aguardaba pacientemente en el interior, envuelto en su capa, una sombra entre las sombras. Egwene abrazó la Fuente y encauzó, pero no para encender la linterna colgada del poste central o una de las velas, sino para crear una pequeña esfera de luz tenue que flotó en el aire por encima de la mesa plegable que utilizaba como escritorio. Era una luz muy pequeña y muy débil, que difícilmente sería advertida desde el exterior y que podía apagarse con rapidez. No podía correr el riesgo de que la descubrieran.

Algunas Sedes Amyrlin habían gobernado desde una posición fuerte, otras se las ingeniaron para alcanzar un equilibrio con la Antecámara, y otras tuvieron tan poco poder como ella o incluso menos, en contadas ocasiones y todo ello bien oculto en las historias secretas de la Torre Blanca. Varias habían desperdiciado poder e influencia, cayendo desde una posición fuerte a otra débil, pero en más de tres mil años muy pocas habían logrado imponerse para marcar nuevos criterios. Egwene habría querido saber cómo se las habían ingeniado Myriam Copan y ese puñado de mujeres para conseguirlo. Si a alguien se le había ocurrido ponerlo por escrito, hacía mucho que las páginas se habían perdido.

Lord Bryne inclinó respetuosamente la cabeza, sin mostrar sorpresa por sus precauciones. Sabía que corría un gran riesgo al reunirse con él en secreto. Confiaba mucho en ese hombre canoso y robusto de rostro franco y curtido, y no sólo porque no tuviese más remedio. Llevaba una capa de grueso paño rojo, forrada con piel de marta y ribeteada con la Llama de Tar Valon; era un regalo de la Antecámara, pero él

había dejado claro media docena de veces en las semanas previas que pensara lo que pensara la Antecámara —¡y no estaba ciego para no darse cuenta de por dónde iban los tiros!— ella era la Amyrlin y él seguía a la Amyrlin. Oh, nunca lo había dicho directamente, pero sí con cuidadosas insinuaciones que no dejaban lugar a dudas. Había casi tantas corrientes ocultas en el campamento como Aes Sedai, algunas lo bastante fuertes para derribarlo, si la Antecámara se enteraba de esa reunión. Egwene confiaba en él más que en cualquiera, a excepción de Siuan y Leane, o Elayne y Nynaeve, quizá más que en cualquiera de las hermanas que le habían jurado lealtad en secreto, y habría querido tener el valor de confiar aún más en él. La esfera de luz arrojaba sombras débiles e intermitentes.

—¿Tenéis noticias, lord Bryne? —preguntó, conteniendo la esperanza. Podía imaginar hasta una docena de posibles mensajes que lo hubiesen hecho acudir en plena noche, cada uno de ellos con sus riesgos y trampas. ¿Había decidido Rand añadir más coronas a la de Illian? ¿Los seanchan habían tomado alguna otra ciudad? ¿La Compañía de la Mano Roja se movía de repente por su cuenta, en lugar de seguir de cerca a las Aes Sedai? ¿O...?

—Hay un ejército al norte de nuestra posición, madre —contestó con tanta calma como si anunciara que se aproximaba otra tormenta de nieve en lugar de un ejército. Sus manos enguantadas descansaban ligeramente sobre la larga empuñadura de la espada—. Andoreños, en su mayoría, pero con un número considerable de murandianos. Mis exploradores de larga distancia trajeron la noticia hace menos de una hora. Lo dirige Pelivar, y Arathelle está con él. Ambos son Cabezas Insignes de dos de las casas más fuertes de Andor, y los acompañan al menos otras veinte. Al parecer avanzan deprisa hacia el sur. Si mantenemos el mismo paso de marcha, cosa que desaconsejo, nos daremos de frente con ellos dentro de dos días, tres a lo sumo.

Egwene mantuvo el gesto impasible, ocultando el alivio. Era lo que había estado esperando, deseando; lo que había empezado a temer que no ocurriese nunca.

Sorprendentemente, fue Siuan quien ahogó una exclamación y se llevó la mano enguantada a la boca demasiado tarde. Bryne la miró con una ceja enarcada, pero la mujer se recobró enseguida, asumiendo la máscara de serenidad Aes Sedai tan certeramente que casi podía olvidarse de su rostro juvenil.

—¿Tenéis reparos en luchar contra vuestros compatriotas? —demandó—. Hablad, hombre. Aquí no soy vuestra lavandera.

En fin; sí que había una fisura en su máscara de serenidad.

—Como ordenéis, Siuan Sedai. —En la voz de Bryne no había el menor atisbo de sorna, pero aun así la boca de Siuan empezó a atirantarse a la par que la expresión de frialdad se evaporaba rápidamente. Él hizo una ligera reverencia, reglamentaria pero aceptable—. Combatiré contra quien la Amyrlin quiera que combata, naturalmente.

Ni siquiera allí se mostraría más explícito. Los hombres aprendían a actuar

cautamente frente a Aes Sedai. Y también las mujeres. Egwene pensó que la cautela se había convertido en una segunda piel para ella.

—¿Y si no seguimos adelante? —preguntó. Tanto hacer planes, sólo Siuan y ella y en ocasiones Leane, y ahora todavía tenía que andarse con pies de plomo, con tanta precaución como en el helado pasaje del exterior—. ¿Y si nos quedamos aquí?

—Si conocéis un modo de que den un rodeo sin luchar —contestó el hombre sin la menor vacilación—, todo eso está muy bien, pero en algún momento de mañana alcanzarán una excelente posición defensiva, con uno de los flancos protegidos por el río Armahn y el otro por una extensa turbera, así como pequeños arroyos al frente que desbaratarían la cohesión de un ataque. Pelivar se instalará allí, a la espera; conoce su trabajo. Arathelle intervendrá si hay conversaciones, pero dejará las picas y las espadas para él. No podemos llegar a ese punto antes que ellos y, de todos modos, esa posición no es de utilidad para nosotros teniéndolos al norte. Si tenéis intención de luchar, mi consejo es que nos pongamos en camino hacia las lomas que cruzamos hace dos días. Podemos llegar allí antes que ellos sin forzar la marcha si salimos al amanecer, y Pelivar lo pensaría dos veces antes de atacarnos en esa posición aunque contara con una fuerza tres veces superior a la que tiene.

Moviendo los dedos de los pies casi congelados dentro de las medias, Egwene suspiró con fastidio. Había una diferencia entre impedir que el frío te afectara y no sentirlo. Escogiendo con cuidado las palabras y sin dejar que la baja temperatura la distrajera, preguntó:

—¿Si se les ofrece la oportunidad de hacerlo, parlamentarían?

—Probablemente, madre. Los murandianos no cuentan realmente; sólo están aquí para sacar cualquier ventaja que puedan de la situación, igual que los campesinos que tengo a mis órdenes. Son Pelivar y Arathelle los que importan. Si tuviese que apostar, diría que sólo quieren impediros entrar en Andor. —Sacudió la cabeza sombríamente —. Pero lucharán si no tienen más remedio, si se ven obligados a hacerlo, aunque ello implique enfrentarse a Aes Sedai en lugar de a simples soldados. Imagino que habrán oído las mismas historias que nosotros sobre esa batalla en algún punto del este.

—¡Tripas de pescado! —gruñó Siuan. Adiós a la calma Aes Sedai—. ¡Rumores sin fundamento y chismes disparatados no son una prueba de que hubiese una batalla, zopenco, y, si la hubo, unas hermanas no se habrían involucrado en ella!

Ese hombre realmente hacía que perdiera los estribos. Cosa curiosa, Bryne sonrió. Lo hacía a menudo cuando Siuan daba rienda suelta a su genio. En cualquier otro lugar o en cualquier otra persona, Egwene habría descrito la sonrisa como cariñosa.

—Mejor para nosotros si lo creen así —le dijo Bryne a Siuan suavemente.

El rostro de ella se ensombreció de tal modo que cualquiera habría dicho que Bryne se estaba mofando. ¿Por qué una mujer normalmente sensata permitía que le crispara los nervios? Fuera por la razón que fuese, Egwene no tenía tiempo para ello

esa noche.

—Siuan, veo que alguien olvidó llevarse el vino con especias. No puede haberse agriado con esta temperatura. Caliéntalo, por favor. —No le gustaba rebajar a la mujer delante de Bryne, pero había que frenarla y aquél parecía el modo más suave de hacerlo. Vaya, realmente no tendrían que haber olvidado la jarra de plata sobre su mesa.

Siuan ni siquiera pestañeó, pero por su expresión desairada —borrada rápidamente— nadie habría imaginado que lavaba la ropa interior del hombre.

Sin hacer comentarios, encauzó ligeramente para calentar el recipiente de plata y llenó dos copas limpias, la primera de las cuales tendió a Egwene. Se quedó con la segunda, mirando fijamente a lord Bryne mientras bebía un sorbo y dejando que él mismo se sirviera.

Mientras se calentaba los dedos con la copa, Egwene sintió un fugaz acceso de irritación. Quizás era parte de la reacción retardada de Siuan por la muerte de su Guardián. Aún seguía sollozando sin razón aparente de vez en cuando, aunque intentaba ocultarlo. Apartó el asunto de su mente. Esa noche, aquello era un termitero al lado de montañas.

—Quiero evitar una batalla si es posible, lord Bryne. El ejército es para Tar Valon, no para entablar una guerra aquí. Enviad a alguien para acordar una reunión lo antes posible entre la Sede Amyrlin y lord Pelivar y lady Arathelle y cualquier otro que penséis que debería estar presente. Aquí no. Nuestro destartalado campamento no les impresionaría gran cosa. Lo antes posible, repito. No me importaría que fuese mañana mismo, si puede arreglarse.

—Eso es demasiado pronto, madre —argumentó suavemente él—. Si envío jinetes tan pronto como esté de vuelta en el campamento, dudo que puedan regresar antes de mañana por la noche.

—Entonces sugiero que volváis allí cuanto antes. —¡Luz, que fríos tenía los pies y las manos! Y también sentía frío en la boca del estómago. No obstante, su voz siguió sonando tranquila—. Y quiero que mantengáis en secreto esa reunión, así como la existencia de ese ejército, a la Antecámara el mayor tiempo posible.

En esta ocasión le estaba pidiendo que corriese un riesgo tan grande como el que corría ella. Gareth Bryne era uno de los mejores generales vivos, pero la Antecámara estaba irritada porque no dirigía el ejército a su gusto. Habían agradecido su famoso nombre al principio, ya que había atraído soldados a la causa. Ahora el ejército lo formaban más de treinta mil hombres armados, y seguían acudiendo más desde que las nevadas comenzaron, de modo que pensaban que ya no necesitaban a lord Gareth Bryne. Y, por supuesto, estaban las que opinaban que nunca lo habían necesitado. No se limitarían a echarlo por esto; si la Antecámara decidía actuar, Bryne podría acabar en el tajo del verdugo por traición.

Él no parpadeó ni hizo preguntas. Tal vez sabía que no recibiría respuestas. O quizá creía que las sabía.

—No hay mucho movimiento entre mi campamento y el vuestro, sin embargo, son demasiados los hombres que conocen la noticia a estas alturas para que se mantenga en secreto mucho tiempo. De todas formas, haré todo lo posible.

Así de simple. Se había dado el primer paso por el camino que la llevaría a ocupar la Sede Amyrlin en Tar Valon o, por el contrario, la pondría bajo el férreo control de la Antecámara, sin más posibilidades que ver si era Romanda o Lelaine quien le diría lo que tenía que hacer. De algún modo, un momento tan trascendental debería haber ido acompañado por fanfarrias y trompetas o, al menos, por un trueno en el cielo. Así era como ocurría siempre en las historias.

Egwene dejó que la esfera de luz se apagara, pero cuando Bryne se daba media vuelta para marcharse, lo cogió del brazo. Era como agarrar una gruesa rama bajo la manga de la chaqueta.

—Hay algo que quería preguntaros hace tiempo, lord Bryne. Imagino que no os gusta la idea de llevar a unos hombres agotados por la larga marcha a sitiar Tar Valon directamente. ¿Cuánto tiempo querríais que descansaran antes de empezar?

Por primera vez no respondió de inmediato, y a Egwene le habría gustado que la esfera de luz siguiese encendida para ver su expresión. Le pareció que fruncía el entrecejo.

—Aun dejando a un lado a la gente pagada por la Torre, la noticia de un ejército en marcha vuela tan rápido como un halcón —dijo por fin, muy despacio—. Elaida sabrá la fecha exacta de nuestra llegada, y no nos dará ni una hora de respiro. ¿Sabéis que está incrementando los efectivos de la Guardia de la Torre? A cincuenta mil hombres, por lo visto. Sin embargo, si fuera posible, pediría un mes para descansar y recobrar las fuerzas. Con diez días bastaría, pero un mes sería lo mejor.

La joven le soltó el brazo e hizo un gesto de asentimiento. Aquella pregunta sobre la Torre hecha de pasada dolía. El hombre era muy consciente de que la Antecámara y los Ajahs le contaban sólo lo que querían que supiera, nada más.

—Supongo que tenéis razón —manifestó sin alterarse—. No habrá tiempo para descansar una vez hayamos llegado a Tar Valon. Enviad a vuestros jinetes más veloces. No habrá problemas, espero. Pelivar y Arathelle los escucharán, ¿verdad? —No era fingido su tono de ansiedad. No serían sus planes lo único que se iría al traste si ahora tenían que luchar.

El tono de Bryne no varió un ápice, que Egwene notara, pero de algún modo su voz sonó tranquilizadora.

—Mientras haya luz suficiente para que distingan las plumas blancas, entenderán que es una tregua y escucharán. Será mejor que me marche ya, madre. Hay un largo trecho y una dura cabalgada, incluso para hombres con caballos de refresco.

Tan pronto como la lona de entrada de la tienda cayó detrás de él, Egwene soltó un hondo suspiro. Tenía tensos los hombros, y esperaba que el dolor de cabeza empezara en cualquier momento. Por lo general Bryne la hacía sentirse relajada, como si le transmitiese su seguridad. Esta noche había tenido que manipularle, y creía que él lo sabía. Para ser varón, era muy observador. Sin embargo, era mucho lo que había en juego para confiar más en él hasta que se manifestase abiertamente. Quizá sirviese un juramento como el que Myrelle y las otras habían prestado. Bryne seguía a la Amyrlin, y el ejército seguía a Bryne. Si el general pensaba que ella iba a sacrificar hombres inútilmente, unas pocas palabras por su parte podrían ponerla en manos de la Antecámara como un lechón servido en bandeja. Bebió un buen trago y el calorcillo del vino con especias irradió por su cuerpo.

—Más nos vale que lo crean —murmuró—. Ojalá hubiese algo que pudieran creer. Aunque no sea más que eso, Siuan, espero lograr al menos liberarnos de los Tres Juramentos.

—¡No! —exclamó la otra mujer, que parecía escandalizada—. Incluso intentarlo podría ser desastroso, y si tenéis éxito... La Luz nos asista, pero si tenéis éxito destruiréis la Torre Blanca.

—¿De qué hablas? Intento seguir los Tres Juramentos, Siuan, puesto que nos atenemos a su cumplimiento, por ahora, pero los Juramentos no nos ayudarán contra los seanchan. Si las hermanas han de encontrarse en peligro de muerte antes de responder a un ataque, sólo será cuestión de tiempo que todas acaben muertas o con el collar ceñido al cuello. —Por un instante volvió a sentir el roce del *a'dam* en la garganta, convirtiéndola en un perro sujeto a una correa. Un perro bien entrenado y obediente. Se alegró de que la oscuridad dentro de la tienda ocultara su temblor. También ocultaba el rostro de Siuan, con excepción de la mandíbula, que se movía sin emitir sonidos.

—No me mires así, Siuan. —Resultaba más fácil estar enfadada que asustada; más fácil enmascarar el miedo con la ira. ¡Jamás volverían a subyugarla de ese modo! —. Has sacado el máximo provecho desde que te liberaste de los Juramentos. Si no hubieses mentido descaradamente, seguiríamos en Salidar, sin un ejército, cruzadas de brazos y esperando que ocurriese un milagro. Bueno, lo estarías tú. Jamás me habrían convocado para que fuese Amyrlin sin tu mentira sobre Logain y las Rojas. Elaida gobernaría con pleno poder y al cabo de un año nadie recordaría cómo había usurpado la Sede Amyrlin. Ella sí destruiría la Torre, sin lugar a dudas. Sabes que llevaría mal todo el asunto de Rand. No me sorprendería que hubiese intentado secuestrarlo a estas alturas, de no ser porque está preocupada por nuestra causa. Bueno, quizá secuestrarlo no, pero sí habría hecho algo. Probablemente, las Aes Sedai estarían luchando con los Asha'man, sin importar que el Tarmon Gai'don esté a la vuelta de la esquina.

—Mentí cuando pareció necesario hacerlo —manifestó Siuan—. Cuando pareció oportuno. —Sus hombros se hundieron; hablaba como si estuviese confesando un delito que ni siquiera admitía para sus adentros—. A veces pienso que se ha vuelto muy fácil para mí decidir lo que es necesario y oportuno. He mentido a casi todo el mundo. Excepto a vos. Pero no creáis que no lo he pensado. Para empujaros hacia una decisión o para apartaros de otra. No fue el deseo de conservar vuestra confianza lo que me frenó. —Siuan tendió una mano en la oscuridad, suplicante—. La Luz sabe cuánto significan para mí vuestra amistad y vuestra confianza, pero no fue por eso. Tampoco el hecho de saber que me arrancaríais la piel a tiras o me echaríais si lo descubríais. Comprendí que debía cumplir los Juramentos con alguien o me perdería completamente. De modo que no os miento ni a vos ni a Gareth Bryne, cueste lo que cueste. Y tan pronto como sea posible, madre, volveré a prestar los Tres Juramentos con la Vara Juratoria.

—¿Por qué? —inquirió quedamente Egwene. ¿Que Siuan se había planteado mentirle? Desde luego que le habría arrancado la piel por eso. Sin embargo, su ira había desaparecido—. No apruebo la mentira, Siuan. No por costumbre. Pero a veces es realmente necesario mentir. —La época pasada con los Aiel surgió de manera fugaz en su mente—. Siempre y cuando estés dispuesta a pagar por ello, claro. He visto hermanas cumplir castigos por cosas menos importantes. Eres una de las primeras de una nueva clase de Aes Sedai, Siuan, libre y sin ataduras. Te creo cuando dices que no me mentirás. —¿Ni a lord Bryne? Eso era muy curioso—. ¿Por qué renunciar a la libertad?

—¿Renunciar? —Siuan se echó a reír—. No renunciaré a nada. —Irguió la espalda y su voz empezó a cobrar firmeza, y luego pasión—. Los Juramentos son los que nos convierten en algo más que un simple grupo de mujeres entrometiéndose en los asuntos del mundo. O que siete grupos. O que cincuenta. Los Juramentos nos mantienen unidas, son una serie de creencias establecidas que nos vinculan a todas, un único hilo ensartado a través de cada hermana, viva o muerta, hasta la primera que puso las manos en la Vara Juratoria. Son los que hacen de nosotras Aes Sedai, no el *Saidar*. Cualquier espontánea puede encauzar. Puede que las personas examinen desde seis direcciones distintas lo que decimos, pero cuando una hermana manifiesta «esto es así», saben que es verdad y confían. Por los Juramentos. Por ellos, ninguna reina temerá que las hermanas destruyan sus ciudades. El peor villano sabe que su vida no corre peligro con una hermana a menos que intente hacerle daño. Oh, los Capas Blancas los denominan mentiras, y hay quienes tienen ideas muy peregrinas sobre lo que conllevan, pero existen muy pocos sitios donde no pueda ir una Aes Sedai o no se escuche lo que tenga que decir, gracias a los Juramentos. Los Tres Juramentos representan lo que significa ser Aes Sedai. Arrojadlos a un montón de basura y sólo seremos arena arrastrada por la marea. ¿Renunciar, decís? Lo que haré

será ganar.

—¿Y los seanchan? —Egwene frunció el entrecejo. Lo que significaba ser Aes Sedai. Casi desde el primer día que llegó a Tar Valon se había esforzado para convertirse en Aes Sedai, pero nunca se había planteado realmente qué era lo que convertía a una mujer en Aes Sedai.

De nuevo Siuan rió, aunque en esta ocasión había un timbre cansado, agrio en su risa.

—Lo ignoro, madre. La Luz me asista, no lo sé. Pero hemos sobrevivido a la Guerra de los Trollocs, a los Capas Blancas, a Artur Hawkwing y a todo lo demás habido entremedias. Podemos encontrar un modo de ocuparnos de esos seanchan sin destruirnos a nosotras mismas.

Egwene no lo tenía tan claro. Muchas de las hermanas del campamento consideraban a los seanchan un peligro tan grande como para que el asedio a Elaida esperase. Como si esperar no cimentara la posición de Elaida en la Sede Amyrlin. Muchas otras parecían pensar que por el simple hecho de volver a unir a la Torre, costase lo que costase, los seanchan se desvanecieran sin más en el aire. La supervivencia perdía gran parte de su atractivo si significaba sobrevivir subyugada, y Elaida no sería mucho menos restrictiva que los seanchan. Lo que significaba ser Aes Sedai.

—No es preciso mantener a distancia a Gareth Bryne —dijo de repente Siuan—. Ese hombre es una tribulación andante, cierto. Si no cuenta como penitencia por mis mentiras, entonces ser desollada viva tampoco me redimirá. Cualquier día de éstos voy a empezar a darle de bofetadas una vez por las mañanas y dos por las tardes, como norma general, pero podéis contarle todo. Sería una ayuda si lo entendiese. Se está fiando de vos, y se le hace un nudo en el estómago por la incertidumbre de si sabréis lo que estáis haciendo. No lo deja traslucir, pero sé que es así.

De repente, todas las piezas encajaron en la mente de Egwene como las de un rompecabezas de herrero que un momento antes se encontraban desmontadas. Piezas conmocionantes. ¡Siuan estaba enamorada de ese hombre! El concepto que tenía sobre esa relación cambió de golpe. Y no necesariamente para mejor. Una mujer enamorada dejaba a un lado entendederas y lucidez cuando se encontraba cerca del hombre en cuestión, como ella misma sabía muy bien. ¿Dónde estaría Gawyn? ¿Se encontraría bien? ¿Se hallaba a resguardo o pasando frío? No, debía dejar de pensar en él. Sobre todo habida cuenta de lo que tenía que decir. Adoptó su mejor tono de Amyrlin, firme e imperativo.

—Puedes dar de bofetadas a Bryne o acostarte con él, Siuan, pero habrás de andarte con mucho cuidado. Que no se te escape nada que aún no debe saber. ¿Me has entendido?

Siuan se irguió bruscamente.

—No tengo costumbre de dejar suelta la lengua como una vela rota, madre —repuso acaloradamente.

—Me alegra mucho saberlo, Siuan. —A despecho de que por su aspecto no parecían llevarse muchos años, Siuan era lo bastante mayor para ser su madre. Sin embargo, en ese momento Egwene se sentía como si se hubiesen intercambiado sus edades. Ésta podía ser la primera vez que Siuan tenía que vérselas con un hombre no como Aes Sedai, sino como mujer. «Unos cuantos años creyéndome enamorada de Rand —pensó con amarga ironía—, unos pocos meses colgada de los dedos de los pies por Gawyn, y sé todo lo que hay que saber.»

»Creo que ya hemos terminado aquí —continuó mientras enlazaba su brazo con el de Siuan—. Casi. Vamos.

Aunque las paredes de lona no habían parecido ofrecer demasiada protección, al salir de la tienda los dientes del frío se clavaron de nuevo en ella. La luna brillaba casi lo suficiente para leer a su luz y se reflejaba en la nieve, pero era un brillo gélido. Bryne había desaparecido como si nunca hubiese estado allí. Leane, cuya esbelta figura quedaba desdibujada bajo capas de ropa de lana, apareció justo lo suficiente para decir que no había visto a nadie y después se alejó apresuradamente en la noche sin dejar de lanzar ojeadas alrededor. Nadie sabía que existiese una conexión entre ella y Egwene, y todo el mundo pensaba que Leane y Siuan estaban prácticamente a matar.

Sujetando la capa lo mejor que podía con una sola mano, Egwene se concentró en pasar por alto el intenso frío mientras Siuan y ella caminaban en dirección opuesta a Leane. Y también ojo avizor por si acaso había alguien fuera. Aunque, bien pensado, nadie que hubiese salido a esas horas lo habría hecho por casualidad.

—Lord Bryne tenía razón con respecto a que sería mejor que Pelivar y Arathelle creyesen esas historias —le dijo a Siuan—. O al menos que lo dudaran. Que no se sintiesen tan seguros como para luchar o hacer cualquier otra cosa salvo parlamentar. ¿Crees que acogerían bien la visita de Aes Sedai? Siuan, ¿me estás escuchando?

La otra mujer dio un respingo y dejó de mirar a lo lejos. Había ido caminando sin perder el paso, pero entonces resbaló y a punto estuvo de dar con los huesos en el helado sendero, recuperando el equilibrio justo a tiempo de no tirar también a Egwene.

—Sí, madre, por supuesto que os escucho. Quizá no se muestren exactamente acogedores, pero dudo que rechacen a unas hermanas y les hagan dar media vuelta.

—Entonces quiero que despiertes a Beonin, Anaiya y Myrelle. Saldrán a caballo y se dirigirán hacia el norte en menos de una hora. Si lord Bryne espera una respuesta a última hora de mañana, el tiempo apremia. —Lástima que no supiera la ubicación exacta del otro ejército, pero preguntárselo a Bryne habría levantado sospechas. Descubrirlo no sería demasiado difícil para unos Guardianes, y esas tres hermanas

tenían cinco entre todas.

Siuan escuchó en silencio sus instrucciones. No sólo a esas tres se las iba a sacar del sueño. Para el amanecer, Sheriam, Carlinya, Morvrin y Nisao sabrían lo que tenían que decir durante el desayuno. Había que plantar semillas; semillas que no pudieron sembrarse antes por miedo a que brotaran demasiado pronto, pero ahora disponían de muy poco tiempo para crecer.

—Será un placer sacarlas de las mantas —dijo Siuan cuando Egwene terminó de hablar—. Más vale que empiece, si tengo que patear de aquí para allí sobre esta... —Soltó el brazo de Egwene e hizo intención de dar media vuelta, pero se detuvo y la miró con expresión seria, incluso adusta—. Sé que queréis ser otra Gerra Kishar, o puede que incluso una segunda Sereille Bagand. Tenéis la condición necesaria para igualar a cualquiera de ellas. Pero id con cuidado, no vayáis a acabar siendo otra Shein Chunla. Buenas noches, madre. Que durmáis bien.

Egwene la siguió con la mirada mientras se alejaba, una figura envuelta en la capa que resbalaba de vez en cuando en el hielo y maldecía furiosamente en voz casi lo bastante alta para entender lo que decía. Gerra y Sereille eran recordadas entre las Amyrlins más grandes. Ambas habían elevado la influencia y el prestigio de la Torre Blanca a unos niveles rara vez igualados desde antes de Artur Hawkwing. También las dos controlaban la propia Torre, Gerra manipulando hábilmente una facción de la Antecámara contra otra, y Sereille por pura fuerza de voluntad. Shein Chunla era otra historia; una mujer que había abusado del poder de la Sede Amyrlin, poniendo en su contra a casi todas las hermanas de la Torre. Para el mundo, Shein había muerto ocupando su cargo, unos cuatrocientos años atrás, pero la verdad, guardada en el más absoluto secreto, era que había sido depuesta y enviada al exilio de por vida. Incluso las historias secretas pasaban muy por encima ciertos detalles, pero aun así resultaba bastante obvio leer entre líneas que, tras descubrir el cuarto complot para colocarla nuevamente en la Sede Amyrlin, las hermanas que custodiaban a Shein la habían asfixiado con la almohada mientras dormía. Egwene tuvo un escalofrío; se dijo que era por el frío.

Se dio media vuelta y echó a andar lentamente de regreso a su tienda. ¿Que durmiese bien? La henchida luna se encontraba baja en el cielo y aún faltaban horas hasta que el sol saliera, pero Egwene no estaba segura de que pudiese conciliar el sueño.

16. Ausencias inesperadas

A la mañana siguiente, cuando el sol apenas asomaba por el horizonte, Egwene convocó a la Antecámara de la Torre. En Tar Valon, tal emplazamiento habría estado acompañado de una gran ceremonia, e incluso desde que habían partido de Salidar habían mantenido cierto grado de protocolo a pesar de las dificultades que entrañaba el viaje. En esta oportunidad, Sheriam simplemente fue de una tienda de Asentada a otra cuando todavía estaba oscuro para anunciar que la Sede Amyrlin llamaba a Sesión a la Antecámara. De hecho, no se sentaron. En la penumbra gris que precedía a la salida del sol, dieciocho mujeres se situaron en semicírculo sobre la nieve para oír a Egwene, todas ellas arrebujadas en las ropas para protegerse del frío, que convertía en vaho sus alientos.

Otras hermanas empezaron a aparecer detrás de ellas para escuchar, sólo unas pocas al principio, pero cuando nadie les ordenó que se marchasen el grupo fue aumentando y extendiéndose y empezó a oírse un apagado bisbiseo. Eran contadas las hermanas que se arriesgarían a molestar a una sola Asentada, cuanto menos a la Antecámara al completo. Entre las Aceptadas, con sus vestidos de bandas en el repulgo bajo las capas, que habían aparecido después de las Aes Sedai, el silencio era mayor, naturalmente, y entre las novicias que habían acudido al no tener quehaceres era casi absoluto a pesar de lo nutrido de su número. Para entonces había en el campamento un cincuenta por ciento más de novicias que de hermanas, tantas que eran contadas las que tenían capa blanca y la mayoría había de arreglarse con una falda blanca en lugar del vestido de novicia. Algunas hermanas todavía creían que deberían volver a los métodos antiguos y dejar que las chicas las buscaran, pero muchas más lamentaban los años perdidos, cuando el número de Aes Sedai disminuyó. La propia Egwene casi temblaba cada vez que imaginaba lo que podría haber sido la Torre. Ése era un cambio al que ni siquiera Siuan podría oponerse.

En medio de aquella concentración, Carlinya apareció por la esquina de una tienda y se detuvo en seco al ver a Egwene y a las Asentadas. Normalmente la personificación de la compostura, la hermana Blanca se quedó boquiabierta y su pálida tez enrojeció antes de que diese media vuelta y se alejara, echando ojeadas por encima del hombro. Egwene reprimió una mueca. Todas estaban demasiado preocupadas con lo que se proponía esa mañana como para darse cuenta, pero antes o después alguna caería en la cuenta y empezaría a hacerse preguntas.

Retirando hacia atrás la capa delicadamente bordada a fin de dejar a la vista la estrecha estola azul de Guardiana, Sheriam dedicó a Egwene una reverencia tan formal como se lo permitían sus abultados ropajes antes de situarse a su lado. Enfundada en capas y capas de prendas de fino paño y seda, la mujer pelirroja era la viva imagen de la inmutabilidad. A un gesto de Egwene, adelantó un paso para

entonar la antigua fórmula en voz alta y clara:

—¡Aquí llega, aquí llega! La Vigilante de los Sellos, la Llama de Tar Valon, la Sede Amyrlin. ¡Atended todas, pues aquí llega!

Parecía fuera de lugar en ese sitio y, además, no llegaba, pues ya estaba allí. Las Asentadas guardaron silencio, esperando. Unas cuantas fruncían el entrecejo con impaciencia o toqueteaban las capas o las faldas.

Egwene se retiró la capa, descubriendo la estola de siete colores que rodeaba su cuello. Esas mujeres necesitaban cualquier detalle que les recordara que era realmente la Sede Amyrlin.

—Todo el mundo está cansado de viajar con este tiempo —empezó, no en voz tan alta como Sheriam pero sí lo bastante para que todas la oyeran. Sentía un cosquilleo de expectación por lo que se avecinaba, casi exaltación. No se diferenciaba mucho de una sensación de mareo—. He decidido que hagamos aquí un alto de dos días, quizá tres. —Aquello consiguió que algunas cabezas se alzaran y despertó interés. Esperaba que Siuan se encontrara entre el nutrido grupo de mujeres que escuchaban. Realmente intentaba cumplir los Juramentos—. También los caballos necesitan descansar, y a muchas de las carretas les hacen falta reparaciones urgentes. La Guardiana se ocupará de hacer los arreglos oportunos. —Ahora sí que había empezado realmente.

No esperaba discusión ni discrepancia, y no las hubo. Lo que le había dicho a Siuan no eran exageraciones. Demasiadas hermanas esperaban un milagro, para de ese modo no tener que marchar contra Tar Valon a la vista de todo el mundo. Incluso entre las que estaban convencidas de que Elaida debía ser depuesta por el bien de la Torre, a despecho de todo lo que había hecho, muchas —demasiadas— se aferrarían a cualquier posibilidad de retrasarlo, cualquier oportunidad de que tal milagro ocurriera.

Una de estas últimas, Romanda, ni siquiera esperó a que Sheriam pronunciara las frases que cerraban la sesión. Tan pronto como Egwene acabó de hablar, Romanda, que parecía muy joven al llevar el moño canoso oculto bajo la capucha, se alejó sin más. Con las capas ondeando, Magla, Saroiya y Varilin corrieron en pos de ella. Es decir, hasta donde se podía correr cuando una se hundía en la nieve hasta la rodilla a cada paso. De todos modos, no les salió mal; fueran Asentadas o no, parecía que ni siquiera respirasen sin permiso de Romanda.

Cuando Lelaine vio marcharse a Romanda, reunió a Faiselle, Takima y Lyrelle del semicírculo con un gesto de la mano y se fue sin mirar atrás una sola vez, como un cisne seguido por tres ansiosas ansarinas. Si Lelaine no las tenía tan firmemente asidas en sus garras como Romanda tenía a las otras, no le andaban lejos. En realidad, las restantes Asentadas casi no esperaron a que la última frase «Id con la Luz» saliera de los labios de Sheriam. Egwene se volvió para marcharse, con su Antecámara de la Torre desperdigada ya en todas direcciones. El cosquilleo era más intenso. Y cada vez

estaba más cerca de convertirse en mareo y estómago revuelto.

—Tres días —dijo Sheriam mientras ofrecía la mano a Egwene para ayudarla a bajar a uno de los surcos abiertos como senderos. Los rabillos de sus ojos rasgados se arrugaron interrogativamente—. Estoy sorprendida, madre. Disculpad, pero os habéis cerrado en banda cada vez que he propuesto detenernos durante más de uno.

—Vuelve a hablar conmigo después de que lo hayas hecho con los carreteros, los herradores y los albéitares —manifestó Egwene—. No llegaremos lejos si los caballos se caen muertos y las carretas se deshacen a pedazos.

—Como ordenéis, madre —respondió la otra mujer, no precisamente con aire sumiso, pero con perfecta aceptación.

Caminar no era más fácil esa mañana de lo que lo había sido la noche anterior, y de vez en cuando resbalaban. Agarrándose del brazo, siguieron avanzando despacio. Sheriam ofrecía más apoyo del que Egwene necesitaba, si bien lo hacía casi subrepticiamente. La Sede Amyrlin no podía caerse de nalgas a la vista de cincuenta hermanas y un centenar de criados, pero tampoco tenía por qué sujetarla como si fuera una inválida.

Casi todas las hermanas que habían jurado lealtad a Egwene, entre ellas Sheriam, en realidad lo habían hecho por miedo, simplemente, por instinto de preservación. Si la Antecámara se enteraba de que habían enviado Aes Sedai a Tar Valon para influir en las hermanas de la Torre a fin de cambiar su opinión y, lo que era peor, mantenerlo en secreto por miedo a que hubiese Amigas Siniestras entre las Asentadas, sin duda pasarían el resto de su vida sancionadas y en el exilio. Lo mismo ocurría con las mujeres que, convencidas de que de algún modo podrían manejar a Egwene como una marioneta, en cambio se encontraron jurándole obediencia después de que se esfumara la mayor parte de su influencia en la Antecámara. Eso ocurría rara vez, por no decir nunca, en las historias secretas; se daba por sentado que las hermanas obedecían a la Amyrlin, pero que le jurasen lealtad era otra cosa. La mayoría todavía se sentía incómoda por ello, aunque obedecía. Unas pocas lo llevaban tan mal como Carlinya; de hecho, Egwene había oído cómo le castañeteaban los dientes a Beonin la primera vez que la vio con Asentadas después de haber prestado juramento. Morvrin parecía estupefacta cada vez que sus ojos se posaban en ella, como si todavía no se lo creyera del todo, y Nisao tenía fruncido el entrecejo casi continuamente. Anaiya chasqueaba la lengua, incómoda por lo del secreto, y a Myrelle se le crispaba el gesto muy a menudo, aunque por más razones que un simple juramento. Sin embargo, Sheriam se había adaptado a su papel de Guardiana de las Crónicas de verdad, no sólo de nombre.

—Si se me permite la sugerencia, convendría aprovechar esta oportunidad para ver qué puede encontrarse de víveres y forraje por los alrededores, madre. Nuestras provisiones empiezan a escasear. —Sheriam frunció el entrecejo con ansiedad—. En

especial el té y la sal, aunque dudo que encontremos nada de eso.

—Haz lo que puedas —contestó Egwene en tono tranquilizador. Le resultaba extraño pensar que en otro tiempo Sheriam la intimidaba y le daba mucho miedo incurrir en su desagrado. Por raro que pudiese parecer, ahora que había dejado de ser la Maestra de Novicias y que ya no intentaba empujarla a hacer lo que ella quería, lo cierto es que Sheriam daba la impresión de sentirse más relajada, más feliz—. Tengo plena confianza en ti.

El cumplido puso una sonrisa satisfecha en el rostro de la mujer.

A pesar de que el sol todavía no asomaba por encima de las tiendas y las carretas, el campamento bullía de actividad. En cierto modo. Acabados los desayunos, las cocineras se ocupaban de limpiar los cacharros ayudadas por una caterva de novicias. A juzgar por la energía que ponían en ello, se diría que las jóvenes entraban en calor restregando las ollas con nieve, pero las cocineras se movían trabajosamente, frotándose los riñones, parándose para suspirar y a veces para cerrar más sus capas y contemplar el blanco manto con gesto taciturno. Criados temblorosos, vestidos con casi todas las ropas que poseían, que habían empezado a desmontar tiendas y a cargar carretas automáticamente tan pronto como acabaron a toda prisa sus desayunos, ahora se afanaban en volver a levantar tiendas y en bajar arcones de los vehículos. Los animales a los que se habían puesto los arreos ahora eran conducidos de vuelta a las líneas de estacas por cabizbajos carreteros. Egwene oyó algunos rezongos de hombres que no se habían percatado de que había hermanas cerca, pero la gran mayoría de ellos parecían demasiado cansados para quejarse.

Casi todas las Aes Sedai cuyas tiendas estaban instaladas habían desaparecido dentro de ellas, pero muchas seguían dirigiendo a los trabajadores y otras recorrían a buen paso los senderos abiertos en la nieve ocupadas en sus propias tareas. A diferencia de todos los demás, aparentaban tan poco cansancio como los Guardianes, quienes de algún modo se las arreglaban para dar la impresión de que habían dormido más que suficiente para empezar una nueva jornada. Egwene sospechaba que eso era una parte de cómo una hermana obtenía de verdad energía de su Gaidin, independientemente de lo que pudiese hacer con el vínculo. Cuando un Guardián se negaba a admitir incluso ante sí mismo que estaba cansado, hambriento o con frío, a una no le quedaba más remedio que aguantar también.

Morvrin apareció en uno de los caminos, sujetando el brazo de Takima. Quizá lo hacía para apoyarse, aunque era lo bastante corpulenta para que la otra mujer, más baja, pareciese más pequeña de lo que era realmente. O quizás era para que Takima no se escabullera; cuando Morvrin se proponía un objetivo lo perseguía obstinadamente. Egwene frunció el entrecejo. Era de esperar que Morvrin buscase para ello a una de las Asentadas de su Ajah, el Marrón, pero Egwene habría pensado en Janya o Escaralde como las más probables. Las dos mujeres se perdieron de vista

al pasar por detrás de una carrera cubierta, Morvrin inclinada para hablar al oído de su compañera. Imposible saber si Takima le prestaba o no atención.

—¿Ocurre algo, madre?

Egwene esbozó una sonrisa que notó tirante.

—Nada aparte de lo habitual, Sheriam. Nada aparte de lo habitual.

Cuando llegaron al estudio de la Amyrlin, Sheriam se marchó para ocuparse de las tareas que Egwene le había encomendado, y la joven entró en la tienda, donde encontró todo preparado. Lo contrario la habría sorprendido. Selane dejaba en ese momento una bandeja con té sobre el escritorio. La delgada mujer lucía un vestido de corpiño y mangas bordados con cuentas de vivos colores, y con su aire arrogante, alzando mucho la larga nariz, a primera vista no parecía una criada, pero se había ocupado de tener listo todo lo necesario. Dos braseros llenos de brillantes ascuas habían caldeado un poco el ambiente, si bien la mayor parte del calor escapaba por el agujero de ventilación; las hierbas secas echadas a las brasas daban un aroma agradable al humo que no salía por el orificio; la bandeja de la noche anterior ya no estaba, y la linterna y las velas de sebo se habían despabilado y estaban encendidas, ya que con ese frío a nadie se le ocurriría dejar abierta una tienda para que pasase la luz del exterior.

También Siuan se encontraba ya allí, con un montón de papeles en las manos, una expresión tensa en el rostro y una mancha de tinta en la nariz. Su función como secretaria les proporcionaba una razón más para que se las viese hablando, y a Sheriam no le había importado en absoluto cederle el puesto. Sin embargo, la propia Siuan rezongaba a menudo. Para ser una mujer que rara vez había salido de la Torre desde que había entrado en ella como novicia, denotaba un profundo desagrado a estar en un sitio cerrado. En ese instante, era la viva imagen de una mujer que se muestra muy paciente y que quiere que todo el mundo lo sepa.

A pesar de sus aires altaneros, Selane esbozó tantas sonrisas tontas e hizo tantas reverencias que coger la capa y los mitones a Egwene se convirtió en toda una ceremonia. La mujer parloteó sin pausa sobre que la madre pusiera los pies en alto, y que quizá debería ir a buscar alguna otra prenda más abrigada, y que tal vez debería quedarse por si la madre quería algo más, hasta que Egwene prácticamente la echó. El té sabía a menta. ¡Con ese tiempo! Selane era un martirio, y difícilmente se la podía calificar de leal, pero intentaba cumplir con su trabajo.

Sin embargo, no había tiempo para holgazanear y tomar té. Egwene enderezó su estola y ocupó su sitio en el escritorio, dando automáticamente un tirón a la pata de la silla para que no se doblara bajo su peso, como solía ocurrir. Siuan se sentó en una banqueta destartalada al otro lado de la mesa. El té se enfrió. No hablaron de planes ni de Gareth Bryne ni de esperanzas; todo lo que podía hacerse por el momento, estaba hecho. Los informes y los problemas se habían ido amontonando mientras

viajaban, y el cansancio había superado los intentos de ocuparse de ellos, y ahora que se habían parado tenían que revisarlo todo y solucionarlo. Ni siquiera tener enfrente un ejército cambiaba aquello.

A veces, Egwene se preguntaba cómo podía encontrarse tanto papel cuando todo lo demás escaseaba. Los informes que Siuan le pasó detallaban la mengua de aprovisionamientos. No sólo los que Sheriam había mencionado, sino carbón, clavos y hierro para los herradores y carreteros, cuero y bramante engrasado para los guarnicioneros, aceite de lámparas y velas y un sinfín de otras cosas, incluso jabón. Y lo que no se estaba acabando se estaba estropeando, desde zapatos hasta tiendas, todo ello anotado en la enérgica escritura de Siuan, que se volvía más agresiva cuanto más palmaria era la necesidad que consignaba. La cifra del dinero que quedaba parecía haber sido plasmada en el papel con innegable furia. Y no había nada que pudiera hacerse al respecto.

Entre los papeles de Siuan había varias notas de Asentadas sugiriendo soluciones al problema del dinero. O, más bien, informando a Egwene de la propuesta que pensaban hacer a la Antecámara. Sin embargo, había pocas ventajas en cualquiera de dichos planes y sí muchos riesgos. Moria Karentanis proponía dejar de pagar a los soldados, una idea que Egwene creía que la Antecámara ya se habría dado cuenta de que conduciría a que el ejército se desvaneciera como rocío bajo un sol de verano. Malind Nachenin presentaba una solicitud a los nobles de los alrededores que sonaba más como una exigencia y que muy bien podría desembocar en que toda la región se pusiera en contra de ellas, al igual que lo haría la intención de Salima Toranes de cobrar un impuesto en las ciudades y pueblos por los que pasaban.

Arrugando las tres propuestas juntas en el puño, Egwene se las tendió a Siuan. Ojalá fuesen las gargantas de las tres Asentadas las que tuviera agarradas así.

—¿Es que creen que todo debe ser como ellas quieren, y al infierno con la realidad? ¡Luz, son ellas las que se comportan como niñas!

—La Torre se las ha ingeniado para que sus deseos se hiciesen realidad muy a menudo —comentó Siuan con suficiencia—. Recordad que algunas dirían que también vos pasáis por alto la realidad.

Egwene resopló. Por suerte, ninguna de las propuestas, fuese cual fuese la que votara la Antecámara, podría llevarse adelante sin un decreto de ella. Aun en sus circunstancias, tenía algo de poder. Muy poco, pero era más que nada.

—¿La Antecámara está siempre así de mal, Siuan?

La otra mujer asintió mientras rebullía en la banqueta para buscar mejor equilibrio. No había dos patas del asiento que tuviesen la misma longitud.

—Pero podría ser peor. Recordadme que os cuente lo del Año de las Cuatro Amyrlin; eso fue unos ciento cincuenta años después de la fundación de Tar Valon. En aquellos días, los enredos de la Torre casi rivalizaban con lo que está ocurriendo

hoy. Todas las manos querían agarrar el timón si podían. De hecho hubo dos Antecámaras de la Torre rivales en Tar Valon durante parte de ese año. Casi como ahora. Al final casi todo el mundo acabó mal, incluidas unas pocas que pensaban que iban a salvar la Torre. Algunas de ellas podrían haberlo hecho, si no hubiesen pisado arenas movedizas. La Torre sobrevivió de todos modos, naturalmente. Siempre lo hace.

Mucha era la historia acaecida en más de tres mil años, gran parte de ella suprimida, oculta a todos, salvo a unos pocos ojos; sin embargo, Siuan parecía conocer hasta el último detalle. Debía de haber pasado gran parte de sus años en la Torre *enterrándose* en aquellos legajos secretos. De algo sí estaba segura Egwene: evitaría acabar como Shein si podía, pero no se quedaría como ahora, poco mejor que Cemaile Sorenthaine. Desde mucho antes del final de su reinado, la decisión más importante que se había dejado en manos de Cemaile era qué vestido ponerse. Iba a tener que pedirle a Siuan que le hablara del Año de las Cuatro Amyrlin, y no lo estaba deseando precisamente.

La inclinación del haz de luz que penetraba por el respiradero del techo señalaba que la mañana se aproximaba al mediodía, pero el montón de papeles apenas había disminuido. Cualquier interrupción habría sido bienvenida, incluso un descubrimiento prematuro de sus planes. Bueno, quizás eso no.

—¿Qué es lo siguiente, Siuan? —gruñó.

Un movimiento atrajo la atención de Aran'gar, y ésta escudriñó entre los árboles, hacia el campamento del ejército, un oscuro anillo alrededor de las tiendas de las Aes Sedai. Una hilera de carretas sobre patines avanzaba lentamente hacia el este, escoltadas por hombres a caballo. El pálido sol se reflejaba en armaduras y moharras. No pudo evitar sonreír burlonamente. ¡Lanzas y caballos! Una chusma primitiva que no podía desplazarse más deprisa que un caminante, dirigida por un hombre que ignoraba lo que ocurría a cien kilómetros de distancia. ¿Aes Sedai? Podría destruirlas a todas e incluso mientras murieran no sospecharían quién las estaba matando. Claro que no las sobreviviría mucho. Esa idea la hizo estremecerse. El Gran Señor daba una segunda oportunidad de vivir muy pocas veces, y ella no pensaba desperdiciar la suya.

Esperó hasta que los jinetes se perdieron de vista en el bosque y entonces emprendió la vuelta al campamento, pensando ociosamente en los sueños de esa noche. A su espalda, la blanda nieve ocultaría lo que había enterrado hasta el deshielo de primavera, tiempo más que suficiente. Al frente, algunos de los hombres del campamento repararon finalmente en ella y dejaron sus tareas para mirarla. A pesar de sí misma, sonrió y se alisó la falda en las caderas. Ahora le resultaba verdaderamente difícil recordar cómo había sido su vida como varón; ¿habría sido

entonces un necio tan fácil de manipular? Pasar a través de ese enjambre con un cadáver sin ser vista había sido difícil, incluso para ella, pero disfrutó el paseo de regreso.

La mañana siguió transcurriendo en lo que parecía un interminable abrirse paso trabajosamente a través de papeles, hasta que ocurrió lo que Egwene había sabido que ocurriría. Ciertos acontecimientos cotidianos sucedían inevitablemente: haría un frío intenso, nevaría, habría nubes y cielos grises y viento. Y habría visitas de Lelaine y Romanda.

Cansada de permanecer sentada, Egwene estaba estirando las piernas cuando Lelaine entró en la tienda con Faolain pisándole los talones. El aire frígido penetró con ellas antes de que la lona de la entrada cayera a sus espaldas. Mirando en derredor con una actitud levemente desaprobadora, Lelaine se quitó los guantes de cuero azul mientras dejaba que Faolain le retirara de los hombros la capa orlada con piel de lince. Esbelta y majestuosa en su vestido azul intenso, con ojos penetrantes, habríase dicho que se encontraba en su propia tienda. A un gesto suyo, Faolain se retiró deferentemente a un rincón con la prenda, limitándose a echar hacia atrás su propia capa. Obviamente, estaba preparada para marcharse en el instante que la mano de la Asentada hiciese otro gesto. Sus oscuros rasgos mostraban un indicio de humildad resignada, algo que no cuadraba con su carácter.

La impasibilidad de Lelaine se resquebrajó un instante con una sonrisa sorprendentemente afectuosa a Siuan. Habían sido amigas en otros tiempos, años atrás, y le había ofrecido una especie de patronazgo que Faolain había aceptado, la protección de una Asentada y un brazo en el que refugiarse de la mofa y las acusaciones de otras hermanas. Rozando la mejilla de Siuan, Lelaine musitó algo que sonó compasivo. Siuan enrojeció y su rostro denotó una fugaz y sobresaltada incertidumbre. No era fingido, de eso no le cabía duda a Egwene. A Siuan le resultaba muy difícil aceptar lo que había cambiado realmente en ella y, más aún, la facilidad con la que se estaba adaptando a esos cambios.

Lelaine miró la banqueta colocada delante del escritorio y, como siempre, rehusó ocupar un asiento tan inestable. Sólo entonces se dio por enterada de la presencia de Egwene, con un ligerísimo cabeceo.

—Tenemos que hablar con los Marinos, madre —empezó en un tono demasiado firme para dirigirse a la Sede Amyrlin.

Hasta que desapareció la sensación de tener el corazón en un puño, Egwene no fue consciente de que había temido que Lelaine supiera ya lo que lord Bryne le había dicho. O incluso la reunión que se estaba preparando. Un instante después, el corazón volvió a darle un brinco en el pecho. ¿Los Marinos? Imposible que la Antecámara tuviese conocimiento del absurdo acuerdo que Nynaeve y Elayne habían hecho. No

imaginaba qué podía haberlas conducido a tal desastre ni cómo iba a resolverlo ella.

A pesar de tener el estómago agarrotado, ocupó su sitio detrás del escritorio sin traslucir nada de lo que sentía. Y la maldita pata de la silla se dobló y estuvo a punto de darse una culada en las alfombras antes de conseguir enderezarla de un tirón. Esperaba no tener las mejillas arreboladas.

—¿Los Marinos de Caemlyn o los de Cairhien? —Sí; su tono sonaba aceptablemente sereno y compuesto.

—Los de Cairhien, por supuesto. —La penetrante voz de Romanda resonó como un repentino tañido de campanas. Su entrada hizo que la de Lelaine pareciera casi tímida en comparación, y su fuerte personalidad colmó de golpe la tienda. Nada de sonrisas afectuosas en Romanda; a pesar de ser hermoso, aquel rostro no parecía hecho para sonreír.

Theodrin entró detrás de ella y Romanda se quitó la capa con una floritura y se la echó a la esbelta hermana de mejillas de melocotón, acompañada de un gesto perentorio, de manera que Theodrin se apartó apresuradamente hacia el rincón opuesto al que ocupaba Faolain. Ésta se mostraba claramente sumisa, pero los ojos rasgados de Theodrin estaban muy abiertos, como denotando un sobresalto permanente, y sus labios parecían a punto de soltar una exclamación ahogada. Al igual que Faolain, su lugar apropiado en la jerarquía de Aes Sedai requería una ocupación mejor, pero no parecía probable que alguna de las dos fuese a conseguirlo pronto.

La mirada autoritaria de Romanda se detuvo un momento en Siuan, como si considerara la posibilidad de mandarla también a un rincón, después pasó casi desdeñosamente sobre Lelaine antes de detenerse en Egwene.

—Al parecer ese joven ha estado hablando con los Marinos, madre. Los informadores del Amarillo en Cairhien se muestran muy excitados por ello. ¿Tenéis alguna idea de lo que puede interesarle de los Atha'an Miere?

A pesar del título, no parecía que Romanda estuviera dirigiéndose a la Sede Amyrlin; claro que nunca lo hacía. No cabía duda de quién era «ese joven». Todas las hermanas del campamento aceptaban que Rand era el Dragón Renacido, pero cualquiera que las oyese hablar de él pensaría que se referían a un joven gañán, alborotador e indisciplinado, que podría presentarse a cenar borracho y que vomitaría sobre la mesa.

—Difícilmente puede saber ella lo que ronda por la cabeza del chico —intervino Lelaine sin dar tiempo a Egwene a abrir la boca. Su sonrisa no era en absoluto cálida en esta ocasión—. Si hay que buscar una respuesta, Romanda, será en Caemlyn. Los Atha'an Miere que se encuentran allí no están aislados en un barco, y dudo mucho que unos Marinos de ese alto rango vinieran de tan lejos con distintas misiones. Nunca he oído que hiciesen algo semejante por ninguna razón. Tal vez tienen algún

interés en él. A estas alturas deben de saber quién es.

Romanda respondió con otra sonrisa, y fue un milagro que las paredes de la tienda no se cubrieran de escarcha.

—No es menester exponer lo obvio, Lelaine. La cuestión es cómo enterarnos.

—Estaba a punto de resolver eso cuando entraste y te metiste en la conversión, Romanda. La próxima vez que la madre se encuentre con Elayne o Nynaeve en el *Tel'aran'rhiod* puede darles instrucciones. Merilille podría descubrir lo que quieren los Atha'an Miere o tal vez lo que el chico está haciendo cuando llegue a Caemlyn. Lástima que a las muchachas no se les ocurriera programar encuentros regulares, pero tenemos que amoldarnos a lo que hay. Merilille puede reunirse con una Asentada en el *Tel'aran'rhiod* cuando lo sepa. —Lelaine hizo un ligero ademán; obviamente, ella era la supuesta Asentada—. Creo que Salidar sería un lugar adecuado.

Romanda resopló con sorna. Incluso en eso no había la menor calidez.

—Es más fácil dar instrucciones a Merilille que asegurarse de que obedece, Lelaine. Espero que sepa que se enfrenta a preguntas difíciles. Ese Cuenco de los Vientos debería haberse traído aquí para estudiarlo antes. Ninguna de las hermanas que hay en Ebou Dar posee mucha habilidad en la Danza de la Lluvia, creo, y ahí tienes el resultado, con estos cambios repentinos y el tiempo revuelto. Tengo pensado presentar una ponencia ante la Antecámara sobre todas las involucradas en el asunto. —De pronto la voz de la mujer canosa se tornó suave como mantequilla—. Según recuerdo, apoyaste la elección de Merilille.

Lelaine se irguió bruscamente. Sus ojos centellearon.

—Apoyé a la que el Gris propuso, Romanda, eso es todo —replicó indignada—. ¿Cómo iba a imaginar que decidiría usar el Cuenco allí? ¡Y que incluyera espontáneas de los Marinos en el círculo! ¿Cómo pudo creer que ellas sabían tanto sobre manipular el tiempo como las Aes Sedai? —Su ira desapareció de forma repentina. Se estaba defendiendo ante su más feroz rival en la Antecámara, su única adversaria de verdad. Y, lo que a su modo de ver era peor, se estaba mostrando de acuerdo con ella sobre las mujeres de los Marinos. Ni que decir tiene que lo estaba, pero expresarlo en voz alta era otra cuestión.

La fría sonrisa de Romanda se ensanchó a medida que el semblante de Lelaine palidecía de rabia. Se arregló los frunces de la falda de color bronce con minucioso cuidado, en tanto que Lelaine buscaba un modo de darle la vuelta a las cosas.

—Veremos qué postura toma la Antecámara, Lelaine —dijo finalmente—. Hasta que la moción se delibere y haya un dictamen, creo que lo mejor es que Merilille no se reúna con ninguna de las Asentadas involucradas en su elección. Incluso un indicio de colusión se vería con desconfianza. No me cabe duda de que estarás de acuerdo en que debería ser yo quien hable con ella.

El semblante de Lelaine palideció de modo diferente. No estaba asustada, al

menos visiblemente, pero aun así Egwene casi podía verla contar quién tendría a su favor y quién en contra. El cargo de colusión era tan grave como ser acusada de traición, y sólo requería el consenso simple. Seguramente podría evitar eso, pero el debate sería acalorado y enconado. Cabía incluso la posibilidad de que la facción de Romanda se reforzara con nuevas incorporaciones. Eso causaría indecibles problemas tanto si los propios planes de Egwene daban fruto como si no. Y ella no podía hacer nada para evitarlo, salvo que revelara lo que había ocurrido realmente en Ebou Dar. Sería tanto como pedirles que le permitieran aceptar la misma posición que Faolain y Theodrin tenían.

Egwene respiró hondo. Al menos sí estaba en su mano impedir que se utilizara Salidar como lugar de encuentro en el *Tel'aran'rhiod*. Allí era donde se reunía con Elayne y Nynaeve ahora. Es decir, cuando lo hacía; cosa que no ocurría desde hacía días. Con las Asentadas entrando y saliendo del Mundo de los Sueños constantemente, resultaba difícil dar con un sitio en el que fuera seguro que no apareciesen.

—La próxima vez que me encuentre con Elayne o Nynaeve les transmitiré vuestras instrucciones con respecto a Merilille. Y os comunicaré cuándo puede reunirse con vosotras. —Lo que no ocurriría nunca, una vez que hubiese terminado con esas instrucciones.

Las cabezas de las Asentadas se giraron bruscamente en su dirección y dos pares de ojos se prendieron en ella. ¡Se habían olvidado de su presencia! Esforzándose por mantener el gesto sereno, cayó en la cuenta de que estaba dando golpecitos con el pie en el suelo, irritada, y se detuvo de inmediato. Todavía tenía que seguir actuando como la dócil muchachita por la que la tenían durante un poco más de tiempo. Sólo un poco más. Por lo menos ya no se sentía con náuseas. Sólo encorajinada.

En aquel breve silencio, Chesa entró con la comida de Egwene en una bandeja cubierta con un paño. Morena, rellenita y guapa, la madura Chesa se las ingeniaba para expresar un respeto adecuado sin mostrarse servil. Su reverencia fue tan sobria como su vestido gris oscuro, adornado sólo con un ligero toque de puntilla en el cuello.

—Disculpadme por la interrupción, madre, Aes Sedai. Lamento la tardanza, madre, pero al parecer Meri anda por ahí, zanganeando. —Chasqueó la lengua, exasperada, mientras dejaba la bandeja delante de Egwene. Zanganear no era propio de la desabrida Meri. Aquella seca mujer era tan crítica con sus propios fallos como con los de los demás.

Romanda frunció el entrecejo, pero no dijo nada. Después de todo, difícilmente podía demostrar demasiado interés por una de las doncellas de Egwene. Sobre todo cuando la mujer era su espía; igual que Selane lo era de Lelaine. Egwene evitó mirar a Theodrin y Faolain, quienes todavía seguían plantadas en sus rincones

diligentemente, como si fuesen Aceptadas en lugar de Aes Sedai.

Chesa entreabrió la boca, pero volvió a cerrarla sin decir palabra, quizás intimidada por las Asentadas. Egwene sintió un gran alivio cuando la mujer hizo otra reverencia y se marchó tras musitar «Con vuestro permiso, madre». Los consejos de Chesa eran siempre velados, como los de una hermana mayor, cuando había alguien más presente, pero justo en ese momento lo único que le habría faltado a Egwene sería incluso el recordatorio más circunspecto de que comiese antes de que se enfriara.

Lelaine continuó como si no hubiese habido una interrupción.

—Lo importante —manifestó firmemente— es descubrir qué pretenden los Atha'an Miere. O lo que el chico hace. Tal vez también quiere ser su rey. —Extendió los brazos para que Faolain volviera a ponerle la capa, cosa que la joven atezada hizo con cuidado—. ¿Recordaréis ponerme al corriente si se os ocurre algo al respecto, madre? —En su tono no había apenas indicio de petición.

—Pensaré detenidamente en ello —contestó Egwene, lo que no significaba que fuera a compartir sus ideas. Ojalá tuviese un atisbo de la respuesta. Que los Atha'an Miere consideraban a Rand su Coramoor lo sabía, ya que no la Antecámara, pero sobre qué quería él de los Marinos y viceversa no tenía la más remota idea. Según Elayne, los Atha'an Miere que estaban con ellas tampoco tenían ni idea. O eso decían. Egwene casi deseó que una de las contadas hermanas que procedían de los Marinos estuviese en el campamento. Casi. De un modo u otro, esas Detectoras de Vientos iban a ocasionar problemas.

A un gesto de Romanda, Theodrin se adelantó con la capa de la Asentada prestamente, como si la hubiesen azuzado en el trasero. Por la expresión de Romanda, no le complacía precisamente que Lelaine hubiese recuperado la sangre fría.

—Acordaos de decirle a Merilille que quiero hablar con ella, madre.

En esto ni siquiera hubo indicio de petición.

Durante un instante las dos Asentadas se sostuvieron la mirada, Egwene de nuevo olvidada por su mutua animosidad. Se marcharon sin dirigirle una palabra, casi empujándose para ser la primera en salir, aunque fue Romanda la que llegó primero al faldón de la puerta, con Theodrin pisándole los talones. Enseñando los dientes, Lelaine sacó a Faolain prácticamente a empujones.

Siuan soltó un sonoro suspiro y ni siquiera intentó disimular su alivio.

—Si dais vuestro permiso, madre. Con vuestra venia, madre. Podéis iros, hijas —masculló Egwene con sorna. Tras soltar un largo suspiro, volvió a tomar asiento en la silla, que se ladeó, y la joven cayó de nalgas en la alfombra. Se levantó lentamente y se arregló la falda, así como la estola. Por lo menos no había ocurrido estando esas dos presentes—. Ve a buscar algo de comer, Siuan. Todavía tenemos una larga

jornada de trabajo ante nosotras.

—Algunas caídas duelen menos que otras —comentó Siuan como si hablase consigo misma antes de salir de la tienda. Suerte que lo hizo deprisa, evitando así que Egwene le echara un rapapolvo.

No tardó en regresar, sin embargo, y comieron panecillos duros y guiso de lentejas con zanahorias y trocitos de algún tipo de carne que Egwene prefirió no mirar con demasiado detenimiento. Sólo hubo unas pocas interrupciones, durante las que guardaron silencio y fingieron estudiar los informes. Chesa entró para llevarse la bandeja, y más tarde para reemplazar las velas, una tarea que realizó sin dejar de refunfuñar, lo que era extraño en ella.

—¿Quién habría imaginado que Selane saldría por allí también? —rezongó casi para sí misma—. Estará besuqueándose con los soldados, supongo. Eso es por la mala influencia de Halima.

Un joven delgaducho, con la nariz congestionada por el constipado, echó más carbón a los mortecinos rescoldos de los braseros —la Amyrlin tenía la tienda más caldeada que la mayoría, aunque tampoco era demasiado— y se tropezó con sus propios pies, mirando boquiabierto a Egwene de una manera que resultaba muy gratificante después de lo de las dos Asentadas. Sheriam apareció para preguntar si Egwene tenía más instrucciones que darle, nada menos, y luego pareció que quería quedarse. Tal vez los pocos secretos que sabía la ponían nerviosa; en realidad sus ojos lanzaban rápidas ojeadas a uno y otro lado, con inquietud.

Y eso fue todo; Egwene no estaba segura si era porque nadie molestaba a la Amyrlin sin necesidad o porque todo el mundo sabía que las verdaderas decisiones las tomaba la Antecámara.

—No sé qué pensar de este informe sobre soldados saliendo de Kandor en dirección al sur —comentó Siuan tan pronto como el faldón de la puerta cayó detrás de Sheriam—. Ha sido el único, y los habitantes de las Tierras Fronterizas rara vez se alejan de la Llaga, pero eso lo sabe hasta el más tonto, así que difícilmente es el tipo de historia que alguien se inventaría. —Ahora no estaba leyendo de una página.

Siuan se las había arreglado para mantener un débil control de la red de informadores de la Amyrlin hasta ese momento, de manera que informes, rumores y hablillas llegaban a ella a un ritmo constante y eran estudiados antes de que Egwene y ella decidiesen cuál pasar o no a la Antecámara. Leane tenía su propia red con la que nutrir ese flujo continuo. La mayoría se transmitía —la Antecámara debía saber ciertas cosas, y no había garantía de que los Ajahs trasladaran a las Asentadas lo que sus propios informadores descubrían—, pero todo ello había que pasarlo por el tamiz para eliminar lo que podría ser peligroso o desviar la atención del verdadero objetivo.

Últimamente, pocos de esos informes comunicaban algo bueno. Desde Cairhien habían llegado infinidad de rumores sobre Aes Sedai aliadas con Rand o, peor aún,

sirviéndole, pero al menos ésos podían descartarse. Las Sabias no contaban gran cosa sobre Rand ni cualquiera relacionado con él, pero según ellas Merana estaba aguardando su regreso y, ciertamente, el hecho de que hubiese hermanas en el Palacio del Sol, donde el Dragón Renacido mantenía su primer trono, era semilla más que suficiente para que medraran tales cuentos. Otros no podían pasarse por alto tan alegremente, aun cuando una no supiera qué conclusión sacar de ellos. Un impresor de Illian aseguraba tener pruebas de que Rand había matado a Mattin Stepaneos con sus propias manos y que luego había destruido el cuerpo con el Poder Único, mientras que un trabajador del puerto afirmaba que había visto llevar al anterior rey atado, amordazado y envuelto en una alfombra, a bordo de un barco que zarpó en medio de la noche con el beneplácito del capitán de la guardia del puerto. La primera información parecía más probable que fuera cierta, pero Egwene esperaba que ningún informador de los Ajahs hubiese oído esa historia. Ya había demasiadas marcas negras junto al nombre de Rand en los libros de las hermanas.

Todo era más o menos igual. Al parecer, los seanchan estaban afianzando su dominio en Ebou Dar sin apenas resistencia. Tal cosa era de esperar en un país donde el verdadero poder de la reina terminaba a corta distancia de la capital, pero no resultaba alentador. Los Shaido parecían encontrarse en todas partes, aunque las noticias sobre ellos llegaban siempre de alguien a quien se lo había contado otro que se había enterado por un tercero. La mayoría de las hermanas opinaban que la dispersión de los Shaido era cosa de Rand a pesar de que las Sabias lo negaban, según les dijo Sheriam. Nadie quería comprobar directamente las supuestas mentiras de las Sabias, claro está. Había cientos de excusas, pero ninguna estaba dispuesta a reunirse con ellas en el *Tel'aran'rhiod*, excepto las hermanas comprometidas con Egwene, y éstas sólo lo hacían obedeciendo órdenes. Anaiya denominó los encuentros como «lecciones de humildad bastante compendiosas», y no parecía en absoluto divertida.

—No puede haber tantos Shaido —murmuró Egwene. No se habían echado hierbas olorosas a la segunda carga de carbón, que empezaba a apagarse en débiles ascuas; los ojos le escocían por el humo que flotaba en el aire. Encauzar para dispersarlo también disiparía el calor—. Parte de esto ha de ser obra de bandidos. —Después de todo, ¿quién distinguiría un pueblo vacío cuyos habitantes han huido de los forajidos de otro que se ha abandonado huyendo de los Shaido? Sobre todo si el rumor provenía de tres, cuatro o cinco bocas distintas—. Ciertamente hay bandidos de sobra por la zona para que sean responsables de algunas de esas cosas. —La mayoría de ellos se autoproclamaban Juramentados del Dragón, cosa que tampoco era una ayuda. Movió los hombros para aliviar los músculos agarrotados.

De repente se dio cuenta de que Siuan tenía la mirada fija en la nada, tan absorta que parecía a punto de caerse de la banqueta.

—Siuan, ¿te estás durmiendo? Puede que hayamos trabajado gran parte del día,

pero todavía hay luz fuera. —Se veía por el agujero de ventilación, aunque daba la impresión de que iba menguando.

—Lo siento. —Siuan parpadeó—. Últimamente le estoy dando vueltas a una cosa, intentando decidir si compartirla con vos. Sobre la Antecámara.

—¡La Antecámara! ¡Siuan, si sabes algo de la Antecámara...!

—No sé nada —la interrumpió la otra mujer—. Es algo que sospecho. —Chasqueó la lengua con irritación—. A decir verdad, ni siquiera es una sospecha. Al menos, no sé qué sospechar. Pero veo una pauta.

—Entonces será mejor que me lo cuentes —instó Egwene. Siuan se había mostrado muy hábil en detectar pautas donde otras sólo veían una maraña.

Rebullendo en la banqueta, Siuan se inclinó hacia adelante.

—Es lo siguiente: aparte de Romanda y de Moria, las Asentadas elegidas en Salidar son... demasiado jóvenes. —Mucho había cambiado en ella, pero hablar de la edad de otras hermanas le resultaba obviamente incómodo—. Escaralde es la mayor, y no me cabe duda de que no sobrepasa en mucho los setenta. No puedo asegurarlo sin consultar los libros de novicias en Tar Valon o sin decírselo a ella, pero estoy todo lo segura que es posible dadas las circunstancias. Rara vez la Antecámara ha tenido más de una Asentada que no sobrepasara los cien años, ¡y aquí tenemos nueve!

—Pero Romanda y Moria son nuevas —adujo suavemente Egwene mientras apoyaba los codos en la mesa. Había sido un día muy largo—. Y ninguna de ellas es joven. Quizá deberíamos dar las gracias porque las demás lo son; de otro modo no se habrían mostrado dispuestas a ascenderme. —Podría haber señalado que la propia Siuan había sido elegida Amyrlin cuando tenía la mitad de años que Escaralde, pero habría sido cruel recordárselo.

—Quizá —musitó obstinadamente la otra mujer—. Romanda era una elección segura para la Antecámara tan pronto como apareció. Dudo que haya una Amarilla que se atreva a disputarle el puesto de Asentada. En cuanto a Moria... No adhiere a Lelaine, aunque ésta y Lyrelle probablemente pensaron que lo haría. No lo sé. Pero, tened esto presente: cuando se asciende a una mujer demasiado joven, hay una razón. —Respiró hondo—. Incluyendo cuando lo hicieron conmigo. —El dolor por la pérdida pasó fugazmente por su rostro, la pérdida de su condición de Amyrlin sin lugar a dudas, y quizá de todo lo dejado atrás para siempre, pero desapareció casi al instante. Egwene creía que no conocía a otra mujer con tanta entereza como Siuan Sanche—. En este caso, había suficientes hermanas con la edad adecuada para escoger, y me cuesta imaginar que cinco Ajahs no acaben de llegar a un acuerdo para nombrar a ninguna de ellas. Hay una pauta, y me propongo descifrarla.

Egwene no estaba de acuerdo. El cambio flotaba en el aire, aunque Siuan no quisiera verlo. Elaida había roto la tradición, casi había llegado a quebrantar la ley, al usurparle el puesto. Habían huido hermanas de la Torre y habían permitido que el

mundo lo supiera, y eso último ciertamente no había sucedido jamás. Cambio. Las hermanas de mayor edad serían más dadas a aferrarse a las viejas costumbres, pero incluso entre ellas tenía que haber algunas que vieran que todo estaba cambiando. Seguramente ése era el motivo de que se hubiesen elegido mujeres más jóvenes, más abiertas a lo nuevo. ¿Debería ordenar a Siuan que dejase de perder el tiempo con eso? ¿O sería un gesto compasivo dejarla continuar? ¡Era tal su deseo de demostrar que el cambio que veía no estaba ocurriendo realmente!

Antes de que Egwene tuviese tiempo de tomar una decisión, Romanda entró en la tienda y se quedó parada, manteniendo abierto el faldón de la puerta. Fuera, las largas sombras se proyectaban sobre la nieve. La noche se acercaba con rapidez. El semblante de Romanda estaba igual de sombrío y tormentoso. Clavó una dura mirada en Siuan y espetó:

—¡Fuera!

Egwene hizo un mínimo gesto de asentimiento, pero Siuan ya se había levantado de la silla. Dio un paso vacilante y luego salió casi corriendo. Se esperaba de una hermana con la posición de Siuan que obedeciese prestamente no sólo a una Asentada, sino a cualquier otra con la fuerza de Romanda en el Poder.

Romanda dejó caer el faldón y abrazó la Fuente. El brillo del *Saidar* la envolvió y la mujer tejió una salvaguardia contra oídos indiscretos en torno a la tienda, sin molestarse siquiera en fingir pedir permiso a Egwene.

—¡Eres una necia! —bramó—. ¿Durante cuánto tiempo pensabas que podrías mantenerlo en secreto? Los soldados hablan, muchacha. ¡Los hombres siempre hablan! Bryne tendrá suerte si la Antecámara no clava su cabeza en una pica.

Egwene se puso de pie lentamente, alisándose la falda. Esperaba que esto ocurriera, pero todavía tenía que ser cauta. El juego distaba mucho de haber terminado, y todo podía volverse en su contra en un abrir y cerrar de ojos. Tenía que disimular inocencia hasta que pudiera permitirse el lujo de no fingir.

—¿He de recordarte que tratar groseramente a la Sede Amyrlin es un delito, hija? —preguntó en cambio. ¡Llevaba tanto tiempo fingiendo y estaba tan cerca de alcanzar su objetivo!

—La Sede Amyrlin. —Romanda acortó la distancia que las separaba cruzando a zancadas las alfombras y se paró a un metro de ella. A juzgar por su mirada fulminante, la idea de aproximarse más le pasó por la cabeza—. ¡Eres una niña! ¡Tus posaderas aún recuerdan los últimos varazos recibidos de novicia! Después de esto, tendrás suerte si la Antecámara no te castiga en un rincón y te quita tus pocos juguetes. Si quieres evitarlo, me prestarás atención y harás lo que te diga. ¡Y ahora, siéntate!

Egwene hervía de rabia por dentro, pero se sentó. Era demasiado pronto.

Con un brusco y satisfecho cabeceo, Romanda se puso en jarras. Miró a Egwene

como una tía severa que echa el sermón a una sobrina que se ha portado mal. Una tía muy, muy severa. O como un degollador con dolor de muelas.

—Esa reunión con Pelivar y Arathelle debe celebrarse, ahora que se ha acordado. Esperan a la Sede Amyrlin, y la verán. Acudirás con toda la pompa y la dignidad debidas a tu título y les dirás que yo hablo en tu nombre, tras lo cual, ¡mantendrás la boca cerrada! Quitarlos de tu camino requiere una mano firme y alguien que sepa lo que hace. Sin duda, Lelaine aparecerá aquí en cualquier momento para intentar hacer lo mismo, pero recuerda el aprieto en el que está. Me he pasado el día hablando con las otras Asentadas, y parece muy probable que los fracasos de Merilille y Merana se atribuyan a Lelaine en la próxima sesión de la Antecámara. De modo que si hay para ti alguna esperanza de ganar la experiencia que necesitarás para que esa estola no te quede grande, se halla conmigo. ¿Has entendido?

—Perfectamente —repuso Egwene en un tono que confiaba sonara sumiso. Si dejaba que Romanda hablase en su nombre, ya no habría lugar a dudas. La Antecámara y el mundo entero sabría quién tenía a Egwene al'Vere agarrada por el pescuezo.

Los ojos de Romanda parecieron taladrarla antes de que la mujer hiciese un gesto brusco de asentimiento.

—Espero que sea así. Me propongo destituir a Elaida de la Sede Amyrlin, y no permitiré que todo se vaya al garete porque una chiquilla cree que sabe lo bastante para cruzar la calle sin que nadie la lleve de la mano. —Resopló, se envolvió en la capa y salió airadamente de la tienda. La salvaguardia desapareció al mismo tiempo que ella.

Egwene se sentó y miró con el entrecejo fruncido el faldón de la entrada. ¿Una chiquilla? ¡Al infierno con ella! ¡Era la Sede Amyrlin! ¡Les gustase o no, la habían investido y tendrían que aceptarlo! Con el tiempo. Cogió el tintero y lo arrojó contra el faldón de la puerta.

Lelaine tuvo que echar la cabeza hacia atrás, evitando por un pelo la rociada de tinta.

—¡Vaya, qué geniecito! —dijo burlona mientras entraba.

Sin pedir permiso, como Romanda, abrazó la Fuente y tejió una salvaguardia para que nadie más oyera lo que tenía que decir. En contraste con la ira demostrada por Romanda, Lelaine parecía muy complacida consigo misma, frotándose las enguantadas manos y sonriendo.

—Supongo que no tengo que decirte que tu pequeño secreto se ha descubierto. Mal asunto para lord Bryne, pero creo que es demasiado valioso para matarlo. Tiene suerte de que opine así. Veamos. Imagino que Romanda te dijo que la reunión con Pelivar y Arathelle se celebrará, pero que tienes que dejar que sea ella la que hable, ¿me equivoco? —Egwene rebulló en la silla, pero Lelaine agitó la mano—. No hace

falta que contestes. Conozco a Romanda. Infortunadamente para ella, me enteré de esto antes y, en lugar de venir corriendo hacia aquí, he estado sondeando a las otras Asentadas. ¿Quieres saber cuál es su opinión?

Egwene apretó los puños sobre el regazo, donde esperaba que el gesto pasara inadvertido.

—Deduzco que vas a decírmelo de todos modos.

—No estás en condiciones de adoptar ese tono conmigo —espetó secamente Lelaine, pero, al momento, su sonrisa reapareció—. La Antecámara está disgustada contigo. Muy disgustada. No sé con qué te ha amenazado Romanda, aunque no es difícil de imaginar, pero puedo superarlo. Por otro lado, Romanda ha incomodado a varias Asentadas con sus modos intimidatorios. Por lo tanto, excepto que quieras encontrarte con menos autoridad que la poca que tienes ahora, Romanda se llevará mañana una sorpresa cuando me designes a mí para hablar en tu nombre. Cuesta creer que Arathelle y Pelivar fueran lo bastante necios para poner en marcha algo así, pero se escabullirán con el rabo entre las piernas después de que haya terminado con ellos.

—¿Y cómo sé que no llevarás a cabo esas amenazas de todos modos? —Egwene confiaba en que su hablar entre dientes por la rabia sonase sólo malhumorado. ¡Luz, qué harta estaba de todo eso!

—Porque lo digo yo —espetó Lelaine—. ¿Es que no sabes a estas alturas que no tienes realmente autoridad en nada? La tiene la Antecámara, lo que significa entre Romanda y yo. Dentro de cien años quizá des la talla para llevar la estola, pero, por ahora, quédate callada, crúzate de brazos y deja que alguien que sabe lo que hace se encargue de derrocar a Elaida.

Una vez que Lelaine se hubo marchado, Egwene volvió a mirar al vacío desde su silla. Esta vez no permitió que la ira la dominara. «Quizá des la talla para llevar la estola.» Casi lo mismo que Romanda había dicho. «Alguien que sepa lo que hace.» ¿Estaría engañándose a sí misma? ¿Sería una chiquilla que podría malograr lo que una mujer con experiencia resolvería fácilmente?

Siuan entró en la tienda y se quedó parada, con expresión preocupada.

—Gareth Bryne acaba de estar aquí para informarme de que la Antecámara lo sabe —explicó amargamente—. Vino con la excusa de preguntar por sus camisas. ¡Él y sus malditas camisas! La reunión se ha acordado para mañana, en un lago situado a unas cinco horas hacia el norte. Pelivar y Arathelle ya se han puesto en camino. Y también Aemlyn. Representa a otra de las casas fuertes.

—Es más de lo que Romanda y Lelaine se han dignado contarme —dijo Egwene con idéntica acritud. No. Cien años dejándose llevar de la mano, agarrada por el pescuezo y mangoneada, o cincuenta o incluso cinco, y ya no estaría en condiciones de hacer otra cosa. Si tenía que dar la talla para llevar la estola, la daría *ahora*.

—¡Oh, rayos y centellas! —gimió Siuan—. ¡No lo soporto! ¿Qué dijeron? ¿Qué

pasó?

—Como esperábamos, más o menos. —Egwene sonrió con una expresión de incredulidad que también se reflejó en su voz—. Siuan, no habrían puesto la Antecámara en mis manos mejor si les hubiese dicho cómo hacerlo.

Estaba oscureciendo cuando Sheriam llegó a su tienda, más pequeña incluso que la de Egwene. Si no hubiese sido la Guardiana, habría tenido que compartirla. Entró agachada y sólo tuvo tiempo para darse cuenta de que no estaba sola cuando se encontró escudada y derribada de bruces sobre el camastro. Aturdida, intentó gritar, pero un pico de la manta se metió dentro de su boca como una mordaza. El vestido y la ropa interior se soltaron de su cuerpo de golpe, como una pompa pinchada. Una mano le acarició la cabeza.

—Se suponía que debías informarme de todo, Sheriam. Esa chica planea algo y quiero saber qué es.

Tardó un buen rato en convencer a la persona que la interrogaba que le había contado cuanto sabía, que jamás se reservaría nada, ni una palabra. Cuando por fin se quedó sola, yació hecha un ovillo y llorando por los dolorosos verdugones, deseando amargamente no haber hablado jamás con ninguna hermana de la Antecámara.

17. En el hielo

A la mañana siguiente, antes de amanecer, una columna salió a caballo desde el campamento de las Aes Sedai hacia el norte, en silencio, salvo por los crujidos de las sillas de montar y el de los cascos de los caballos al romper la costra de nieve. De vez en cuando uno de los animales resoplaba o tintineaba alguna pieza metálica de los arreos, que enseguida se acallaba. La luna ya se había metido, pero las estrellas brillaban en el cielo y su reflejo en el blanco manto que lo cubría todo bastaba para alumbrar la oscuridad. Cuando las primeras luces del alba asomaron por el este, llevaban una hora o más de camino, lo que no significaba que hubiesen llegado muy lejos. Por algunos tramos abiertos Egwene podía dejar que *Daishar* avanzara a medio galope, salpicando partículas blancas como si chapotease en el agua, si bien durante la mayor parte de la marcha los caballos iban al paso, y no muy deprisa, a través de florestas poco densas donde la nieve se amontonaba en profundos ventisqueros y se acumulaba sobre las ramas de los árboles. Robles y pinos, tupelos y cedros y otras especies que no conocía ofrecían un aspecto aún más deslucido que el que tenían con la sequía y el calor. Ese día se celebraba la Fiesta de Abram, pero no habría premios metidos en la masa de las tortas de miel. Sin embargo, quisiera la Luz que algunas personas encontraran sorpresas ese día.

El sol, una esfera dorada pálida que no daba calor, siguió subiendo. Con cada inhalación el aire aún pinchaba la garganta, y al exhalar, el aliento se condensaba en vaho. Soplaba un viento no muy fuerte pero cortante, y por el oeste negros nubarrones se desplazaban hacia el norte en su camino a Andor. Sintió cierta lástima por quienquiera que sufriera las consecuencias cuando aquellas nubes descargaran, y al mismo tiempo alivio porque se alejaban de ellos. Tener que esperar un día más habría sido exasperante. No había podido pegar ojo en toda la noche, y no por culpa de las jaquecas, sino por la impaciencia y la inquietud. Eso y los zarcillos del miedo que se habían deslizado por los resquicios de la tienda como un aire frío. Sin embargo, no estaba cansada. Se sentía como un muelle comprimido, como el resorte tenso de la cuerda de un reloj, rebosante de energía que necesitaba desesperadamente soltar. Luz, todo podía salir terriblemente mal aún.

Era una columna impresionante, detrás del estandarte de la Torre Blanca, la blanca Llama de Tar Valon centrada en una espiral de siete colores, uno por cada Ajah. Confeccionado secretamente en Salidar, había permanecido guardado en el fondo de un arcón desde entonces, con las llaves en poder de la Antecámara. Egwene creía que no lo habrían sacado de no haber sido por la necesaria pompa de esa mañana. La caballería pesada que les proporcionaba escolta estaba compuesta por mil jinetes vestidos con peto y cota de malla; una colección de lanzas, espadas, mazas y hachas rara vez vista al sur de las Tierras Fronterizas. Su comandante era un

shienariano tuerto, con un parche de vivos colores sobre la cuenca vacía, un hombre al que había conocido tiempo atrás, lo que ahora le parecía una era. Ino Nomesta lanzaba miradas fulminantes a los árboles a través de las hendiduras de la visera del casco, como si esperase que les tendieran una emboscada en cualquier momento, y sus hombres parecían igualmente alertas, muy rectos en sus sillas.

Delante, casi fuera del alcance de la vista, marchaba un grupo de hombres a través de los árboles; llevaban peto y espaldar, pero ninguna otra pieza de armadura. Sus capas ondeaban libremente al viento, sin ofrecerles protección contra el frío, ya que tenían ocupadas ambas manos, una sujetando las riendas y la otra sosteniendo un arco corto. También marchaban más grupos, otro millar de hombres en total, por la izquierda, por la derecha y por atrás, todos fuera de la vista de la columna, para explorar y proteger. Gareth Bryne no esperaba traición por parte de los andoreños, pero, según él mismo dijo, ya se había equivocado en ocasiones anteriores y, además, los murandianos eran otro cantar. También existía la posibilidad de asesinos a sueldo pagados por Elaida, e incluso Amigos Siniestros. Sólo la Luz sabía cuándo o por qué podría decidir asesinar un Amigo Siniestro. En realidad, aunque se suponía que los Shaido se encontraban lejos, nadie parecía saber dónde se hallaban hasta que comenzaban las matanzas. Incluso los bandidos podrían intentar probar suerte con un grupo reducido. Lord Bryne no era hombre que corriese riesgos innecesarios, de lo que Egwene se alegraba mucho. Ese día quería tener el mayor número posible de testigos.

Ella marchaba delante del estandarte, con Sheriam, Siuan y Bryne. Los tres parecían absortos en sus pensamientos. Lord Bryne se sostenía en su silla con fácil soltura; el vaho de su respiración uniforme formaba una ligera capa de escarcha en la visera del yelmo, pero Egwene podía verlo analizando mentalmente el terreno. Por si acaso tenía que combatir en él. Siuan montaba tan rígida que tendría los músculos agarrotados mucho antes de que llegasen a su destino, pero miraba fijamente hacia el norte, como si pudiese ver ya el lago, y a veces asentía o sacudía la cabeza para sí misma. No habría hecho tal cosa si no se sintiera inquieta. Sheriam ignoraba tanto como las Asentadas lo que iba a ocurrir, pero daba la impresión de estar más nerviosa incluso que Siuan, rebullendo sin parar sobre su silla y encogiéndose. Por alguna razón, en sus verdes ojos también había un brillo de ira.

Inmediatamente detrás del estandarte marchaban todas las Asentadas de la Antecámara de la Torre, en fila de a dos, luciendo sedas recamadas, ricos terciopelos, pieles y capas con el símbolo de la Llama bordado en el centro. Mujeres que por lo general no llevaban más joyas que el anillo de la Gran Serpiente, ese día lucían los más finos aderezos que guardaban los cofres de alhajas del campamento. Sus Guardianes ofrecían un espléndido despliegue simplemente con sus capas de colores cambiantes, que al agitarse con el aire creaban la ilusión de que partes de los cuerpos

de los hombres desaparecían. Los seguían sirvientes, tres o cuatro por cada hermana, en los mejores caballos que habían podido proporcionarles; se habían registrado a fondo todos los baúles del campamento para vestirlos con ropas de vivos colores, de manera que habrían podido pasar por nobles de segunda fila si no hubiera sido porque algunos tiraban de las riendas de animales de carga.

Tal vez debido a que era una de las Asentadas que no tenía Guardián, Delana había llevado a Halima, que montaba una briosa yegua blanca. Las dos mujeres marchaban juntas, casi rodilla contra rodilla. A veces Delana se inclinaba para hablar en privado con Halima, aunque ésta parecía demasiado excitada para escucharla. Supuestamente, era la secretaria de Delana, pero todo el mundo consideraba la relación como un acto de caridad o una posible amistad —por improbable que pudiese parecer— entre la circunspecta hermana de cabello claro y la irascible mujer de campo de cabello oscuro. Egwene había visto la escritura de Halima, y tenía la apariencia de la de un niño que está empezando a aprender las primeras letras. En esta ocasión vestía ropas tan finas como las de la hermana, y llevaba joyas que igualaban fácilmente las de Delana, de quien debían de proceder. Cada vez que una ráfaga de aire abría su capa de terciopelo, dejaba a la vista una escandalosa porción de su generoso busto; ella se echaba a reír sin darse prisa alguna en volver a taparse, negándose a admitir que sintiese el frío más que las hermanas.

Por una vez Egwene se alegró de que le hubiesen regalado tanta ropa, que le permitía superar a las Asentadas. Su atuendo de seda verde y azul tenía cuchilladas en blanco e iba bordado con aljófares. Incluso los guantes estaban adornados con perlas. En el último minuto Romanda le había proporcionado una capa forrada con pieles de armiños, y Lelaine le facilitó un collar y unos pendientes de esmeraldas y ópalos. Las piedras de la luna que adornaban su cabello eran una aportación de Janya. La Amyrlin tenía que estar resplandeciente ese día. Hasta Siuan parecía arreglada para asistir a un baile, con terciopelo azul y encaje de color crema, una ancha banda de perlas en la garganta y muchas más entrelazadas en el pelo.

Romanda y Lelaine encabezaban el grupo de Asentadas, tan pegadas al soldado que portaba el estandarte que el hombre echaba ojeadas nerviosas hacia atrás y a veces taconeaba su caballo para que se acercara a los que iban delante. Egwene se las arregló para no mirar atrás más que una o dos veces, pero aun así notaba sus ojos clavados en la espalda, cada una de ellas convencida de tenerla bien atada en un esmerado paquete, pero también tenían que estar preguntándose de quién era la cuerda con la que se había hecho la atadura. Oh, Luz, eso no podía salir mal. Ahora no.

Aparte de la columna, era escaso el movimiento en aquel paisaje cubierto de nieve. Un halcón giró en círculos un rato, perfilado contra el azul del cielo, antes de volar hacia el este. En dos ocasiones Egwene divisó zorros de cola negra trotando a lo

lejos, todavía con el manto de verano, y una vez a un gran ciervo de majestuosa cornamenta que desapareció entre los árboles como un fantasma. Una liebre, que apareció de repente junto a las patas de *Bela* y huyó a grandes saltos, hizo que la hirsuta yegua sacudiese la cabeza arriba y abajo; Siuan chilló y agarró las riendas como si esperara que *Bela* fuera a lanzarse a galope. Por supuesto, la yegua se limitó a soltar un resoplido de reproche y siguió con su tranquilo paso. El ruano castrado de Egwene respingó más asustado, y eso que la liebre no saltó cerca de él.

Siuan empezó a rezongar entre dientes después de que la liebre se alejase corriendo, y pasó un buen rato antes de que aflojara las riendas de *Bela*. Ir a caballo la ponía siempre de mal humor —viajaba en una de las carretas cada vez que podía— pero rara vez estaba tan alterada. Sólo había que fijarse en lord Bryne o en las feroces ojeadas que ella le echaba para saber el motivo. Si el hombre advirtió las miradas de Siuan no lo demostró. Era el único que no se había engalanado; tenía la misma estampa de siempre, sencilla y ligeramente deteriorada. Por alguna razón, Egwene se alegraba de que se hubiese resistido a los intentos de vestirlo con ropas mejores. Necesitaban realmente ofrecer una imagen que causara impacto, pero aun así Egwene creía que la del hombre era excelente tal cual.

—Es una buena mañana para montar —comentó Sheriam al cabo de un rato—. No hay nada mejor que un buen paseo a caballo por la nieve para despejar la cabeza. —Su tono no era bajo, y sus ojos se posaron en la todavía rezongante Siuan a la par que esbozaba una sonrisa.

Siuan no dijo nada —difícilmente podía hacerlo delante de tantos ojos—, pero asestó a la Guardiana una dura mirada que prometía una respuesta cortante para más tarde. La mujer pelirroja se giró bruscamente, casi encogiéndose. *Alada*, su torda rodada, cabrioleó unos pasos, y Sheriam la calmó con cierta dureza. Había mostrado poca gratitud hacia la mujer que la había nombrado su Maestra de Novicias y al igual que la mayoría en su situación, buscaba razones para culpar a Siuan. Era la única falta que Egwene le encontraba desde el juramento. Bueno, había protestado porque, en su posición de Guardiana, consideraba que no debería tener que obedecer órdenes de Siuan como hacían las demás que habían prestado juramento, pero Egwene había visto de inmediato adónde conduciría eso. No era la primera vez que Sheriam había intentado clavar una pulla. Siuan insistía en manejar personalmente a Sheriam, y su amor propio era tan frágil que Egwene no tuvo valor de negárselo; a no ser que las cosas se pasaran de la raya.

Egwene deseó que hubiese alguna forma de acelerar la marcha. Siuan volvía a rezongar entre dientes, y Sheriam intentaba dar con algo que decir que no acarreara exactamente una reprimenda. Todo aquel refunfuñar y sus miradas de reojo empezaban a irritar a Egwene. Al cabo de un rato, hasta la equilibrada compostura de Bryne comenzó a resultarle cargante. La joven se sorprendió discurriendo qué podría

decirle para romper su aplomo. Desgraciadamente —o quizá por fortuna— no creía que hubiese algo que lo hiciera. Pero si tenía que esperar mucho más, tal vez fuera ella la que estallara de impaciencia.

El sol ascendía hacia el cenit, y los kilómetros quedaban atrás con desesperante lentitud; por fin, uno de los jinetes de la vanguardia se volvió y levantó la mano. Tras una precipitada disculpa a Egwene, Bryne galopó hacia él. Más bien avanzó pesadamente a través de la nieve con su robusto castrado bayo, *Viajero*, pero llegó a la altura de la avanzadilla, intercambió unas cuantas palabras y después los mandó seguir adelante y esperó a que Egwene y los demás lo alcanzaran.

Mientras volvía a ocupar su puesto junto a la joven Amyrlin, Romanda y Lelaine se reunieron con ellos. Las dos Asentadas apenas hicieron caso de Egwene y clavaron los ojos en Bryne con la fría serenidad que había hecho flaquear a tantos hombres al verse ante Aes Sedai. Salvo que de vez en cuando se echaban miradas de reojo la una a la otra. No parecían darse cuenta de lo que estaban haciendo. Egwene esperaba que estuviesen la mitad de nerviosas que ella; con eso se conformaría.

Las miradas fríamente serenas resbalaron en Bryne como la lluvia sobre una roca. Saludó a las Asentadas con una ligerísima inclinación de cabeza, pero se dirigió a Egwene.

—Ya han llegado, madre. —Eso era de esperar—. Han traído casi tantos hombres como nosotros, aunque están apostados en la orilla norte del lago. He mandado exploradores para asegurarnos de que nadie intenta rodearnos, pero en realidad no espero que lo hagan.

—Confiemos en que no os equivoquéis —repuso con acritud Romanda.

—Últimamente vuestro criterio no ha sido muy atinado, lord Bryne —añadió Lelaine en un tono mucho más frío. Cortante y gélido, a decir verdad.

—Como digáis, Aes Sedai. —Hizo otra leve inclinación sin apartar la mirada de Egwene. Como Siuan, ahora estaba vinculado claramente a ella, al menos en lo que a la Antecámara concernía. Ojalá no supieran hasta qué punto lo estaba. Ojalá pudiese estar segura ella de hasta qué punto lo estaba—. Otra cosa, madre —continuó—. Talmanes se encuentra también en el lago. Hay alrededor de cien soldados de la Compañía a cada lado. Son insuficientes para causar problemas, aunque quisieran, y en mi opinión no es probable que lo intenten.

Egwene se limitó a asentir con la cabeza. ¿Insuficientes para causar problemas? ¡Sólo Talmanes sería suficiente! Sintió un regusto a bilis en la garganta. ¡No... podía... salir... mal... ahora!

—¡Talmanes! —exclamó Lelaine, su serenidad saltando en pedazos. Debía de estar tan nerviosa como Egwene—. ¿Cómo se enteró? ¡Si habéis incluido a los Juramentados del Dragón en vuestra intriga, lord Bryne, entonces sí que sabréis lo que significa llegar demasiado lejos!

—¡Esto es vergonzoso! —gruñó Romanda, casi sin dejar que terminara de hablar —. ¿Y decís que acabáis de enteraros de su presencia? ¡Si eso es cierto, vuestra reputación está más inflada que un furúnculo!

Por lo visto, para algunas la calma Aes Sedai era una fina gasa que se rasgaba fácilmente.

Continuaron en esa línea, pero Bryne siguió cabalgando y musitando de vez en cuando «Como digáis, Aes Sedai», cuando tenía que decir algo. Esa misma mañana había tenido que aguantar cosas peores en presencia de Egwene, y su reacción había sido igual de impasible. Fue Siuan la que finalmente resopló y luego enrojeció cuando las Asentadas la miraron con sorpresa. Faltó poco para que Egwene sacudiera la cabeza. Siuan estaba enamorada, definitivamente y sin remedio. ¡Y ella tenía que hablar con esa mujer, también definitivamente y sin remedio! Por alguna razón, Bryne sonrió, pero quizá se debiera sólo a que había dejado de ser el objeto de atención de las Asentadas.

Los árboles dieron paso a un espacio abierto, más amplio que la mayoría, y ya no hubo tiempo para pensamientos frívolos.

Aparte de un ancho borde de cañizos altos y pardos y espadañas asomando entre la nieve, nada indicaba que hubiese un lago. Podría haber sido un gran prado, llano y de forma más o menos ovalada. A cierta distancia de la línea de árboles, sobre el estanque helado, se alzaba un amplio baldaquín azul, sostenido por altos postes; alrededor se arremolinaba una pequeña multitud y docenas de caballos atendidos por sirvientes. La brisa hacía tremolar un montón de estandartes y banderas, y acercaba gritos ahogados que sólo podían ser órdenes. Más sirvientes se adelantaron apresuradamente. Al parecer, no llevaban tiempo suficiente allí para haber terminado los preparativos.

A un kilómetro, más o menos, empezaba de nuevo la fronda, y allí, el débil brillo del sol se reflejó en metal. Mucho metal, que se extendía a lo largo de la orilla opuesta. Hacia el este, casi a la misma distancia que el pabellón, el centenar de hombres de la Compañía no hacía el menor esfuerzo por pasar inadvertido, de pie junto a sus monturas, muy cerca de donde empezaban las espadañas. Unos cuantos apuntaron cuando apareció el estandarte de Tar Valon. La gente del pabellón se paró para mirar.

Egwene no hizo pausa alguna antes de entrar en el hielo cubierto de nieve. Se imaginó a sí misma como un capullo abriéndose al sol, sin embargo; aquel viejo ejercicio de novicia. En realidad no abrazó el *Saidar*, pero la calma que llegó con él fue bienvenida.

Siuan y Sheriam la siguieron, así como las Asentadas con sus Guardianes, y los sirvientes. Lord Bryne y el portaestandarte fueron los dos únicos soldados que las acompañaron. Los gritos que se alzaron a su espalda le indicaron que Ino situaba a su

caballería armada a lo largo de la orilla. Los hombres equipados con armaduras más ligeras —los que no vigilaban en previsión de un ataque traicionero— se desplegaron a los lados. Una de las razones para escoger el lago como punto de reunión era que el hielo tenía suficiente grosor para aguantar el peso de muchos caballos, pero no de cientos y menos aún de miles. Con ello se reducían las posibles argucias. Naturalmente, un pabellón fuera del alcance de las flechas no lo estaba del alcance del Poder Único, mientras se tuviese a la vista. Salvo porque hasta el hombre más vil del mundo se sabía a salvo de eso a menos que amenazase a una hermana. Egwene respiró hondo y empezó a recobrar la calma.

Un recibimiento apropiado para la Sede Amyrlin habría sido con sirvientes adelantándose presurosos con bebidas calientes y paños envolviendo ladrillos calientes, y los propios lores y ladies para tomar las riendas y ofrecer un beso en recuerdo de Abram. Cualquier visitante con cierto rango habría tenido como mínimo la asistencia de los sirvientes, pero nadie se acercó desde el pabellón. El propio Bryne desmontó y se acercó para coger la brida de *Daishar*, y el mismo joven larguirucho que había entrado en la tienda el día anterior para cargar los braseros con carbón corrió para sujetar el estribo de Egwene. Su nariz seguía congestionada, pero con la chaqueta de terciopelo rojo, sólo un poquito grande para él, y la brillante capa azul eclipsaba a cualquiera de los nobles que contemplaban la escena bajo el baldaquín. La mayoría de ellos parecían vestir con gruesa tela de lana, sin apenas bordados y aún menos puntillas o sedas. Seguramente habían pasado apuros para encontrar atuendos apropiados una vez que las nevadas habían empezado estando ellos ya en marcha. Aunque la pura verdad era que el joven sirviente habría eclipsado a un gitano.

Se habían extendido alfombras para cubrir el suelo debajo del baldaquín y había braseros encendidos, aunque el viento se llevaba el calor y el humo por igual. Se habían colocado dos hileras de sillas, una frente a la otra, para las delegaciones, ocho en cada una. No habían esperado que acudieran tantas hermanas. Algunos de los nobles intercambiaron miradas de consternación, y varios sirvientes llegaron incluso a retorcerse las manos, preguntándose qué hacer. No tendrían por qué haberse preocupado.

Las sillas eran una mezcolanza despareja, pero todas tenían el mismo tamaño y ninguna estaba notablemente más estropeada o destartalada que las otras. El joven larguirucho y otros cuantos sirvientes se adelantaron trotando y, sin dejarse impresionar por los ceños de los nobles y sin pedir permiso, trasladaron las destinadas a las hermanas fuera, sobre la nieve, y luego corrieron a ayudar a descargar los caballos albardones. Aún nadie había pronunciado una palabra.

Rápidamente, se colocaron asientos suficientes para toda la Antecámara y para Egwene. Sólo simples bancos, aunque lustrados hasta sacarles brillo, pero cada uno se alzaba sobre una amplia caja cubierta con paños del color del Ajah de la Asentada,

en una fila tan larga como el baldaquín. La caja situada delante, para el banco de Egwene, estaba tapada con una tela de franjas, como su estola. Durante la noche había habido mucho ajetreo, empezando por encontrar cera de abeja para los bancos y buen paño de colores adecuados.

Cuando Egwene y las Asentadas ocuparon sus sitios, se hallaron un palmo más altas que todos los demás. La joven había albergado dudas al respecto, pero la ausencia de bienvenida por parte de los nobles las había borrado. Hasta el granjero más mezquino habría ofrecido una copa y un beso a un vagabundo en la Fiesta de Abram. Ellas no eran suplicantes y tampoco eran sus iguales. Eran Aes Sedai.

Los Guardianes se situaron detrás de sus Aes Sedai, y Siuan y Sheriam flanquearon a Egwene. Las hermanas se quitaron los guantes y se echaron ostentosamente las capas hacia atrás a fin de poner de relieve que el frío no las afectaba, en marcado contraste con los nobles que se arrebujaban en las suyas. Fuera, la Llama de Tar Valon ondeaba con el entumecedor viento. Únicamente Halima, de pie junto al asiento de Delana, al borde del cajón cubierto con un paño gris, estropeaba la grandiosa imagen; a decir verdad, sus verdes ojos se clavaban en andoreños y murandianos tan desafiantes que tampoco la deslucía gran cosa.

Se cruzaron unas cuantas miradas intensas cuando Egwene ocupó el asiento delantero, pero sólo unas pocas. De hecho, nadie parecía realmente sorprendido. «Supongo que todos han oído hablar de la *chica* Amyrlin», pensó con acritud. Bueno, había habido reinas más jóvenes, incluidas soberanas de Andor y Murandy. Sosegadamente, inclinó apenas la cabeza, y Sheriam hizo un gesto hacia la línea de sillas. Con independencia de quién hubiera llegado antes o hubiera proporcionado el baldaquín, no había duda de quién había convocado esa reunión. Quién estaba al mando.

Su acción no fue bien recibida, naturalmente. Se produjo un momento de silenciosa vacilación mientras los nobles intentaban discurrir un modo de recobrar una posición en igualdad de condiciones, y no fueron pocos los que torcieron el gesto al comprender que tal cosa era imposible. Ocho de ellos tomaron asiento, cuatro hombres y cuatro mujeres, hoscos los semblantes y mucho ajustar capas y arreglar faldas con aire enojado. Los de menor rango se quedaron de pie, detrás de las sillas, y resultó evidente el escaso afecto que existía entre andoreños y murandianos. De hecho, estos últimos, hombres y mujeres por igual, rezongaron y se empujaron unos a otros por cuestión de preeminencia, como hicieron sus «aliados» del norte. Las Aes Sedai recibieron también muchas miradas desabridas, y unos cuantos asestaron otras ceñudas a Bryne, que se encontraba a un lado, con el yelmo bajo el brazo. Era bien conocido a ambos lados de la frontera e incluso respetado por la mayoría de aquellos a los que les habría gustado verlo muerto. Al menos, así había sido antes de convertirse en el que dirigía el ejército de las Aes Sedai. El general hizo caso omiso

de sus agrias miradas igual que había hecho con las agrias palabras de las Aes Sedai.

Había otro hombre que no se unió a ninguno de los dos grupos. Era de tez pálida, apenas un palmo más alto que Egwene, y llevaba afeitada la parte superior de la cabeza, en el inicio de la frente; vestía chaqueta oscura y peto y lucía un pañuelo rojo anudado en el brazo izquierdo. Su capa gris oscura tenía una gran mano roja bordada a un lado de la pechera. Talmanes se hallaba enfrente de Bryne, apoyado contra uno de los postes que sostenían el baldaquín, en una actitud flemática que resultaba arrogante, observándolo todo sin traslucir nada de lo que pensaba. Egwene habría querido saber qué estaba haciendo allí y qué había dicho antes de que ellas llegasen. Sea como fuere, tenía que hablar con él. Podría arreglarse para hacerlo sin que hubiese un centenar de oídos escuchando.

Un hombre delgado y curtido, con chaqueta roja, sentado en el centro de la fila de sillas, se inclinó hacia adelante y abrió la boca, pero Sheriam se le anticipó hablando con voz clara y alta:

—Madre, permitidme que os presente, por la parte de Andor, a Arathelle Renshar, Cabeza Insigne de la casa Renshar, a Pelivar Coelan, Cabeza Insigne de la casa Coelan, a Aemlyn Carand, Cabeza Insigne de la casa Carand, y a su esposo, Culhan Carand. —Los nombrados hicieron una leve inclinación de cabeza a medida que se pronunciaron sus nombres, sin borrar el gesto hosco. Pelivar era el hombre delgado; tenía unas entradas incipientes en su oscuro cabello. Sheriam continuó sin hacer pausa alguna; menos mal que Bryne había podido facilitar los nombres de los elegidos para hablar—. Os presento, por la parte de Murandy, a Donel do Morny a'Lordeine, a Cian do Mehon a'Macansa, a Paitir do Fearna a'Conn y a Segan do Avharin a'Roos.

Los murandianos parecieron acusar la omisión de sus títulos más aún que los andoreños. Donel, que llevaba más encajes que la mayoría de las mujeres, se retorció las puntas enroscadas del bigote con aire furioso, y Paitir daba la impresión de que quisiera arrancarse el suyo a tirones. Segan apretó los gruesos labios y sus oscuros ojos llamearon, en tanto que Cian, una mujer fornida y canosa, resopló de manera audible. Sheriam no se dio por enterada de nada de ello.

—Os encontráis bajo la mirada de la Vigilante de los Sellos, ante la Llama de Tar Valon. Podéis presentar vuestras súplicas a la Sede Amyrlin.

Bien. Eso no les hizo gracia. Ni pizca. Egwene creía que antes sus semblantes estaban sombríos, pero ahora parecían haberse comido un caqui agrio. Quizás habían pensado que podrían pretender que ella no era en absoluto la Amyrlin. Ya aprenderían. Claro que antes tenía que enseñárselo a la Antecámara.

—Existen antiguos lazos entre Andor y la Torre Blanca —empezó, en voz alta y firme—. Las hermanas siempre han esperado una buena acogida en Andor o en Murandy. ¿Por qué, entonces, traer un ejército contra las Aes Sedai? Os estáis

inmiscuyendo donde tronos y naciones temen intervenir. Han caído monarquías por entrometerse en asuntos de Aes Sedai.

Aquello sonaba adecuadamente amenazador, tanto si Myrelle y las demás se las habían ingeniado para prepararle el camino como si no. Con suerte, todas estarían de regreso en el campamento, sin que nadie se hubiese enterado. A menos que uno de esos nobles pronunciase el nombre equivocado. Tal cosa le haría perder ventaja con la Antecámara, pero en comparación con todo lo demás, sólo era una paja al lado de un pajar entero.

Pelivar intercambió una mirada con la mujer sentada a su lado y ésta se puso de pie. Las arrugas de su rostro no ocultaban que Arathelle había sido, de joven, una mujer bella, de delicada estructura ósea; ahora, en su cabello había abundantes hebras grises y su mirada poseía tanta dureza como la de un Guardián. Sus manos, protegidas con guantes rojos, aferraban los bordes de la capa, pero obviamente el gesto no denotaba preocupación. Prietos los labios en una fina línea, recorrió con la vista la hilera de Asentadas y sólo entonces habló, pasando por alto a Egwene, a las hermanas que se sentaban detrás. La joven apretó los dientes y adoptó una actitud atenta.

—Estamos aquí precisamente porque no queremos vernos envueltos en los asuntos de la Torre Blanca. —Su voz tenía un timbre autoritario, lo que no era de sorprender en una Cabeza Insigne de una casa poderosa. No había atisbo alguno de la deferencia que habría sido de esperar, aun tratándose de una poderosa Cabeza Insigne, en presencia de tantas hermanas, por no mencionar la Sede Amyrlin—. Si todo lo que hemos oído es cierto, entonces, en el mejor de los casos, permitiros pasar a través de Andor sin obstáculos podría interpretarse por respaldo, o incluso una alianza, a los ojos de la Torre Blanca. No presentar oposición podría ponernos en situación de entender muy bien lo que sienten las uvas en el lagar.

Varios murandianos la miraron ceñudos. Nadie en Murandy había intentado ocultar el paso de las hermanas por su territorio. Probablemente nadie había considerado las posibilidades más allá del día que pasaran a las tierras de otros. Arathelle continuó como si no lo hubiese advertido, pero Egwene dudaba mucho que fuera así.

—En el peor de los casos... Nos han llegado... informes de Aes Sedai entrando secretamente en Andor, así como soldados de la Guardia de la Torre. Sería más adecuado el término «rumores», pero proceden de muchos lugares. A ninguno de nosotros nos gustaría presenciar una batalla entre Aes Sedai en Andor.

—¡La Luz nos ampare y nos proteja! —exclamó Donel, congestionado. Paitir asintió en un gesto de ánimo mientras se deslizaba hacia el borde de su silla, y Cian parecía lista para lanzarse al debate—. ¡Aquí tampoco quiere verla nadie! —espetó Donel—. ¡No entre Aes Sedai! ¡Hemos oído lo que ha pasado en el este, desde luego!

¡Y esas hermanas...!

Egwene respiró más tranquila cuando Arathelle lo interrumpió firmemente.

—Si hacéis el favor, lord Donel. Tendréis vuestro turno para hablar. —Se volvió hacia Egwene, o mejor dicho, hacia las Asentadas, sin esperar respuesta del hombre, dejándolo farfullando y a los otros tres murandianos mirándola ceñudos. Ella parecía muy tranquila, como si estuviera exponiendo hechos. Exponiéndolos y dando a entender que deberían verse como los veía ella—. Como estaba diciendo, ésos son nuestros peores temores, si lo que se cuenta es cierto. Y también si no lo es. Unas Aes Sedai pueden estar reuniéndose secretamente en Andor, con soldados de la Guardia de la Torre. Otras Aes Sedai, con un ejército, se disponen a entrar en Andor. Demasiado a menudo, la Torre Blanca ha dado la impresión de apuntar hacia un blanco, con el resultado de que hemos descubierto tarde que apuntaba a otro desde el principio.

»Me cuesta imaginar que incluso la Torre Blanca llegue tan lejos, pero si alguna vez hubo un blanco al que apuntar dando todas las vueltas que fuesen necesarias para no señalarlo como vuestro objetivo, es la Torre Negra. —La recorrió un ligero escalofrío, y Egwene no creyó que se debiese al frío—. Una batalla entre Aes Sedai podría acabar destruyendo el entorno en kilómetros a la redonda. *Esa* otra batalla arrasaría la mitad de Andor.

Pelivar se incorporó como impulsado por un resorte.

—Hablando lisa y llanamente, debéis ir por otro lado. —Su voz sonó sorprendentemente aguda, pero no menos firme que la de Arathelle—. Si he de morir para defender mi tierra y mi gente, mejor entonces aquí que donde también ellas podrían perecer.

Se moderó ante el gesto tranquilizador de Arathelle, y volvió a sentarse en su silla. Su dura mirada, sin embargo, denotaba que no se había aplacado. Aemlyn, una mujer metida en carnes, con un vestido de grueso paño oscuro, asintió mostrándose de acuerdo con él, al igual que su esposo.

Donel miró de hito en hito a Pelivar, como si tampoco se le hubiese ocurrido esa idea nunca, y no fue el único. Algunos de los murandianos que estaban de pie empezaron a discutir en voz alta hasta que otros los hicieron callar. A veces amenazándolos con el puño. ¿Qué habría llevado a esa gente a aunar fuerzas con los andoreños?

Egwene respiró hondo. Un capullo abriéndose al sol. No se habían dirigido a ella como la Sede Amyrlin —¡Arathelle había obviado su presencia hasta el punto de faltarle sólo apartarla de un empujón!—, si bien le había dado todo lo demás que podría haber deseado. Calma. Ahora era cuando Lelaine y Romanda estarían esperando que nombrase a una de ellas para llevar las negociaciones. Confiaba en que tuviesen un nudo en el estómago por la incertidumbre de saber cuál sería elegida. No

habría negociaciones. No podía haberlas.

—Elaida es una usurpadora que ha violado la propia esencia de la Torre Blanca —empezó desapasionadamente, mirando a Arathelle y a los nobles sentados por turno—. Yo soy la Sede Amyrlin. —Le sorprendió la dignidad, la frialdad, que consiguió dar a su voz. Pero no tanto como se habría sorprendido anteriormente. La Luz la asistiera, era la Amyrlin—. Vamos a Tar Valon para destituir a Elaida y juzgarla, pero eso es asunto de la Torre Blanca, no vuestro, excepto en lo concerniente a saber la verdad. Esa, así llamada, Torre Negra también es de nuestra incumbencia; los hombres que encauzan siempre han sido incumbencia de la Torre Blanca. Nos ocuparemos de ellos como consideremos oportuno, cuando sea el momento propicio, pero os aseguro que ese momento aún no ha llegado. Hay asuntos más importantes a los que debe darse prioridad.

Oyó movimiento entre las Asentadas que tenía detrás: un rebullir en los bancos y el frufrú de las faldas pantalón al ser alisadas. Al menos algunas debían de estar muy alteradas. Bueno, varias habían sugerido que podía solucionarse el tema de la Torre Negra de paso. Ninguna creía que hubiese más de una docena de esos hombres, como mucho, dijesen lo que dijesen los rumores; después de todo, era imposible que cientos de hombres *quisieran* encauzar. Claro que la agitación también podía deberse a que hubieran comprendido que no iba a nombrar ni a Romanda ni a Lelaine para que hablasen en su nombre.

Arathelle frunció el entrecejo, tal vez captando algo que flotaba en el aire. Pelivar se movió, a punto de volver a levantarse de la silla, y Donel se irguió, ofendido. No había más remedio que seguir adelante. Nunca había habido otra opción.

—Comprendo vuestras preocupaciones —continuó en el mismo tono formal— y voy a abordarlas. —¿Cómo era el extraño lema de la Compañía? Ah, sí: «Es hora de tirar los dados»—. Como Sede Amyrlin os garantizo esto: permaneceremos aquí, descansando, durante un mes y luego partiremos de Murandy, pero no cruzaremos la frontera de Andor. No volveremos a ser una molestia para Murandy después de eso, y no se molestará ni poco ni mucho a Andor. Estoy segura —añadió— de que los lores y las ladies murandianos accederán gustosos a abastecernos de lo que necesitamos a cambio de buena plata. Pagaremos precios justos. —No tenía sentido apaciguar a los andoreños si por otro lado los murandianos robaban los caballos y asaltaban las caravanas de suministros.

Los murandianos, mirando con incertidumbre alrededor, se encontraban claramente en un dilema. Había posibilidad de ganar dinero, y mucho, tratándose de proveer a un ejército tan grande, pero, por otro lado, ¿quién podía regatear con éxito contra la oferta que hiciese un contingente de esa magnitud? De hecho, Donel parecía a punto de vomitar, mientras Cian daba la impresión de estar sumando cifras mentalmente. Se alzaron murmullos entre los espectadores. Más que murmullos; casi

lo bastante altos para que Egwene pudiese entenderlos.

Deseaba mirar atrás. El silencio entre las Asentadas resultaba atronador. Siuan miraba fijamente al frente y apuñaba la falda como para obligarse a mantener la vista en esa dirección. Al menos ella sabía lo que iba a ocurrir. Sheriam, que lo ignoraba, observaba a los andoreños y a los murandianos con aire regio, sosegado, como si hubiese esperado oír hasta la última palabra.

Egwene necesitaba que olvidaran a la muchacha que veían ante ellos, y que oyeran a una mujer que tenía las riendas del poder asidas firmemente. ¡Si no lo estaban ahora, no tardarían en estarlo! Dio entereza a su voz.

—Tened esto en cuenta. He tomado mi decisión; de vosotros depende aceptarla, o afrontar lo que sin duda acarreará vuestra negativa.

Cuando acabó de hablar, sopló una ráfaga de viento que sonó como un aullido y sacudió el baldaquín y las ropas de los presentes. Egwene se alisó sosegadamente el cabello. Algunos de los nobles tiritaron y se arrebujaron en sus capas; la joven esperó que sus temblores no se debieran exclusivamente al frío.

Arathelle intercambió una mirada con Pelivar y Aemlyn, y los tres observaron a las Asentadas antes de asentir con la cabeza. ¡Creían que ella se había limitado a pronunciar las palabras dictadas por las Asentadas! Aun así, Egwene casi soltó un suspiro de alivio.

—Será como decís —manifestó la noble de mirada dura; de nuevo, dirigiéndose a las Asentadas—. No ponemos en duda la palabra de las Aes Sedai, naturalmente, pero entenderéis que nosotros también nos quedemos. A veces, lo que uno oye no es lo que cree que ha oído. Y no es que sea así en este caso, estoy segura. Empero, nos quedaremos hasta tanto partáis.

Donel parecía estar realmente a punto de vomitar. Seguramente sus tierras se encontraban cerca. Los ejércitos andoreños estacionados en Murandy rara vez habían pagado por nada.

Egwene se puso de pie y oyó el apagado sonido de las Asentadas haciendo lo mismo a su espalda.

—Entonces, queda acordado. Todos habremos de marcharnos pronto si queremos estar en nuestros lechos antes de que haya caído la noche, pero podríamos prolongar unos minutos la reunión para conversar. Conocernos un poco mejor ahora podría evitar malentendidos más adelante. —Y ese retraso podría darle la oportunidad de llegar hasta Talmanes—. Oh, hay algo que todos deberíais saber. El libro de novicias está abierto ahora a cualquier mujer, tenga la edad que tenga, si demuestra que es válida. —Arathelle parpadeó. No así Siuan, aunque a Egwene le pareció oírle un ahogado gruñido. Eso no estaba planeado, pero nunca se presentaría una ocasión mejor—. Adelante, estoy segura de que todos querréis hablar con las Asentadas. Dejemos a un lado las formalidades.

Sin esperar a que Sheriam le ofreciera la mano, se bajó del cajón. Casi sintió ganas de reír. La noche anterior le atemorizaba la idea de no alcanzar jamás su objetivo, pero ya se encontraba a mitad de camino, o casi, y no había resultado tan difícil como había temido. Claro que todavía quedaba la otra mitad.

18. Una llamada peculiar

Durante un momento, después de que Egwene bajó del cajón, nadie se movió. Y entonces andoreños y murandianos se encaminaron hacia las Asentadas, todos a la vez. Por lo visto, una Amyrlin adolescente —una muchacha que era una marioneta, una figura decorativa— no albergaba el menor interés, sobre todo teniendo delante de ellos rostros intemporales que al menos les aseguraban que hablaban realmente con Aes Sedai. Dos o tres nobles se apiñaron alrededor de cada Asentada, algunos adelantando la barbilla en actitud exigente, otros inclinando la cabeza con deferencia, pero todos insistiendo en ser escuchados. La cortante brisa se llevaba el vaho de sus respiraciones y agitaba las capas sueltas, olvidadas por la importancia de plantear sus preguntas. Sheriam se encontró igualmente abordada por el congestionado lord Donel, que se engallaba y hacía reverencias alternativamente.

Egwene agarró a la Guardiana y la apartó del lord.

—Entérate discretamente de todo lo que puedas sobre esas hermanas y los soldados de la Guardia de la Torre que han entrado supuestamente en Andor —le susurró deprisa.

Tan pronto como le soltó el brazo, Donel la reclamó. De hecho, Sheriam pareció resentida, pero su ceño desapareció rápidamente. Donel parpadeó, inquieto, cuando la mujer empezó a hacerle preguntas a él, en lugar de a la inversa.

Romanda y Lelaine miraban a Egwene a través de la multitud; sus semblantes parecían tallados en hielo, pero cada una de ellas tenía un par de nobles que querían... algo. Confirmación de que en las palabras de Egwene no había un ardid oculto, tal vez. Cómo detestarían tener que hacer algo así, pero por esquivas y elusivas que estuvieran —¡y lo estarían!— no había realmente forma de evitar esa confirmación sin repudiarla en el acto. Ni siquiera esas dos llegarían tan lejos. No allí, no públicamente.

Siuan se acercó a Egwene, con expresión sumisa, pero sin dejar de lanzar rápidas ojeadas, quizá para ver si Romanda o Lelaine iban por ellas, sin importar ley, costumbre, corrección y quién había delante.

—Shein Chunla —siseó casi en un susurro.

Egwene asintió, pero sus ojos buscaron a Talmanes. La mayoría de los presentes, hombres y mujeres, eran lo bastante altos para taparlo, y estando todo el mundo moviéndose de un lado para otro... Se puso de puntillas. ¿Dónde se habría metido?

Segan se plantó delante de ella, en jarras, mirando dubitativamente a Siuan. Egwene plantó los talones en el suelo bruscamente. La Amyrlin no podía brincar arriba y abajo como una muchachita en un baile buscando a un chico. Un capullo de rosa abriéndose al sol. Calma. Serenidad. ¡Malditos fueran todos los hombres!

La noble murandiana, una mujer esbelta, con el cabello oscuro y largo, parecía

haber nacido con aquel gesto irascible, los gruesos labios apretados en un mohín. Su vestido era de buena lana azul y pensado para abrigar, pero llevaba demasiado bordado verde intenso en la pechera, y sus guantes eran lo bastante chillones para pertenecer a un gitano. Miró a Egwene de arriba abajo, con los labios fruncidos y una expresión tan incrédula como la que había dirigido a Siuan.

—Vuestro comentario con respecto al libro de novicias —inquirió bruscamente —, ¿os referíais a cualquier mujer de cualquier edad? ¿Quiere eso decir que cualquiera puede ser Aes Sedai?

Una pregunta que llegaba de cerca al corazón de Egwene, y una respuesta que deseaba ardientemente dar —junto con un bofetón por la duda implícita—, pero justo en ese momento se abrió una brecha entre la multitud que iba y venía y localizó a Talmanes, cerca de la parte trasera del pabellón. ¡Y hablaba con Pelivar! La actitud de ambos era tensa, como mastines no del todo dispuestos a enseñar los dientes, pero muy atentos para asegurarse de que nadie se acercaba lo bastante para oír lo que decían.

—Cualquier mujer de cualquier edad, hija —respondió absorta. ¿Pelivar?

—Gracias —dijo Segan, y añadió titubeando—, madre.

Hizo un amago de cortesía, un mínimo indicio, antes de alejarse presurosa. Egwene la siguió con la mirada. Bueno, era un comienzo. Siuan resopló.

—No me importa navegar por los Dedos del Dragón de noche si hay que hacerlo —rezongó entre dientes—. Hablamos de eso; sopesamos los peligros y, de todos modos, no parece que haya siquiera la elección de la última cena de la gaviota. Sin embargo, teníais que prender fuego en cubierta para animar más las cosas. No os bastaba con echar las redes a unas escorpinas. También teníais que meteros por el escote un espinosillo. No os contentáis con intentar nadar entre un banco de barracudas...

—Siuan —la interrumpió Egwene—, creo que debería contarle a lord Bryne que estás perdidamente enamorada de él. Es justo que él lo sepa ¿no te parece? —Los azules ojos de Siuan se desorbitaron, y su boca se abrió y se cerró, pero el único sonido que emitió fue una especie de gluglú. Egwene le dio palmaditas en el hombro —. Eres Aes Sedai, Siuan. Trata de mantener al menos un poco de dignidad. E intenta sonsacar algo sobre esas hermanas en Andor.

La multitud volvió a separarse. Egwene vio a Talmanes en un sitio distinto, pero todavía al borde del pabellón. Y ahora, solo.

Procurando no apretar el paso, caminó en su dirección, dejando a Siuan haciendo ruidos atragantados. Un sirviente guapo, de cabello negro, cuyos pantalones de grueso paño no ocultaban del todo las bien formadas pantorrillas, ofreció a Siuan una copa de plata humeante de una bandeja. Otros criados iban de un lado para otro con más bandejas plateadas. Aunque con retraso, se les ofrecía un refrigerio. Demasiado

tarde ya, sin embargo, para el beso de paz. No oyó lo que Siuan dijo al coger bruscamente la copa, pero por el respingo que dio el joven criado y el modo en que empezó a hacerle reverencias, recibió al menos una muestra del mal humor de Siuan. Egwene suspiró.

Talmanes estaba cruzado de brazos, observando los tejemanejes con una sonrisa divertida que no se reflejaba en sus ojos. Parecía listo para entrar súbitamente en acción, pero su mirada reflejaba cansancio. Al verla aproximarse, hizo una respetuosa reverencia.

—Habéis cambiado la frontera hoy —dijo, con un dejo agrio en la voz. Cerró más su capa para resguardarse del cortante aire—. Siempre ha sido... inestable entre Andor y Murandy, independientemente de lo que señalen los mapas, pero Andor nunca se había desplazado al sur con una fuerza tan numerosa. Salvo en la Guerra de Aiel y en la Guerra de los Capas Blancas, en cualquier caso, pero entonces sólo iban de paso. Una vez que hayan estado aquí un mes, habrá mapas nuevos que señalarán una nueva línea. Fijaos en los murandianos; andan a la rebatiña para hablar con Pelivar y sus compañeros, adulándolos tanto como a las hermanas. Esperan hacer nuevos amigos para el nuevo día.

A Egwene, que procuraba disimular cuidadosamente que observaba a quienes podrían estar observándola a su vez, le pareció que todos los nobles, murandianos y andoreños, estaban volcados en las Asentadas, arremolinándose en torno a ellas. En cualquier caso, tenía en mente cosas ligeramente más importantes que las fronteras. Para ella al menos, ya que no para los nobles. Excepto durante breves segundos, a las Asentadas no se les veía más que la parte superior de la cabeza. Sólo Halima y Siuan parecían pendientes de ella, y un parloteo semejante al de una bandada de excitados gansos llenaba el aire. Bajó la voz y eligió las palabras cuidadosamente.

—Los amigos son siempre importantes, Talmanes. Habéis sido un buen amigo para Mat, y creo que también para mí. Confío en que eso no haya cambiado. Y espero que no hayáis dicho a nadie lo que no debíais. —Luz, estaba preocupada, o no habría sido tan directa. ¡Sólo le faltaba ir directamente al grano y preguntarle de qué habían hablado Pelivar y él!

Afortunadamente, Talmanes no se rió de ella por hablar con la franqueza de una provinciana. Aunque eso no quería decir que no lo pensara. La observó seriamente antes de hablar, en voz queda. También sabía ser cauto.

—No todos los hombres chismorrean. Decidme, ¿cuando enviasteis a Mat al sur sabíais lo que harías hoy aquí?

—¿Cómo iba a saberlo hace dos meses? No, las Aes Sedai no somos omniscientes, Talmanes. —Había esperado algo que la pusiera donde estaba, había hecho planes para que ocurriera, pero no lo había sabido tan al principio. También había confiado en que él no se fuese de la lengua. Algunos hombres no lo hacían.

Romanda echó a andar en su dirección con zancadas firmes y el semblante gélido, pero Arathelle la interceptó, agarrando a la Asentada Amarilla por el brazo y rehusando ser relegada, para estupefacción de Romanda.

—¿Me diréis al menos dónde se encuentra Mat? —preguntó Talmanes—. ¿De camino a Caemlyn, con la heredera del trono? ¿Por qué os sorprendéis? Una criada hablará con un soldado mientras cogen agua en el mismo arroyo. Incluso si ese hombre es un horrible Juramentado del Dragón —añadió secamente.

¡Luz! Los hombres eran realmente... inoportunos en ocasiones. Hasta los mejores hallaban el modo de decir justo lo más inadecuado o hacer la pregunta más inconveniente en el peor momento. Por no mencionar el engatusar criadas para que parlotearan más de la cuenta. Resultaría mucho más fácil si pudiesen mentir, simplemente, pero él le había dejado holgura suficiente para moverse en el ámbito de los Juramentos sin tener que quebrantar los límites. Bastaría la mitad de la verdad e impedir que saliese corriendo para Ebou Dar. Quizá menos incluso que la mitad.

En la esquina opuesta del pabellón, Siuan conversaba con un joven pelirrojo, alto, con las puntas del bigote retorcidas, que la observaba tan dubitativamente como había hecho antes Segan. Por lo general, los nobles conocían el aspecto de las Aes Sedai. Sin embargo, Siuan no tenía puesta en él toda su atención; sus ojos se desviaban una y otra vez hacia Egwene. Parecían gritarle, alto y claro como la voz de la conciencia. Lo más fácil. Lo conveniente. Lo que significaba ser Aes Sedai. ¡Lo de hoy no lo había sabido de antemano, sólo había esperado que ocurriera! Egwene soltó el aire con exasperación. ¡Maldita mujer!

—Lo último que supe es que seguía en Ebou Dar —murmuró—. Pero a estas alturas debería estar dirigiéndose hacia el norte a toda velocidad. Todavía cree que debe salvarme, Talmanes, y Matrim Cauthon no es de los que pierden la ocasión de estar ahí para decir «te lo advertí».

Talmanes no pareció sorprendido en absoluto.

—Es lo que imaginaba —comentó—. He... sentido algo, desde hace semanas. También les ocurre a otros de la Compañía. No es una sensación de urgencia, pero siempre está presente. Como si me necesitara. Como si debiera volverme y mirar hacia el sur, en cualquier caso. Seguir a un *ta'veren* puede resultar peculiar.

—Supongo que sí —convino Egwene, esperando que no se notase su incredulidad. Ya era bastante extraño pensar en el gandul Mat como el cabecilla de la Compañía de la Mano Roja, cuanto menos como *ta'veren*, pero en cualquier caso un *ta'veren* tenía que estar presente, o cerca al menos, para que su influencia surtiera efecto.

—Mat se equivocaba al creer que podríais necesitar ser rescatada. Jamás tuvisteis intención de acudir a pedirme ayuda, ¿verdad?

Todavía hablaba en voz baja, pero aun así Egwene echó una rápida ojeada en

derredor. Siuan seguía observándolos. Y también Halima. Paitir estaba demasiado cerca de la mujer, pavoneándose y sacando pecho y atusándose el bigote —por el modo en que clavaba la vista en su corpiño, no la había confundido con una hermana, ¡eso seguro!— pero Halima apenas le prestaba atención, y lanzaba miradas de reojo hacia Egwene al tiempo que sonreía al hombre. Todos los demás parecían ocupados y no había nadie lo bastante cerca para oírlos.

—Sería impropio de la Sede Amyrlin acudir corriendo en busca de amparo, ¿verdad? Sin embargo, ha habido veces en que ha sido reconfortante saber que estabais ahí —admitió. De mala gana. No era de suponer que la Amyrlin necesitase un refugio, pero mientras las Asentadas no lo supieran, admitirlo no perjudicaría a nadie—. Realmente habéis sido un amigo, Talmanes, y espero que continuéis siéndolo. Lo digo de corazón.

—Habéis sido más... franca conmigo de lo que esperaba —dijo lentamente Talmanes—, así que os contaré algo. —Su gesto no varió; para cualquier observador debía de parecer que sostenía una conversación intrascendente, pero aun así bajó más el tono de voz—. He recibido propuestas del rey Roedran con respecto a la Compañía. Al parecer, alberga esperanzas de ser el primer monarca verdadero de Murandy. Quiere contratarnos. En otras circunstancias no lo habría tenido en cuenta, pero nunca hay dinero suficiente, y con esta... *sensación* de que Mat nos necesita... Quizá lo mejor sería quedarnos en Murandy. Tan claro como la luz del día, vos estáis donde queréis estar y lo tenéis todo controlado.

Guardó silencio cuando una joven criada hizo una reverencia para ofrecerles ponche caliente. La chica llevaba un vestido de paño verde, finamente bordado, y una capa forrada con piel de conejo. Otros sirvientes del campamento también estaban ayudando, sin duda para hacer algo más que seguir plantados y tiritando. La muchacha tenía la cara contraída por el frío.

Talmanes rechazó la bebida con un ademán y volvió a ajustarse la capa, pero Egwene cogió una copa de plata a fin de ganar tiempo para pensar. En realidad ya no necesitaba a la Compañía. A pesar de sus rezongos, ahora las hermanas aceptaban su presencia como algo normal y corriente, aunque fuesen Juramentados del Dragón; ya no temían un ataque, y no había sido realmente necesario de usar la presencia de la Compañía para azuzarlas a seguir adelante una vez que partieron de Salidar. Para lo único que servía en verdad *Shen an Calhar* era para atraer reclutas al ejército de Bryne, hombres que creían que la presencia de dos ejércitos significaba una batalla y querían encontrarse de parte del más numeroso. No los necesitaba, pero Talmanes había actuado como un amigo. Y ella era la Amyrlin. A veces, la amistad y el deber iban en la misma dirección.

Cuando la joven criada se hubo alejado, Egwene puso la mano sobre el brazo de Talmanes.

—No lo hagáis. Ni siquiera la Compañía puede conquistar Murandy por sí sola, y tendréis a todos en contra. Sabéis muy bien que lo único que une a los murandianos es tener extranjeros en su suelo. Seguidnos a Tar Valon, Talmanes. Mat irá allí; de eso no me cabe duda. —Mat no creería que era la Amyrlin hasta verla con la estola en la Torre Blanca.

—Roedran no es estúpido —contestó sosegadamente—. Sólo quiere que nos quedemos y esperemos. Un ejército extranjero, sin Aes Sedai, y sin que nadie sepa qué se propone. No le resultaría muy difícil unir a los nobles contra nosotros. Entonces, según él, la Compañía cruzaría la frontera sin armar jaleo. Cree que puede controlarlos después.

—¿Y qué le impide traicionaros? —Egwene no pudo evitar cierta vehemencia en su voz —. Si la amenaza desaparece sin un combate, su sueño de unificar Murandy también podría desvanecerse. —¡El muy necio parecía divertido!

—Tampoco yo soy estúpido. Roedran no podrá estar preparado antes de la primavera. Esos que han acudido a la reunión no habrían salido de sus casas solariegas si los andoreños no hubiesen viajado hacia el sur, y se pusieron en marcha cuando aún no habían empezado las nevadas. Antes de que llegue ese momento, Mat nos encontrará. Si viene hacia el norte, entonces tiene que saber dónde nos encontramos. Roedran habrá de conformarse con lo que haya conseguido para entonces. Así que, si Mat tiene intención de viajar a Tar Valon, quizá vuelva a veros allí.

Egwene hizo un ruido de irritación. Era un buen plan, del tipo que Siuan discurriría, y, en su opinión, la clase de maniobra que Roedran Almaric do Arreloa a'Naloy difícilmente sería capaz de llevar a cabo. De él se decía que era tan disoluto que hacía que Mat pareciese pudoroso. Claro que tampoco habría creído capaz a Roedran de fraguar un plan así. Lo único indudable era que Talmanes había tomado una decisión.

—Quiero que me prometáis que no dejaréis que Roedran os arrastre a una guerra, Talmanes. —Responsabilidad. La estrecha estola que le rodeaba el cuello parecía pesar diez veces más que su capa—. Si actúa antes de lo que pensáis, os marcharéis tanto si Mat se ha reunido con vosotros como si no.

—Ojalá pudiera prometéroslo, pero es imposible —protestó—. Como mucho, espero la primera incursión contra mis suministros tres días después de que empiece a alejarme del ejército de Bryne. Cualquier noblecillo de tres al cuarto pensará que puede escamotear unos pocos caballos al amparo de la noche, ocasionarme un pequeño inconveniente y salir corriendo a esconderse.

—No me refiero a defenderos y lo sabéis bien —dijo firmemente—. Dad vuestra palabra, Talmanes, o no permitiré vuestro acuerdo con Roedran. —El único modo de impedirlo era traicionando el secreto que le había confiado, pero no estaba dispuesta

a dejar una guerra tras de sí, un conflicto iniciado por ella al llevar allí a Talmanes.

Él la miró como si la viese por primera vez y finalmente inclinó la cabeza. Cosa extraña, aquel gesto pareció más formal que su reverencia anterior.

—Como ordenéis, madre. Decidme, ¿estáis segura de que no sois también *ta'veren*?

—Soy la Sede Amyrlin —contestó—. Eso es más que suficiente y de sobra para una sola persona. —Volvió a tocarle el brazo—. Que la Luz os acompañe, Talmanes.

La sonrisa del hombre casi se reflejó en sus ojos en esta ocasión. Inevitablemente, a pesar de haber hablado en susurros, su conversación no había pasado inadvertida. O quizá fuera por los susurros. La muchacha que afirmaba ser Amyrlin, una rebelde contra la Torre Blanca, conversando con el cabecilla de diez mil Juramentados del Dragón. ¿Habría hecho más difícil o más fácil el plan de Talmanes y Roedran? ¿La posibilidad de una guerra en Murandy era mayor o menor ahora? ¡Siuan y su maldita Ley de consecuencias no pretendidas! Mientras caminaba entre la muchedumbre, calentándose los dedos con la copa de ponche, cincuenta pares de ojos la siguieron para después apartarse rápidamente. Bueno, casi todos. Los semblantes de las Asentadas eran la serenidad intemporal Aes Sedai personificada, pero Lelaine le recordaba un cuervo de ojos castaños acechando a un pez atrapado en un bajío, en tanto que los ojos de Romanda, un poco más oscuros, habrían podido taladrar una plancha de hierro.

Procurando no perder de vista el sol, recorrió lentamente la zona protegida bajo el pabellón. Los nobles seguían importunando a las Asentadas, pero iban de una a otra como si buscasen respuestas mejores, y Egwene empezó a reparar en pequeños detalles. Donel hizo un alto en su camino de Janya a Moria para saludar con una inclinación de cabeza a Aemlyn, quien respondió con un elegante cabeceo. Cian, que se alejaba de Takima, hizo una profunda reverencia a Pelivar y recibió una ligera inclinación de cabeza a cambio. Y había más, además de ellos; siempre un murandiano mostrando deferencia a un andoreño, que respondía con igual formalidad. Los andoreños procuraban hacer caso omiso de Bryne, excepto para asestarle alguna que otra mirada ceñuda, pero varios murandianos lo buscaron, de uno en uno y muy aparte de todo el mundo, y a juzgar por la dirección de sus miradas, resultaba obvio que hablaban de Pelivar o Arathelle o Aemlyn. A lo mejor Talmanes tenía razón.

También recibió inclinaciones de cabeza y reverencias, aunque ninguna tan pronunciada como las dedicadas a Arathelle, Pelivar y Aemlyn, y mucho menos que las dirigidas a las Asentadas. Media docena de mujeres le dijeron lo agradecidas que estaban de que las cosas se hubiesen resuelto pacíficamente, aunque, a decir verdad, casi otras tantas respondieron con ruidos evasivos que no las comprometían a nada o se encogieron de hombros, inquietas, cuando ella expresó el mismo sentimiento,

como si no estuviesen seguras de que todo fuese a acabar tan pacíficamente. Sus reiteradas garantías de que ocurriría así, fueron recibidas con un ferviente «¡La Luz os oiga!» o un resignado «Si la Luz quiere». Cuatro la llamaron «madre», una de ellas sin vacilar. Otras tres le dijeron que era encantadora, que tenía unos ojos preciosos y que tenía donaire. En ese orden; cumplidos adecuados quizá para su edad, pero no para su condición.

Al menos recibió una satisfacción realmente placentera. Segan no era la única a la que había intrigado su anuncio sobre el libro de novicias. Resultaba evidente que ése era el motivo de que la mayoría de las mujeres se decidiesen a hablarle, para empezar. A la postre, las otras hermanas se habrían revelado contra la Torre, pero ella afirmaba ser la Sede Amyrlin. Su interés tenía que ser profundo para que superasen tal cosa, si bien ninguna dejó que se notara. Arathelle hizo la pregunta con un ceño que marcó más arrugas en su rostro. Aemlyn sacudió la canosa cabeza cuando le respondió. La fornida Cian también preguntó, y la siguió una murandiana de grandes ojos, llamada Jennet, y otras. Ninguna lo preguntaba para sí misma —algunas aclararon eso rápidamente, en especial las más jóvenes— pero enseguida hasta la última noble presente había preguntado, así como varias sirvientas, aprovechando la excusa de ofrecerle más ponche. Una de ellas, una mujer enjuta llamada Nildra, había llegado desde el campamento de las Aes Sedai.

Egwene se sentía muy complacida con la semilla que había plantado allí. No lo estaba tanto con los hombres. Unos pocos le hablaron, pero sólo cuando se encontraron frente a frente con ella, dando la impresión de que no les quedaba otro remedio. Unas palabras intrascendentes sobre el tiempo, ya fuera celebrando el final de la sequía o lamentando las repentinas nevadas, una musitada esperanza de que el problema de los bandidos llegara pronto a su fin, quizá con una mirada significativa a Talmanes, y luego se escurrían como cerdos engrasados. Un andoreño, grande como un oso, llamado Macharan, tropezó con sus propios pies para evitarla. En cierto modo, no era de sorprender. Las mujeres tenían una justificación, aunque sólo fuese ante sí mismas, con lo del libro de novicias, pero los hombres sólo tenían la idea de que ser vistos conversando con ella podría cortarlos por el mismo patrón.

Resultaba realmente desalentador. No le importaba lo que los hombres pensaran sobre las novicias, pero deseaba muchísimo saber si ellos temían tanto como las mujeres que aquello acabara desembocando en un conflicto armado. Ese tipo de temores podía acabar haciéndose realidad por sí mismos con gran facilidad. Finalmente, decidió que sólo había un modo de averiguarlo.

Pelivar se giró tras coger otra copa de vino de una bandeja y reculó bruscamente, a la par que soltaba una maldición ahogada, para no tropezar con ella; si Egwene hubiese estado un palmo más cerca, le habría pisado las botas. El vino caliente salpicó su mano enguantada y resbaló por debajo de la bocamanga de la chaqueta,

provocando otra maldición no tan ahogada. Más alto que Egwene, lo bastante para resultar imponente, sacó buen partido de ello. Su ceño era el de un hombre que desea apartar sin contemplaciones a una jovencita molesta. O un hombre que casi ha pisado una víbora roja. Egwene se mantuvo erguida y se lo imaginó como un chiquillo que no servía para nada; eso siempre ayudaba; la mayoría de los hombres parecían percibirlo. Él volvió a murmurar algo —podría haber sido un amable saludo u otra maldición— e hizo una leve inclinación de cabeza, tras lo cual trató de pasar por un lado. Egwene se desplazó en la misma dirección para cerrarle el paso. Él retrocedió y la joven lo siguió. La expresión del hombre empezó a tornarse acosada. Egwene decidió tranquilizarlo antes de plantearle la pregunta que le interesaba. Quería respuestas, no más balbuceos mascullados entre dientes.

—La noticia de que la heredera del trono está de camino a Caemlyn debe de haberos complacido, lord Pelivar. —Había oído mencionar ese punto a varias Asentadas.

El semblante del noble se tornó inexpresivo.

—Elayne Trakand tiene derecho a presentar su reivindicación al Trono del León —contestó con tono impasible.

Egwene abrió los ojos con sorpresa, y el hombre volvió a retroceder con inseguridad. Quizá pensaba que se había enfadado por no dirigirse a ella por su título, pero la joven apenas reparó en el detalle. Pelivar había apoyado a la madre de Elayne en su reclamación al trono, y Elayne se había mostrado convencida de que también la respaldaría a ella. Hablaba con afecto de Pelivar, como si fuese un tío favorito.

—Madre —musitó Siuan a su lado—, debemos marcharnos si queréis que lleguemos al campamento antes del ocaso. —Se las ingenió para dar un timbre de urgencia a sus quedas palabras. El sol había sobrepasado el cenit.

—Este tiempo no es para encontrarse a la intemperie al caer la noche —se apresuró a decir Pelivar—. Si me excusáis, debo prepararme para partir. —Apoyó la copa sobre la bandeja que llevaba un criado y vaciló antes de hacer una ligerísima reverencia, tras lo cual se alejó con el aire de un hombre que se ha escabullido de una trampa.

Egwene se sentía tan frustrada que le rechinaron los dientes. ¿Qué pensaban los hombres del acuerdo? Si es que podía llamarlo así, considerando que los había obligado a aceptarlo. Arathelle y Aemlyn tenían más poder que la mayoría de sus compañeros varones; sin embargo, eran Pelivar, Culhan y otros semejantes a ellos quienes dirigían soldados; podían hacer que esto les estallara en la cara como un barril de aceite de lámparas.

—Encuentra a Sheriam —gruñó— y dile que consiga que todo el mundo suba a las monturas ya, ¡no importa lo que tenga que hacer!

No les daría a las Asentadas una noche para reflexionar sobre lo ocurrido ese día,

ni para hacer planes ni para maquinar.

19. La ley

Lograr que las Asentadas subieran a sus monturas no costó trabajo alguno; estaban tan deseosas de marcharse como Egwene, en especial Romanda y Lelaine, ambas más frías que el viento y con una expresión borrascosa en los ojos. Las demás eran la viva imagen de la impasible serenidad Aes Sedai, irradiando compostura como un intenso perfume, si bien se dirigieron hacia sus caballos tan prestamente que dejaron boquiabiertos a los nobles, y los criados tuvieron que cargar los albardones a toda prisa para no quedarse atrás.

Egwene puso a *Daishar* a paso rápido por la nieve, y sin más indicaciones que una mirada y un breve cabeceo por su parte, lord Bryne se aseguró de que la escolta avanzara igualmente deprisa. Siuan azuzó a *Bela* y Sheriam a *Alada* para alcanzarla. Atravesaron largos tramos, en los que las patas de los animales se hundían hasta los menudillos, casi al trote, con el estandarte de la Llama de Tar Valon flameando en el frío aire, e incluso cuando se hizo necesario aflojar la marcha porque los caballos se hundían hasta las rodillas sobre la nieve encostrada, lo hicieron a buen paso.

Las Asentadas no tuvieron más opción que mantener el ritmo, y la velocidad no les dio oportunidad de hablar en el camino. A aquel paso vivo, la falta de atención a la montura podía acabar con una pata rota para el animal y el cuello roto para su amazona. Aun así, Romanda y Lelaine se las arreglaron para reunir en torno a sí a sus partidarias, y los dos grupos avanzaron por la nieve rodeados de salvaguardias contra oídos indiscretos. Ambas parecían estar soltando invectivas. Egwene imaginó el motivo. En realidad, varias Asentadas se las ingeniaron para cabalgar juntas durante un rato, intercambiando unas palabras quedas y lanzando miradas frías a veces a ella y a veces a las hermanas aisladas tras una barrera de *Saidar*. Únicamente Delana no se sumó a aquellas breves conversaciones. Permaneció junto a Halima, quien por fin admitía que tenía frío. La mujer de campo, con el rostro tirante, se ceñía prietamente la capa, aunque seguía intentando confortar a Delana, susurrándole cosas al oído casi continuamente. Delana parecía necesitar que la reconfortaran; llevaba fruncido el entrecejo, de manera que se le marcaba una arruga en la frente, lo cual la hacía parecer mayor.

No era la única que estaba preocupada. Las demás lo ocultaban inflexiblemente, irradiando un aplomo absoluto, pero sus Guardianes cabalgaban como si esperasen lo peor a cada paso, con los ojos escudriñando en derredor en constante vigilancia, dejando ondear al viento las cambiantes capas a fin de tener libres las manos. Cuando una Aes Sedai se preocupaba, también lo hacía su Guardián, y las Asentadas estaban demasiado absortas para pensar en tranquilizar a sus Gaidin. A Egwene le alegró verlo; si las Asentadas estaban preocupadas, entonces todavía no habían formado un juicio definitivo.

Cuando Bryne se alejó para conferenciar con Ino, Egwene aprovechó la oportunidad para preguntar qué habían descubierto las dos mujeres sobre las Aes Sedai y los soldados de la Guardia de la Torre que supuestamente estaban en Andor.

—No mucho —contestó Siuan en voz tensa. La peluda *Bela* no parecía tener dificultad en mantener el paso, pero sí su amazona, que aferraba las riendas prietamente con una mano, mientras con la otra se agarraba a la perilla de la silla—. La única conclusión es que existen cincuenta rumores distintos y ningún hecho probado. Es la clase de historia que surge de no se sabe dónde, pero aun así podría ser cierta. —*Bela* se tambaleó al hundirse profundamente las patas delanteras, y Siuan dio un respingo—. ¡La Luz se lleve a todos los caballos!

Tampoco Sheriam se había enterado de mucho. La mujer sacudió la cabeza y suspiró con irritación.

—A mí me parecen paparruchas y disparates, madre. Siempre hay rumores sobre hermanas que van y vienen a hurtadillas por cualquier parte. ¿Es que nunca aprendiste a montar, Siuan? —añadió, su voz rezumando mofa de repente—. ¡A la noche estarás demasiado dolorida para caminar!

Sheriam debía de tener los nervios de punta o de otro modo no habría saltado de ese modo. A juzgar por la forma en que rebullía sobre la silla, ya se encontraba en el estado que había predicho para Siuan. Los ojos de ésta adquirieron una expresión dura, y la mujer abrió la boca para replicar de mala manera, sin importarle quién estuviese observándolas desde atrás.

—¡Callaos las dos! —espetó Egwene. Respiró hondo para calmarse. También ella estaba algo tensa. Creyera lo que creyera Arathelle, cualquier fuerza que Elaida enviase para interceptarlas sería demasiado numerosa como para moverse subrepticiamente. Eso dejaba sólo a la Torre Negra como posible objetivo, un desastre en potencia. Se llegaba más lejos desplumando el pollo que se tenía delante que intentando empezar con uno encaramado a un árbol. Especialmente si ese árbol estaba en otro país y cabía la posibilidad de que no hubiese otro pollo.

No obstante, moderó sus palabras al darle instrucciones a Sheriam para cuando hubiesen llegado al campamento. Era la Sede Amyrlin, y eso significaba que era responsable de todas las Aes Sedai, incluso las que seguían a Elaida. No obstante, su voz sonó firme como una roca. Cuando se había agarrado al lobo por las orejas, ya era demasiado tarde para asustarse. Los ojos rasgados de Sheriam se abrieron como platos al oír las órdenes.

—Madre, ¿puedo preguntaros por qué...? —Enmudeció bajo la inflexible mirada de Egwene, y tragó saliva—. Se hará como decís, madre —musitó lentamente—. Qué extraño. Recuerdo el día que vos y Nynaeve llegasteis a la Torre, dos muchachitas que no sabían si brincar de alegría o encogerse de miedo. Cuántas cosas han cambiado desde entonces. Todo.

—Nada es inmutable —contestó Egwene, al tiempo que dirigía una mirada significativa a Siuan, la cual rehusó darse por enterada.

Parecía enfurruñada, como si estuviese rumiando algo. Sheriam tenía mala cara. Lord Bryne regresó entonces, y debió de percibir el ambiente cargado. Aparte de comentar que avanzaban muy deprisa, no dijo esta boca es mía. Un hombre listo.

A pesar de haber ido a buen ritmo, el sol empezaba a meterse tras las copas de los árboles cuando finalmente pasaron a través del extenso campamento del ejército. Carretas y tiendas proyectaban largas sombras sobre la nieve, y no pocos hombres trabajaban afanosos en la construcción de más cobijos con ramas y arbustos. No había, ni con mucho, suficientes tiendas ni siquiera para los soldados, y el campamento albergaba un número casi igual de guarnicioneros, lavanderas, flecheros y demás, todos aquellos que inevitablemente acompañaban a un ejército. El martilleo sobre los yunques hablaba de herradores, armeros y ferreros todavía en plena faena. Las lumbres ardían por doquier, y los soldados de caballería se despojaban de las armaduras, ansiosos de sentarse junto al fuego y de comer algo caliente, tan pronto como se atendía a sus agotadas monturas. Sorprendentemente, Bryne siguió a caballo junto a Egwene después de que ésta le diera permiso para retirarse.

—Si me lo permitís, madre, querría acompañaros un poco más —argumentó.

Sheriam se giró en la silla para mirarlo estupefacta. También Siuan miraba fijamente al frente, como si no se atreviese a volver hacia él sus ojos repentinamente abiertos de par en par.

¿Qué creía que podía hacer él? ¿Actuar como su guardia personal? ¿Contra las hermanas? El chico de la nariz acatarrada serviría igual. ¿Poner de manifiesto hasta qué punto estaba de su parte? Mañana habría tiempo de sobra para ello, si todo iba bien esa noche; tal revelación ahora podría provocar que la Antecámara se precipitase en direcciones que ni siquiera se atrevía a imaginar.

—Esta noche es una noche indicada para los asuntos de Aes Sedai —dijo firmemente. Sin embargo, por estúpida que fuera la sugerencia, él se había ofrecido a ponerse a sí mismo en peligro por ella. Imposible adivinar sus razones, pues ¿quién sabía por qué hacía *cualquier cosa* un hombre?, pero aun así estaba en deuda con él. Y no sólo por eso—. A menos que os envíe a Siuan esta noche, lord Bryne, deberéis marcharos antes de que amanezca. Si la culpabilidad de los sucesos de hoy se me atribuye a mí, podría repercutir también en vos. Quedarse resultaría demasiado peligroso. Incluso fatal. No creo que les haga falta una excusa. —No era necesario decir a quiénes se refería.

—Di mi palabra —repuso tranquilamente mientras palmeaba a *Viajero* en el cuello—. Hasta Tar Valon. —Hizo una pausa y miró a Siuan. Más que una vacilación fue un momento de consideración—. Sean cuales fueren los asuntos de esta noche —dijo finalmente—, recordad que tenéis treinta mil hombres y a Gareth Bryne

respaldándoos. Eso debería tener cierto peso, incluso entre Aes Sedai. Hasta mañana, madre. —Hizo volver grupas a su bayo y añadió mirando hacia atrás—. También espero veros a vos mañana, Siuan. *Nada* cambia eso.

Siuan lo miró mientras se alejaba. En sus ojos había angustia. Egwene no pudo menos de seguirlo también con la vista. Nunca había dejado tan claro su postura, ni de lejos. ¿Por qué ahora, precisamente?

Tras cruzar los cuarenta o cincuenta pasos que separaban el campamento del ejército del de las Aes Sedai, hizo un gesto con la cabeza a Sheriam, que tiró de las riendas al llegar a las primeras tiendas. Siuan y ella siguieron adelante. Detrás se alzó la voz de la Guardiana, sorprendentemente clara y firme:

—La Sede Amyrlin convoca a la Antecámara hoy en sesión oficial. Que se hagan los preparativos a la mayor rapidez.

Egwene no miró atrás. En su tienda, una caballeriza huesuda se acercó corriendo para ocuparse de *Daishar* y *Bela*. La mujer estaba aterida, y apenas inclinó la cabeza antes de alejarse con los caballos tan rápidamente como había acudido. El calor de los ardientes braseros en el interior fue como una bofetada. Hasta ese momento Egwene no se había dado cuenta realmente del frío que hacía fuera. O de lo aterida que estaba ella misma. Chesa le cogió la capa, y al tocarle las manos exclamó:

—¡Luz, estáis helada, madre! —Sin dejar de parlotear, se afanó de aquí para allí doblando la capa de Egwene y la de Siuan, alisando las ropas ya abiertas del catre de la joven, tocando una bandeja colocada sobre uno de los baúles que se habían apartado de la pila—. Yo me metería de cabeza en la cama, rodeada de ladrillos calientes, si estuviese tan aterida. Tan pronto como hubiese comido algo, claro. Calentarse por fuera sin hacerlo por dentro no sirve de mucho. Iré a traer más ladrillos para ponéroslos bajo los pies mientras cenáis. Y también para Siuan Sedai, desde luego. Oh, si tuviese tanta hambre como debéis de tener vos, sé que sentiría la tentación de tragarme la comida, pero eso siempre me da dolor de estómago. —Se detuvo junto a la bandeja, miró a Egwene, y asintió satisfecha cuando la joven dijo que no comería demasiado deprisa.

Responder seriamente no le resultó empresa fácil. Chesa siempre era reconfortante, pero después de una jornada como la de ese día Egwene casi no podía evitar una sonrisa de alegría. Nada de complicaciones con Chesa. En la bandeja había dos cuencos blancos con guiso de lentejas, junto con una jarra alta de vino con especias, dos copas de plata y dos panecillos. De algún modo, la mujer había sabido que Siuan cenaría con ella. De los cuencos y la jarra salía humo. ¿Cuántas veces había tenido que cambiar Chesa la bandeja para asegurarse de que a Egwene la estaría esperando una comida caliente? Sencilla y sin complicaciones. Y tan atenta como una madre. O como una amiga.

—He de renunciar a la cama por ahora, Chesa. Todavía tengo trabajo que hacer

esta noche. ¿Quieres dejarnos solas, por favor?

Siuan sacudió la cabeza cuando la lona de la entrada se cerró tras la oronda mujer.

—¿Estáis segura de que no la habéis tenido a vuestro servicio desde que erais un bebé? —murmuró.

Egwene cogió un cuenco, un panecillo y una cuchara y se sentó en la silla con un suspiro. También abrazó la Fuente y aisló la tienda con una salvaguardia para no ser oídas. Por desgracia, el *Saidar* también la hizo ser más consciente de las manos y los pies medio congelados. Y el resto del cuerpo no estaba mucho más caliente. En contraste, tanto el cuenco como el panecillo parecieron quemarle las manos. ¡Oh, cómo le habría gustado tener esos ladrillos!

—¿Hay algo más que podamos hacer? —preguntó y, acto seguido, se metió una cucharada de lentejas guisadas en la boca. Estaba hambrienta, lo que no era de extrañar habida cuenta de que no había comido nada desde el desayuno, y eso fue muy temprano. Las lentejas y las leñosas zanahorias le supieron como el guiso más exquisito de su madre—. No se me ocurre nada. ¿Y a ti?

—Lo que podía hacerse, ya se ha hecho. No hay nada más, si no es que el Creador toma cartas en el asunto. —Siuan cogió su cuenco y se dejó caer en la banqueta pequeña, pero se quedó mirando fijamente el estofado de lentejas, removiéndolo con la cuchara—. No se lo diríais realmente, ¿verdad? —dijo por último—. No soportaría que lo supiera.

—¿Y por qué no?

—Se aprovecharía —contestó, sombría, Siuan—. ¡Oh, no de ese modo! No creo que hiciese eso. —Era muy mojigata en ciertas cosas—. ¡Pero haría de mi vida la Fosa de la Perdición!

¿Y lavarle la ropa interior y limpiarle las botas no lo era? Egwene suspiró. ¿Cómo podía una mujer tan sensata, tan inteligente, tan capaz, volverse una atolondrada en ese tema? Una imagen surgió en su mente como una víbora desenroscándose y siseando. Se vio a sí misma, sentada en las rodillas de Gawyn, jugueteando y besuqueándose. ¡En una taberna! La apartó con brusquedad.

—Siuan, necesito tu experiencia. Necesito tu cerebro. No puedo permitirme tenerte medio idiotizada por culpa de lord Bryne. Si no puedes serenarte, le pagaré la deuda que tienes con él y te prohibiré verlo. Lo haré.

—Prometí que trabajaría para pagar la deuda —insistió tozudamente la otra mujer—. ¡Tengo tanto honor como el maldito lord Gareth Bryne! ¡Tanto o más! ¡Él cumple su palabra, y yo la mía! Además, Min me dijo que tenía que estar cerca de él o ambos moriríamos. O algo por el estilo. —El rubor de sus mejillas la traicionó, sin embargo. Dejando a un lado su honor y la visión de Min, ¡simplemente estaba dispuesta a aguantar cualquier cosa con tal de no separarse de él!

—Muy bien. Es evidente que estás perdidamente enamorada, y si te prohíbo que

te acerques a ese hombre, me desobedecerás o acabarás ahogando con tonterías el poco seso que te queda. ¿Qué piensas hacer con respecto al general?

Con un ceño de indignación, Siuan continuó rezongando un poco más sobre todo lo que le gustaría hacer con respecto al maldito Gareth Bryne. Al general no le habría gustado ninguna de sus ideas. A unas pocas ni siquiera habría podido sobrevivir.

—Siuan —advirtió Egwene—, como niegues una vez más lo que está más claro que el agua, se lo contaré y le daré el dinero.

Siuan se amohinó; hoscamente. ¡Se amohinó! ¡Hoscamente! ¡Siuan!

—No tengo tiempo para el amor. Apenas lo tengo para pensar, entre trabajar para vos y para él. Incluso si todo sale bien esta noche, tendré el doble de cosas que hacer. Además... —Su expresión se tornó decaída; rebulló en la banqueta—. ¿Y si él no... corresponde a mis sentimientos? —murmuró—. No ha intentado siquiera besarme. Lo único que le importa es si sus camisas están limpias.

Egwene pasó la cuchara por el fondo del cuenco y al levantarla se sorprendió de encontrarla vacía. Del panecillo sólo quedaban migajas sobre su vestido. Luz, y todavía sentía vacío el estómago. Miró el cuenco de Siuan con esperanza; la otra mujer sólo parecía interesada en remover las lentejas con la cuchara.

Se le ocurrió una idea de repente. ¿Por qué lord Bryne había insistido en que Siuan saldase su deuda trabajando, aun después de descubrir quién era realmente? ¿Sólo porque ella hubiese dicho que lo haría así? Era un arreglo ridículo. Salvo porque la mantenía unida a él cuando no lo habría conseguido de ningún otro modo. En realidad, ella misma se había preguntado a menudo por qué razón había aceptado Bryne reunir un ejército. Tenía que haber sabido de sobra que existía la posibilidad, nada remota, de que acabara con la cabeza en el tajo del verdugo. ¿Y por qué le había ofrecido el ejército a ella, una jovencísima Amyrlin sin verdadera autoridad y sin una amiga entre las hermanas excepto Siuan, que él supiera? ¿La respuesta a todas esas preguntas podría ser tan simple como que... amaba a Siuan? No; los hombres, en su mayoría, eran frívolos y superficiales, ¡pero eso era realmente ridículo! Aun así, hizo la sugerencia, aunque sólo fuera para divertir a Siuan. A lo mejor se animaba un poco.

Siuan resopló con incredulidad. Sonó extraño, viniendo de su bonita cara, pero nadie sabía dar tanta expresión a un resoplido como ella.

—No es tonto de remate —comentó secamente—. De hecho, tiene la cabeza en su sitio. Piensa como una mujer, la mayor parte del tiempo.

—Todavía no te he oído decir que enmendarás tu conducta en esta situación, Siuan —insistió Egwene—. Has de hacerlo, de un modo u otro.

—Vaya, pues claro que lo haré. No sé qué demonios ha podido pasarme. No es como si no hubiese besado a un hombre nunca. —Estrechó repentinamente los ojos, como si esperara que Egwene pusiese en duda tal cosa—. No me he pasado toda la

vida en la Torre. ¡Esto resulta ridículo! ¡Mira que estar badajeando sobre hombres, precisamente esta noche! —Miró su cuenco y pareció darse cuenta por primera vez de que tenía comida. Llenó la cuchara y gesticuló con ella señalando a la joven—. Debéis ir con cuidado para calcular con acierto cada movimiento y ser oportuna, ahora más que nunca. Si Romanda o Lelaine cogen el timón, jamás lo tendréis en vuestras manos.

Ridículo o no, saltaba a la vista que algo había devuelto el apetito a Siuan. Engulló sus lentejas más deprisa incluso que Egwene y ni siquiera se le escapó una miguita del panecillo. La joven se dio cuenta de que había pasado los dedos por su cuenco vacío, rebañándolo; ya no tenía remedio, y lo único que podía hacer era chupar las contadas lentejas que tenía pegadas en las yemas.

Hablar de lo que podía ocurrir esa noche no servía realmente para nada. Ya habían afinado y pulido todo lo que Egwene tenía que decir —y cuándo— tantas veces que le sorprendía no haber soñado con ello. Ciertamente, habría sido capaz de hacer la parte que le tocaba en sueños. De todos modos, Siuan insistió hasta casi llegar al límite en el que Egwene habría tenido que llamarle la atención, repitiendo lo mismo una y otra vez, sacando a relucir posibilidades que ya habían discutido un centenar de veces. Cosa extraña, la mujer mayor estaba de muy buen humor. Incluso probó a bromear un poco, algo inusitado en ella últimamente, aunque en parte era humor negro.

—Sabéis que Romanda quiso ser Amyrlin en una ocasión —dijo en cierto momento—. Oí decir que el motivo fue que Tamra obtuviese la Vara y la Estola por lo que se retiró muy ofendida, como una gaviota con las plumas de la cola cortadas. Apuesto un marco de plata, que no tengo, contra una escama de pez a que sus ojos se desorbitan el doble que los de Lelaine.

Luego siguió diciendo:

—Ojalá estuviera allí para oírlas aullar. Alguien va a hacerlo a no tardar, y prefiero que sean ellas a que seamos nosotras. Nunca he tenido buena voz para el canto.

De hecho cantó un fragmento sobre estar contemplando a un chico a través del río y no tener una barca. No se equivocaba; su voz era agradable a su manera, pero nunca se ganaría la vida con ello.

Más tarde, añadió:

—Menos mal que ahora tengo una cara muy dulce. Si la cosa sale mal, nos vestirán a las dos como muñecas y nos sentarán en una estantería para que nos admiren. Claro que también podemos «sufrir accidentes». Las muñecas se rompen. Gareth Bryne tendría que buscarse a otra a quien mangonear. —Aquello la hizo reír de verdad.

Egwene sintió un gran alivio cuando el faldón de la entrada se abultó hacia dentro

levemente, anunciando a alguien que sabía que no debía entrar donde había una salvaguardia. ¡Realmente no quería saber hasta dónde podía llegar el humor de Siuan!

Tan pronto como anuló la salvaguardia, Sheriam entró en la tienda, acompañada por una ráfaga de aire que parecía diez veces más frío que antes.

—Es la hora, madre. Todo está dispuesto. —Tenía muy abiertos los ojos rasgados, y se pasaba la punta de la lengua por los labios.

Siuan se incorporó de un salto y cogió su capa de encima del catre de Egwene, pero se detuvo a medio echársela por los hombros.

—He navegado por los Dedos del Dragón de noche, ¿sabéis? —empezó seriamente—. Y una vez pesqué una escorpina en la red, con mi padre. Puede hacerse.

Sheriam frunció el entrecejo mientras Siuan salía presurosa, dejando entrar más aire frío.

—A veces creo —empezó la Guardiana, pero lo que fuera que pensase a veces no lo compartió—. ¿Por qué hacéis esto, madre? —preguntó en cambio—. Todo ello, lo de hoy en el lago, el convocar a sesión a la Antecámara esta noche. ¿Por qué nos hicisteis pasarnos todo el día de ayer hablando sobre Logain con todo el mundo con el que nos encontrábamos? Creo que deberíais hacerme partícipe de ello. Soy vuestra Guardiana. Os juré fidelidad.

—Te informo de lo que necesitas saber —repuso Egwene mientras se echaba la capa sobre los hombros. No tenía por qué añadir que sólo confiaba en un juramento obligado hasta cierto punto, incluso por parte de una hermana. Y Sheriam podría encontrar una razón para dejar caer algún comentario al oído equivocado a pesar de su promesa. Después de todo, las Aes Sedai tenían fama de encontrar escapatorias en lo que habían dicho. Realmente no creía que pasara eso, pero, al igual que le ocurría con lord Bryne, no podía correr el menor riesgo a menos que no le quedara más remedio.

—He de deciros algo —manifestó amargamente Sheriam—. Creo que mañana Romanda o Lelaine, una de las dos, será vuestra Guardiana de las Crónicas, y yo estaré cumpliendo un castigo por no advertir a la Antecámara. Y puede que vos me envidiéis.

Egwene asintió con la cabeza. Era más que posible.

—¿Vamos?

El sol proyectaba una roja cúpula sobre las copas de los árboles, y sobre la nieve se reflejaba una luz cárdena.

Los criados señalaron el paso de Egwene a lo largo de las profundas sendas llevando a cabo reverencias e inclinaciones. En sus rostros se reflejaba preocupación o, si no, inexpresividad; los criados percibían el estado de ánimo de aquellos a quienes servían casi con la misma rapidez que los Guardianes.

Al principio no vio a ninguna hermana; y entonces las encontró a todas allí, una gran concurrencia agrupada de tres en fondo alrededor de un pabellón, que se había levantado en el único espacio despejado que había en el campamento lo bastante grande, la misma zona utilizada por las hermanas para Rasar hasta los palomares de Salidar y Viajar de vuelta con informes de los confidentes.

Era una extensa pieza de gruesa lona, muy remendada, sin punto de comparación con la magnificencia del baldaquín junto al lago, y montarla costaba un considerable esfuerzo. En los últimos dos meses, la Antecámara se había reunido más a menudo, como lo había hecho la víspera por la mañana, o quizás apiñándose en una de las tiendas más amplias. El pabellón se había levantado sólo dos veces desde que salieron de Salidar. En ambas ocasiones para un juicio.

Al advertir que Egwene y Sheriam se acercaban, las hermanas situadas detrás murmuraron algo a las que estaban delante, y se abrió un hueco para dejarlas pasar. Ojos inexpresivos las observaron a ambas, sin traslucir el menor indicio de si sabían o incluso sospechaban lo que estaba pasando. Ni indicio alguno de lo que pensaban. Egwene notó que empezaba a ponerse nerviosa. Un capullo de rosa. Tranquilidad.

Llegó hasta las alfombras extendidas sobre el suelo, tejidas con vivos colores y una docena de dibujos distintos, y avanzó a través del círculo de braseros mientras Sheriam empezaba con el consabido «¡Aquí llega, aquí llega!». No era de extrañar que su voz sonase un poquito menos solemne, un tanto nerviosa.

Los bancos lustrados y los cajones cubiertos con paños utilizados en el lago volvían a usarse. Daban una imagen mucho más formal que el montón de sillas desparejadas que habían utilizado anteriormente; aparecían colocados en dos filas —inclinadas y casi convergentes en un extremo— de nueve asientos, agrupados de tres en tres: Verde, Gris y Amarillo a un lado; Blanco, Marrón y Azul al otro. En el extremo divergente, el más alejado de la posición de Egwene, se encontraban la caja cubierta con un paño de franjas y el banco para la Sede Amyrlin. Sentada allí, sería el centro donde confluirían todas las miradas, en todo momento consciente de ser una frente a dieciocho. Por suerte no se había cambiado de ropa; todas las Asentadas todavía llevaban encima sus mejores galas lucidas en el lago, con el único añadido del chal correspondiente. Un capullo de rosa. Tranquilidad.

Uno de los bancos estaba vacío, aunque sólo fue un momento. Delana llegó apresuradamente justo cuando Sheriam terminaba de recitar la fórmula del procedimiento. Con aspecto agitado y falto de aliento, la Asentada Gris ocupó su sitio, entre Varilin y Kwamesa, con muy poca de su gracia habitual. Esbozaba una mueca forzada, enfermiza, y jugueteaba nerviosamente con las gotas de fuego que adornaban su garganta. Cualquiera habría pensado que era ella a la que se juzgaba. Tranquilidad. No se estaba procesando a nadie. Todavía.

Egwene empezó a cruzar sobre las alfombras con paso lento, entre las dos filas de

bancos, con Sheriam siguiéndola muy cerca. Kwamesa se puso de pie; de pronto el brillo del *Saidar* envolvió a la esbelta y morena mujer, la más joven de las Asentadas. Esa noche no se escatimaría ninguna formalidad.

—Lo que se presenta a debate a la Antecámara de la Torre es competencia exclusiva de la Antecámara —anunció Kwamesa—. Sepa todo aquel que se inmiscuya sin mediar requerimiento, sea mujer u hombre, iniciada o extraño, venga en son de paz o con ira, que lo retendré conforme a la ley por transgredirla y ante ella dará cuenta. Ténganse por ciertas mis palabras; así se prescribe y así se hará.

Aquella fórmula era más antigua que el juramento contra la mentira, se remontaba a una época en la que las Amyrlin que morían asesinadas eran casi tantas como las que fallecían por todas las demás causas juntas. Egwene siguió avanzando con pasos mesurados. Le costó un gran esfuerzo no tocar la estola, como recordatorio, e intentó concentrarse en el banco hacia el que caminaba.

Kwamesa tomó asiento de nuevo, todavía envuelta en el brillo del Poder. En el grupo de las Blancas, Aledrin se levantó, igualmente rodeada por la reluciente aureola. Con su cabello dorado oscuro y sus grandes ojos de color avellana, resultaba realmente bella cuando sonreía, pero esa noche hasta una piedra habría tenido más expresión que ella.

—Hay concurrentes ajenas a la Antecámara que pueden oír todo lo que va a someterse a debate —manifestó en voz fría, con fuerte acento tarabonés—. Lo que se discute en la Antecámara de la Torre sólo a ella concierne, a menos que la Antecámara determine lo contrario. Nos procuraré aislamiento, garantizando la confidencialidad de lo que aquí se diga.

Tejió una salvaguardia que incomunicó todo el pabellón y luego se sentó. Se produjo cierta agitación entre las hermanas que se encontraban fuera y que ahora veían moverse a la Antecámara en el más absoluto silencio.

Resultaba extraño que entre las Asentadas hubiese tantas cosas que dependían de la edad, cuando hacer distinciones por esa causa rayaba el anatema entre las restantes Aes Sedai. ¿Habría podido ver Siuan alguna pauta en las edades de las Asentadas? No, fuera distracciones. Concentración. Tranquilidad y concentración.

Egwene agarró los bordes de su capa, subió al cajón cubierto con el paño rayado y se volvió. Lelaine ya estaba de pie, con el chal de flecos azules en torno a los antebrazos, y Romanda empezaba a levantarse sin esperar siquiera a que Egwene tomara asiento. No podía permitir que ninguna de las dos agarrara el timón.

—Presento una moción a la Antecámara —dijo en voz alta, firme—. ¿Quién está a favor de declarar la guerra a la usurpadora Elaida do Avriny a'Roihan?

Se retiró la capa, la dejó caer sobre el banco y tomó asiento. De pie a su lado, Sheriam se mostraba fría y muy serena, pero soltó un apagado sonido, casi un quejido; Egwene creía que nadie más lo había escuchado. O eso esperaba.

Se produjo un momento de consternación, durante el cual las mujeres se quedaron paralizadas en sus asientos, mirándola de hito en hito con estupor, quizá tanto por el hecho de que hubiese planteado una cuestión como por el tema en sí. Nadie presentaba una moción a la Antecámara antes de sondear la opinión de las Asentadas sobre el asunto; sencillamente, no se hacía, y no sólo por tradición sino por razones prácticas. Fue Lelaine la que rompió el silencio.

—Nosotras no declaramos la guerra a *personas individuales* —arguyó en voz fría —. Ni siquiera a traidores como Elaida. En cualquier caso, pido que se retire vuestra moción para discutir asuntos más urgentes que no admiten dilación. —Había tenido tiempo de recobrar la compostura durante el viaje de vuelta; ahora su expresión era dura, simplemente, no tormentosa. Se pasó los dedos por la falda azul como si quitase unas motas de polvo, dando la impresión de que con ese gesto apartaba a un lado a Elaida, o tal vez a Egwene, y pasó a concentrar su atención en las otras Asentadas—. Lo que nos trae a sesión esta noche es... Iba a decir «simple», pero no lo es. ¿Abrir el libro de novicias? Nos encontraríamos con abuelas pidiendo a gritos la prueba de aptitud. ¿Quedarnos aquí un mes? No es necesario enumerar las dificultades, empezando por gastar la mitad de nuestro oro sin acercarnos un paso a Tar Valon. En cuanto a no atravesar la frontera de Andor...

—Mi hermana Lelaine, en su ansiedad, ha olvidado quién tiene derecho a tomar la palabra en primer lugar —la interrumpió suavemente Romanda. Su sonrisa consiguió hacer que el semblante de la otra Asentada pareciese alegre en comparación. Aun así, se arregló el chal con toda parsimonia, como si dispusiera de todo el tiempo del mundo—. Hay dos cuestiones que requieren la atención de la Antecámara, y en la segunda trataré los temas que preocupan a Lelaine. Desgraciadamente para ella, la primera que plantearé concierne a la discutible idoneidad de la propia Lelaine para continuar en la Antecámara. —Su sonrisa se ensanchó sin que aumentara un ápice su calidez. Lelaine se sentó lentamente sin disimular su ceño.

—Una moción sobre declaración de guerra no puede retirarse en modo alguno —anunció Egwene en tono vibrante—. Debe dársele respuesta antes de entrar en otra cuestión presentada posteriormente. Así es como lo estipula la ley.

Las hermanas intercambiaron miradas rápidas, interrogantes.

—¿Es eso cierto? —preguntó finalmente Janya. Con el entrecejo fruncido pensativamente, se giró en su banco para dirigirse a la mujer que ocupaba el de al lado—. Takima, tú recuerdas todo lo que lees, y estoy segura de haberte oído decir que habías leído la Normativa de Guerra. ¿Es como ella dice?

Egwene contuvo la respiración. La Torre Blanca había enviado soldados a varias guerras a lo largo de los últimos mil años, pero lo hacía siempre en respuesta a una petición de ayuda de, por lo menos, dos tronos, y en todos los casos habían sido

guerras de ellos, no de la Torre por sí misma. La última vez que la propia Torre declaró la guerra había sido contra Artur Hawkwing. Siuan afirmaba que en la actualidad sólo unas cuantas bibliotecarias sabían algo más sobre la Normativa de Guerra aparte de que *había habido* una.

Baja, con el cabello oscuro y largo hasta la cintura y la tez del color del marfil envejecido, Takima hacía recordar con frecuencia un pájaro, cuando ladeaba la cabeza pensativamente. Ahora parecía un pájaro que desease salir volando, rebullendo en su asiento, ajustándose el chal, enderezando sin necesidad su tocado de perlas y zafiros.

—Lo es —dijo por fin, y cerró bruscamente la boca.

Egwene soltó con disimulo el aire que había estado reteniendo.

—Al parecer —intervino Romanda en tono cortante—, Siuan Sanche os ha estado instruyendo bien. Madre. ¿En qué argumentos apoyáis esa declaración de guerra? Contra una mujer. —Hablaba como si intentara quitarse del medio algo desagradable, y se sentó a esperar que se apartara de su camino.

De todos modos, Egwene asintió con un gesto deferente y digno y se puso de pie. Miró a los ojos a las Asentadas, una por una, firme, desapasionadamente. Takima eludió la mirada. ¡Luz, esa mujer lo sabía! Pero no había dicho nada. ¿Seguiría guardando silencio el tiempo suficiente? Ya era demasiado tarde para cambiar de plan.

—Hoy nos hallamos frente a un ejército dirigido por personas que recelan de nosotras, que nos ponen en duda. De otro modo, ese ejército no estaría allí. —Egwene había querido poner un timbre de pasión a su voz, dejar que saliera libremente, pero Siuan le había aconsejado hablar con absoluta frialdad, y finalmente había accedido. Tenían que ver a una mujer con pleno dominio de sí misma, no a una muchacha que se dejaba llevar por el corazón. Sin embargo, las palabras le salían del corazón—. Oísteis decir a Arathelle que no querían verse involucrados en asuntos de Aes Sedai. Pero sí han estado dispuestos a conducir un ejército hasta Murandy para cerrarnos el paso. Porque no están seguros de quiénes somos ni de lo que nos proponemos. ¿Alguna de vosotras notó realmente que os tomaban por Asentadas?

Malind, una mujer carirredonda y de ojos fieros, rebulló en su asiento entre las Verdes, al igual que Salima, que apuñaba el chal de flecos amarillos, aunque se las arreglaba para mantener inexpresivo su oscuro rostro. Berana, otra Asentada elegida en Salidar, frunció pensativamente el entrecejo. Egwene no mencionó la reacción hacia ella como Amyrlin demostrada por los nobles; si esa idea no estaba ya en sus cabezas, no quería recordársela.

—Hemos enumerado los delitos de Elaida a incontables nobles —continuó—. Les hemos dicho que nos proponemos destituirla. Pero lo dudan. Piensan que quizá, sólo quizá, somos quienes decimos ser. Que quizá nuestras palabras son un señuelo. Quizá

sólo somos la mano ejecutora de Elaida, tejiendo algún complejo plan. La duda hace a la gente irresoluta, le causa inseguridad. La duda proporcionó coraje a Pelivar y Arathelle para plantarse ante unas Aes Sedai y decir «no podéis seguir adelante». ¿Quiénes más nos saldrán al paso o interferirán porque no están seguros y la incertidumbre los conduce a actuar en una bruma de confusión? Sólo tenemos un modo de disipar su confusión. Todo lo demás ya lo hemos hecho. Una vez que nos declaremos en guerra contra Elaida, no habrá lugar a dudas. No digo que Arathelle, Pelivar y Aemlyn emprendan el regreso tan pronto como lo hagamos, pero ellos y todos los demás sabrán quiénes somos. Nadie osará volver a manifestar sus dudas tan abiertamente cuando digáis que sois la Antecámara de la Torre. Nadie osará cerrarnos el paso, interfiriendo en los asuntos de la Torre llevado por la incertidumbre o la ignorancia. Hemos llegado a la puerta y hemos puesto la mano en el picaporte. Si tenéis miedo de cruzar el umbral, entonces estaréis pidiendo a voces al mundo que os tome por unas marionetas de Elaida, y nada más.

Se sentó, sorprendida de lo tranquila que se sentía. Más allá de las dos filas de Asentadas, se produjo movimiento entre las hermanas que estaban fuera, acercando las cabezas para hablar. Podía imaginar los murmullos excitados que la salvaguardia montada por Aledrin impedía oír. Ahora únicamente hacía falta que Takima mantuviese la boca cerrada el tiempo suficiente.

Romanda gruñó con impaciencia y se puso de pie sólo lo suficiente para preguntar:

—¿Quién se levanta en apoyo de la declaración de guerra contra Elaida? —Su mirada se volvió hacia Lelaine, y su fría y petulante sonrisa reapareció. Era obvio lo que ella consideraba importante, una vez que esta tontería se hubiese resuelto.

Janya se puso de pie con tanto brío que los largos flecos marrones de su chal se mecieron.

—No veo por qué no. Total, ¿qué más da? —manifestó. Se suponía que no podía hablar, pero su gesto firme y su mirada penetrante desafiaban a cualquiera que intentara hacerla callar. Normalmente no se mostraba tan resuelta, pero, como siempre, las palabras le salieron atropelladas—. Arreglar lo que el mundo ya sabe no será ni más ni menos arduo que esto. ¿Y bien? No tiene sentido esperar.

Al otro lado de Takima, Escaralde asintió y se puso de pie.

Moria casi se incorporó de un salto y lanzó una ojeada ceñuda a Lyrelle, que se recogió la falda como si fuera a levantarse, pero entonces vaciló y miró a Lelaine con expresión interrogante. Lelaine estaba demasiado ocupada en mirar hoscamente a Romanda, situada en la fila de enfrente, como para darse cuenta.

Entre las Verdes, Samalin y Malind se pusieron de pie al tiempo, y Faiselle alzó la cabeza con una sacudida. Una domani fornida, de tez cobriza, había pocas cosas que sobresaltasen a Faiselle, pero ahora sí parecía estarlo, y su rostro cuadrado se giraba a

izquierda y a derecha para mirar con los ojos muy abiertos ora a Samalin ora a Malind.

Salima se levantó, arreglando cuidadosamente los flecos amarillos de su chal a la par que ponía idéntico cuidado en evitar la ceñuda mirada de Romanda. Kwamesa se incorporó, y a continuación lo hizo Aledrin al tiempo que tiraba de la manga a Berana, haciendo que se levantara también. Delana se giró completamente en su banco y dirigió una ojeada escrutadora hacia las hermanas que se encontraban fuera. A pesar del silencio, la expectación de las mujeres agrupadas en torno al pabellón se transmitía en el continuo rebullir, el acercarse unas cabezas a otras, en los ojos lanzando miradas rápidas e intensas a las Asentadas. Delana se incorporó lentamente, con ambas manos apretadas contra el estómago, con aire de estar a punto de vomitar allí mismo. Takima hizo una mueca y contempló fijamente sus manos, que tenía apoyadas sobre las rodillas. Saroiya observó a las otras dos Blancas mientras se daba tironcitos de la oreja, como acostumbraba hacer cuando estaba sumida en hondas reflexiones. Pero nadie más se movió.

Egwene sintió el sabor de la bilis subiéndole por la garganta. Diez. Sólo diez. ¡Había estado tan segura! Siuan lo había estado. Sólo con el asunto de Logain tendría que haber sido suficiente, dada la ignorancia de las hermanas con respecto a la ley implicada. El ejército de Pelivar y la negativa de Arathelle de aceptar que eran Asentadas debería haberlas levantado como el agua impulsada por una bomba.

—¡Por amor de la Luz! —barbotó Moria. Se volvió hacia Lyrelle y Lelaine, puesta en jarras. Si Janya al hablar había ido en contra de la costumbre, esto la rompía por completo. Los estallidos de ira estaban estrictamente prohibidos en la Antecámara, pero los ojos de Moria lanzaban chispas, y su acento illiano estaba saturado de rabia—. ¿A qué esperáis? ¡Elaida robó la Vara y la Estola! ¡El Ajah de Elaida hizo de Logain un falso Dragón, y sólo la Luz sabe a cuántos hombres más! ¡Ninguna mujer en la historia ha merecido más que ella esta declaración de guerra! ¡Poneos en pie o guardad silencio a partir de ahora sobre vuestro firme propósito de destituirla!

Lelaine no la miró de hito en hito, pero por su expresión habríase dicho que se veía sorprendida por el ataque de un gorrión.

—Esto casi no merece una votación, Moria —replicó con voz tensa—. Después hablaremos sobre decoro, tú y yo. Sin embargo, si necesitas una demostración de resolución... —Aspiró sonoramente y se puso de pie, tras lo cual hizo un gesto seco con la cabeza que impulsó a Lyrelle a incorporarse como si la hubiesen tirado de unas cuerdas.

A Lelaine pareció sorprenderle que no tirase también de Faiselle y Takima. Lejos de levantarse, ésta gruñó como si hubiese recibido un golpe. Con una expresión de incredulidad, recorrió con la mirada la fila de mujeres que estaban de pie, contándolas

de manera obvia. Y volvió a contarlas por segunda vez. Takima, que había *recordado* todo desde el principio.

Egwene respiró profundamente aliviada. Se había conseguido. Casi no podía creerlo. Al cabo de un momento, carraspeó y, de hecho, Sheriam dio un brinco de sobresalto. Con los verdes ojos abiertos como platos, la Guardiana se aclaró la garganta también.

—Alcanzado el consenso simple, se declara la guerra a Elaida do Avriny a'Roihan. —Su voz no sonaba demasiado firme, pero bastaba—. En interés de la unidad, pido que se levante toda la Antecámara para llegar al consenso plenario.

Faiselle pareció a punto de incorporarse, pero después apretó los puños sobre el regazo y siguió sentada. Saroiya abrió la boca y luego la cerró sin decir nada, con gesto preocupado. Nadie más se movió.

—No lo conseguiréis —manifestó Romanda sin alterarse. La mueca burlona que lanzó a Lelaine era tanto como proclamar por qué ella, al menos, no se levantaría—. Ahora que ese pequeño asunto está resuelto, podemos entrar en...

—Me parece que es imposible —la interrumpió Egwene—. Takima, ¿qué indica la Normativa de Guerra sobre la Sede Amyrlin?

Romanda se había quedado boquiabierta. Los labios de Takima se pusieron pálidos; la diminuta Marrón parecía más que nunca un pájaro que quisiera alzar el vuelo.

—La Normativa... —empezó, y luego respiró hondo y se sentó muy derecha—. La Normativa de Guerra consigna: «Así como unas manos han de guiar una espada, del mismo modo la Sede Amyrlin dirigirá y llevará adelante la campaña por decreto. Pedirá el consejo de la Antecámara de la Torre, pero la Antecámara ejecutará sus decretos a la mayor rapidez posible, y por bien de la unidad, sus componentes deberán... —titubeó, y resultó obvio que hubo de obligarse a continuar—, deberán aprobar cualquier decreto de la Sede Amyrlin relativo a la prosecución de la guerra por consenso plenario».

Se produjo un larguísimo silencio. Todos los ojos estaban desorbitados. Delana se giró rápidamente y vomitó sobre las alfombras, detrás de su banco. Kwamesa y Salima bajaron de los cajones y dieron un paso hacia ella, pero Delana las rechazó con un ademán y sacó un pañuelo de la manga para limpiarse la boca. Magla, Saroiya y otras cuantas de las que seguían sentadas tenían un aspecto como si fuesen a seguir su ejemplo en cualquier momento; no así otras de las que habían sido elegidas en Salidar, sin embargo. Romanda parecía a punto de comerse las uñas.

—Muy lista —dijo finalmente Lelaine en tono seco y, tras una pausa deliberada, añadió—: Madre. ¿Querréis explicarnos lo que la gran sabiduría de vuestra vasta experiencia os aconseja hacer? Con respecto a la guerra, me refiero. Quiero que quede bien claro.

—Yo también quiero dejar muy claro algo —replicó fríamente Egwene. Se echó hacia adelante y clavó una severa mirada en la Asentada Azul—. Se exige cierto grado de respeto hacia la Sede Amyrlin, y de ahora en adelante me lo *mostrarás*, hija. Éste no es momento de que me vea obligada a destituirte como Asentada e imponer un correctivo.

Los ojos de Lelaine se desorbitaron aún más por causa de la conmoción. ¿De verdad habría pensado esa mujer que todo iba a seguir como antes? ¿O acaso era que después de tanto tiempo de no atreverse a demostrar más que un mínimo de entereza, Lelaine había creído simplemente que carecía de ella? Egwene no deseaba realmente destituirla; casi con toda seguridad, las Azules volverían a presentarla para el puesto. Además, todavía tenía que vérselas con la Antecámara en asuntos que no podían disfrazarse de forma convincente como parte de la guerra contra Elaida. Con el rabillo del ojo Egwene advirtió que en los labios de Romanda asomaba una sonrisa al ver rebajada a Lelaine. De poco le serviría tanto esfuerzo si lo único que conseguía era que Romanda ganase más prestigio entre las demás.

—Lo que le he dicho a Lelaine es válido para todas, Romanda —anunció—. Si es preciso, Tiana puede encontrar dos varas en lugar de una.

La sonrisa de la Asentada Amarilla se borró de golpe.

—Si se me permite hablar, madre —intervino Takima mientras se levantaba despacio. Ensayó una sonrisa, pero por su aspecto seguía sintiéndose fatal—. Personalmente creo que habéis empezado bien. Es posible que sea beneficioso que nos quedemos aquí un mes. O más. —La cabeza de Romanda se giró con brusquedad hacia ella para mirarla fijamente, pero por primera vez Takima no pareció darse cuenta—. Si pasamos el invierno aquí, evitaremos el peor tiempo que hará más al norte, y también podremos planear cuidadosamente...

—Se acabaron los retrasos, hija —la cortó Egwene—. Se acabó dar largas al asunto. —¿Sería otra Gerra u otra Shein? Todavía podía ocurrir cualquiera de las dos cosas—. Dentro de un mes Viajaremos desde aquí. —No; ella era Egwene al'Vere, y sólo la Luz sabía lo que dirían las historias secretas sobre sus defectos y virtudes, pero serían suyos, no copias de cualquier otra mujer—. Dentro de un mes empezaremos el asedio a Tar Valon.

En esta ocasión, el silencio sólo se rompió con los sollozos de Takima.

20. En Andor

Elayne esperaba que el viaje a Caemlyn discurriera sin problemas, y al principio pareció que sería así. Lo creía incluso mientras Aviendha, Birgitte y ella se hallaban sentadas, agotadas hasta la médula y arrebujadas en los harapos que quedaban de sus ropas, sucias con polvo, tierra y sangre de las heridas recibidas cuando explotó el acceso. En dos semanas, como mucho, estaría preparada para presentar su derecho de reclamación al Trono del León. Allí, en lo alto de la colina, Nynaeve Curó sus numerosas heridas y apenas pronunció palabra, aunque no para reprenderlas. A buen seguro, aquélla era una agradable señal, aunque inusitada. En su semblante se reflejaba una lucha entre el alivio de hallarlas con vida y la preocupación.

Hubo que recurrir a la fuerza de Lan para arrancar el dardo de la ballesta seanchan clavado en el muslo de Birgitte antes de que pudiese Curar esa herida. Aunque el rostro de la arquera se tornó lívido y Elayne sintió un dolor intenso a través del vínculo, una punzada que la hizo querer gritar, su Guardiana apenas gimió entre los dientes apretados.

—*Tai'shar* Kandor —murmuró Lan mientras arrojaba al suelo el virote de punta cuadrada, diseñado para perforar armaduras. «Genuina estirpe de Kandor.» Birgitte parpadeó y el hombre hizo una pausa—. Discúlpame si me he equivocado. Supuse que eras kandoresa por tus ropas.

—Oh, sí, kandoresa —contestó Birgitte. Su sonrisa forzada podría deberse a las heridas.

Nynaeve apartó impacientemente a Lan para poner sus manos sobre ella. Elayne esperaba que su Guardiana supiese algo más de Kandor que el nombre; cuando Birgitte nació por última vez, por entonces no existía siquiera ese país. Debería haberlo interpretado como presagio.

Birgitte recorrió los ocho kilómetros que había hasta la pequeña casa solariega, detrás de Nynaeve, en la resistente yegua marrón de esta última —llamada *Lazo de amantes*, ¡nada menos!— y Elayne y Aviendha a lomos del enorme semental negro de Lan. La heredera del trono iba en la silla de *Mandarb*, con los brazos de la Aiel rodeándole el talle, en tanto que Lan conducía por las riendas al animal de ojos fieros. Los caballos de batalla entrenados eran un arma tanto como una espada, y monturas peligrosas para jinetes desconocidos. «Ten seguridad en ti misma, pequeña —le había dicho siempre Lini—, pero no demasiada», y ella intentaba seguir el consejo. Debería haberse dado cuenta de que tenía un control tan nulo sobre los acontecimientos como con las riendas de *Mandarb*.

En la casa de piedra de tres plantas, maese Bencorno, robusto y canoso, y la señora Bencorno, algo menos robusta y algo menos canosa, pero por lo demás increíblemente parecida a su marido, tenían a todas las personas que trabajaban en la

hacienda, así como a la doncella de Merilille, Pol, y a los criados de uniforme verde y blanco que habían llegado del palacio de Tarasin, yendo y viniendo afanosamente para encontrar un sitio en el que durmieran más de doscientas personas, en su mayoría mujeres, que habían aparecido como si salieran del aire, ya caída la tarde. La tarea se realizó con sorprendente rapidez a pesar de que la gente de la hacienda se paraba para mirar boquiabierta el rostro intemporal de una Aes Sedai o la capa de colores cambiantes de un Guardián que hacía que partes de su cuerpo desaparecieran de la vista, o a una de las mujeres de los Marinos con sus brillantes sedas, sus pendientes en las orejas y la nariz y las cadenitas con medallones. Las Allegadas habían decidido que ya no era peligroso asustarse, y chillaban por mucho que les dijeran Reanne y las mujeres del Círculo de Labores de Punto; las Detectoras de Vientos gruñían por lo lejos de la sal que se encontraban, en contra de sus deseos, como Renaile din Calon manifestaba en voz alta, y las nobles y artesanas que habían estado más que dispuestas a huir de lo que quiera que hubiese en Ebou Dar, cargando de buen grado con sus posesiones a la espalda, ahora se negaban a que las llevaran a un pajar para pasar la noche.

Todo eso ocurría cuando Elayne y los demás llegaron, con el sol muy rojo en el horizonte; había gran agitación y un remolino de gente dando vueltas de un lado a otro por la casa y los edificios con techos de paja de las dependencias, pero Alise Tenjile, sonriendo plácidamente e implacable como una avalancha, parecía tener todo bajo control mucho mejor incluso que los competentes Bencorno. Allegadas que lloraban con más ganas a pesar de los intentos de Reanne por tranquilizarlas, se secaban las lágrimas ante unas palabras susurradas de Alise y empezaban a moverse con el aire resuelto de quienes habían cuidado de sí mismas en un mundo hostil durante muchos años. Nobles altaneras, con Cuchillos de Esponsales colgando sobre los escotes ovalados de sus corpiños adornados con encaje, y artesanas que mostraban casi tanta arrogancia y casi tanto busto, ya que no seda, se encogían al ver aproximarse a Alise y se escabullían rápidamente hacia los altos graneros, abrazando los bultos de sus pertenencias y manifestando en voz alta que siempre habían pensado que sería divertido dormir sobre paja. Incluso las Detectoras de Vientos, muchas de ellas mujeres importantes y poderosas entre los Atha'an Miere, acallaban sus protestas cuando Alise se encontraba cerca. En realidad, Sareitha, que aún no poseía el aire intemporal Aes Sedai, la miraba con recelo mientras toqueteaba su chal de flecos marrones, como para recordarse a sí misma que llevaba la prenda y lo que significaba. Merilille —la imperturbable Merilille— observaba cómo la mujer realizaba su trabajo con una mezcla de aprobación y franco asombro.

Nynaeve se bajó de la yegua delante de la puerta de la casa y dirigió una mirada hosca a Alise, dio un deliberado y comedido tirón a su trenza —tirón que la otra mujer estaba demasiado ocupada para advertir— y penetró en la casa mientras se

quitaba los guantes de montar azules y mascullaba entre dientes. Siguiéndola con la mirada, Lan rió quedamente, pero cortó la risa inmediatamente cuando Elayne desmontó. ¡Luz, qué fríos eran sus ojos! Por el bien de Nynaeve, esperaba que el hombre pudiera salvarse de su destino, pero, al mirar esos ojos, lo dudaba mucho.

—¿Dónde está Ispan? —preguntó en voz baja mientras ayudaba a Aviendha a desmontar. Eran tantas las mujeres que sabían que llevaban prisionera a una Aes Sedai, una hermana Negra, que la noticia estaba abocada a extenderse por la heredad como el fuego en la hierba seca, pero sería mejor que la gente de la casa estuviese un poco preparada.

—Adeleas y Vandene la llevaron a una pequeña cabaña de leñadores, a unos quinientos o seiscientos metros de aquí —contestó el hombre en tono igualmente bajo—. Con todo este jaleo, no creo que nadie reparase en una mujer con un saco sobre la cabeza. Las hermanas dijeron que se quedarían con ella esta noche.

Elayne sintió un escalofrío. Al parecer, la Amiga Siniestra iba a ser sometida a otro interrogatorio tan pronto como se pusiera el sol. Ahora estaban en Andor, y ello hacía que se sintiese aún más responsable, como si hubiese dado la orden de hacerlo.

Poco después, se hallaba en una bañera de cobre, disfrutando del jabón perfumado y de la piel limpia de nuevo, riendo y salpicando agua a Birgitte, que estaba repantigada perezosamente en otra bañera, salvo cuando respondía salpicando agua también, ambas riendo divertidas por el gesto aterrado de Aviendha, que no conseguía ocultar del todo, al verse sumergida en agua hasta el pecho. Sin embargo, la Aiel pensó que era una buena broma a su costa, y contó una historia indecente por demás sobre un hombre al que se le clavaban espinas de *segade* en el trasero. Birgitte relató otra, aún más desvergonzada, sobre una mujer a la que se le quedaba la cabeza atascada entre las tablillas de una valla y que hizo que incluso Aviendha se sonrojara. Sin embargo, eran divertidas. Elayne habría querido saber una para contarla.

Aviendha y ella se peinaron el cabello la una a la otra —un rito nocturno entre medio hermanas— y después se acurrucaron, agotadas, en la cama de dosel de un pequeño dormitorio. Aviendha y ella, y Nynaeve y Birgitte, y gracias que no había nadie más. Los cuartos más grandes estaban abarrotados de catres y camastros, incluidas las salas de estar, las cocinas y gran parte de los pasillos. Nynaeve se pasó la mitad de la noche rezongando sobre la indecencia de hacer dormir a una mujer separada de su marido, y la otra mitad hincándole los codos a Elayne cada vez que ésta se quedaba dormida. Birgitte se negó en redondo a cambiarle el sitio, y Elayne no podía pedirle a Aviendha que aguantara los fuertes codazos de la mujer, de modo que apenas cerró los ojos.

La heredera del trono estaba grogui cuando se prepararon para partir a la mañana siguiente, con el sol saliendo por el horizonte como una gran bola de oro fundido. La casa no podía prescindir de muchos animales a menos que quisiera dejar pelada a la

hacienda, por lo que, mientras ella montaba un castrado negro, llamado *Fogoso*, y Aviendha y Birgitte también tenían nuevas monturas, las que habían ido a pie cuando huyeron de la granja de las Allegadas, siguieron a pie. Eso incluía a la mayoría de las Allegadas, a los criados que conducían por las riendas a los animales de carga y a unas veinte mujeres que obviamente lamentaban lo indecible haber acudido a la granja en busca de paz y sosiego. Los Guardianes marchaban en vanguardia para explorar el camino a través de onduladas colinas, pobladas de bosques resecos por la sequía, y el resto de la columna se extendía cual una serpiente muy peculiar, con Nynaeve, Elayne y las otras hermanas a la cabeza. Y Aviendha, por supuesto.

Formaban un grupo que difícilmente podía pasar inadvertido, con tantas mujeres viajando en compañía de tan pocos hombres de escolta, por no mencionar a veinte Detectoras de Vientos de tez oscura, que se sostenían sobre los caballos torpemente y que resultaban tan llamativas como aves de plumajes exóticos, así como nueve Aes Sedai, seis de ellas reconocibles como tales para cualquiera que supiese qué buscar. Aunque una iba con un saco de cuero tapándole la cabeza, por supuesto. Eso por sí solo bastaba para llamar la atención. Elayne había esperado llegar a Caemlyn pasando inadvertidos, pero tal cosa no parecía posible ya. Aun así, no había razón para que nadie sospechara que la heredera del trono, Elayne Trakand en persona, formase parte del grupo. Al principio, pensó que la mayor dificultad que se les podía presentar era que algún rival al trono se enterase de su presencia y enviara hombres armados con intención de tomarla bajo custodia hasta que se hubiese resuelto la sucesión.

A decir verdad, esperaba que el primer problema surgiera por parte de las nobles y artesanas, todas ellas mujeres orgullosas, y todas con los pies molidos ya que no estaban acostumbradas a patear por colinas polvorientas. Máxime cuando la doncella de Merilille tenía su propia yegua. A las contadas granjeras que había en el grupo no parecía importarles demasiado, pero casi la mitad de esas mujeres poseían tierras y casas solariegas y palacios, y gran parte de las demás se podrían haber permitido comprar una hacienda, si no dos o tres. Entre ellas había dos orfebres, tres tejedoras que eran propietarias de más de cuatrocientos telares en total, una mujer cuyas fábricas producían una décima parte de todos los artículos lacados que se manufacturaban en Ebou Dar, y una banquera. Caminaban con sus pertenencias sujetas a la espalda con correas, mientras sus caballos llevaban albardas rebosantes de provisiones. Era absolutamente necesario. Hasta la última moneda que había en las bolsas de dinero de todo el mundo había ido a parar a un fondo común que se dejó al cuidado de la agarrada Nynaeve, pero quizá no fuera suficiente para comprar comida, forraje y hospedajes para una partida tan numerosa hasta llegar a Caemlyn. No parecían entenderlo. Protestaron en voz alta e incesantemente durante el primer día de marcha. La que más se hacía oír era una noble delgada, con una fina cicatriz en la mejilla, una mujer de rostro severo llamada Malien, que casi se hundía bajo el peso

de un enorme fardo que contenía una docena o más de vestidos con las correspondientes enaguas.

Cuando acamparon esa primera noche, ya con las lumbres ardiendo bajo el crepúsculo y todo el mundo con el estómago lleno de judías y pan, ya que no muy satisfecho con el menú, Malien reunió a las nobles, cuyos vestidos de seda estaban más que sucios por el viaje. Las artesanas se les unieron también, así como la banquera, y las granjeras se quedaron cerca de ellas. Antes de que Malien tuviese tiempo de pronunciar una palabra, Reanne se aproximó al grupo. Con el rostro lleno de arrugas gestuales, el sencillo vestido de paño con la falda recogida en el lado izquierdo para dejar a la vista las enaguas de colores, podría haber pasado por una de las granjeras.

—Si deseáis volver a casa —anunció con su voz de timbre sorprendentemente agudo—, podéis hacerlo en cualquier momento. Lamento tener que quedarnos con vuestros caballos, sin embargo. Se os pagará por ellos tan pronto como pueda arreglarse. Si preferís quedaros, por favor recordad que las reglas de la granja siguen en vigor.

Varias de las mujeres se quedaron boquiabiertas; Malien no fue la única que lo hizo con gesto enfadado.

Alise apareció al lado de Reanne como por ensalmo, puesta en jarras. Ahora no sonreía.

—Dije que las diez últimas estuviesen preparadas para lavar los cacharros —empezó firmemente y, a continuación, dijo los nombres; Jillien, una orfebre metida en carnes; Naiselle, la banquera de mirada fría, y las ocho nobles. Se quedaron mirándola de hito en hito hasta que Alise dio unas palmadas y añadió—: No me hagáis invocar la norma sobre el incumplimiento de la parte que os corresponde de las tareas.

Malien, con los ojos abiertos a más no poder y farfullando con incredulidad, fue la última en salir corriendo y en empezar a recoger los cuencos sucios, pero a la mañana siguiente redujo su fardo dejando vestidos de seda con encajes y enaguas en la ladera de la colina antes de emprender la marcha. Elayne seguía esperando un estallido, pero Reanne mantenía el control con mano dura, y Alise con mayor firmeza, y si Malien y las otras lanzaban miradas hoscas y rezongaban por las manchas de grasa que cundían día a día en sus ropas, Reanne sólo tenía que decirles unas cuantas palabras para que se pusieran a la tarea; por su parte, Alise sólo tenía que dar unas palmas para lograr el mismo resultado.

Si con ello hubiese conseguido que el resto del viaje transcurriera con tranquilidad, Elayne se habría unido de buena gana a esas mujeres en sus grasientos quehaceres. Mucho antes de llegar a Caemlyn, tuvo la prueba de que sus temores no eran infundados.

Una vez que llegaron a la primera calzada, estrecha y polvorienta, poco más que un sendero de carretas, empezaron a aparecer granjas, con las casas y los graneros de piedra con techos de paja aferrados a las laderas o enclavados en hondonadas. De allí en adelante, tanto si el terreno era ondulado o llano, boscoso o despejado, rara vez pasaban muchas horas sin que tuviesen a la vista una granja o un pueblo. En estos últimos, mientras los lugareños miraban con los ojos muy abiertos a los extraños forasteros, Elayne intentaba enterarse de cuánto apoyo tenía la casa Trakand y qué era lo que más preocupaba o interesaba a la gente. Encarar esas preocupaciones sería importante a fin de consolidar su reclamación al trono lo suficiente como para que prosperara, tan importante como el respaldo de otras casas. Descubrió muchas cosas, ya que no las que le habría gustado oír. Los andoreños reclamaban el derecho a decir lo que pensaban a la propia reina; no se mostraban en absoluto cohibidos ante una joven noble, por muy peculiares que fuesen sus compañeros de viaje.

En un pueblo llamado Damelien, donde se levantaban tres molinos junto a un pequeño río, con el caudal lo bastante bajo para que las altas ruedas permanecieran secas, el posadero de Las Gavillas Doradas admitió que pensaba que Morgase había sido una buena reina, la mejor posible, la mejor que había habido.

—Su hija podría haber sido también una buena dirigente —murmuró mientras se daba golpecitos en la barbilla—. Lástima que el Dragón Renacido las haya matado. Supongo que tenía que hacerlo, por las Profecías o algo así, pero no tenía derecho a secar los ríos, ¿verdad? ¿Cuánta cebada decís que necesitan vuestros caballos, milady? Está carísima, ojo.

Una mujer de rostro duro, con un desgastado vestido marrón que le colgaba como si hubiese perdido peso, inspeccionaba un campo rodeado por una valla baja de piedra, donde el aire caliente levantaba nubes de polvo que arrastraba hacia el bosque. Las otras granjas en los alrededores de Colina Huesa estaban en tan malas condiciones o peor.

—Ese Dragón Renacido no tenía derecho a hacernos esto, ¿a que no? ¡A vos os pregunto! —Escupió y miró ceñuda a Elayne—. ¿El trono? Oh, Dyelin es tan buena como cualquier otra, ahora que Morgase y su hija han muerto. Por aquí todavía hay quien habla de Naean o Elenia, pero yo estoy de parte de Dyelin. Sea cual fuere, Caemlyn está muy lejos, y yo tengo cosechas de las que ocuparme. Si es que vuelvo a recoger alguna cosecha.

—Oh, es cierto, milady, de veras; Elayne está viva —le dijo un viejo y sarmentoso carpintero en Mercado de Forel. Estaba completamente calvo y tenía los dedos deformados por la edad, pero el trabajo que había entre las virutas y el serrín que cubrían su taller era tan fino como cualquiera que Elayne había visto antes. En el taller sólo estaban el anciano y ella. Por el aspecto del pueblo, la mitad de sus habitantes se habían marchado—. El Dragón Renacido ha enviado a buscarla para

llevarla a Caemlyn y así ponerle él mismo la Corona de la Rosa. La noticia ha corrido por todas partes. No es justo, si queréis saber mi opinión. Según he oído, él es uno de esos Aiel de ojos negros. Deberíamos marchar contra Caemlyn y echarlos a él y a todos sus Aiel de vuelta al lugar de donde vinieron. Entonces Elayne podría reclamar el trono por sí misma. Bueno, si es que Dyelin la deja.

Elayne oyó muchos comentarios sobre Rand, rumores sobre que había jurado fidelidad a Elaida, que se había coronado rey de Illian, y sobre todo tipo de cosas. En Andor se lo culpaba de todo lo malo que había ocurrido en los últimos dos o tres años, incluidos los partos de niños muertos, las piernas rotas, las plagas de langosta, los nacimientos de terneros con dos cabezas y de pollos con tres patas. E incluso la gente que pensaba que su madre había destruido el país y que en buena hora la casa Trakand ya no ocupaba en el trono, seguía considerando a Rand un invasor. Se suponía que el Dragón Renacido tenía que luchar contra el Oscuro en Shayol Ghul, y debería expulsárselo de Andor. Nada de lo que había esperado oír, ni una sola cosa. Pero se repitieron una y otra vez. No fue un viaje agradable en absoluto. Resultó una larga lección sobre uno de los dichos favoritos de Lini: «No es la piedra que ves la que te hace tropezar y caer de bruces».

Temió que otras situaciones, aparte de las nobles, causaran problemas, que algunas estallarían con tanta fuerza como el acceso. Las Detectoras de Vientos, crecidas por el acuerdo hecho con Nynaeve y con ella, se comportaban de un modo irritante, con aires de superioridad hacia las Aes Sedai, en especial después de descubrirse que Merilille había accedido a ser una de las primeras hermanas en ir a los barcos. No obstante, aunque el chisporroteo continuó como la mecha prendida de uno de los fuegos de artificios de los Iluminadores, la explosión no llegó a producirse. La situación entre las Detectoras de Vientos y las Allegadas, en particular el Círculo de Labores de Punto, ciertamente parecía a punto de saltar por el aire. Se lanzaban miradas que mataban, cuando no mostraban un abierto desprecio, las Allegadas hacia las «espontáneas llenas de ínfulas» y las Atha'an Miere por las «agachadizas costeras, lamedoras de pies Aes Sedai». Pero las cosas no llegaron más allá de muecas agresivas o manos acariciando dagas.

Ni que decir tiene que Ispan planteaba problemas que a Elayne no le cabía duda de que aumentarían; sin embargo, después de unos días, Vandene y Adeleas le permitieron cabalgar sin la cabeza tapada, aunque no sin escudar, una figura silenciosa con cuentas de colores entretejidas en las finas trencillas, con el rostro intemporal agachado y las manos inmóviles sobre las riendas. Renaile les dijo a todas las que quisieron escuchar que entre los Atha'an Miere a un Amigo Siniestro o una Amiga Siniestra se lo despojaba de sus nombres tan pronto como se demostraba su culpabilidad y a continuación se lo arrojaba por la borda, atado a lastres de piedras. Entre las Allegadas, incluso Reanne y Alise palidecían cada vez que veían a la

tarabonesa. Sin embargo, Ispan se volvía más y más dócil, ansiosa por complacer y llena de sonrisas obsequiosas para las hermanas de cabello blanco, hiciesen lo que hiciesen con ella cuando la llevaban aparte del resto cada noche. Por otro lado, Adeleas y Vandene se sentían cada vez más frustradas. Adeleas le contó a Nynaeve, en presencia de Elayne, que la mujer estaba soltando montones de viejos complots del Ajah Negro, aquellos en los que no había tomado parte con mucho más entusiasmo que en los que sí se había visto involucrada; no obstante, y aun cuando la presionaban sin darle respiro —Elayne fue incapaz de preguntar cómo la presionaban — y se le escapaban nombres de Amigas Siniestras, la mayoría de ellas estaban muertas y ninguna era una hermana. Vandene decía que empezaban a temer que hubiese prestado un Juramento —la mayúscula resultó obvia en su tono— contra delatar a sus compinches. Siguieron aislando a Ispan todo lo posible y continuaron con los interrogatorios, pero saltaba a la vista que ahora iban a tientas y con mucho cuidado.

Y estaban Nynaeve y Lan. Todo un problema, con ella a punto de reventar por el esfuerzo de contener el genio delante de él, soñando con él cuando tenían que dormir separados —lo que ocurría casi siempre, debido a que tenían que dividirse en grupos para alojarse— y debatiéndose entre la ansiedad y el temor cuando podía escabullirse con él en un pajar. Era culpa suya haber escogido una ceremonia nupcial de los Marinos, en opinión de Elayne. Los Marinos creían en la jerarquía tan profundamente como creían en el mar, y sabían que una mujer y su esposo podían ser ascendidos uno más que otro muchas veces en su vida, de modo que sus ritos nupciales tenían ese detalle en cuenta. Aquel de los dos que tuviese derecho a mandar sobre el otro en público, debía obedecer en la intimidad. Lan nunca se aprovechaba de eso, o así lo afirmaba Nynaeve —«en realidad, no», aclaraba, significase lo que significase tal cosa. Siempre se ponía colorada cuando lo decía—, pero no dejaba de esperar que él lo hiciera, y el hombre parecía sentirse cada vez más divertido con el asunto. Esa reacción, desde luego, ponía a Nynaeve a punto de estallar. Y Nynaeve estalló, contrariamente a todos los demás conflictos que temía Elayne. Estaba que mordía y hablaba bruscamente a cualquiera que se cruzara en su camino. Excepto a Lan; con él, era toda mieles. Y tampoco a Alise. Estuvo a punto una o dos veces, pero ni siquiera Nynaeve parecía capaz de gritarle a Alise.

Elayne tuvo esperanzas, no preocupaciones, con los objetos que habían sacado del Rahad junto con el Cuenco de los Vientos. Aviendha la ayudaba en su búsqueda, y también lo hizo Nynaeve en un par de ocasiones, pero la antigua Zahorí era absolutamente lenta y cautelosa en esa tarea, y demostraba poca habilidad en hallar lo que buscaban. No encontraron más *angreal*, pero la colección de *ter'angreal* aumentó; una vez que toda la cochambre se hubo retirado, los objetos que utilizaban el Poder llenaron a rebosar cinco alforjas en los animales de carga.

Sin embargo, por mucho cuidado que tuvo Elayne, sus intentos de estudiarlos no fueron tan bien. La Energía era, de los Cinco Poderes, el más seguro de utilizar para tales menesteres —¡a menos, claro, que fuera la Energía lo que pusiera en funcionamiento el objeto!—, pero, a veces, tenía que utilizar los otros flujos, lo más finos posibles. En ocasiones, su delicado sondeo no daba resultado alguno, pero el primer roce en el objeto que parecía un rompecabezas de herrero hecho de cristal la dejó mareada e incapaz de dormir la mitad de la noche; y un hilo de Fuego al tocar lo que semejaba un yelmo hecho con suaves plumas metálicas provocó un atroz dolor de cabeza a todos los que estaban dentro de un radio de veinte pasos. Excepto a ella.

Y también estaba lo ocurrido con la vara carmesí que tenía un tacto caliente; caliente, en cierto modo.

Sentada al borde de su cama, en una posada llamada El Jabalí, se había puesto a examinar la suave vara a la luz de dos lámparas de latón pulido. Gruesa como su muñeca y más de un palmo de larga, parecía de piedra, pero su tacto era más firme que duro. Se encontraba sola; desde lo del yelmo, había intentado realizar sus investigaciones lejos de los demás. El calor de la vara le había hecho pensar en el Fuego...

Parpadeando, con los ojos abiertos, se sentó en la cama. La luz del sol penetraba por la ventana. Llevaba sólo la ropa interior, y Nynaeve, completamente vestida, se encontraba de pie, mirándola ceñuda. Aviendha y Birgitte observaban desde la puerta.

—¿Qué ha pasado? —demandó Elayne.

Nynaeve sacudió tristemente la cabeza.

—Preferirás no saberlo —contestó. Las comisuras de sus labios se movieron levemente.

El semblante de Aviendha no traslucía nada. La boca de Birgitte quizás estaba un poco más prieta de lo normal, pero la emoción más fuerte que Elayne había sentido a través del vínculo fue una combinación de alivio e... ¡hilaridad! ¡La arquera se esforzaba al máximo para no rodar por el suelo riendo a mandíbula batiente!

Y lo peor de todo fue que nadie le quiso decir lo que había ocurrido, lo que había dicho o hecho; porque estaba segura de que era eso, por las sonrisas rápidamente disimuladas de Allegadas, Detectoras de Vientos y también de las hermanas. ¡Pero nadie se lo dijo! Después de aquello, había decidido estudiar los *ter'angreal* en otra parte más cómoda que una posada. ¡Un lugar mucho más privado!

Nueve días después de la huida de Ebou Dar, unas nubes dispersas aparecieron en el cielo y unas cuantas gotas gordas salpicaron polvo del camino. Al día siguiente estuvo cayendo una llovizna intermitente, y al otro, un diluvio los hizo quedarse apiñados en las casas y los graneros de Mercado de Forel. Esa noche, la lluvia se tornó aguanieve, y por la mañana caían gruesos copos de nieve de un cielo oscuro y encapotado. A más de mitad de camino a Caemlyn, Elayne empezó a preguntarse si

conseguirían llegar en dos semanas desde donde se encontraban.

Con la nieve, el tema de la ropa se volvió una preocupación. Elayne se culpó por no pensar que todos podrían necesitar atuendos más calientes antes de llegar a su destino. Nynaeve se culpaba por no pensarlo. Merilille creía que tenía la culpa, y Reanne creía que era suya. De hecho, esa mañana se encontraron plantadas en la calle principal de Mercado de Forel, cayéndoles copos de nieve en la cabeza, discutiendo quién era la culpable. Elayne no sabía cuál de ellas había caído en la cuenta primero de lo absurdo de la situación, quién se echó a reír antes, pero el alborozo era general cuando se sentaron alrededor de una mesa de El Cisne Blanco para decidir qué hacer. No obstante, hallar una solución no resultó nada divertido. Obtener una chaqueta de abrigo o una capa para todos daría un buen bocado a los fondos, si es que podían encontrarse tantos. Las joyas podían venderse o trocarse, desde luego, pero nadie en Mercado de Forel parecía estar interesado en collares o brazaletes, por magníficos que fuesen.

Aviendha resolvió esa dificultad al aportar una bolsita repleta de gemas perfectas, algunas bastante grandes. Cosa curiosa, las mismas personas que habían dicho con la educación justa para no ser descorteses que no les interesaban las alhajas, abrieron los ojos como platos ante las piedras preciosas desmontadas que Aviendha mostraba en la palma de la mano. Reanne explicó que a las primeras las veían como fruslerías, mientras que a las segundas las consideraban riquezas, pero fuera por las razones que fuera, a cambio de dos rubíes de tamaño moderado, una piedra de la luna grande y una pequeña gota de fuego, la gente de Mercado de Forel se mostró más que dispuesta a proporcionar tantas prendas de grueso paño como desearan sus visitantes, algunas de ellas bastante desgastadas.

—Muy generoso por su parte —rezongó Nynaeve con acritud mientras la gente empezaba a sacar ropas de baúles y altillos. Un continuo flujo de personas acudió a la posada con brazadas de ropas—. ¡Esas gemas podrían comprar el pueblo entero!

Aviendha se encogió de hombros; si Reanne no hubiese intervenido, habría entregado un puñado de piedras preciosas. Merilille sacudió la cabeza.

—Tenemos lo que quieren, pero ellos tienen lo que nosotras necesitamos. Me temo que eso significa que son los que marcan el precio.

Lo cual era muy semejante a la situación con las Detectoras de Vientos. El aspecto de Nynaeve era de sentirse realmente mal.

Cuando se encontraron solas, en un pasillo de la posada, Elayne le preguntó a Aviendha dónde había conseguido semejante fortuna en piedras preciosas, y de la que parecía ansiosa de desprenderse. Esperaba que su medio hermana le dijera que era su recaudación de la Ciudadela de Tear o tal vez de Cairhien.

—Rand al'Thor me la jugó —masculló hoscamente la Aiel—. Intenté comprar mi *toh* con él. Sé que es el modo menos honorable —protestó—, pero no se me ocurría

otro. ¡Y le dio la vuelta a todo! ¿Por qué será que cuando una discurre las cosas con lógica, un hombre siempre hace algo completamente ilógico y domina la situación?

—Es tal la confusión de sus bonitas cabezas que una mujer no puede esperar adivinar en qué dirección les va a patinar el caletre —contestó Elayne. No preguntó qué *toh* había intentado comprar Aviendha o cómo había acabado el intento con el resultado de que su medio hermana tuviera una bolsita llena de gemas. Hablar sobre Rand ya era bastante duro sin entrar en un tema así, que a saber dónde podía conducir.

La nieve no sólo trajo consigo la necesidad de ropas de abrigo. A mediodía, cundiendo de minuto en minutos los copos que caían, Renaile entró en el salón, proclamando que había cumplido su parte del trato y demandando no sólo el Cuenco de los Vientos, sino también a Merilille. La hermana Gris la miró consternada, al igual que muchas otras. Los bancos estaban llenos de Allegadas que comían en ese turno, y los criados corrían para servir esa tercera tanda. Renaile no habló en tono bajo, de modo que todas las cabezas se volvieron hacia ella.

—Puedes empezar con tus enseñanzas ahora —le dijo a la estupefacta Aes Sedai —. Sube a mis aposentos. —Merilille empezó a protestar, pero la Detectora de Vientos de la Señora de los Barcos, cuyo semblante se había tornado repentinamente frío, se puso en jarras—. Cuando doy una orden, Merilille Ceandevin —dijo con voz gélida—, espero que toda la tripulación obedezca prestamente, así que ¡muévete!

Merilille no corrió, pero se levantó de la silla y se marchó, con Renaile empujándola prácticamente escaleras arriba. Habiendo dado su palabra, no le quedaba más remedio. Reanne estaba estupefacta; Alise y Sumeko, todavía luciendo los cinturones rojos, observaban pensativamente.

A partir de ese día, ya avanzaran trabajosamente a través de la nieve por la calzada, ya caminaran por las calles de un pueblo o mientras intentaban encontrar alojamiento en una granja para todo el mundo, Renaile mantuvo a Merilille pegada a sus talones excepto cuando le ordenaba que siguiese a otra Detectora de Vientos. El brillo del *Saidar* rodeaba a la hermana Gris y a su acompañante casi de manera constante, y Merilille mostraba tejidos incesantemente. La pálida cairhienina era mucho más baja que cualquiera de las Atha'an Miere de tez oscura, pero al principio se las ingenió para estar por encima merced a la dignidad Aes Sedai. Enseguida, sin embargo, empezó a exhibir una permanente expresión de sobresalto. Elayne supo que cuando todos tenían camas en las que dormir, cosa que no ocurría siempre, Merilille la compartía con Pol, su doncella, y las dos aprendizas de las Detectoras de Vientos, Talaan y Metarra. Lo que eso significara con respecto a la posición social de Merilille, Elayne no lo tenía claro. Obviamente, las Detectoras de Vientos no la ponían al mismo nivel que las aprendizas. Sólo esperaban que hiciera lo que se le ordenara, cuando se le ordenara, sin demoras ni equivocaciones.

Reanne seguía pasmada por el curso de los acontecimientos, pero Alise y Sumeko no eran las únicas Allegadas que observaban con atención, ni las únicas que asentían pensativamente. Y de repente, Elayne se encontró con otro problema entre las manos. Las Emparentadas veían a Ispan volverse más y más dócil en su cautividad, pero la mujer era prisionera de otras Aes Sedai. Las Atha'an Miere no eran Aes Sedai ni Merilille una prisionera, pero aun así empezaba a reaccionar con prontitud a una orden de Renaile o, en realidad, cuando Dorile o Caire o su hermana Tebreille le mandaban algo. Todas éstas eran Detectoras de Vientos de una Señora de las Olas de un clan, y ninguna de las otras la hacían obedecer con tanta presteza, pero con eso era suficiente. Más y más Allegadas pasaban de la estupefacción horrorizada a la observación pensativa. Quizá las Aes Sedai también eran de carne y hueso como todo el mundo, después de todo. Y si las Aes Sedai eran simples mujeres como ellas mismas, ¿por qué iban a someterse de nuevo a los rigores de la Torre, a la autoridad y la disciplina de las Aes Sedai? ¿Acaso no habían sobrevivido muy bien por sus propios medios, algunas durante más años de los que cualquiera de las hermanas de más edad estaba dispuesta a creer? Elayne podía ver prácticamente cómo la idea cobraba forma en sus mentes. Cuando se lo mencionó a Nynaeve, sin embargo, ésta se limitó a rezongar:

—Ya iba siendo hora de que algunas de las hermanas supieran lo que es intentar enseñar a una mujer que cree que sabe más que su maestra. Las que tienen una oportunidad de alcanzar el Chal seguirán queriendo conseguirlo; en cuanto a las otras, no veo por qué no deberían adquirir más confianza en sí mismas y demostrar más carácter.

Elayne se guardó de mencionar las protestas de Nynaeve con respecto a Sumeko, que ciertamente había desarrollado más carácter; Sumeko había criticado varios tejidos de la Curación de Nynaeve, calificándolos de «toscos», y Elayne había creído que a la antigua Zahorí iba a darle un ataque de apoplejía allí mismo.

—En cualquier caso, no hay necesidad de contárselo a Egwene. Si es que acude. Nada de nada. Bastante tiene con lo suyo.

Indudablemente, aquel «nada de nada» se refería a Merilille y a las Detectoras de Vientos. Estaban en camisón, sentadas en la cama, en el segundo piso de El Nuevo Arado, con sendos *ter'angreal* del sueño, los retorcidos anillos de piedra, colgando de sus cuellos, el de Elayne de un sencillo cordel de cuero, y el de Nynaeve, junto con el pesado sello de oro de Lan, de una fina cadena dorada. Aviendha y Birgitte, todavía vestidas, se hallaban sentados en dos baúles de ropa. Montando guardia, como lo llamaron ellas, hasta que Nynaeve y Elayne regresaran del Mundo de los Sueños. Ambas conservaron las capas echadas sobre los hombros hasta que se metieron en la cama. El Nuevo Arado no tenía nada de nuevo, definitivamente; las grietas surcaban como finas telarañas las paredes enlucidas, y había corrientes de aire por todas partes.

El cuarto en sí era pequeño, y los baúles y paquetes amontonados dejaban espacio para poco más que la cama y el lavabo. Elayne sabía que tenía que presentarse apropiadamente en Caemlyn, pero a veces se sentía culpable porque los albardones transportaran sus pertenencias, cuando la mayoría tenía que arreglarse con lo que podía cargar a la espalda. Desde luego, Nynaeve no dio señal en ningún momento de sentirse mal por sus baúles. Llevaban dieciséis días de viaje; al otro lado de la estrecha ventana, la luna llena brillaba sobre el manto blanco de la nieve, que haría más lenta la marcha al día siguiente aunque el cielo se mantuviera despejado, y Elayne pensó que prever otra semana para llegar a Caemlyn sería un cálculo demasiado optimista.

—Tengo bastante sentido común para no recordárselo —le contestó a Nynaeve—. No me apetece recibir otro tirón de orejas.

Ése era un modo muy suave de decirlo. No habían vuelto al *Tel'aran'rhiod* desde que informaron a Egwene, la noche siguiente de la partida de la hacienda, de que se había utilizado el Cuenco de los Vientos. A regañadientes, también le habían contado el acuerdo que se habían visto obligadas a aceptar con las Detectoras de Vientos, y se encontraron de golpe ante la Sede Amyrlin con la estola de colores sobre los hombros. Elayne sabía que había sido necesario y justo —la mejor amiga de una reina entre todos sus súbditos sabía que, además de su amiga, era reina, debía saberlo—, pero no le había resultado grato que su amiga les dijera en tono acalorado que su comportamiento había sido el de unas necias sin pizca de seso y que lo que habían hecho podría llevarlas al desastre a todas. No fue agradable, sobre todo teniendo en cuenta que ella estaba de acuerdo. Tampoco le había gustado oír que la única razón por la que Egwene no les imponía un castigo que les pondría los pelos de punta era que no podía permitirse el lujo de hacerles perder tiempo. Necesario y justo, sin embargo; cuando se sentase en el Trono del León, seguiría siendo Aes Sedai, y estaría sujeta a las leyes y reglas de las Aes Sedai. No para Andor —jamás entregaría su país a la Torre Blanca—, sino con respecto a sí misma. De modo que, por desagradable que hubiese sido, aceptó la amonestación con calma. Nynaeve se había encogido de vergüenza, balbuceando protestas y enfurruñándose, pero después se deshizo en disculpas hasta el punto que Elayne casi no podía creer que fuese la misma mujer que conocía. Como era debido, Egwene había mantenido su actitud como Amyrlin, mostrando un frío desagrado incluso mientras concedía el perdón por sus errores. En el mejor de los casos, esa noche no iba a ser agradable ni cómoda si Egwene se encontraba allí.

Sin embargo, cuando se soñaron en el Salidar del *Tel'aran'rhiod*, dentro de la habitación de la Torre Chica a la que llamaban el estudio de la Amyrlin, Egwene no se encontraba allí, y la única señal de que la había visitado desde su anterior encuentro eran unas palabras apenas visibles, marcadas en un panel de la pared roída

por la carcoma, como si la mano que las había trazado no hubiese querido tomarse el trabajo de arañar más profundamente la madera.

QUEDAOS EN CAEMLYN

Y a unos cuantos palmos de distancia:

GUARDAD SILENCIO Y TENED CUIDADO

Ésas habían sido las últimas instrucciones de Egwene. Ir a Caemlyn y quedarse allí hasta que ella pudiera determinar cómo impedir que la Antecámara las pusiera a todas en salmuera dentro de un barril, con la tapa bien clavada. Un recordatorio que no había modo de borrar de la memoria.

Elayne abrazó el *Saidar* y encauzó para dejar su propio mensaje, el número quince aparentemente raspado sobre el grueso tablero de lo que había sido el escritorio de Egwene. Invertir el tejido y atarlo significaba que sólo alguien que pasara los dedos sobre los números se daría cuenta de que no estaban realmente grabados en la madera. Quizá no tardarían quince días en llegar a Caemlyn, pero sí más de una semana, de eso no cabía duda.

Nynaeve se acercó a la ventana y escudriñó a uno y otro lado, con cuidado de no asomar la cabeza a través del marco. Era de noche, igual que en el mundo de vigilia, y la luna llena brillaba sobre la nieve, si bien el aire no se sentía frío. No debía haber nadie allí salvo ellas, y si lo había, era alguien que había que evitar.

—Espero que no esté teniendo problemas con su plan —murmuró.

—Nos advirtió no mencionar eso ni siquiera entre nosotras, Nynaeve. «A un secreto dicho en voz alta le crecen alas.» —Ésa era otra de las máximas preferidas de Lini.

Nynaeve hizo una mueca y luego se volvió para atisbar el estrecho callejón.

—En tu caso es diferente. Cuidé de ella de pequeña, le cambié los pañales, le di unos azotes un par de veces. Y ahora tengo que responder prestamente cuando chasquea los dedos. Es duro.

Elayne no pudo remediarlo. Chasqueó los dedos.

Nynaeve giró sobre sí misma con tanta rapidez que su figura se tornó borrosa, igual que su rostro, con los ojos desorbitados por el terror. También su vestido se desdibujó, pasando del traje de montar de seda azul, al blanco con bandas de las Aceptadas, del cual pasó a otro oscuro del grueso y buen paño de Dos Ríos. Cuando cayó en la cuenta de que Egwene no se encontraba allí, que no la había escuchado, fue tal su alivio que por poco no se desmayó.

Una vez que hubieron regresado a sus cuerpos y se despertaron lo suficiente para

decirles a las otras que podían acostarse, a Aviendha le pareció un buen chiste lo ocurrido, y Birgitte también se rió. Sin embargo, Nynaeve tuvo su venganza. A la mañana siguiente, despertó a Elayne metiéndole un carámbano en el camisón. Los chillidos de la heredera del trono despertaron a todo el pueblo.

Tres días después, se produjo el primer estallido.

21. Acudir al emplazamiento

Las fuertes borrascas invernales, conocidas como las cemaras, continuaron llegando desde el Mar de las Tormentas, las más violentas de que se tenía memoria. Algunos decían que ese año las cemaras intentaban recuperar los meses de retraso. Los rayos crepitaban en el cielo con suficiente intensidad para quebrar la oscuridad de la noche. El viento azotaba la tierra y la lluvia la flagelaba, convirtiendo todas las calzadas, salvo las más resistentes, en ríos de barro. A veces éste se helaba al caer la noche, pero el amanecer siempre traía el deshielo, incluso con cielos cubiertos, y el suelo volvía a tornarse un cenagal. A Rand le sorprendió hasta qué punto había obstaculizado sus planes el cambio del tiempo.

Los Asha'man que había mandado llamar acudieron pronto, a media mañana del día siguiente, saliendo a caballo por un acceso hacia un aguacero que oscurecía tanto el sol que parecía un crepúsculo. A través del agujero en el aire, se veía caer la nieve en Andor, grandes copos blancos, tan copiosos que ocultaban lo que había detrás. La mayoría de los hombres de la corta columna iban abrigados con gruesas capas negras, pero la lluvia parecía resbalar alrededor de ellos y de sus monturas. No era algo que saltase a la vista, pero cualquiera que se fijara miraría con mayor detenimiento. Mantenerse seco requería sólo un tejido sencillo, siempre y cuando no importara hacer alarde de lo que uno era. Claro que de eso ya se encargaba el círculo negro y blanco, bordado sobre fondo carmesí, en la pechera de las capas. Aun medio ocultos por la lluvia, emanaba de ellos orgullo, había arrogancia en el modo en que se sostenían sobre las sillas. Y un aire de desafío. Se enorgullecían de lo que eran.

Su comandante, Charl Gedwyn, de estatura media, era unos pocos años mayor que Rand y, al igual que Torval, lucía las insignias de la espada y el dragón en una chaqueta de excelente corte y cuello alto, de la mejor seda negra. Su espada iba suntuosamente engastada con plata, así como el talabarte, cuya hebilla, del mismo metal precioso, tenía la forma de un puño cerrado. Gedwyn se refería a sí mismo con el término Tsorovan'm'hael, vocablo de la Antigua Lengua que podía traducirse por «Líder de Asalto», ya que la palabra Tsorovan tenía una acepción habitual, «tormenta», y también una acepción militar «tomar por asalto». Al menos en el primer caso parecía muy apropiado al tiempo que hacía.

Con todo, el hombre entró en la tienda y se quedó junto a la puerta, contemplando con gesto ceñudo el fuerte aguacero. Una guardia montada de los Compañeros rodeaba la tienda, a unos treinta pasos de distancia, pero apenas se los veía. Por el modo en que hacían caso omiso del torrente de agua, habríase dicho que eran estatuas.

—¿Cómo esperáis que encuentre a nadie en esta turbonada? —mascculló Gedwyn, girando la cabeza hacia atrás para mirar a Rand. Con una fracción de segundo de

retraso, añadió—: Milord Dragón. —Sus ojos eran duros y desafiantes, pero siempre tenían esa expresión, ya mirasen a un hombre o a un poste—. Rochaid y yo hemos traído a ocho Dedicados y a cuarenta soldados, suficientes para destruir cualquier ejército o para acobardar a diez reyes. Incluso podrían hacer parpadear a una Aes Sedai —comentó irónicamente—. Así me abrase, él y yo solos podríamos hacer un buen trabajo. O vos. ¿Por qué necesitáis a otros?

—Lo que espero es que obedezcas, Gedwyn —replicó fríamente Rand. ¿Líder de Asalto? Y Manel Rochaid, el segundo de Gedwyn, se hacía llamar Baijan'm'hael, es decir, Líder de Ataque. ¿Qué pretendía Taim creando nuevos rangos? Lo importante era que creara armas. Y que esas armas conservaran la cordura el tiempo suficiente para poder utilizarlas—. No que pierdas el tiempo cuestionando mis órdenes.

—Como ordenéis, milord Dragón —murmuró Gedwyn—. Mandaré unos hombres a explorar inmediatamente.

Con un seco saludo, llevando el puño al pecho, salió a la tormenta. El diluvio se desvió a su alrededor, azotando el escudo que había tejido en torno a su cuerpo. Rand se preguntó si el hombre sospechaba lo cerca que había estado de morir cuando asió el *Saidin* sin previo aviso.

«Debes matarlo antes de que él te mate a ti. —Lews Therin soltó una risilla—. Porque lo harán, ¿lo sabes, verdad? Los muertos no pueden traicionar a nadie. —La voz que sonaba en la mente de Rand se tornó cavilosa—. Aunque a veces no mueren. ¿Estoy muerto yo? ¿Lo estás tú?»

Rand relegó la voz a los recovecos de su cerebro de manera que se redujo a un apagado zumbido casi imperceptible. Desde su reaparición dentro de la mente de Rand, Lews Therin rara vez guardaba silencio si no era por la fuerza. El hombre parecía más demente que nunca la mayor parte del tiempo, y también más furioso. Y en ocasiones más fuerte, asimismo. Esa voz invadía los sueños de Rand, y cuando se veía a sí mismo en un sueño, no siempre era él, ni por lo más remoto. Tampoco era Lews Therin, el semblante que había llegado a reconocer como el de él. A veces era una imagen borrosa, si bien vagamente familiar, y también parecía sobresaltar a Lews Therin. Ésa era una indicación de hasta dónde llegaba la demencia del hombre. O quizá la suya.

«Aún no —pensó Rand—. No puedo permitirme caer en la locura todavía.»

«¿Cuándo, entonces?», susurró Lews Therin antes de que Rand pudiera acallarlo de nuevo.

Con la llegada de Gedwyn y los otros Asha'man, su plan de empujar a los seanchan hacia el oeste se puso en marcha. Se puso en marcha y avanzó tan lentamente como un hombre caminando trabajosamente por una de aquellas calzadas embarradas. Trasladó su campamento de inmediato, sin hacer el menor esfuerzo por ocultar sus movimientos. No tenía sentido esforzarse en mantenerlo en secreto. Las

noticias viajaban despacio con las palomas, y aún más con los correos, desde la llegada de las cemaras, pero no tenía la menor duda de que lo vigilaban, ya fuese la Torre Blanca, los Renegados o cualquiera que considerase una ventaja o un perjuicio que el Dragón Renacido fuera aquí o allí y pudiera permitirse dar dinero bajo cuerda a un soldado. Tal vez incluso los seanchan. Si él podía seguir sus movimientos, ¿por qué no a la inversa? No obstante, ni siquiera los Asha'man sabían por qué se trasladaba.

Mientras Rand observaba ociosamente a los hombres que recogían su tienda y la cargaban en una carreta, Weiramon apareció en uno de sus numerosos corceles, un castrado blanco, un excelente purasangre teariano. Había dejado de llover, si bien las nubes grises seguían ocultando el sol de mediodía y había tanta humedad en el aire que daba la impresión de que se le habría podido exprimir agua con las manos. El Estandarte del Dragón y la Enseña de la Luz colgaban fláccidos y empapados de los altos astiles.

Los Defensores tearianos habían reemplazado a los Compañeros, y mientras Weiramon recorría a caballo el anillo de jinetes, miró ceñudo a Rodrivar Tihera, un tipo delgado, muy atezado incluso para ser teariano, con la barba recortada formando un pronunciado pico. Noble de escasa importancia, que había tenido que ascender a fuerza de méritos, Tihera era puntilloso en extremo. Las anchas plumas blancas que adornaban su morrión dieron mayor realce a la rebuscada inclinación de cabeza con la que saludó a Weiramon. El ceño del Gran Señor se acentuó.

No era necesario que el Capitán de la Ciudadela estuviese personalmente a cargo de la guardia de Rand, pero lo hacía con frecuencia, del mismo modo que Marcolin dirigía a menudo la guardia de los Compañeros. Existía una enconada rivalidad entre Defensores y Compañeros en cuanto a quién debía proteger a Rand. Los tearianos reclamaban ese derecho basándose en que había dirigido Tear durante más tiempo, en tanto que los illianos se apoyaban en el hecho de que, al fin y a la postre, era rey de Illian. Quizás habían llegado a oídos de Weiramon algunos rumores que corrían entre los Defensores acerca de que ya iba siendo hora de que Tear tuviese un monarca, y ¿quién mejor que el hombre que había tomado la Ciudadela? Weiramon estaba completamente de acuerdo en esa necesidad, pero no en la elección de quién debería llevar la corona. Y no era el único.

El hombre suavizó el gesto tan pronto como advirtió que Rand estaba observando, y bajó de la silla labrada con oro para hacerle una reverencia que hizo parecer sencilla la de Tihera. Envarado a más no poder, era capaz de pavonearse y darse aires incluso dormido. Con todo, torció un poco el gesto al plantar la lustrada bota en el barro. Llevaba una capa para la lluvia a fin de que sus excelentes ropas no se mojaran, pero hasta esa prenda iba cuajada de bordados en oro y tenía zafiros engastados en el cuello. A pesar de que Rand lucía una chaqueta de seda, en un color verde profundo,

con abejas doradas a lo largo de las mangas y en las solapas, se habría podido perdonar a cualquiera el error de creer que la Corona de Espadas pertenecía a la cabeza del teariano, no a la suya.

—Milord Dragón —entonó Weiramon—. No tengo palabras para expresar lo feliz que me siento de que sean tearianos los que velan por vuestra seguridad. Sin duda el mundo lloraría si os ocurriera algo.

Era demasiado listo para decir a las claras que los illianos no eran de fiar. Listo por un pelo.

—Lo haría, antes o después —repuso secamente Rand. Después de que la mayor parte acabara de celebrarlo—. Sé cuántas lágrimas derramarías tú, Weiramon.

El tipo se pavoneó, de hecho, y se atusó la punta de su barba canosa. Sólo había oído lo que quería oír.

—Sí, milord Dragón, podéis tener por segura mi lealtad. Razón por la cual estoy preocupado a causa de las órdenes que me trajo vuestro hombre esta mañana.

Se refería a Adley; muchos de los nobles pensaban que actuando como si los Asha'man fueran simples sirvientes de Rand serían menos peligrosos de algún modo.

—Muy inteligente por vuestra parte mandar lejos a la mayoría de los cairhieninos —continuó—. Y a los illianos, por supuesto; eso se da por entendido. Puedo incluso entender que hayáis reducido las tropas de Gueyam y los otros. —Las botas de Weiramon chapotearon en el barro cuando el hombre se aproximó, y su voz adoptó un tono confidencial—. Creo que algunos de ellos... Bueno, no diré que hayan conspirado contra vos, pero sí creo que quizá su lealtad no siempre haya estado fuera de duda. Como lo está la mía. Incuestionable. —Su voz cambió de nuevo, adoptando un timbre fuerte, de seguridad, la de un hombre preocupado sólo de las necesidades de aquel a quien sirve. El que sin duda lo nombraría primer rey de Tear—. Permitidme que lleve a todos mis mesnaderos, milord Dragón. Con ellos y los Defensores, estaría en condiciones de garantizar el honor del Señor de la Mañana, así como su seguridad.

En todos los campamentos individuales que se extendían por el brezal, se cargaban carretas y carros y se ensillaban caballos. La mayoría de las tiendas ya se habían desmontado. La Gran Señora Rosana cabalgaba hacia el norte, con su estandarte desplegado a la cabeza de una columna lo bastante numerosa para dispersar a los bandidos y al menos dar que pensar a los Shaido. Pero no tanto como para darle ideas a la noble, sobre todo cuando la mitad de esos soldados eran hombres de Gueyam y Maraconn, mezclados con Defensores de la Ciudadela. Más o menos lo mismo era aplicable en el caso de Spiron Narettin, que cabalgaba hacia el este, sobre el altozano, con tantos Compañeros y hombres leales a otros miembros del Consejo de los Nueve como mesnaderos suyos, por no mencionar a los hombres que se habían rendido en el bosque, al otro lado de esa elevación, el día anterior. Un número

sorprendente de ellos había decidido seguir al Dragón Renacido, pero Rand no se fiaba lo bastante para dejarlos partir juntos. Tolmeran iniciaba la marcha hacia el sur en ese momento, con la misma mezcolanza de fuerzas, y otros partirían tan pronto como se hubiesen cargado sus vehículos de transporte. Cada uno en una dirección distinta, y todos sin poder fiarse de los hombres que lo seguían lo bastante para hacer algo más que cumplir las órdenes impartidas por Rand. Pacificar Illian era una tarea importante, pero todos los lores y ladies lamentaban haber sido enviados lejos del Dragón Renacido, preguntándose obviamente si ello significaba que habían perdido su confianza. Aunque unos cuantos tal vez se plantearan por qué había decidido dejar a los que se quedaban, sin perderlos de vista. Ciertamente, Rosana parecía haberlo pensado.

—Tu interés me conmueve —le dijo a Weiramon—, pero ¿cuántos guardias personales necesita un hombre? No salgo a emprender una guerra. —Un matiz sutil, quizá, pero ese conflicto ya era viejo. Había empezado en Falme, si no antes—. Ocúpate de que tus hombres estén preparados.

«¿Cuántos han muerto por mi orgullo? —gimió Lews Therin—. ¿Cuántos han muerto por mis errores?»

—¿Puedo al menos saber adónde nos dirigimos?

La pregunta de Weiramon, no exasperada exactamente, sonó por encima de la voz que Rand oía en su mente.

—A la ciudad —respondió, cortante. Ignoraba cuántos habían muerto por sus errores, pero ninguno por su orgullo. De eso estaba seguro.

Weiramon abrió la boca, obviamente confuso en cuanto a si se refería a Tear o a Illian, o quizás incluso a Cairhien, pero Rand lo despidió con un gesto de la mano en la que sostenía el Cetro del Dragón, un movimiento brusco que hizo que el borlón verde y blanco se meciera. Casi deseó poder ensartar con él a Lews Therin.

—¡No tengo intención de quedarme aquí todo el día! ¡Ve con tus hombres!

Menos de una hora después, asió la Fuente Verdadera y se preparó para abrir un acceso para Viajar. Tuvo que combatir el mareo que lo asaltaba últimamente cada vez que aferraba o soltaba el Poder; no llegó a tambalearse en la silla de *Tai'daishar*, pero con la inmundicia fundida que flotaba en el *Saidin*, la gélida viscosidad, impregnando la Fuente faltó poco para que vomitara. Ver doble, aunque sólo durante unos instantes, hacía difícil, cuando no imposible, tejer los flujos; podía haberle dicho a Dashiva o a Flinn o a uno de los otros que lo hiciera, pero Gedwyn y Rochaid sujetaban las riendas de sus monturas, al frente de una docena, más o menos, de soldados de chaqueta negra, todos los que no habían salido de batida. Aguardando simplemente, con aire paciente. Y observándolo. Rochaid, un palmo más bajo que él y unos dos años más joven, también había alcanzado ya el grado de Asha'man, y su chaqueta era igualmente de seda negra. Un atisbo de sonrisa asomaba a su semblante,

como si supiese cosas que los demás ignoraban y ello le divirtiera. ¿Qué sabía? Lo de los seanchan, sin duda, ya que no los planes que tenía Rand para ellos. ¿Qué más? Quizá nada, pero Rand no estaba dispuesto a mostrar la menor debilidad delante de esos dos. El mareo pasó enseguida, la visión doble tardó un poco más, como ocurría siempre en las últimas semanas. Acabó el tejido y luego, sin esperar, clavó talones en el caballo y cabalgó a través del acceso que se desplegaba ante él.

La ciudad a la que se había referido era Illian, aunque el acceso se abría al norte de la urbe. A pesar de la supuesta preocupación de Weiramon, no iba ni desprotegido ni solo. Casi tres mil hombres cabalgaron a través del agujero cuadrado abierto en el aire y salieron a una pradera ondulada, no muy lejos de la amplia y embarrada calzada que conducía al camino elevado de la Estrella del Norte. Aun cuando sólo se había permitido a cada noble llevar consigo un puñado de mesnaderos —para hombres acostumbrados a dirigir a un millar, si no varios millares, cien hombres eran un puñado— entre todos se alcanzaba esa cifra. Tearianos, cairhieninos e illianos, Defensores de la Ciudadela al mando de Tihera, Compañeros al mando de Marcolin, y Asha'man en pos de Gedwyn. Es decir, los Asha'man que habían ido con él, porque Dashiva, Flinn y los demás mantuvieron sus monturas detrás de *Tai'daishar*, cerca. Todos excepto Narishma, que aún no había regresado; aunque sabía dónde encontrarlo, no le gustaba ese retraso.

Cada grupo se mantenía lo más aislado posible de los demás. Gueyam, Maraconn y Aracome cabalgaban con Weiramon, todos ellos más pendientes de Rand que de hacia dónde se dirigían, y Gregorin Panar con otros tres miembros del Consejo de los Nueve inclinándose en las sillas para hablar en voz baja entre ellos, con aire intranquilo. Semaradrid, seguido por un grupo de lores cairhieninos de rostros tensos, observaba a Rand casi tan fijamente como los tearianos. Rand había elegido a los que irían con él con tanto cuidado como a los que había mandado lejos, no siempre por las razones que otros habrían tenido para hacerlo.

Si hubiera habido curiosos, habrían presenciado un espectáculo soberbio, con todos los estandartes y las banderas multicolores y los pequeños *con* alzándose en la espalda de algunos cairhieninos. Soberbio, multicolor y muy peligroso. Algunos habían conspirado contra él, y se había enterado de que la casa Maravin de Semaradrid mantenía viejas alianzas con la casa Riatin, que estaba en abierta rebelión contra él en Cairhien. Semaradrid no negaba esa relación, pero tampoco se la había mencionado a Rand antes de que éste tuviera conocimiento de ella. A los componentes del Consejo de los Nueve los conocía desde hacía muy poco, demasiado para correr el riesgo de dejarlos atrás. Y Weiramon era un necio. Dejarlo a su albedrío podría resultar desastroso; podría ocurrírsele la idea de ganarse el favor del Dragón Renacido lanzando un ejército contra los seanchan o Murandy o sólo la Luz sabía contra quién o contra qué. Demasiado necio para dejarlo atrás solo y demasiado

poderoso para apartarlo a un lado, así que cabalgaba con Rand y se creía honrado con una distinción. Casi era una lástima que no fuese lo bastante estúpido para hacer algo que justificara ejecutarlo.

Detrás iban los criados y los carros —nadie entendía por qué había enviado Rand todas las carretas con los otros, y él no pensaba dar ninguna explicación; ¿a quién pertenecerían el siguiente par de orejas que escucharían?— y a continuación las largas ringleras de caballos de refresco, conducidas por los encargados de los animales, y desordenadas filas de hombres equipados con petos abollados que no les encajaban bien o coseletes de cuero, reforzados con láminas oxidadas, armados con arcos, ballestas o lanzas, e incluso unas pocas picas; más de los hombres que habían obedecido el emplazamiento de «lord Brend» y que se negaban a regresar a sus casas desarmados. Su líder era el tipo acatarrado con el que Rand había hablado al borde del bosque, Eagan Padros de nombre, y mucho más inteligente de lo que aparentaba. Para un plebeyo resultaba difícil ascender mucho en casi todas partes, pero Rand había distinguido a Padros. Éste agrupó a un lado a sus hombres, pero todos ellos se arremolinaron, apartándose entre sí a codazos para tener mejor vista hacia el sur.

El camino elevado de la Estrella del Norte se extendía, recto como una flecha, a lo largo de kilómetros del marjal que rodeaba Illian; era una amplia calzada de tierra prensada, intercalada de puentes adoquinados. El viento del sur traía olor a sal y un indicio a tenerías. Illian era una ciudad en expansión que fácilmente igualaba en tamaño a Caemlyn o Cairhien. Tejados de intensos colores y centenares de altas torres brillando bajo el sol se distinguían con dificultad al otro lado del mar de hierba anegada por el que vadeaban grullas de largas patas, y bandadas de pájaros blancos volaban bajo a la par que lanzaban estridentes chillidos. Illian nunca había necesitado murallas. Tampoco habrían servido de mucho contra él.

Causó una considerable decepción que no tuviese intención de entrar en Illian, si bien nadie articuló protesta alguna, al menos que él pudiese oír. Con todo, fueron muchos los rostros sombríos y los rezongos mientras se empezaban a levantar campamentos improvisados. Como ocurría con la mayoría de las grandes urbes, Illian tenía fama de lugar misterioso y exótico, con mozos de cervecerías generosos y mujeres complacientes. Al menos entre los hombres que nunca habían estado en ella, aun cuando fuera la capital de su país. La ignorancia siempre hinchaba la reputación de una ciudad en esos aspectos. A la postre, el único que salió a galope por el camino elevado fue Morr. Los hombres que martilleaban las clavijas de las tiendas y preparaban estacadas para atar a los caballos dejaron un momento su trabajo para mirarlo con envidia. Los nobles lo observaron con curiosidad, si bien fingiendo que no lo hacían.

Los Asha'man que estaban con Gedwyn no hicieron caso de Morr y siguieron levantando su campamento, que consistía en una tienda negra como el azabache para

Gedwyn y Rochaid, y un espacio donde la empapada hierba marrón y el barro fueron aplastados y exprimidos hasta dejar seca la zona. Lo hicieron con el Poder, naturalmente; lo hacían todo con el Poder, sin molestarse siquiera en encender lumbres. Unos cuantos hombres de los otros campamentos los observaron con los ojos muy abiertos mientras la tienda parecía levantarse por voluntad propia y los cestos salían flotando de las alforjas, pero la mayoría volvió la vista hacia cualquier otro sitio una vez que resultó obvio lo que ocurría. Dos o tres soldados de chaqueta negra parecían hablar consigo mismos.

Flinn y los otros no se unieron al grupo de Gedwyn —tenían un par de tiendas que se levantaron no lejos de la de Rand—, pero Dashiva se acercó hacia donde el «Líder de Asalto» y el «Líder de Ataque» estaban en posición de descanso y de vez en cuando impartían una seca orden. Tras unas pocas palabras, Dashiva volvió sacudiendo la cabeza y mascullando furioso. Gedwyn y Rochaid no eran unos tipos amistosos. Mejor así.

Rand se retiró a su tienda tan pronto como estuvo instalada, y se tumbó vestido en el catre, fijos los ojos en el techo. También había abejas doradas bordadas en el interior, sobre un techo falso de seda. Hopwil le llevó una jarra de peltre con ponche humeante —Rand no había llevado a sus sirvientes—, pero el vino se enfrió sobre el escritorio. Su cerebro trabajaba febrilmente. Dos o tres días más, y los seanchan habrían recibido un golpe que los tumbaría patas arriba. Luego habría que regresar a Cairhien para ver cómo habían ido las negociaciones con los Marinos, para descubrir qué pretendía Cadsuane —estaba en deuda con ella, ¡pero esa mujer buscaba algo!—, y quizás acabar con lo que quedaba de rebelión en el país. ¿Se habrían escabullido Caraline Damodred y Darlin Sisnera, aprovechando la confusión? Tener en su poder al Gran Señor Darlin tal vez pondría fin también a la rebelión en Tear. Andor. Si Mat y Elayne estaban en Murandy, como parecía, aún tendrían que pasar semanas para que Elayne pudiese reclamar el Trono del León. Una vez que eso ocurriera, tendría que mantenerse lejos de Caemlyn. Pero tenía que hablar con Nynaeve. ¿Realmente podría él limpiar el *Saidin*? Tal vez funcionaba. Y también podía destruir el mundo. Lews Therin parloteó dentro de su cabeza con absoluto terror. Luz, ¿dónde se había metido Narishma?

Descargó una tormenta cemara, aún más virulenta, a corta distancia del mar. Los destellos de los rayos iluminaban la entrada con su luz blanca azulada, los truenos retumbaban, semejando montañas que rodaran sobre la tierra.

Y saliendo de la tormenta, Narishma apareció y entró en la tienda, chorreando, con el oscuro cabello pegado a la cabeza. Sus órdenes habían sido evitar llamar la atención a toda costa. Nada de hacer alarde en él. Su empapada chaqueta era una prenda sencilla de color marrón, y su oscuro cabello iba recogido con una cinta en la nuca, no trenzado en coletas. Aun sin campanillas, un cabello largo casi hasta la

cintura en un hombre atraía miradas. También exhibía un gesto ceñudo, y bajo un brazo llevaba un envoltorio cilíndrico, atado con una cuerda, más grueso que la pierna de un hombre, como una alfombra pequeña.

Rand se incorporó de un brinco del catre y le arrebató el paquete antes de que Narishma tuviese tiempo de tendérselo.

—¿Te vio alguien? —demandó—. ¿Por qué has tardado tanto? ¡Te esperaba anoche!

—Me costó un tiempo decidir qué tenía que hacer —replicó Narishma en tono seco—. No me contasteis todo. Casi me matasteis.

Eso era ridículo. Le había dicho todo lo que necesitaba saber. Estaba seguro. No tenía sentido confiar en el hombre hasta el punto que lo había hecho para que muriera y echara todo a rodar. Con cuidado, metió el bulto debajo del catre; sus manos temblaban de ansiedad por abrirlo, por asegurarse que el envoltorio contenía lo que Narishma había ido a buscar. De lo contrario, el hombre no habría regresado.

—Ponte una chaqueta adecuada antes de reunirte con los demás —ordenó—. Y, Narishma... —Rand se puso de pie y clavó en él una mirada intensa—. Cuéntale a alguien esto, y entonces sí que te mataré.

«Mata al mundo entero —rió Lews Therin, su voz un gemido de desprecio. De desesperación—. Yo acabé con el mundo, y tú también puedes, si pones empeño.»

Narishma se llevó el puño al pecho con un seco golpe.

—Como ordenéis, milord Dragón —contestó agriamente.

Al día siguiente, bajo la luz de la primera hora de la mañana, mil hombres de la Legión del Dragón partieron de Illian y marcharon por el camino elevado de la Estrella del Norte, con el sonido de los tambores marcando el paso. Bueno, si no había mucha luz, sí era temprano. Densos nubarrones grises se desplazaban por el cielo, y una fuerte brisa soplaba del mar cargada de sal y sacudía capas y estandartes, anunciando otra tormenta en camino. La Legión llamó bastante la atención de los mesnaderos del campamento, con sus yelmos andoreños pintados de azul y sus largas chaquetas adornadas en la pechera con el dragón rojo y dorado. Un estandarte azul con un dragón y un número marcaba a cada una de las cinco compañías. Los legionarios eran diferentes en muchos sentidos. Por ejemplo, llevaban peto, pero debajo de la chaqueta, como para no tapar el dragón de la pechera —la misma razón de que la prenda se abotonara a un lado—, e iban armados con una espada corta a la cadera y una ballesta, ya armada, al hombro, todas exactamente en la misma posición. Los oficiales, que lucían una larga pluma roja en el casco, caminaban delante del tambor y el portaestandarte. Los únicos caballos eran el castrado pardo de Morr, a la cabeza de la columna, y los animales de carga en la retaguardia.

—Infantería —murmuró Weiramon mientras golpeaba suavemente las riendas sobre la palma de la otra mano—. Así se abrase mi alma, la infantería no vale para

nada. Se dispersa a la primera carga. O antes.

La cabecera de la columna salió del camino elevado. Habían ayudado a tomar Illian, y no se habían dispersado.

—No llevan picas —masculló Semaradrid sacudiendo la cabeza—. He visto resistir a la infantería, bien dirigida, con sus picas, pero sin ellas... —Hizo un sonido gutural de desagrado.

Gregorin Panar, el tercer hombre montado a caballo cerca de Rand para ver las nuevas incorporaciones, no dijo nada. Quizá no tenía prejuicios contra la infantería —aunque, en tal caso, sería uno de los contados nobles que Rand conocía que no cojeaba del mismo pie—, si bien procuró no fruncir el entrecejo y casi lo consiguió. Todos sabían a esas alturas que los hombres con el dragón en la pechera de la chaqueta habían tomado las armas porque habían elegido seguir a Rand, al Dragón Renacido, sin otra razón que querer hacerlo. Los illianos debían de estar preguntándose adónde se dirigirían para que Rand quisiera contar con la Legión, y al Consejo de los Nueve tampoco se les había confiado esa información. De hecho, Semaradrid miraba de reojo a Rand. Sólo Weiramon era demasiado estúpido para pensar.

Rand hizo dar la vuelta a *Tai'daishar*. El bulto que había llevado Narishma había sido empaquetado de nuevo en un fardo más reducido, y lo llevaba atado debajo de la correa del estribo izquierdo.

—Levantad el campamento. Emprendemos la marcha —les dijo a los tres nobles.

Esta vez dejó que Dashiva se encargara de abrir el acceso por el que partirían todos. El tipo de rasgos toscos lo miró ceñudo y masculló entre dientes —¡Dashiva parecía ofendido por alguna razón!—, y Gedwyn y Rochaid, montados caballo contra caballo, observaron con sonrisas sarcásticas mientras la línea de luz plateada rotaba sobre sí misma hasta abrir un agujero de la nada. A decir verdad, lo observaban más a él que a Dashiva. Bueno, que miraran lo que quisieran. ¿Cuántas veces podría aferrar el *Saidin* arriesgándose a caer de bruces por el mareo antes de desplomarse de verdad? No donde ellos pudieran presenciarlo, si podía evitarlo.

En esa ocasión, el acceso los condujo a una ancha calzada abierta a través de unas estribaciones bajas y breñosas de una cordillera que había al oeste. Las montañas Nemarellin. No igualaban a las Montañas de la Niebla, ni tenían punto de comparación con la Columna Vertebral del Mundo, pero se alzaban oscuras y sobrias contra el cielo, una muralla de picos afilados que cercaba la costa occidental de Illian. Al otro lado se encontraba la Sima de Kabal, y más allá...

Los hombres no tardaron en reconocer las cumbres. Gregorin Panar miró en derredor y asintió con repentina satisfacción. Los otros tres consejeros y Marcolin aproximaron sus monturas a la de él para hablar mientras los jinetes seguían cruzando por el acceso. Semaradrid sólo tardó un instante más en caer en la cuenta, así como

Tihera, y ellos también parecieron entender.

El Camino de la Plata discurría desde la capital hasta Lugard, y por él transitaba todo el comercio interior hacia el oeste. También existía el Camino del Oro, que conducía a Far Madding. Calzadas y nombres databan de antes de la existencia de Illian como país. Ruedas de carretas, cascos y pies pasando a lo largo de siglos habían apisonado la tierra hasta hacerla dura y compacta, y las cemaras sólo conseguían levantar una fina capa de barro. Se encontraban entre las contadas carreteras de Illian por las que podían transitar grandes grupos de hombres durante el invierno. A esas alturas, todos estaban enterados de la presencia de los seanchan en Ebou Dar, si bien muchos de los comentarios que Rand había oído a los mesnaderos hacían parecer a los invasores como parientes lejanos de los trollocs. Si los seanchan se proponían caer sobre Illian, el Camino de la Plata era un buen lugar para organizar la defensa.

Semaradrid y los otros creían saber lo que planeaba: debía de haberse enterado de que los seanchan se aproximaban, y los Asha'man estaban allí para destruirlos cuando aparecieran. Dadas las historias que corrían sobre los extranjeros, nadie parecía sentirse molesto de que los hombres de chaquetas negras les dejaran poco que hacer a los demás. Por supuesto, a Weiramon tuvo que explicárselo finalmente Tihera, y él sí se molestó, aunque intentó ocultarlo tras una parrafada rimbombante sobre la sabiduría del lord Dragón y la genialidad militar del Señor de la Mañana, así como que él, personalmente, dirigiría la primera carga contra esos seanchan. Un idiota redomado, un perfecto asno. Con suerte, cualesquiera otros que se enteraran de una concentración de tropas en el Camino de la Plata no serían mucho más inteligentes que Semaradrid y Gregorin. Con suerte, ninguno de los que realmente importaban se enteraría antes de que fuera demasiado tarde.

Instalados para esperar, Rand calculó que sólo sería durante un día o dos, pero a medida que se sucedían las jornadas sin noticias, empezó a preguntarse si no sería un necio tan grande como Weiramon.

La mayoría de los Asha'man estaban fuera buscando por todo Illian, Tear y los llanos de Maredo al resto de los que Rand quería. Buscando a través de las cemaras. Los accesos y el Viaje estaban muy bien, pero incluso a los Asha'man les costaba dar con quien buscaban cuando los aguaceros reducían el campo visual a cincuenta metros y los barrizales frenaban los rumores casi por completo. Algunos Asha'man pasaban a un kilómetro de su presa sin advertirlo, y volvían para encontrarse con que los hombres habían seguido adelante. Otros lo tenían aún más difícil, ya que buscaban a personas que no estaban necesariamente deseosas de que se diera con ellas. Pasaron varios días antes de que el primero regresara llevando a quien se le había encomendado ir a buscar.

A Weiramon se le unió el Gran Señor Sunamon, un hombre gordo de modales untuosos, al menos en su trato hacia Rand. Blando bajo su traje de fina seda, siempre

sonriente, era prolijo en sus declaraciones de lealtad, pero había conspirado contra Rand durante tanto tiempo que probablemente lo hacía incluso mientras dormía. Acudió el Gran Señor Torean, con su rostro de granjero lleno de marcas y bultos y su inmensa fortuna, balbuceando sobre el gran honor de cabalgar de nuevo junto al lord Dragón. El oro era la mayor preocupación de Torean, salvo quizá los privilegios que Rand había derogado a los nobles de Tear. Pareció muy consternado al enterarse de que no había sirvientas en el campamento, y tampoco un pueblo en las cercanías donde buscar muchachas complacientes. Torean había conspirado contra Rand tanto como Sunamon. Tal vez más que Gueyam o Maraconn o Aracome.

Había otros. Estaba Bertome Saighan, un hombre bajo, atractivo a pesar de sus facciones duras, con la parte delantera de la cabeza afeitada. Supuestamente no lamentaba demasiado la muerte de su prima Colavaere, porque eso lo había convertido en la nueva Cabeza Insigne de la casa Saighan y porque, según los rumores, Rand la había ejecutado. O asesinado. Bertome hizo una reverencia y sonrió, pero el gesto no se reflejó en sus ojos. Algunos comentaban que había profesado un gran cariño a su prima. También llegó Ailil Riatin, una mujer majestuosa y delgada, de enormes ojos oscuros, no joven pero sí bastante bonita, declarando que tenía un Capitán de Lanzas para dirigir a sus mesnaderos y ningún deseo de participar personalmente en la campaña. También declaró su lealtad hacia el lord Dragón. Pero su hermano Toram reclamaba el trono en el que Rand quería sentar a Elayne, y se murmuraba que la mujer haría cualquier cosa por su hermano, cualquier cosa. Incluso unirse a sus enemigos, poner trabas o espiar o ambas cosas, por supuesto. También llegaron Dalthanes Annallin, Amondrid Osiellin y Doressin Chuliandred, lores que habían apoyado la ocupación del Trono del Sol por Colavaere cuando creían que Rand jamás regresaría a Cairhien.

Tearianos y cairhieninos fueron llevados de uno en uno, acompañados por cincuenta o, a lo sumo, cien asistentes. Hombres y mujeres de los que se fiaba aún menos que de Gregorin o Semaradrid. En su mayoría eran varones, no porque Rand pensara que las mujeres eran menos peligrosas —no era *tan* estúpido; ¡una mujer podía matar dos veces más rápido que un hombre y, generalmente, por la mitad de razones!— sino porque se sentía incapaz de llevar a ninguna mujer, excepto a las más peligrosas, a donde iba. Ailil era capaz de sonreír amistosamente mientras calculaba dónde clavar el cuchillo. Anaiyella, una Gran Señora esbelta, dada a soltar risitas tontas, que ofrecía una buena imitación de una belleza sin pizca de cerebro, había regresado a la Ciudadela desde Cairhien y empezaba a hablar abiertamente de sí misma como aspirante al todavía inexistente trono de Tear. Quizás era realmente una idiota, pero se las había ingeniado para obtener mucho apoyo, tanto entre los nobles como en las calles.

De modo que agrupó allí a todos los que habían estado mucho tiempo fuera de su

vista. Le era imposible vigilarlos a todos continuamente, pero no podía permitirse que olvidaran que a veces *sí* los controlaba. Los reunió y esperó. Dos días más. Rechinando los dientes, siguió esperando. Cinco días. Ocho.

La lluvia resonaba en su tienda como el toque apagado de un tambor cuando el último hombre al que esperaba llegó finalmente.

Sacudiéndose un pequeño torrente de la capa impermeable, Davram Bashere resopló con fastidio bajo el espeso y canoso bigote y echó la capa sobre una silla. De estatura baja y con una prominente nariz ganchuda, daba la impresión de ser más alto de lo que realmente era. No porque se pavoneara, sino porque daba por hecho que era tan grande como cualquiera de los presentes, y los otros hombres lo veían así. Los hombres inteligentes. El bastón de mando de mariscal de Saldaea, hecho de marfil y con el pomo tallado a semejanza de una cabeza de lobo, que llevaba metido despreocupadamente bajo el talabarte, se lo había ganado en veintenas de campos de batalla y en otras tantas mesas de consejo. Era uno de los pocos hombres al que Rand habría confiado su vida.

—Sé que no os gusta dar explicaciones —murmuró Bashere—, pero no me vendría mal un poco de luz que esclareciese mi ignorancia. —Se ajustó la espada de hoja serpentina y se sentó despatarrado en otra silla, echando una pierna sobre el reposabrazos. Siempre parecía relajado, pero podía lanzarse a la acción con más rapidez que una serpiente atacando—. Ese Asha'man no quiso decir nada más aparte de que me necesitabais para ayer, y sin embargo insistió en que no trajera más que un millar de hombres. Sólo tenía a quinientos hombres conmigo, pero los he traído. No puede tratarse de una batalla. La mitad de enseñas que he visto ahí fuera pertenecen a tipos que se morderían la lengua si vieran a alguien a vuestra espalda con un cuchillo, y la mayoría de los demás son hombres que intentarían manteneros distraído para que os lo clavara sin problemas. Eso, si es que no habían pagado al individuo del cuchillo.

Sentado detrás del escritorio, en mangas de camisa, Rand se frotó los párpados con los pulpejos de las manos, cansadamente. Ausente Boreane Carivin, nadie se ocupaba de despabilar adecuadamente las lámparas, y una tenue nube de humo flotaba en el aire. Además, había estado despierto gran parte de la noche, enfrascado en los mapas extendidos sobre la mesa. Mapas del sur del Altara. No coincidían apenas unos con otros.

—Si uno va a librar una batalla —dijo a Bashere—, ¿quién mejor para pagar la cuenta de la carnicería que los hombres que te quieren ver muerto? En cualquier caso, no serán soldados los que ganen este combate. Lo único que tienen que hacer es impedir que nadie sorprenda por detrás a los Asha'man. ¿Qué os parece?

Bashere resopló con tanta fuerza que su grueso bigote se agitó.

—Un guiso mortal, eso es lo que me parece. Alguien se va atragantar con él hasta ahogarse. Quiera la Luz que no seamos nosotros. —Y luego se echó a reír con ganas,

como si aquello fuese un buen chiste.

Lews Therin rió también.

22. Nubes borrascosas

Bajo una constante llovizna, el pequeño ejército de Rand formó en columnas a lo largo de las onduladas y bajas colinas situadas frente a las Nemarellin, cuyos picos resaltaban oscuros y afilados contra el cielo occidental. No era realmente necesario mirar en la dirección hacia la que se quería Viajar, pero a Rand le resultaba extraño hacerlo de otro modo. A despecho de la lluvia, las nubes grises se abrieron rápidamente y dejaron pasar la luz del sol, asombrosamente brillante. O tal vez sólo parecía que el día era más luminoso después de la reciente penumbra.

Cuatro de las columnas iban encabezadas por los saldaeninos de Bashere, hombres de piernas arqueadas, con chaquetas cortas y sin armaduras, que aguardaban pacientemente junto a sus caballos y bajo un bosque de relucientes moharras, y las otras cinco, constituidas por hombres de chaquetas azules con el dragón en la pechera, iban a las órdenes de un tipo bajo y fornido llamado Jak Masond. Cuando éste se movía, lo hacía siempre con sorprendente rapidez, pero ahora estaba completamente inmóvil, plantado en los pies bien separados y con las manos cruzadas a la espalda. Sus hombres se encontraban en su sitio, así como los Defensores y los Compañeros, que se mostraban malhumorados por ir detrás de la infantería. Eran los nobles y sus hombres, principalmente, quienes deambulaban de un sitio a otro como si no supieran bien adónde ir. El espeso barro se agarraba a las botas y a los cascos de los caballos y encenagaba las ruedas de los carros; empezaron a alzarse gritos de maldiciones. Llevaba tiempo organizar a casi seis mil hombres empapados que se mojaban más de minuto en minuto. Y eso sin contar los carros de provisiones y los caballos de refresco.

Rand se había puesto sus mejores ropas, para destacar y ser localizado a primera vista. Una leve pasada con el Poder había lustrado la punta de lanza del Cetro del Dragón hasta hacerla resplandecer, y otra había pulido la Corona de Espadas de manera que el oro relucía. La hebilla dorada del cinturón, con forma de dragón, captaba la luz, al igual que el bordado de hilos de oro que cubría su chaqueta de seda azul. Por un instante lamentó haber quitado las gemas que antes adornaban la empuñadura de su espada y la vaina. La oscura funda de piel de jabalí era práctica, pero cualquier mesnadero podría llevar una así. Que los hombres supieran quién era. Que los seanchan supieran que había ido a destruirlos.

Situado en un amplio espacio llano, a lomos de *Tai'daishar*, observaba impaciente a los nobles que se movían de un lado a otro por las colinas. A corta distancia, en el terreno llano, Gedwyn y Rochaid aguardaban montados al frente de sus hombres, que formaban un cuadrado perfecto, con los Dedicados en primera fila y los soldados alineados detrás. Parecían listos para desfilar. Había tantos con el cabello canoso o incluso calvos como jóvenes —algunos de la edad de Hopwil o Morr— pero hasta el

último de ellos era lo bastante fuerte para crear un acceso. Ése había sido un requisito. Flinn y Dashiva aguardaban detrás de Rand, agrupados sin orden con Adley, Morr, Hopwil y Narishma, y un par de portaestandartes montados que se mantenían muy erguidos, uno teariano y otro cairhienino, con los petos, los yelmos e incluso los guanteletes lustrados hasta hacerlos brillar. La carmesí Enseña de la Luz y el largo y blanco Estandarte del Dragón colgaban fláccidos y empapados. Rand había asido el Poder dentro de su tienda, donde el momentáneo tambaleo no se viera, y la menuda lluvia no llegaba a menos de un centímetro de él ni de su caballo, cayendo sin tocarlos.

La infección del *Saidin* se notaba particularmente fuerte ese día, un repugnante y espeso aceite que se filtraba a través de sus poros y penetraba profundamente en sus huesos. Que manchaba su alma. Creía haberse acostumbrado a esa inmundicia, hasta cierto punto, pero ese día resultaba nauseabunda, más intensa que el gélido fuego y el frío candente del propio *Saidin*. Últimamente se mantenía asido a la Fuente lo más a menudo posible, aceptando la inmundicia con tal de evitar la nueva sensación de náusea que le sobrevenía al aferrarla. Podía resultar mortal si permitía que la náusea lo distrajera de ese forcejeo con el Poder. Tal vez estaba relacionado con los mareos, de un modo u otro. Luz, no podía volverse loco todavía, y tampoco podía morir. Aún no. Quedaba mucho por hacer.

Apretó la pierna izquierda contra el flanco de *Tai'daishar* sólo para notar el envoltorio alargado, entre la correa del estribo y la gualdrapa. Cada vez que hacía eso, algo culebreaba en torno al vacío. Expectación, o tal vez una chispa de miedo. Bien entrenado, el caballo empezó a girar a la izquierda, y Rand tuvo que tirar de las riendas en sentido contrario. ¿Cuándo iban a ocupar sus sitios de una vez los nobles? Los dientes le rechinaron por la impaciencia.

Recordó que de niño había oído a los hombres comentar entre risas que cuando llovía y a la vez brillaba el sol significaba que el Oscuro estaba sacudiendo a Semirhage. Sin embargo, las risas sonaban un tanto nerviosas, y el viejo y escuálido Cenn Buie siempre acababa gruñendo que Semirhage estaría resentida y furiosa después y que iría por los niños que no se quitaran del medio y siguieran estorbando a sus mayores. Aquello había bastado para que Rand saliera corriendo de pequeño. Ahora deseó que Semirhage *fuese* por él, en ese mismo instante. Él la haría llorar.

«No hay nada que haga llorar a Semirhage —susurró Lews Therin—. Hace llorar a los demás, pero ella no derrama lágrimas porque no tiene corazón.»

Rand rió quedamente. Si la Renegada fuera ese día, él se las haría derramar. A ella y a todos los Renegados juntos, si aparecieran. Con seguridad, a los seanchan los haría llorar a mares.

No todos se sentían complacidos con las órdenes que había dado. La sonrisa untuosa de Sunamon se borró cuando creyó que Rand no lo veía. Torean llevaba un

frasco en sus alforjas, con brandy a buen seguro, o tal vez varios frascos, porque bebía continuamente y nunca se le acababa. Semaradrid, Marcolin y Tihera se presentaron de uno en uno ante Rand, para protestar con gesto sombrío sobre el reducido número de sus tropas. Unos pocos años antes, un contingente de casi seis mil hombres habría bastado para cualquier guerra, pero ahora habían visto ejércitos de decenas de miles, de cientos de miles, como en tiempos de Artur Hawkwing, y para ir contra los seanchan querían tener muchos más. Los despidió asqueado. No comprendían que unos cincuenta Asha'man constituían un arma tan demoledora como cualquiera podría desear. Rand se preguntó qué habrían pensado si les hubiese dicho que con él bastaría y sobraría. Se había planteado la posibilidad de hacerlo solo. Puede que aún tomara esa decisión.

Weiramon se acercó; no le gustaba estar a las órdenes de Bashere ni tampoco que se dirigieran a las montañas —resultaba muy difícil lanzar una carga de caballería decente en terreno montañoso— ni varias cosas más —Rand estaba seguro de que al menos había otras cuantas— que ni siquiera le dejó plantear.

—Al parecer, los saldaeninos creen que debería cabalgar en el flanco derecho —rezongó desdeñosamente Weiramon. Movió los hombros como si el flanco derecho fuese una gran ofensa, por alguna razón—. Y en cuanto a la infantería, milord Dragón, realmente creo que...

—Y yo creo que deberías ocuparte de tener preparados a tus hombres —lo cortó fríamente Rand. Parte de esa frialdad se debía a encontrarse flotando en la nada vacía de emociones—. De lo contrario, es muy probable que no cabalgues en *ningún* flanco. —Se refería a que lo dejaría atrás si no estaba preparado a tiempo. Seguramente un necio como él no le crearía demasiados problemas si lo dejaba en un lugar tan remoto, con sólo unos pocos mesnaderos. Él habría regresado antes de que hubiese tenido tiempo de llegar a una población mayor que un pueblo. Sin embargo, el semblante del teariano se puso lívido.

—Como ordene milord Dragón —contestó con un dinamismo impropio en él, e hizo volver grupas a su caballo antes de que las palabras acabaran de salir de su boca. Montaba un bayo alto, de amplio pecho.

La pálida lady Ailil frenó su montura delante de Rand, acompañada por la Gran Señora Anaiyella, una extraña pareja para estar en compañía, y no sólo porque sus respectivas naciones se odiasen. Ailil era alta tratándose de una cairhienina, y todo en ella denotaba dignidad y precisión, desde el arco de las cejas hasta el doblez de las muñecas, pasando por su capa impermeable con el cuello tachonado de perlas y extendida sobre la grupa de su yegua gris. A diferencia de Semaradrid o Marcolin, de Weiramon o Tihera, ni siquiera pestañeó al advertir que las gotas de lluvia resbalaban sobre una barrera invisible alrededor de Rand. Anaiyella sí parpadeó. Y dio un respingo. Y soltó una risita disimulada tras la mano. Anaiyella era esbelta, una

belleza morena, y lucía una capa impermeable adornada con rubíes en el cuello, además de estar bordada en oro, pero ahí acababa la similitud con Ailil. Anaiyella era toda elegancia afectada y sonrisas tontas. Cuando hacía una reverencia, su castrado blanco la hacía también, doblando las patas delanteras. El ágil animal resultaba llamativo, pero Rand sospechaba que no tenía fondo, como su dueña.

—Milord Dragón —empezó Ailil—, he de protestar una vez más contra mi inclusión en esta... expedición. —Su voz sonaba fríamente neutral, ya que no exactamente desabrida—. Enviaré a mis mesnaderos donde y cuando lo ordenéis, pero no siento el menor deseo de verme en lo más reñido de la batalla.

—Oh, no —añadió Anaiyella, con un delicado estremecimiento. ¡Incluso entonces utilizó un tono ñoño a más no poder!—. Las batallas son tan desagradables. Es lo que dice mi Maestro de los Caballos. Sin duda no nos obligaréis a ir, ¿verdad, milord Dragón? Hemos oído que mostráis una especial preocupación por la seguridad de las mujeres, ¿no es cierto, Ailil?

Rand estaba tan atónito que el vacío se vino abajo y el *Saidin* se desvaneció. Las gotas de lluvia empezaron a resbalar por su cabello y a calarle la chaqueta, pero durante un instante, aferrado a la perilla de la silla para sostenerse erguido mientras veía a cuatro mujeres en lugar de a dos, se quedó tan estupefacto que ni siquiera lo advirtió. ¿Cuánto era lo que sabían? ¿Cuánto habían oído? ¿Cuánto era lo que sabía todo el mundo? ¡Luz, según los rumores había asesinado a Morgase, a Elayne, a Colavaere, probablemente a cientos de mujeres, y a cada una de ellas de un modo más horrible que a la anterior! Tragó saliva para contener las ganas de vomitar. La náusea se debía al *Saidin* sólo en parte.

«Maldición, ¿cuántos espías tengo vigilándome?»

«Los muertos vigilan —susurró Lews Therin—. Los muertos jamás cierran los ojos.»

Rand se estremeció.

—Intento velar por la seguridad de las mujeres —dijo cuando pudo hablar. Más que por la de un hombre, y sin concurrir ni la mitad de razones para hacerlo—. Ése es el motivo de que quiera teneros cerca los próximos días. Pero si realmente os desagrada tanto la idea, puedo prescindir de uno de los Asha'man para que os escolte. Estaréis a salvo en la Torre Negra.

Anaiyella soltó un gritito con gran estilo, pero su semblante se tornó ceniciento.

—Gracias, pero no —rechazó Ailil tras un momento, absolutamente tranquila—. Supongo que lo mejor será que conferencie con mi Capitán de Lanzas acerca de lo que he de esperar en un campo de batalla. —No obstante, hizo una pausa antes de acabar de dar media vuelta a su montura para marcharse y miró de soslayo a Rand—. Mi hermano Toram es... impetuoso, milord Dragón. Incluso imprudente. Yo no.

Anaiyella le sonrió toda mieles y soltó una risita tonta antes de seguir a la otra

mujer, pero una vez que le hubo dado la espalda, clavó espuelas y utilizó su fusta de mango enjoyado, sobrepasando rápidamente a la noble cairhienina. El castrado blanco demostró poseer una increíble velocidad.

Por fin todo estuvo listo, las columnas formadas y extendiéndose sinuosamente sobre las bajas colinas.

—Adelante —ordenó Rand a Gedwyn, que hizo girar su montura y empezó a bramar órdenes a sus hombres. Los ocho Dedicados se adelantaron en sus caballos y desmontaron en el punto del terreno que habían memorizado, frente a las montañas. Uno de ellos le resultaba familiar, un tipo entrecano, cuya barba puntiaguda al estilo teariano resultaba extraña en su arrugado rostro de campesino. Ocho líneas verticales de luz intensamente azul giraron sobre sí mismas y se convirtieron en aberturas por las que se divisaron distintas perspectivas de un valle montañoso, largo y escasamente arbolado, que ascendía hacia un paso empinado. En Altara. En las montañas Vemir.

«¡Mátalos! —suplicó, gemebundo, Lews Therin—. ¡Son demasiado peligrosos para dejarlos vivir!»

Sin pensarlo, Rand acalló la voz. Cualquier hombre que estuviera encauzando a menudo provocaba esa reacción en Lews Therin, o incluso uno con capacidad de encauzar. Ya había dejado de preguntarse por qué.

Rand masculló una orden, y Flinn parpadeó sorprendido antes de unirse apresuradamente a los otros y tejer un noveno acceso. Ninguno era tan grande como los que Rand era capaz de hacer, pero por cualquiera de ellos podía pasar un carro, aunque bastante justo. Su intención había sido abrirlo él mismo, pero no quería correr el riesgo de asir el *Saidin* de nuevo delante de todo el mundo. Advirtió que Gedwyn y Rochaid lo observaban, exhibiendo idénticas sonrisas enteradas. También lo observaba Dashiva, éste ceñudo y moviendo los labios como si hablara consigo mismo. ¿Era su imaginación o Narishma lo estaba mirando también con recelo? ¿Y Adley? ¿Y Morr?

Rand se estremeció sin poder evitarlo. La desconfianza hacia Gedwyn y Rochaid era de pura lógica, pero ¿estaba entrando en lo que Nynaeve llamaba miedos morbosos, una especie de locura, un recelo obsesivo de todos y de todo? Había habido un Coplin, Benly, que creía que todo el mundo maquinaba contra él. Había muerto de inanición, siendo él un niño, al negarse a comer por miedo a ser envenenado.

Se agachó sobre el cuello de *Tai'daishar* y taconeó al caballo, que cruzó el acceso más grande. Resultó ser el creado por Flinn, pero en ese momento habría pasado incluso por el de Gedwyn. Fue el primero en pisar suelo altaranés.

Los demás lo siguieron prestamente, los Asha'man antes que nadie. Dashiva miró fijamente, fruncido el entrecejo, en dirección a Rand, al igual que Narishma, pero

Gedwyn empezó a impartir órdenes a sus soldados de inmediato. Uno tras otro se adelantaron con rapidez, abrieron un acceso y lo cruzaron sin pausa, arrastrando tras ellos a sus monturas. En el valle, más adelante, fuertes destellos luminosos señalaban los accesos abriéndose y cerrándose. Los Asha'man podían Viajar distancias cortas sin necesidad de memorizar el punto del que partían, y así cubrir terreno mucho más deprisa que cabalgando. Al cabo de un rato, sólo quedaban Gedwyn y Rochaid, aparte de los Dedicados que mantenían abiertos los primeros accesos. Los otros estarían desplegándose hacia el oeste, buscando a los seanchan. Los saldaeninos ya habían cruzado desde Illian y estaban montados. Los legionarios se metieron entre los árboles al trote, prestas las ballestas. En ese terreno podían moverse con tanta rapidez como hombres a caballo.

Mientras el resto del ejército empezaba a aparecer, Rand cabalgó valle arriba, en la misma dirección por la que se habían marchado los Asha'man. Las montañas se alzaban imponentes a su espalda, un muro frente a la Sima, pero al oeste los picos se extendían casi hasta Ebou Dar. Azuzó al caballo para ponerlo a medio galope.

Bashere lo alcanzó antes de que hubiese llegado al paso. El bayo del general era pequeño —casi todos los saldaeninos montaban caballos de baja alzada—, pero rápido.

—Al parecer, aquí no hay seanchan —comentó casi con indiferencia mientras se atusaba el bigote con los nudillos—. Pero podría haberlos habido. Tenobia seguramente querrá clavar mi cabeza en una pica por seguir a un Dragón Renacido vivo, cuanto más si es a uno muerto.

Rand se puso ceñudo. Quizá podría coger a Flinn para que le guardara las espaldas, y a Narishma, y a... Flinn le había salvado la vida; tenía que ser fiel. Sin embargo, los hombres cambiaban. ¿Y Narishma? ¿Incluso después de que...? Le dio frío pensar en el riesgo que había corrido. Nada de miedos morbosos. Narishma había demostrado ser fiel, pero aun así había sido un riesgo descabellado. Tan absurdo como huir al galope de miradas intensas que ni siquiera estaba seguro de que hubieran existido, correr ciegamente hacia donde no tenía la menor idea de qué lo aguardaba. Bashere tenía razón, pero Rand no quería seguir hablando del asunto.

La pendiente que subía hacia el paso era roca pelada y peñascos de todos los tamaños, pero entre la piedra natural había pedazos erosionados de lo que antaño debió de ser una gran estatua. Algunos sólo eran reconocibles como fragmentos cincelados, pero otros eran más obvios. Una mano con anillos, casi del tamaño de su tórax, asía la empuñadura de una espada y un trozo de hoja. Una cabeza aún mayor, la de una mujer, con grietas surcando el rostro y una corona que parecía hecha de dagas enarboladas hacia arriba, algunas todavía intactas.

—¿Quién creéis que fue? —preguntó. Una reina, desde luego. Aun en el caso de que en un remoto pasado hubiesen llevado coronas hasta los mercaderes o los

estudiosos, sólo a dirigentes y generales les harían estatuas. Bashere se giró en la silla para estudiar la cabeza antes de hablar.

—Apostaría que una reina de Shiota —dijo finalmente—. De una época anterior, no. Una vez vi una estatua hecha en Eharon, y estaba tan erosionada que no se distinguía si era de un hombre o una mujer. Una conquistadora; de otro modo no la habrían representado con una espada. Y creo recordar que en Shiota se otorgaban coronas así a dirigentes que expandían las fronteras. A lo mejor la llamaban Corona de Espadas, ¿eh? Una hermana Marrón podría contaros más cosas.

—No tiene importancia —respondió, irritado, Rand. La verdad es que parecían espadas.

De todos modos, Bashere continuó hablando, fruncidas las canosas cejas y con un aire serio, grave.

—Supongo que miles la aclamaron, que la llamaron la esperanza de Shiota, y puede que incluso creyeran que lo era. En su tiempo, posiblemente fue tan temida y respetada como Artur Hawkwing lo fue posteriormente, pero ahora es posible que ni siquiera las hermanas Marrones recuerden su nombre. Cuando uno muere, la gente empieza a olvidar quién eras y qué hiciste, o lo intenta. Al final todo el mundo muere, y todo el mundo es olvidado antes o después, pero no tiene sentido morir antes de que a uno le llegue la hora.

—No tengo intención de que eso me pase —manifestó Rand en tono cortante. Sabía dónde estaba destinado a morir, aunque no cuándo. O eso creía.

Con el rabillo del ojo, captó un movimiento un poco más abajo, donde la roca pelada daba paso a la maleza y unos pocos árboles pequeños. A cincuenta pasos de distancia, un hombre salió a terreno abierto, levantó un arco y tensó en un movimiento fluido la cuerda, hasta rozar con las plumas de la flecha su mejilla. Todo pareció ocurrir al mismo tiempo.

Gruñendo, Rand hizo girar a *Tai'daishar* justo en el momento de ver al arquero apuntar para disparar. Asió el *Saidin*, y la dulzura de la vida y la repulsiva infección entró a raudales en él. La cabeza le dio vueltas. Había dos arqueros. La bilis le subió a la garganta mientras luchaba contra las oleadas violentas, descontroladas, del Poder, que intentaban consumirlo hasta la médula y congelarle el cuerpo como un bloque de hielo. No podía controlarlas; sólo merced a un ímprobo esfuerzo consiguió seguir con vida. Desesperadamente, luchó para enfocar los ojos, para ver lo suficiente para tejer los flujos que apenas era capaz de formar, con la náusea inundándolo tan intensamente como el propio Poder. Creyó oír gritar a Bashere. Dos arqueros dispararon.

Rand tendría que haber muerto. A esa distancia, hasta un niño habría dado en el blanco. Tal vez lo salvó el ser *ta'veren*. En el mismo instante en que el arquero disparaba, unas pardas codornices alzaron el vuelo espantadas, a los pies del hombre,

lanzando penetrantes chillidos. No fue suficiente para despistar a un hombre experto, y de hecho el tipo sólo se sobresaltó un pelo. Rand sintió el rebufo de la flecha en la mejilla.

Bolas de fuego del tamaño de puños alcanzaron de repente al arquero. El hombre gritó cuando el brazo se le arrancó de cuajo, con la mano asiendo todavía el arco. Otra le cercenó una pierna por la rodilla, y el tipo se desplomó chillando.

Inclinándose a un lado de la silla, Rand vomitó. Su estómago parecía querer expulsar hasta la última comida que había ingerido en toda su vida. El vacío y el *Saidin* desaparecieron con un brusco y escalofriante tirón, y Rand no cayó al suelo por poco.

Cuando pudo sentarse erguido otra vez, cogió el pañuelo blanco que Bashere le tendía en silencio y se enjugó la boca. El saldaenino tenía el entrecejo fruncido por la preocupación, y con razón. Rand sentía el estómago como si aún quisiera vomitar, a pesar de estar vacío. Supuso que tenía el rostro más blanco que el pañuelo. Respiró hondo. Perder el *Saidin* de ese modo podía acabar con uno. Sin embargo, todavía percibía la Fuente; al menos el *Saidin* no había provocado la consunción. Y también al menos podía ver bien; sólo había un Davram Bashere. Pero la enfermedad parecía un poco peor cada vez que asía el *Saidin*.

—Veamos si queda algo de ese tipo para que pueda hablar —le dijo a Bashere.

No quedaba. Rochaid estaba de rodillas, registrando tranquilamente el cuerpo despedazado, la chaqueta ensangrentada. Además del brazo y la pierna arrancados, el muerto tenía un agujero ennegrecido, del tamaño de su cabeza, en el tórax, atravesándolo de parte a parte. Era Eagan Padros; sus ojos sin vida contemplaban el cielo con sorpresa. Gedwyn no prestaba atención al cadáver tirado a sus pies, sino que observaba fijamente a Rand, tan frío como Rochaid. Ambos asían el *Saidin*. Sorprendentemente, Lews Therin sólo gimió.

En medio del trapaleo de cascos sobre la roca, Flinn y Narishma ascendieron a galope la cuesta en su dirección, seguidos por casi un centenar de saldaeninos. Al aproximarse, Rand percibió el Poder en el hombre mayor y en el más joven, quizá tanto como eran capaces de absorber. Los dos habían aumentado de golpe su fuerza a raíz de los pozos de Dumai. Así ocurría con los varones; las mujeres parecían ganar fuerza de manera paulatina, pero en los hombres era un salto brusco. Flinn era más fuerte que Gedwyn o que Rochaid, y Narishma no le andaba lejos. Por el momento; imposible saber hasta dónde se llegaría. Ninguno de ellos se acercaba ni de lejos a Rand, sin embargo. Todavía no, en cualquier caso. Tampoco había forma de saber qué ocurriría con el tiempo. Y eso no tenía nada que ver con miedos morbosos.

—Al parecer hicimos bien en seguiros, milord Dragón. —La voz de Gedwyn fingía un tono preocupado, casi ocultando la sorna—. ¿Tenéis el estómago delicado esta mañana?

Rand se limitó a sacudir la cabeza. No podía apartar los ojos del rostro de Padros. ¿Por qué? ¿Porque había conquistado Illian? ¿Porque había sido fiel a «lord Brend»?

Con una sonora exclamación, Rochaid sacó de un tirón una bolsa de gamuza que había en el bolsillo de la chaqueta de Padros y la volcó. Relucientes monedas de oro cayeron al rocoso suelo, saltando y tintineando.

—Treinta coronas —gruñó—. Coronas de Tar Valon. No cabe duda de quién le pagó. —Cogió una de las monedas y se la lanzó a Rand, pero éste no hizo el menor intento de cogerla y la pieza dorada rebotó en su brazo.

—Hay muchas monedas de Tar Valon en circulación y no es difícil encontrarlas —comentó tranquilamente Bashere—. La mitad de los hombres que están en este valle tienen algunas en sus bolsillos. Yo mismo, por ejemplo.

Gedwyn y Rochaid giraron rápidamente para mirarlo. Bashere sonrió bajo el espeso bigote, o al menos enseñó los dientes, pero algunos de los saldaeninos rebulleron intranquilos en las sillas de montar y toquetearon sus bolsas de dinero.

Más arriba, allí donde el paso se nivelaba un tramo entre las empinadas laderas de las montañas, una línea de luz rotó hasta convertirse en un acceso, y un shienariano, con el cabello recogido en lo alto de la cabeza y vestido con chaqueta negra, lo cruzó llevando su caballo por las riendas. Aparentemente se había localizado a los primeros seanchan, y no muy lejos si el hombre regresaba tan pronto.

—Es hora de ponernos en marcha —dijo Rand a Bashere. El general asintió, pero no se movió del sitio, sino que siguió estudiando a los dos Asha'man plantados junto al cadáver de Padros. Los dos hombres hicieron caso omiso.

—¿Qué hacemos con él? —demandó Gedwyn señalando el cuerpo—. Deberíamos devolvérselo a las brujas, cuanto menos.

—Dejadlo ahí —contestó Rand.

«¿Estás preparado ya para matar?», preguntó Lews Therin, que no hablaba en absoluto como un hombre demente.

«Aún no —pensó Rand—. Pronto.»

Clavó tacones en los flancos de *Tai'daishar* y descendió a galope hasta donde se encontraba su ejército. Dashiva y Flinn lo siguieron de cerca, así como Bashere y el centenar de saldaeninos. Todos ellos miraban en derredor, como si esperasen que se produjera otro atentado contra su vida. Al este empezaban a acumularse nubarrones negros encima de los picos; otra tormenta cemara. Pronto.

El campamento en la cima de la colina estaba instalado en un buen punto, con un arroyo serpentino a corta distancia para disponer de agua y una buena perspectiva del terreno circundante y las vías más adecuadas para entrar en el largo prado montañoso. Assid Bakuun no se sentía orgulloso por el campamento. Durante sus treinta años de permanencia en el Ejército Invencible había instalado cientos de campamentos, de modo que enorgullecerse por algo así sería como hacerlo por cruzar una habitación

sin tropezar y caer de bruces. Tampoco era motivo de orgullo para él la posición que ocupaba. Llevaba treinta años al servicio de la emperatriz, así viviera para siempre, y aunque había habido alguna que otra rebelión alentada por un loco advenedizo con los ojos puestos en el Trono de Cristal, la mayor parte de esos años los había empleado en prepararse para esto. Durante dos generaciones, mientras se construían las grandes naves destinadas al Retorno, el Ejército Invencible se había entrenado y preparado para esto. Ciertamente, Bakuun se había sentido orgulloso al saber que sería uno de los Precursores, e indudablemente podía perdonársele que acariciara el sueño de reconquistar las tierras robadas a los legítimos herederos de Artur Hawkwing, e incluso el descabellado sueño de completar la Consolidación antes de que se produjera el Retorno. Aunque había resultado no ser un sueño tan descabellado, después de todo, si bien ni por lo más remoto del modo que él lo había imaginado.

Una patrulla de cincuenta lanceros taraboneses, con rayas rojas y verdes pintadas en los duros petos y velos de malla ocultando sus espesos bigotes, regresaba colina arriba. Cabalgaban bien e incluso combatían bien cuando tenían líderes apropiados. Otros quinientos o más ya descansaban alrededor de las lumbres o se encontraban en las hileras de caballos estacados, atendiendo sus monturas, y todavía quedaban tres patrullas más que seguían de servicio. Bakuun jamás había esperado encontrarse al mando de una fuerza en la que más de la mitad de sus efectivos eran descendientes de ladrones. Y que no se avergonzaban de ello; miraban directamente a los ojos. El jefe de la patrulla le hizo una profunda reverencia mientras los caballos, con las patas llenas de barro, pasaban a su lado, pero muchos de los demás siguieron hablando con su acento peculiar, demasiado deprisa para que Bakuun los entendiera sin tener que esforzarse al máximo. También tenían unas ideas muy peculiares sobre la disciplina.

Sacudiendo la cabeza, Bakuun se encaminó a largos pasos hacia la gran tienda de las *sul'dam*; mayor que la suya, necesariamente. Cuatro de ellas se encontraban fuera, sentadas en banquetas, con sus vestidos de color azul oscuro y los rayos en las faldas, disfrutando del sol durante una pausa entre tormenta y tormenta. Ahora esas treguas eran contadas. Una *damane*, vestida de gris, se hallaba a sus pies; Nerith le trenzaba el pálido cabello. Y también hablaba con ella; todas las *sul'dam* tomaban parte en la conversación y reían suavemente. El brazalete unido a un extremo del plateado *a'dam* yacía en el suelo. Bakuun gruñó hoscamente. Él tenía un perro lobo favorito, en casa, e incluso hablaba con él a veces, ¡pero no esperaba que *Mordisco* mantuviera una conversación!

—¿Cómo se encuentra? —preguntó a Nerith, no por primera vez. Ni por la décima—. ¿Está bien?

La *damane* bajó los ojos y enmudeció.

—Bastante bien, capitán Bakuun. —Nerith, una mujer de cara cuadrada, dio a su

voz el grado de respeto adecuado, pero ni una pizca de más. Mientras hablaba acarició con gesto tranquilizador la cabeza de la *damane*—. Fuera cual fuese la indisposición que sufrió, ahora ha desaparecido. Algo sin importancia, en cualquier caso. Nada de que preocuparse.

La *damane* estaba temblando. Bakuun volvió a gruñir. No era una respuesta muy distinta a la recibida en ocasiones anteriores. Algo había ido mal, sin embargo, en Ebou Dar, y no había afectado únicamente a esa *damane*. Todas las *sul'dam* se habían mantenido más calladas que ostras —y la Sangre no comentó nada, naturalmente; ¡no a gente como él!—, pero había oído muchos rumores. Se comentaba que todas las *damane* habían enfermado o se habían vuelto locas. Luz, no había visto utilizar ni una sola de ellas en Ebou Dar, una vez que la ciudad quedó asegurada, ni siquiera para una exhibición de Luminarias del Cielo como celebración de la victoria, y ¿cuándo había ocurrido algo semejante antes?

—Bien, espero que se... —empezó, pero se interrumpió cuando apareció un *raken* volando a través del paso oriental, casi a ras del suelo. Batió sus grandes alas coriáceas con fuerza para ganar altura y, justo encima de la colina, viró de repente y trazó un círculo cerrado, con la punta de un ala casi perpendicular al suelo. Una fina cinta roja cayó por el peso de una bola de plomo.

Bakuun masculló una maldición. Los voladores siempre hacían alardes, pero si ese par hería a uno de sus hombres al entregar su informe de exploración, lo pagarían con el pellejo, sin importar a quién tuviera que enfrentarse para conseguirlo. No querría combatir sin voladores explorando en el cielo, pero estaban tan mimados como cualquier animal favorito de la Sangre.

La cinta cayó en picado, recta como una flecha. El peso de plomo golpeó en el suelo y rebotó por la cima, casi al lado del alto y fino poste de mensajes, que era demasiado largo para bajarlo a menos que hubiera que enviar un mensaje. Además, cuando se dejaba tumbado en el suelo, siempre había alguien cuyo caballo pisaba en esa cosa, con el resultado de que el animal se rompía una articulación.

Bakuun se encaminó directamente a su tienda, pero su teniente ya lo esperaba allí, con la cinta manchada de barro y el tubo del mensaje. Tirus era un hombre huesudo, una cabeza más alto que él, y llevaba un lamentable retazo de barba en la punta de la barbilla.

El mensaje iba enrollado dentro del tubo de metal, en una tira de papel tan fino que casi se transparentaba, y había sido escrito simple y concisamente. Bakuun nunca había tenido que volar en un *raken* o un *to'raken* —¡gracias a la Luz, y alabada fuera la emperatriz, que viviera para siempre!—, pero dudaba que fuera fácil manejar una pluma sobre una silla de montar atada en el lomo de un lagarto volador. Lo que decía el mensaje lo hizo abrir rápidamente la tapa de su pequeña escribanía de campamento y redactar unas palabras a toda velocidad.

—Hay una fuerza unos ocho kilómetros al norte de aquí —le dijo a Tirus—. Nos supera cinco o seis veces en número. —Los voladores exageraban de vez en cuando, pero no mucho ni muy a menudo. ¿Cómo habían podido penetrar tantos en las montañas sin haber sido divisados? Había visto la costa por el este, y prefería pagar por sus exequias antes que intentar un desembarco allí. ¡Por todos los diablos! Los voladores se jactaban de poder ver una mosca que se moviera en la cordillera—. No hay motivo para pensar que saben que nos encontramos aquí, pero no me importaría contar con refuerzos.

—Bah —rió Tirus—. Les prepararemos un encontronazo con las *damane* y se acabó, aunque superaran por diez nuestros efectivos.

Su única falta era una pizca de exceso de confianza; sin embargo, era un buen soldado.

—¿Y si cuentan con unas pocas... Aes Sedai? —inquirió sosegadamente Bakuun, sin apenas trabarse con el nombre, mientras metía el informe del volador en el tubo, junto con su propio mensaje breve. Realmente no había creído que nadie pudiera dejar en libertad a esas... mujeres.

El semblante de Tirus denotaba que el teniente recordaba las historias sobre un arma Aes Sedai. La roja cinta ondeó al aire tras él mientras corría con el tubo del mensaje.

A no tardar, tubo y cinta estaban atados a la punta del poste de mensajes, y la débil brisa hizo ondear la larga tira roja quince pasos por encima de la cumbre. El *raken* descendió planeando hacia el extremo del palo, con las alas extendidas tan inmóviles como la muerte. De pronto, una de las voladoras se bajó de la silla y se colgó —¡cabeza abajo!— entre las patas del animal. A Bakuun se le encogió el estómago al contemplar la escena. Sin embargo, la mano de la voladora se cerró sobre la cinta, el poste se flexionó, y luego recuperó la vertical con un fuerte cimbreo cuando el tubo del mensaje se soltó de la punta; la voladora trepó de nuevo a lomos de la criatura mientras ésta ascendía en lentos círculos.

Bakuun relegó agradecido toda idea sobre voladores y *raken* mientras recorría el valle con la mirada. Era ancho y largo, casi llano, salvo por la colina que ocupaban, y lo rodeaban escarpadas laderas arboladas; sólo una cabra podría penetrar en él, excepto por los pasos que divisaba desde su posición. Con las *damane*, podía hacer pedazos a cualquiera antes de que intentaran lanzar un ataque a través de aquel prado embarrado. No obstante, había dado la voz de alerta; si el enemigo se dirigía directamente hacia ellos, llegaría antes que los refuerzos solicitados, que tardarían tres días en el mejor de los casos. ¿Cómo habían podido llegar tan lejos sin ser vistos?

Se había perdido las últimas batallas de la Consolidación por doscientos años, pero algunas de las rebeliones que había ayudado a sofocar no habían sido conflictos pequeños. Dos años combatiendo en Marendalar, treinta mil muertos, y un número

cincuenta veces superior a esa cifra había sido transportado por barco al continente, como propiedad. Reparar en lo chocante mantenía con vida a un soldado. Una vez que se cumplieron sus órdenes de levantar el campamento y borrar toda huella de su paso por allí, condujo a sus fuerzas hacia las laderas arboladas. Oscuras nubes empezaban a concentrarse por el este; se acercaba otra de esas malditas tormentas.

23. Niebla de guerra, tormenta de batalla

No llovía, por el momento. Rand guió a *Tai'daishar* alrededor de un árbol arrancado de raíz, atravesado en la ladera, y miró ceñudo al hombre muerto que yacía despatarrado, boca arriba, detrás del tronco. El tipo era bajo y fornido, con el rostro surcado de arrugas, y llevaba una armadura de placas imbricadas, lacadas en azul y verde; sin embargo, el hecho de que sus ojos muertos estuviesen clavados en las oscuras nubes le hacía parecerse bastante a Eagan Padros, incluso en la pierna que le faltaba. Saltaba a la vista que había sido un oficial. La espada tirada junto a su mano extendida tenía la empuñadura de marfil, tallada a semejanza de una mujer, y su yelmo lacado, con forma de cabeza de insecto, lucía dos largas plumas azules.

Árboles desgajados de raíz o hechos pedazos, y otros muchos ardiendo de punta a punta, sembraban la ladera de la montaña en un tramo de quinientos pasos. También estaba cubierta de cadáveres, hombres que habían sido despedazados cuando el *Saidin* surcó la ladera montañosa como un escarificador. La mayoría llevaba velos de malla cubriéndoles la cara y petos pintados con rayas horizontales. No había ninguna mujer, gracias a la Luz. Los caballos heridos habían sido sacrificados, otra cosa por la que dar gracias. Era increíble lo fuerte que podía relinchar de dolor un caballo.

«¿Es que crees que los muertos guardan silencio? —La risa de Lews Therin sonó áspera en su cabeza—. ¿De verdad lo crees? —La voz adquirió un timbre mezcla de pena y rabia—. ¡A mí me gritan!»

«También a mí —pensó tristemente Rand—. No puedo permitirme el lujo de escucharlos, pero ¿cómo se los puede hacer callar?»

Lews Therin empezó a llorar por su perdida Ilyena.

—Una gran victoria —entonó Weiramon detrás de Rand, aunque a continuación rezongó—. Pero con escaso honor. Los métodos clásicos son mejores.

El barro cubría literalmente la chaqueta de Rand, mientras que, cosa por demás sorprendente, Weiramon aparecía tan pulcro como lo había estado en el Camino de la Plata. Su yelmo y su peto relucían de limpios. ¿Cómo se las arreglaba? Al final, los taraboneses habían cargado, armados con lanzas y mucho coraje, contra el Poder Único, y Weiramon había lanzado su propia carga para destrozarlos. Sin órdenes de hacerlo y seguido por todos los tearianos con excepción de los Defensores, incluido, quién lo hubiera dicho, un Torean medio borracho. También por Semaradrid y Gregorin Panar, con la mayoría de los cairhieninos e illianos. En esos momentos, había resultado duro quedarse al margen, sin hacer nada, y todos los hombres querían enfrentarse a algo real contra lo que luchar. Los Asha'man podrían haberlo hecho más deprisa, aunque también de un modo más sucio, en cierto sentido.

Rand no había tomado parte en la lucha, excepto para situarse allí donde los hombres pudieran verlo. Le había dado miedo asir el Poder. No se atrevía a mostrar

debilidad ante ellos. Ni la más mínima. Lews Therin había balbuceado espantado ante la mera idea.

Tan sorprendente como la chaqueta impoluta de Weiramon resultaba el hecho de que Anaiyella cabalgara junto a él y, por una vez, sin hacer mohines ñoños. Su semblante se mostraba crispado y desaprobador. Cosa curiosa, eso no estropeaba su belleza, ni mucho menos, tanto como lo hacían sus sonrisitas untuosas. Ni que decir tiene que la noble no había participado en la carga, como tampoco Ailil, pero el Maestro de Caballos de Anaiyella sí lo había hecho, y el hombre estaba absoluta y definitivamente muerto, con una lanza tarabonesa atravesándole el pecho. Eso no le había hecho ninguna gracia a la noble. Pero ¿por qué ir en compañía de Weiramon? ¿Era sólo cuestión de estar agrupados los tearianos? Quizá. La última vez que Rand la había visto, se encontraba con Sunamon.

Bashere condujo a su bayo ladera arriba, sorteando los cadáveres sin que en apariencia les hiciera más caso que a un tronco astillado o a un tocón ardiendo. Llevaba el yelmo colgado de la perilla de la silla, y los guanteletes metidos debajo del cinturón. Tenía todo el lado derecho pringado de barro, al igual que su montura.

—Aracome ha muerto —informó—. Flinn intentó Curarlo, pero dudo que Aracome quisiera vivir así. Hasta ahora las bajas ascienden a cincuenta, y algunos de los heridos posiblemente no sobrevivirán.

Anaiyella palideció. Rand la había visto cerca de Aracome, vomitando. Los plebeyos muertos no parecían afectarla tanto.

Rand sintió lástima por un momento. No por ella, ni tampoco mucha por Aracome, sino por Min, a pesar de que la joven se hallaba a salvo en Cairhien. Min había predicho la muerte de Aracome en una de sus visiones, así como la de Gueyam y Maraconn. Por su bien, fuera lo que fuera lo que hubiese visto, Rand esperaba que hubiese sido lo menos parecido a la realidad.

La mayoría de los soldados Asha'man estaban de nuevo explorando; pero abajo, en el amplio pradal, los accesos tejidos por los Dedicados de Gedwyn daban paso a los carros de suministros y a los animales de remonta. Los hombres que los conducían se quedaban boquiabiertos tan pronto como salían lo bastante para ver el panorama. El suelo embarrado no estaba tan arrasado como la ladera de la montaña, aunque surcos ennegrecidos, de dos pasos de anchura y cincuenta de longitud, hendían la hierba marchita, y había agujeros que posiblemente no habría podido saltar un caballo. No habían encontrado *damane* hasta ese momento. Rand pensaba que sólo tenía que haber habido una; si hubiesen sido más habrían causado un daño mucho mayor, considerando las circunstancias.

Los hombres se movían en torno a pequeñas lumbres donde se hervía agua para hacer té, entre otras cosas. Por una vez, se mezclaban tearianos, cairhieninos e illianos. Y no sólo los plebeyos. Semaradrid compartía su frasco de licor con

Gueyam, quien se pasaba cansinamente la mano por la calva cabeza. Maraconn y Kiril Drapaneos, un hombre zanquilargo y narigudo, cuya barba cuadrada resultaba chocante en su rostro alargado, se encontraban sentados en cuclillas cerca de una de las lumbres. ¡Jugando a las cartas, aparentemente! Torean tenía a un círculo de risueños noblecillos cairhieninos alrededor, aunque seguramente sus chistes no causaban tanta risa como su modo de tambalearse y de frotarse la enorme nariz de patata. Los legionarios se mantenían aparte, pero habían acogido a los «voluntarios» que habían seguido a Padros bajo la Enseña de la Luz. Ese grupo parecía más ansioso que nadie desde que se supo cómo había muerto Padros. Los legionarios de chaquetas azules les estaban enseñando cómo cambiar de dirección al tiempo para que la unidad no se deshiciera como una bandada de gansos.

Flinn estaba con los heridos, acompañado por Adley, Morr y Hopwil. Narishma sólo era capaz de Curar cortes superficiales, poco más o menos que Rand, y Dashiva ni siquiera eso. Gedwyn y Rochaid charlaban aparte de todos los demás, sujetando sus caballos por las riendas en lo alto de la colina que se alzaba en el centro del valle. La misma en la que habían esperado coger por sorpresa a los seanchan cuando salieron a la carga por los accesos, rodeándola. Casi cincuenta muertos, más los heridos que se sumarían a esas bajas, pero la cifra habría aumentado a doscientos de no ser por Flinn y los otros que podían Curar en mayor o menor grado. Gedwyn y Rochaid no habían querido mancharse las manos y habían torcido el gesto cuando Rand los obligó a hacerlo. Uno de los muertos era uno de sus soldados Asha'man, y otro de ellos, un cairhienino carirredondo, permanecía sentado junto a una lumbre, donde se había dejado caer, con cara de ido; Rand esperaba que se debiera al hecho de haber sido lanzado por el aire al explotarle el suelo casi a los pies.

Allá abajo, en el herboso llano roturado por los surcos del Poder, Ailil conferenciaba con su Capitán de Lanzas, un hombrecillo pálido llamado Denharad. Se encontraban tan cerca que sus caballos casi se tocaban, y de vez en cuando alzaban la vista hacia la ladera, en su dirección. ¿Qué estarían tramando?

—Lo haremos mejor la próxima vez —murmuró Bashere. El general recorrió el valle con la mirada y sacudió la cabeza—. El peor error es cometer el mismo dos veces, y no caeremos en eso.

Weiramon le oyó y repitió lo mismo, pero reiterándolo veinte veces y utilizando una prosa tan florida que habría hecho palidecer de envidia a un jardín en primavera. Y sin admitir que había habido errores por su parte, naturalmente. Eludió los errores de Rand con igual habilidad.

Rand asintió, prietos los labios. La próxima vez lo harían mejor. No les quedaba más remedio, a menos que quisiera dejar enterrados a la mitad de sus hombres en esas montañas. Se preguntó qué hacer con los prisioneros.

La mayoría de los que habían escapado de la muerte en la ladera se las habían

ingeniado para retirarse entre los árboles que seguían en pie. Una retirada sorprendentemente ordenada considerando las circunstancias, afirmó Bashere, aunque no parecía probable que ahora representaran una amenaza. A no ser que tuvieran *damane* con ellos. En cualquier caso, había unos cien hombres sentados en el suelo, apiñados, despojados de armas y armaduras, bajo la atenta vigilancia de dos docenas de Compañeros y Defensores montados. En su mayor parte taraboneses, no habían combatido como hombres obligados por sus conquistadores. Un buen número de ellos mantenía alta la cabeza y se mofaba de sus guardianes. Gedwyn había querido matarlos después de someterlos a interrogatorio. A Weiramon le importaba poco si los degollaban, pero consideraba una pérdida de tiempo torturarlos. Ninguno sabría nada útil, aseguraba; ni uno solo era de noble cuna.

Rand miró a Bashere. Weiramon seguía con su grandilocuente perorata, «... limpiar de indeseables estas montañas para vos, milord Dragón. Los aplastaremos bajo los cascos de nuestros caballos, y...», mientras Anaiyella asentía con gesto sombrío.

—Seis más, media docena menos —musitó Bashere. Se quitó barro de la punta del espeso bigote con la uña—. O, como dicen algunos de mis arrendatarios, lo que no va en lágrimas va en suspiros.

¡Pues menuda ayuda! Justo entonces una de las patrullas de Bashere empeoró las cosas. Los seis hombres aparecieron empujando a una prisionera cuesta arriba, delante de sus caballos, con el extremo romo de sus lanzas. Era una mujer de cabello negro, que llevaba un vestido azul oscuro, sucio y desgarrado, con piezas de color rojo en la pechera y la falda, sobre las que aparecían rayos. También tenía sucia la cara, y llena de churretes de lágrimas. Tropezó y casi cayó, a pesar de que el aguijoneo de las lanzas era un amago que no la tocaba realmente. La mujer dirigió una mirada desdeñosa a sus captores e incluso escupió. También miró a Rand con aire despectivo.

—¿La habéis herido? —instó. Una pregunta extraña, quizá, tratándose de un enemigo, después de lo ocurrido en el valle. Tratándose de una *sul'dam*. Pero le salió sin pensar.

—Nosotros no, milord Dragón —respondió el jefe de patrulla con gesto hosco—. La encontramos así. —Se rascó la mandíbula cubierta por una negra barba y miró a Bashere, como buscando apoyo—. Afirma que matamos a su Gille. Un perro favorito o un gato o algo por el estilo, a juzgar por el escándalo que ha metido. Se llama Nerith. Es lo que hemos conseguido sacarle.

La mujer se giró y volvió a enseñarle los dientes. Rand suspiró. Nada de un perro favorito. ¡No! ¡Ese nombre no pertenecía a su lista! Sin embargo, podía oír la letanía de nombres enumerándose por sí misma dentro de su cabeza, y «Gille, la *damane*» se encontraba entre los demás. Lews Therin gimoteó por su Ilyena. Su nombre también

estaba en la lista. Rand pensaba que tenía derecho.

—¿Ésta es una Aes Sedai seanchan? —inquirió Anaiyella de repente, inclinándose sobre la perilla de la silla para mirar detenidamente a Nerith. Ésta le escupió también, con los ojos desorbitados por la indignación.

Rand explicó lo poco que sabía de las *sul'dam*, que controlaban mujeres capaces de encauzar, con la ayuda de un *ter'angreal* en forma de collar y correa, pero que ellas no podían encauzar. Para su sorpresa, la remilgada y ñoña Gran Señora manifestó fríamente:

—Si milord Dragón siente reparos, yo me encargaré de ahorcarla, en su lugar.

¡Nerith volvió a escupir a la noble! En esta ocasión, con desprecio. No le faltaba valor a la mujer.

—¡No! —bramó Rand. ¡Luz, las cosas que haría la gente para congraciarse con él! O tal vez era porque Anaiyella había mantenido una relación más estrecha con su Maestro de los Caballos que la propia entre señora y servidor. El hombre había sido un tipo robusto y algo calvo, y plebeyo, cosa que se tenía muy en cuenta entre los tearianos, pero a veces las mujeres tenían gustos raros con respecto a los hombres. Eso lo sabía él muy bien.

»Tan pronto como estemos preparados para reemprender la marcha —le dijo a Bashere—, soltad a esos hombres ahí abajo. —Llevar prisioneros cuando lanzaran el siguiente ataque quedaba descartado, y dejar a cien hombres, cien ahora, pero seguro que habría más después, para que los siguieran con los carros de suministros era arriesgarse a cincuenta percances distintos. No podían causar problemas si los dejaban atrás. Ni siquiera los que habían huido a caballo podían transmitir la alarma más deprisa de lo que se desplazaban con el Viaje.

Bashere se encogió levemente de hombros; quizá Rand tenía razón y no les causarían problemas, pero siempre existía el azar. Ocurrían cosas raras sin que hubiera necesariamente un *ta'veren* cerca.

Weiramon y Anaiyella abrieron la boca casi al tiempo, dispuestos a protestar, pero Rand los cortó.

—¡He hablado, y no hay nada más que añadir! Sin embargo, llevaremos a la mujer. Y a cualquier otra mujer que capturemos.

—¡Que me aspen! —exclamó Weiramon—. ¿Por qué? —El noble parecía atónito, y Bashere giró la cabeza bruscamente, sobresaltado. Anaiyella apretó los labios en un gesto de desprecio antes de que la mujer se las ingeniara para transformarlo en una sonrisa tonta para el lord Dragón. Obviamente, lo creía demasiado blando para abandonar a una mujer con los otros. Los aguardaba una dura caminata en aquel terreno, por no mencionar las raciones escasas. Y el tiempo no era el indicado para dejar a la intemperie a una mujer.

—Ya tengo suficientes Aes Sedai en mi contra para además dejar sueltas *sul'dam*

que volverían a realizar la misma labor —les dijo. ¡La Luz sabía que era verdad! Asintieron, aunque Weiramon tardó un poco en entender; Bashere parecía aliviado, y Anaiyella decepcionada. Pero ¿qué hacer con la mujer y con las otras que capturaran? No tenía intención de convertir la Torre Negra en una prisión. Los Aiel podían ocuparse de ellas. Sólo que las Sabias quizá las degollaran en cuanto él se diera media vuelta. ¿Y las hermanas que Mat conducía a Caemlyn, con Elayne?—. Cuando esto haya acabado, se las entregaré a unas Aes Sedai escogidas por mí. —A lo mejor lo veían como un gesto de buena voluntad, un poco de miel para endulzar el mal trago de aceptar su protección.

No bien acababan de salir las palabras de su boca cuando Nerith se puso mortalmente pálida y empezó a chillar a voz en cuello. Aullando sin cesar, se lanzó cuesta abajo, saltando sobre árboles derribados, cayendo y levantándose de nuevo.

—¡Maldita sea! ¡Cogedla! —bramó Rand, y la patrulla saldaenina salió disparada en pos de la mujer, azuzando sus monturas por la ladera sembrada de árboles sin pensar en patas o cuellos rotos. La seanchan, que seguía chillando, corrió haciendo quiebros entre los caballos, aún con menos precaución.

En la boca del paso más oriental se abrió un acceso en medio de un destello de luz plateada. Un soldado de chaqueta negra lo cruzó tirando de su montura, se subió de un salto a la silla mientras el acceso se desvanecía, y se lanzó a galope hacia la cumbre de la colina, donde Gedwyn y Rochaid esperaban. Rand observó impasible. Dentro de su cabeza, Lews Therin bramaba sobre matar, matar a todos los Asha'man antes de que fuese demasiado tarde.

Para cuando los tres hombres empezaron a subir la ladera en dirección a Rand, cuatro de los saldaeninos tenían a Nerith tirada en el suelo e intentaban atarla de pies y manos. Y no sobraba ninguno de los cuatro, habida cuenta de las patadas y los mordiscos que les propinaba. A un divertido Bashere se le hicieron apuestas sobre si no sería ella la que los reduciría, en lugar de a la inversa. Anaiyella masculló algo sobre partirle la cabeza a la mujer. ¿Lo diría literalmente? Rand la miró ceñudo.

El soldado, que iba entre Gedwyn y Rochaid, lanzó una mirada inquieta a Nerith cuando pasaron a caballo junto a ella. Rand recordaba vagamente haberlo visto en la Torre Negra, el día que había llevado por primera vez los alfileres de espadas de plata y le dio a Taim el primer alfiler de dragón. Era un tarabonés joven, llamado Varil Nensen, que todavía llevaba un fino velo para tapar el espeso bigote. Sin embargo, no había dudado a la hora de combatir contra sus compatriotas. Ahora su lealtad era para la Torre Negra y el Dragón Renacido, como repetía Taim. La segunda parte de la frase sonaba siempre a añadido, a ocurrencia tardía.

—Se te concede el honor de presentar tu informe al Dragón Renacido, soldado Nensen —dijo Gedwyn. Con sorna.

Nensen se sentó más erguido en la silla.

—¡Milord Dragón! —bramó al tiempo que llevaba el puño al pecho—. Hay más a unos cincuenta kilómetros al oeste, milord Dragón. —Cincuenta kilómetros era la distancia máxima que Rand había indicado rastrear a los exploradores antes de regresar. ¿De qué serviría que un soldado encontrara seanchan mientras que el resto seguía desplazándose más al oeste?—. Alrededor de la mitad de los que había aquí —continuó Nensen—. Y... —Sus oscuros ojos se desviaron de nuevo, fugazmente, hacia Nerith, que ahora ya estaba atada; los saldaeninos forcejeaban para subirla a un caballo—. Y no vi señal de que hubiera mujeres, milord Dragón.

Bashere miró hacia arriba y escudriñó el cielo. Nubes oscuras se extendían como un manto de cumbre a cumbre, pero el sol debía de seguir alto.

—Hora de alimentar a los hombres antes de que los demás regresen —dijo mientras asentía con satisfacción. Nerith se las había arreglado para morder la muñeca de un saldaenino y se aferraba a ella como tejón rabioso.

—Que coman deprisa —instó, irritado, Rand. ¿Serían igual de difíciles todas las *sul'dam* que capturaran? Seguramente. Luz, ¿y si cogían a una *damane*?—. No quiero pasarme el invierno en esas montañas. —Gille la *damane*. No podía borrar un nombre una vez que había entrado en la lista.

«Los muertos nunca guardan silencio —susurró Lews Therin—. Los muertos nunca duermen.»

Rand condujo su caballo hacia las lumbres. No le apetecía comer.

Desde la punta de un saliente rocoso, Furyk Karede examinó cuidadosamente las montañas arboladas que se alzaban alrededor, picos afilados como oscuros colmillos. Su caballo, un castrado rodado, irguió las orejas como si hubiese captado un ruido que a él le hubiera pasado por alto, pero aparte de eso el animal permaneció inmóvil. Cada dos por tres, Karede tenía que interrumpir el reconocimiento y limpiar las lentes de su visor. Caía una lluvia ligera del encapotado cielo matinal. Las dos plumas negras de su yelmo estaban dobladas, en lugar de erguidas, y le corría agua por la espalda. Una lluvia ligera comparada con la de la víspera, en cualquier caso, y seguramente comparada con la del siguiente. O con la de esa tarde, tal vez. Los truenos retumbaban ominosamente por el sur. Sin embargo, la preocupación de Karede no tenía nada que ver con el tiempo.

Allá abajo, los últimos hombres de un contingente de dos mil trescientos avanzaban serpenteando por los pasos sinuosos, hombres reunidos de cuatro puestos avanzados. Con buenas monturas y razonablemente bien dirigidos, sin embargo apenas doscientos eran seanchan, y sólo dos, aparte de él mismo, lucían los colores rojo y verde de la Guardia. Casi todos los demás eran taraboneses —conocía su arrojo—, pero un buen tercio lo constituían amadicienses y altaraneses, demasiado nuevos en sus juramentos para estar seguro de cómo aguantarían. Algunos altaraneses y

amadicienses habían cambiado su lealtad dos o tres veces ya. O lo habían intentado, en cualquier caso. La gente a ese lado del Océano Aricio no tenía pundonor. Una docena de *sul'dam* cabalgaba al frente de la columna, y Karede habría querido que las doce llevaran *damane* en correa caminando junto a sus caballos, en lugar de sólo dos.

Cincuenta pasos más allá, los diez hombres de vanguardia vigilaban las laderas que se alzaban sobre ellos, aunque no con el cuidado necesario. Demasiados hombres que cabalgaban en vanguardia contaban con los exploradores avanzados para que descubrieran cualquier clase de peligro. Karede tomó nota de hablar personalmente con ellos. Cumplirían con su deber correctamente después de eso, o los enviaría a las levas de trabajo.

Un *raken* apareció por el este, deslizándose en un vuelo raso sobre las copas de los árboles, girando y desviándose para seguir las curvas del terreno como haría la mano de un hombre al deslizarse por la espalda de una mujer. Qué curioso. A los *morat'raken*, los voladores, les gustaba volar muy alto siempre, a menos que los rayos surcaran el cielo. Karede bajó el visor para observar.

—Quizá tengamos por fin otro informe de reconocimiento del terreno —comentó Jadranka. A los otros oficiales que esperaban detrás de Karede, no a él. Tres de los diez igualaban en rango a Karede, pero eran pocos, excepto la Sangre, los que osaban molestar a un hombre con el uniforme rojo sangre y verde casi negro de la Guardia de la Muerte. Tampoco había muchos de la Sangre que lo hicieran.

Según las historias que había oído de niño, uno de sus antepasados, un noble, había seguido a Luthair Paendrag hasta Seanchan, por orden de Artur Hawkwing, pero doscientos años después, cuando sólo estaba asegurado el norte, otro antepasado había intentado forjar un reino para sí mismo y acabó vendido en subasta. Quizás ocurriera así; muchos *da'covale* afirmaban tener antepasados nobles. Al menos, lo hacían entre ellos; pocos miembros de la Sangre encontraban divertida esa clase de cháchara. En cualquier caso, Karede se había considerado afortunado cuando los Escogedores lo seleccionaron, siendo un robusto chiquillo que aún no tenía edad para que se le asignaran tareas, y todavía se sentía orgulloso de los cuervos tatuados en sus hombros. Muchos Guardias de la Muerte iban sin chaqueta ni camisa cuando las circunstancias lo permitían, a fin de exhibirlos. Los humanos, por lo menos. A los Jardineros Ogier no se los marcaba ni se los poseía, pero eso era un asunto entre ellos y la emperatriz.

Karede era *da'covale* y estaba orgulloso de ello, como cualquier hombre de la Guardia, propiedad del Trono del Cristal en cuerpo y alma. Luchaba donde la emperatriz indicaba y moriría el día que ella dijera que lo hiciera. Sólo a la emperatriz obedecía la Guardia, y allí donde aparecía lo hacía como la mano de la emperatriz, un recordatorio visible de ella. No era de extrañar que incluso entre la Sangre algunos se sintieran inquietos al ver pasar un destacamento de Guardias de la

Muerte. Era una vida mucho mejor que estar limpiando los establos de un lord o sirviendo *kaf* a una lady. Sin embargo, maldecía la suerte que lo había llevado a esas montañas para inspeccionar los puestos avanzados.

El *raken* siguió volando velozmente hacia el oeste, con las dos voladoras inclinadas sobre la silla. No era un informe de exploración, ningún mensaje para él. Furyk sabía que eran imaginaciones suyas, pero tuvo la impresión de que el largo cuello de la criatura, extendido, denotaba cierta... ansiedad. Si hubiese sido cualquier otro hombre, también se habría sentido inquieto. Había habido pocos mensajes para él desde que recibió la orden, tres días antes, de asumir el mando y desplazarse hacia el este, y cada mensaje sólo había espesado la niebla en lugar de aclararla.

Los lugareños, esos altaraneses, se habían agrupado en gran número en las montañas, al parecer, pero ¿cómo? Las calzadas a lo largo del límite septentrional de la cordillera estaban patrulladas y vigiladas casi hasta la frontera de Illian por voladores y *morat'torm* así como por partidas a caballo. ¿Qué podría haber inducido a los altaraneses a enseñar así los dientes? ¿Qué los había empujado a unirse? Un hombre podía encontrarse involucrado en un duelo con ellos por una mirada —aunque ya habían empezado a aprender que desafiar a un Guardia era sólo un modo más lento de suicidarse—, pero había visto nobles de esa mal llamada nación intentando venderse unos a otros y a su reina por la mera sugerencia de que sus propias tierras estarían protegidas y tal vez su posible expansión con la incorporación de las de su vecino.

Nadoc, un hombretón con un engañoso rostro apacible, se giró en la silla para seguir con la mirada al *raken*.

—No me gusta avanzar a ciegas —murmuró—. No cuando los altaraneses se las han apañado para situar aquí arriba cuarenta mil hombres, como poco.

Jadranka resopló tan fuerte que su alto castrado blanco se movió. Jadranka era el capitán más veterano de los tres que estaban detrás de Karede, con tantos años de servicio como el propio Furyk. Era bajo y delgado, con una nariz prominente, y se daba unos aires que cualquiera habría dicho que era de la Sangre. Ese caballo blanco destacaría a un kilómetro.

—Cuarenta mil o cien, Nadoc, están desperdigados desde aquí hasta el otro extremo de la cordillera, demasiado separados para apoyarse unos a otros. Así me arranquen los ojos, seguramente la mitad de ellos ya estarán muertos. Deben de andar enzarzados con nuestras avanzadas por todas partes. Por eso no nos llegan informes. De nosotros se espera que barramos los restos.

Karede se tragó un suspiro. Había esperado que Jadranka no fuera un imbécil además de un engreído. Las alabanzas por las victorias se propagaban con rapidez, tanto si eran sobre un ejército como sobre medio batallón. Eran las derrotas excepcionales las que se tragaban en silencio y se olvidaban. Y tanto silencio

resultaba... ominoso.

—El último informe no me pareció que hablara de ningún «resto» —insistió Nadoc. Él no era estúpido—. Hay cinco mil hombres a ochenta kilómetros, delante de nosotros, y dudo que podamos quitarlos de en medio con escobas.

Jadranka volvió a resoplar.

—Los aplastaremos, con espadas o con escobas. Así la Luz me abrase, estoy impaciente por sostener un combate decente. Ordené a los exploradores que siguieran buscando hasta dar con ellos. No permitiré que se escabullan.

—¿Que hiciste qué? —inquirió suavemente Karede.

Sus palabras hicieron que todas las cabezas se volvieran hacia él. Nadoc y unos pocos más tuvieron que esforzarse para dejar de mirar boquiabiertos a Jadranka. Exploradores con la orden de seguir adelante, con la orden específica de buscar algo en concreto. ¿Qué podía haberse pasado por alto a costa de esas órdenes?

Antes de que ninguno tuviese tiempo de abrir la boca, sonaron gritos de los hombres en el paso; gritos y relinchos de caballos.

Karede se llevó el tubo de cuero del visor al ojo. A lo largo del paso, al frente, hombres y animales morían bajo una lluvia de lo que le pareció tenían que ser saetas de ballestas, a juzgar por el modo en que atravesaban petos de acero y reventaban pechos sin protección de cota de mallas. Ya habían caído cientos, y otros tantos se tambaleaban heridos en las sillas o a pie y corrían alejándose de caballos que pateaban en el suelo. Corrían demasiados. Mientras observaba por el visor, hombres todavía montados hacían volver grupas a los caballos en un intento de huir de regreso al paso. ¿Dónde infiernos estaban las *sul'dam*? No conseguía divisarlas. Se había enfrentado a rebeldes que tenían *sul'dam* y *damane*, y eran las que había que matar cuanto antes. Quizá los lugareños habían aprendido eso.

De manera repentina, espantosa, el suelo empezó a explotar en rugientes surtidores de tierra a lo largo de la serpentina columna de soldados a su mando, surtidores que lanzaban al aire hombres y caballos con tanta facilidad como la tierra y las piedras. Del cielo se descargaron rayos, líneas zigzagueantes de luz blanco azulada que destrozaban tierra y hombres por igual. Otros hombres simplemente estallaban en pedazos sin motivo aparente. ¿Tenían los lugareños *damane* propias? No, serían esas Aes Sedai.

—¿Qué vamos a hacer? —inquirió Nadoc. Parecía impresionado. Y con razón.

—¿Es que piensas abandonar a tus hombres? —gruñó Jadranka—. ¡Los reagruparemos y atacaremos, pedazo de...!

La frase se cortó de golpe, con un gorgoteo, cuando la punta de la espada de Karede se hundió en su garganta. En ciertos momentos podía tolerarse a un necio. En otros, no. Al tiempo que el hombre se desplomaba de la silla, Karede limpió hábilmente su acero en la blanca crin del castrado antes de que el animal saliera

disparado. También había momentos para un pequeño alarde.

—Reagruparemos lo que podamos reagrupar, Nadoc —manifestó como si Jadranka no hubiese hablado. Como si no hubiese existido—. Salvaremos lo que podamos salvar, y nos replegaremos.

Hizo dar media vuelta al caballo para descender al paso donde los rayos centelleaban y los truenos retumbaban, y ordenó a Anghar, un joven de mirada firme que montaba un caballo veloz, que cabalgara hacia el este e informara de lo que había ocurrido allí. Un volador tal vez podría verlo o tal vez no, aunque Karede creía saber ahora por qué volaban tan bajo. E imaginaba que la Augusta Señora Suroth y los generales del acuartelamiento de Ebou Dar también sabían ya lo que estaba sucediendo en las montañas. ¿Sería ése el día señalado para morir por la emperatriz? Taconeó los flancos de su caballo.

Desde la cresta llana y escasamente arbolada, Rand oteaba hacia el oeste el bosque que se extendía a sus pies. Henchido de Poder —la vida, tan dulce; la infección, oh, cuán repulsiva— podía distinguir cada hoja por separado. *Tai'daishar* pateó el suelo con un casco. Los escarpados picos que se alzaban detrás, a ambos lados y en derredor se erguían casi dos mil metros por encima de la cresta, pero ésta se encontraba muy por encima de las copas de los árboles del fondo, que cubrían un ondulado valle de más de una legua de longitud y casi otro tanto de anchura. Allí abajo todo estaba en silencio. Una quietud que igualaba la del vacío en el que él flotaba. Por el momento en silencio, al menos. Aquí y allí se alzaban columnas de humo, donde dos o tres árboles contiguos ardían como antorchas. Sólo la gran humedad que lo empapaba todo impedía que el fuego se propagara, convirtiendo el valle en una conflagración.

Flinn y Dashiva eran los únicos Asha'man que permanecían con él. Todos los demás se encontraban en el valle. Los dos se hallaban a cierta distancia, al borde de los árboles, a pie y sujetando las riendas de sus caballos, observando el bosque allá abajo. Es decir, Flinn lo observaba con igual fijeza que él; Dashiva echaba ojeadas de vez en cuando, torcía la boca y, de tanto en tanto, mascullaba entre dientes de un modo que hacía que Flinn rebullera intranquilo y lo mirara de soslayo. El Poder los henchía a los dos, casi a rebosar, pero, para variar, Lews Therin no decía nada. En los últimos días parecía que el hombre hubiera ido replegándose progresiva y paulatinamente a su escondrijo.

El cielo estaba parcialmente despejado, y entre las dispersas nubes grises se colaba la luz del sol. Habían pasado cinco días desde que Rand condujo a su pequeño ejército a Altara, cinco días desde que vio al primer seanchan muerto. Había visto muchos más desde entonces. La idea se deslizó por el exterior del vacío. A través del guante notaba la garza marcada en su palma, ceñida alrededor del Cetro del Dragón.

Silencio. No se divisaba ninguna de las criaturas voladoras. Tres de ellas habían muerto, derribadas en el aire por los rayos antes de que sus jinetes aprendieran la lección y dejaran de acercarse. Silencio.

—Quizás ha terminado, milord Dragón. —La voz de Ailil sonaba fría y tranquila, pero la mujer palmeó el cuello de su yegua a pesar de que el animal no necesitaba que lo tranquilizaran. Miró de reojo a Flinn y a Dashiva y se puso erguida, no queriendo mostrar la mínima inquietud delante de ellos.

Rand se encontró canturreando entre dientes y se interrumpió de golpe. Ésa era una costumbre de Lews Therin cuando miraba a una mujer bonita, no de él. ¡De él no! ¡Luz, si empezaba a adoptar los hábitos del hombre, y encima sin estar siquiera presente...!

De pronto, un violento estampido retumbó en el valle. Estalló una llamarada por encima de los árboles, a tres kilómetros o más de distancia, y a continuación otra, y otra más, y una cuarta. Los rayos cayeron sobre el bosque, cerca de los puntos donde habían saltado las altas llamas, destellos separados, como lanzas irregulares, de color azul blanquecino. Una ráfaga de relámpagos y fuego, y después se hizo de nuevo el silencio. En esta ocasión no se incendiaron árboles.

Parte de aquello había sido *Saidin*. Sólo parte.

Se alzaron gritos, apagados y distantes; en otra parte del valle, le dio la impresión. Demasiado lejos incluso para que su sentido del oído, aguzado por el *Saidin*, captara el vibrante choque de los aceros. A pesar de los pesares, no toda la lucha la llevaban a cabo Asha'man, Dedicados y soldados de chaqueta negra.

Anaiyella soltó el aire que debía de haber estado conteniendo desde que empezó el intercambio entre las dos partes del Poder. Los hombres combatiendo con armas de acero no le causaban incomodidad. Entonces también ella palmeó el cuello de su montura. El castrado había movido sólo una oreja. Rand había advertido que las mujeres solían hacer eso. Cuando estaban agitadas, intentaban tranquilizar a otros, tanto si lo necesitaban como si no. Un caballo podía servir para ese propósito. ¿Dónde estaba Lews Therin?

Irritado, se inclinó hacia adelante para escudriñar de nuevo el dosel del bosque. Gran parte de los árboles eran perennes —alerces, abetos y cedros— y, a pesar de la última sequía, formaban una pantalla eficaz, incluso para su vista intensificada. Como por casualidad, tocó el envoltorio alargado, metido bajo la correa del estribo. Podía intervenir. ¿Y acometer a ciegas? Pero podía cabalgar hasta el bosque. ¿Y ver a diez pasos, como mucho? Allí abajo, su actuación no sería más eficaz que la de uno de los soldados Asha'man.

Se abrió un acceso entre los árboles de la cresta, a cierta distancia; la línea plateada se ensanchó hasta formar un agujero por el que se veían otros árboles diferentes y densa maleza con los tonos marrones del invierno. Un soldado de tez

cobriza, con un fino bigote y una perla pequeña en la oreja, salió a pie por él y dejó que el acceso desapareciera. Iba empujando a una *sul'dam* que iba maniatada a la espalda, una mujer de rasgos hermosos, estropeados por un chichón purpúreo a un lado de la frente. La contusión sí encajaba con su gesto ceñudo y su vestido arrugado y manchado de hojas secas. Giraba la cabeza y le gruñía al soldado cada vez que éste la empujaba para que siguiera avanzando a lo largo de la cresta hasta llegar ante Rand, y después alzó la vista hacia éste, con desdén.

El joven de la chaqueta negra saludó marcialmente.

—Soldado Arlen Nalaam, milord Dragón —bramó, fija la vista en la silla de montar de Rand—. Las órdenes de milord Dragón eran traer a su presencia a cualquier mujer capturada.

Rand asintió. Sólo era para que tuviese la impresión de que hacía algo, inspeccionar prisioneras a fin de asegurarse de que eran lo que habría resultado obvio para cualquier idiota.

—Llévala a los carros, soldado Nalaam, y después regresa a la lucha. —Casi le rechinaron los dientes al decir eso último. ¡Mandaba a luchar a otros y, mientras tanto, él, Rand al'Thor, el Dragón Renacido y rey de Illian, se quedaba sentado en su caballo contemplando las copas de los árboles!

Nalaam volvió a saludar antes de retirarse, empujando ante él a la mujer, y sin perder tiempo. Ella no dejó de echar ojeadas hacia atrás, pero no al soldado esta vez, sino a Rand. Con los ojos desorbitados y boquiabierta por la estupefacción. Por alguna razón, Nalaam no la hizo detenerse hasta que llegó al punto del que había salido. Para abrir un acceso sólo tenía que apartarse un corto trecho, sólo lo suficiente a fin de evitar hacer daño a los caballos.

—¿Qué demonios haces? —demandó Rand mientras el *Saidin* llenaba al joven.

Nalaam se volvió a medias hacia él, vacilando un instante.

—Parece más fácil si uso un sitio en el que ya he abierto un acceso, milord Dragón. Aquí, el *Saidin* es... Lo noto... extraño.

Su prisionera se volvió y lo miró con el entrecejo fruncido. Al cabo de un momento, Rand le indicó con un gesto que procediera. Flinn simuló examinar la silla de su caballo con interés, pero esbozó un atisbo de sonrisa. Con petulancia. Y Dashiva soltó una risita tonta. Flinn había sido el primero en mencionar una sensación extraña con el *Saidin* en ese valle. Por supuesto, Narishma y Hopwil lo habían oído, y Morr contribuyó con sus historias sobre la «peculiaridad» percibida en Ebou Dar. No era de extrañar que ahora todos afirmaran notar algo, aunque ninguno sabía explicar qué, sólo que el *Saidin* se sentía... raro. Luz, con la infección que contaminaba la mitad masculina del Poder, ¿qué otra cosa podía notarse? Rand esperaba que los demás no estuviesen empezando a contraer la nueva enfermedad que lo aquejaba a él.

El acceso de Nalaam se abrió y luego desapareció tras él y su prisionera. Rand dejó que sus sentidos percibieran realmente el *Saidin*. La vida y la corrupción se mezclaban; hielo que haría parecer cálido el crudo invierno, fuego que haría parecer frías las llamas de una forja; muerte, esperando que se descuidara. Queriendo que se descuidara. No se notaba nada distinto. ¿Oh sí? Miró ceñudo hacia donde Nalaam había desaparecido. Nalaam y la mujer.

La cuarta *sul'dam* apresada esa tarde. Con ella eran ya veintitrés las *sul'dam* prisioneras en los carros. Y dos *damane,* ambas con el collar y la correa plateados todavía puestos, retenidas en un carro aparte; con esos collares no podían dar tres pasos sin sufrir unas náuseas tan fuertes como las que lo asaltaban a él al asir la Fuente. Después de todo, ya no estaba seguro de que las hermanas que iban con Mat se sintieran complacidas de que se las entregara. A la primera *damane* que le habían llevado, dos días antes, no la había visto como una prisionera. Era una mujer esbelta, con el cabello muy rubio y grandes ojos azules, y la consideró una cautiva de los seanchan a la que había que liberar. Eso creyó. Pero cuando obligó a la *sul'dam* a quitarle el collar, el *a'dam,* la mujer rubia empezó a gritar a la *sul'dam* que la ayudara y al instante se puso a arremeter con el Poder. ¡Incluso ofreció el cuello a la *sul'dam* para que volviera a ponerle el artilugio! Nueve Defensores y un soldado Asha'man murieron antes de que se la pudiera escudar. Gedwyn la habría matado en ese mismo momento si Rand no se lo hubiese impedido. Los Defensores, que se sentían casi tan incómodos en presencia de mujeres que encauzaban como los demás se sentían cerca de hombres que utilizaban el Poder, todavía querían verla muerta. Habían sufrido bajas en los combates de los últimos días, pero que sus hombres murieran a manos de una prisionera parecía ofenderlos.

Había habido más bajas de las que Rand esperaba. Más de doscientas entre legionarios y mesnaderos. Treinta y un Defensores y cuarenta y seis Compañeros. Siete soldados de chaqueta negra y un Dedicado, hombres a los que Rand no había visto nunca hasta que acudieron a su convocatoria en Illian. Demasiados, considerando que todas las heridas, excepto las muy graves, podían Curarse sólo con que un hombre aguantara hasta que hubiera tiempo para atenderle. Sin embargo, estaba empujando a los seanchan hacia el oeste. Y con dureza.

Se alzaron más gritos en algún lugar del valle, a lo lejos. El fuego estalló a unos cinco kilómetros hacia el oeste, y los rayos se descargaron, derribando árboles. Árboles y piedras saltaron por el aire en la ladera de la montaña, más adelante, extraños surtidores que se sucedían a lo largo de la pendiente. Los atronadores estallidos ahogaron los gritos. Los seanchan se retiraban.

—Id allí abajo —ordenó Rand a Flinn y a Dashiva—. Los dos. ¡Encontrad a Gedwyn y comunicadle que he dicho que presione! ¡Que presione!

Dashiva torció el gesto al mirar el bosque allá abajo y después empezó a conducir

torpemente su montura a lo largo de la cresta. El hombre era desmañado con los caballos, ya fuera conduciéndolos o montándolos. ¡Incluso tropezó con la punta de su espada! Flinn miró preocupado a Rand.

—¿Vais a quedaros solo, milord Dragón?

—No estoy solo, precisamente —replicó Rand con sequedad mientras miraba de soslayo a Ailil y a Anaiyella. Las dos mujeres habían regresado con sus mesnaderos, casi doscientos lanceros que esperaban cerca de donde la cresta empezaba a descender hacia el este. Al frente de ellos, Denharad frunció el entrecejo tras las barras de la visera. Ahora estaba al mando de los dos grupos, y si su principal preocupación era la seguridad de Ailil y Anaiyella, la mera presencia de sus hombres bastaba para disuadir a casi cualquier atacante. Además, Weiramon tenía asegurado el extremo norte de la cresta para que, según él, no pasara ni una mosca, y Bashere guardaba el flanco sur. Sin ostentación; el general saldaenino había levantado un muro de lanzas sin hablar de ello. Y los seanchan se estaban retirando—. Y, en cualquier caso, no estoy precisamente indefenso, Flinn.

El hombre mayor no pareció convencido y se rascó el ralo cabello blanco antes de saludar y conducir su montura hacia donde el acceso de Dashiva empezaba a formarse, cojeando. Flinn iba mascullando entre dientes como solía hacer Dashiva. Rand habría querido bramar de rabia. No podía volverse loco aún, y ellos tampoco.

El acceso se desvaneció tras los dos Asha'man, y Rand volvió a escudriñar las copas de los árboles. Volvía a reinar el silencio. Una quietud que se prolongó. La idea de tomar los puestos avanzados en las montañas no había sido buena; ahora estaba dispuesto a admitirlo. En ese terreno, uno podía encontrarse a un kilómetro de un ejército enemigo sin saberlo. ¡En esa frondosa maraña de allí abajo uno podía estar a diez metros de ellos sin saberlo! Necesitaba enfrentarse a los seanchan en mejor terreno. Necesitaba...

De pronto se encontró luchando contra el *Saidin*, contra aterradoras oleadas que intentaban traspasarle el cerebro, reventarle el cráneo. El vacío empezó a desvanecerse, debilitado por la violenta arremetida. Frenético, aturdido, soltó la Fuente antes de que lo matara. La náusea le atenazó el estómago. La doble visión le mostró dos Coronas de Espadas, ¡tiradas en la espesa capa de mantillo, delante de su cara! ¡Estaba tendido en el suelo! Le costaba respirar y se esforzó por llevar aire a los pulmones. Una de las doradas hojas de laurel de la corona tenía roto un trocito, y la sangre manchaba varias de las minúsculas espadas de oro. Un dolor ardiente en el costado le descubrió que aquellas heridas que nunca curaban del todo se habían vuelto a abrir. Intentó incorporarse y gritó de dolor. En un aturdido estupor vio las negras plumas de una flecha clavada en su brazo derecho. Se desplomó con un gruñido. Algo le resbalaba por la cara. Algo le goteaba delante del ojo. Sangre.

Vagamente, fue consciente de unos gritos clamorosos. Aparecieron jinetes entre

los árboles, por el norte, galopando a lo largo de la cresta, algunos con las lanzas en ristre, otros manejando ballestas tan deprisa como podían cargar y disparar. Jinetes con armaduras azules y amarillas, de placas imbricadas, y yelmos semejantes a cabezas de inmensos insectos. Seanchan, varios cientos de ellos, al parecer. Procedían del norte. ¡Y eso que no pasaría ni una mosca, según Weiramon!

Rand se esforzó por asir la Fuente. Demasiado tarde ya para preocuparse por las náuseas o irse de bruces al suelo. En otro momento, quizás esa idea le habría hecho reír. Se esforzó... Pero fue como buscar un alfiler con los dedos entumecidos en la oscuridad.

«Llegó la hora de morir», susurró Lews Therin. Rand había sabido siempre que Lews Therin estaría allí al final.

A menos de cincuenta pasos, tearianos y cairhieninos vociferantes chocaron contra los seanchan.

—¡Luchad, perros! —chilló Anaiyella mientras desmontaba junto a él—. ¡Luchad!

La elegante noble, con sus sedas y sus encajes, soltó una sarta de maldiciones que habrían dejado seca la boca a un carretero. Anaiyella sujetaba las riendas de su montura, mirando ora al remolino de hombres y acero, ora a Rand. Fue Ailil quien lo volvió boca arriba. Arrodillada a su lado, lo observó con una expresión insondable en sus grandes ojos negros. Rand era incapaz de moverse; se sentía exhausto. Ni siquiera se creía capaz de parpadear. Los gritos y el entrechocar de las armas aún llegaban a sus oídos.

—¡Si muere estando en nuestras manos, Bashere nos colgará a las dos! —Desde luego, Anaiyella no soltaba risitas tontas ahora—. ¡Si esos monstruos de chaqueta negra nos cogen...! —se estremeció. Se inclinó hacia Ailil, gesticulando con un cuchillo en el que Rand no había reparado hasta entonces. Un rubí resplandecía en la empuñadura—. Tu Capitán de Lanzas podría apartar suficientes hombres para que nos escoltaran lejos de aquí. Podríamos estar a kilómetros de distancia antes de que lo encuentren, y de vuelta en nuestras tierras para cuando...

—Creo que puede oírnos —la interrumpió sosegadamente Ailil. Su mano enguantada fue hacia su cintura. ¿Enfundando un cuchillo? ¿O para desenvainarlo? —. Si muere aquí... —Se interrumpió tan de golpe como la otra mujer antes y su cabeza giró bruscamente.

El atronador repiqueteo de cascos a galope pasó a ambos lados de Rand. Hacia el norte, hacia los seanchan. Espada en mano, Bashere apenas sofrenó su caballo antes de bajar de un salto de la silla. Gregorin Panar desmontó más despacio, pero agitó la espada al tiempo que gritaba a los hombres que seguían pasando a caballo.

—¡A la carga, por el rey y por Illian! —gritó—. ¡Duro con ellos! ¡Por el Señor de la Mañana! ¡Por el Señor de la Mañana!

El estrépito de las armas se hizo más intenso. Y el griterío.

—Tenía que pasar precisamente cuando todo ha acabado —gruñó Bashere, dedicando miradas suspicaces a las dos mujeres. Sin embargo no perdió tiempo y alzó la voz por encima del fragor del combate—. ¡Morr! ¡Maldito sea tu pellejo de Asha'man! ¡Aquí, deprisa!

No gritó que el lord Dragón estaba malherido, gracias a la Luz. Con esfuerzo, Rand giró la cabeza, apenas unos centímetros. Lo suficiente para ver a illianos y saldaeninos presionando y avanzando hacia el norte. Los seanchan debían de estar cediendo terreno.

—¡Morr! —El nombre retumbó a través del bigote de Bashere, y el joven Asha'man desmontó de un caballo a galope, casi encima de Anaiyella. A la mujer pareció contrariarla que Morr no le pidiera disculpas y se arrodillara junto a Rand, retirándose el oscuro cabello de la cara. Sin embargo, al darse cuenta de que el joven Asha'man se proponía encauzar, la noble se retiró con premura, prácticamente saltando. Ailil se incorporó sin brusquedad, pero tampoco anduvo muy remisa en apartarse. Y enfundó un cuchillo con empuñadura de plata en la vaina que colgaba de su cinturón.

Curar no era un asunto complicado, aunque sí desagradable. Se partió el astil por el penacho, y la flecha se sacó por detrás con un tirón seco que hizo soltar un grito ahogado a Rand, pero eso sólo era un preámbulo necesario para despejar la zona lacerada. La arenilla y las pequeñas astillas que estuvieran incrustadas en los músculos saldrían a medida que la carne se uniera hasta cerrar la herida, pero sólo Flinn y unos cuantos más eran capaces de utilizar el Poder para extraer lo que se había clavado profundamente. Morr puso dos dedos sobre el pecho de Rand, se mordió la punta de la lengua con un gesto de concentración y empezó a tejer la Curación. Así lo hacía siempre; no le funcionaba de otra manera. No eran los complejos tejidos utilizados por Flinn. Muy pocos eran capaces de realizarlos, y ninguno tan bien como Flinn, hasta el momento. Los de Morr eran más simples. Más rudos. Oleadas de calor recorrieron el cuerpo de Rand, lo bastante fuertes para hacerlo gruñir y que transpirara por cada poro de su cuerpo; los temblores lo sacudieron violentamente de pies a cabeza. Así debía de sentirse un trozo de carne dentro de un horno.

La repentina embestida de calor disminuyó poco a poco, y Rand yació jadeante. Dentro de su cabeza Lews Therin jadeaba también, «¡Mátalo! ¡Mátalo!», una y otra vez.

Rand ahogó aquella voz hasta reducirla a un débil zumbido, le dio las gracias a Morr —¡el joven parpadeó sorprendido!— y después cogió el Cetro del Dragón, tirado en el suelo, y se obligó a ponerse de pie. Una vez erguido, se tambaleó ligeramente. Bashere hizo ademán de ofrecerle el brazo, pero lo apartó ante su gesto

negativo. Rand podía sostenerse sin ayuda. A duras penas. Y encauzar le habría resultado tan imposible como echar a volar agitando los brazos. Cuando se tocó el costado, notó la humedad de la sangre en la camisa, y sin embargo la vieja herida redonda y el más reciente tajo que la cruzaba estaban como acorchados, apenas sensibles. Sólo curados a medias, pero nunca habían estado mejor que en ese momento desde que se los infligieron.

Durante unos segundos miró fijamente a las dos mujeres. Anaiyella murmuró algo que sonó a congratulación y le dedicó una sonrisa que Rand se preguntó si no se propondría lamerle la mano. Ailil se mostraba muy erguida, muy fría, como si no hubiese ocurrido nada. ¿Habían tenido intención de abandonarlo a su suerte para que muriera? ¿O incluso acabar con él? En tal caso, ¿por qué enviar a sus mesnaderos a la carga y la premura en comprobar su estado? Por otro lado, Ailil había sacado su cuchillo una vez que había empezado la conversación sobre su posible muerte.

La mayoría de los saldaeninos e illianos galopaban hacia el norte o descendían por la ladera de la cresta, persiguiendo a los últimos seanchan. Y entonces Weiramon apareció por el norte, a lomos de un caballo alto y negro como el azabache, a un medio galope lento, que aceleró al ver a Rand. Sus mesnaderos marchaban en fila de a dos detrás de él.

—Milord Dragón —entonó el Gran Señor mientras desmontaba. Increíble, pero su aspecto era tan impoluto como en Illian. Las ropas de Bashere estaban arrugadas y un tanto sucias aquí y allí, mientras que las de Gregorin aparecían pringadas de tierra y polvo, además de tener una manga de la chaqueta desgarrada. Weiramon hizo una reverencia con tantas florituras que no habría desentonado en la corte de un rey—. Perdonad, milord Dragón. Creí divisar seanchan avanzando frente a la cresta y salí a su encuentro. Ni por un momento sospeché la presencia de otra compañía. No sabéis cuánto me apenaría que os hubiesen herido.

—Oh, creo que sí lo sé —replicó secamente Rand, y Weiramon parpadeó. ¿Seanchan avanzando? Tal vez. Weiramon nunca resistiría la oportunidad de alcanzar la gloria en una carga de caballería—. Bashere, ¿qué quisisteis decir con eso de «cuando todo ha acabado?»

—Se están retirando —contestó Bashere. En el valle, fuego y rayos estallaron un instante como para contradecirlo, pero era casi en el extremo opuesto.

—Vuestros... exploradores afirman que se baten en retirada —añadió Gregorin mientras se rascaba la barba y dirigía una mirada de soslayo, incómoda, a Morr. Éste le sonrió enseñando los dientes. Rand había visto al illiano en lo más reñido de la batalla dirigiendo a sus hombres, lanzando gritos de ánimo y blandiendo desenfrenadamente su espada, pero se encogió ante la mueca de Morr.

En ese momento apareció Gedwyn, conduciendo a su caballo por las riendas con aire despreocupado e insolente. Dirigió una mirada casi de mofa a Bashere y a

Gregorin, que se tornó ceñuda al posarse en Weiramon, como si supiera ya su metedura de pata, y observó a Ailil y a Anaiyella como si fuera a pellizcarlas. Las dos mujeres se apartaron rápidamente de él; claro que también lo hicieron los hombres, excepto Bashere. Incluso Morr. El saludo que dedicó a Rand se limitó a un golpecito superficial en el pecho, hecho como de pasada.

—Envié exploradores tan pronto como vi que este grupo estaba acabado. Hay otras tres columnas a menos de veinte kilómetros.

—Que se dirigen hacia el oeste —intervino sosegadamente Bashere, pero la mirada que clavó en Gedwyn habría hendido una piedra—. Lo habéis conseguido —dijo a Rand—. Todos se baten en retirada. Dudo que paren hasta llegar a Ebou Dar. Las campañas no siempre acaban con una entrada triunfal en la ciudad, y ésta ha terminado.

Sorprendentemente —o tal vez no— Weiramon empezó a abogar por el avance, a fin de «tomar Ebou Dar para gloria del Señor de la Mañana», según sus palabras, pero lo realmente inesperado fue oír decir a Gedwyn que no le importaría dar unos cuantos golpes más a esos seanchan y que, desde luego, tampoco le importaría ver Ebou Dar. Hasta Ailil y Anaiyella sumaron sus voces en favor de «acabar con los seanchan de una vez por todas», aunque Ailil añadió que preferiría no tener que volver otra vez para poner fin al problema y que estaba convencida de que el lord Dragón insistiría en contar con su presencia para tal fin. Esto último lo dijo en un tono tan seco y frío como las noches en el Yermo de Aiel.

Sólo Bashere y Gregorin hablaron a favor de regresar, y fueron levantando el tono de la voz a medida que se prolongaba el silencio de Rand.

—Llevamos a cabo lo que vinimos a hacer —insistió Gregorin—. Por amor de la Luz, ¿estáis pensando en tomar la propia Ebou Dar?

Tomar Ebou Dar, pensó Rand. ¿Por qué no? Nadie esperaría esa maniobra. Sería una sorpresa total, para los seanchan y para todos los demás.

—En ciertos momentos se aprovecha la ventaja y se sigue adelante —gruñó Bashere—. En otros, se cogen las ganancias y se vuelve a casa. Yo digo que es el momento de regresar.

«No me importaría tenerte dentro de mi cabeza si no estuvieses a todas luces loco», susurró Lews Therin de un modo que sonaba casi cuerdo.

Ebou Dar. Rand apretó con fuerza el Cetro del Dragón, y Lews Therin rió socarronamente.

24. El momento de las armas

Doce leguas al este de Ebou Dar, los *raken* planeaban en el amanecer de un cielo surcado de nubes, para aterrizar sobre un llano alargado, señalado como el campo de los voladores con cintas de colores en lo alto de largos palos. La hierba reseca se hallaba pisoteada y roturada desde hacía días. Toda la gracia de las criaturas en el aire desaparecía tan pronto como sus garras tocaban el suelo en una carrera torpe, manteniendo en alto los correosos remos de treinta pasos o más de envergadura, como si el animal quisiera alzar de nuevo el vuelo. Tampoco había belleza alguna en la imagen de un *raken* lanzado a una desmañada carrera por el campo y batiendo las alas nervadas, con los voladores agachados sobre la silla como para levantar a la bestia en el aire por pura fuerza, hasta que finalmente se alzaban en el aire a trancas y barrancas, con las puntas de las alas casi rozando las copas de los olivos que crecían al final del campo. Sólo a medida que ganaban altura y giraban en dirección al sol, remontándose hacia las nubes, los *raken* recuperaban su magnífica grandiosidad. Los voladores que aterrizaban no se molestaban en desmontar. Mientras una de las personas que prestaban servicios en tierra sostenía un cesto en alto para que el *raken* engullera enteras las frutas arrugadas con pasmosa rapidez, uno de los voladores entregaba su informe de reconocimiento a otra persona del servicio en tierra de más rango, y su compañero se inclinaba por el lado contrario para recibir nuevas órdenes de manos de un volador demasiado veterano para montar las bestias a menudo. De ese modo, casi inmediatamente después de haberse parado en el suelo, se hacía dar media vuelta al *raken* y se lo dirigía, caminando patosamente, hacia donde otros cuatro o cinco esperaban su turno para realizar aquella larga y desgarbada carrera hacia el cielo.

A galope tendido, esquivando formaciones de caballería e infantería en movimiento, los mensajeros llevaban los informes de reconocimiento en vuelo hasta la enorme tienda de mando, sobre la que ondeaba la bandera roja. Había altivos taraboneses lanceros e impasibles piqueros amadicienses en perfectas formaciones cuadradas, los petos con rayas horizontales de los colores de los regimientos a los que pertenecían. Los hombres de la caballería ligera altaranesa, agrupados desordenadamente, hacían cabriolear sus monturas, vanagloriándose de las franjas rojas que cruzaban en zigzag sus pechos, tan distintas a los indicativos que llevaban todos los demás. Los altaraneses ignoraban que esas franjas señalaban a las tropas irregulares de dudosa fiabilidad. Entre los soldados seanchan, tenían representación los regimientos de renombre distinguidos por dignidad y honor, procedentes de todos los rincones del imperio: hombres de ojos claros de Alqam; hombres de piel dorada oscura de N'Kon; hombres negros como el carbón de Khoweal y Dalenshar. Había *morat'torm* sobre sus monturas sinuosas, de escamas broncíneas, que hacían resoplar

y piafar de miedo a los caballos, e incluso unos cuantos *morat'grolm* con sus animales achaparrados y con pico, pero algo que siempre acompañaba a un ejército seanchan brillaba por su ausencia en ese momento. Las *sul'dam* y las *damane* seguían en sus tiendas. Al capitán general Kennar Miraj le estaban dando mucho que pensar.

Desde su asiento en el estrado podía ver claramente la mesa de los mapas, donde subtenientes destocados de sus yelmos comprobaban los informes y colocaban marcas para representar las fuerzas en el campo de batalla. Una pequeña bandera de papel se erguía sobre cada marcador, con símbolos en tinta que indicaban el tamaño y la composición de la fuerza. Encontrar mapas decentes en esas tierras era casi imposible, pero el mapa copiado sobre la gran mesa era suficiente. Y preocupante, por lo que le indicaba. Discos negros representando puestos avanzados invadidos o dispersados. Demasiados, salpicando toda la mitad oriental de las montañas Vemir. Cuñas rojas, que señalaban escuadrones en movimiento, cubrían la zona occidental casi con igual profusión, todas ellas apuntando en retroceso hacia Ebou Dar. Y dispersos entre los discos negros, destacaban diecisiete blancos. En ese momento, un joven oficial con el uniforme marrón y negro de los *morat'torm* situó cuidadosamente el decimoctavo. Fuerzas enemigas. Unos pocos podían ser los mismos avistados dos veces, pero la mayoría de ellos estaban demasiado distantes entre sí, había un desajuste en los tiempos de avistamientos.

A lo largo de las paredes de la tienda, escribientes con sencillas chaquetas marrones, marcadas únicamente con la insignia de rango entre amanuenses en los anchos cuellos, esperaban en sus escritorios, pluma en mano, a que Miraj diera órdenes que redactarían para su posterior distribución. Ya había impartido las órdenes que podía dar. Había noventa mil soldados enemigos en las montañas, casi el doble de la cifra que podría reunir allí, incluso con las tropas nativas. Un contingente increíble, sólo que los exploradores no mentían; a los mentirosos los degollaban sus propios compañeros. Demasiados, saliendo de la tierra como los gusanos trampa de Sen T'jore. Al menos aún tenían ante ellos más de ciento cincuenta kilómetros de montañas que cubrir si se proponían amenazar Ebou Dar. Casi trescientos, para los discos blancos situados más al este. Y después otros ciento cincuenta de territorio accidentado, con estribaciones y colinas. Sin duda, el general enemigo no podía tener intención de permitir que sus fuerzas dispersas se enfrentaran por separado. Reunirlas llevaría un tiempo. En ese momento, el tiempo era lo único que Miraj tenía a su favor.

Las solapas de la entrada se abrieron y la Augusta Señora Suroth entró en la tienda, con la orgullosa cresta de cabello negro cayendo por su espalda, el vestido plisado, blanco como la nieve, y la sobreveste ricamente bordada, de algún modo sin rastro del barro que había fuera. Miraj la hacía todavía en Ebou Dar; debía de haberse trasladado por aire en un *to'raken*. Iba acompañada por un pequeño séquito, pequeño comparado con el que solía llevar. Un par de Guardias de la Muerte, con los borlones

negros en las empuñaduras de sus espadas, sostenían abiertos los paños de la entrada, y se veían más de ellos en el exterior, hombres de rostros pétreos, con uniformes en rojo y verde. La representación de la emperatriz, así viviera eternamente. Incluso la Sangre los tenía en cuenta. Suroth pasó ante ellos como si fueran unos servidores más, como la *da'covale* de figura exuberante, que apenas ocultaba el blanco vestido casi transparente, y dorado cabello tejido en multitud de finas trenzas, que llevaba la dorada escribanía de la Augusta Señora dos pasos detrás de ella, dócilmente. La Voz de la Sangre de Suroth, Alwhin, una mujer de gesto ceñudo, con vestido verde, la parte izquierda de la cabeza afeitada y el resto de su cabello castaño claro tejido en una trenza, seguía de cerca a su señora. Mientras Miraj descendía los peldaños del estrado, reparó, estupefacto, que la segunda *da'covale* que seguía a Suroth, una mujer de cabello oscuro, pequeña y delgada bajo el diáfano vestido, ¡era *damane*! Una *damane* con ropas de propiedad era algo inaudito, ¡pero aún más extraño era el hecho de que Alwhin la condujera por un *a'dam*!

No dejó traslucir su estupefacción mientras hincaba la rodilla en el suelo y murmuraba:

—Que la Luz sea con la Augusta Señora Suroth. Honor y gloria a la Augusta Señora Suroth.

Todos los demás se postraron sobre la lona del suelo, con la mirada baja. Miraj era de la Sangre, aunque en un grado demasiado bajo para afeitarse los laterales de la cabeza, como Suroth, y sólo llevaba lacadas las uñas de los meñiques. Demasiado bajo para manifestar sorpresa si la Augusta Señora permitía a su Voz seguir actuando como *sul'dam* después de haber sido ascendida a so'jhin. Tiempos extraños en tierras extrañas, donde el Dragón Renacido caminaba y las *marath'damane* andaban libres para matar y esclavizar a su antojo.

Suroth apenas le dedicó una mirada superficial antes de volverse para estudiar el mapa de la mesa, y si estrechó sus ojos negros por lo que vio, tenía razón para hacerlo. Bajo su mando, los Hailene habían conseguido mucho más de lo que nadie se habría atrevido a soñar, reclamando grandes extensiones de las tierras robadas. Sólo los habían enviado para preparar el camino y, después de Falme, algunos habían pensado que ni siquiera eso sería posible. Tamborileó los dedos sobre la mesa, con irritación, las largas uñas lacadas en azul de los dos primeros dedos repicando con fuerza. De haber continuado los éxitos, podría haberse afeitado completamente la cabeza y haberse pintado una tercera uña de cada mano. No habría sido la primera vez que se consiguiera la adopción en la familia imperial por logros tan grandes. Y si se sobrepasaba, si llegaba demasiado lejos, podía encontrarse con las uñas cortadas y metida en un vestido translúcido, al servicio de algún miembro de la Sangre, si no vendida a un granjero para ayudarlo a labrar sus tierras o a sudar en un almacén de mercancías. En el peor de los casos, Miraj sólo tendría que cortarse las venas.

Siguió observando a Suroth en silencio, pacientemente, pero, antes de ser ascendido a la Sangre, había sido un teniente explorador, un *morat'raken*, y no podía evitar estar pendiente de todo lo que lo rodeaba. Un explorador vivía o moría por lo que veía o dejaba de ver, y lo mismo ocurría con los demás. Los hombres seguían tendidos de bruces en el suelo; daba la impresión de que algunos de ellos casi ni respiraban. Suroth tendría que haberlo llevado aparte para dejarlos que continuaran con su trabajo. Los soldados apostados en la entrada de la tienda cerraron el paso a una mensajera y la hicieron dar media vuelta. ¿Tan funesto era el mensaje que la mujer había intentado pasar entre unos Guardias de la Muerte?

La *da'covale* que llevaba la escribanía atrajo su atención. Ceños fugaces asomaban en su bonita cara de muñeca, aunque sólo se borraban durante segundos. ¿Una propiedad denotando ira? Y había algo más. La mirada de la mujer se desviaba continuamente hacia la *damane*, que permanecía con la cabeza agachada pero, aun así, echaba ojeadas alrededor con curiosidad. El aspecto de la *da'covale* de ojos castaños y el de la *damane* de ojos claros eran completamente diferentes, aunque había algo que las hacía semejantes. Algo en sus rostros. Extraño. No habría podido calcular la edad de ninguna de ellas.

Por rápido que fue su vistazo, Alwhin reparó en ello. Dio un tirón de la correa plateada del *a'dam* que puso a la *damane* postrada boca abajo en el suelo. A continuación chasqueó los dedos, señaló la lona con la mano que no estaba obstaculizada por el brazalete del *a'dam* y luego torció el gesto cuando la *da'covale* de cabello dorado no se movió.

—¡Abajo, Liandrin! —siseó casi entre dientes.

Lanzando una mirada a Alwhin —¡una mirada feroz!— la *da'covale* se puso de rodillas, pero el malhumor se plasmaba en sus rasgos.

Realmente extraño. Aunque en absoluto importante. Esperó, manteniendo el gesto impasible a pesar de estar reventando de impaciencia. Impaciencia y no poco desasosiego. Había sido ascendido a la Sangre después de cabalgar ochenta kilómetros en una sola noche, con tres flechas clavadas en el cuerpo, para informar de que un ejército rebelde marchaba contra la propia Seandar; la espalda todavía le dolía.

Por fin Suroth se volvió de espalda a la mesa de mapas. No le dio permiso para levantarse, y menos lo abrazó como a uno de la Sangre. Tampoco había esperado que lo hiciera. Estaba muy por debajo de ella.

—¿Estás listo para marchar? —demandó secamente.

Al menos no le había hablado a través de su Voz. Delante de tantos oficiales a su mando, la vergüenza lo habría hecho ir con los ojos bajos durante meses, si no durante años.

—Lo estaré, Suroth —contestó sosegadamente, mirándola a los ojos. Era de la

Sangre, por bajo que fuese su nivel—. Las tropas enemigas tardarán al menos diez días en agruparse, y pasarán otros tantos hasta que hayan salido de las montañas. Mucho antes de ese momento, yo...

—Podrían estar aquí mañana —espetó ella—. ¡Hoy! Si vienen, Miraj, lo harán mediante el antiguo arte de Viajar, y parece más que probable que vengan.

Miraj oyó rebullir a los hombres tendidos en el suelo antes de que pudieran contenerse. ¿Suroth perdido el control sobre sus emociones y farfullando de leyendas?

—¿Estáis segura? —Las palabras le salieron antes de poder frenarlas.

Si antes pensó que la mujer había perdido el control, ahora no le cupo duda alguna. Sus ojos echaban chispas. Aferró los bordes de la sobreveste temblándole las manos, los nudillos blancos.

—¿Dudas de mí? —gruñó con incredulidad—. Baste decir que tengo mis fuentes de información. —Y estaba tan furiosa con esas fuentes como con él, comprendió el general—. Si vienen, habrá quizás unos cincuenta de esos presuntuosamente llamados Asha'man, pero no más de cinco o seis mil soldados. Al parecer no ha habido más desde el principio, digan lo que digan los exploradores.

Miraj asintió lentamente. Cinco mil hombres, desplazándose de algún modo mediante el Poder Único; eso explicaría muchas cosas. ¿*Cuáles* serían las fuentes de Suroth, que conocía con tanta precisión los números? No era tan necio como para preguntarle. Ciertamente tenía Escuchadores y Buscadores a su servicio. Y también vigilándola. Cincuenta Asha'man. La mera idea de un hombre encauzando lo hacía desear escupir de asco. Los rumores afirmaban que el Dragón Renacido, el tal Rand al'Thor, los estaba reuniendo de todas las naciones, pero jamás habría imaginado que hubiese tantos. El Dragón Renacido podía encauzar, se decía. Quizás eso fuese verdad, pero él era el Dragón Renacido.

Las Profecías del Dragón se conocían en Seanchan incluso antes de que Luthair Paendrag diera comienzo a la Consolidación. En una versión viciada, se decía, muy distinta a la real y pura interpretación divulgada por Luthair Paendrag. Miraj había visto varios volúmenes de *El Ciclo Karaethon* impresos en esas tierras, y también estaban viciados —¡en ninguno de ellos se mencionaba que estaría al servicio del Trono de Cristal!—, pero las Profecías aún ocupaban las mentes y los corazones de los hombres. No pocos esperaban que el Regreso se produjera pronto, que esas tierras fueran reconquistadas antes del Tarmon Gai'don y que así el Dragón Renacido pudiera ganar la Última Batalla para gloria de la emperatriz, así viviera eternamente. Sin duda, la emperatriz querría que se enviara a al'Thor ante su presencia, a fin de ver qué clase de hombre le servía. No habría dificultades con al'Thor una vez que se hubiese arrodillado ante ella. Pocos eran capaces de zafarse del sobrecogimiento y el temor reverencial que se experimentaba ante el Trono de Cristal, con el ansia de

obedecer secando la boca. Sin embargo, parecía obvio que meter al tipo en un barco resultaría más fácil si la derrota de los Asha'man —había que acabar con ellos, ni que decir tiene— se retrasaba hasta que al'Thor se encontrara ya de camino a Seandar por el Océano Aricio.

Eso lo llevaba de nuevo al problema que había estado intentando soslayar, comprendió con un sobresalto. No era un hombre que eludiera las dificultades, cuanto menos hacer caso omiso de ellas, como si no existieran, pero ésta era totalmente diferente a cuantas se había enfrentado hasta entonces. Había combatido en dos docenas de batallas donde ambos bandos utilizaban *damane*, y conocía sus métodos. No era sólo cuestión de atacar con el Poder. *sul'dam* experimentadas podían ver lo que las *damane* o las *marath'damane* hacían, del mismo modo que las *damane* veían lo que hacían otras y así podían defenderse. ¿Serían capaces las *sul'dam* de ver también lo que hacía un hombre? Peor...

—¿Me proporcionaréis *sul'dam* y *damane*? —preguntó. Respiró hondo, a pesar de sí mismo, y añadió—: Si siguen enfermas, será una lucha corta y sangrienta. Por nuestra parte.

Sus palabras causaron un nuevo rebullir en los hombres que esperaban tumbados boca abajo. La mitad de los rumores que corrían por el campamento se referían a la enfermedad que había confinado a *sul'dam* y *damane* en sus tiendas. Alwhin reaccionó de un modo muy obvio, algo totalmente impropio en una so'jhin, al asestarle una mirada feroz. La *damane* se encogió otra vez y empezó a temblar donde seguía postrada. Cosa extraña, a la *da'covale* de cabello dorado también la sacudió un estremecimiento.

Sonriendo, Suroth se deslizó hacia donde estaba arrodillada la *da'covale*. ¿Por qué le sonreía a una servidora cuyo adiestramiento dejaba mucho que desear? Empezó a acariciar las trencillas de la mujer postrada, y en la boca, roja y lozana como un capullo de rosa, de la mujer apareció un mohín huraño. ¿Acaso había sido una noble de esas tierras? Las primeras palabras de Suroth respaldaron esa suposición, aunque obviamente iban dirigidas a él:

—Los fracasos pequeños acarrean consecuencias de poca importancia; los grandes fracasos se pagan cara y dolorosamente. Tendrás las *damane* que pides, Miraj. Y enseñarás a esos Asha'man que más les habría valido quedarse en el norte. Los barrerás de la faz de la tierra, Asha'man, soldados, todos ellos. Del primero al último, Miraj. He hablado.

—Se hará como decís, Suroth —contestó—. Serán destruidos. Del primero al último.

Ahora ya no había nada más que pudiera decir. Sin embargo, habría querido que le hubiese contestado si las *sul'dam* y *damane* seguían enfermas.

Rand sofrenó a *Tai'daishar* y le hizo dar media vuelta, cerca de la cresta de la pelada y rocosa colina, para ver cómo su pequeño ejército se desplegaba a medida que salía por los agujeros abiertos en el aire. Se aferraba con fuerza a la Fuente Verdadera, tanto que parecía temblar. Con el Poder hinchiéndolo, las agudas puntas de la Corona de Espadas que se hincaban en sus sienes se percibían más punzantes que nunca y, a la par, completamente disociadas, y el frío de media mañana, intenso e imperceptible a la vez. Las heridas jamás curadas de su costado eran un dolor amortiguado y lejano. Lews Therin parecía jadear de incertidumbre. O tal vez de miedo. Quizá, después de haber estado tan cerca de la muerte la víspera, ya no tenía tantas ganas de morir. Claro que no siempre quería perecer. La única constante en el hombre era el deseo de matar; y resultaba que en ese deseo se incluía a sí mismo muy a menudo.

«Muy pronto habrá muerte de sobra para cualquiera —pensó Rand—. Luz, en los últimos seis días la ha habido para hartar hasta la náusea a un buitre.» ¿Habían sido sólo seis días? Lews Therin no contestó. Sí, era el momento para corazones encallecidos. Y también para estómagos con aguante. Se inclinó un momento para tocar el bulto alargado y envuelto en un paño que llevaba bajo la correa del estribo. No. No era el momento, todavía. Tal vez no lo fuera en absoluto. La incertidumbre rieló en el exterior del vacío, y puede que algo más. Nada de eso, esperaba. Incertidumbre, sí, pero lo otro no había sido miedo. ¡No lo había sido!

La mitad de las colinas circundantes estaban cubiertas de olivos achaparrados y retorcidos, veteados por la luz del sol, por donde los lanceros ya avanzaban a lo largo de las hileras para asegurarse de que el terreno se encontraba despejado. No se veía señal alguna de trabajadores en los olivares, ni de granjas, ni estructuras de ninguna clase. Unos cuantos kilómetros al oeste, los montes eran más oscuros, más selváticos. Los legionarios, que salían al trote en filas debajo de la posición de Rand, se pusieron en formación; los seguía un irregular cuadro formado por los illianos voluntarios, ahora incorporados a la Legión. Tan pronto como las filas estuvieron alineadas, se quitaron de en medio para dejar paso a los Defensores y los Compañeros. El terreno parecía arcilloso en su mayor parte, y las botas y los cascos resbalaban en la fina capa de barro. Increíblemente, sin embargo, sólo había unas pocas nubes en el cielo, blancas y esponjosas. El sol semejaba una pálida bola amarilla. Y por el aire no volaba nada más grande que un gorrión.

Dashiva y Flinn se encontraban entre los hombres que mantenían abiertos los accesos, al igual que Adley, Hopwil, Morr y Narishma. Algunos de los accesos se hallaban fuera del alcance de la vista de Rand, detrás de las plegadas colinas. Quería que todo el mundo cruzara cuanto antes y, con excepción de unos pocos soldados que escudriñaban el cielo, todos los hombres de chaqueta negra que no habían salido ya a explorar mantenían un tejido, incluso Gedwyn y Rochaid, aunque ambos miraban con

una mueca de desagrado el tejido, el uno al otro o en dirección a él. Rand suponía que ya no tenían costumbre de hacer algo tan simple como mantener abierto un acceso para que pasaran otros.

Bashere subía la cuesta a medio galope, obviamente a sus anchas consigo mismo y con su bayo de corta alzada. Llevaba la capa echada hacia atrás a pesar del frío matinal, que no era tan intenso como en las montañas, pero aun así invernal. Saludó con un breve cabeceo a Anaiyella y a Ailil, y como respuesta sólo tuvo miradas desabridas. Bashere sonrió a través del espeso bigote, curvado en las puntas como cuernos; no fue una mueca del todo agradable. Albergaba tantas dudas sobre esas mujeres como el propio Rand. Y ellas lo sabían, al menos en lo tocante al recelo de Bashere. Apartando rápidamente la vista del saldaenino, Anaiyella volvió a acariciar el cuello de su castrado; Ailil asía las riendas con excesiva firmeza.

La pareja no se había alejado mucho de Rand desde el incidente en la cresta del risco, e incluso habían hecho instalar sus tiendas cerca de la suya la noche anterior. Enfrente, en la cara de una colina cubierta de hierba seca, Denharad giró la cabeza para mirar las mesnadas de las dos mujeres, formadas detrás de él, y luego volvió de inmediato a observar a Rand. Seguramente también atisbaba a Ailil y tal vez a Anaiyella, pero a él no le quitaba ojo, eso sin duda. De lo que Rand no estaba seguro era de si la actitud de las mujeres se debía a que aún temían cargar con la culpa si lo mataban o simplemente querían presenciarlo si ocurría. Otra cosa de la que estaba seguro era de que si querían verlo muerto no les daría esa oportunidad.

«¿Quién conoce el corazón de una mujer? —rió socarronamente Lews Therin—. A la mayoría no le dará ni frío ni calor aquello por lo que un hombre mataría, y la mayoría te matará por algo que dejaría indiferente a un hombre.»

Rand hizo caso omiso de él. El último acceso visible para Rand se cerró. Los Asha'man montados en sus caballos se encontraban demasiado lejos para que supiera con seguridad si todavía asían el *Saidin*, pero eso le daba igual mientras él estuviese en contacto con el Poder. El patoso Dashiva intentó montar rápidamente y a punto estuvo de irse de bruces al suelo, dos veces, antes de conseguir encaramarse a la silla. La mayoría de los hombres de chaqueta negra emprendieron galope hacia el norte o hacia el sur.

Los demás nobles se agruparon rápidamente con Bashere en la ladera, justo debajo de Rand, los de mayor rango y los que ostentaban más poder delante y en el centro, tras alguno que otro empujón en los casos en que la precedencia era dudosa. Tihera y Marcolin ocupaban extremos opuestos, a ambos lados del grupo de nobles, poniendo empeño en mantener el gesto impasible; cabía la posibilidad de que se les pidiera opinión, pero sabían que las decisiones finales correspondían a otros. Weiramon abrió la boca con aire grandilocuente, sin duda para lanzarse a otra espléndida perorata sobre la gloria de seguir al Dragón Renacido. Sunamon y Torean,

acostumbrados a sus discursos y lo bastante poderosos para no tener que andarse con contemplaciones con él, arrimaron sus caballos y empezaron a hablar en voz baja. El semblante de Sunamon traslucía una dureza poco habitual en él, y Torean parecía presto para enzarzarse por una linde a despecho de las cuchilladas de satén rojo en las mangas de su chaqueta. Bertome y algunos de los otros cairhieninos no estaban callados en absoluto, y se reían las bromas. Todos estaban hasta la coronilla de las pomposas parrafadas de Weiramon. El ceño de Semaradrid se acentuaba cada vez que miraba a Ailil y Anaiyella —no le gustaba que permanecieran cerca de Rand, en especial su compatriota—, así que quizá su aire avinagrado tenía una causa más profunda que la pesada verborrea de Weiramon.

—A unos quince kilómetros de aquí —empezó Rand en voz alta—, sus buenos cincuenta mil hombres se preparan para marchar. —Eso lo sabían, pero consiguió que todas las miradas convergieran en él y que cesaran las conversaciones. Weiramon cerró la boca de golpe, malhumorado; le encantaba oírse. Gueyam y Maraconn, dándose tironcitos de las puntiagudas barbas ungidas, sonrieron con expectación, los muy necios. Semaradrid tenía el aspecto de quien se ha comido una fuente entera de ciruelas verdes; los semblantes de Gregorin y de los tres lores de los Nueve que lo acompañaban mostraban una sombría determinación, simplemente. Ellos no eran necios—. Los exploradores no han visto señales de *sul'dam* o *damane* —continuó Rand—, pero incluso sin ellas, incluso con los Asha'man, ese contingente basta para causarnos muchas bajas si alguien olvida el plan. Sin embargo, estoy seguro de que nadie lo olvidará.

Nada de cargas sin orden previa en esta ocasión. Eso lo había dejado más claro que el agua y con una rigurosidad estricta. Y tampoco nada de salir a galope a tontas y a locas porque a alguien le pareciera que quizás había visto algo. Weiramon sonrió, arreglándoselas para hacer el gesto tanto o más untuoso que los del propio Sunamon.

Era un plan sencillo, a su modo. Avanzarían hacia el este en cinco columnas, todas ellas con Asha'man, e intentarían caer sobre los seanchan al mismo tiempo. O con la mayor sincronización que fuera posible. Los planes sencillos eran los mejores, había insistido Bashere. «Si uno no se da por satisfecho con toda una carnada de gordos jabatos —había rezongado el general saldaenino—, si uno se empeña en meterse a todo correr en la maleza para encontrar a la vieja tarasca, entonces es mejor no complicarse ni pasarse de listo, o se acabará con las tripas desparramadas de una colmillada.»

«Ningún plan de batalla sobrevive al primer contacto —dijo Lews Therin. Durante un instante siguió pareciendo cuerdo. Durante un instante—. Algo va mal —gruñó de repente. Su voz empezó a ganar intensidad y luego dio paso a una violenta risotada de incredulidad—. No puede ser, pero es. Algo extraño, algo equivocado, se desliza a trompicones, brinca, se retuerce. —Sus risas se tornaron sollozos—. ¡No

puede ser! ¡Debo de estar loco!»

Y desapareció antes de que Rand tuviera tiempo de hacerlo callar. Maldito, nada iba mal con el plan, o Bashere lo habría cazado al vuelo.

Lews Therin estaba loco, sin lugar a dudas. Pero mientras Rand al'Thor siguiese cuerdo... Una broma muy pesada para el mundo, si el Dragón Renacido perdía la chaveta antes de que la Última Batalla hubiese empezado.

—Ocupad vuestros puestos —ordenó, acompañando las palabras con un movimiento del Cetro del Dragón. Tuvo que contener las ganas de reír que le produjo esa broma.

El grupo grande de nobles se separó a su mandato, arremolinándose y murmurando mientras tomaban posiciones. El modo en que Rand los había dividido no les gustaba a muchos. Aunque hubiese habido desmoronamientos en las barreras en la conmoción del primer combate en las montañas, habían vuelto a levantarse casi de forma inmediata.

Weiramon estaba ceñudo por no haber podido hacer su discurso, pero tras realizar una rebuscada reverencia, señalando con la puntiaguda barba a Rand como una lanza, cabalgó hacia el norte seguido de Kiril Drapaneos, Bertome, Doressin y varios lores de segunda fila cairhieninos, todos ellos con semblante pétreo por el hecho de estar al mando de un teariano. Gedwyn cabalgaba al lado de Weiramon, casi como si fuese él quien dirigía el grupo, y por ello se ganó miradas funestas que fingió no advertir. También Gregorin se dirigió hacia el norte, con un sombrío Sunamon —que intentaba simular que se encaminaba en la misma dirección por casualidad— y Dalthanes, a la cabeza de cairhieninos de menor rango. Jeordwyn Semaris, otro de los Nueve, siguió a Bashere hacia el sur, con Amondrid y Gueyam. Esos tres habían aceptado al general saldaenino casi con entusiasmo por el mero hecho de que no era teariano ni cairhienino ni illiano, dependiendo de la nacionalidad de cada cual. Rochaid parecía intentar lo mismo con Bashere que Gedwyn con Weiramon, pero Bashere parecía hacer caso omiso. A cierta distancia del grupo de Bashere, avanzaban Torean y Maraconn con las cabezas juntas, sin duda echando pestes porque se hubiese puesto a Semaradrid por encima de ellos. En realidad, Ershin Netara no dejaba de echar ojeadas a Jeordwyn, y se alzaba sobre los estribos para mirar atrás en dirección a Gregorin y a Kiril, aunque era más que improbable que pudiera verlos después de sobrepasar la colina. Semaradrid, más tieso que un palo, parecía tan imperturbable como Bashere.

Era el mismo método utilizado por Rand desde el principio. Confiaba en Bashere, y creía que podía fiarse de Gregorin; en cuanto a los demás, no se atreverían a pensar siquiera en volverse contra él teniendo tantos extranjeros alrededor, tantos viejos enemigos y tan pocos amigos. Rand rió quedo mientras los veía alejarse de la ladera de la colina en la que se encontraba. Lucharían por él, y lo harían bien porque no

tenían otra opción. Igual que él.

«Demencial», siseó Lews Therin. Rand rechazó la voz, furioso.

No se encontraba solo, por supuesto. Tihera y Marcolin tenían a la mayoría de los Defensores y los Compañeros montados en filas entre los olivos, en las colinas que flanqueaban la que ocupaba él. Los demás estaban más lejos, como una pantalla contra cualquier sorpresa. Una compañía de legionarios esperaba pacientemente en la hondonada, a sus pies, bajo la atenta mirada de Masond, y detrás de ellos, otros tantos hombres vestidos con las mismas ropas que llevaban cuando se rindieron en el brezal, en Illian. Trataban de emular la tranquilidad de los legionarios —de los otros legionarios, ahora—, pero su intento no tenía mucho éxito.

Rand miró de soslayo a Ailil y Anaiyella. La teariana le dirigió una sonrisita tonta, que enseguida se borró. El rostro de la cairhienina era puro hielo. No podía olvidarlas, ni a Denharad y sus mesnaderos. Su columna, en el centro, sería la más numerosa y la más fuerte con bastante margen. Un margen muy, muy amplio.

Flinn y los hombres que Rand había escogido después de los pozos de Dumai cabalgaron colina arriba en su dirección. El hombre calvo y de mayor edad siempre iba a la cabeza, aunque todos, excepto Adley y Narishma, lucían ahora el alfiler del dragón además del de la espada, y Dashiva lo había llevado antes incluso. En parte se debía a que el hombre más joven defería en Flinn por su larga experiencia como portaestandarte en la Guardia Real andoreña, y en parte porque a Dashiva no parecía importarle. Sólo parecían divertirle los demás; es decir, cuando encontraba un momento para hacer otra cosa que hablar consigo mismo. Casi siempre daba la impresión de no percatarse de lo que pasaba ante sus narices.

Por esa razón, fue una sorpresa cuando Dashiva taconeó patosamente su montura y se adelantó a los demás. Aquel rostro poco agraciado, tan a menudo abstraído o divertido con sus propios pensamientos, mostraba una expresión ceñuda. Y fue algo más que una sorpresa cuando asió el *Saidin* tan pronto como llegó junto a Rand y tejió una barrera alrededor para que nadie los oyera. Lews Therin no malgastó saliva —si es que una voz incorpórea tenía saliva— con rezongos sobre matar; se lanzó sobre la Fuente con gruñidos amenazadores e intentó arrebatarle el Poder a Rand. Y, del mismo modo repentino, se calló y desapareció.

—Pasa algo raro con el *Saidin* aquí, algo que no va bien —dijo Dashiva, en absoluto distraído. De hecho se mostraba... preciso. Y malhumorado. Como un maestro reprendiendo a un alumno particularmente torpe. Incluso dio un golpecito a Rand con el índice—. No sé qué es. Nada puede distorsionar el *Saidin* y, si pudiera, lo habríamos notado en las montañas. Bueno, ayer había algo allí, pero muy débil... Aquí lo noto claramente, sin embargo. El *Saidin* está... ansioso. Lo sé, lo sé. El *Saidin* no está vivo. Pero... late. Es difícil de controlar.

Rand se obligó a aflojar los dedos, prietos sobre el Cetro del Dragón. Siempre

había tenido la seguridad de que Dashiva estaba casi tan loco como Lews Therin. Sin embargo, generalmente el hombre mantenía mejor el control, aunque de manera precaria.

—He encauzado durante más tiempo que tú, Dashiva. Lo que te pasa es que sientes más la infección. —No podía suavizar el tono. ¡Luz, aún no podía perder la razón, y los otros tampoco!—. Vuelve a tu puesto. Nos pondremos en marcha enseguida.

Los exploradores no tardarían en regresar. Incluso en aquel terreno menos accidentado, aun limitados a la distancia que alcanzaban con la vista, no podían tardar mucho en recorrer los quince kilómetros Viajando.

Dashiva no mostró la menor intención de obedecer. Por el contrario, abrió la boca con gesto iracundo y luego la cerró de golpe. Temblando de manera visible, respiró hondo.

—Soy muy consciente de cuánto tiempo lleváis encauzando —dijo en un tono frío, casi despectivo—, pero sin duda hasta vos podéis sentirlo. ¡Sentidlo, vamos! No me gusta la palabra «raro» aplicada al *Saidin*, y no quiero morir ni... ¡Ni consumirme porque estéis ciego! ¡Mirad mi salvaguardia! ¡Miradla!

Rand no salía de su asombro. Dashiva haciéndose valer ya era muy peculiar, pero ¿Dashiva de mal genio? Y entonces miró la salvaguardia. La miró realmente. Los flujos deberían haber sido tan firmes como los hilos de una lona fuerte. Vibraban. La salvaguardia era sólida como debía ser, pero los hilos individuales del Poder titilaban con un débil movimiento. Morr había dicho que el *Saidin* se sentía raro cerca de Ebou Dar y en un radio de ciento cincuenta kilómetros. Ahora se encontraban a menos de ciento cincuenta kilómetros de la ciudad.

Rand se centró en sentir el *Saidin*. Aunque era consciente de él en todo momento —cualquier otra cosa habría significado la muerte o algo peor—, se había acostumbrado al forcejeo con el Poder. Luchaba por su vida, pero la lucha había pasado a ser algo tan natural como la propia vida. La lucha era la vida. Se obligó a sentir ese forcejeo, a sentir su vida. Frío que pulverizaría rocas. Fuego que las volatilizaría. Inmundicia que haría que una nauseabunda cloaca pareciera un jardín florido. Y... una especie de pulsación, como algo palpitando dentro de su puño. No era la clase de vibración que había sentido en Shadar Logoth, cuando la infección de la mitad masculina de la Fuente había resonado con la maldad de ese lugar y el *Saidin* había palpitado a su compás. Aquí, la inmundicia era intensa, pero estable. Era el propio *Saidin* el que parecía lleno de corrientes, de repentinos flujos. Ansioso, lo había descrito Dashiva, y Rand entendía por qué.

En la ladera, detrás de Flinn, Morr se pasó los dedos por el pelo y miró en derredor con inquietud. Flinn rebullía en la silla y toqueteaba la espada en la vaina alternativamente. Narishma, que escudriñaba el cielo en busca de criaturas voladoras,

parpadeaba con excesiva frecuencia. En la mejilla de Adley, un músculo se contraía en un tic. Todos ellos mostraban algún signo de nerviosismo, y no era de extrañar. Rand experimentó un gran alivio. No eran señales de demencia, después de todo. Dashiva sonrió, una mueca sesgada y ufana.

—No puedo creer que no lo notaseis antes. —En su voz había un timbre rayano en el desdén y la sorna—. Habéis estado asiendo el *Saidin* prácticamente día y noche desde que emprendimos esta absurda expedición. Esto sólo es una simple salvaguardia, pero no quería formarse, y luego se unió bruscamente, como soltándose de golpe de mis manos.

La línea azul pateada de un acceso rotó en lo alto de una de las peladas colinas, casi un kilómetro al oeste; un soldado salió por él tirando de su caballo y montó rápidamente, de regreso de su exploración. Incluso a esa distancia, Rand pudo distinguir el débil brillo de los tejidos que rodeaban el acceso antes de desvanecerse. El jinete no había llegado al pie de la colina cuando se abrió otro en la cima, y lo siguieron un tercero, un cuarto, y más, uno detrás de otro, casi tan deprisa como el hombre precedente se quitaba de en medio para dejar paso al próximo.

—Pero se formó —dijo finalmente Rand. Y también los accesos de los exploradores—. Si el *Saidin* es difícil de controlar, siempre lo ha sido, y sigue haciendo lo que quieres. —Pero ¿por qué la dificultad aumentaba allí? Un interrogante para otro momento. Luz, ojalá Herid Fel no hubiese muerto; el viejo filósofo podría haber tenido la respuesta—. Regresa con los otros, Dashiva —ordenó, pero éste se quedó mirándolo sin salir de su asombro, y Rand tuvo que repetirlo para que el hombre dejara que la salvaguardia se desvaneciera para, acto seguido, hacer girar bruscamente el caballo sin saludar siquiera y taconear al animal cuesta abajo.

—¿Algún problema, milord Dragón? —dijo con una sonrisa tonta Anaiyella. Ailil se limitó a mirarlo con frialdad.

Viendo que el primer explorador se dirigía hacia Rand, los demás se desplegaron hacia el norte y el sur, donde se unirían a una de las otras columnas. Encontrarlas a la antigua usanza sería más rápido que buscarlas con accesos. Nalaam sofrenó su caballo delante de Rand y saludó golpeándose con el puño en el pecho. ¿Había una mirada desquiciada en sus ojos? Tras saludar, Nalaam presentó su informe. Los seanchan no estaban acampados a quince kilómetros, sino que se encontraban a ocho o nueve de distancia, marchando hacia el este. Y tenían decenas y decenas de *sul'dam* y *damane*.

Rand impartió órdenes mientras Nalaam se alejaba a galope, y su columna emprendió la marcha hacia el oeste. Los Defensores y los Compañeros cabalgaban a uno y otro flanco, y los legionarios iban en retaguardia, justo detrás de Denharad. Era una advertencia a las nobles y a sus mesnaderos, por si hacía falta recordárselo. De hecho, Anaiyella miraba hacia atrás cada dos por tres, y el empeño de Ailil para no

hacerlo resultaba harto significativo. Rand, junto con Flinn y los demás Asha'man, formaban la fuerza ofensiva principal, igual que ocurría en las otras columnas. Asha'man para atacar y hombres con armas tradicionales para guardarles las espaldas mientras ellos mataban. Al sol todavía le faltaba un largo trecho para llegar al cenit. Nada había cambiado para modificar el plan.

«La locura aguarda a algunos —susurró Lews Therin— y se acerca sigilosamente a otros.»

Miraj cabalgaba cerca de la cabeza de su ejército en marcha hacia el este, a lo largo de la calzada embarrada que serpenteaba entre ondulados olivares y bosques discontinuos. Cerca, pero no a la cabeza. Un regimiento completo, en su mayoría de seanchan, cabalgaba entre él y los exploradores de avanzada. Había conocido generales que querían ir al frente de las tropas. Casi todos estaban muertos. Y también casi todos habían perdido la batalla en la que murieron. El barro impedía que se levantara polvo, pero la noticia de un ejército en marcha se propagaba con tanta rapidez como un fuego arrasador en los llanos Sa'las, cualquiera que fuese el país. Aquí y allí, entre los olivos, se veía una carretilla o una podadora abandonada, pero hacía mucho que los trabajadores habían desaparecido. Con suerte, lograría pasar inadvertido a sus oponentes al igual que ellos procurarían no llamar su atención. Con suerte, y a falta de *raken*, sus oponentes no sabrían que iba a caer sobre ellos hasta que fuera demasiado tarde. A Kennar Miraj no le gustaba confiar en la suerte.

Aparte de suboficiales, listos para trazar mapas o escribir órdenes, y mensajeros dispuestos a llevarlas, sólo lo acompañaban Abaldar Yulan, un hombre fiero, negro como el carbón, lo bastante menudo para que su castrado marrón pareciera inmenso en comparación, que tenía lacadas las uñas de los meñiques en color verde y que llevaba una peluca negra para ocultar su calvicie, y Lisaine Jarath, una mujer canosa, oriunda de la misma Seandar, cuyo rostro regordete y pálido y ojos azules eran un modelo de serenidad. Todo lo contrario que Yulan; el capitán del Aire de Miraj a menudo fruncía el entrecejo por las reglas que rara vez le permitían ya montar un *raken*, pero ahora su gesto ceñudo se marcaba tanto que parecía llegarle al hueso. El cielo estaba despejado, un tiempo perfecto para los *raken*, pero por orden de Suroth ninguno de sus voladores subiría a la silla ese día, no allí. Había muy pocos *raken* como para arriesgarlos sin necesidad. La calma de Lisaine era motivo de mayor inquietud para Miraj. Más que la superiora *Der'sul'dam* a su mando, era una amiga con la que había compartido muchas tazas de *kaf* y no menos partidas de guijas. Era una mujer animada, siempre parloteando con entusiasmo y buen humor. Ahora mostraba una gélida calma, tan silenciosa como todas las *sul'dam* a las que había intentado sonsacar.

Al alcance de su vista había veinte *damane* que flanqueaban a los jinetes, cada

cual caminando junto a la montura de su *sul'dam*. Éstas se inclinaban en las sillas cada dos por tres para dar unas palmaditas en la cabeza de su *damane*, y se erguían para volver a agacharse al momento y acariciarle el cabello. A él le parecía que las *damane* estaban bastante serenas, pero saltaba a la vista que no ocurría lo mismo con las *sul'dam*. Y la vivaz Lisaine cabalgaba más callada que una piedra.

Un *torm* apareció al frente, corriendo columna abajo, bastante apartado a un lado, al borde de la arboleda, pero aun así los caballos cabeceaban y respingaban cuando la criatura de escamas broncíneas pasaba a su altura. Un *torm* entrenado no atacaría a un caballo —a no ser que lo acometiera el frenesí de matar, razón por la que no eran válidos para las batallas—, pero los caballos entrenados para no asustarse por la proximidad de *torm* escaseaban tanto como las propias bestias.

Miraj envió a un flaco subteniente, llamado Varek, a recoger el informe de exploración del *morat'torm*. A pie, y al infierno si Varek perdía *sei'taer* por ello. No estaba dispuesto a perder tiempo mientras Varek intentaba controlar una montura conseguida en la zona. El hombre regresó más deprisa de lo que había ido, hizo una brusca reverencia y empezó a dar el informe antes incluso de haber erguido del todo la espalda.

—El enemigo se encuentra a menos de ocho kilómetros al oeste, milord capitán general, marchando en nuestra dirección. Se ha desplegado en cinco columnas, espaciadas entre sí unos dos kilómetros aproximadamente.

Adiós a la suerte. Pero Miraj había considerado cómo atacaría él a cuarenta mil y cincuenta *damane* con una fuerza de sólo cinco mil. A no tardar, salían hombres a galope con órdenes de desplegarse para hacer frente a una maniobra envolvente, y los regimientos que iban tras él empezaron a virar hacia las arboledas, acompañados por *sul'dam* y *damane*.

Ajustándose la capa para resguardarse de un repentino viento helado, Miraj reparó en algo que le hizo sentir aún más frío. Lisaine observaba también a las *sul'dam* que desaparecían entre los árboles; había empezado a sudar.

Bertome cabalgaba con fácil soltura, dejando que el viento ondeara su capa hacia un lado, pero estudiaba el terreno boscoso al frente con una cautela que no se esforzaba en ocultar. De sus cuatro compatriotas que cabalgaban detrás de él, sólo Doressin era realmente experto en el Juego de las Casas. Ese necio perro teariano, Weiramon, estaba ciego. Bertome asestó una mirada fulminante a la espalda del engreído bufón. Weiramon cabalgaba bastante adelantado al resto, enfrascado en una conversación con Gedwyn, y si Bertome necesitaba más pruebas de que el teariano sonreiría incluso por lo que vomitara una cabra, la tenía en cómo toleraba a ese joven monstruo de ojos ardientes. Advirtió que Kiril lo miraba de reojo, y frenó un poco su rucio para apartarse más del imponente hombretón. No sentía animosidad hacia el illiano, pero detestaba que la gente lo mirara desde arriba. Estaba deseando volver a

Cairhien, donde no tendría que estar rodeado de gigantes desgarbados. Sin embargo, Kiril sería excesivamente alto, pero no estaba ciego. También había enviado a doce exploradores por delante. Weiramon había mandado a uno.

—Doressin —llamó quedamente Bertome, y luego, un poco más alto—. ¡Doressin, zoquete!

El huesudo hombre dio un brinco de sobresalto en la silla. Al igual que Bertome y que los otros tres, se había afeitado y empolvado la parte delantera de la cabeza; el estilo caracterizado de soldado se había puesto muy de moda. Doressin debería haberlo llamado sapo a su vez, como habían hecho desde la infancia, pero en cambio azuzó a su caballo para acercarse a Bertome. Estaba preocupado y lo ponía de manifiesto con unas profundas arrugas en la frente.

—¿Te das cuenta de que el lord Dragón quiere que muramos? —susurró mientras echaba una ojeada a la columna que los seguía—. Rayos y centellas, sólo escuché a Colavaere, pero he sabido que era hombre muerto desde que la asesinó.

Durante un momento Bertome observó la columna de mesnaderos, que se extendía sinuosa hacia atrás, entre las onduladas colinas. En ese paraje los árboles raleaban más que al frente, pero bastaban para cubrir un ataque hasta no tenerlo encima. El último olivar se encontraba un kilómetro y medio más atrás. Los hombres de Weiramon cabalgaban en primer lugar, por supuesto, con aquellas chaquetas ridículas de mangas abullonadas con cuchilladas blancas, y a continuación los illianos de Kiril, en tonos verdes y rojos tan chillones que avergonzarían a un gitano. Sus propios hombres, decentemente vestidos en color azul oscuro bajo los petos, a los que aún no tenía a la vista, iban con los de Doressin y los demás, precediendo únicamente a la compañía de legionarios. A Weiramon le había sorprendido que la infantería pudiera mantener el paso, aunque no había marcado uno demasiado rápido.

Realmente no era a los mesnaderos a los que Bertome miraba, sin embargo. Siete hombres cabalgaban delante incluso de las tropas de Weiramon, hombres de rostros duros y ojos fríos como la muerte, vestidos con chaquetas negras. Uno de ellos llevaba un alfiler de plata, en forma de espada, prendido en el cuello alto de la chaqueta.

—Un modo muy complicado de llevarlo a cabo —respondió secamente a Doressin—. Y dudo que al'Thor hubiese enviado a esos tipos con nosotros si sólo fuéramos a meternos en una picadora de carne. —Aún con ceño, Doressin abrió la boca, pero Bertome se le anticipó—. Necesito hablar con el teariano. —Le desagradaba ver a su amigo de la infancia en esas condiciones. Al'Thor lo había desquiciado.

Absortos en la conversación, ni Weiramon ni Gedwyn lo oyeron acercarse. Gedwyn jugueteaba ociosamente con las riendas, y su semblante traslucía un frío desdén, en tanto que el del teariano estaba congestionado.

—Me importa poco quién sois —decía al hombre de chaqueta negra en voz baja y dura, escupiendo saliva—. No correré más riesgos sin la orden directa de los labios de...

De repente los dos repararon en el cairhienino, y Weiramon cerró la boca de golpe. Miró a Bertome ferozmente, como si quisiera matarlo. La sonrisa siempre presente del Asha'man se borró. El viento sopló, frío y cortante, arrastrando las nubes, pero no igualaba el helor de los ojos de Gedwyn. No sin cierto sobresalto, Bertome se dio cuenta de que también él habría querido fulminarlo con la mirada.

La expresión mortífera y fría de los ojos de Gedwyn no cambió, pero el rostro de Weiramon sufrió una llamativa transformación. El enrojecimiento se difuminó lentamente mientras aparecía una repentina sonrisa, una mueca untuosa con sólo un ligerísimo atisbo de insultante prepotencia.

—He estado pensando en vos, Bertome —dijo efusivamente—. Una lástima que al'Thor estrangulara a vuestra prima. Con sus propias manos, según tengo entendido. Francamente, me sorprendió que acudieseis cuando os convocó. Lo he visto vigilándoos. Me temo que planea algo más... interesante para vos que simplemente patear el suelo con los talones mientras sus dedos se aprietan sobre vuestra garganta.

Bertome contuvo un suspiro, y no sólo por la torpeza de aquel necio. ¿Tanto pensar para salir con la idea de manipularlo con la muerte de Colavaere? Había sido su prima favorita, pero ambiciosa en extremo. Saighan tenía buena base para reclamar el Trono del Sol, pero no habría podido retenerlo contra el poderío de Riatin o Damodred, cualquiera de los dos, cuanto menos unidos ambos; no sin la abierta aprobación de la Torre Blanca o del Dragón Renacido. Con todo, había sido realmente su prima favorita. ¿Qué buscaba Weiramon? Ciertamente, no lo que parecía a primera vista. Ni siquiera ese zopenco teariano era tan estúpido.

Antes de que tuviera tiempo de formular una respuesta, un jinete apareció a galope entre los árboles, en dirección hacia ellos. Un cairhienino, y mientras el hombre sofrenaba tan bruscamente su montura que el animal se sentó en las patas traseras, Bertome reconoció a uno de sus propios mesnaderos, un tipo desdentado, con chirlos en ambas mejillas. Doile, creía recordar que se llamaba. De las heredades de Colchaine.

—Milord Bertome —jadeó el hombre al tiempo que hacía una precipitada reverencia—. Dos mil taraboneses vienen a galope pisándome los talones. ¡Y los acompañan mujeres! ¡Con rayos en los vestidos!

—Pisándole los talones —murmuró desdeñosamente Weiramon—. Veremos qué tiene que decir mi hombre cuando regrese. Ciertamente, no veo a ningún...

Un griterío a corta distancia lo hizo enmudecer, así como la trápala de cascos, y entonces aparecieron a galope lanceros, una creciente marea extendiéndose entre los árboles. Directamente hacia Bertome y los demás. Weiramon se echó a reír.

—Mata a quien quieras y donde quieras, Gedwyn —dijo mientras desenvainaba la espada con una floritura—. ¡Yo uso mis propios métodos, y no hay más que hablar! —Cabalgó hacia sus tropas, agitando el arma por encima de su cabeza y gritando—: ¡Saniago! ¡Por Saniago y la gloria!

—No era de sorprender que no añadiera un grito por su país a los lanzados por su casa y su mayor amor.

Espoleando su montura en la misma dirección, Bertome alzó su propia voz:

—¡Por Saighan y Cairhien! —Aún no era necesario blandir la espada—. ¡Por Saighan y Cairhien! —¿Qué se había traído entre manos ese hombre?

El trueno retumbó y Bertome alzó la vista al cielo, perplejo. No había muchas más nubes que antes. No; Doile —¿o era Dalyn?— había mencionado a esas mujeres. Y entonces olvidó todo sobre lo que quiera que ese necio teariano quería cuando los taraboneses de rostro velado con malla descendieron como una avalancha por las colinas arboladas en su dirección, al tiempo que la tierra explotaba y del cielo llovían rayos.

—¡Por Saighan y Cairhien! —bramó.

El viento sopló con más fuerza.

El choque de los jinetes se produjo en lo más denso de la floresta, donde las sombras caían como un pesado manto. La luz pareció perder fuerza y las nubes espesarse allá arriba, pero resultaba difícil asegurarlo encontrándose bajo el dosel del bosque como techo. Las ensordecedoras explosiones parecían ahogar el choque metálico de las armas, los gritos de los hombres y los relinchos de los caballos. A veces el suelo se sacudía. A veces el enemigo lanzaba gritos:

—¡Den Lushenos! ¡Por den Lushenos y las Abejas!

—¡Por Annallin!

—¡Haellin! ¡Haellin! ¡Por el Gran Señor Sunamon!

El último fue el único grito que Varek entendió un poco, aunque sospechaba que a ninguno de los lugareños que se llamaban a sí mismos Grandes Señores o Grandes Señoras ni siquiera se le ofrecería la oportunidad de prestar el Juramento.

Sacó de un tirón su espada, embebida en la axila de su oponente, justo por encima del peto, y dejó que el hombrecillo pálido se desplomara. Un luchador peligroso, hasta que cometió el error de alzar su espada demasiado alto. El rucio del hombre huyó espantado entre la maleza, y Varek perdió un instante en lamentarlo. El animal tenía mejor planta que el pardo de remos blancos que se veía obligado a montar. Sólo un instante, y luego escudriñó de nuevo entre los árboles más próximos, de los que parecían colgar enredaderas de la mitad de las ramas y manojos de una planta gris y velluda en casi todas.

Los ruidos de la batalla se alzaban en todas direcciones, pero al principio no consiguió ver nada que se moviera. Entonces, una docena de lanceros altaraneses

apareció a unos treinta metros, llevando al paso a los caballos y escudriñando en derredor atentamente, aunque el modo de hablar en voz alta entre ellos justificaba más que de sobra las bandas rojas que cruzaban en zigzag sus petos. Varek cogió las riendas de su caballo con el propósito de ponerse al mando del grupo. Una escolta, incluso de una chusma tan indisciplinada, podría significar la diferencia entre que el mensaje urgente que llevaba al oficial general Chianmai llegara o no a su destino.

Rayos negros salieron disparados entre los árboles y vaciaron las sillas altaranesas. Los caballos huyeron espantados en todas direcciones mientras sus jinetes caían, y luego sólo quedó una docena de cadáveres despatarrados sobre la húmeda alfombra de hojas muertas, todos atravesados, como poco, por una saeta de ballesta. Ningún movimiento. Varek se estremeció a pesar de sí mismo. Aquellos soldados de a pie con chaquetas azules le habían parecido presa fácil al principio, sin picas tras las que aguantar una carga, pero nunca salían a descubierto, sino que se ocultaban detrás de los árboles y en las honduras del terreno. Y no eran los peores. Había tenido la seguridad, tras el frenético repliegue a los barcos en Falme, que había presenciado lo peor que podría ver en la vida: el Ejército Invencible derrotado y puesto en fuga. Sin embargo, hacía menos de media hora, había visto a cien taraboneses enfrentándose a un solo hombre con chaqueta negra. Cien lanceros contra uno, y los taraboneses habían sido destrozados. Literalmente hechos trizas, hombres y caballos explotando simplemente, a una velocidad pasmosa; la carnicería había continuado después de que los taraboneses dieran media vuelta para huir, y prosiguió mientras hubo alguno a la vista. Quizá no fuera peor que sentir el suelo estallando bajo los pies, pero al menos las *damane* por lo general dejaban lo suficiente de uno para que lo enterraran.

El último hombre con el que había conseguido hablar en ese bosque, un veterano canoso procedente de Seanchan que dirigía un centenar de piqueros amadicienses, le había informado que Chianmai se encontraba en esa dirección. Al frente atisbó caballos atados a los árboles y hombres a pie. Quizás ellos pudieran darle más indicaciones. Y él les echaría una buena reprimenda por estar allí parados mientras se disputaba una batalla encarnizada.

Cuando llegó, olvidó toda idea de echar broncas. Había encontrado lo que buscaba, pero en absoluto lo que habría querido encontrar. Una docena de cadáveres con gravísimas quemaduras yacían en hilera. Uno de ellos, cuyo rostro de tez color melaza estaba intacto, era Chianmai evidentemente. Los hombres de pie eran todos taraboneses, amadicienses y altaraneses. También algunos estaban heridos. El único seanchan era una *sul'dam* de rostro tenso que tranquilizaba a una *damane* llorosa.

—¿Qué ha pasado aquí? —instó Varek. Le parecía inaudito que uno de esos Asha'man dejara supervivientes. Quizá la *sul'dam* lo había rechazado.

—Lo inconcebible, milord. —Un corpulento tarabonés apartó al hombre que

extendía un ungüento sobre su brazo izquierdo quemado. La manga parecía haberse consumido totalmente hasta el peto; no obstante, a pesar de sus quemaduras, el tarabonés no hacía el menor gesto de dolor. El velo de malla colgaba por un pico del yelmo cónico, dejando a la vista un semblante duro, con un bigote canoso que casi le ocultaba la boca, y sus ojos eran insultantemente directos—. Un grupo de illianos cayó sobre nosotros de repente. Al principio todo fue bien. No los acompañaba ninguno de los hombres de chaqueta negra. Lord Chianmai nos dirigía valerosamente mientras las... mujeres encauzaban rayos. Entonces, justo cuando los illianos se desmoronaban, los rayos empezaron a descargarse sobre nosotros también. —Calló y dirigió una mirada elocuente a la *sul'dam*.

La mujer se incorporó al instante y, agitando el puño, se acercó al tarabonés tanto como se lo permitía la correa unida al brazalete de la otra muñeca. Su *damane* siguió sollozando, hecha un ovillo.

—¡No estoy dispuesta a oír las palabras de este perro contra mi Zakai! ¡Es una buena *damane*! ¡Una buena *damane*!

Varek gesticuló con ánimo de tranquilizar a la mujer. Había visto a *sul'dam* hacer aullar de dolor a las mujeres a su cargo por infracciones, y a algunas —pocas— lisiar a las recalcitrantes, pero la mayoría se encrespaba con quien ponía en entredicho a su favorita, incluso si era alguien de la Sangre. Ese tarabonés no era, ciertamente, de la Sangre, y a juzgar por la expresión enfurecida de la *sul'dam*, ésta parecía dispuesta a matarlo. De haber manifestado en voz alta su ridícula acusación, implícita en su gesto, Varek creía que la mujer lo habría asesinado en ese mismo instante.

—Las plegarias por los muertos habrán de esperar —manifestó Varek sin rodeos. Si lo que se proponía hacer salía mal, podía acabar en manos de los Buscadores, pero allí no quedaba ningún seanchan vivo, aparte de la *sul'dam*—. Asumo el mando. Nos retiramos, hacia el sur.

—¡Retirarnos! —exclamó el corpulento tarabonés—. ¡Tardaríamos días! ¡Los illianos luchan como tejones acorralados, y los cairhieninos como hurones enjaulados! Los tearianos no son tan duros como me habían dicho, pero hay una docena de esos Asha'man ¿verdad? ¡Ni siquiera sé dónde están las tres cuartas partes de mis hombres en esta trapatiesta!

Envalentonados por su ejemplo, los otros también empezaron a protestar. Varek no les hizo caso. Y se abstuvo de preguntar qué era una «trapatiesta»; sólo con observar la enmarañada floresta que los rodeaba y percibir el estruendo de la batalla, los estampidos de explosiones y rayos, podía imaginarlo.

—Reunirás a tus hombres y emprenderemos la retirada —ordenó en voz alta, cortando el parloteo—. Sin precipitaciones, actuando de forma conjunta. —Las órdenes de Miraj a Chianmai, que había memorizado por si le ocurría algo a la copia que llevaba en la alforja, decían «con la mayor rapidez posible», pero si se

replegaban demasiado deprisa dejarían atrás a la mitad de los hombres, y el enemigo los haría picadillo cuando se le antojara—. ¡Vamos, moveos! ¡Lucháis por la emperatriz, así viva eternamente!

La última frase era lo que solía decirse a los nuevos reclutas pero, por alguna razón, los hombres dieron un respingo como si los hubiese golpeado a todos con su fusta. Tras rápidas y profundas reverencias, tocándose las rodillas con las manos, salieron disparados hacia los caballos. Qué curioso. Ahora dependía de él encontrar unidades seanchan. Alguna de ellas estaría al mando de alguien con rango superior y podría pasarle la responsabilidad.

La *sul'dam* se encontraba de rodillas, acariciando el cabello de su todavía llorosa *damane* y musitando palabras consoladoras.

—Haz que se tranquilice —pidió. «Con la mayor rapidez posible.» Y le parecía haber visto un asomo de ansiedad en los ojos de Miraj. ¿Qué podría despertar zozobra en Kennar Miraj?—. Creo que vamos a depender de tu *damane* en el sur. —¡Vaya! ¿Qué había dicho para que la mujer se pusiese pálida de repente?

Bashere estaba justo detrás de la línea de árboles, con el entrecejo fruncido tras las barras de la visera ante lo que veía. Su bayo le rozó el hombro con el hocico. Se agarraba los bordes de la capa a fin de que no la agitara el viento, más para que el movimiento no llamara la atención que por el frío, aunque éste se dejaba notar. En Saldaea sólo sería una brisa primaveral, pero tantos meses en el sur lo habían ablandado. Brillando entre las nubes grises, que se desplazaban rápidamente por el cielo, el sol aún no había llegado del todo al cenit. Y lo tenía de cara. Sólo porque se iniciara una batalla con el este a la espalda no significaba que se acabaría en la misma posición. Ante él se extendía un amplio prado donde rebaños de cabras blancas y negras pastaban la reseca hierba con parsimonia, como si alrededor no se estuviese librando una cruenta batalla. Tampoco es que allí hubiese señal alguna del conflicto. Por el momento. Un hombre se arriesgaba a acabar hecho un guiñapo si atravesaba aquel prado. Y en terreno arbolado, ya fueran florestas u olivares o malezas, no siempre se veía al enemigo antes de topar con él, fueran exploradores o no.

—Si vamos a cruzar —murmuró Gueyam al tiempo que se frotaba la calva cabeza con la manaza—, hagámoslo de una vez. Tan cierto como la Luz que estamos perdiendo el tiempo.

Amondrid cerró ruidosamente la boca; a buen seguro, el cairhienino con cara de pan había estado a punto de decir lo mismo, pero se mostraría de acuerdo con el teariano cuando los caballos treparan a los árboles.

Jeordwyn Semaris resopló. Debería haberse dejado crecer la barba para taparse la estrecha mandíbula, que le daba el aspecto de una cuña.

—Pues yo digo que demos media vuelta —rezongó—. Ya he perdido demasiados

hombres a manos de esas *damane* que la Luz maldiga, y... —Dejó la frase en suspenso y dirigió una mirada inquieta a Rochaid. El joven Asha'man estaba separado de los demás, prieta la boca, toqueteando el alfiler del dragón prendido en el cuello de la chaqueta. Quizá preguntándose si merecía la pena, a juzgar por su expresión. Había desaparecido por completo su aire de enterado de antes, quedando únicamente un gesto de preocupación.

Llevando a Raudo por las riendas, Bashere se encaminó hacia el Asha'man y lo llevó aparte, un poco más lejos en los árboles. Más bien lo empujó. Rochaid, ceñudo, se dejó conducir de mala gana. Era bastante más alto que Bashere, pero el saldaenino no estaba de humor para tonterías.

—¿Puedo contar con vosotros la próxima vez? —demandó Bashere, dándose un tirón del bigote, irritado—. ¿No más demoras?

Rochaid y sus compañeros parecían estar respondiendo cada vez con más lentitud cuando se hallaban frente a las *damane*.

—Sé lo que hago, Bashere —gruñó Rochaid—. ¿O es que os parece que no estamos matando bastantes? ¡A mi modo de ver, casi hemos terminado con ellos!

Bashere asintió lentamente, aunque no de acuerdo con lo último. Quedaban soldados enemigos a montones casi en cualquier parte donde se observara con atención. Pero muchos habían muerto. Había planteado sus movimientos basándose en lo que había estudiado de la Guerra de los Trollocs, cuando las fuerzas de la Luz rara vez sumaban un número más o menos parejo a las que tenían que enfrentarse. Atacar por los flancos y huir. Atacar la retaguardia y huir. Atacar y huir, y cuando el enemigo los perseguía, dar media vuelta y hacerle frente en el terreno elegido de antemano, donde los legionarios aguardaban con sus ballestas, volverse y contraatacar hasta que llegaba el momento de huir de nuevo. O hasta que se venía abajo. Hoy ya habían hecho eso último con taraboneses, amadicienses, altaraneses y esos seanchan con sus extrañas armaduras. Había visto más adversarios muertos que en cualquier otro combate desde el de la Nieve Sangrienta. Pero si él tenía Asha'man, el bando contrario tenía *damane*. Un buen tercio de sus saldaeninos yacía muerto a lo largo de los kilómetros dejados atrás. En total, casi la mitad de su fuerza había perecido, y todavía quedaban más seanchan ahí fuera, con sus malditas mujeres, y taraboneses y amadicienses y altaraneses. Nunca dejaban de llegar más, apareciendo tan pronto como había acabado con los anteriores. Y los Asha'man se mostraban progresivamente... vacilantes.

Subió a la silla de *Raudo* y regresó junto a Jeordwyn y los otros.

—Damos media vuelta —ordenó haciendo tan poco caso a los cabeceos de asentimiento de Jeordwyn como a los ceños de Gueyam y Amondrid—. Triple número de exploradores. Me propongo avanzar deprisa, pero no quiero darme de morros con una *damane*.

Nadie rió. Rochaid había reunido a los otros cinco Asha'man alrededor, uno con la espada de plata prendida en el cuello, y los otros sin insignias. Había dos más sin distintivos en el cuello cuando se habían puesto en marcha esa mañana; si los Asha'man sabían cómo matar, también sabían cómo hacerlo las *damane*. Agitando los brazos furiosamente, Rochaid parecía discutir con ellos. Su rostro estaba congestionado, y los de ellos mostraban obstinación. Bashere esperaba que fuera capaz de evitar que desertaran todos. Ese día ya estaba resultando muy costoso sin agravarlo con que hombres de esa clase anduvieran sueltos por ahí.

Caía una ligera llovizna. Rand miró con el entrecejo fruncido las densas nubes negras que anunciaban tormenta y que empezaban a ocultar el pálido sol, a mitad de camino del horizonte. ¡La llovizna se convertiría en aguacero! Irritado, volvió a estudiar el terreno que había ante él. La Corona de Espadas se le clavaba en las sienes. Con el Poder llenándolo, el paisaje se le mostraba claro como un mapa a pesar del tiempo. O suficientemente claro, en cualquier caso. Las colinas se extendían hasta donde alcanzaba la vista, algunas cubiertas con olivares, otras sólo con hierba o simplemente con piedras y hierbajos. Le pareció atisbar movimiento al borde de una arboleda, y luego otro entre las hileras de un olivar, en otra colina a kilómetro y medio del bosquecillo. Pensar no era suficiente. Hombres muertos yacían sobre los kilómetros dejados atrás, enemigos muertos. También mujeres, lo sabía, pero él se había mantenido lejos de donde había *sul'dam* y *damane* muertas, negándose a verles las caras. Casi todos creían que era por el odio que sentía hacia quienes habían acabado con tantos de sus seguidores.

Tai'daishar retozó unos cuantos pasos sobre la cumbre de la colina antes de que Rand lo controlara con mano firme y presionando las rodillas. Estaría bueno que una *sul'dam* avistara su movimiento. Los pocos árboles que había alrededor no servían de mucho como cobertura. Vagamente, cayó en la cuenta de que no conocía ninguno de ellos. *Tai'daishar* sacudió la cabeza arriba y abajo. Rand metió el Cetro del Dragón en las alforjas, dejando fuera únicamente el extremo romo tallado, a fin de tener ambas manos libres por si el castrado no se contentaba con eso. Podría haber librado al animal del cansancio con el *Saidin*, pero no sabía cómo hacerle obedecer con el Poder.

No entendía cómo el caballo conservaba suficiente energía. El *Saidin* lo henchía, hervía dentro de él, pero su cuerpo, percibido como algo distante, estaba deseoso de dejarse caer por el agotamiento. Parte del cansancio se debía a la cantidad de Poder que había manejado a lo largo del día, y parte a la tensión de luchar con el *Saidin* para que hiciera lo que quería. Al *Saidin* había que dominarlo siempre, forzarlo, pero jamás hasta ese extremo. Las heridas medio curadas, siempre tiernas, del costado izquierdo le producían un intenso dolor; la más antigua era como un taladro

intentando abrirse paso a través del vacío, y la más reciente como un hierro al rojo vivo hincado en su carne.

—Fue un accidente, milord Dragón —dijo de repente Adley—. ¡Lo juro!

—¡Cállate y sigue vigilando! —replicó secamente Rand.

Los ojos de Adley bajaron a sus manos, que sujetaban las riendas, un momento, y luego se apartó el cabello empapado de la cara e irguió la cabeza, obedientemente.

Ese día, allí, controlar el *Saidin* resultaba más difícil que nunca, pero dejarlo soltarse en cualquier momento, en cualquier lugar, podía matar a uno. Adley había dejado que se le escapara y habían muerto hombres, consumidos por violentas llamaradas, no sólo los amadicienses a los que iba dirigido su ataque, sino también casi treinta mesnaderos de Ailil y otros tantos de Anaiyella.

De no ser por ese error, Adley se encontraría ahora con Morr y con los Compañeros en la espesura, a unos ochocientos metros al sur. Narishma y Hopwil estaban con los Defensores, hacia el norte. Rand quería tener a Adley a la vista.

¿Habrían ocurrido otros «accidentes» de los que no se había enterado? No podía vigilar a todo el mundo constantemente. El semblante de Flinn estaba tan lúgubre y rígido como el de un cadáver de un día, y Dashiva, lejos de mostrarse ausente, parecía a punto de empezar a sudar por la concentración. Seguía mascullando entre dientes, tan quedo que Rand no le entendía a pesar de hallarse henchido de Poder, pero el hombre se enjugaba la lluvia de la cara de forma continua con un pañuelo de lino empapado, que se había puesto mugriento a medida que transcurrían las horas. Rand no creía que ellos hubiesen dejado soltarse al *Saidin*. De todos modos, ni ellos dos ni Adley asían la Fuente en ese momento. No lo harían hasta que él les ordenara que la asieran.

—¿Se ha acabado? —preguntó Anaiyella a su espalda.

Sin importarle quién podría estar vigilando allí fuera, Rand hizo girar a *Tai'daishar* de cara a la mujer. La noble teariana reculó en la silla de manera que la capucha de su capa de lluvia ricamente bordada cayó sobre sus hombros. Una de sus mejillas se crispó con un tic nervioso. Sus ojos podían estar rebosantes de miedo, o de odio. A su lado, Ailil toqueteaba las riendas con aparente tranquilidad.

—¿Qué más podéis querer? —preguntó la mujer más baja, con voz fría, como una dama mostrándose amable con un inferior. Apenas—. Si el alcance de la victoria se mide por las bajas enemigas, creo que sólo el día de hoy pondrá vuestro nombre en las crónicas de la historia.

—¡Lo que quiero es empujar a los seanchan de vuelta al mar! —barbotó Rand. ¡Luz, tenía que acabar con ellos ahora, cuando tenía una oportunidad! ¡No podía luchar contra los seanchan, los Renegados y sólo la Luz sabía quiénes más al mismo tiempo!—. ¡Lo hice antes y volveré a hacerlo ahora!

«Vaya ¿acaso tienes el Cuerno de Valere guardado en un bolsillo esta vez?»,

inquirió irónicamente Lews Therin. Rand le gruñó ferozmente para sus adentros.

—Hay alguien allí abajo —dijo de repente Flinn—. Cabalga en esta dirección. Desde el oeste.

Rand hizo dar media vuelta a su montura. Los legionarios rodeaban las laderas de la colina, aunque se ocultaban tan bien que rara vez conseguía atisbar una chaqueta azul. Ninguno de ellos tenía caballo. ¿Quién osaría cabalgar por campo abierto?

El bayo de Bashere subió la cuesta trotando, casi como si fuera terreno llano. El yelmo del general saldaenino iba colgado de la silla, y él parecía agotado.

—Hemos acabado aquí —manifestó Bashere con voz inexpresiva, sin preámbulos —. Una parte de la lucha es saber cuándo marcharse, y es momento de hacerlo. He dejado casi quinientos muertos en esta batalla, y a dos de vuestros soldados para acabar de aderezar el guiso. Envié a tres de ellos a buscar a Semaradrid, Gregorin y Weiramon, con el mensaje de que regresen de inmediato y se reúnan con vos. Dudo que se encuentren en muchas mejores condiciones que yo mismo. ¿Cómo va vuestra cuenta particular para el carnicero?

Rand hizo caso omiso a la pregunta. Las bajas de su columna superaban en casi doscientas a las de Bashere.

—No teníais autoridad para enviar órdenes a los demás. Mientras siga quedando media docena de Asha'man, ¡mientras quede yo, me basta! Tengo intención de encontrar al resto del ejército seanchan y destruirlo, Bashere. No permitiré que agreguen Altara a sus conquistas junto a Tarabon y Amadicia.

Bashere se atusó el bigote con los nudillos al tiempo que soltaba una seca risotada.

—Queréis encontrarlos. Mirad ahí fuera.

Trazó un arco en el aire con la mano enguantada que abarcaba las colinas del oeste.

—No puedo señalar un punto en particular, pero habrá diez, tal vez quince mil, lo bastante cerca para verlos desde aquí si esos árboles no estuvieran en medio. He bailado con el Oscuro para llegar hasta vos atravesando sus líneas sin ser descubierto. Debe de haber alrededor de un centenar de *damane* ahí abajo. Tal vez más. Y las que sin duda vienen de camino, así como soldados. Por lo visto, su general ha decidido concentrarse en vos. Supongo que ser *ta'veren* no siempre significa queso y cerveza.

—Si están ahí fuera... —Rand oteó las colinas. La lluvia había arreciado. ¿Dónde había movimiento? Luz, qué cansado estaba. El *Saidin* lo aporreaba, lo tenía molido. De manera inconsciente tocó el envoltorio sujeto debajo de la correa del estribo. Su mano se apartó bruscamente motu proprio. Diez mil, incluso quince mil... Una vez que Semaradrid, Gregorin y Weiramon se reunieran con él... Y, lo más importante, una vez que los restantes Asha'man llegaran...—. Si están ahí fuera, ahí será donde los destruya, Bashere. Los atacaré por todos lados, como teníamos intención de

hacerlo desde el principio.

Fruncido el entrecejo, Bashere hizo que su caballo se acercara a él hasta que su rodilla casi tocó la de Rand. Flinn apartó su montura de ellos, pero Adley estaba demasiado concentrado en escudriñar a través de la lluvia para reparar en algo tan próximo a él, y Dashiva, todavía enjugándose incesantemente la cara, los observaba con interés, sin disimular. Bashere bajó la voz hasta hablar en un murmullo.

—No estáis razonando con claridad. Ése era un buen plan al principio, pero su general piensa con rapidez. Se desplegó para entorpecer nuestros ataques antes de que pudiéramos caer sobre ellos en una maniobra envolvente. Aun así, aparentemente le hemos infligido un duro castigo, y ahora está reuniendo de nuevo a todas sus tropas. No lo cogeréis por sorpresa. Lo que quiere es que vayáis por él. Está ahí fuera, esperando que ocurra. Asha'man o no Asha'man, si nos ponemos cara a cara con ese tipo, si nos encontramos a su altura, entonces creo que los buitres se darán un festín y nadie saldrá vivo.

—Nadie se encuentra a la altura del Dragón Renacido —gruñó Rand—. Los Renegados pueden decírselo a ese hombre, sea quien fuere. ¿Verdad, Flinn? ¿Dashiva? —Flinn asintió vacilante. Dashiva se encogió—. ¿Pensáis que no puedo sorprenderlo, Bashere? ¡Pues observad!

Sacó el envoltorio alargado y le quitó la tela que lo cubría; oyó exclamaciones ahogadas cuando las gotas de lluvia relucieron sobre una espada aparentemente hecha de cristal. La Espada que no es una Espada.

—Veamos si se sorprende o no con *Callandor* en las manos del Dragón Renacido, Bashere.

Apoyando la hoja translúcida en el doblez del brazo, Rand hizo que *Tai'daishar* se adelantara unos pasos. No tenía por qué hacerlo, ya que desde allí no tenía una perspectiva más clara del terreno. Sólo que... Algo se deslizaba por el exterior del vacío, una telaraña negra tejiéndose sinuosa, envolvente. Tenía miedo. La última vez que había empuñado *Callandor*, que la había usado realmente, había intentado traer de vuelta a la vida a los muertos. Entonces había estado seguro de que podía hacer cualquier cosa, lo que fuera. Como un loco creyéndose capaz de volar. Pero él era el Dragón Renacido. Podía hacer cualquier cosa. ¿Acaso no lo había demostrado repetidas veces? Intentó asir el Poder a través de la Espada que no es una Espada.

El *Saidin* pareció penetrar instantáneamente en *Callandor* antes de que él tocase la Fuente a través de ella. Desde el pomo de la empuñadura hasta la punta de la hoja, la espada de cristal resplandeció con una luz blanca. ¡Y había creído que el Poder lo henchía antes! Ahora contenía más dentro de sí de lo que podrían diez hombres juntos sin ayuda, o un centenar, no sabía realmente cuántos. El fuego del sol, irradiando abrasador a través de su cabeza, de su mente. El frío de todos los inviernos de todas las Eras, penetrando mordiente en su corazón. En aquel torrente, la infección

era la suma de todos los estercoleros del mundo vaciándose en su alma. El *Saidin* seguía intentando matarlo, intentando arrollar, abrasar, congelar hasta la última partícula de su ser, pero luchó y vivió un instante más, y otro, y otro. Quiso reír. ¡Podía hacer cualquier cosa!

Una vez, empuñando *Callandor*, había creado un arma que rastreó a los Engendros de la Sombra por toda la Ciudadela de Tear, los mató con rayos que los perseguían y se descargaban sobre ellos allí donde se habían parado o corrían o se escondían. Sin duda tenía que haber algo parecido para utilizarlo contra el enemigo allí. Pero cuando llamó a Lews Therin sólo le respondieron gimoteos angustiados, como si la voz incorpórea temiera el dolor infligido por el *Saidin*.

Con *Callandor* resplandeciendo en su mano —no recordaba haber enarbolado el arma— contempló intensamente las colinas donde su enemigo se ocultaba. Ahora estaban grises, con el aguacero y las espesas y negras nubes que tapaban el sol. ¿Qué era lo que le había dicho a Eagan Padros?

—Yo soy la tormenta —susurró, aunque en sus oídos sonó como un grito, como un bramido, y encauzó.

En lo alto, las nubes bulleron, se arremolinaron. Donde habían sido de color pizarroso, se tornaron negras como el hollín, como la noche más oscura. No sabía lo que estaba encauzando. Eso le ocurría a menudo, a pesar de las enseñanzas de Asmodean. Quizá Lews Therin lo estaba guiando, a despecho de sus gimoteos. Flujos de *Saidin* giraron vertiginosamente por la negra bóveda, Viento, Agua y Fuego. Del cielo llovieron rayos, cien, centenares a la vez, venablos blanco azulados que se bifurcaban y se descargaban hasta donde le alcazaba la vista. Las colinas que tenían enfrente explotaron. Algunas saltaron en pedazos bajo el torrente de relámpagos como un termitero reventado a patadas. El fuego estalló en las arboledas, los árboles convirtiéndose en antorchas bajo la lluvia, las llamas propagándose velozmente a través de los olivares.

Algo lo golpeó con fuerza y fue consciente de estar levantándose del suelo. La corona se le había caído de la cabeza, pero *Callandor* seguía resplandeciendo en su mano. Vagamente, advirtió que *Tai'daishar* se incorporaba también, tembloroso. Así que lo contraatacaban ¿verdad? Alzando más aún a *Callandor*, bramó:

—¡Venid a atacarme si os atrevéis! ¡Yo soy la tormenta! ¡Ven si te atreves, Shai'tan! ¡Soy el Dragón Renacido!

Un millar de siseantes rayos llovieron de las nubes. Algo lo golpeó otra vez. Intentó levantarse, sin éxito; un peso se lo impedía. *Callandor*, todavía brillante, estaba tirada a un metro de su mano extendida. La violenta tormenta de relámpagos resquebrajaba el cielo. De repente se dio cuenta de que el peso que tenía encima era Bashere y que el saldaenino lo sacudía. ¡Debía de haber sido él el que lo había derribado!

—¡Basta! —gritó el general. La sangre le resbalaba por la cara desde un tajo abierto en el cuero cabelludo—. ¡Nos estáis matando! ¡Parad!

Rand volvió la cabeza y una estupefacta mirada fue suficiente. Los rayos se descargaban alrededor, en todas direcciones. Uno se descargó en la ladera opuesta, donde se encontraban Denharad y los mesnaderos; se alzaron gritos de hombres y caballos. Anaiyella y Ailil estaban a pie, tratando en vano de tranquilizar las monturas encabritadas que intentaban soltarse tirando de las riendas, girando los ojos, enloquecidas. Flinn se inclinaba sobre alguien, cerca de un caballo muerto, tiesas ya las patas.

Rand soltó el *Saidin*, pero aun así siguió fluyendo dentro de él durante unos segundos, y la tormenta de rayos rugió. El flujo disminuyó, se debilitó y desapareció. El mareo lo inundó y ocupó el vacío dejado por el Poder. Durante otros tres segundos, dos *Callandor* brillaron donde permanecían tiradas sobre el suelo y los relámpagos se descargaron. Luego se hizo el silencio, salvo por el creciente repiqueteo de la lluvia. Y por los gritos al otro lado de la colina.

Lentamente, Bashere se quitó de encima de él, y Rand se levantó sin ayuda, tambaleándose sobre las piernas inestables, parpadeando a medida que su vista volvía a enfocarse. El saldaenino lo observaba como habría hecho con un león rabioso, toqueteando la empuñadura de su espada. Anaiyella lo miró un momento, plantado allí de pie, y se desmayó; su caballo salió disparado, las riendas colgando. Ailil, todavía forcejeando con su montura encabritada, lanzó ojeadas fugaces a Rand. Éste dejó a *Callandor* tirada en el suelo; no estaba seguro de querer cogerla. Aún no.

Flinn se incorporó, sacudió la cabeza y luego permaneció en silencio mientras Rand se acercó, todavía inestable, junto a él. La lluvia caía sobre los ojos sin vida de Jonan Adley, abiertos desmesuradamente, como aterrados. Jonan había sido uno de los primeros. Los gritos procedentes del otro lado de la colina parecían penetrarlo a través de la lluvia como cuchillos. ¿Cuántos más? ¿Cuántos Defensores? ¿Y Compañeros? ¿Y...?

La torrencial lluvia ocultaba las colinas donde se encontraban los seanchan. ¿Los habría alcanzado siquiera, al atacar a ciegas? ¿O seguirían esperando allí, con todas sus *damane*, para ver a cuántos más de los suyos podía matar por ellos?

—Organizad la guardia que creáis oportuna —dijo a Bashere. Su voz era hierro. Adley. Uno de los primeros. Su corazón era hierro—. Cuando Gregorin y los otros se reúnan con nosotros, Viajaremos al lugar donde esperan los carros tan deprisa como podamos.

Bashere asintió en silencio y se alejó bajo la lluvia.

«He perdido —pensó, embotado, Rand—. Soy el Dragón Renacido, pero, por primera vez, he perdido.»

De pronto, Lews Therin emergió enfurecido dentro de él, olvidadas por completo

las retiradas a hurtadillas.

«Yo jamás he sido derrotado —bramó—. ¡Soy el Señor de la Mañana! ¡Nadie puede derrotarme!»

Rand se sentó bajo la lluvia, girando la Corona de Espadas en sus manos, mirando a *Callandor* tirada en el suelo. Dejó que Lews Therin bramara y rugiera de rabia.

Abaldar Yulan lloraba y agradecía que el aguacero ocultara las lágrimas que corrían por sus mejillas. Alguien tendría que dar la orden. Finalmente alguien tendría que pedir perdón a la emperatriz, así viviera eternamente, y quizás a Suroth antes. Pero no era ése el motivo de su llanto, ni incluso la muerte de un compañero. Se desgarró bruscamente una manga de su chaqueta y la echó sobre los ojos abiertos de Miraj para que la lluvia no cayera sobre ellos.

—Comunicad la orden de retirada —mandó Yulan, y vio que los hombres que lo rodeaban acusaban el impacto de la noticia con un respingo. Por segunda vez en esas costas del Océano Aricio, el Ejército Invencible había sufrido una derrota aplastante, y Yulan no creía ser el único que llorara.

25. Un regreso indeseado

Sentada detrás de su escritorio dorado, Elaida toqueteaba una talla de mármol oscurecido por los años que representaba un extraño pájaro, con un pico tan largo como el cuerpo, y escuchaba con cierta sorna a las seis mujeres que estaban de pie al otro lado del escritorio. Asentadas de sus respectivos Ajahs, se miraban de reojo malhumoradas, apoyaban ora un pie ora otro en la alfombra de vivos colores que cubría gran parte de las baldosas rojizas, ajustaban los chales de manera que los flecos de colores se mecían y, en general, actuaban y hablaban como una pandilla de sirvientas malhumoradas que quisieran tener el valor suficiente para arremeter una contra otra delante de su señora. Una capa de escarcha cubría los cristales de las ventanas, de manera que era imposible ver la nieve arremolinándose en el exterior, aunque a veces el viento aullaba con gélida violencia. Elaida se sentía muy a gusto, sin pizca de frío, y no sólo por los gruesos leños que ardían en el hogar de mármol blanco. Tanto si esas mujeres lo sabían como si no —bueno, Duhara sí lo sabía, indudablemente, y quizá las otras también—, era su señora. El ornamentado reloj dorado, hecho por encargo de Cemaile siglos atrás, desgranaba los segundos. El sueño desvanecido de Cemaile se haría realidad: la Torre recobraría su gloria. Y lo haría firmemente, en las capaces manos de Elaida do Avriny a'Roihan.

—Jamás se ha encontrado un *ter'angreal* que pueda «controlar» el encauzamiento de una mujer —estaba diciendo Velina en una voz fría y precisa, pero con un timbre casi infantilmente agudo, una voz que contrastaba poderosamente con su nariz aguileña y sus penetrantes y rasgados ojos. Era la portavoz del Ajah Blanco, y era el prototipo de la hermana Blanca en todo, salvo en su fiera apariencia. El vestido sencillo y níveo parecía severo y rígido—. Y muy pocos los hallados que realicen la misma función. En consecuencia, lógicamente, si se encontrara un *ter'angreal* de ese tipo, o más de uno, por improbable que sea, no habría suficientes para controlar a más de dos o tres mujeres, como mucho. Ello nos lleva a deducir que los informes sobre tales seanchan son exageradísimos. Si existen mujeres «atadas con correas», entonces no pueden encauzar. Obviamente no. No niego que esas gentes dominen Ebou Dar y Amador y tal vez más lugares, pero evidentemente son una invención de Rand al'Thor, quizás a fin de atemorizar a la gente para que se una a él. Como ese Profeta suyo. Es simple lógica.

—Me alegra que al menos no niegues lo de Ebou Dar y Amador, Velina —dijo secamente Shevan. Y podía ser realmente seca cuando se lo proponía. Tan alta como la mayoría de los hombres, además de delgada en extremo, la Asentada Marrón tenía la cara angulosa y la barbilla larga, rasgos que no mejoraba el ondulado cabello. Con sus huesudos dedos se arregló el chal y alisó la falda de seda color oro viejo; su voz adquirió un tono mordaz—. Me produce incomodidad hablar de lo que puede o no

puede ser. Por ejemplo, no hace mucho tiempo, todas «sabíamos» que únicamente un escudo tejido por una hermana podía impedir encauzar a una mujer. Entonces aparece una simple hierba, la horcaria, y resulta que cualquiera puede preparar una infusión que te deja tan incapacitada como una piedra para encauzar durante horas. Útil con espontáneas rebeldes o en casos semejantes, supongo, pero una desagradable sorpresa para las que piensan que lo saben todo, ¿eh? Quizá lo siguiente es que alguien aprende a hacer *ter'angreal* otra vez.

Elaida apretó la boca. No se preocupaba por cosas imposibles, y si ninguna hermana había logrado descubrir de nuevo la creación de los *ter'angreal* durante tres mil años, nadie lo lograría, y con eso estaba todo dicho. Lo que la irritaba era que la información se filtrara entre sus dedos cuando quería tenerla más amarrada. A pesar de todos sus esfuerzos, hasta la última iniciada de la Torre estaba enterada de lo de la horcaria. A nadie le gustaba ni pizca saberlo. A nadie le hacía gracia descubrir de repente que era vulnerable a cualquiera con ciertos conocimientos sobre hierbas y un poco de agua caliente. Esa certeza era peor que el veneno, como bien claro lo habían dejado las Asentadas.

Al oír mencionar la hierba, los ojos grandes y oscuros de Duhara traslucieron inquietud en su rostro cobrizo, y la mujer adoptó una postura más envarada que de costumbre, con las manos prietas sobre la falda de color rojo tan oscuro que casi parecía negro. De hecho, Sedore tragó saliva, y sus dedos se crisparon sobre la carpeta de cuero repujado que Elaida le había entregado, aunque la carirredonda hermana Amarilla por lo general se comportaba con fría elegancia. ¡Andaya tembló! Incluso se ciñó convulsivamente con el chal de flecos grises.

Elaida se preguntó qué harían si se enteraran de que los Asha'man habían descubierto el olvidado Talento del Viaje. Tal como estaban las cosas, apenas si eran capaces de hablar sobre esos hombres. Por lo menos había conseguido que esa información la conociera sólo un puñado de hermanas.

—Creo que lo mejor sería que nos preocupáramos exclusivamente de las cosas que tenemos como ciertas, ¿no os parece? —dijo Andaya con firmeza, recobrado de nuevo el autocontrol. Su cabello castaño claro, cepillado hasta hacerlo brillar, colgaba en ondas por su espalda. Aunque su vestido azul con pliegues plateados era de estilo andoreño, la mujer todavía conservaba un fuerte acento tarabonés. A pesar de tener una constitución ni demasiado pequeña ni demasiado delgada, de algún modo a Elaida siempre le recordaba un gorrión a punto de empezar a dar saltitos en la rama. Y si a primera vista no parecía la persona indicada para llevar a cabo negociaciones, su fama como mediadora era bien merecida. Dirigió una sonrisa muy poco agradable a las otras, y hasta ese gesto reforzó su apariencia de gorrión. Tal vez se debía al modo de ladear la cabeza—. Las conjeturas inútiles son una pérdida de tiempo. El destino del mundo pende de un hilo y, en lo que a mí respecta, no quisiera malgastar

horas valiosas chachareando sobre supuesta lógica o de lo que es de sobra sabido por cualquier necio y novicia. ¿Alguien tiene que decir algo que sea útil?

Para ser un gorrión, podía dar una mordacidad considerable a sus palabras. El semblante de Velina enrojeció, y el de Shevan se tornó sombrío. Rubinde torció los labios al mirar a la Gris; quizá su intención era sonreír, pero lo que consiguió fue esbozar una mueca retorcida. De cabello negro como el carbón y los ojos tan azules como zafiros, por lo general la mayeniense daba la impresión de que se proponía caminar a través de una pared de piedra, y ahora, puesta en jarras, parecía lista para atravesar no una, sino dos.

—Nos hemos ocupado de todo lo que podemos por el momento, Andaya. O de casi todo, en cualquier caso. Las rebeldes están inmovilizadas por la nieve en Murandy, y les daremos un invierno lo bastante caliente como para que en primavera vengan arrastrándose para pedir perdón y someterse a la penitencia que merecen. De Tear nos ocuparemos tan pronto como encontremos dónde se ha metido el Gran Señor Darlin, y de Cairhien, una vez que saquemos de sus escondrijos a Caraline Damodred y a Toram Riatin. Al'Thor tiene la corona de Illian por el momento, pero eso está en vías de solución. Así que, a menos que tengas un plan para reducir al hombre y traerlo a la Torre o para hacer desaparecer a esos supuestos Asha'man, hay asuntos de mi Ajah que he de atender.

Andaya se irguió, obviamente encrespada. En realidad, Duhara estrechó los ojos; se la llevaban los demonios cada vez que se hablaba de hombres que encauzaban. Shevan chasqueó la lengua como si estuviese ante unas niñas peleándose —aunque parecía que la complacía verlo— y Velina frunció el entrecejo al considerar, por alguna razón, que lo había hecho por ella. La situación resultaba divertida, pero empezaba a írseles de las manos.

—Los asuntos de los Ajahs son importantes, hijas. —Elaida no alzó la voz, pero todas las cabezas giraron hacia ella. Puso la figurilla de marfil junto a las otras de su colección, en el cofrecillo adornado con rosas y volutas doradas, ajustó la posición de la escribanía y de la caja de correspondencia, de manera que los tres objetos lacados quedaron perfectamente alineados en la mesa, y una vez que el silencio fue absoluto, continuó—. Sin embargo, los asuntos de la Torre lo son más. Confío en que llevéis a cabo mis decretos sin demora. Aprecio demasiada indolencia en la Torre. Me temo que Silviana puede encontrarse muy atareada si las cosas no se arreglan pronto. —No expresó más amenazas; se limitó a sonreír.

—Como ordenéis, madre —murmuraron seis voces no tan firmes como sus propietarias habrían deseado. Incluso el semblante de Duhara tenía una palidez evidente cuando hizo la reverencia. Dos Asentadas habían sido destituidas del cargo, y media docena había realizado durante días el servicio de Trabajos Domésticos como castigo, lo que era bastante humillante de por sí en su posición, sin añadir la

Mortificación del Espíritu; Shevan y Sedore tenían apretados los labios, demasiado fresco el recuerdo de fregar suelos y trabajar en la lavandería, pero ninguna había sido enviada ante Silviana para la Mortificación de la Carne. Y ninguna quería que la enviaran. La Maestra de Novicias recibía dos o tres visitas a la semana de hermanas a las que había castigado su Ajah o que se habían impuesto una penalización ellas mismas, por dolorosa que fuera, una dosis de correa acababa mucho antes que rastrillar paseos del jardín durante un mes, pero Silviana mostraba bastante menos clemencia con las hermanas que con las novicias o las Aceptadas a su cargo. Más de una hermana se había pasado unos cuantos días preguntándose si un mes manejando un rastrillo no habría sido preferible, después de todo.

Se escabulleron hacia la puerta, ansiosas por salir. Asentadas o no, nadie pondría los pies en ese piso alto de la Torre sin ser convocado personalmente por Elaida. Toqueteando su estola de rayas, Elaida acentuó la sonrisa, que se tornó complacida. Sí, era la señora de la Torre Blanca. Como le correspondía a la Sede Amyrlin.

Antes de que el grupo de Asentadas llegara a la puerta, la hoja izquierda se abrió y dio paso a Alviarin; la blanca estola de Guardiana casi pasaba inadvertida con el níveo vestido de seda, que hacía parecer sucio el de Velina en comparación.

Elaida sintió que su sonrisa se torcía y empezaba a borrarse de su rostro. Alviarin llevaba una única hoja de papel en su esbelta mano. Era extraño en lo que una se fijaba en un momento así. La mujer había estado ausente casi dos semanas, desapareciendo de la Torre sin decir nada ni dejar una nota, y nadie la había visto siquiera marcharse; Elaida había empezado a albergar vanas ilusiones, imaginando a la Blanca tendida en un ventisquero o arrastrada por las aguas de un río, debajo de una capa de hielo.

Las seis Asentadas se frenaron de golpe, indecisas, cuando Alviarin no se apartó del umbral. Ni siquiera una Guardiana con la influencia de la Blanca obstruía el paso a las Asentadas. No obstante, Velina, por lo general la mujer más dueña de sí misma de toda la Torre, se encogió por alguna razón. Alviarin miró primero a Elaida, con frialdad, después estudió a las Asentadas un momento, y lo entendió todo.

—Creo que deberías dejarme eso a mí —le dijo a Sedore en un tono sólo una fracción más cálido que la nieve del exterior—. A la madre le gusta considerar cuidadosamente sus decretos, como sabes. No sería la primera vez que cambia de opinión después de haberlos firmado.

Tendió la esbelta mano y Sedore, cuya arrogancia era notable incluso entre las Amarillas, apenas vaciló antes de entregarle la carpeta de cuero.

Elaida rechinó los dientes de rabia. Sedore había detestado pasar cinco días con los brazos metidos hasta los codos en agua caliente y fregando suelos, pero encontraría algo menos cómodo para ella la próxima vez. Quizá, después de todo, una visita a Silviana. ¡Incluso limpiar pozos negros!

Alviarin se apartó a un lado sin decir palabra y las Asentadas salieron ajustándose chales, murmurando entre dientes, recuperando la dignidad de la Antecámara. La Guardiana cerró enérgicamente la puerta a sus espaldas y se encaminó hacia Elaida al tiempo que hojeaba los papeles guardados en la carpeta, los decretos que había firmado confiando en que Alviarin estuviera muerta. Por supuesto, no lo había dejado todo a la esperanza. No había hablado con Seaine, por si acaso alguien la veía y se lo contaba a Alviarin cuando regresara, pero indudablemente Seaine estaba actuando según las instrucciones, siguiendo el camino de la traición que irremediablemente la llevaría hasta Alviarin Freidhen. Pero realmente había tenido esperanzas. ¡Oh, sí, cómo había esperado que se cumplieran sus vanas ilusiones!

—Esto puede tramitarse, supongo —murmuró para sí Alviarin mientras revolvía la carpeta—. Pero esto no. Ni esto. ¡Y, por supuesto, esto ni pensarlo! —Arrugó un decreto, firmado y sellado por la Sede Amyrlin, y lo tiró al suelo con desdén. Se detuvo junto al sillón dorado de Elaida, cuyo alto respaldo estaba rematado con la Llama de Tar Valon hecha en piedras de la luna incrustadas, y soltó bruscamente la carpeta y la hoja que había llevado sobre el escritorio. Después abofeteó a Elaida tan fuerte que ésta vio motitas negras.

»Creía que habíamos dejado esto bien claro, Elaida. —La voz de la monstruosa mujer hacía que la ventisca del exterior pareciera cálida—. Sé cómo salvar a la Torre de tus errores garrafales, pero no permitiré que cometas otros a mi espalda. Si persistes en esta actitud, ¡ten por seguro que haré que se te destituya, se te neutralice y se te haga aullar bajo la vara delante de todas las iniciadas e incluso de toda la servidumbre!

No sin esfuerzo, Elaida logró no llevarse la mano a la mejilla. No necesitaba un espejo para saber que la tenía enrojecida. Debía ser prudente. Seaine no había encontrado nada todavía, o en caso contrario habría acudido al despacho. Alviarin podía abrir la boca y revelar a la Antecámara todo el desastroso secuestro del chico al'Thor. Podía conseguir que la destituyeran, la neutralizaran y la varearan sólo con eso, pero la Blanca tenía otra cuerda en su arco. Toveine Gazal conducía a cincuenta hermanas y doscientos hombres de la Guardia de la Torre contra la Torre Negra que, en el momento de dar la orden, Elaida había estado convencida de que sólo albergaba dos o tres varones capaces de encauzar. Con todo, y aunque fuesen cientos —¡cientos!; bajo la fría mirada de Alviarin, esa idea todavía le revolvía el estómago—, aun siendo cientos de esos Asha'man, tenía esperanzas en la misión de Toveine. Había tenido la Predicción que la Torre Negra sería arrasada con fuego y sangre y que las hermanas caminarían por su recinto. A buen seguro, eso significaba que, de algún modo, Toveine triunfaría. Más aún, el resto de la Predicción le había revelado que la Torre recobraría toda su antigua gloria bajo su dirección y que al propio al'Thor le daría pavor su ira. Alviarin había oído las palabras saliendo de su boca cuando la

Predicción se apoderó de ella. Pero no lo había recordado después, cuando empezó a hacerle chantaje, no había comprendido su propia perdición. ¡Lo pagaría con creces! Pero debía tener paciencia. Por ahora.

Sin intentar siquiera disimular su desdén, Alviarin apartó a un lado la carpeta y colocó la hoja suelta delante de Elaida. A continuación abrió la escribanía verde y dorada, mojó la pluma de Elaida en el tintero y se la tendió bruscamente.

—Firma.

Elaida cogió la pluma preguntándose en qué locura plasmaría su nombre esta vez. ¿Otro incremento de la Guardia de la Torre, cuando las rebeldes serían aplastadas antes de que los soldados fueran de utilidad? ¿Otro intento de hacer que los Ajahs revelaran públicamente qué hermana dirigía cada uno de ellos? ¡Eso sí que se había estrellado por su propio peso! Leyó rápidamente la hoja y, a medida que lo hacía, sintió un nudo en el estómago que crecía conforme avanzaba en la lectura. Dar a cada Ajah autoridad absoluta sobre cualquier hermana que se encontrara en su área, sin importar a qué Ajah perteneciera, había sido la peor barbaridad hasta ese momento —¿de qué modo podía salvar a la Torre cortar en pedazos su propia estructura?—, pero ¡esto!

> «Sepa el mundo que Rand al'Thor es el Dragón Renacido. Sepa el mundo que es un varón que puede tocar el Poder Único. Hombres así han sido y son competencia de la Torre, que ha ejercido esa potestad desde tiempos inmemoriales. Al Dragón Renacido se le garantiza la protección de la Torre, pero aquellos que intenten una aproximación a él sin la mediación de la Torre son convictos de traición contra la Luz, y se pronuncia anatema contra ellos ahora y para siempre. El mundo puede descansar tranquilo sabiendo que la Torre Blanca guiará sin peligro al Dragón Renacido a la Última Batalla y al inevitable triunfo.»

Aturdida, añadió «de la Luz» a continuación de «triunfo» de manera automática, pero entonces su mano se quedó paralizada. Que se reconociera públicamente a Rand al'Thor como el Dragón Renacido, pase, puesto que lo era, y ello quizás indujera a muchos a aceptar como cierto el rumor de que ya se había arrodillado ante ella, lo cual resultaría muy útil, pero en cuanto al resto, le parecía increíble que pudiera derivarse tanto daño de tan pocas palabras.

—Que la Luz tenga piedad de nosotras —imploró fervientemente—. Si esto se proclama, será imposible convencer a al'Thor de que su secuestro no fue sancionado.
—Sin eso ya resultaría difícil, pero no sería la primera vez que veía convencido a alguien de que no había ocurrido lo que había ocurrido hallándose presente mientras ocurría—. Y estará diez veces más alerta contra cualquier otro intento. Alviarin, en el

mejor de los casos, esto asustará y hará huir a algunos de sus seguidores. ¡En el mejor! —Probablemente, muchos se habrían implicado tan a fondo con él que no se atreverían a dar marcha atrás. Y, por supuesto, ¡menos aún si creían que el anatema ya pendía sobre sus cabezas!—. ¡Firmar esto sería tanto como prender fuego a la Torre con mis propias manos!

Alviarin suspiró con impaciencia.

—No habrás olvidado tu catecismo, ¿verdad? A ver, recítalo para que yo te oiga.

Los labios de Elaida se apretaron motu proprio. Uno de sus placeres en ausencia de esa mujer —no el mayor, pero sí un verdadero placer— había sido no verse obligada a repetir aquella asquerosa letanía a diario.

—Haré lo que se me mande —empezó finalmente, con voz inexpresiva. ¡Era la Sede Amyrlin!—. Diré lo que tú ordenes que diga y nada más. —Su Predicción estipulaba su triunfo, pero, ¡oh, Luz, que llegara pronto!—. Firmaré lo que me ordenes que firme. Me... —Se atragantó sin poder remediarlo—. Me someto a tu voluntad.

—Lo dices como si necesitaras que se te recuerde la verdad de esas palabras —manifestó Alviarin con otro suspiro—. Supongo que te he dejado sola demasiado tiempo. —Dio unos golpecitos perentorios con el dedo en el documento—. Firma.

Elaida lo hizo, arrastrando la pluma sobre el papel. No tenía opción. Alviarin apenas esperó a que la punta de la pluma se levantara para coger el decreto.

—Yo misma lo sellaré —dijo mientras se encaminaba a la puerta—. No tendría que haber dejado el sello de la Amyrlin donde pudieras encontrarlo. Quiero hablar contigo más tarde. Verdaderamente, te he dejado a tu libre albedrío demasiado tiempo. Asegúrate de estar aquí cuando regrese.

—¿Más tarde? —preguntó Elaida—. ¿Cuándo? ¡Alviarin!

La puerta se cerró detrás de la mujer, dejando a Elaida consumida por la rabia. ¡Que estuviera allí cuando regresara! ¡Confinada en sus aposentos como una novicia en una celda de castigo!

Durante un rato, toqueteó la caja de correspondencia, con sus halcones dorados luchando entre nubes blancas en un cielo azul, pero fue incapaz de abrirla. En ausencia de Alviarin, esa caja había empezado de nuevo a contener cartas e informes importantes, no sólo las sobras del mantel que la Blanca le echaba, pero con su regreso, habría dado igual que hubiese estado vacía. Se levantó del sillón y se puso a arreglar las rosas en los jarrones blancos, cada uno de ellos colocado encima de un pedestal de mármol del mismo color, en las cuatro esquinas de la estancia. Rosas azules; las más raras.

De pronto se dio cuenta de que miraba fijamente el tallo roto de una rosa en sus manos, partido en dos. Había otra media docena caída sobre las baldosas. Emitió un sonido gutural. Había estado imaginando sus manos rodeando el cuello de Alviarin.

No era la primera vez que se planteaba la idea de asesinar a la mujer. Pero la Blanca habría tomado precauciones, a buen seguro. Documentos sellados que deberían abrirse si le pasaba algo, y sin duda se los habría entregado a la última hermana en la que ella pensaría. Aquélla había sido su única preocupación de verdad durante la ausencia de Alviarin, que alguien más pensara que había muerto y sacara a relucir la prueba que la despojaría de la estola. Antes o después, sin embargo, de uno u otro modo, Alviarin acabaría tronchada, como esas rosas...

—No respondíais a mi llamada a la puerta, madre, así que entré —dijo ásperamente una mujer a su espalda.

Elaida se volvió, dispuesta a reconvenirla con dureza, pero al ver a la baja y fornida mujer de rostro cuadrado, con chal de flecos rojos, que se encontraba en el cuarto, se quedó pálida.

—La Guardiana me dijo que queríais hablar conmigo —continuó en tono irritado Silviana— con respecto a una penitencia privada. —Aun tratándose de la Sede Amyrlin, no hizo esfuerzo alguno por disimular su desagrado. Silviana consideraba que la penitencia privada era una afectación ridícula. La penitencia era algo público; sólo el castigo ocurría en privado—. También me pidió que os recordase algo, pero se marchó rápidamente sin decirme qué. —Terminó con un resoplido. Silviana consideraba cualquier cosa que le restase tiempo de sus novicias y Aceptadas como una interrupción innecesaria.

—Creo que lo recuerdo —contestó Elaida en tono apagado.

Cuando Silviana se hubo marchado finalmente —sólo media hora después, según el toque del reloj de Cemaile, aunque le pareció una eternidad— lo único que frenó a Elaida de convocar a la Antecámara de inmediato a fin de exigir que se le quitase la estola de Guardiana a Alviarin, fue la certeza de su Predicción y el convencimiento de que Seaine seguiría el rastro de traición hasta la Blanca. También el hecho indudable de que tanto si Alviarin caía en la confrontación como si no, ella sí caería. En consecuencia, Elaida do Avriny a'Roihan, Vigilante de los Sellos, la Llama de Tar Valon, a buen seguro la dirigente más poderosa del mundo, yació boca abajo en su cama lloriqueando contra la almohada, segura de que cuando Alviarin regresara insistiría en que estuviera sentada durante toda la entrevista. Lloriqueó y rezó para que la caída de la Blanca ocurriera pronto.

—No te ordené que hicieses... varear a Elaida —manifestó la voz cristalina—. ¿Te has excedido en tus atribuciones?

Alviarin, puesta de rodillas, se postró boca abajo en el suelo ante la mujer que parecía hecha de sombras y luz plateada. Cogió el repulgo del vestido de Mesaana y lo cubrió de besos. El tejido de Ilusión —tenía que serlo, aunque no veía un solo hilo de *Saidar* ni tampoco percibía la habilidad de encauzar en la mujer— fluctuó,

inestable, con su desesperado toqueteo del borde de la falda. Seda de color broncíneo, con un estrecho remate de volutas bordadas en negro, se hizo visible en parpadeos intermitentes y fugaces a través de la Ilusión creada.

—Vivo para serviros y obedeceros, Insigne Señora —jadeó Alviarin entre beso y beso—. Sé que estoy entre los más bajos de los bajos, un gusano en vuestra presencia, y sólo aspiro a merecer vuestra sonrisa.

Ya había sido castigada una vez por «excederse en sus atribuciones», no por desobediencia, ¡gracias al Gran Señor de la Oscuridad!, y sabía que aunque Elaida estuviese chillando en ese momento, no sería ni la mitad de fuerte que lo que había chillado ella. Mesaana dejó que el besuqueo del repulgo continuara unos segundos más y finalmente le puso fin empujando la barbilla de Alviarin con la puntera del escarpín para que levantase la cabeza.

—El decreto ha sido despachado.

—Sí, Insigne Señora. —Se apresuró a contestar a pesar de que no era una pregunta—. Se enviaron copias a Puerto del Norte y Puerto del Sur antes incluso de que Elaida lo firmara. Los primeros correos han salido, y ningún mercader partirá de la ciudad sin copias para distribuirlas. —Mesaana estaba enterada de eso, naturalmente. Lo sabía todo. Alviarin sintió un calambre en la nuca por la postura forzada del cuello, pero no se movió. Mesaana le diría cuándo podía hacerlo—. Insigne Señora, Elaida es una cáscara vacía. Con toda humildad, ¿no sería mejor no tener que utilizarla? —Contuvo el aliento. Con los Elegidos, hacer preguntas podía resultar peligroso.

Un dedo de sombras y luz plateada dio golpecitos sobre los labios plateados, fruncidos en una sonrisa divertida.

—¿Quieres decir que sería mejor si tú llevases la estola de Amyrlin, pequeña? —dijo por último—. Una ambición lo bastante insignificante para que sea apropiada para ti, pero cada cosa a su tiempo. Por el momento, tengo una pequeña tarea que encomendarte. A pesar de los muros que se han alzado entre los Ajahs, sus cabezas parecen encontrarse con sorprendente frecuencia. Hacen que parezca como por casualidad. Al menos todas, excepto la Roja; lástima que Galina hiciera que la mataran, porque te habría dicho lo que se traen entre manos. Casi con toda seguridad será algo trivial, pero has de enterarte por qué enseñan los dientes en público y después intercambian susurros en privado.

—Escucho y obedezco, Insigne Señora —repuso Alviarin, agradecida de que Mesaana lo considerase poco importante. El gran «secreto» de quién dirigía cada Ajah no era tal para ella, hasta a una hermana Negra se le exigía transmitir al Consejo Supremo todo lo que se comentaba en su supuesto Ajah, pero de ellas sólo Galina había sido Negra. Eso significaba preguntar a las hermanas Negras que había en la Antecámara, lo que a su vez significaba pasar por todas las capas existentes entre esas

mujeres y ella. Llevaría tiempo, y el éxito no estaba asegurado. Con excepción de Ferane Neheran y Suana Dragand, que eran cabezas de sus Ajahs, las Asentadas rara vez parecían saber qué pensaba la cabeza de su Ajah hasta que se les comunicaba—. Os informaré tan pronto como me entere, Insigne Señora.

Pero archivó un dato. Fuese o no trivial, Mesaana no sabía todo lo que pasaba en la Torre Blanca. Y ella estaría muy pendiente por si veía a una hermana con falda de color bronce y el repulgo bordado en volutas negras. Mesaana se ocultaba en la Torre, y el conocimiento era poder.

26. Un pequeño detalle adicional

Seaine deambulaba por los pasillos de la Torre con una creciente sensación de estar perdida a cada paso. La Torre Blanca era muy grande, cierto, pero aquello duraba varias horas. Ansiaba encontrarse en su acogedor cuarto. A pesar de las vidrieras que aislaban todas las ventanas, había corrientes en los anchos corredores adornados con tapices que hacían titilar las llamas de las lámparas de pie. Corrientes frías, y no resultaba fácil hacer caso omiso de ellas cuando se colaban por debajo de la falda. En sus aposentos estaba caliente, cómoda y segura.

Las doncellas saludaban con reverencias y los criados inclinaban la cabeza a su paso, sin que apenas reparara en ellos. La mayoría de las hermanas se encontraban en los sectores de sus Ajahs, y las pocas que habían salido de ellos caminaban con cauteloso orgullo, a menudo en parejas y siempre del mismo Ajah, con los chales bien extendidos por los brazos, exhibiéndolos como una bandera. Sonrió y saludó con la cabeza a Talene, pero la escultural Asentada de cabello dorado le dirigió una mirada dura que convirtió su belleza en una talla de hielo, y después se alejó ajustándose el chal de flecos verdes.

Demasiado tarde ya para plantear a la Verde tomar parte en la investigación, aun en el caso de que Pevara hubiese estado de acuerdo. Pevara aconsejó ir con precaución, mucha precaución, y, a decir verdad, Seaine estaba más que dispuesta a hacerle caso considerando las circunstancias. Sólo que Talene era una amiga. Había sido una amiga.

La reacción de la Verde no era de las peores. Varias hermanas se habían mostrado desdeñosas con ella, sin disimulo. ¡A una Asentada! Ninguna Blanca, por supuesto, pero ser de otro Ajah no justificaba tal comportamiento. Las normas debían observarse, fuese cual fuese la situación que atravesara la Torre. Juilaine Madome, una mujer alta y atractiva, con el oscuro cabello corto, que había ocupado un asiento en la Antecámara en representación de las Marrones hacía menos de un año, le rozó al pasar a su lado y continuó adelante con aquellas zancadas hombrunas, sin disculparse siquiera. Saerin Asnobar, otra Asentada Marrón, le lanzó una mirada ceñuda y hosca mientras toqueteaba el cuchillo curvo, que siempre llevaba metido debajo del cinturón, antes de desaparecer por un pasillo lateral. Saerin era altaranesa; unos leves toques blancos en las sienes resaltaban una fina y desvaída cicatriz que le cruzaba la tez olivácea, y sólo un Guardián podía igualar su expresión ceñuda.

Quizá todo aquello era de esperar. Se habían producido varios incidentes desafortunados recientemente, y ninguna hermana olvidaría haber sido echada sin contemplaciones de los pasillos adyacentes al sector de otro Ajah, y mucho menos lo que a veces acompañaba a eso. Corría el rumor de que las Rojas habían herido algo más que el orgullo de una Asentada —¡una Asentada!—, aunque no quién era.

Lástima que la Antecámara no pudiera obstaculizar el absurdo decreto de Elaida, pero un Ajah detrás de otro se habían lanzado a aprovechar las nuevas prerrogativas, y pocas Asentadas estaban dispuestas a derogarlas ahora que se habían instaurado; el resultado era una Torre dividida casi en campamentos armados. Si anteriormente Seaine había pensado que el ambiente de la Torre era un hervidero de murmuraciones y desconfianza, ahora, además, estaba aderezado con acritud.

Chasqueó la lengua, irritada, y se ajustó el chal de flecos blancos mientras Saerin desaparecía. Era ilógico dar un respingo porque una altaranesa mirase ceñuda —ni siquiera Saerin llegaría más lejos; seguro que no— y aún más ilógico preocuparse por lo que no estaba en sus manos cuando tenía una tarea que llevar a cabo.

Y entonces, después de toda una mañana de infructuosa búsqueda, dio un paso y vio a la mujer que intentaba localizar caminando hacia ella. Zerah Dacan era una joven delgada, de cabello negro y aire orgulloso, adecuadamente dueña de sí misma y, a juzgar por las apariencias, inmune a las corrientes encrespadas que corrían por la Torre en esos días. Bueno, no era exactamente una joven, pero Seaine estaba convencida de que aún no hacía cincuenta años que llevaba el chal de flecos blancos. Era inexperta. Relativamente. Eso podría ser de ayuda.

Zerah no hizo intención de eludir a una Asentada de su propio Ajah, e inclinó respetuosamente la cabeza cuando Seaine llegó a su altura. Las mangas de su níveo vestido, así como una ancha banda al borde de la falda, llevaban mucho bordado en oro, una ostentación poco corriente entre las hermanas del Ajah Blanco.

—Asentada —saludó. ¿Había en sus azules ojos un atisbo de preocupación?

—Te necesito para algo —dijo Seaine más tranquila de lo que se sentía. Probablemente estaba trasladando sus propios sentimientos a los ojos de Zerah—. Ven conmigo.

No había nada que temer; no en pleno corazón de la Torre Blanca. Pero mantener las manos enlazadas a la altura de la cintura, sin crisparlas, requirió un gran esfuerzo por su parte. Como era de esperar, Zerah la siguió con sólo un murmullo de aquiescencia. Caminó al lado de Seaine con notable gracia mientras bajaban amplias escaleras de mármol y anchas rampas curvadas; sólo frunció ligeramente el entrecejo cuando Seaine abrió una puerta de la planta baja, que daba a una escalera estrecha que descendía en espiral hacia la oscuridad.

—Tú primero, hermana —dijo Seaine mientras encauzaba una pequeña esfera de luz. Según el protocolo, debería haber precedido a la otra mujer, pero se sentía incapaz de hacer tal cosa.

Zerah empezó a bajar sin vacilación. Lógicamente, no tenía nada que temer de una Asentada, una Asentada Blanca. Lógicamente, Seaine le diría lo que quería cuando llegara el momento oportuno, y no sería nada que ella no pudiese hacer. Ilógicamente, Seaine sintió un cosquilleo en el estómago, como si tuviese dentro una

enorme polilla revoloteando. Luz, estaba asiendo el *Saidar*, y la otra mujer, no. En cualquier caso, Zerah era más débil que ella. No había nada que temer. Pero eso no sirvió para que cesara el nervioso cosquilleo en su estómago.

Bajaron más y más, cruzaron puertas que llevaban a sótanos y subsótanos, hasta que llegaron al nivel más profundo, debajo incluso del lugar donde las Asentadas pasaban las pruebas. El oscuro corredor sólo estaba alumbrado por la pequeña esfera luminosa de Seaine. Llevaban recogidas las faldas, pero sus escarpines levantaban pequeñas nubes de polvo a pesar del cuidado con que pisaban. Puertas de madera lisas jalonaban las suaves paredes de piedra, muchas de ellas con grandes pegotes de herrumbre en lugar de goznes y cerraduras.

—Asentada, ¿qué nos trae aquí abajo? —preguntó Zerah, mostrando finalmente cierta duda—. No creo que nadie haya venido a este sitio desde hace años.

Seaine estaba segura de que su visita, unos cuantos días antes, había sido la primera a ese nivel durante el último siglo. Ésa era una de las razones por la que Pevara y ella habían elegido el lugar.

—Es aquí —dijo mientras empujaba una puerta, que se abrió rechinando sólo un poco. No se conseguiría quitar toda la herrumbre por mucho aceite que se le echara, y los intentos de utilizar el Poder habían sido infructuosos. Su habilidad con la Tierra era mejor que la de Pevara, pero eso no quería decir que fuera mucha.

Zerah entró y parpadeó con sorpresa. En un cuarto, por lo demás vacío, Pevara estaba sentada detrás de una raída aunque sólida mesa, con tres pequeñas banquetas alrededor. No había resultado fácil bajar esos pocos muebles, sobre todo cuando no podía confiarse en los sirvientes. Quitar el polvo había sido más sencillo, aunque no menos desagradable, y eliminar el polvo del corredor, cosa necesaria después de cada visita, era sencillamente oneroso.

—Estaba a punto de renunciar a seguir sentada en la oscuridad —gruñó Pevara. El brillo del *Saidar* la rodeó mientras alzaba una linterna que había debajo de la mesa y la encendía, proporcionando tanta luz como el antiguo almacén de toscas paredes merecía. En cierto modo regordeta y generalmente bonita, la Asentada Roja semejaba un oso con dolor de muelas—. Queremos hacerte unas preguntas, Zerah.

Acto seguido escudó a la mujer al tiempo que Seaine cerraba la puerta. El semblante de Zerah conservó la calma, pero ella tragó saliva de manera audible.

—¿Sobre qué, Asentadas? —También había un leve temblor en su voz. Sin embargo, podía deberse simplemente al ambiente de la Torre.

—Sobre el Ajah Negro —repuso fríamente Pevara—. Queremos saber si eres una Amiga Siniestra.

La estupefacción y la indignación rompieron la calma de Zerah. La mayoría habría considerado aquello suficiente como negativa, pero la mujer más joven espetó:

—¡No tengo por qué aguantar eso de ti! ¡Vosotras, las Rojas, habéis estado

creando falsos Dragones durante años! ¡Si queréis saber mi opinión, no tenéis que salir del sector de las Rojas para encontrar hermanas Negras!

La ira ensombreció el rostro de Pevara. Su lealtad a su Ajah era fuerte, ni que decir tiene, pero lo peor es que su familia había muerto a manos de Amigos Siniestros. Seaine decidió intervenir antes de que Pevara recurriese a la fuerza bruta. No tenían pruebas contra Zerah. Todavía.

—Siéntate, Zerah —dijo con toda la afabilidad posible—. Siéntate, hermana.

Zerah se giró hacia la puerta como si pudiese desobedecer la orden de una Asentada —¡y de su propio Ajah!— pero finalmente tomó asiento en uno de los bancos, muy tiesa, justo al borde.

Antes de que Seaine hubiese acabado de sentarse, dejando a Zerah entre las dos, Pevara soltó la Vara Juratoria de marfil blanco sobre el estropeado tablero de la mesa. Seaine suspiró. Eran Asentadas, con pleno derecho a utilizar el *ter'angreal* que quisieran, pero había sido ella quien lo había escamoteado —no podía evitar pensar en ello como un escamoteo al no haber seguido ninguno de los procedimientos marcados— y todo el tiempo, en el fondo de su mente, había tenido la certeza de que se daría media vuelta y se encontraría con Sereille Bagand, muerta mucho tiempo antes, plantada delante de ella, dispuesta a sacarla del estudio de la Maestra de Novicias cogida por la oreja. Irracional, pero no menos real.

—Queremos asegurarnos de que dices la verdad —manifestó Pevara, que todavía parecía un oso enfurecido—, así que prestarás juramento con esto y después volveré a preguntártelo.

—No debería someterme a esto —replicó Zerah, lanzando una mirada acusadora a Seaine—, pero volveré a prestar todos los Juramentos, si es lo que hace falta para satisfaceros. Y luego exigiré una disculpa a las dos. —No hablaba como una mujer que estaba escudada y a la que se le había hecho semejante pregunta. Casi con desprecio, extendió la mano hacia la fina vara, que brillaba a la débil luz de la linterna.

—Jurarás obedecernos a las dos sin reservas —dijo Pevara, y la mano de la mujer más joven se retiró rápidamente, como si la vara fuese una víbora enroscada. Pevara continuó al tiempo que empujaba el *ter'angreal* hacia ella, con dos dedos—. De ese modo, podemos pedirte que respondas sinceramente y sabremos que así lo harás, y si das la respuesta equivocada, sabemos que obedecerás y nos ayudarás a dar caza a tus hermanas Negras. La Vara puede utilizarse para liberarte del juramento, si das la respuesta correcta.

—*¿Liberarme?* —exclamó Zerah—. No sé de nadie que se haya desvinculado de un juramento prestado sobre la Vara Juratoria.

—Ése es el motivo por el que tomamos estas precauciones —intervino Seaine—. Lógicamente, una hermana Negra tiene que poder mentir, lo que significa que debe

haberse desvinculado al menos de ese Juramento y probablemente de los otros dos también. Pevara y yo hicimos pruebas y descubrimos que el procedimiento es muy semejante a prestar juramento. —No mencionó lo doloroso que había sido, sin embargo; tanto como para hacerlas llorar a ambas. Tampoco mencionó que a Zerah no se la liberaría del nuevo juramento, fuese cual fuese su respuesta; no hasta que la búsqueda del Ajah Negro llegase a su fin. Para empezar, no podían dejarla que saliera de allí para ir a protestar por el interrogatorio, cosa que sin duda haría, y con toda razón, si no era una Negra. Si no lo era.

¡Luz, cómo deseaba Seaine haber encontrado a una hermana de otro Ajah que encajase con los criterios que habían establecido! Una Verde o una Amarilla habría ido de perillas. Las unas y las otras eran altaneras en el mejor de los casos, ¡y últimamente...! No. No iba a caer presa de la enfermedad que se extendía por toda la Torre. Sin embargo, no podía evitar que ciertos nombres le pasaran por la cabeza, los de una docena de Verdes y el doble de Amarillas, y todas ellas sobrepasando con creces el punto en que se hacía necesario bajarles los humos y ponerlas en su sitio. ¡Mira que demostrar desdén a una Asentada!

—¿Decís que os habéis *liberado* de uno de los Juramentos? —Zerah parecía escandalizada, inquieta y sobresaltada al mismo tiempo. Reacciones perfectamente razonables.

—Y lo prestamos de nuevo —contestó Pevara, impaciente. Asió la fina vara y encauzó un pequeño flujo de Energía hacia uno de los extremos, todo ello manteniendo el escudo de Zerah—. Por la Luz, juro no pronunciar una sola palabra que no sea verdad. Por la Luz, juro no crear armas para que un hombre mate a otro. Por la Luz, juro no utilizar el Poder Único como arma excepto contra los Engendros de la Sombra o como último recurso en defensa de mi vida, la vida de mi Guardián o la de otra hermana. —No torció el gesto en la parte referente al Guardián; las nuevas hermanas destinadas a integrarse en el Ajah Rojo a menudo lo hacían cuando prestaban el juramento—. No soy una Amiga Siniestra. Espero que eso te satisfaga. —Enseñó los dientes a Zerah, pero no quedó muy claro si se trataba de una sonrisa o de una especie de gruñido.

A su vez, Seaine prestó de nuevo los Juramentos, y cada uno de ellos le produjo una leve y momentánea presión en todo su cuerpo, desde el cuero cabelludo hasta las plantas de los pies. En realidad, apenas si notó la presión, teniendo aún la sensibilidad a flor de piel por haber mentido después de repetir el Juramento de no decir mentiras. Afirmar que Pevara tenía barba o que las calles de Tar Valon estaban pavimentadas con queso había resultado extrañamente regocijador durante un rato —incluso Pevara había reído—, pero ahora no merecía la pena el malestar. Hacer esa prueba no había sido realmente necesario, a su entender. Lógicamente, tenía que ser así. Decir que no era una Negra casi le enredó la lengua —le parecía repugnante verse obligada a negar

tal cosa— pero le tendió la Vara Juratoria a Zerah con un firme cabeceo.

Rebullendo en el banco, la esbelta mujer giró la suave vara blanca entre sus dedos y tragó saliva con esfuerzo. La pálida luz de la linterna le daba un color enfermizo a su tez. Las miró alternativamente, con los ojos muy abiertos, y después sus manos se cerraron sobre el *ter'angreal* al tiempo que asentía.

—Exactamente como he dicho —gruñó Pevara al tiempo que volvía a encauzar Energía en la Vara—, o repetirás el juramento hasta que lo hagas correctamente.

—Juro obedeceros a las dos sin reservas —pronunció Zerah con voz tensa, y después se estremeció cuando el juramento ejerció su control. Siempre se notaba más presión con el primero—. Peguntadme sobre el Ajah Negro —exigió; sus manos temblaban sobre la Vara—. ¡Preguntad sobre el Ajah Negro! —La intensidad de la mujer reveló la respuesta a Seaine antes de que Pevara soltara el flujo de Energía e hiciera la pregunta, ordenando absoluta sinceridad—. ¡No! —gritó Zerah—. ¡No soy del Ajah Negro! ¡Y ahora, cancelad este juramento! ¡Libradme de él!

Seaine se hundió con desaliento, apoyando los codos en la mesa. Ciertamente no había querido que Zerah respondiese que sí, pero había tenido la seguridad de que la pillarían en una mentira. Una mentira descubierta, o eso había parecido, tras semanas de investigación. ¿Cuántas semanas más de búsqueda tenían por delante? ¿Y de mirar hacia atrás desde que se despertaba hasta que se dormía? Cuando conseguía conciliar el sueño.

Pevara señaló a la mujer más joven con aire acusador.

—Les dijiste a otras que venías del norte.

—Cierto —contestó lentamente Zerah, cuyos ojos se habían abierto mucho otra vez—. Bajé por la orilla del Erinin hasta Jualdhe. ¡Ahora, liberadme de este juramento!

—En la sudadera de tu montura se encontraron ajonjeras y cardos estrellados. Ninguna de esas dos plantas se ven a ciento cincuenta kilómetros al sur de Tar Valon.

Zerah se puso de pie bruscamente.

—¡Siéntate! —espetó Pevara.

La mujer se dejó caer en el banco pesadamente, pero ni siquiera se encogió. Estaba temblando. No, tiritaba. Tenía la boca prieta; de otro modo, a Seaine no le cabía duda de que sus dientes habrían castañeteado. Luz, la pregunta sobre el norte o el sur la asustaba más que una acusación de ser Amiga Siniestra.

—¿Desde dónde partiste? —preguntó lentamente—. ¿Y por qué? —Su intención era aclarar por qué había estado dando un rodeo, lo que obviamente había hecho, sólo para ocultar de qué dirección procedía, pero las respuestas salieron a borbotones de la boca de Zerah.

—Desde Salidar —chirrió. No había un término mejor para el sonido de su voz. Todavía asiendo la Vara Juratoria, se retorció en el banco. Las lágrimas desbordaron

sus ojos, que estaban desorbitados y clavados en Pevara. Las palabras fluyeron imparables, aunque ahora los dientes le castañeteaban de verdad—. Vi-vine para ase-asegurarme de que todas las hermanas su-supieran lo de las R-Rojas y Logain, y que así dep-depusieran a Elaida y la T-Torre pueda recobrar la unidad. —Con un gemido, empezó a gritar sin parar, con la vista prendida en la Asentada Roja.

—Bien —dijo Pevara. Luego repitió en tono más severo—. ¡Bien! —Su semblante era la viva imagen de la compostura, pero el brillo de sus oscuros ojos distaba mucho del travieso que Seaine recordaba de la época en que una era novicia y la otra Aceptada—. Así que tú eres la fuente de ese... rumor. ¡Vas a presentarte ante la Antecámara y lo confesarás como la mentira que es! ¡Admite que es una mentira, muchacha!

Los ojos de Zerah, ya abiertos de par en par, casi se salieron de las órbitas. La Vara cayó de sus manos y rodó sobre el tablero de la mesa, y la joven Blanca se asió la garganta. Un sonido ahogado salió de su boca abierta. Pevara la miraba estupefacta, pero de repente Seaine comprendió.

—Por la Luz bendita —exclamó—. No tienes que mentir, Zerah. —Las piernas de Zerah se sacudían debajo de la mesa como si la Blanca intentara ponerse de pie y le resultara imposible—. Díselo, Pevara. ¡Cree que es verdad! Le has ordenado decir la verdad y mentir. ¡No me mires así! ¡Ella lo cree! —Los labios de Zerah habían adquirido un tinte azulado. Sus párpados aletearon. Seaine alzó las manos en un gesto tranquilizador—. Pevara, le diste la orden así que, al parecer, debes retirarla, o se asfixiará ante nuestros ojos.

—Es una *rebelde* —masculló la Roja, que dio a esa palabra todo el desprecio que pudo. Pero luego suspiró—. Aún no se le ha sometido a la prueba. No tienes que... mentir, muchacha.

Zerah se desplomó hacia adelante, con la mejilla contra el tablero, inhalando entre sollozos entrecortados.

Seaine sacudió la cabeza, asombrada. No había considerado la posibilidad de juramentos *contradictorios*. ¿Y si el Ajah Negro no se limitaba a anular el Juramento contra la mentira, sino que lo reemplazaba por otro propio? ¿Y si reemplazaban los Tres, por los suyos? Pevara y ella tendrían que ir con mucho cuidado si daban con una hermana Negra, o podrían provocar su muerte antes de saber cuál era el conflicto. ¿Quizás, ante todo, una renuncia a *cualquier* juramento prestado —imposible llevarlo a cabo con más precisión al ignorar qué juraban las hermanas Negras— y a continuación prestar nuevamente los Tres? Luz, el dolor de ser liberada de todos a la vez no distaría mucho de someterla a interrogatorio. Quizá no se diferenciara ni poco ni mucho. Pero, ciertamente, una Amiga Siniestra merecía eso y mucho más. Si es que conseguían encontrar una.

Pevara contemplaba a la mujer jadeante sin el menor atisbo de compasión en su

rostro.

—Cuando se la someta a juicio por rebelión, me propongo formar parte del tribunal.

—Después de haberla sometido a la *prueba* —adujo pensativamente Seaine—. Sería una lástima perder la ayuda de una que sabemos que no es Amiga Siniestra. Y, puesto que es una rebelde, no debería preocuparnos mucho utilizarla. —Habían tenido varias discusiones, sin llegar a una conclusión en ninguna, con respecto a la segunda razón para mantener operativo el nuevo juramento. A una hermana sujeta por juramento a obedecer se la podía compeler, Seaine rebulló inquieta; aquello se parecía demasiado a la execrable Compulsión, una práctica prohibida, se la podía *inducir* a ayudar en la búsqueda, siempre y cuando no importara obligarla a aceptar el peligro, tanto si quería como si no—. No creo que enviaran sólo a una —continuó—. Zerah, ¿cuántas vinisteis a propagar esa historia?

—Diez —farfulló la mujer contra el tablero de la mesa; entonces se irguió bruscamente y las miró desafiante—. ¡No traicionaré a mis hermanas! ¡No les...! —Enmudeció de golpe y sus labios se fruncieron en un gesto de amargura al caer en la cuenta de que acababa de hacerlo.

—¡Nombres! —bramó Pevara—. ¡Dame sus nombres o te desollaré en este mismo momento!

Los nombres salieron de los labios de Zerah en contra de su voluntad. Obedeciendo la orden, ciertamente, más que por la amenaza. No obstante, ante la expresión severa del rostro de Pevara, Seaine tuvo la certeza de que la Roja no necesitaba mucha provocación para arrancarle la piel a tiras como a una novicia a la que se sorprende robando. Cosa curiosa, ella no sentía la misma animosidad. Repulsa sí, pero ni mucho menos tan fuerte. La mujer era una rebelde que había contribuido a romper la unidad de la Torre Blanca, cuando lo que una hermana debía hacer era aceptar cualquier cosa con tal de mantenerla íntegra. Sin embargo... Muy extraño.

—¿Estás conforme, Pevara? —preguntó cuando acabó la lista. La tozuda mujer sólo respondió con un seco cabeceo—. Muy bien. Zerah, traerás a Bernaile a mis aposentos esta tarde. —Había dos de cada Ajah, excepto del Azul y del Rojo, al parecer, pero mejor sería empezar con la otra Blanca—. Dirás únicamente que quiero hablar con ella de un asunto privado. No le advertirás por ningún medio, ni de palabra, acción u omisión. Después guardarás silencio y dejarás que Pevara y yo hagamos lo que es necesario. Has sido reclutada para una causa mejor que vuestra equivocada rebelión, Zerah. —Pues claro que era equivocada; a pesar de que Elaida estuviese llevando a extremos su poder—. Vas a ayudarnos a dar caza al Ajah Negro.

Zerah, con el rostro afligido, asintió involuntariamente a cada mandato, pero ante la mención de descubrir al Ajah Negro dio un respingo. ¡Luz, tenía que estar totalmente desquiciada por sus experiencias para no haberlo adivinado!

—Y dejarás de propagar esas... historias —añadió severamente Pevara—. A partir de este momento, no mencionarás al Ajah Rojo ni a falsos Dragones asociados. ¿Me has entendido?

El semblante de Zerah adoptó una expresión de hosca obstinación, pero su boca respondió:

—Os he entendido, Asentada. —Parecía a punto de romper a llorar otra vez de pura frustración.

—Entonces, quítate de mi vista —le espetó Pevara, soltando al mismo tiempo el escudo y el *Saidar*—. ¡Y recobra la compostura! ¡Límpiate la cara y arréglate el cabello! —Esto último lo dijo cuando la mujer más joven ya se había vuelto y se alejaba rápidamente de la mesa. Zerah tuvo que retirar las manos del cabello para abrir la puerta. Cuando ésta se cerró tras ella en medio de chirridos, Pevara resopló—. La creo completamente capaz de haberse presentado ante esa tal Bernaile toda desaliñada, con la esperanza de así advertirla.

—Tienes razón —admitió Seaine—. Pero ¿a quién pondremos sobre aviso si vamos por ahí lanzando miradas ceñudas a esas mujeres? En el mejor de los casos, llamaríamos la atención.

—Tal como están las cosas, Seaine, no llamaríamos la atención aunque fuésemos dándoles patadas por todo el recinto de la Torre—. Por su tono, habríase dicho que la idea le resultaba atractiva—. ¡Son *rebeldes*, y me propongo tenerlas atadas tan corto que chillarán si a una de ellas se le ocurre siquiera tener un mal pensamiento!

Siguieron dando vueltas sobre lo mismo. Seaine insistió en que bastaba con tener cuidado al dar las órdenes para no dejar abiertas escapatorias. Pevara hizo hincapié en que estaban dejando que diez rebeldes —¡diez!— se pasearan por la Torre sin recibir el merecido castigo. Seaine dijo que finalmente tendrían su castigo, y Pevara gruñó que finalmente no era lo bastante pronto para ella. Seaine siempre había admirado la fuerza de voluntad de la otra mujer, pero, sinceramente, a veces sólo era pura tozudez.

El débil chirrido de un gozne fue toda la advertencia que Seaine necesitó para poner la Vara en su regazo, ocultándola entre los pliegues de la falda, mientras la puerta se abría de par en par. Pevara y ella abrazaron la Fuente al unísono.

Saerin entró en el cuarto sosegadamente, sosteniendo una linterna, y se apartó a un lado para dejar paso a Talene; a ésta la siguió Yukiri, con otra luz, y Doesine, delgada como un muchacho y alta para ser cairhienina, la cual cerró la puerta con bastante contundencia para después apoyar la espalda en la hoja, como para impedir que alguien saliera. Cuatro Asentadas, representando a todos los otros Ajahs de la Torre. Parecieron pasar por alto el hecho de que Seaine y Pevara asieran el *Saidar*. La Blanca tuvo la repentina sensación de que el cuarto estaba muy abarrotado. Imaginación suya, irracional, pero...

—Qué extraño veros juntas a vosotras dos —comentó Saerin. Su semblante estaría sereno, pero sus dedos acariciaron la empuñadura del cuchillo curvo metido en el cinturón. Había conservado su asiento en la Antecámara durante cuarenta años, más tiempo que ninguna otra hermana, y todas habían aprendido a tener cuidado con su temperamento.

—Lo mismo podríamos decir de vosotras —replicó secamente Pevara. A ella nunca le impresionó el genio de Saerin—. ¿O es que habéis bajado aquí para ayudar a Doesine a intentar recuperar algo que ha perdido? —El repentino sonrojo de la Amarilla acentuó más si cabe la apariencia de muchachito guapo a pesar de su porte elegante, y reveló a Seaine qué Asentada se había aventurado demasiado cerca del sector de las Rojas con resultados lamentables—. Sin embargo, jamás habría pensado que algo así lograra reuniros. Las Verdes a la gresca con las Amarillas, las Marrones con la Grises... ¿O acaso las has traído aquí únicamente para sostener un duelo discreto, Saerin?

Seaine trató desesperadamente de encontrar la razón que había empujado a esas cuatro a bajar a lo más profundo de los cimientos rocosos de Tar Valon. ¿Qué podía vincularlas? Sus Ajahs —todos los Ajahs— estaban realmente como perro y gato. Elaida les había impuesto una penitencia a las cuatro. A ninguna Asentada le hacía gracia cumplir un castigo de Trabajos Domésticos, en especial cuando todo el mundo sabía por qué estaba fregando suelos o restregando ollas, pero algo así difícilmente podía considerarse un vínculo. ¿Qué otra cosa podía ser? Ninguna era de noble cuna. Saerin y Yukiri eran hijas de posaderos, Talene de granjeros, en tanto que el padre de Doesine había sido cuchillero. A Saerin la habían instruido en primer lugar las Hijas del Silencio, siendo la única de ese grupo que había alcanzado el chal. Todo un montón de tonterías absolutamente inútiles. De pronto, se le ocurrió algo que le dejó la boca seca: Saerin a menudo controlaba a duras penas el temperamento; Doesine había huido tres veces siendo novicia, si bien nunca había llegado más lejos de los puentes; Talene con seguridad había sido merecidamente castigada en más ocasiones que cualquier otra novicia en la historia de la Torre; Yukiri era siempre la última Gris en sumarse al consenso de sus hermanas cuando quería hacer las cosas de otra manera. A decir verdad, siempre era la última en sumarse a las decisiones de la Antecámara. A las cuatro se las consideraba rebeldes en cierto modo, y Elaida las había humillado a todas ellas. ¿Se habrían planteado que habían cometido un error apoyando la destitución de Siuan y el nombramiento de Elaida? ¿Habrían descubierto lo de Zerah y las otras? De ser así, ¿qué se proponían hacer?

Mentalmente, Seaine se preparó para tejer el *Saidar*, aunque sin demasiada esperanza de conseguir escapar. Pevara igualaba en fuerza a Saerin y a Yukiri, pero ella era más débil que cualquiera de las presentes, con excepción de Doesine. Se preparó. Y Talene adelantó un paso e hizo pedazos todas sus deducciones lógicas.

—Yukiri advirtió que vosotras dos andáis a hurtadillas de aquí para allí y queremos saber por qué. —El timbre de su voz, sorprendentemente profundo, denotaba un dejo iracundo a pesar de que su rostro parecía una máscara de hielo—. ¿Acaso las cabezas de vuestros Ajahs os han encomendado alguna tarea secreta? Públicamente, las cabezas de los Ajahs están a la greña más que cualesquiera de las demás, pero al parecer han estado escondiéndose por los rincones para hablar. Sea lo que fuere que estén tramando, la Antecámara tiene derecho a saberlo.

—Oh, ya está bien, Talene. —La voz de Yukiri era siempre aún más sorprendente que la de Talene. La mujer parecía una reina minúscula, con su atuendo de oscura seda plateada y encaje marfileño, pero hablaba como una acomodada granjera. Ella afirmaba que el contraste ayudaba en las negociaciones. Sonrió a Seaine y a Pevara como haría una soberana quizás insegura de hasta qué punto debía mostrarse deferente—. Os vi a las dos husmeando como hurones a la puerta de un gallinero, pero me callé. Podríais ser amigas «íntimas», que yo sepa, un asunto exclusivamente de vuestra incumbencia. Sí, me callé hasta que Talene empezó a alborotar sobre quiénes se escondían en los rincones. Yo misma he visto bastantes corrillos, y sospecho que algunas de esas mujeres podrían ser también cabezas de sus Ajahs, de modo que... A veces seis y seis suman doce, y a veces dan un resultado erróneo. Decídnoslo si lo sabéis, ahora. La Antecámara está en su derecho.

—Y nadie se mueve de aquí hasta que lo digáis —intervino Talene aún más acaloradamente que antes.

Pevara resopló y se cruzó de brazos.

—Si la cabeza de mi Ajah habla conmigo, no veo razón para que os cuente qué me dice. En cualquier caso, lo que Seaine y yo estábamos discutiendo no tiene nada que ver con el Rojo o el Blanco. Id a fisgonear a otro sitio. —Pero no soltó el *Saidar*. Y tampoco Seaine.

—Esto no sirve para un carajo, y así me condene si no lo sabía —rezongó Doesine desde su posición junto a la puerta—. ¿Por qué puñetas me dejé convencer para meterme en...? Igual que lo sabía jodidamente bien todo el mundo, o ya nos habríamos llevado una somanta de palos en presencia de toda la jodida Torre.

A veces también tenía tan mala lengua como un muchacho; un muchacho al que habría que lavarle la boca con jabón. Seaine se habría levantado para marcharse si no hubiese temido que las rodillas no la sostuvieran. Pevara se puso de pie y enarcó una ceja con gesto impaciente hacia las mujeres que se interponían entre ella y la puerta. Saerin toqueteó la empuñadura de su cuchillo y les clavó una mirada entre inquisitiva y perpleja, sin moverse un centímetro.

—Un acertijo —murmuró. De repente se adelantó y con la mano libre hurgó en los pliegues de la falda de Seaine tan súbitamente que ésta dio un respingo.

Seaine intentó mantener oculta la Vara, con el resultado de que Saerin acabó

sosteniendo el *ter'angreal* por un extremo, a la altura de la cintura. mientras ella agarraba la otra punta y un puñado de la falda.

—Me encantan los acertijos —dijo Saerin.

Seaine soltó y se arregló el vestido; no creía que pudiera hacer otra cosa. La aparición de la Vara provocó un momentáneo alboroto cuando casi todas se pusieron a hablar a la vez.

—Rayos y centellas —gruñó Doesine—. ¿Estáis aquí abajo ascendiendo al jodido chal a nuevas hermanas?

—Oh, déjalo ya, Saerin —rió Yukiri, interrumpiéndola—. Sea lo que fuere lo que se traen entre manos, es asunto suyo.

—¿Y por qué otra cosa están reuniéndose en secreto, si no es algo relacionado con las cabezas de los Ajahs? —bramó Talene, casi sin dejar que acabara de hablar.

Saerin agitó una mano y, al cabo de unos instantes, consiguió que se callaran. Todas las presentes eran Asentadas, pero ella tenía derecho a hablar primero en la Antecámara, y sus cuarenta años en el puesto también tenían su peso.

—Ésa es la clave del acertijo, creo —manifestó mientras acariciaba la Vara con el pulgar—. ¿Por qué este *ter'angreal*, después de todo? —De repente la envolvió el brillo del *Saidar* y encauzó Energía en la Vara—. Por la Luz, juro no pronunciar una sola palabra que no sea verdad. No soy una Amiga Siniestra.

En el silencio que siguió, hasta el estornudo de un ratón habría sonado fuerte.

—Se trata de eso, ¿no es así? —dijo Saerin mientras soltaba el Poder para, a continuación, tenderle la Vara a Seaine.

Por tercera vez, Seaine repitió el Juramento contra la mentira, y por segunda vez repitió que no pertenecía al Ajah Negro. Pevara hizo otro tanto con gélida dignidad. Y con unos ojos penetrantes como los de un águila.

—Esto es ridículo —argumentó Talene—. No *hay* un Ajah Negro.

Yukiri tomó la Vara de manos de Pevara y encauzó.

—Por la Luz, juro que no pronunciaré una sola palabra que no sea verdad. No pertenezco al Ajah Negro.

El brillo del *Saidar* que la envolvió parpadeó y desapareció; luego le tendió la Vara a Doesine. Talene frunció el entrecejo con desagrado.

—Apártate, Doesine. Yo, desde luego, no pienso aguantar esta sórdida insinuación.

—Por la Luz, juro que no pronunciaré una sola palabra que no sea verdad —entonó Doesine casi reverentemente, mientras el brillo la envolvía como un halo—. No soy del Ajah Negro.

Cuando las cosas estaban serias, su lenguaje era todo lo correcto que cualquier Maestra de Novicias podría desear. Le tendió la Vara a Talene. La mujer rubia retrocedió como haría ante una serpiente venenosa.

—Incluso sugerir algo así es injurioso. ¡Peor que injurioso! —Algo salvaje asomaba en sus ojos. Una idea irracional, quizá, pero eso fue lo que Seaine vio—. Quitaos de en medio y dejadme paso —demandó con toda la autoridad de una Asentada en la voz—. ¡Me marcho!

—Creo que no —dijo sin alterarse Pevara, y Yukiri asintió lentamente, de acuerdo con ella. Saerin no acarició el puño de su cuchillo; lo aferró tan fuerte que los nudillos se le pusieron blancos.

Cabalgando a través del profundo manto de nieve que cubría todo Andor, avanzando a trancas y barrancas por él, Toveine Gazal maldijo el día que nació. Baja y ligeramente regordeta, con una tersa piel cobriza y largo y lustroso cabello, a muchos les había parecido bonita a lo largo de los años, pero nadie la había llamado hermosa. Ahora, desde luego, ninguno lo haría. Sus ojos, que antes fueron francos, ahora traspasaban aquello sobre lo que se posaban. Eso cuando no estaba furiosa. Y ese día lo estaba. Cuando Toveine se sentía furiosa, hasta las serpientes huían.

Otras cuatro Rojas cabalgaban —avanzaban a trancas y barrancas— detrás de ella, y a continuación veinte soldados de la Guardia de la Torre, con chaquetas y capas oscuras. A los hombres no les hacía gracia que sus armaduras viajaran empaquetadas en los animales de carga, y vigilaban el bosque que flanqueaba la calzada como si esperasen un ataque en cualquier momento. ¿Cómo esperaban cruzar quinientos kilómetros de territorio andoreño sin llamar la atención llevando chaquetas y capas con la Llama de Tar Valon destacando llamativamente en la tela? Sin embargo, el viaje casi había llegado a su fin. Al cabo de un día, tal vez dos, con una capa de nieve en las calzadas que les llegaba hasta las rodillas a los caballos, se reuniría con otros nueve grupos iguales al suyo. Por desgracia, no todas las hermanas que había en ellos eran Rojas, pero eso no le preocupaba demasiado. Toveine Gazal, antaño una Asentada de las Rojas, entraría en la historia como la mujer que había destruido la Torre Negra.

Estaba segura de que Elaida pensaba que agradecía la oportunidad concedida, haciéndola volver del exilio y el oprobio, para redimirse. Esbozó una mueca burlona, y si un lobo hubiese estado observando bajo la profunda capucha de su capa, seguramente habría aullado despavorido. Lo que había hecho hacía veinte años era necesario, y la Luz abrasara a todas las que murmuraban que el Ajah Negro tenía que haber estado involucrado en ello. Había sido necesario y justo, pero a Toveine Gazal la habían expulsado de su asiento en la Antecámara, la habían hecho aullar pidiendo clemencia bajo la vara, con todas las hermanas reunidas para presenciar el castigo, e incluso las novicias y las Aceptadas habían sido testigos de que también las Asentadas estaban sometidas a la ley, aunque no se les dijo a qué ley. Y después la habían enviado a las Colinas Negras, a trabajar los últimos veinte años a la granja

aislada de la señora Jara Espigo, una mujer que no consideraba distinta a una Aes Sedai cumpliendo castigo en exilio de cualquier otro jornalero trabajando bajo el sol o la nieve. Las manos de Toveine se movieron sobre las riendas; podía sentir las callosidades de las palmas. La señora Espigo —ni siquiera ahora podía pensar en esa mujer sin anteponer al nombre el tratamiento que había exigido recibir— creía en el trabajo duro. ¡Y una disciplina tan estricta como la que una novicia debía afrontar! No tenía compasión con quien trataba de eludir el trabajo agotador que ella misma compartía, y aún menos con una mujer que se hubiera escabullido para consolarse con un chico guapo. Ésa había sido la vida que Toveine había llevado las últimas dos décadas. Entretanto, Elaida se había escabullido sin que la pillaran, de rositas, y había maniobrado para llegar a la Sede Amyrlin, algo con lo que Toveine había soñado para sí misma. No, no se sentía agradecida. Pero había aprendido a esperar su oportunidad.

De repente, un hombre alto, de cabello oscuro y largo hasta los hombros, vestido con chaqueta negra, salió del bosque en un caballo a la calzada, levantando rociadas de nieve.

—No tiene sentido presentar resistencia —anunció firmemente a la par que levantaba una mano enguantada—. Rendíos pacíficamente y ninguno de vosotros saldrá herido.

Ni su aspecto ni sus palabras fueron el motivo de que Toveine sofrenara su montura, dejando que las demás hermanas se reunieran con ella.

—Cogedlo —ordenó tranquilamente—. Será mejor que os vinculéis. A mí me ha escudado.

Al parecer, uno de esos Asha'man había salido a su encuentro. Qué amable de su parte. De pronto cayó en la cuenta de que no estaba ocurriendo nada y apartó la vista del tipo para mirar ceñuda a Jenare. El rostro cuadrado de la mujer se había quedado muy pálido.

—Toveine —dijo con voz temblorosa—, también yo estoy escudada.

—Y yo —abundó Lemai, sin dar crédito a lo que pasaba.

Las demás repitieron lo mismo, cada vez con un timbre más frenético. Todas escudadas.

Más hombres de chaquetas negras aparecieron entre los árboles, conduciendo lentamente sus caballos, por todos lados. Toveine dejó de contarlos al llegar a quince. Los soldados de la Guardia mascullaban furiosos, esperando la orden de una hermana. Aún no sabían nada salvo que una banda de delincuentes los había asaltado. Toveine chasqueó la lengua, irritada. Todos esos hombres no podían encauzar, desde luego, pero al parecer hasta el último Asha'man que podía hacerlo había salido a su encuentro. No se asustó. A diferencia de algunas hermanas que la acompañaban, no eran los primeros varones que encauzaban a los que se había enfrentado. El hombre alto empezó a acercarse con su caballo hacia ella, sonriente, por lo visto creyendo que

habían obedecido su ridícula pretensión.

—A mi orden —dijo en voz baja—, huiremos en distintas direcciones. En cuanto estéis lo bastante apartadas para que el hombre pierda el control del escudo, regresad y ayudad a los soldados. —Los varones que encauzaban creían que tenían que ver sus tejidos para mantenerlos, lo que significaba que debían verlos—. Preparaos. —Entonces gritó—. ¡Guardias, atacadlos!

Con un rugido, los soldados se lanzaron al ataque blandiendo espadas, sin duda con la idea de rodear a las hermanas para protegerlas. Tirando de las riendas hacia la derecha, Toveine clavó talones y se agachó sobre el cuello de *Gorrión*, pasando entre los estupefactos soldados primero, y luego entre dos jóvenes de chaquetas negras que la miraron boquiabiertos por el asombro. Enseguida se encontró entre los árboles, azuzando su montura para que acelerase más, levantando montones de nieve, sin importarle si el animal se rompía una pata; lo apreciaba, pero ese día habría más muertes que la de un caballo. A su espalda se oían gritos. Y una voz, bramando por encima de la batahola. La del hombre alto.

—¡Cogedlas vivas, por orden del Dragón Renacido! ¡Haced daño a una Aes Sedai y tendréis que responder por ello ante mí!

Por orden del Dragón Renacido. Por primera vez, Toveine sintió el miedo atenazándole las entrañas como unas garras de hielo. El Dragón Renacido. Azotó el cuello de *Gorrión* con las riendas. ¡Todavía la rodeaba el escudo! ¡Indudablemente había suficientes árboles entre los hombres y ella para tapar el radio de visión del condenado individuo! ¡Oh, Luz, el Dragón Renacido!

Soltó un gruñido cuando algo le golpeó el estómago, una rama que no era tal y que la desmontó de la silla. Se quedó colgada allí, viendo a *Gorrión* alejándose al galope, todo lo rápido que le permitía el profundo manto de nieve. Se quedó colgada. En el aire, con los brazos pegados y sujetos contra el cuerpo y los pies a un metro o más del suelo. Tragó saliva, con esfuerzo. Tenía que ser la parte masculina del Poder lo que la sostenía. Nunca había sentido el *Saidin*. Podía percibir una mínima ancha banda ceñida prietamente en su tronco. Le pareció notar la infección del Oscuro. La sacudió un escalofrío y tuvo que realizar un gran esfuerzo para contener los gritos que pugnaban por salir de su garganta.

El hombre alto frenó su caballo delante, y ella descendió flotando hasta quedar sentada de lado, en la parte anterior de su silla. Sin embargo, el hombre no parecía muy interesado en la Aes Sedai que había capturado.

—¡Hardlin! —gritó—. ¡Norley! ¡Kajima! ¡Uno de vosotros, malditos pardillos, que venga aquí ahora mismo!

Era muy alto, con unos hombros tan anchos como el mango de un hacha. Así sería como lo habría dicho la señora Espigo. Debía de rondar la madurez, y era apuesto de una manera inquietante, con sus rasgos duros. En absoluto parecido a los

chicos guapos que le gustaban a Toveine, tan fáciles de controlar. Un alfiler de plata, en forma de espada, adornaba el cuello alto de su chaqueta de paño negro, y otro, representando una criatura peculiar, en oro y esmalte rojo, brillaba en el lado contrario. Era un varón que podía encauzar. Y la tenía escudada y prisionera.

El chillido que brotó de su garganta la sobresaltó incluso a ella misma. Lo habría contenido si hubiera podido, pero un segundo siguió a ése, todavía más penetrante, y un tercero aún más agudo, y otro y otro más. Pateando salvajemente, se sacudió de un lado a otro. Esfuerzo inútil, contra el Poder. Lo sabía, pero sólo en un pequeño y remoto rincón de su mente. El resto de su ser sólo podía aullar a voz en cuello, clamando súplicas ininteligibles que la rescataran de la Sombra. Sin dejar de chillar, forcejeó como una bestia enloquecida.

Vagamente, fue consciente de que el caballo cabrioleaba y corcoveaba al sentir las patadas que ella le daba en el hombro. Vagamente, oyó hablar al hombre.

—¡Tranquilo, saco de carbón con orejas! Calmaos, hermana. No voy a... ¡Tranquilo, pedazo de penco con esparaván! ¡Luz! Disculpadme, hermana, pero éste es el modo en que hemos aprendido a hacerlo.

Y entonces la besó. Toveine sólo dispuso de un instante para darse cuenta de que los labios del hombre tocaban los suyos, y luego todo se borró y una oleada cálida la inundó de pies a cabeza. Más que cálida. Se sentía por dentro como miel derretida, miel burbujeando, a punto de romper a hervir. Era una cuerda de arpa que vibraba más y más deprisa, hasta hacerse invisible, y la vibración seguía aumentando. Era un jarrón de fino cristal, trepidando y a punto de hacerse añicos. La cuerda del arpa se rompió el jarrón saltó en pedazos.

—¡Aaaaaaaaaaaah!

Al principio no se dio cuenta de que aquel sonido salía de su boca. Durante un momento fue incapaz de pensar con coherencia. Jadeando, alzó los ojos hacia el rostro masculino, preguntándose a quién pertenecía. Sí. El hombre alto. El hombre que podía...

—Podría haberme pasado sin ese pequeño detalle adicional —suspiró al tiempo que daba palmaditas en el cuello del caballo; el animal resopló, pero había dejado de brincar—. Sin embargo, supongo que era necesario. No sois precisamente una esposa. Tranquilizaos. No intentéis escapar, no ataquéis a nadie con chaqueta negra y no toquéis la Fuente a menos que os dé permiso. Bien, ¿cómo os llamáis?

¿A menos que le diera permiso? ¡Qué desfachatez!

—Toveine Gazal —respondió, y parpadeó. ¡Vaya! ¿Por qué demonios le había contestado?

—Ah, aquí estás —dijo otro hombre de chaqueta negra que se acercó a ellos a través de la nieve. Éste encajaba mucho más con sus gustos; si no encauzara, se entiende. Dudaba que ese muchacho de mejillas sonrosadas se afeitase más de dos

veces por semana—. ¡Luz, Logain! —exclamó el chico guapo—. ¿Has tomado una *segunda*? ¡Al M'Hael no le hará gracia! ¡Creo que no le gusta que ninguno tome una siquiera! Sin embargo, quizá no importe, ya que los dos estáis tan unidos y todo lo demás.

—¿Unidos, Vinchova? —inquirió secamente Logain—. Si fuera por el M'Hael, estaría cosechando nabos con los chicos nuevos. O enterrado en el huerto —añadió en un susurro que Toveine dudaba que él hubiera querido que se oyera.

Fuera lo que fuese que escuchara, el chico guapo se echó a reír con evidente incredulidad. Toveine apenas le prestó atención. Tenía la mirada prendida en el hombre alto. Logain. El falso Dragón. ¡Pero si estaba muerto! ¡Amansado y muerto! Y la sujetaba con una mano, despreocupadamente, en la parte delantera de su silla. ¿Por qué no gritaba ni lo golpeaba? Incluso su cuchillo del cinturón bastaría, a tan corta distancia. Sin embargo, no sentía el menor deseo de llevar la mano a la empuñadura de marfil. Y cayó en la cuenta de que podía hacerlo. La banda que antes le ceñía el tronco había desaparecido. Al menos podría deslizarse del caballo y tratar de... Pero tampoco sentía ningún deseo de intentar eso.

—¿Qué me has hecho? —demandó. Tranquilamente. ¡Por lo menos, se las había arreglado para conservar la calma!

Mientras giraba el caballo para regresar a la calzada, Logain se lo dijo, y Toveine apoyó la cabeza contra el ancho pecho del hombre, sin importarle en absoluto lo grande que era, y rompió a llorar. Elaida se las iba a pagar. ¡Juraba que pagaría por ello! Si Logain la dejaba alguna vez, Elaida lo pagaría con creces. Esta última idea fue especialmente amarga.

27. El compromiso

Sentada con las piernas cruzadas en el sillón de respaldo alto y profusamente dorado, Min intentó ensimismarse en el ejemplar encuadernado en cuero de *Razón y sinrazón*, de Herid Fel. No era cosa fácil. Oh, el libro en sí resultaba fascinante; la obra de maese Fel la sumergía siempre en mundos del pensamiento que jamás habría imaginado cuando trabajaba en establos. Lamentaba muchísimo la muerte del hombre mayor, tan encantador. Esperaba encontrar una pista en sus libros del motivo por el que había sido asesinado. Los oscuros rizos de la joven se mecieron cuando sacudió la cabeza e intentó concentrarse.

El libro era fascinante, pero el cuarto la agobiaba. La pequeña sala del trono de Rand en el Palacio del Sol estaba cargada de dorado, desde las anchas cornisas hasta los espejos de las paredes, que reemplazaban los que Rand había destrozado; desde las dos hileras de sillones, iguales al ocupado por ella, hasta el estrado y el Trono del Dragón instalado en él. Éste era una monstruosidad, al estilo de Tear según lo imaginaban los artesanos cairhieninos; el asiento descansaba sobre los lomos de dos dragones, otro par formaba los brazos y varios más trepaban por el respaldo, todos con grandes piedras del sol como ojos; todos reluciendo con el pan de oro y el esmalte rojo.

El enorme y dorado Sol Naciente de rayos ondulados, embutido en el suelo de piedra pulida, incrementaba la sensación de pesadez. Al menos, las lumbres encendidas en las dos grandes chimeneas, lo bastante altas para meterse en ellas sin agacharse, proporcionaban un agradable calor, sobre todo habida cuenta de la nieve que caía copiosamente en el exterior. Además, eran los aposentos de Rand; el bienestar de este hecho superaba por sí solo la sensación de agobio, por abrumadora que fuese. Una idea irritante. Muy irritante. ¡Estar enamorada de un hombre parecía consistir sobre todo en admitir ante una misma un montón de cosas irritantes!

Rebullendo en un vano intento de sentirse cómoda en el duro sillón, procuró leer, pero sus ojos no dejaban de desviarse hacia las altas puertas, ambas adornadas de arriba abajo con dorados Soles Nacientes. Esperaba ver entrar a Rand; temía ver a Sorilea o a Cadsuane. En un gesto inconsciente se ajustó la chaqueta de color azul pálido, toqueteando las minúsculas florecillas blancas bordadas en las solapas. También en las mangas se había bordado el mismo motivo, y los pantalones eran tan ajustados que tenía que embutírselos. No había mucha diferencia con los atuendos que había usado siempre. No realmente. Hasta entonces había evitado ponerse vestidos, por abundantes que fueran los bordados de sus ropas, pero mucho se temía que, si hubiera dependido de Sorilea, la Sabia la habría metido en un vestido, aunque para ello hubiese tenido que quitarle con sus propias manos lo que llevaba puesto.

Esa mujer lo sabía todo sobre Rand y ella. *Todo*. Sintió enrojecer sus mejillas.

Sorilea parecía estar intentando decidir si Min Farshaw era una... amante adecuada para Rand al'Thor. Esa palabra la hacía sentirse tontamente mareada; ¡ella no era una cabeza de chorlito! Esa palabra la hacía desear mirar hacia atrás, con culpabilidad, buscando a las tías que la habían criado. «No —pensó mordazmente—, no eres una cabeza de chorlito. ¡Un chorlito tiene juicio, comparado contigo!»

O quizá Sorilea quería saber si Rand era adecuado para ella; a veces daba esa impresión. Las Sabias la aceptaban como una de ellas, o casi, pero en las últimas semanas Sorilea la había exprimido como un rodillo de la lavandería. La Sabia de cabello blanco y tez curtida como cuero viejo quería saber hasta el mínimo detalle de ella, y de Rand. ¡Darles la vuelta a los bolsillos para sacar hasta la más pequeña pelusilla que hubiese en ellos! En dos ocasiones Min había intentado eludir el incesante interrogatorio, ¡y en ambas ocasiones Sorilea había echado mano a una vara! Esa terrible anciana se limitó a empujarla sobre un lado de la mesa más cercana, y después le había dicho que quizás eso le refrescaría la memoria y se acordaría de otro pequeño detalle. ¡Ninguna de las otras Sabias pronunció una sola palabra de conmiseración! ¡Luz, las cosas que una tenía que aguantar por un hombre! ¡Y ni siquiera podía tenerlo para ella sola!

Cadsuane era absolutamente otro cantar. A la enormemente circunspecta Aes Sedai, de cabello tan entrecano como blanco era el de Sorilea, no parecía importarle un pimiento Min ni Rand, pero se pasaba casi todo el día en el Palacio del Sol, de manera que evitarla por completo era del todo imposible; al parecer, se movía por el palacio como si fuese su casa, yendo allí donde le apetecía. Y cuando Cadsuane la miraba, aunque lo hiciera brevemente, Min no podía evitar verla como una mujer capaz de enseñar a bailar a los toros y a cantar a los osos. Siempre esperaba que la mujer la señalara mientras manifestaba que era el momento de que Min Farshaw aprendiera a sostener una pelota en equilibrio sobre la punta de la nariz. Antes o después, Rand tenía que encontrarse con Cadsuane de nuevo, y la mera idea le producía un nudo en el estómago.

Se obligó a poner atención en el libro. Una de las puertas se abrió y Rand entró con el Cetro del Dragón apoyado en el doblez del brazo. Llevaba una corona dorada, un ancho aro de hojas de laurel —debía de ser la Corona de Espadas de la que todo el mundo hablaba—, calzas que hacían lucir al máximo sus piernas, y una chaqueta de seda verde, bordada en oro, que le sentaba estupendamente. Estaba guapísimo.

Marcó la hoja con la nota que maese Fel había escrito diciendo que era «demasiado bonita», cerró tranquilamente el libro y lo soltó con igual tranquilidad en el suelo, a un lado del sillón. Luego se cruzó de brazos y esperó. Si se hubiese encontrado de pie, habría dado golpecitos impacientes en el suelo, pero no estaba dispuesta a que el hombre pensara que se levantaba de un brinco porque finalmente se dignaba aparecer.

Él se quedó un momento parado, sonriendo y dándose tironcillos del lóbulo de la oreja por alguna razón —¡parecía estar canturreando entre dientes!— y después se giró bruscamente para mirar ceñudo hacia las puertas.

—Las Doncellas que montan guardia fuera no me dijeron que estabas aquí. En realidad, apenas pronunciaron palabra. Luz, parecían a punto de velarse el rostro cuando me vieron.

—Quizá se sienten molestas —contestó con calma—. Quizá se preguntaban dónde te habías metido. Igual que yo. Quizá se *preguntaban* si estarías herido, o enfermo o congelado. —«Igual que yo», pensó amargamente. ¡Y encima parecía desconcertado!

—Te escribí —contestó despacio, y ella resopló.

—¡Dos veces! Dos notas despachadas por Asha'man, Rand al'Thor. ¡Si a eso llamas escribir!

Él se tambaleó como si lo hubiese abofeteado —no, como si le hubiese atizado una patada en la tripa— y parpadeó. Min se controló y se recostó en el respaldo del sillón. Si una se mostraba comprensiva con un hombre en el momento equivocado nunca recuperaba el terreno perdido. Una parte de su ser deseaba arrojarse en sus brazos, consolarlo, compartir sus penas, aliviar sus angustias. Tenía muchas, pero rehusaba admitir una sola. Pero ella no iba a saltar del sillón y correr hacia él, ni a inquirir anhelante qué iba mal o... Luz, tenía que encontrarse bien.

Algo la tomó suavemente por las axilas y la levantó del sillón. Colgando en el aire, flotó hacia él. El Cetro del Dragón se apartó flotando de Rand. Vaya, de modo que creía que con una sonrisa se arreglaba todo, ¿verdad? ¿Pensaba que con eso la haría cambiar de humor? Abrió la boca para decirle lo que opinaba. Sin andarse con contemplaciones. Rodeándola con los brazos, la besó.

Cuando la joven pudo respirar de nuevo, alzó los ojos hacia él.

—La primera vez... —Tragó saliva para aclararse la voz—. La primera vez, Jahar Narishma entró, intentando traspasar con la mirada el cráneo de todo el mundo, del modo que él sabe hacer, y desapareció después de entregarme un trozo de papel. Veamos. Decía: «He reclamado la corona de Illian. No confíes en nadie hasta que regrese. Rand». No puede decirse que fuera una carta de amor, exactamente.

Él volvió a besarla.

En esta ocasión, recobrar el aliento le costó un poco más de tiempo. Aquello no estaba saliendo como había esperado, ni mucho menos. Por otro lado, tampoco iba demasiado mal.

—La segunda vez, Jonan Adley me entregó un trocito de papel que decía: «Regresaré cuando termine aquí. No confíes en nadie. Rand». Por cierto, Adley entró en mi baño —añadió—, y no sintió ningún apuro en echar una buena ojeada.

Rand siempre fingía que no se sentía celoso —como si hubiese un solo hombre en

el mundo que no lo fuera—, pero ella se había fijado en las miradas ceñudas que lanzaba a los que la miraban. Y también que su ya considerable ardor era aún más intenso después. Se preguntó cómo sería el siguiente beso. Tal vez debería sugerirle que se retiraran al dormitorio. Ni hablar; no pensaba ser tan descarada, por mucho que...

Rand la soltó en el suelo; su semblante se había tornado sombrío de repente.

—Adley ha muerto —anunció.

De pronto la corona salió disparada de su cabeza y cruzó toda la sala, como si la hubiesen lanzado por el aire. Justo cuando Min creía que iba a estrellarse contra el respaldo del Trono del Dragón, quizás a atravesar el mueble, el ancho aro de oro se frenó de golpe y se posó suavemente sobre el asiento.

La joven se quedó sin aliento cuando miró a Rand. La sangre brillaba en los mechones rojizos, encima de la oreja izquierda. Sacó un pañuelo de puntillas de la manga y alzó la mano hacia su sien, pero él le agarró la muñeca.

—Lo maté —musitó.

Su voz sonó de un modo que le produjo un escalofrío. Tan quedo. Como la quietud de la tumba. Tal vez lo de ir al dormitorio era una estupenda idea. Por atrevida que fuera. Obligándose a sonreír —y enrojeciendo al darse cuenta de la facilidad con que había esbozado la sonrisa al pensar en la enorme cama— agarró la pechera de la camisa, dispuesta a arrancarle camisa y chaqueta en ese mismo momento.

Alguien llamó a la puerta.

Las manos de Min se retiraron prestamente de la camisa de Rand. Y también ella se apartó de un salto. Se preguntó, irritada, quién sería. Las Doncellas entraban para anunciar las visitas cuando Rand estaba allí o simplemente las hacían pasar.

—Adelante —contestó él en voz alta al tiempo que le dirigía una sonrisa apesadumbrada. Lo cual la hizo enrojecer de nuevo.

Dobraine asomó la cabeza por la puerta antes de entrar y la cerró tras de sí al ver que estaban de pie, juntos. El noble cairhienino era un hombre pequeño, poco más alto que ella, con la parte delantera de la cabeza afeitada y el resto del cabello, gris en su mayor parte, cayéndole sobre los hombros. Franjas azules y blancas decoraban la pechera de su chaqueta negra hasta más abajo de la cintura. Incluso antes de ganarse el favor de Rand, había sido una figura poderosa en el país. Ahora lo gobernaba; al menos hasta que Elayne pudiese reclamar el trono.

—Milord Dragón —saludó, haciendo una reverencia—. Milady *ta'veren*.

—Es una broma —murmuró Min cuando Rand la miró enarcando una ceja.

—Quizá —dijo Dobraine al tiempo que se encogía levemente de hombros—. Sin embargo, la mitad de las nobles de la ciudad llevan ahora colores vivos, a imitación de lady Min. Y calzas que les marcan las piernas, y muchas con chaquetas que ni

siquiera les cubren las... —Tosió discretamente al reparar en que la chaqueta de Min tampoco le tapaba del todo las caderas.

A la joven se le pasó por la cabeza decirle que él tenía unas piernas muy bonitas, aunque en realidad eran huesudas, pero después cambió de idea. Los celos de Rand podían arder en una llama maravillosa cuando se encontraban solos, pero no quería que arremetiera contra Dobraine. Y mucho temía que era muy capaz de hacerlo. Además, sería realmente una equivocación. Lord Dobraine Taborwin no era la clase de hombre al que se podía gastar una broma grosera ni por asomo.

—Tú también estás cambiando el mundo, Min. —Sonriente, Rand le dio un golpecito en la punta de la nariz. ¡Habríase visto! ¡Como si fuese una niña que le hiciera gracia! ¡Encima ella le sonrió, como una idiota!—. Y de una manera mejor que la mía, al parecer —continuó. Aquella breve sonrisa de niño se desvaneció como niebla.

—¿Todo va bien en Tear e Illian, milord Dragón? —inquirió Dobraine.

—En Tear e Illian va todo bien —contestó sombríamente Rand—. ¿Qué tenéis para mí, Dobraine? Sentaos, hombre, sentaos. —Señaló uno de los sillones colocados en hilera y tomó asiento a su vez en otro.

—He obrado conforme a todas vuestras misivas —empezó Dobraine, sentándose enfrente de Rand—, pero me temo que hay mucho de lo que informaros.

—Prepararé algo de beber —se ofreció Min con voz tensa. ¿Misivas? No resultaba fácil caminar indignada con las botas de tacón alto; se había acostumbrado, pero esas malditas cosas la hacían balancearse caminara como caminara. No era fácil, pero la rabia hacía posible casi todo. Se dirigió, pisando fuerte, hacia la pequeña mesa dorada, situada debajo de uno de los enormes espejos de pared, en la que había una jarra de plata y copas. Se puso a servir ponche, con tanta furia que el líquido salpicó fuera. Los sirvientes siempre dejaban copas de más, por si había visitas, aunque rara vez las había, con excepción de Sorilea o alguna estúpida noble. El vino apenas estaba caliente, pero era más que suficiente para lo que se merecía ese par. ¡De modo que ella había recibido dos notas, pero apostaba que Dobraine había recibido diez cartas por lo menos! ¡O veinte! Mientras manipulaba jarra y copas dándoles golpes, prestó atención a lo que hablaban. ¿Qué se habían traído entre manos a su espalda, con sus docenas de cartas?

—Al parecer, Toram Riatin ha desaparecido —decía Dobraine—, aunque según los rumores, al menos, sigue vivo. ¡Qué se le va a hacer! También se rumorea que Daved Hanlon y Jeraal Mordeth, o Padan Fain como vos lo llamáis, lo han abandonado. Por cierto, he instalado a la hermana de Toram, lady Ailil, en unos espléndidos aposentos, atendida por sirvientes que son... de confianza. —Por su tono, resultaba obvio que eran de su confianza. La noble no podría ni cambiarse de vestido sin que él lo supiera—. Entiendo que se la haya traído aquí, así como a lord Bertome

y a los demás, pero ¿por qué a lord Weiramon o a la Gran Señora Anaiyella? Naturalmente, huelga decir que también la servidumbre que los atiende es de confianza.

—¿Cómo sabe uno cuando una mujer quiere matarte? —caviló Rand.

—¿Cuando ella sabe el nombre de uno? —Dobraine no hablaba como si bromease.

Rand ladeó pensativamente la cabeza y luego asintió. ¡Asintió! Min esperaba que no siguiese oyendo voces. Rand gesticuló como descartando a las mujeres que querían matarlo. Una actitud peligrosa, estando ella cerca. No quería matarlo, naturalmente, ¡pero no le importaría ver a Sorilea ir hacia él con aquella vara! Las calzas no ofrecían mucha protección.

—Weiramon es un necio que comete demasiados errores —contestó Rand, y Dobraine asintió seriamente, de acuerdo con él—. Y mi error fue haber pensado que podía utilizarlo. En cualquier caso, parece contentarse con estar cerca del Dragón Renacido. ¿Qué más hay?

Min le tendió una copa, y él le sonrió a despecho de que el ponche le resbaló por la muñeca. A lo mejor pensaba que había sido por accidente.

—Poco más y, a la vez, demasiado —empezó Dobraine, y luego se echó prestamente hacia atrás en el sillón para evitar salpicaduras de vino mientras Min le tendía otra copa con brusquedad. A la joven no le había gustado el breve período que trabajó como camarera—. Muchas gracias, milady Min —murmuró cortésmente, pero la miró con recelo mientras cogía la copa. Min regresó tranquilamente hacia la mesita para coger la suya. Tranquilamente.

»Me temo que lady Caraline y el Gran Señor Darlin se encuentran en el palacio de lady Arilyn, aquí, en la ciudad —prosiguió el noble cairhienino—, bajo la protección de Cadsuane Sedai. Quizá «protección» no sea el término correcto. Se me ha negado permiso para entrar a verlos, pero he oído que han intentado abandonar la ciudad y que se los ha traído de vuelta como a sacos. De hecho, uno de los rumores afirma que los trajeron dentro de sacos. Conociendo a Cadsuane, casi lo daría por cierto.

—Cadsuane —murmuró Rand, y Min sintió frío. Su tono no sonaba asustado, precisamente, pero aun así Rand parecía inseguro—. ¿Qué crees que debería hacer con Caraline y Darlin, Min?

La joven, que se había sentado dejando un sillón vacío entre los dos, dio un respingo al incluirla tan de improviso en la conversación. De mala gana, contempló fijamente el vino que había salpicado su mejor blusa de seda, de color crema, y también las calzas.

—Caraline apoyará a Elayne en su pretensión de ocupar el Trono del Sol —contestó con desánimo. Para ser ponche la sensación contra su piel era fría, y dudaba

que la mancha saliera de la blusa—. No es una visión, pero la creo.

No miró hacia Dobraine, aunque el noble asintió sabiamente. Ahora ya todo el mundo estaba enterado de lo de sus visiones. El único resultado había sido un chorreo continuo de damas nobles que deseaban conocer su futuro, y también las reacciones malhumoradas cuando contestaba que no podía decírselo. A la mayoría no le habría hecho gracia lo poco que había visto; nada funesto, pero en absoluto las halagüeñas perspectivas pronosticadas por las adivinas en las ferias.

—En cuanto a Darlin —siguió—, aparte del hecho de que se casará con Caraline, después de que lo haya retorcido y tendido en la cuerda para secarse, lo único que puedo añadir es que algún día será rey. Vi la corona en su cabeza, algo con una espada en el centro de la frente, pero ignoro a qué país pertenece. Oh, sí. Y que morirá en el lecho, y ella lo sobrevivirá.

Dobraine se atragantó con el ponche; tosió y se enjugó los labios con un sencillo pañuelo de lino. La mayoría de los que estaban enterados de su don no creían en él. Muy satisfecha consigo misma, Min apuró el poco ponche que quedaba en su copa, y entonces le tocó a ella atragantarse y toser mientras sacaba el pañuelo de la manga para limpiarse la boca. ¡Luz, mira que tragarse los posos!

Rand se limitó a asentir, sin apartar la vista de su copa.

—Así que vivirán para darme problemas —murmuró. Fue un sonido muy suave para unas palabras tan duras. Oh, sí, su pastor era duro como el acero—. ¿Y qué hago con respecto a...?

Se calló de golpe y se giró hacia las puertas. Una de las hojas se abría. Tenía un oído finísimo. Min no había oído nada.

Ninguna de las dos Aes Sedai que entraron era Cadsuane, y Min sintió que sus hombros perdían tensión. Mientras Rafela cerraba la puerta, Merana hizo una profunda reverencia a Rand, aunque los ojos color avellana de la hermana Gris abarcaron a Min y a Dobraine, tomando nota. Un momento después, la carirredonda Rafela extendía la falda de color azul profundo y se inclinaba también. Ninguna se incorporó hasta que Rand hizo un gesto. Se deslizaron hacia él haciendo gala de una fría serenidad, aunque la regordeta Azul toqueteó fugazmente su chal como para recordarse que estaba allí. Min ya había visto ese gesto con anterioridad, en otras hermanas que habían jurado fidelidad a Rand. No debía de resultar fácil para ellas esa situación. Sólo la Torre Blanca mandaba en las Aes Sedai, pero Rand movía un dedo y ellas acudían, apuntaba, y se marchaban. Las Aes Sedai hablaban a reyes y reinas como a iguales, quizá ligeramente como sus superiores, pero las Sabias las llamaban aprendizas y esperaban que obedecieran con el doble de prontitud de la que pedía el propio Rand. Nada de eso se traslucía en el sosegado semblante de Merana.

—Milord Dragón —saludó respetuosamente—. Acabamos de enterarnos de vuestro regreso y pensamos que quizás estuvieseis impaciente por saber cómo fueron

las cosas con las Atha'an Miere. —Se limitó a mirar de soslayo a Dobraine, pero el noble se puso de pie inmediatamente. Los cairhieninos estaban acostumbrados a que la gente quisiera hablar en privado.

—Dobraine puede quedarse —manifestó secamente Rand.

¿Se había notado en él cierta vacilación? No se levantó; sus ojos semejaban dos pedazos de hielo. Estaba siendo el Dragón Renacido, sin la menor concesión. Min le había dicho que esas mujeres eran suyas de verdad, que las cinco que lo habían acompañado al barco de los Marinos eran suyas, absolutamente leales a su juramento y, en consecuencia, obedientes a su voluntad; aun así parecía resultarle difícil confiar en ninguna Aes Sedai. La joven lo entendía, pero Rand iba a tener que aprender a hacerlo.

—Como queráis —contestó Merana con una ligera inclinación de cabeza—. Rafela y yo hemos llegado a un compromiso con los Marinos. El Compromiso, lo llaman ellos. —La diferencia resultaba obvia al oído. A pesar de que sus manos reposaban relajadamente sobre la falda verde con cuchilladas grises, la mujer respiró hondo. Lo necesitaba—. Harine din Togara Dos Vientos, Señora de las Olas del clan Shodein, hablando en nombre de Nesta din Reas Dos Lunas, Señora de los Barcos de los Atha'an Miere, ha prometido proporcionar tantos barcos como el Dragón Renacido necesite, para navegar cuando y donde lo necesite, con cualesquiera propósitos que requiera. —Merana parecía mostrarse un tanto pomposa al no haber Sabias presentes; éstas no permitían tal cosa—. A cambio, Rafela y yo, hablando en vuestro nombre, prometimos que el Dragón Renacido no cambiará ninguna ley de los Atha'an Miere, como ha hecho con los... —Vaciló un momento—. Disculpadme. Estoy acostumbrada a comunicar los acuerdos exactamente como se han hecho. La locución que utilizaron fue «confinados en tierra», pero se referían a lo que habéis hecho en Tear y Cairhien. —Un interrogante apareció en sus ojos y desapareció al momento. Quizá se preguntaba si habría hecho lo mismo en Illian. Había expresado su alivio porque no hubiese realizado cambios en su Andor natal.

—Supongo que puedo aguantar eso —murmuró Rand.

—En segundo lugar —tomó la palabra Rafela, que enlazó las regordetas manos a la altura de la cintura—, tenéis que ceder tierras a los Atha'an Miere, un área de un kilómetro y medio de lado, en todas las ciudades con aguas navegables que están bajo vuestro control ahora o que controléis en el futuro. —Hablaba con menos pomposidad que su compañera, pero sólo un poco. Tampoco parecía muy complacida con lo que estaba diciendo. Era teariana, después de todo, y pocos puertos tenían un control tan férreo sobre su comercio como Tear—. Dentro de esa área, las leyes de los Atha'an Miere prevalecerán por encima de cualesquiera otras. Este acuerdo ha de ser ratificado por los dirigentes de dichos puertos a fin de que... —Ahora le tocó a ella vacilar, y sus mejillas atezadas adquirieron un leve tinte ceniciento.

—¿De que el acuerdo me sobreviva? —dijo secamente Rand, que a continuación soltó una risotada—. Eso también puedo sobrellevarlo.

—¿Todas las ciudades portuarias? —exclamó Dobraine—. ¿Se refieren también a ésta? —Se puso de pie bruscamente y empezó a pasear, tan agitado que derramó aún más ponche que Min, aunque no pareció darse cuenta—. ¿Un kilómetro y medio cuadrado? ¿Y bajo sólo la Luz sabe qué leyes? He viajado en un barco de los Marinos, ¡y sólo puedo decir que resultó muy peculiar! ¡Sin incluir en ello las piernas desnudas! ¿Y qué pasa con los derechos arancelarios, las tasas de atraque y...? —De pronto se volvió hacia Rand; miró ceñudo a las Aes Sedai, que no le hicieron el menor caso, pero fue a Rand a quien se dirigió, y en un tono que rayaba la aspereza —. Arruinarán Cairhien en un año, milord Dragón. Arruinarán cualquier ciudad portuaria en la que les permitáis hacer eso.

Min asintió en silencio, pero Rand se limitó a agitar una mano y volvió a reír.

—Puede que lo crean así, pero yo no soy un pardillo en negociaciones, Dobraine. No han especificado quién elige el trozo de tierra, de modo que no tiene por qué ser al borde del agua, en absoluto. Os tendrán que comprar sus provisiones y aceptar vuestras leyes cuando se marchen, así que no pueden mostrarse demasiado arrogantes. En el peor de los casos, podréis cobrar vuestros impuestos cuando las mercancías salgan de su... refugio. En cuanto a lo demás... Si yo puedo aguantarme con ello, vosotros también podéis. —Ahora no había regocijo en su voz, y Dobraine inclinó la cabeza. Rand se dirigió entonces a las Aes Sedai—. «En segundo lugar» implica que hay más.

Merana y Rafela intercambiaron una mirada mientras toqueteaban inconscientemente las faldas y los chales. La que habló fue Merana, y sin el menor asomo de pomposidad en su voz. De hecho, sonó ligera en exceso:

—En tercer lugar, el Dragón Renacido accede a mantener una embajadora, elegida por las Atha'an Miere, a su lado en todo momento. Harine din Togara se ha nombrado a sí misma para el puesto. Irá acompañada por su Detectora de Vientos, su Maestro de Espadas y una escolta.

—¿Qué? —bramó Rand al tiempo que se incorporaba de un salto.

—Y en cuarto lugar —se apresuró a intervenir Rafela, continuando como si temiera que él la cortara—, el Dragón Renacido accede a acudir prontamente al emplazamiento de la Señora de los Barcos, pero no más de dos veces en tres años consecutivos. —Finalizó jadeando un poco, tratando de que lo último sonase como agotamiento.

El Cetro del Dragón se alzó del suelo, detrás de Rand, y éste lo asió en el aire sin mirar. Sus ojos ya no eran pedazos de hielo, sino fuego azul.

—¿Una embajadora de los Marinos pegada a mis talones? —gritó—. ¿Que obedezca a emplazamientos? —Sacudió el fragmento de lanza en su dirección, y los

borlones verdes y blancos se mecieron en el aire—. ¡Ahí fuera hay gentes que quieren conquistarnos a todos, y cabe la posibilidad de que lo consigan! ¡Los Renegados andan sueltos por el mundo! ¡El Oscuro está al acecho! ¿Por qué no accedisteis también a que les calafatee las quillas de sus barcos, ya puestas?

Normalmente, Min intentaba aplacar sus estallidos de ira, pero en esta ocasión se sentó echada hacia adelante y lanzó una mirada furibunda a las Aes Sedai. Estaba completamente de acuerdo con él. ¡Habían regalado el establo para vender un caballo!

Rafela se sacudió por la embestida, pero Merana se irguió; sus propios ojos hicieron una buena imitación de fuego marrón moteado en oro.

—¿Nos censuráis a nosotras? —espetó en un tono tan gélido como abrasadores eran sus ojos. Era la Aes Sedai tal como una Min niña las había visto: más regias que una reina, poderosas por encima de cualquier poder—. Estabais presente al inicio de la negociación, un *ta'veren*, y las ahormasteis a vuestro antojo. ¡Podríais haberlas tenido a todas de hinojos ante vos! ¡Pero os marchasteis! No les hizo gracia saber que habían bailado al son de un *ta'veren*. En alguna parte han aprendido a tejer escudos, y antes de que hubieseis abandonado el barco, Rafela y yo fuimos escudadas. Para que no sacásemos ventajas con el Poder, adujeron. En más de una ocasión, Harine nos amenazó con colgarnos por los dedos de los pies en las vergas hasta que entrásemos en razón, y, al menos en lo que a mí respecta, ¡la creí muy capaz de hacerlo! Consideraos afortunado de que podáis contar con los barcos que queréis, Rand al'Thor. ¡Si hubiera sido por Harine, sólo os habría cedido un puñado! ¡Daos por satisfecho de que no quisiera vuestras botas nuevas y también ese horrendo trono vuestro! Oh, y por cierto, os reconoció formalmente como el Coramoor, ¡así os dé un dolor de barriga por ello!

Min la miró de hito en hito. Rand y Dobraine la miraron de hito en hito, el cairhienino boquiabierto. Rafela la miró de hito en hito, abriendo y cerrando la boca sin emitir sonido alguno. A decir verdad, el fuego se extinguió en los ojos de Merana, que empezó a abrirlos más y más al darse cuenta de lo que había dicho.

El Cetro del Dragón temblaba en la mano crispada de Rand. Min lo había visto enfurecerse, a punto de estallar, por mucho menos. Rezó para encontrar un modo de contener el estallido, pero no se le ocurrió nada.

—Al parecer —dijo Rand finalmente—, las palabras que un *ta'veren* hace soltar a la gente no son siempre las que desea escuchar. —Daba la impresión de estar... tranquilo; Min no quería pensar en la palabra «cuerdo»—. Lo habéis hecho bien, Merana. Os pasé un asunto espinoso, pero Rafela y tú os habéis esforzado para que saliese bien.

Las dos Aes Sedai se tambalearon ligeramente y por un instante Min creyó que iban a desplomarse de puro alivio.

—Al menos conseguimos ocultar los detalles a Cadsuane —dijo Rafela a la par que se alisaba la falda de manera vacilante—. Era imposible guardar en secreto completamente que habíamos hecho algún tipo de acuerdo, pero al menos hemos logrado que no se enterara del contenido.

—Sí —abundó Merana, falta de aliento—. Incluso nos abordó cuando veníamos hacia aquí. Es difícil ocultarle nada, pero lo hicimos. Pensamos que no querríais que ella... —Dejó la frase en el aire ante la expresión pétrea de Rand.

—Otra vez Cadsuane —dijo él con voz monótona. Contempló ceñudo el fragmento de lanza que sostenía en la mano y luego lo arrojó sobre un sillón, como si no se fiara de lo que podría hacer con él—. Se encuentra en el Palacio del Sol, ¿verdad? Min, diles a las Doncellas que hay en la puerta que lleven un mensaje a Cadsuane. Que se presente de inmediato ante el Dragón Renacido.

—Rand, no creo que... —empezó, inquieta, Min, pero él la interrumpió. No con dureza, pero sí firmemente.

—Hazlo, Min, por favor. Esa mujer es como un lobo observando el aprisco. Me propongo descubrir qué es lo que quiere.

Min se levantó con lentitud y caminó hacia la puerta como si le costase trabajo andar. No era la única que pensaba que era una mala idea. O, al menos, que quisiera hallarse en cualquier otro sitio cuando el Dragón Renacido y Cadsuane Melaidhrin se encontraran cara a cara. Dobraine se le adelantó en el camino hacia la puerta, haciendo una precipitada reverencia sin apenas una pausa, e incluso Merana y Rafela abandonaron la sala antes que ella, si bien lo hicieron de manera que no pareciera que se apresuraban; al menos, dentro de la sala, porque cuando Min asomó la cabeza al pasillo, las dos hermanas habían alcanzado a Dobraine y se alejaban casi al trote.

Curiosamente, el número de Doncellas —media docena— que montaban guardia fuera cuando Min entró un rato antes, había aumentado al punto de cubrir el corredor en ambas direcciones hasta donde alcanzaba la vista; filas de mujeres altas, de rostros duros, con los *cadin'sor* pardos, los *shoufa* enrollados en la cabeza y los velos negros colgando por una punta. Muchas portaban las lanzas y las adargas, como si esperaran una batalla. Algunas se entretenían con el juego de dedos «cuchillo, papel, piedra», y las demás las observaban atentamente.

No tan atentamente como para no verla, sin embargo. Cuando transmitió el mensaje de Rand, el lenguaje de manos corrió por las filas y después dos larguiruchas Doncellas se marcharon trotando. Las otras volvieron a enfrascarse en el juego enseguida, ya fuera participando u observando.

Min regresó a la sala, rascándose la cabeza con desconcierto. A menudo las Doncellas la ponían nerviosa, pero siempre le decían algo, a veces con respeto, como si fuese una Sabia, y a veces bromeando, aunque su sentido del humor era extraño, y se quedaba corta. Jamás habían hecho caso omiso de ella de esa forma.

Rand se encontraba en el dormitorio. Ese simple hecho consiguió que el corazón le latiera más deprisa. Se había quitado la chaqueta, y llevaba desanudados los lazos del cuello y los puños de la blanquísima camisa, con los faldones por fuera de las polainas. Min se sentó a los pies de la cama, recostó la espalda en uno de los gruesos pilares y alzó las piernas, cruzándolas por los tobillos. No había tenido ocasión de ver desnudarse a Rand, y se proponía disfrutar de ello. Sin embargo, en lugar de continuar, él se quedó quieto, mirándola.

—¿Qué demonios puede enseñarme Cadsuane? —preguntó inopinadamente.

—A ti y a todos los Asha'man —contestó ella. Ésa había sido la visión que había tenido—. Lo ignoro, Rand. Sólo sé que tienes que aprenderlo. Todos vosotros. —No parecía que tuviese intención de llegar más allá de sacarse la camisa de las calzas. Suspirando, la joven siguió—. La necesitas, Rand. No puedes permitirte el lujo de enfurecerla. No puedes permitirte el lujo de echarla de tu lado. —En realidad, no creía que medio centenar de Myrddraal y un millar de trollocs pudieran echar a Cadsuane de ningún sitio, pero el fondo del asunto no tenía vuelta de hoja.

En los ojos de Rand apareció una expresión ausente, como si contemplase algo lejano, y al cabo de un momento sacudió la cabeza.

—¿Por qué habría de hacer caso a un loco? —rezongó entre dientes. Luz, ¿de verdad creía que Lews Therin hablaba dentro de su cabeza?—. Deja que alguien sepa que lo necesitas, Min, y te tendrá agarrado. Con una correa, para llevarte hacia donde quiera. No pondré un dogal en mi propia garganta por ninguna Aes Sedai. ¡Ni por nadie! —Lentamente, relajó los puños—. A ti sí te necesito, Min —dijo simplemente —. No por tus visiones. Te necesito a ti.

¡Luz, ese hombre era capaz de hacerle perder el seso con unas pocas palabras!

Con una sonrisa tan anhelante como la de ella, Rand agarró los faldones de la camisa con las dos manos y se inclinó ligeramente para empezar a sacarse la prenda por la cabeza. Enlazando los dedos sobre el estómago, Min se recostó para observar.

Las tres Doncellas que entraron en el dormitorio ya no llevaban los *shoufa* que les había tapado el corto cabello en el corredor. Venían con las manos vacías, y tampoco llevaban los largos cuchillos del cinturón. Eso fue todo lo que le dio tiempo a ver a Min.

Rand seguía con la cabeza y los brazos metidos en la camisa a medio sacar, y Somara, rubísima y alta incluso para ser Aiel, agarró el blanco lino y lo retorció, dejándolo atrapado dentro. Casi en el mismo momento, le atizó una patada en la entrepierna. Con un gemido estrangulado, Rand se dobló más, tambaleándose.

Nesair, de cabello rojo como el fuego y hermosa pese a las blanquecinas cicatrices en ambas mejillas morenas, le asestó un puñetazo en el costado derecho, tan contundente que lo hizo trastabillar.

Min gritó y saltó de la cama. No sabía a qué venía aquella locura, aquel sin

sentido, pero sus cuchillos salieron velozmente de cada una de las mangas y se abalanzó contra las Doncellas.

—¡Socorro! —gritó al tiempo—. ¡Oh, Rand! ¡Que alguien me ayude!

O, al menos, eso fue lo que intentó gritar. La tercera Doncella, Nandera, se giró como una serpiente y Min recibió una patada en el estómago. El aire salió de sus pulmones como el soplido de un fuelle. Los cuchillos le desaparecieron de las manos en un abrir y cerrar de ojos, dio una vuelta de campana por encima del pie de la Doncella, yendo a caer de espaldas, y el batacazo acabó sacándole el poco aire que le quedaba en los pulmones. Intentando moverse, intentando respirar —¡intentando comprender!— sólo pudo yacer allí y presenciar la escena.

Las tres mujeres actuaban concienzudamente. Nesair y Nandera descargaban puñetazos mientras Somara lo mantenía doblado y atrapado con su propia camisa. Una vez, y otra, y otra, asestaban golpes intencionados en el duro estómago de Rand, en el lado derecho. Min habría reído histéricamente si hubiese tenido resuello. Intentaban matarlo a golpes y ponían buen cuidado en no dar cerca de la tierna cicatriz redonda, con el tajo medio curado que la cruzaba, del costado izquierdo.

Ella sabía muy bien lo duro que era el cuerpo de Rand, lo fuerte, pero nadie podía aguantar aquello. Lentamente, las rodillas se le doblaron, y cuando se clavaron en el suelo, Nandera y Nesair se apartaron. Ambas asintieron en silencio, y Somara soltó la camisa. Rand cayó de bruces. Min lo oía jadear, tratando de contener los gemidos que brotaban de su garganta a pesar de sus esfuerzos. Somara se arrodilló a su lado y le retiró la camisa casi con ternura. Él permaneció tendido, con la mejilla contra las baldosas, los ojos desorbitados, luchando para llevar aire a sus pulmones.

Nesair se inclinó para agarrarlo por el cabello y tiró hacia atrás.

—Nos ganamos el derecho a esto —gruñó—, pero todas las Doncellas deseaban ponerte las manos encima. Dejé mi clan por ti, Rand al'Thor. ¡No permitiré que me escupas!

Somara movió una mano como si fuese a retirarle los mechones que le caían sobre la cara, pero luego los agarró y tiró.

—Así es como tratamos a un primer hermano que nos deshonra, Rand al'Thor —manifestó firmemente—. La primera vez. A la próxima, utilizaremos correas.

Nandera permanecía erguida junto a Rand, con el pie plantado sobre su cadera y el semblante pétreo.

—Llevas el honor de las *Far Dareis Mai*, hijo de una Doncella —dijo seriamente—. Prometiste llamarnos a la danza de las lanzas por ti, y luego corres a la batalla y nos dejas atrás. No volverás a hacerlo.

Pasó por encima de él, pisándolo, para dirigirse a la puerta, y las otras dos la siguieron. Sólo Somara miró atrás, y si en sus azules ojos asomó algo de compasión, no ocurrió lo mismo en su voz cuando habló.

—No hagas necesario esto otra vez, hijo de una Doncella.

Rand se había incorporado trabajosamente sobre manos y rodillas para cuando Min consiguió gatear hasta él.

—Deben de haberse vuelto locas —dijo con voz ronca. ¡Luz, cómo le dolía el estómago!—. ¡Rhuarc les...! —No sabía qué podría hacer Rhuarc. Pero no sería bastante, fuese lo que fuese—. Sorilea. —¡Sorilea las pondría a secar al sol! ¡Eso, para empezar!—. Cuando se lo contemos...

—No se lo contaremos a nadie —acotó él. Casi hablaba como si hubiese recobrado el resuello, aunque aún tenía los ojos algo desorbitados. ¿Cómo lo hacía?—. Tenían derecho. Se lo habían ganado.

Min reconocía ese tono más que de sobra. ¡Cuando un hombre decidía ser testarudo, se sentaría desnudo en un rodal de ortigas y negaría que le escocía el culo! Casi se alegró de oírlo gemir cuando lo ayudó a levantarse. Es decir, cuando se ayudaron mutuamente. ¡Si el muy idiota iba a comportarse como un necio, merecía unos cuantos cardenales!

Rand se tendió en la cama, recostado sobre el montón de almohadas, y Min se acurrucó a su lado. No era lo que había esperado, pero no iba a pasar nada más, de eso no le cabía duda.

—No era así como esperaba usar la cama —murmuró él.

Min no estaba segura de que el comentario estuviese destinado a sus oídos. Se echó a reír.

—Disfruto cuando me tienes abrazada tanto como... como con lo otro. —Cosa extraña, él sonrió como si supiera que mentía. ¡Pues su tía Miren afirmaba que ésa era una de las tres mentiras que cualquier hombre creería a una mujer!

—Si interrumpo, supongo que puedo volver cuando sea más conveniente —dijo una fría voz femenina desde la puerta.

Min se retiró bruscamente de Rand como si se hubiese quemado, pero cuando él la atrajo de nuevo hacia sí, volvió a acurrucarse a su lado. Reconocía a la Aes Sedai plantada en el umbral, una cairhienina baja y regordeta, con cuatro finas franjas de color cruzándole el amplio busto y cuchilladas blancas en la falda oscura. Daigian Moseneillin era una de las hermanas que habían llegado con Cadsuane. Y era casi tan autoritaria como ella, en opinión de Min.

—No sé en qué casa te criaste ni a qué estamento pertenecías —dijo perezosamente Rand—. Pero ¿nadie te enseñó a llamar a las puertas?

A pesar de su aparente calma, Min notaba todos los músculos del brazo con el que la rodeaba tensos como cables. La piedra de la luna que colgaba de una cadenilla de plata sobre la frente de Daigian se meció cuando la mujer sacudió lentamente la cabeza. Obviamente, no se sentía complacida.

—Cadsuane Sedai recibió vuestra petición —anunció en un tono aún más frío que

antes—, y me pide que transmita sus excusas. Está ansiosa por terminar el bordado en el que trabaja. Quizá pueda veros otro día. Si encuentra un rato libre.

—¿Es eso lo que dijo? —preguntó Rand en un tono peligroso.

Daigian resopló con desprecio.

—Os dejaré para que prosigáis con... lo que quiera que estuvieseis haciendo.

Min se preguntó si podría abofetear a una Aes Sedai sin sufrir después las consecuencias. Daigian le dirigió una gélida mirada, como si hubiese oído su pensamiento, y se volvió para salir del cuarto. Rand se sentó, ahogando un gemido.

—¡Dile a Cadsuane que puede irse a la Fosa de la Perdición! —bramó a la espalda de la hermana—. ¡Dile que puede pudrirse!

—Eso no servirá de nada, Rand —musitó Min. Aquello iba a ser más duro de lo que había pensado—. Necesitas a Cadsuane. Ella no te necesita a ti.

—Conque no, ¿eh? —dijo quedamente él.

Min se estremeció. Ahora sí que había un timbre peligroso en su voz.

Rand volvió a vestirse despacio, evitando movimientos bruscos, y envió a Min con mensajes para que las Doncellas los transmitieran. Al menos eso lo harían todavía. Las costillas del costado derecho le dolían casi tanto como las heridas del lado izquierdo, y la zona abdominal la sentía como si se la hubiesen molido a golpes con un palo. Les había hecho una promesa. Asió el *Saidin* en el dormitorio, cuando se encontró solo; no quería que ni siquiera Min lo viera tambalearse otra vez. Tenía que ser fuerte, por el bien de ella. Tenía que ser fuerte, por bien del mundo. Aquel puñado de emociones en el fondo de su mente que era Alanna le recordó el precio de descuidarse. Justo en ese momento, Alanna estaba enfurruñada. Tenía que haber excedido el límite de paciencia de una Sabia, porque, si estaba sentada, debía de haberlo hecho suavemente y con mucha precaución.

—Aún pienso que es una locura, Rand al'Thor —insistió Min mientras él se ponía la Corona de Espadas con cuidado; no quería que las minúsculas hojas se le clavaran, haciéndolo sangrar—. ¿Me estás escuchando? Bien, si te propones seguir adelante con ello, te acompaño. Has admitido que me necesitas, ¡y me necesitarás más que nunca para esto! —Estaba muy engallada, puesta en jarras, daba golpecitos en el suelo con el pie y sus ojos casi echaban chispas.

—Tú te quedas aquí —repuso firmemente. Todavía no tenía muy claro lo que intentaba hacer, no del todo, y no quería que ella lo viera dar un traspié. Temía darlo. No obstante, esperaba una discusión.

La joven lo miró ceñuda y dejó de dar golpecitos con el pie. El brillo furioso de sus ojos se apagó para dar paso a la preocupación, si bien desapareció en un visto y no visto.

—Bien, supongo que eres lo bastante mayor para cruzar el patio del establo sin

que te lleven de la mano, pastor. Además, me estoy retrasando en la lectura.

Se dejó caer en uno de los sillones dorados, con las piernas cruzadas debajo, y cogió el libro que había estado leyendo cuando él entró. Unos segundos después, parecía totalmente absorta en la página.

Rand asintió. Eso era lo que quería, que se quedase allí, a salvo. Con todo, no tenía que olvidarse de él tan completamente.

Había seis Doncellas acuclilladas en el pasillo, al otro lado de la puerta. Lo miraron fríamente, sin decir palabra. La mirada de Nandera era la más fría de todas; aunque la de Somara y la de Nesair no le andaban lejos. Le parecía recordar que Nesair era Shaido; tendría que vigilarla estrechamente.

También esperaban los Asha'man —Lews Therin murmuró algo sobre matar dentro de su cabeza—, todos ellos salvo Narishma con el alfiler del dragón en el cuello de la chaqueta, así como el de la espada. Secamente, ordenó a Narishma que montara guardia a la puerta de sus aposentos, y el hombre saludó formalmente, con aquellos oscuros y enormes ojos que veían demasiado trasluciendo un velado reproche. Rand no creía que las Doncellas trasladaran su desagrado en contra de Min, pero no quería correr ningún riesgo. Luz, le había dicho a Narishma todo lo referente a las trampas que había tejido en la Ciudadela cuando lo envió a recoger a *Callandor*. El hombre se imaginaba cosas. Así lo abrasara la Luz, aquello había sido un riesgo absurdo.

«Sólo los locos nunca se fían.» Lews Therin parecía divertido. Y bastante ido. Las heridas del costado le daban punzadas; parecían resonar una en la otra en un dolor distante.

—Mostradme dónde puedo encontrar a Cadsuane —ordenó.

Nandera se incorporó sin brusquedad y echó a andar sin mirar atrás. Rand la siguió, y los otros —Dashiva, Flinn, Morr y Hopwil— fueron en pos de él. Les dio instrucciones mientras caminaban. Flinn —¡quién lo habría pensado!— intentó protestar, pero Rand lo cortó de manera rotunda; no era momento de acobardarse. Era el último de quien habría esperado algo así. De Morr y de Hopwil, quizá. Aunque ya habían perdido la ingenuidad, aún eran lo bastante jóvenes para no utilizar sus cuchillas de afeitar la mitad de los días. Pero no Flinn. Las suaves botas de Nandera no hacían el menor ruido, en tanto que las de ellos resonaban en el alto techo, ahuyentando a cualquiera con el más leve motivo para tener miedo. Las heridas no dejaban de darle punzadas.

A esas alturas, todos en el Palacio del Sol conocían de vista al Dragón Renacido, y también sabían quiénes eran los hombres de chaqueta negra. Sirvientes con uniforme negro hacían profundas reverencias antes de alejarse apresuradamente. La mayoría de los nobles ponían distancia entre ellos y los cinco hombres que encauzaban casi con igual precipitación, dirigiéndose hacia donde fuera con un gesto

decidido en sus semblantes. Ailil los vio pasar con una expresión indescifrable. Anaiyella sonrió tontamente, ni que decir tiene, pero cuando Rand miró hacia atrás vio que la mujer lo observaba con un gesto que no tenía nada que envidiar al de Nandera. Bertome sonrió al tiempo que hacía una reverencia; un gesto en el que no había nada de risueño ni de grato.

Nandera ni siquiera pronunció palabra cuando llegaron a su destino, limitándose a señalar, con una de las lanzas, una puerta cerrada, tras lo cual giró sobre sus talones y emprendió el regreso por donde habían llegado. El *Car'a'carn* sin una sola Doncella de escolta. ¿Consideraban que cuatro Asha'man bastaban para protegerlo? ¿O la marcha de Nandera era otra muestra de su desagrado?

—Haced lo que os he dicho —advirtió Rand.

Dashiva dio un respingo, como si de repente tomara conciencia de dónde se encontraba, y entonces asió la Fuente. La ancha puerta, tallada en líneas verticales, se abrió violentamente, empujada por un flujo de Aire. Los otros tres asieron el *Saidin* y siguieron a Dashiva al interior, con los rostros sombríos.

—El Dragón Renacido —anunció Dashiva en voz alta, amplificada ligeramente por el Poder—, rey de Illian, Señor de la Mañana, viene a ver a la mujer llamada Cadsuane Melaidhrin.

Rand entró majestuosamente, la cabeza alta. No reconocía el otro tejido creado por Dashiva, pero el aire parecía cargado de amenaza, una sensación de algo inexorable aproximándose, cada vez más cerca.

—Os mandé llamar, Cadsuane —dijo Rand. No utilizó tejidos; su voz sonaba dura e impasible de sobra, sin necesidad de ayudas.

La hermana Verde se encontraba sentada junto a una mesita, con el bastidor de bordar en las manos y un cestillo de costura abierto sobre el pulido tablero, las madejas de hilos de vivos colores rebosando de alguno de sus numerosos compartimientos. Estaba exactamente como la recordaba, el rostro de rasgos firmes coronado por un moño gris acerado, adornado con pequeños colgantes dorados en forma de peces, pájaros, estrellas y lunas. Aquellos oscuros ojos, que parecían casi negros en contraste con la blanca tez. Unos ojos fríos, calculadores. Lews Therin soltó un gemido y desapareció al verla.

—Vaya —dijo mientras dejaba el bastidor en la mesa—, he de decir que he visto mejores entradas en escena sin pagar. Con todo lo que he oído sobre ti, muchacho, lo menos que esperaba eran truenos, relámpagos surcando el cielo y toques de trompeta empíreos. —Contempló con calma a los cinco hombres de semblante pétreo, varones que encauzaban, lo que habría bastado para que cualquier Aes Sedai se encogiera. Contempló con calma al Dragón Renacido—. Confío en que uno de vosotros haga al menos juegos malabares. O que trague fuego. Siempre me ha gustado ver a los juglares tragando fuego.

Flinn soltó una carcajada antes de poder contenerse, e incluso entonces se pasó la mano por el ralo cabello, al parecer haciendo un esfuerzo para reprimir la risa. Morr y Hopwil intercambiaron una mirada entre desconcertada e indignada. Dashiva esbozó una sonrisa desagradable y el tejido que sujetaba se hizo más fuerte, hasta el punto de que Rand sintió deseos de mirar hacia atrás para ver qué se le echaba encima.

—Basta con que sepáis que soy quien soy —respondió Rand—. Dashiva, todos vosotros, esperad fuera.

Dashiva abrió la boca como para protestar. La orden no formaba parte de las instrucciones impartidas por Rand, pero no iban a intimidar a la mujer; no de ese modo. El hombre se marchó, sin embargo, mascullando para sí. De hecho, Hopwil y Morr salieron a buen paso, lanzando ojeadas de soslayo a Cadsuane. Flinn fue el único que hizo una retirada digna, a pesar de su cojera. ¡Y todavía parecía regocijado!

Rand encauzó y un sillón pesado, con tallas de leopardos, flotó por el aire desde su lugar junto a la pared, dando vueltas y vueltas antes de posarse como una pluma delante de Cadsuane. Al mismo tiempo, una jarra de plata se alzó de una mesa alargada que había al otro lado del cuarto, soltando un chasquido metálico, seco y breve, como si se hubiese calentado de golpe; el vapor salió por la boca del recipiente y se volcó, girando y girando lentamente como un trompo, a la par que una copa de plata salía disparada de la mesa para coger, por muy poco, el oscuro líquido que se vertía.

—Demasiado caliente, creo —dijo Rand, y los revestimientos de cristal saltaron de los altos ventanales. Los copos de nieve entraron arremolinados en una ráfaga helada, y la copa flotó a través de una de las ventanas y después volvió al interior, directamente a su mano, mientras él tomaba asiento. A ver si ahora se mostraba tan tranquila, con la mirada de un hombre demente clavada en ella. El oscuro líquido era té, demasiado fuerte después de haberlo hecho cocer, y tan amargo como para darle dentera; sin embargo, la temperatura era perfecta. Se le había puesto carne de gallina a causa de las ráfagas que penetraban en la estancia, sacudiendo los tapices contra las paredes, pero dentro del vacío era una sensación lejana, el frío de otra persona.

—La Corona de Laurel es más bonita que otras —comentó Cadsuane con una leve sonrisa. Los adornos del cabello se mecían cada vez que soplaba una ráfaga, y algunos mechones sueltos del moño se agitaban, pero su única reacción a las acometidas de aire fue coger el bastidor de bordar justo antes de que lo tirara de la mesa—. Prefiero ese nombre. Pero no esperarás impresionarme con coronas. He azotado los traseros de dos reyes y tres reinas gobernantes, aunque no pudieron sentarse en sus tronos en dos o tres días cuando hube acabado con ellos, ya me entiendes. Pero sí conseguí que me prestaran atención. Comprenderás por qué no me impresionan las coronas.

Rand aflojó las mandíbulas. Rechinar los dientes no le serviría de nada. Abrió

mucho los ojos, esperando que su aspecto fuera el de un demente o el de un hombre furioso, simplemente.

—Casi todas las Aes Sedai evitan el Palacio del Sol —empezó—. Salvo aquellas que me han jurado lealtad. Y las que tengo prisioneras. —Luz, ¿qué iba a hacer con ésas? Mientras las Sabias se ocuparan de ellas y se las quitasen de encima, la cosa no iba mal.

—Al parecer los Aiel creen que puedo ir y venir a mi antojo —contestó distraídamente, mirando el bastidor que tenía en la mano como si estuviera pensando en coger la aguja de nuevo—. Algo relacionado con la insignificante ayuda que le presté a cierto muchacho. Aunque me cuesta encontrar una razón por la que cualquier persona, excepto su madre, lo consideraría merecedor de ello.

Rand tuvo que esforzarse de nuevo para no rechinar los dientes. La mujer le había salvado la vida. Ella y Damer Flinn, así como otros muchos involucrados en el asunto, Min entre ellos. Pero aun así seguía estando en deuda con Cadsuane. Maldita mujer.

—Quiero que seáis mi consejera. Ahora soy rey de Illian, y los reyes tienen consejeras Aes Sedai.

La mujer dirigió una mirada desdeñosa a la corona.

—De ninguna manera. Demasiado a menudo para mi gusto, una consejera tiene que ver cómo la persona a su cargo mete la pata sin poder hacer nada para evitarlo. También debe acatar órdenes, algo que a mí no se me da muy bien hacer. ¿No te serviría alguna otra? ¿Alanna, tal vez?

A despecho de sí mismo, Rand se puso tieso en el sillón. ¿Sabía lo del vínculo? Merana había dicho que no era nada fácil ocultarle algo. No; ya se preocuparía después sobre lo que sus «fieles» Aes Sedai le estaban contando a Cadsuane. Luz, ojalá Min estuviera equivocada, para variar. Sin embargo, antes creería que era capaz de respirar en el agua.

—Yo... —Le resultaba imposible decirle que la necesitaba. ¡Nada de correas ni ronzales!—. ¿Y si no tuvieseis que prestarme ningún juramento?

—Supongo que eso podría funcionar —contestó, dubitativa, sin apartar la vista de la maldita costura. Alzó los ojos hacia él. Calculadora—. Pareces... inquieto. No me gusta decirle a un hombre que está asustado ni siquiera cuando tiene motivos para estarlo. ¿Inquieto por la posibilidad de que una hermana a la que no has convertido en un perrillo faldero amaestrado te esté tendiendo algún tipo de trampa? Veamos. Puedo hacerte algunas promesas; quizás eso te tranquilice. Espero que atiendas mis consejos, naturalmente; hazme gastar saliva en balde, y lo sentirás. Sin embargo, no te obligaré a hacer lo que quiera. Huelga decir que no tolero que nadie me mienta; ésa es otra cosa que te traería consecuencias desagradables. Pero tampoco espero que me cuentes los anhelos más íntimos de tu corazón. Ah, sí. Haga lo que haga, será por tu

propio bien; no por el mío ni por el de la Torre Blanca, sino por el tuyo. Bien, ¿mitiga esto tus temores? Perdona. Tu inquietud.

Preguntándose si se suponía que tenía que reírse, Rand la miró de hito en hito.

—¿Os enseñan cómo hacer eso? —demandó—. Conseguir que una promesa suene a amenaza, me refiero.

—Oh, entiendo. Quieres reglas. Casi todos los chicos las quieren, digan lo que digan. Muy bien. Veamos. No aguanto los malos modales, así que serás debidamente cortés conmigo, con mis amigos y mis invitados. Eso incluye no encauzar en ellos, por si acaso no lo habías adivinado, y controlar tu genio, que tengo entendido es memorable. Y lo mismo reza para tus... compañeros de chaqueta negra. Sería una lástima que tuviera que darte una zurra por algo que hubiera hecho uno de ellos. ¿Son suficientes reglas? Puedo estipular más, si las necesitas.

Rand soltó la copa junto al sillón. El té se había quedado frío, además de amargo. La nieve empezaba a amontonarse debajo de las ventanas.

—Se supone que soy yo quien va a volverse loco, Aes Sedai, pero vos ya lo estáis. —Se puso de pie y se encaminó hacia la puerta.

—Confío sinceramente en que no hayas intentado utilizar *Callandor* —dijo con suficiencia a su espalda—. He oído que ha desaparecido de la Ciudadela. Conseguiste escaparte una vez, pero puede que no lo logres una segunda.

Rand se frenó en seco y miró hacia atrás. La mujer estaba empujando esa maldita aguja a través de la tela estirada en el bastidor. ¡Tan tranquila! Sopló una ráfaga de viento que arremolinó la nieve alrededor, pero ella ni siquiera levantó la cabeza.

—¿Escapar? ¿A qué os referís?

—¿Cómo? —No levantó la vista de la costura—. Oh. Muy pocas personas, incluso en la Torre, sabían lo que era *Callandor* antes de que la blandieses, pero hay cosas sorprendentes escondidas en rincones recónditos y mohosos de la biblioteca de la Torre. Estuve rebuscando hace algunos años, cuando sospeché por primera vez que podrías estar mamando del pecho de tu madre, justo antes de decidir volver a retirarme. Los bebés son algo muy sucio, y no se me ocurría cómo dar contigo antes de que dejaras de gotear por uno u otro sitio.

—¿A qué os referís? —demandó bruscamente.

Cadsuane alzó la vista entonces, y a pesar de los mechones ondeando y la nieve posándose en su vestido, parecía una reina.

—Te dije que no aguanto los malos modales. Si vuelves a pedirme ayuda, espero que lo hagas con *educación*. ¡Y espero una disculpa por tu comportamiento de hoy!

—¿Qué quisisteis decir con respecto a *Callandor*?

—Es defectuosa —replicó, cortante—, le falta el amortiguador que hace que otros *sa'angreal* puedan usarse sin peligro. Y aparentemente acrecienta la infección, provocando el desenfreno de la mente. Siempre y cuando la utilice un varón, en

cualquier caso. El único modo seguro de utilizar La Espada que no es una Espada, el único modo de usarla sin correr el riesgo de matarte a ti mismo o intentar hacer sólo la Luz sabe qué locura, es vincularte con dos mujeres y que una de ellas sea la que dirija los flujos.

Tratando de no encorvar los hombros, se alejó de ella. Así que no había sido sólo el extraño comportamiento del *Saidin* en Ebou Dar lo que había matado a Adley. Él lo había matado ya en el momento en que envió a Narishma a buscar esa cosa.

—Recuerda, muchacho —sonó tras él la voz de Cadsuane—. Debes pedirlo con mucha educación y disculparte. Puede que acceda a tu petición si tu disculpa suena realmente sincera.

Rand apenas la escuchó. Había esperado utilizar de nuevo a *Callandor*, había confiado en que fuera bastante fuerte. Ahora sólo quedaba una opción, y le aterraba. Le pareció oír la voz de otra mujer; la voz de una mujer muerta: «Podrías desafiar incluso al Creador».

28. Espino carminita

No parecía precisamente el escenario para que se produjera el estallido que Elayne había temido. Puente Harlon era un pueblo moderadamente grande, con tres posadas y suficientes casas para que nadie tuviese que dormir en un pajar. Cuando Elayne y Birgitte bajaron la escalera hacia la sala esa mañana, la señora Eneldo, la oronda posadera, les sonrió afablemente y les hizo una reverencia todo lo pronunciada que le permitía su corpulencia. Su deferencia no se debía únicamente al hecho de que Elayne fuese una Aes Sedai. La señora Eneldo se sentía tan contenta de que su posada estuviese llena, al estar las calzadas atestadas de nieve, que hacía reverencias a casi todo el mundo. Cuando entraron en la sala, Aviendha se tragó rápidamente el último bocado de pan y queso de su desayuno, se sacudió unas miguitas que habían caído en su vestido verde y cogió su capa oscura para reunirse con ellas.

Fuera, el sol empezaba a asomarse por el horizonte, semejando una cúpula de color amarillo pálido. Sólo unas pocas nubes rompían la uniformidad de un hermoso cielo azul, y eran blancas y esponjosas, no de la clase que traía nieve. Parecía un día estupendo para viajar.

Salvo porque Adeleas caminaba por la nevada calle, abriendo un camino, y arrastraba por el brazo a una de las Allegadas, Garenia Rosoinde. Ésta era una saldaenina de caderas estrechas que había pasado los últimos veinte años ejerciendo el oficio de mercader, a pesar de que por su aspecto parecía poco mayor que Nynaeve. Normalmente, su nariz ganchuda le daba el aspecto de una mujer enérgica, dura en los tratos comerciales, que no se echaba atrás. Ahora sus oscuros ojos rasgados estaban desorbitados y su ancha boca se abría en un lamento mudo. Un grupo de Allegadas, que aumentaba progresivamente, las seguía, remangándose las faldas para evitar la nieve y murmurando entre sí, en tanto que más mujeres acudían corriendo de todas direcciones para unirse a ellas. Reanne y las restantes componentes del Círculo de Labores de Punto iban al frente, todas exhibiendo semblantes sombríos, con excepción de Kirstian, que parecía aún más pálida de lo habitual. También estaba Alise, con el gesto impávido.

Adeleas se paró delante de Elayne y empujó a Garenia tan bruscamente que la mujer cayó a gatas en la nieve, donde se quedó gimiendo. Las Allegadas se reunieron detrás de ella, el grupo cada vez más numeroso.

—Acudo a ti con este asunto porque Nynaeve está ocupada —anunció a Elayne la hermana Marrón. Lo que quería decir realmente era que Nynaeve disfrutaba de un rato a solas con Lan en alguna parte, pero, por una vez, ni el más leve indicio de sonrisa asomaba a sus labios—. ¡Cállate, muchacha! —espetó a Garenia, cuyos gemidos se cortaron de inmediato, y Adeleas asintió satisfecha—. Ésta no es Garenia

Rosoinde. Por fin la reconocí: Zarya Alkaese, una novicia que huyó justo antes de que Vandene y yo decidiésemos retirarnos y escribir nuestra historia del mundo. Lo ha admitido, cuando he ido directamente al grano enfrentándome a ella. Me sorprende que Careane no la haya reconocido; ambas fueron novicias al mismo tiempo, durante dos años. La ley es clara, Elayne. A una fugitiva se la debe vestir de blanco nuevamente, cuanto antes, y mantenerla sometida a una estricta disciplina hasta que pueda regresar a la Torre y recibir el castigo adecuado. ¡No volverá a pensar en huir después de eso!

Elayne asintió lentamente, tratando de discurrir qué decir. Tanto si Garenia —Zarya— pensaba huir de nuevo como si no, no se le daría la oportunidad de hacerlo. Era muy fuerte en el Poder, y la Torre no la dejaría marchar aunque tardara el resto de su vida en alcanzar el chal. Sin embargo, Elayne recordaba ahora algo que la mujer había dicho el día que se conocieron. Entonces no había caído en la cuenta del significado, pero sí lo hizo en ese momento. ¿Cómo afrontaría Zarya verse de nuevo con el blanco de novicia después de vivir durante setenta años dueña de sí misma? Y, lo que era peor, los susurros entre las Allegadas empezaban a sonar como un sordo runrún. Mas no dispuso de mucho tiempo para pensar. De repente, Kirstian cayó de hinojos, asiendo la falda de Adeleas con una mano.

—Me entrego voluntariamente —anunció con voz tranquila, un tono sorprendente viniendo de aquel semblante demudado—. Estuve inscrita en el libro de novicias hace casi trescientos años, y huí antes de que hubiese transcurrido el primero. Me someto y... y pido clemencia.

Entonces fue Adeleas la que abrió los ojos desmesuradamente. ¡Kirstian estaba diciendo que había huido de la Torre Blanca cuando ella era un bebé o puede que antes de que hubiese nacido! La mayoría de las hermanas no se creían aún las edades declaradas por las Allegadas. De hecho, Kirstian parecía que acababa de entrar en la edad madura.

Con todo, Adeleas se recobró rápidamente. Por mayor que fuera esa mujer, ella había sido Aes Sedai casi tantos años como había vivido la persona más longeva. Irradiaba un halo de autoridad, de vetustez.

—Si es así, muchacha —hubo un leve titubeo en su voz al decir eso último—, me temo que habrá que vestirte de blanco también. Se te castigará, pero entregarte voluntariamente será un atenuante.

—Por eso lo he hecho. —El timbre firme de Kirstian se malogró un poco cuando tragó saliva ruidosamente. Era casi tan fuerte como Zarya; en realidad, no había ninguna débil en el Círculo de Labores. También a ella se la ataría corto—. Sabía que me encontraríais antes o después.

Adeleas asintió con la cabeza como si tal cosa fuese obvia, aunque Elayne no imaginaba cómo se habría podido descubrir a la mujer, ya que dudaba mucho de que

Kirstian Chalwin fuera su verdadero nombre. No obstante, casi todas las Allegadas creían en la omnisciencia de las Aes Sedai. O habían creído, al menos.

—¡Tonterías! —La voz ronca de Sarainya Vostovan se alzó sobre el parloteo de las Allegadas. Aunque no era lo bastante fuerte para convertirse en Aes Sedai ni, con mucho, lo bastante mayor para ocupar una posición relevante entre las Allegadas, salió del grupo en actitud desafiante—. ¿Por qué habríamos de entregarlas a la Torre Blanca? ¡Hemos ayudado a huir a mujeres, y con toda la razón! ¡Entregarlas no forma parte de las reglas!

—¡Contrólate! —instó secamente Reanne—. Alise, llama al orden a Sarainya, por favor. Al parecer se olvida de muchas de las reglas que afirma conocer.

Alise miró a Reanne; su rostro seguía sin traslucir nada. Alise, que hacía cumplir las reglas de las Allegadas con mano firme.

—No forma parte de nuestras reglas entregar a las fugitivas, Reanne —manifestó.

La Rectora se sacudió como si hubiese recibido un golpe.

—¿Y cómo sugieres que lo hagamos? —demandó, desafiante—. Siempre hemos mantenido alejadas a las fugitivas hasta estar seguras de que ya no se las perseguía, y si daban con ellas antes, dejábamos que las hermanas se las llevaran. Ésa es la regla, Alise. ¿Cuál otra propones que violemos? ¿Acaso sugieres que nos pongamos en contra de las Aes Sedai? —Su tono ponía de manifiesto lo ridícula que consideraba tal idea, pero Alise siguió mirándola, en silencio.

—¡Sí! —gritó una voz entre la multitud de Allegadas—. ¡Somos muchas y ellas son pocas!

Adeleas contempló al grupo con incredulidad. Elayne abrazó el *Saidar*, aunque sabía que la voz tenía razón: las Allegadas eran muchas. Sintió que Aviendha abrazaba el Poder y que Birgitte se aprestaba para un posible enfrentamiento. Sacudiéndose como para obligarse a reaccionar, Alise hizo algo mucho más práctico y sin duda mucho más eficaz.

—Sarainya —empezó en voz alta—, te presentarás ante mí cuando nos detengamos esta noche, con una vara que cortarás tú misma antes de que partamos esta mañana. Tú también, Asra; ¡he reconocido tu voz! —Y después, sin bajar el tono, le dijo a Reanne—: Me presentaré ante ti para que me impongas el correctivo que juzgues oportuno cuando paremos esta noche. ¿A qué esperáis? ¡Vamos, no veo preparándose a nadie para la marcha!

Entonces las Allegadas se disolvieron rápidamente, encaminándose en una u otra dirección para recoger sus cosas; sin embargo, Elayne vio que algunas de ellas hablaban en voz baja mientras caminaban. Cuando pasaron sobre el puente tendido sobre el helado arroyo que serpenteaba junto al pueblo, con Nynaeve sin dar crédito a lo que se había perdido y lanzando miradas furibundas en derredor para encontrar a alguien a quien llamar la atención, Sarainya y Asra portaban varas recién cortadas —

al igual que Alise—, y Zarya y Kirstian llevaban vestidos blancos, que hubo que buscar a toda prisa, debajo de las oscuras capas. Las Detectoras de Vientos las señalaban y reían a mandíbula batiente, pero muchas de las Allegadas aún charlaban en grupos, que enmudecían cada vez que una hermana o una de las componentes del Círculo las miraba. Y en sus ojos había una expresión sombría cuando se posaban en las Aes Sedai.

Ocho días más de avanzar trabajosamente a través de la nieve amontonada, o bajo nuevas nevadas, y de rechinar los dientes en la posada cuando había una. Ocho días más de silencio malhumorado de las Allegadas, de miradas frías de las hermanas, de pavoneos de las Detectoras de Vientos, dándose aires ante las Allegadas y las Aes Sedai por igual. En la mañana del noveno día, Elayne empezó a desear que todas se enzarzaran en una gresca, simplemente.

Se preguntaba si podrían cubrir los últimos quince kilómetros que las separaban de Caemlyn sin que se produjera un asesinato, cuando Kirstian llamó a su puerta y entró precipitadamente sin esperar a recibir respuesta. El sencillo vestido de paño de la mujer no tenía la blancura adecuada para una novicia, y ella había recobrado gran parte de su dignidad en cierto sentido, como si supiera que su futuro había allanado su presente, pero ahora hizo una reverencia con precipitación, casi tropezando con la capa, y sus oscuros ojos parecían llenos de ansiedad.

—Nynaeve Sedai, Elayne Sedai, lord Lan dice que debéis venir de inmediato —comunicó, falta de aliento—. Me advirtió que no hablara con nadie, y que tampoco lo hiciese ninguna de vosotras.

Elayne y Nynaeve intercambiaron una mirada con Aviendha y Birgitte. La antigua Zahorí masculló algo entre dientes respecto a que el hombre no sabía distinguir entre lo privado y lo público, pero resultaba obvio, incluso antes de que enrojeciera, que no creía lo que había dicho. Elayne percibió la concentración de Birgitte, como una flecha en la cuerda tensa, buscando una diana.

Kirstian ignoraba lo que quería Lan, sólo sabía adónde tenía que conducirlas: la pequeña choza en las afueras de Travesía de Cullen, donde Adeleas había llevado a Ispan la noche anterior. Lan esperaba fuera, con los ojos gélidos como el aire, y no permitió que Kirstian entrara. Cuando Elayne pasó al interior de la choza, comprendió por qué.

Adeleas yacía de costado, junto a una banqueta volcada; había una copa en el tosco suelo de madera, cerca de su mano extendida. Sus ojos estaban abiertos y había un charco de sangre coagulada, debajo del profundo tajo que le hendía la garganta de lado a lado. Ispan estaba tendida en un pequeño catre, mirando sin ver el techo; tenía los labios atirantados en una mueca que dejaba los dientes a la vista y en sus ojos desorbitados parecía haber quedado plasmada una expresión de terror. Y con razón, ya que una estaca de madera, gruesa como una muñeca, sobresalía entre sus senos. El

martillo que obviamente se había utilizado para clavarla estaba tirado junto al catre, al borde de un oscuro charco que se extendía por debajo del camastro. Elayne se obligó a no pensar en vomitar allí mismo.

—Luz —musitó—. ¡Luz! ¿Quién ha podido hacer esto? ¿Cómo ha podido hacerlo?

Aviendha sacudió la cabeza, desconcertada, y Lan ni siquiera se molestó en dar esa mínima respuesta. Se limitaba a mirar en nueve direcciones a la vez, como si esperase que quienquiera —o lo que quiera— que hubiese cometido esos asesinatos entrara por uno de los dos ventanucos o incluso a través de las paredes. Birgitte desenfundó su cuchillo y, a juzgar por su gesto, habría deseado tener su arco. La flecha presta a volar que percibía Elayne en su mente estaba más tensa que nunca.

Al principio, Nynaeve se quedó parada en un punto, examinando el interior de la choza. Había poco que ver, aparte de lo evidente: otra banqueta de tres patas; una mesa tosca sobre la que titilaba la luz de una lámpara; una gran tetera y una segunda taza; una burda chimenea de piedra, con cenizas frías en el hogar. Eso era todo. La choza era tan pequeña que Nynaeve sólo tuvo que dar un paso para llegar a la mesa. Metió el índice en la tetera, se lo llevó a la punta de la lengua y después escupió con fuerza antes de vaciar la tetera sobre el tablero, esparciendo líquido y hojas de té. Elayne parpadeó, desconcertada.

—¿Qué ha ocurrido? —inquirió fríamente Vandene desde la puerta. Lan hizo intención de adelantarse para cerrarle el paso, pero ella lo frenó con un leve gesto. Elayne empezó a rodearla con un brazo, y también recibió una mano alzada para detenerla. Los ojos de Vandene seguían prendidos en su hermana, en su rostro la calma de la serenidad Aes Sedai. La mujer muerta en el catre podría no haber existido, por el caso que le hizo—. Cuando os vi a todas viniendo hacia aquí, pensé... Sabíamos que no nos quedaban muchos años, pero... —Su voz era la encarnación de la serenidad, pero sin duda era una máscara—. ¿Qué has descubierto, Nynaeve?

La compasión resultaba extraña en el rostro de Nynaeve. Se aclaró la garganta y señaló las hojas de té, sin tocarlas. O, mejor dicho, señaló las virutas blancas que se mezclaban con las apelmazadas hojas negras.

—Esto es raíz de espino carminita —contestó, en un vano intento de hablar con naturalidad—. Contiene sustancias venenosas pero dulzonas, así que puede pasar inadvertido en el té, a menos que se sepa lo que es, sobre todo si se toma con mucha miel.

Vandene asintió, sin apartar un solo momento los ojos de su hermana.

—Adeleas se aficionó al té dulce en Ebou Dar.

—En dosis pequeñas es analgésico —continuó Nynaeve—. Una dosis tan grande como ésta mata, pero lentamente. Incluso unos pocos sorbos bastarían. —Tras respirar hondo, añadió—: Podrían haber permanecido conscientes durante horas.

Paralizadas, pero conscientes. O quienquiera que hizo esto no quería correr el riesgo de que alguien llegara a tiempo con un antídoto, y yo no sé de ninguno para una dosis tan fuerte, o quería que la una o la otra supiera quién las estaba matando.

Elayne dio un respingo por la brutal franqueza de su amiga, pero Vandene se limitó a asentir.

—Ispan, creo, puesto que parece que empleó más tiempo con ella. —La Verde de cabello blanco casi parecía estar pensando en voz alta, discurriendo un enigma. Se tardaba menos en degollar que en clavar una estaca en el corazón. Su calma ponía la piel de gallina a Elayne—. Adeleas jamás habría aceptado nada de beber de alguien que no conociera, no aquí fuera, con Ispan. Esos dos hechos señalan a su asesino, en cierto modo. Una Amiga Siniestra, alguien de nuestro grupo. Una de nosotras.

Elayne sintió dos escalofríos, el suyo y el de Birgitte.

—Una de nosotras —convino tristemente Nynaeve.

Aviendha empezó a pasar el pulgar por el filo de su cuchillo y, por una vez, Elayne no sintió reparos. Vandene pidió que la dejaran sola con su hermana unos minutos, y se sentó en el suelo para acunarla en sus brazos antes de que los demás hubiesen salido. Jaem, el viejo y nudoso Guardián, aguardaba fuera junto a una temblorosa Kirstian.

De repente, un penetrante grito sonó dentro de la choza, el lamento desgarrado de una mujer que lo ha perdido todo. Nynaeve giró sobre sus talones para volver a la choza, pero Lan la sujetó por el brazo y Jaem se plantó en la puerta, su mirada casi tan fría como la de Lan. No podían hacer otra cosa que dejarlos solos, a Vandene dando rienda suelta a su dolor, y a Jaem guardando su intimidad. Y compartiendo su angustia, comprendió Elayne, consciente del cúmulo de emociones en su cabeza que era Birgitte. Tiritó, y la arquera le rodeó los hombros con su brazo. Aviendha hizo otro tanto por el otro lado, e indicó con una seña a Nynaeve que se uniese a ellas, cosa que la mujer hizo al cabo de un momento. El asesinato en el que Elayne había pensado tan a la ligera se había producido; una de sus compañeras de viaje era una Amiga Siniestra, y de repente el día parecía tan frío que penetraba en los huesos, pero contaba con el calor de la proximidad de sus amigas.

Los últimos y fúnebres quince kilómetros hasta Caemlyn les costaron dos días de viaje a través de la nieve, un grupo muy apagado, incluso las Detectoras de Vientos. Ello no quería decir que no exigiesen menos de Merilille, ni que las Allegadas no hablaran y se callaran cada vez que una hermana o una mujer del Círculo se acercaba. Vandene, con la silla repujada con plata de su hermana puesta en su montura, se mostraba tan serena como lo había estado junto a la sepultura de Adeleas, pero en los ojos de Jaem se advertía una silenciosa promesa de muerte que sin duda también alentaba en el corazón de Vandene. Elayne no habría podido ser más feliz de ver las murallas y las torres de Caemlyn si su mera aparición le hubiese puesto en las manos

la Corona de la Rosa y hubiese devuelto la vida a Adeleas.

Ni siquiera Caemlyn, una de las grandes urbes del mundo, había visto jamás un grupo como el suyo, y una vez dentro de las murallas de piedra gris, de quince metros de altura, la gente empezó a fijarse en ellos mientras cruzaban la Ciudad Nueva a lo largo de amplias avenidas enfangadas de nieve medio derretida y bulliciosas con el ajetreado ir y venir de personas, carros y carruajes. Los tenderos salían a las puertas de los establecimientos y miraban boquiabiertos. Los carreteros frenaban las yuntas para observarlos de hito en hito. Altos Aiel y altas Doncellas los seguían con la mirada desde todos los rincones, al parecer. La gente no parecía reparar en los Aiel, pero Elayne sí lo hizo. Amaba muchísimo a Aviendha, pero no le gustaba que hubiese un ejército de Aiel caminando por las calles de Caemlyn.

La Ciudad Interior, circunvalada por murallas y torreones de piedra blanca con vetas plateadas, fue un delicioso recuerdo recobrado, y finalmente Elayne empezó a sentir que se encontraba de vuelta en casa. Las calles seguían la curvatura de las colinas, y cada alto de una cuesta ofrecía un nuevo panorama de parques cubiertos de nieve y monumentos diseñados para ser contemplados tanto desde arriba como de cerca, con torres revestidas de tejas en llamativos colores, brillando con cientos de tonalidades bajo el sol de la tarde. Y entonces el propio Palacio Real apareció ante ellos, un conjunto de pálidas y esbeltas torres, doradas cúpulas y mamposterías con intrincadas tracerías. La bandera de Andor, el León Blanco sobre campo rojo, flameaba en casi todas las atalayas del conjunto, y en otras lo hacían el Estandarte del Dragón o la Enseña de la Luz.

A las altas y doradas puertas del palacio, Elayne siguió adelante sola, con su traje de montar gris, sucio por el viaje. La tradición y la leyenda decían que las mujeres aspirantes al trono que se dirigían por primera vez a palacio con boato y esplendor siempre fracasaban en su propósito. Había dejado claro que tenía que hacerlo sola, si bien casi deseó que Aviendha y Birgitte hubiesen impuesto su criterio en contra del de ella. La mitad de las dos docenas de guardias apostados en las puertas eran Doncellas Aiel, y el resto, hombres con yelmos y chaquetas azules, con pecheras adornadas con un dragón rojo y dorado, cruzado de lado a lado.

—Soy Elayne Trakand —anunció en voz alta, sorprendida de que sonase tan tranquila. Sus palabras se oyeron en la gran plaza, y la gente se volvió para mirarla a ella y a sus compañeros de hito en hito. La antigua fórmula salió de su boca con fluidez—. En nombre de la casa Trakand y por el derecho que me asiste como descendiente de Ishara, vengo a reclamar el Trono del León de Andor, si así lo quiere la Luz.

Las puertas se abrieron de par en par.

No iba a ser así de sencillo, por supuesto. Ni siquiera la posesión del palacio garantizaba la del trono. Dejando a sus compañeros al cuidado de una estupefacta

Reene Harfor —y muy complacida de que la entrecana doncella primera, oronda y tan majestuosa como una reina, siguiera teniendo en sus capacitadas manos la organización de palacio— y de un corrillo de criados en uniformes rojos y blancos, Elayne se dirigió apresuradamente hacia el gran Salón del Trono de Andor. Sola otra vez. Esto no era parte del rito, todavía. Debería haber ido a cambiarse de ropa, ponerse el vestido de seda roja con el corpiño bordado de perlas y leones blancos subiendo por las mangas, pero no pudo contener el impulso. Esta vez, ni siquiera Nynaeve intentó oponerse.

Columnas blancas, de veinte pasos de altura, se sucedían a ambos lados de la gran sala. El Salón del Trono estaba desierto; eso no duraría mucho. La clara luz de la tarde se filtraba por los altos ventanales de las paredes, mezclándose con los haces multicolores que se proyectaban desde las grandes ventanas del techo, donde el León Blanco de Andor se alternaba con escenas de victorias andoreñas y los rostros de las antiguas reinas del país, empezando por Ishara, de tez tan oscura como cualquier Atha'an Miere, tan rebosante de autoridad como cualquier Aes Sedai. Ninguna soberana de Andor podía olvidar quién era y qué se esperaba de ella con sus antecesoras, que habían forjado esa nación, contemplándola fijamente desde arriba.

Una cosa temía ver: la inmensa monstruosidad de un trono, todo él dragones dorados, que había contemplado sobre el estrado, al fondo del salón, en el *Tel'aran'rhiod*. No se encontraba allí, gracias a la Luz. Tampoco el Trono del León descansaba ya sobre un alto plinto, como un trofeo expuesto, sino que ocupaba su lugar, sobre el estrado; era un sillón grande, tallado y dorado, pero del tamaño adecuado para una mujer. El León Blanco, formado con piedras de la luna sobre un campo de rubíes, quedaría justo por encima de cualquier mujer que se sentase en el solio. Ningún hombre se sentiría a gusto sentado en ese trono porque, así lo decía la leyenda, sabría que con ese gesto había firmado su sentencia de muerte. Elayne creía que lo más probable era que los artesanos que lo habían construido se hubieran asegurado, simplemente, de que un hombre no cupiese bien en él.

Subió las gradas blancas del estrado y posó una mano en uno de los brazos del trono. No tenía derecho a sentarse en él; aún no. No hasta que fuera reconocida como reina. Pero hacer juramentos ante el Trono del León era una costumbre tan antigua como el propio Andor. Tuvo que resistir el deseo de caer de hinojos y ponerse a llorar sobre el asiento. Que se hubiese resignado a la idea de que su madre había muerto no significaba que el dolor de la pérdida hubiese desaparecido, y aquello lo reavivó con toda la intensidad del primer momento. Sin embargo, ahora no podía venirse abajo.

—Juro por la Luz que honraré tu memoria, madre —susurró en voz queda—. Que honraré el nombre de Morgase Trakand e intentaré que todos mis actos reporten mayor gloria y honor a la casa Trakand.

—He ordenado a los guardias que no dejen acercarse a los curiosos y buscadores

de favores. Supuse que querías estar sola aquí un rato.

Elayne se giró lentamente para mirar a Dyelin Taravin al tiempo que la mujer rubia recorría la longitud de la sala en dirección a ella. Dyelin había sido una de las primeras en apoyar a su madre cuando ésta aspiraba al trono. Su cabello tenía más hebras grises de las que recordaba Elayne, y había más arrugas en los ángulos externos de sus ojos, pero seguía siendo muy hermosa. Una mujer fuerte. Y poderosa, ya fuera como amiga o como enemiga.

Se detuvo al pie del estrado y alzó la vista hacia la joven.

—Llevo dos días oyendo rumores de que estabas viva, pero no lo creí realmente hasta ahora. ¿Has venido a aceptar el trono de manos del Dragón Renacido, pues?

—Reclamo el trono por derecho propio, Dyelin, sin recibirlo de manos de nadie. El Trono del León no es una bujería para aceptarlo como regalo de un hombre. —Dyelin asintió como ante una verdad manifiesta; cosa que era así, para cualquier andoreño—. ¿Cuál es tu postura, Dyelin? ¿A favor de la casa Trakand o en contra? He oído tu nombre a menudo en mi camino hacia aquí.

—Puesto que reclamas el trono por derecho propio, a favor.

Pocas personas podían hablar de un modo tan seco como ella. Elayne se sentó en la última grada e hizo un gesto para que la otra mujer lo hiciera junto a ella.

—Hay unos pocos obstáculos, naturalmente —continuó Dyelin al tiempo que se recogía la falda para sentarse—. Ya se han presentado varios aspirantes, como sin duda sabrás. A Naean y Elenia los tengo encerrados a buen recaudo. Bajo el cargo de traición, que la mayoría de la gente parece estar dispuesta a aceptar. Por el momento. El esposo de Elenia sigue trabajando de forma activa en su favor, aunque sin meter ruido, y Arymilla ha anunciado su pretensión, esa estúpida mentecata. Está obteniendo cierto respaldo, pero nada por lo que debas preocuparte. Tus verdaderos problemas, aparte de haber Aiel por toda la ciudad, esperando que el Dragón Renacido regrese, son Aemlyn, Arathelle y Pelivar. Por el momento, Luan y Ellorien te apoyan, sin embargo, podrían pasarse a respaldar a cualquiera de esos tres.

Una lista muy sucinta, presentada en un tono adecuado para una conversación sobre un posible negocio de caballos. Elayne sabía lo de Naean y Elenia, pero no que Jarid siguiera pensando que su esposa tenía una oportunidad de ocupar el trono. Arymilla era una mentecata si pensaba que sería aceptada, tuviese el respaldo que tuviese. Sin embargo, los últimos cinco nombres eran preocupantes. Cada uno de ellos había sido un apoyo tan fuerte para su madre como la propia Dyelin, y todos dirigían casas poderosas.

—De modo que Arathelle y Aemlyn quieren el trono —murmuró—. De Ellorien no puedo creerlo, no para sí misma. —Pelivar podía estar actuando en favor de sus hijas, pero Luan sólo tenía nietas, ninguna de ellas con edad suficiente para ocupar el trono—. Hablas como si existiera la posibilidad de que se unieran, las cinco casas.

¿Respaldando a quién? —Eso sí que sería una amenaza grave.

Sonriendo, Dyelin apoyó la barbilla en la mano.

—Parecen pensar que yo debería ocupar el trono. Bien, ¿qué intenciones tienes con respecto al Dragón Renacido? No ha vuelto por aquí desde hace tiempo, pero al parecer puede aparecer de repente, como si saliese del aire.

Elayne cerró los ojos con fuerza un momento, pero cuando volvió a abrirlos continuaba sentada en las gradas del estrado del Salón del Trono, y Dyelin seguía sonriéndole. Su hermano luchaba por Elaida, y su hermanastro era un Capa Blanca. Ella había llenado el palacio con mujeres que podían emprenderla unas contra otras en cualquier momento, por no mencionar el hecho de que una de ellas era una Amiga Siniestra, quizás incluso del Ajah Negro. Y la mayor amenaza a la que se enfrentaba en sus aspiraciones al trono, la mayor con diferencia, respaldaba a una mujer que afirmaba que la apoyaba a ella. El mundo estaba completamente loco. ¿Por qué no contribuir con su granito de arena?

—Tengo intención de vincularlo como mi Guardián —contestó, y siguió antes de que a la otra mujer le diera tiempo de hacer algo más que parpadear con estupor—. También espero casarme con él. Sin embargo, ninguna de esas cosas tiene que ver con el Trono del León. Lo primero que me propongo hacer es...

A medida que continuó exponiendo sus ideas, Dyelin empezó a reír. Elayne hubiera querido saber si el regocijo de la mujer era por sus planes o porque Dyelin veía que su propio camino hacia el Trono del León se estaba despejando de obstáculos. Ahora al menos sabía a qué se enfrentaba.

Mientras recorría Caemlyn en su caballo, Daved Hanlon no pudo evitar pensar que la ciudad era estupenda para entrar a saco en ella. En sus años de servicio como soldado había visto muchos pueblos y ciudades saqueadas, y una vez, hacía cuatro lustros, una gran urbe, Cairhien, después de que los Aiel se marcharan. Era curioso que todos esos Aiel hubieran dejado Caemlyn tan intacta, aparentemente; claro que si las más altas torres de Cairhien no hubiesen sido incendiadas, habría resultado difícil descubrir lo que guardaban; montones de oro, entre otras cosas, esperando que alguien lo cogiera, y montones de hombres para recolectar tan espléndida cosecha. Podía imaginar esas anchas avenidas llenas de jinetes y gentes huyendo, gordos mercaderes que entregarían su oro antes de que los rozase un cuchillo, con la esperanza de que se les perdonaría la vida; esbeltas muchachas y mujeres rellenitas tan aterradas cuando se las arrastrara a un callejón que casi no podrían chillar de miedo, cuanto menos resistirse. Había visto esas cosas y las había hecho, y esperaba volver a hacerlas. Pero no en Caemlyn, admitió para sus adentros con un suspiro. Si las órdenes que lo habían llevado allí hubiesen sido de las que podía incumplir, se habría dirigido a donde quizás el botín no fuera tan rico, pero decididamente sí más

fácil de echarle la zarpa.

Sus instrucciones habían sido claras. Tras dejar su caballo en el establo de El Toro Rojo, en la Ciudad Nueva, caminó más de un kilómetro hasta llegar a una alta casa de piedra, en una calle lateral, propiedad de una acaudalada mercader, muy discreta con respecto a su caudal, y que estaba marcada con un pequeño símbolo pintado en las puertas, un corazón rojo en una mano dorada. El hombretón que le dio acceso a la casa no era el criado de una mercader, considerando sus nudillos hundidos y sus ojos huraños. Sin pronunciar palabra, el corpulento tipo lo condujo hacia el interior del edificio, y luego hacia abajo, a los sótanos. Hanlon soltó la trabilla que sujetaba su espada a la vaina. Entre las cosas que había visto, estaban hombres y mujeres, responsables de fiascos, conducidos a sus propias y minuciosas ejecuciones. No creía que él hubiese fallado, pero tampoco podía decirse que hubiera tenido éxito. Sin embargo, había seguido órdenes; lo que no siempre bastaba.

En el tosco sótano de piedra, iluminado por lámparas doradas colocadas en derredor, sus ojos fueron primero hacia una bonita mujer ataviada con un vestido de seda escarlata y encaje. Ignoraba quién era la tal lady Shiaine, pero sus órdenes eran que le obedeciera. Hizo su mejor reverencia, sonriendo. Ella se limitó a mirarlo, como si quisiera que se fijara en algo más que había en el sótano.

Difícilmente podría haberlo pasado por alto, ya que, con excepción de unos pocos barriles, en el cuarto sólo había una enorme y pesada mesa, decorada de un modo por demás singular. Se habían cortado dos óvalos al tablero, y por uno de ellos asomaban la cabeza y los hombros de un varón, con la cabeza doblada hacia atrás en una postura forzada, contra la superficie de madera, y sujeta con correas de cuero, clavadas en el tablero por los extremos; una de ellas sujetaba un trozo de madera encajado entre los dientes del hombre. Una mujer, preparada del mismo modo, era la otra mitad de la decoración. Estaban arrodillados debajo de la mesa, con las muñecas atadas a los tobillos. Una postura que no debía resultar muy placentera. El hombre tenía algunas hebras grises en el cabello y el rostro de un noble, pero sus ojos, muy hundidos, giraban frenéticamente en las órbitas, cosa en absoluto sorprendente. El cabello de la mujer, extendido en el tablero, era oscuro y lustroso, pero su cara era un poco alargada para el gusto de Hanlon.

De repente vio realmente su rostro, y la mano se le fue a la espada antes de poder contenerse. Soltar la empuñadura fue todo un esfuerzo, que procuró ocultar no sin dificultad. Era un rostro de Aes Sedai, pero una Aes Sedai que se dejaba atar así no representaba una amenaza.

—De modo que tienes luces —dijo Shiaine. Por su modo de hablar debía de ser una noble, y desde luego tenía un aire autoritario; rodeó la mesa para contemplar el rostro del hombre atado—. Pedí al Gran Amo Moridin que me enviara a un hombre con cerebro. Aquí, el pobre Jaichim, tiene muy poco.

Hanlon frunció el entrecejo, pero enseguida borró el gesto. Sus órdenes venían de la propia Moghedien. ¿Quién, en nombre de la Fosa de la Perdición, era ese Moridin? Daba igual. Sus órdenes eran de Moghedien, y eso bastaba.

El tipo corpulento le tendió un embudo a Shiaine, quien lo metió en un agujero practicado en el trozo de madera que estaba encajado entre los dientes del tal Jaichim. Los ojos del hombre parecieron a punto de saltar de las órbitas.

—El pobre Jaichim ha fracasado estrepitosamente —dijo Shiaine, que sonreía como un zorro mirando a una gallina—. Moridin quiere que sea castigado. Al pobre Jaichim le encanta su brandy.

Se apartó, pero no tanto como para no ver claramente, y Hanlon dio un respingo cuando el hombretón se acercó a la mesa con uno de los barriles. Hanlon creía que habría sido capaz de levantarlo sin ayuda, pero el tipo lo inclinó con una facilidad pasmosa. El hombre atado chilló una vez, y entonces un chorro de oscuro líquido se vertió desde el barril al embudo, convirtiendo su grito en un gorgoteo. El intenso olor a brandy nuevo, sin madurar, impregnó el aire. A pesar de estar atado, el hombre se revolvió, sacudiéndose frenéticamente, e incluso consiguió levantar la mesa hacia un lado, pero el brandy siguió cayendo. En el embudo aparecieron burbujas cuando intentó gritar, pero no hubo variación en el chorro continuo. Y entonces sus sacudidas perdieron fuerza y cesaron. Los ojos, desorbitados y vidriosos, permanecieron fijos en el techo, y el brandy se escurrió por los orificios de la nariz. El tipo grande no dejó de verter el líquido hasta que las últimas gotas cayeron del barril vacío.

—Me parece que finalmente el pobre Jaichim se ha pasado con el brandy —comentó Shiaine, que rió muy complacida.

Hanlon asintió con la cabeza. Suponía que se podía enfocar así. Se preguntó quién habría sido ese hombre.

Shiaine no había terminado. A un gesto suyo, el hombretón arrancó de un tirón una de las correas que sujetaban la brutal mordaza de madera de la Aes Sedai. Hanlon pensó que el zoquete quizá le habría aflojado unos cuantos dientes al salir de su boca tan bruscamente, pero si fue así la mujer no perdió tiempo en ello. Empezó a balbucear antes incluso de que el tipo hubiese soltado la correa.

—¡Te obedeceré! —aulló—. ¡Obedeceré lo que ordene el Gran Amo! ¡Arregló que el escudo que me había puesto se desvaneciera para poder obedecerle! ¡Me lo dijo! ¡Deja que demuestre mi fidelidad! ¡Me arrastraré! ¡Soy un gusano y tú eres el sol! ¡Oh, por favor! ¡Por favor! ¡Por favor!

Shiaine sofocó los balbuceos, ya que no los gemidos, poniendo una mano sobre la boca de la Aes Sedai.

—¿Y cómo sé que no volverás a fallar, Falion? Has fracasado antes, y Moridin dejó tu castigo en mis manos. Me ha entregado otra, ¿acaso necesito a dos de vosotras? Podría darte una segunda oportunidad para abogar en tu favor, Falion, pero

si lo hago, tendrás que convencerme. Esperaría *verdadero* entusiasmo por tu parte.

Falion volvió a gritar súplicas, haciendo promesas extravagantes, en el momento en que Shiaine retiró la mano, pero enseguida quedaron reducidos a chillidos inarticulados y a lágrimas cuando la mordaza fue reemplazada, el clavo remachado de nuevo en el tablero, y el embudo de Jaichim colocado sobre su garganta abierta. El gigantón soltó otro barril en la mesa, junto a su cabeza. La Aes Sedai pareció volverse loca, girando los ojos desorbitados, sacudiéndose debajo de la mesa hasta que el mueble se zarandeó.

Hanlon estaba impresionado. Tenía que ser más difícil quebrantar a una Aes Sedai que a una mercader regordeta o a su hija de redondas mejillas. Con todo, al parecer la mujer había tenido ayuda de uno de los Elegidos. Al darse cuenta de que Shiaine lo estaba observando, dejó de mirar a Falion y borró la sonrisa. Su primera regla en la vida era no ofender jamás a aquellos que los Elegidos habían puesto por encima de él.

—Dime, Hanlon —empezó Shiaine—, ¿te gustaría ponerle las manos encima a una reina?

Él se lamió los labios a despecho de sí mismo. ¿Una reina? Eso no lo había hecho nunca.

29. Una copa de sueño eterno

—No seas un redomado majadero, Rand —dijo Min. Obligándose a permanecer sentada, cruzó las piernas y balanceó el pie con aire despreocupado, aunque no pudo evitar un tono exasperado en la voz—. ¡Ve con ella! ¡Habla con ella!

—¿Por qué? —espetó él—. Ahora sé cuál de las cartas era verdad. Mejor así. Ahora está a salvo. De cualquiera que quiera herirme. ¡A salvo de mí! ¡Es mejor!

Sin embargo, no dejaba de pasear arriba y abajo entre las dos hileras de sillones situadas ante el Trono del Dragón, con los nudillos blancos de tanto apretar los puños y una expresión más tormentosa que la de los negros nubarrones que cubrían el cielo, descargando otra copiosa nevada sobre Cairhien.

Min intercambió una mirada con Fedwin Morr, quien se encontraba junto a las puertas adornadas con soles tallados. Las Doncellas dejaban pasar ahora a cualquiera que no fuese una evidente amenaza, sin anunciarlo antes, pero aquellos a los que Rand no deseaba ver esa mañana serían rechazados por el fornido joven. Lucía el dragón y la espada en el cuello de la chaqueta negra, y Min sabía que ya había presenciado más batallas —más horrores— que muchos hombres que le triplicaban la edad, pero era un muchacho. En ese momento, mientras lanzaba ojeadas inquietas a Rand, parecía más joven que nunca. A los ojos de Min, la espada que colgaba de su cintura todavía resultaba chocante, fuera de lugar.

—El Dragón Renacido es un hombre, Fedwin —dijo—. Y, como cualquier hombre, se enfurruña porque cree que una mujer no quiere volver a verlo.

Abriendo los ojos como platos, el chico dio un respingo como si Min le hubiese pellizcado el trasero, en tanto que Rand interrumpió su ir y venir para mirarla hoscamente. Lo único que frenó a Min de soltar una carcajada fue la certeza de que estaba ocultando un dolor tan real como una puñalada. Eso y saber que se sentiría igualmente herido si ella hubiese hecho lo que se había hecho; naturalmente, Min Farshaw nunca habría tenido la posibilidad de arrancar sus estandartes, pero el ejemplo servía para su razonamiento. Rand se había quedado de una pieza al principio con las noticias que Taim le llevó de Caemlyn al amanecer, aunque tan pronto como el hombre se hubo marchado, salió de su estupefacción para empezar... ¡con esa actitud!

Min se puso de pie, se arregló la chaqueta verde, se cruzó de brazos y se encaró con él.

—¿Qué otra cosa puede ser? —preguntó tranquilamente. Bueno, intentó mostrarse tranquila, y casi lo logró. Amaba a ese hombre, pero después de aguantar una mañana como ésa deseaba darle de bofetadas—. No te has referido a Mat más que de pasada, y ni siquiera sabes si está vivo.

—Mat está vivo —gruñó Rand—. Si hubiese muerto, lo sabría. ¿Y a qué viene

eso de que estoy...? —Cerró la boca de golpe, como si fuese incapaz de pronunciar la palabra.

—Enfurruñado —apuntó Min—. Y a no tardar, habrás cogido un berrinche. Algunas mujeres creen que los hombres están más guapos cuando se amohínan. No soy una de ésas. —Bueno, sería mejor dejarlo así. Rand tenía el rostro enrojecido, y no a causa del rubor—. ¿Acaso no has hecho todo lo habido y por haber para que ella ocupara el trono de Andor? Que es suyo por derecho, dicho sea de paso. ¿Acaso no dijiste que querías que tuviese un Andor intacto, no desgarrado y escindido como Cairhien o Tear?

—¡Lo dije, sí! —bramó—. ¡Y ahora es suyo, y me quiere fuera de él! ¡Pues por mí, de acuerdo! ¡Y no me digas otra vez que deje de gritar! ¡No estoy...! —De nuevo cerró la boca de golpe al darse cuenta de que sí estaba gritando. Un sordo gruñido resonó en su garganta.

Morr se puso a examinar uno de los botones de su chaqueta con profundo interés, dándole la vuelta a uno y otro lado. Había hecho lo mismo en varias ocasiones esa mañana. Min mantuvo el gesto sereno. No iba a abofetearlo, y era demasiado mayor para darle unos azotes en el trasero.

—Andor es suyo, como tú querías —manifestó. Tranquilamente. Casi—. Ninguno de los Renegados va tras ella, ahora que ha quitado tus estandartes. —Un brillo peligroso asomó en sus ojos de color gris azulado—. Exactamente como querías. Y no pensarás que se está aliando con tus enemigos. Andor seguirá al Dragón Renacido, y lo sabes. Así que la única razón de que estés encorajinado es porque crees que no quiere verte. ¡Ve con ella, necio! —Lo siguiente fue lo que más le costó decir—. Antes de que hayas pronunciado dos palabras, te estará besando. —Luz, amaba a Elayne casi tanto como a Rand, o puede que igual, aunque de un modo diferente, pero ¿cómo podía competir con una hermosa y rubia reina que tenía un poderoso país a su entera disposición?

—No estoy... enojado —repuso Rand con voz tensa. Y empezó de nuevo a pasear arriba y abajo.

Min se planteó atizarle una patada en el trasero. Muy fuerte. Una de las puertas se abrió y dio paso a la canosa y arrugada Sorilea, que apartó de un empellón a Morr cuando el joven todavía miraba a Rand para ver si éste quería dejarla entrar o no. Rand abrió la boca —enojado, por mucho que lo negara—, y cinco mujeres vestidas con gruesas ropas negras, húmedas con la nieve derretida, siguieron a la Sabia al interior de la estancia, con la mirada baja y las manos enlazadas; las amplias capuchas no ocultaban del todo sus rostros. Llevaban los pies envueltos en andrajos.

A Min se le puso el pelo de punta. A sus ojos, imágenes y halos aparecían y desaparecían sucesivamente en torno a las seis mujeres, al igual que alrededor de Rand. Min había esperado que él se hubiera olvidado de la existencia de esas cinco.

¿Qué demonios estaba haciendo esa retorcida vieja?

Sorilea hizo un gesto acompañado del tintineo de los brazaletes de oro y marfil, y las cinco se colocaron apresuradamente en línea, sobre el Sol Naciente encastrado en el suelo. Rand caminó a lo largo de aquella línea, retirando las capuchas, dejando al descubierto unas caras a las que miró fríamente.

Todas las mujeres de negro estaban sucias, con el cabello apelmazado por el sudor. Elza Penfell, una hermana Verde, buscó ansiosa aquella mirada, con una chocante expresión de fervor. Nesune Bihara, una Marrón esbelta, lo contempló con igual intensidad que él a ella. Sarene Nemdhal, tan hermosa que a pesar del polvo y la suciedad una pensaría que su aparente juventud era natural, daba la impresión de estar manteniendo sólo por un pelo la frialdad propia de su Ajah Blanco. Beldeine Nyram, demasiado nueva con el chal para poseer los rasgos intemporales, ensayó una sonrisa insegura que se borró ante la fija mirada del hombre. Erian Boroleos, pálida y casi tan bella como Sarene, se encogió y después se obligó a sostener aquella frígida mirada. Las dos últimas también eran Verdes, y las cinco formaban parte de las hermanas que lo habían raptado por orden de Elaida. Algunas habían estado entre las que lo habían torturado mientras lo llevaban camino de Tar Valon. A veces Rand todavía se despertaba sudoroso y jadeante, farfullando sobre estar confinado, ser golpeado. Min esperaba no ver la muerte en su mirada.

—A éstas se las declaró *da'tsang*, Rand al'Thor —anunció Sorilea—. Creo que ahora sienten su vergüenza hasta la médula. Erian Boroleos fue la primera en pedir que se la golpeara como hicieron contigo, al amanecer y al anochecer, pero todas han hecho la misma petición a estas alturas. Una petición que se les ha concedido. Todas han pedido también que se les permita servirte en lo que puedan. El *toh* por su traición no puede saldarse. —Su voz se tornó severa un momento; para los Aiel, el rapto era mucho peor que lo que habían hecho después—. No obstante, saben su vergüenza y quieren intentarlo. Hemos decidido dejar la decisión en tus manos.

Min frunció el entrecejo. ¿Dejarle a él la decisión? Las Sabias rara vez dejaban a otros una decisión que podían tomar ellas. Sorilea no lo hacía *jamás*. La nervuda Sabia se ajustó despreocupadamente el chal y observó a Rand como si aquello no tuviera la menor importancia. Sin embargo, lanzó una rápida y fría mirada a Min, y ésta comprendió de repente que si decía lo que no debía la anciana la despellejaría. Y no fue una visión. Simplemente, a estas alturas conocía a Sorilea mejor de lo que hubiese querido.

Resueltamente, se puso a estudiar lo que aparecía y desaparecía alrededor de las mujeres, tarea nada fácil al encontrarse tan cerca unas de otras que no tenía la seguridad de si una imagen en particular pertenecía a una de ellas o a la que estaba a su lado. Al menos los halos eran seguros siempre. ¡Luz, que fuera capaz de entender al menos algo de lo que veía!

Rand recibió el anuncio de Sorilea con tranquila frialdad, aparentemente. Se frotó lentamente las manos y después examinó las garzas grabadas en sus palmas con detenimiento. A continuación hizo lo mismo con los rostros de las Aes Sedai. Por último, detuvo la mirada en Erian.

—¿Por qué? —le preguntó suavemente—. Maté a dos de tus Guardianes. ¿Por qué?

Min se encogió. Rand era muchas cosas, pero rara vez suave. Y Erian era una de las pocas que lo había golpeado en más de una ocasión.

La pálida illiana se irguió. Las imágenes y los halos surgieron y desaparecieron en rápida sucesión. Nada que Min pudiese interpretar. A pesar de la cara sucia y el largo y negro cabello apelmazado, Erian hizo acopio de la autoridad Aes Sedai y sostuvo su mirada sin vacilar. Sin embargo, su respuesta fue simple y directa.

—Nos equivocamos al capturarte. Hemos reflexionado largamente sobre ello. Debes librar la Última Batalla, y nosotras debemos ayudarte. Si no me aceptas, lo entenderé, pero si me lo permites, te ayudaré como quieras y en lo que requieras.

Rand siguió contemplándola con gesto inexpresivo. Después hizo la misma pregunta a cada una de ellas, y las respuestas fueron tan distintas como lo era cada mujer.

—El Verde es el Ajah de Batalla —respondió, orgullosa, Beldeine, y a despecho de los churretes en sus mejillas y las ojeras marcadas en los párpados, realmente parecía la reina de las batallas. Claro que las mujeres saldaeninas parecían poseer ese rasgo como algo natural en ellas—. Cuando vayas al Tarmon Gai'don, las Verdes deben estar allí. Yo te seguiré, si me aceptas.

¡Luz, iba a vincular a un Asha'man como Guardián! ¿Cómo...? No; eso no era importante ahora.

—Lo que hicimos era lógico en ese momento. —La serenidad mantenida férreamente por Sarene dio paso a una obvia preocupación, y la mujer sacudió la cabeza—. Digo esto para explicarlo, no para disculparlo. Las circunstancias han cambiado. Para ti, podría parecer que el curso lógico sería... —Hizo una inhalación decididamente inestable.

Imágenes y halos; ¡una aventura amorosa apasionada, nada menos! Esa mujer era puro hielo, por muy hermosa que fuese. ¡Y no había nada útil en saber que algún hombre iba a derretirla!

—Sería devolvernos a la cautividad —concluyó la Blanca— o, incluso, ejecutarnos. Para mí, la lógica dice que debo servirte.

Nesune ladeó la cabeza y sus ojos oscuros parecieron tratar de almacenar hasta la última brizna de Rand. Un halo rojo y verde hablaba de honores y fama. Un edificio inmenso apareció sobre su cabeza y desapareció. Una biblioteca que fundaría.

—Quiero estudiarte —manifestó simplemente—. Y difícilmente puedo hacer eso

acarreando piedras o excavando agujeros. Con ese tipo de trabajo se tiene tiempo a montones para pensar, pero servirte me parece un precio justo a cambio de lo que podría aprender.

Rand parpadeó por la franqueza de la Marrón, pero, aparte de ello, su expresión no cambió.

La respuesta más sorprendente la dio Elza, más por el modo que por las palabras en sí. Se hincó de rodillas y alzó los ojos febriles hacia Rand. Todo su rostro parecía iluminado por el fervor. Los halos resplandecieron y surgió una cascada de imágenes alrededor, que no revelaron nada a Min.

—Eres el Dragón Renacido —manifestó, falta de aliento—. Tienes que estar allí para la Última Batalla. ¡He de ayudarte a estar allí! ¡Haré todo lo que sea necesario! —Y se inclinó para besar el suelo delante de sus botas. Incluso Sorilea pareció sorprendida, y Sarene se quedó boquiabierta. Morr también la miró boquiabierto, y enseguida se puso a darle vueltas al botón de la chaqueta. A Min le pareció que reía quedamente, nervioso.

Girando sobre sus talones, Rand echó a andar hacia el Trono del Dragón, donde su cetro y la corona de Illian reposaban encima de la chaqueta roja con bordados de oro, pero se detuvo a mitad de camino. Su semblante era tan inexpresivo que Min deseó correr hacia él sin importarle quién había delante, pero siguió estudiando a las Aes Sedai. Y a Sorilea. Nunca había visto nada realmente útil alrededor de aquella vieja bruja.

De pronto Rand se volvió, y se dirigió hacia la línea de mujeres con tanta premura que Beldeine y Sarene dieron un paso atrás. Un seco gesto de Sorilea las hizo volver a su lugar en la línea.

—¿Aceptaríais que se os confinara en un cajón? —Su voz sonaba rechinante, como una piedra al rozar el suelo helado—. ¿Pasar todo el día metidas dentro de un baúl y ser golpeadas cuando se os sacara de él y antes de volver a encerraros en su interior? —Eso era lo que le habían hecho a él.

—¡Sí! —gimió Elza, con el rostro pegado al suelo—. ¡Haré lo que sea necesario!

—Si es lo que quieres, sí —se las ingenió para contestar Erian, con voz temblorosa.

Las demás asintieron lentamente, dejando traslucir una expresión aterrada.

Min no salía de su asombro; apretó los puños dentro de los bolsillos de la chaqueta. Que él quisiera desquitarse haciéndoles pasar por lo mismo que él había pasado parecía casi lógico, pero tenía que impedirlo de algún modo. Lo conocía mejor que él mismo; sabía en qué era duro como el acero y en qué era vulnerable por mucho que lo negara. Jamás se perdonaría a sí mismo algo así. La ira crispaba su cara y sacudía la cabeza como solía hacer cuando discutía con esa voz que oía. Masculló una sola palabra que Min alcanzó a entender: *ta'veren*. Sorilea lo examinaba con tanta

intensidad como Nesune. Ni siquiera la amenaza del baúl alteró a la Marrón. Con excepción de Elza, que seguía gimiendo y besando el suelo, las otras tenían los ojos desorbitados, como si se viesen a sí mismas dobladas y atadas como lo había estado él.

Entre el torrente de imágenes que se sucedían en torno a Rand y a las mujeres, de repente surgió un halo azul y amarillo, teñido de verde, que los abarcó a todos. Y Min supo su significado. Soltó una exclamación ahogada, entre sorprendida y aliviada.

—Te servirán, cada cual a su manera, Rand —se apresuró a comunicarle—. Lo he visto. —¿Que Sorilea le serviría? De pronto Min se preguntó qué significaría exactamente «a su manera». Las palabras surgían junto con el conocimiento, pero ella no siempre entendía su significado. No obstante, le servirían; de eso no cabía duda.

La ira abandonó el semblante de Rand mientras estudiaba en silencio a las Aes Sedai. Alguna que otra echó una ojeada a Min, enarcando una ceja, obviamente maravilladas de que unas pocas palabras suyas tuvieran tanto peso, pero la mayoría no apartó los ojos de Rand, sin apenas respirar. Hasta Elza levantó la cabeza para mirarlo. Sorilea lanzó una fugaz ojeada a Min e hizo un mínimo gesto de asentimiento. Aprobador, le pareció a la joven. Así pues, la vieja bruja sólo fingía que le daba igual una cosa que otra, ¿no? Finalmente, Rand habló.

—Podéis prestarme el mismo juramento que Kiruna y las otras. Es eso o volver a dondequiera que os hayan tenido retenidas las Sabias. No aceptaré otra cosa.

Cruzado de brazos, con aire impaciente, a pesar del indicio imperativo en su voz, parecía que tampoco a él le importaba. El juramento que exigía fue prestado de inmediato.

Min no esperaba objeciones después de su visión, pero aun así fue una sorpresa cuando Elza se apresuró a ponerse de rodillas y las otras se agacharon para hacer lo mismo. Pronunciándolo a la par, cinco Aes Sedai más juraron por la Luz y por su esperanza de salvación servir lealmente al Dragón Renacido hasta que la Última Batalla llegara y finalizara. Nesune pronunció las palabras como si las examinara de una en una; Sarene como si expusiera un principio de lógica; Elza, exhibiendo una gran sonrisa victoriosa. Cada una a su estilo, pero todas juraron. ¿Cuántas Aes Sedai reuniría alrededor?

Una vez prestado el juramento, Rand pareció perder interés.

—Encontradles ropas y que se unan con tus otras «aprendizas» —le dijo a Sorilea distraídamente. Tenía fruncido el entrecejo, pero no con ella ni por las Aes Sedai—. ¿Cuántas crees que acabarás teniendo?

Min casi dio un brinco al oír en sus labios la idea que se le acababa de ocurrir a ella.

—Las que sean necesarias —replicó secamente la Sabia—. Creo que acudirán más.

Dio una palmada, seguida de un gesto, y las cinco hermanas se incorporaron sin tardanza. Sólo Nesune pareció sorprenderse por la rapidez con que habían obedecido. Sorilea sonrió —una sonrisa muy complacida para provenir de una Aiel— y a Min no le pareció que se debiera a la obediencia de las otras mujeres.

Rand asintió con la cabeza y se dio media vuelta. Había empezado de nuevo a pasear y a fruncir el entrecejo por el tema de Elayne. Min volvió a sentarse en el sillón, deseando tener el libro de maese Fel para leer y el de otra persona para arrojárselo.

Sorilea condujo a las hermanas fuera de la sala, pero ya en la puerta se paró, sujetándola con la mano, y miró a Rand, que se alejaba hacia el trono dorado. Apretó los labios, pensativamente.

—Esa mujer, Cadsuane Melaidhrin, se encuentra bajo este techo hoy otra vez —dijo finalmente—. Me parece que cree que le tienes miedo, Rand al'Thor, por el modo en que la evitas.

Sin más, salió al pasillo. Durante unos largos segundos, Rand permaneció inmóvil, mirando el trono. Luego, bruscamente, se sacudió y recorrió la distancia que lo separaba del trono, de donde cogió la Corona de Espadas. A punto de ponérsela, sin embargo, vaciló y después la soltó de nuevo en el sillón. Se metió la chaqueta y dejó cetro y corona donde estaban.

—Me propongo descubrir qué pretende Cadsuane —anunció—. No viene a palacio a diario sólo porque le guste darse un paseo a través de la nieve. ¿Quieres acompañarme, Min? A lo mejor tienes una visión.

La joven se puso de pie más deprisa que las Aes Sedai antes. Una visita a Cadsuane sería tan placentera como una a Sorilea, pero cualquier cosa le parecía mejor que quedarse sentada allí, sola. Además, quizá sí tuviera una visión. Fedwin salió tras Rand y ella, con una expresión alerta en los ojos.

Las seis Doncellas que montaban guardia en el pasillo se levantaron, pero no los siguieron. Somara era la única a la que Min conocía; le sonrió brevemente a Min y le dedicó una mirada fría y desaprobadora a Rand. Las de las otras fueron fulminantes. Las Doncellas habían aceptado su explicación sobre la razón de que se hubiese marchado sin ellas, para que cualquiera que estuviese vigilándolo pensara que seguía en Cairhien el mayor tiempo posible, pero aun así exigían saber por qué no había enviado a buscarlas después, y para eso Rand no tenía respuesta. Él masculló algo entre dientes y apretó el paso de manera que Min tuvo que esforzarse para no quedarse atrás.

—Observa atentamente a Cadsuane, Min —le dijo—. Y tú también, Morr. Se trae entre manos alguna artimaña Aes Sedai, pero así me aspen si sé qué demonios es. Hay algo...

Min sintió como si un muro la golpeara por detrás; le pareció oír un estruendo

ensordecedor, de algo enorme cayendo. Y entonces Rand le dio media vuelta —¿es que estaba tendida en el suelo?—, mirándola con una expresión de miedo que era la primera vez que veía en aquellos ojos azules como un amanecer. Sólo se borró al incorporarse ella, tosiendo. ¡El aire estaba cargado de polvo! Y entonces vio el corredor.

Las Doncellas habían desaparecido de delante de las puertas de Rand. Las propias puertas habían desaparecido, junto con la mayor parte de la pared, y un agujero irregular y enorme se abría en la pared contraria. Podía ver los aposentos claramente a pesar de la polvareda, completamente devastados. Enormes montones de escombros se apilaban por todas partes, y arriba, el techo se abría al cielo. La nieve caía sobre las llamas prendidas entre los escombros. Uno de los grandes postes del lecho sobresalía del suelo resquebrajado, ardiendo como una antorcha, y Min reparó en que podía ver todo el exterior hasta las altas torres, tras el velo de la nevada. Era como si un gigantesco martillo se hubiese descargado sobre el Palacio del Sol. Y si hubiesen estado ahí dentro, en lugar de ir a ver a Cadsuane... Min se estremeció.

—¿Qué...? —empezó, temblorosa la voz, pero después dejó la pregunta sin acabar. Cualquier necio podía ver qué había ocurrido—. ¿Quién? —inquirió, en cambio.

Cubiertos de polvo, con el cabello revuelto y las chaquetas desgarradas, los dos hombres parecían haber rodado por el corredor, y tal vez lo habían hecho. Min tenía la impresión de que se encontraban diez pasos más lejos de las puertas que antes. De donde habían estado las puertas. A lo lejos se alzaban gritos ansiosos que resonaban en los corredores. Ninguno de los hombres le contestó.

—¿Puedo confiar en ti, Morr? —preguntó Rand.

Fedwin lo miró a los ojos directamente.

—Como si en ello fuera vuestra vida, milord Dragón —respondió simplemente.

—Eso es precisamente lo que te confío —repuso Rand. Acarició la mejilla a Min y después se incorporó bruscamente—. Protégela con tu vida, Morr. —Dura como acero, su voz. Sombría como la muerte—. Si siguen en palacio, notarán que intentas abrir un acceso y te habrán machacado antes de que puedas acabar. No encauces a menos que sea preciso, pero estáte preparado. Llévala abajo, a las dependencias de la servidumbre, y mata a cualquiera que intente apoderarse de ella. ¡A cualquiera!

Tras dirigirle una última mirada —¡oh, Luz, en cualquier otro momento, Min habría pensado que podría morir feliz al ver aquella mirada en sus ojos!— salió corriendo, alejándose de la zona destruida. Alejándose de ella. Quienquiera que hubiese intentado matarlo, estaría rastreándolo ahora.

Morr le palmeó el brazo con la mano llena de polvo y le dirigió una sonrisa de niño.

—No te preocupes, Min. Yo cuidaré de ti.

Pero ¿quién cuidaría de Rand? Había preguntado si podía confiar en él a ese muchacho que fue uno de los primeros en acudir a su llamada, pidiendo aprender. Luz, ¿quién lo mantendría a salvo a él?

Rand giró en una esquina del pasillo y se paró, apoyando una mano en la pared, para asir la Fuente. Una estupidez, no querer que Min lo viera tambalearse cuando alguien intentaba matarlo, pero ¡así eran las cosas! Y no era simplemente cualquiera. Demandred, o quizás Asmodean, había vuelto finalmente. O tal vez los dos; había habido una singularidad, como si el tejido hubiese llegado de distintas direcciones. Había percibido el encauzamiento demasiado tarde para hacer nada. Podría haber muerto en sus aposentos. Estaba preparado para morir, pero no para que muriera Min. Ella no. Mejor que Elayne se encontrara lejos, volviéndose contra él. Sí, mejor para ella, pero ¡oh, Luz, cómo dolía!

Aferró la Fuente, y el *Saidin* lo inundó de hielo candente y de fuego helador, de vida y dulzura, de inmundicia y muerte. Se le revolvió el estómago, y vio una doble imagen del pasillo. Durante un instante vislumbró un rostro, no con los ojos, sino en su mente: el de un hombre, rielante e irreconocible, que desapareció al punto. Flotó en el vacío, aislado y henchido de Poder.

«No ganarás —le dijo a Lews Therin—. Si muero, ¡moriré siendo yo!»

«Debí hacer que mi Ilyena se fuera —susurró Lews Therin—. Habría sobrevivido.»

Rechazando firmemente la voz, se apartó de la pared y empezó a recorrer los corredores de palacio con el mayor sigilo posible, pisando sin hacer ruido, avanzando pegado a las paredes adornadas con tapices, rodeando arcones con incrustaciones de oro y vitrinas doradas que contenían delicadas porcelanas y estatuillas de marfil, escudriñando en derredor en busca de sus atacantes. No se darían por satisfechos hasta dar con su cadáver, pero se acercarían precavidamente a sus aposentos por si acaso había sobrevivido merced a un golpe de suerte *ta'veren*. Esperarían, para ver si se movía dando señales de vida. Dentro del vacío estaba fundido en uno con el Poder hasta donde un ser humano podía hacerlo sin perecer. Dentro del vacío, al igual que con una espada, era uno con su entorno.

Gritos frenéticos y tumulto resonaban en todas direcciones, algunas voces clamando saber qué ocurría, otras chillando que el Dragón Renacido se había vuelto loco. El puñado de sensaciones y frustración dentro de su cabeza que era Alanna le procuró un pequeño consuelo. La mujer se encontraba fuera de palacio, como lo había estado toda la mañana, tal vez incluso fuera de las murallas de la ciudad. Ojalá Min también hubiera estado ausente. A veces veía hombres y mujeres, sirvientes de uniforme negro en su mayor parte, corriendo por uno u otro pasillo, tropezando y cayendo y levantándose de nuevo para reanudar la carrera. Ellos no lo vieron. Con el

Poder hinchiéndolo podía oír cada susurro, incluido el de botas flexibles trotando ligeramente.

Se pegó contra la pared, junto a una larga mesa sobre la que reposaban piezas de porcelana, tejió rápidamente Fuego y Aire alrededor y permaneció completamente inmóvil envuelto en Luz Plegada.

Las Doncellas aparecieron, un tropel, velados los rostros, y pasaron a su lado sin verlo. Hacia sus aposentos. No podía permitir que lo acompañaran; lo había prometido, pero dejarlas combatir, no que las masacraran. Cuando encontrara a Demandred y a Asmodean, lo único que las Doncellas podrían hacer era morir, y él ya tenía otros cinco nombres que aprender y añadir a su lista. Somara, de los Daryne de Pico Corvo, ya estaba incluida en ella. Una promesa que no tuvo más remedio que hacer; una promesa que estaba obligado a cumplir. ¡Sólo por esa promesa merecía la muerte!

«A las águilas y a las mujeres sólo se las puede mantener a salvo dentro de una jaula», dijo Lews Therin, como citando textualmente, y entonces, de repente, rompió a llorar mientras la última Doncella se perdía de vista.

Rand siguió avanzando, desplazándose adelante y atrás por el palacio en arcos que lo alejaban lentamente de sus aposentos. La Luz Plegada requería una mínima cantidad de Poder —tan insignificante que ningún hombre habría percibido el uso del *Saidin* a menos que se diese de bruces con él— y Rand la utilizaba cada vez que parecía que alguien estaba a punto de verlo. Sus atacantes no habían arremetido contra sus aposentos confiando en que se encontrara allí por azar. Tenía que haber espías en palacio. Tal vez había sido el efecto *ta'veren* lo que lo había impulsado a salir de sus habitaciones, si es que un *ta'veren* podía influir sobre sí mismo, o tal vez sólo fue casualidad, pero quizás el efecto de atracción que ejercía en el Entramado tiraría de sus atacantes hacia él, poniéndolos a su alcance cuando aún lo creyeran muerto o herido. Esa idea hizo que Lews Therin soltara una risita. Rand casi podía sentir al hombre frotándose las manos ante la perspectiva.

Tuvo que esconderse tras el tejido del Poder en otras tres ocasiones, al paso de Doncellas veladas, y una vez cuando vio a Cadsuane avanzando a buen paso corredor adelante, con nada menos que seis Aes Sedai pisándole los talones, a ninguna de las cuales reconoció. Parecía estar a la caza. No es que tuviese exactamente miedo de la hermana de cabello gris. ¡No, pues claro que no! No obstante, aguardó a que ella y sus compañeras se hubieran perdido de vista antes de soltar el tejido que lo ocultaba. A Lews Therin no le hizo reír Cadsuane. Se quedó callado como una tumba hasta que la mujer desapareció.

Rand se apartó de la pared; una puerta que había justo a su derecha se abrió de repente y Ailil asomó la cabeza. Rand ignoraba que se encontraba cerca de su habitación. Detrás de ella se encontraba una mujer de tez oscura, con gruesos aros de

oro en las orejas y una cadena llena de medallones que unía uno de los pendientes con el aro de la nariz: Shalon, Detectora de Vientos de Harine din Togara, la embajadora Atha'an Miere que se había trasladado a palacio con su comitiva casi en el mismo momento en que Meara le había informado a él del acuerdo. Y estaba reunida con una mujer que quizá deseaba que muriera. Los ojos de las dos se desorbitaron al verlo.

Actuó con tanta delicadeza como le fue posible, pero tenía que actuar con rapidez. Unos segundos después de que se hubiese abierto la puerta, estaba metiendo a empujones a Ailil debajo de la cama, junto a Shalon. Quizá no tenían nada que ver con lo ocurrido. Tal vez. Más valía tomar precauciones que lamentarlo después. Asestándole miradas furibundas por encima de las bocas amordazadas con unos pañuelos de Ailil, las dos mujeres forcejearon contra las ataduras hechas de la sábana rasgada en tiras con las que les había atado muñecas y tobillos. El escudo que ató sobre Shalon aguantaría un día o dos hasta que el nudo se deshiciera, pero alguien las encontraría antes y cortaría las otras ataduras.

Preocupado por lo del escudo, Rand abrió la puerta una rendija para echar una ojeada fuera, y luego salió apresuradamente al desierto pasillo. No había podido dejar a la Detectora de Vientos libre para encauzar, pero escudar a una mujer requería mucho más que una pizca de Poder. Si uno de sus atacantes se encontraba lo bastante cerca... Sin embargo, tampoco vio a nadie en los pasillos transversales que cruzó.

Cincuenta pasos más allá de la habitación de Ailil el corredor desembocaba en una galería abierta, de mármol azul y con una ancha escalinata en cada extremo, que se abría en un salón cuadrado, de techo abovedado, y con otra especie de galería en el lado opuesto. Tapices de diez pasos colgaban en las paredes, recreando pájaros en vuelo y motivos al estilo severo de Cairhien. Abajo, Dashiva miraba en derredor mientras se lamía los labios con incertidumbre. ¡Gedwyn y Rochaid se encontraban con él! Lews Therin farfulló sobre matar.

—Te repito que yo no he sentido nada —estaba diciendo Gedwyn—. ¡Ha muerto!

Entonces Dashiva vio a Rand, en lo alto de la escalinata.

La única advertencia que tuvo fue el repentino gruñido que crispó el rostro de Dashiva. Éste encauzó y, sin tiempo para pensar, Rand tejió... no supo qué, como le ocurría tan a menudo; algo extraído de los recuerdos de Lews Therin. Ni siquiera estaba seguro de ser él el que creaba totalmente el tejido o si Lews Therin aferraba el *Saidin*. Aire, Fuego y Tierra se entrelazaron alrededor sin más. El fuego que salió de Dashiva estalló, destrozando mármol y lanzando a Rand por el aire, hacia el pasillo, rebotando y rodando dentro de la envoltura protectora, esa barrera que impediría el paso de cualquier cosa con excepción del fuego compacto. Incluido el aire.

Rand soltó el tejido, falto de aliento, mientras resbalaba sobre el suelo, con el estampido de las explosiones resonando todavía en sus oídos, el polvo flotando en el

aire y fragmentos de mármol lloviéndole encima. Sin embargo, más que para poder respirar, soltó el tejido porque lo que podía mantener fuera al Poder también le impedía salir. Antes de que acabara de deslizarse por el pasillo, encauzó Fuego y Aire, pero tejidos de un modo muy distinto a como había hecho para la Luz Plegada. De su mano izquierda salieron disparados finísimos flujos rojos que se abrieron en abanico a medida que atravesaban los muros que se interponían entre él y el lugar donde Dashiva y los otros habían estado de pie. De su mano derecha salieron bolas ígneas, Fuego y Aire, en una sucesión vertiginosa, demasiado deprisa para poder contarlas, y traspasaron la piedra antes de estallar en la sala central. Un ininterrumpido y ensordecedor fragor hizo temblar el palacio. El polvo que había caído volvió a alzarse en el aire, y los fragmentos de piedra saltaron a lo alto.

Casi de inmediato, sin embargo, Rand se encontraba de pie y corría, de vuelta hacia las habitaciones de Ailil. El hombre que atacaba y se quedaba en el mismo sitio estaba pidiendo que lo mataran. Él estaba dispuesto a morir, pero todavía no. Tirantes los labios en un gruñido mudo, corrió por otro pasillo y bajó por una estrecha escalera de la servidumbre que lo llevó al piso inferior.

Se encaminó con precaución hacía el lugar donde había visto a Dashiva, listo para lanzar tejidos mortíferos en una fracción de segundo.

«Debí matarlos a todos al principio —jadeó Lews Therin—. ¡Debí matarlos a todos!»

Rand dejó que bramara de rabia sin hacerle caso.

El amplio vestíbulo parecía haber sido arrasado con fuego. De los tapices sólo quedaban fragmentos calcinados que aún eran pasto de las llamas, y el suelo y las paredes presentaban agujeros de un metro de diámetro. La escalinata en la que había estado Rand terminaba bruscamente a mitad de camino, diez metros por encima del vestíbulo. De los tres hombres no había señal. No podían haberse consumido por completo; tendrían que quedar restos.

Un criado con uniforme negro asomó cautelosamente la cabeza desde una pequeña puerta que había junto a la escalinata del lado contrario. Al ver a Rand, los ojos se le pusieron en blanco y se desplomó en el suelo, desmayado por la impresión. Una criada se asomó por un corredor, se remangó la falda y echó a correr por donde había venido al tiempo que chillaba a pleno pulmón que el Dragón Renacido estaba matando a todos los que se encontraban en palacio.

Rand abandonó el vestíbulo, torciendo el gesto. Se le daba muy bien asustar a la gente que no podía hacerle daño. Y desatar la destrucción.

«Destruir o ser destruido —rió Lews Therin—. Cuando es la única opción que se tiene, ¿qué diferencia hay entre lo uno o lo otro?»

En algún lugar de palacio, un hombre encauzó suficiente Poder para hacer un acceso. ¿Dashiva y los otros, dándose a la fuga? ¿O querían que pensara eso?

Recorrió los pasillos de palacio, sin molestarse ya en ocultarse. Cosa que todo el mundo parecía haber hecho. Los pocos criados que vio huyeron gritando. Corredor tras corredor, rastreó su presa, lleno a reventar de *Saidin*, de un torrente de fuego y hielo que intentaba aniquilarlo como lo había intentado Dashiva, de un raudal de infección que se arrastraba abriéndose paso hasta su alma. No necesitaba la risa demente y los desvaríos de Lews Therin para estar colmado del ansia de matar.

Atisbó fugazmente una chaqueta negra y su mano descargó fuego que estalló arrancando la esquina donde se cruzaban los dos pasillos. Rand dejó que el flujo del tejido decreciera, pero no lo soltó. ¿Lo habría matado?

—¡Milord Dragón! —gritó una voz, al otro lado del recodo destrozado—. ¡Soy yo, Narishma! ¡Y Flinn!

—No te reconocí —mintió Rand—. Venid aquí.

—Creo que quizás estéis muy arrebatado —contestó la voz de Flinn—. Me parece que deberíamos esperar a que los ánimos se calmasen.

—Sí —dijo lentamente Rand. ¿De verdad había intentado matar a Narishma? No creía que pudiera poner como excusa a Lews Therin—. Sí, tal vez sea lo mejor. Durante un rato más.

No hubo respuesta. ¿Se oían pasos retirándose? Se obligó a bajar las manos y giró hacia la dirección contraria.

Buscó por palacio durante horas sin encontrar señales de Dashiva y los otros. Por los corredores y los grandes salones, incluso en las cocinas, no había ni un alma. No encontró nada ni descubrió nada. No. Comprendió que había averiguado algo: la confianza era un cuchillo, y su empuñadura era tan afilada como su hoja.

Y con ese conocimiento llegó el dolor.

El pequeño cuarto con los muros de piedra se hallaba a gran profundidad bajo el Palacio del Sol, y se estaba caliente a pesar de que no había chimenea, pero Min sintió frío. Tres lámparas doradas, colocadas sobre la pequeña mesa, daban luz de sobra. Rand había dicho que desde allí podría sacarla aun en el caso de que alguien intentara arrasar el palacio hasta sus cimientos. Por el tono de su voz, no hablaba en broma.

Sosteniendo la corona de Illian en el regazo, contempló a Rand, que observaba detenidamente a Fedwin. Al ceñir las manos sobre la corona, las aflojó de inmediato cuando sintió los pinchazos de las minúsculas espadas escondidas entre las hojas de laurel. Qué curioso que la corona y el cetro hubiesen salido indemnes cuando el Trono del Dragón no era más que un montón de astillas doradas, enterradas entre cascotes. Una gran bolsa de cuero al lado de su silla, con el talabarte y la espada envainada de Rand recostadas contra ella, contenía todo lo que él había conseguido rescatar de los montones de escombros. Elecciones extrañas en su mayor parte, a su

juicio.

«Redomada idiota —pensó—. No pensar en lo que tienes delante de las narices no hará que desaparezca.»

Rand estaba sentado en el suelo de piedra, con las piernas cruzadas, todavía rebozado de polvo y lleno de arañazos, con la chaqueta desgarrada. Su rostro parecía tallado, contemplando fijamente, sin pestañear siquiera, a Fedwin. El chico también estaba sentado en el suelo, con las piernas extendidas en un ángulo abierto. Mordiéndose la punta de la lengua, Fedwin se hallaba concentrado en construir una torre con bloques de madera. Min tragó saliva con esfuerzo.

Todavía recordaba el horror experimentado cuando se dio cuenta de que el chico que la «guardaba» tenía ahora la mente de un niño pequeño. Tampoco se había borrado la sensación de tristeza —¡Luz, sólo era un muchacho! ¡No era justo!—, pero esperaba que Rand lo mantuviera aún escudado. No había resultado fácil convencer a Fedwin de que jugase con aquellos bloques de madera en lugar de arrancar piedras de los muros, utilizando el Poder, a fin de construir «una gran torre para mantenerte a salvo dentro». Y entonces fue ella la que se ocupó de vigilarlo hasta que Rand llegó. Oh, Luz, qué ganas de llorar tenía. Por Rand más aún que por Fedwin.

—Os resguardasteis en las profundidades, al parecer.

La profunda voz no había acabado de hablar desde el umbral de la puerta cuando Rand ya estaba de pie, haciendo frente a Mazrim Taim. Como siempre, el hombre de nariz ganchuda vestía una chaqueta negra con dragones azules y dorados ascendiendo en espiral por las mangas. A diferencia de los otros Asha'man, no llevaba los alfileres de la espada y el dragón prendidos en el cuello de la prenda. Su semblante era casi tan inexpresivo como el de Rand, quien, mientras contemplaba fijamente a Taim pareció rechinar los dientes. Min sacó subrepticiamente una daga de su manga. Igual de numerosas eran las imágenes y los halos que surgían en torno a un hombre y a otro, pero no fue una visión la que la había puesto repentinamente alerta. Ya había visto antes a un hombre intentando decidir si matar o no a otro, y eso era exactamente lo que veía ahora.

—¿Vienes aquí aferrando el *Saidin*, Taim? —inquirió Rand, con demasiada suavidad. El otro hombre extendió las manos y Rand añadió—: Eso está mejor. —Sin embargo, no se relajó.

—Una mera precaución para no acabar alanceado por accidente comentó Taim—, en mi camino hacia aquí a través de corredores abarrotados de esas Aiel. Parecen muy alteradas. —Sus ojos no se apartaron de Rand un solo instante, pero a Min no le cabía duda de que la había visto tocando la daga—. Muy comprensible, por supuesto —continuó suavemente—. Me faltan palabras para expresar la alegría de encontraros vivo después de ver lo que hay ahí arriba. Vine para informar sobre unos desertores. Normalmente, no me habría molestado en hacerlo, pero se trata de Gedwyn, Rochaid,

Torval y Kisman. Por lo visto, estaban descontentos con los acontecimientos de Altara, pero jamás imaginé que llegarían tan lejos. No he visto a ninguno de los hombres que dejé con vos. —Sus ojos se desviaron fugazmente hacia Fedwin, sólo una fracción de segundo—. ¿Ha habido otras... bajas? Me llevaré a éste, si queréis.

—Les dije que se mantuvieran fuera de la vista —replicó Rand con voz dura—. Y yo me ocuparé de Fedwin. Fedwin Morr, Taim, no «éste».

Entonces se volvió hacia la pequeña mesa para coger la copa de plata que había entre las lámparas. Min contuvo el aliento.

—La Zahorí de mi pueblo podía curar cualquier cosa —dijo Rand mientras se arrodillaba junto a Fedwin. De algún modo, se las arregló para sonreír al muchacho sin apartar la vista de Taim. Fedwin respondió con otra sonrisa, alegre, e intentó coger la copa, pero Rand la sostuvo para que bebiera—. Sabe más sobre hierbas medicinales que cualquier persona que conozco. Aprendí algo de ella, cuáles son peligrosas y cuáles no. —Fedwin suspiró mientras Rand retiraba la copa y recostaba al muchacho contra su pecho—. Duerme, Fedwin —murmuró.

Pareció que el muchacho se estaba durmiendo. Sus ojos se cerraron. Su pecho subió y bajó más despacio. Y más. Hasta que se paró. La sonrisa no se borró de sus labios.

—Una pizca de algo en el vino —musitó Rand mientras tumbaba a Fedwin en el suelo.

A Min le ardían los ojos, pero no iba a llorar. ¡No iba a llorar!

—Sois más duro de lo que creía —masculló Taim.

Rand le sonrió; era una mueca dura, feroz.

—Añade el nombre de Corlan Dashiva a tu lista de desertores, Taim. La próxima vez que visite la Torre Negra, espero ver su cabeza colgando en tu famoso Árbol de los Traidores.

—¿Dashiva? —gruñó Taim, los ojos muy abiertos por la sorpresa—. Se hará como decís. Cuando visitéis la Torre Negra —añadió, recobrándose con sorprendente rapidez, todo él roca pulida y aplomo de nuevo.

Con qué ansia deseó Min poder interpretar las visiones que se le ofrecían de ese hombre.

—Regresa a la Torre Negra y no vuelvas aquí. —Rand se levantó y se giró de cara al otro hombre, por encima del cadáver de Fedwin—. Es posible que me traslade a otro lugar durante un tiempo.

—Como ordenéis. —La reverencia de Taim fue minúscula.

Cuando la puerta se cerró tras él Min soltó un profundo suspiro.

—No tiene sentido perder tiempo y no hay tiempo que perder —murmuró Rand. Se arrodilló ante ella, cogió la corona y la guardó con las otras cosas en la bolsa de cuero—. Min, creía que yo era la jauría entera, dando caza a un lobo tras otro, pero al

parecer el lobo soy yo.

—Maldita sea, Rand —exclamó Min; lo agarró del pelo y lo miró a los ojos, ora azules, ora grises, un cielo justo antes de amanecer. Y secos—. Puedes llorar, Rand al'Thor. ¡No te ablandarás porque llores!

—Tampoco tengo tiempo para las lágrimas, Min —respondió en voz queda—. A veces, los sabuesos alcanzan al lobo y desean no haberlo hecho. A veces, el lobo se revuelve contra ellos o los espera emboscado. Pero antes, el lobo tiene que huir.

—¿Cuándo nos vamos? —preguntó. No le soltó el pelo. No pensaba soltarse de él nunca. Jamás.

30. Comienzos

Manteniendo cerrada la capa forrada de piel con una mano, Perrin dejó que *Recio* avanzara al paso marcado por el propio animal. El sol de media mañana apenas proporcionaba calor, y la nieve surcada de roderas en la calzada que conducía a Abila presentaba una superficie irregular y resbaladiza que dificultaba la marcha. Sus doce compañeros y él compartían el camino con sólo dos carros tirados por yuntas de bueyes, que se movían lenta y pesadamente. En realidad, todos avanzaban penosamente, gachas las cabezas, sujetando sombreros o gorros cada vez que soplaba una ráfaga, pero aparte de eso iban concentrados en el terreno bajo sus pies.

Detrás de él, oyó a Neald hacer un comentario procaz en voz baja; Grady respondió con un gruñido, y Balwer aspiró el aire por la nariz con actitud remilgada. Ninguno de los tres parecía sentirse afectado por lo que habían visto y oído en el transcurso del último mes, desde que habían cruzado la frontera y entrado en Amadicia, o por lo que aún estaba por llegar. Edarra reprendía severamente a Masuri por dejar que su capucha resbalara. Edarra y Carelle llevaban sus chales puestos encima de las capas, cubriéndoles cabeza y hombros, pero incluso después de haber admitido la necesidad de ir a caballo, se habían negado en redondo a cambiar las amplias faldas por prendas más acordes, de manera que iban enseñando las piernas, enfundadas en medias oscuras, hasta la rodilla. El frío no parecía incomodarlas en absoluto; sólo lo que para ellas tenía de insólito la nieve en sí. Carelle empezó a advertir a Seonid lo que ocurriría si no mantenía bien oculto el rostro.

Por supuesto, si dejaba que se viesen sus rasgos demasiado pronto, una dosis de correazos sería lo menos que podía temer que le pasara, como la Sabia y ella sabían muy bien. Perrin no tenía que mirar hacia atrás para saber que los tres Guardianes de las hermanas, en la retaguardia, abrigados con capas corrientes, eran hombres a la expectativa de que en cualquier momento surgiese la necesidad de desenvainar las armas o abrirse paso a golpe de espada. Tal había sido su actitud desde que partieron del campamento al amanecer. Perrin pasó el pulgar, enfundado en el guante, a lo largo del hacha colgada al cinto, y después se agarró la capa justo antes de que una repentina ráfaga la hinchara como una vela. Si eso salía mal, quizá los Guardianes tuvieran razón.

A la izquierda, a corta distancia de donde la calzada cruzaba un puente de madera por encima de un arroyo helado, el cual se curvaba siguiendo el trazado de la ciudad, unos maderos carbonizados sobresalían del blanco manto, encima de una gran plataforma cuadrada de piedra, con la nieve apilada en sus bases. Remiso en proclamar su lealtad al Dragón Renacido, el señor del lugar había tenido suerte de ser meramente flagelado y que se le requisara todo cuanto poseía. Un puñado de hombres apostados en el puente observaba al grupo que se aproximaba. Perrin no vio yelmos

ni armaduras, pero todos ellos empuñaban lanza o ballesta, aferrándolas con tanto empeño como sus capas. No hablaban entre ellos, sólo observaban; el vaho de sus respiraciones formaba volutas ante sus rostros. Había más guardias agrupados por el perímetro de la ciudad, en cada arranque de calzada, en cada hueco entre dos edificios. Éste era territorio del Profeta, pero los Capas Blancas y el ejército del rey Ailron todavía controlaban grandes extensiones del país.

—Hice bien en no traerla aquí —murmuró Perrin—, pero en cualquier caso pagaré por ello.

—Por supuesto que lo pagarás —resopló Elyas. Para ser un hombre que había pasado la mayor parte de los últimos quince años desplazándose a pie, dominaba bien su castrado pardusco. Se había agenciado una capa forrada con piel de zorro negro jugando a los dados con Gallene. Aram, que marchaba al otro lado de Perrin, dirigió una mirada sombría a Elyas, pero el barbudo hombre no le hizo el menor caso. No congeniaban—. Con una mujer, un hombre siempre paga antes o después, tanto si lo merece como si no. Pero yo tenía razón, ¿a que sí?

Perrin asintió. A regañadientes. Seguía sin parecerle correcto aceptar el consejo de otro hombre con respecto a su esposa, incluso con comedimiento, indirectamente; sin embargo, parecía funcionar. Ni que decir tiene que levantarle la voz a Faile era tan difícil como no levantársela a Berelain, pero había conseguido hacer esto último con bastante frecuencia, y lo primero en varias ocasiones. Había seguido el consejo de Elyas al pie de la letra. Bueno, casi al pie de la letra. Hasta donde le fue posible. Aquel penetrante aroma de celos seguía surgiendo en presencia de Berelain, pero, por otro lado, el efluvio a sentirse dolida había desaparecido durante el lento avance hacia el sur. Aun así, se sentía inquieto. Cuando le dijo firmemente que no iría con él esa mañana, ¡no había pronunciado una sola palabra de protesta! Incluso olió a... ¡complacida! Entre otras cosas, incluido un repentino sobresalto. Además ¿cómo podía sentirse complacida y furiosa a la vez? Ni el menor indicio de ello había asomado a su semblante, pero su olfato no fallaba nunca. ¡De algún modo, parecía que cuanto más conocía a las mujeres, menos sabía!

Los guardias del puente se pusieron ceñudos y toquetearon sus armas mientras los cascos de *Recio* sonaron sobre los tablones con un ruido hueco. Era la clásica mezcolanza de tipos que seguía al Profeta, hombres de caras sucias, con chaquetas de seda demasiado grandes para ellos, camorristas callejeros con cicatrices en el rostro y aprendices de mejillas sonrosadas, antiguos mercaderes y artesanos, con aspecto de llevar meses durmiendo con sus otrora finas ropas de paño puestas. No obstante, se notaba que sus armas estaban bien cuidadas. Algunos tenían un brillo febril en los ojos; los otros mostraban una expresión cautelosa, inflexible. Además de a suciedad, olían a ansiedad, impaciencia, fervor, miedo, en un confuso revoltijo.

No hicieron movimiento alguno para cerrarles el paso, limitándose a mirarlos, sin

apenas pestañear. Por lo que Perrin había oído, todo tipo de gentes, desde damas vestidas con sedas hasta pordioseros cubiertos de andrajos, acudían al Profeta con la esperanza de que al someterse personalmente contarían en su favor. O quizá para obtener una mayor protección. Tal era la razón de que hubiese ido por ese camino, con sólo un puñado de acompañantes. Asustaría a Masema si la situación lo requería —y si es que había algo que asustara a ese hombre—, pero le había parecido mejor intentar llegar hasta él sin tener que librar una batalla. Pudo sentir los ojos de los guardias clavados en su espalda hasta que él y los demás hubieron cruzado el corto puente y entrado en las calles pavimentadas de Abila. Dejar atrás aquella opresiva vigilancia, sin embargo, no significó que experimentara alivio.

Abila era una ciudad bastante grande, con varias torres de vigilancia altas y muchos edificios de hasta cuatro pisos, todos ellos techados con pizarra. Aquí y allí, montones de piedras y vigas llenaban un hueco entre dos construcciones, donde una posada o la tienda de algún mercader había sido derribada. El Profeta desaprobaba la riqueza obtenida comerciando tanto como las francachelas o, como sus seguidores lo llamaban, la conducta lasciva. Desaprobaba un montón de cosas, y dejaba claras sus opiniones con duros castigos ejemplares.

Las calles estaban abarrotadas de gente, pero Perrin y sus compañeros eran los únicos que iban a caballo. La nieve pisoteada hacía mucho que se había convertido en una masa medio congelada que llegaba a la altura del tobillo. La abundancia de carros tirados por bueyes hacía lento su avance entre la muchedumbre, pero apenas se veían carretas y ni un solo carruaje. Excepto los que vestían ropas desechadas o posiblemente robadas, todo el mundo llevaba prendas de lana, pardas y sin gracia. La mayoría caminaba apresuradamente, pero al igual que las gentes en la calzada, con la cabeza gacha. Los que no iban con prisa eran grupos dispersos de hombres armados. En las calles, el olor predominante era a suciedad y a miedo, e hizo que a Perrin se le pusiera de punta el vello de la nuca. Al menos, llegado el caso, salir de una ciudad sin muralla no resultaría más difícil que entrar en ella.

—Milord —murmuró Balwer mientras pasaban ante uno de aquellos montones de escombros. Apenas aguardó el gesto de asentimiento de Perrin antes de dar media vuelta a su montura, separándose del grupo y encaminándose en otra dirección, encorvado sobre la silla y arrebujado en la capa marrón. A Perrin no le preocupaba que el reseco hombrecillo deambulara solo, ni siquiera allí. Para ser un secretario, se las ingeniaba muy bien para enterarse de un increíble montón de cosas durante sus correrías. Parecía saber muy bien lo que hacía.

Apartando a Balwer de sus pensamientos, Perrin se concentró en lo que él hacía allí.

Sólo tuvieron que preguntarlo una vez, a un joven larguirucho con una expresión extasiada en el rostro, para saber dónde se albergaba el Profeta, y a otros tres tipos en

las calles para dar con la casa de la mercader, un edificio de cuatro pisos, de piedra, con molduras y marcos de ventanas de mármol. Masema desaprobaba que se amasara dinero, pero sí parecía dispuesto a aceptar alojamiento de aquellos que lo hacían. Por otro lado, Balwer afirmaba que también había dormido en chozas con goteras con igual frecuencia y se había dado por satisfecho. Masema sólo bebía agua y, allí adonde fuera, contrataba a una pobre viuda y comía los alimentos que ésta le preparaba, mejores o peores, sin protestar. El hombre era responsable de que hubiese muchas viudas como para que ese gesto caritativo tuviera peso en opinión de Perrin.

A diferencia de la multitud que abarrotaba las calles en otros lugares de la ciudad, no había gente frente a la alta casa; sin embargo, el número de guardias armados, iguales a los del puente, casi compensaba esa ausencia. Miraron a Perrin con gesto sombrío, cuando no con insolente mofa. Las dos Aes Sedai mantenían los rostros ocultos y las cabezas gachas, el vaho de la respiración saliendo entre los pliegues de las capuchas. Con el rabillo del ojo, Perrin vio a Elyas toquetear la empuñadura de su largo cuchillo. A decir verdad, a él le costó un gran esfuerzo no acariciar su hacha.

—Traigo un mensaje del Dragón Renacido para el Profeta —anunció. Al ver que ninguno de los hombres se movía, añadió—: Soy Perrin Aybara. El Profeta me conoce.

Balwer le había advertido del peligro que implicaba llamar a Masema por su nombre o de referirse a Rand de otro modo que no fuese el Dragón Renacido. No había ido allí para provocar un disturbio.

Su afirmación de que conocía a Masema hizo reaccionar a los guardias. Varios intercambiaron miradas y uno de ellos corrió al interior de la casa. Los demás se quedaron mirándolo de hito en hito, como si fuese un juglar. En cuestión de segundos, una mujer salió a la puerta. Atractiva, con un toque blanco en las sienes y luciendo un vestido de cuello alto, en paño azul de buena calidad pero sin adornos, podría haber sido la propia mercader en persona. Masema no echaba a las calles a quienes le ofrecían hospitalidad, pero sus sirvientes o peones de labranza por lo general acababan formando parte de una de las bandas que «difundían las glorias del lord Dragón».

—Si tenéis a bien seguirme, maese Aybara —empezó tranquilamente la mujer—, vos y vuestros amigos, os conduciré ante el Profeta del lord Dragón, que la Luz ilumine su nombre.

Su voz sonaría tranquila, pero el olor a terror emanaba de ella. Tras ordenar a Neald y a los Guardianes que se quedaran vigilando los caballos hasta que regresaran, Perrin siguió a la mujer al interior de la casa, seguido por los otros. Dentro estaba oscuro, con muy pocas lámparas encendidas, y la temperatura no era mucho más cálida que en la calle. Hasta las Sabias parecían apocadas. No es que oliesen a miedo, pero sí a algo muy parecido, al igual que las Aes Sedai, y Grady y Elyas olían a

cautela, a vello de la nuca erizado y orejas echadas hacia atrás. Curiosamente, el efluvio de Aram era de impaciente ansiedad. Perrin esperaba que el chico no desenvainara la espada a su espalda.

La amplia y alfombrada estancia a la que la mujer los condujo, con lumbres encendidas en sendas chimeneas a ambos extremos, podría haber pasado por el estudio de un general, con todas las mesas y la mitad de las sillas cubiertas de mapas y papeles; la temperatura era lo bastante alta como para que Perrin se retirara la capa hacia atrás y lamentara llevar dos camisas debajo de la chaqueta. Sin embargo, fue Masema, de pie en mitad de la habitación, quien atrajo su mirada de inmediato como atraería un imán las virutas de hierro: un hombre atezado, ceñudo, con la cabeza afeitada y una pálida cicatriz triangular en una mejilla, vestido con una arrugada chaqueta gris y botas raspadas. Sus ojos oscuros, muy hundidos, ardían como negras ascuas, y su olor... El único calificativo que se le ocurría a Perrin para ese efluvio, duro como acero, afilado como una cuchilla y vibrante de intensidad, era locura. ¿Y Rand creía que él podría ponerle una correa a eso?

—Así que eres tú —gruñó Masema—. No pensé que te atrevieses a aparecer por aquí. ¡Sé lo que has estado haciendo! Hari me lo contó hace más de una semana y me he mantenido informado.

Un hombre se movió en una esquina de la habitación, un tipo de ojos juntos, con una prominente nariz, y Perrin se recriminó por no haber reparado antes en él. La chaqueta de seda verde de Hari era mucho más fina que la que había llevado cuando negó que coleccionase orejas. El individuo se frotó las manos y sonrió ferozmente a Perrin, pero guardó silencio ya que Masema siguió hablando, la voz creciendo en ardor con cada palabra, pero no con ira, sino como si quisiera grabar a fuego cada sílaba en la piel de Perrin.

—Sé que has asesinado a hombres que acudieron a las filas del lord Dragón. ¡Sé que intentas forjar tu propio reino! ¡Sí, sé lo de Manetheren! ¡Tu ambición! ¡Tus ansias de gloria! ¡Has vuelto la espalda a...!

De repente los ojos de Masema se desorbitaron y, por primera vez, la ira impregnó su olor. Hari soltó un sonido ahogado y se pegó a la pared como si quisiera retroceder a través de ella. Seonid y Masuri se habían retirado las capuchas y mostraban sus rostros, sosegados y fríos, y obviamente de Aes Sedai para cualquiera que conociera su aspecto. Perrin se preguntó si estarían abrazando el Poder. Habría apostado que las Sabias lo hacían. Edarra y Carelle miraban en todas direcciones a la vez, y con sus rostros relajados o no, si Perrin había visto alguna vez a una persona lista para luchar, eran ellas. A decir verdad, ese estar aprestado a la lucha era en Grady algo tan natural como el respirar; tal vez también aferraba el Poder. Elyas estaba recostado en la pared, junto a las puertas abiertas, aparentemente tan tranquilo como las hermanas, pero olía a estar listo para morder. ¡Y Aram observaba a Masema

boquiabierto! ¡Luz!

—¡De modo que eso también es verdad! —espetó Masema, saliéndole gotitas de saliva—. ¡Además de ir difundiendo sucios rumores contra el sagrado nombre del lord Dragón, te atreves a viajar con esas... esas...!

—Han jurado lealtad al lord Dragón, Masema —lo interrumpió Perrin—. ¡Le sirven! ¿Lo haces tú? Me envió para detener las matanzas. Y para llevarte a su presencia. —Como nadie le ofrecía una silla, tiró el montón de papeles de una y se sentó. Ojalá los demás hicieran lo mismo; parecía más difícil gritar cuando uno estaba sentado.

Hari lo miraba con los ojos abiertos como platos, y Masema temblaba de ira. ¿Por haberse sentado sin que se lo pidiera? Ah, sí. Ahora lo entendía.

—He renunciado a los nombres mundanales —manifestó fríamente Masema—. Soy simplemente el Profeta del lord Dragón, que la Luz lo ilumine y el mundo se arrodille ante él. —Por su tono, tanto la Luz como el mundo lamentarían no hacer lo uno o lo otro—. Queda mucho por hacer aquí. Grandes empresas. Todos deben obedecer cuando el lord Dragón llama, pero el invierno entorpece los viajes. Un retraso de unas pocas semanas no tendrá mucha importancia.

—Puedo situarte en Cairhien hoy —dijo Perrin—. Una vez que el lord Dragón haya hablado contigo, podrás regresar del mismo modo y estar de vuelta aquí en unos pocos días. —Si es que Rand lo dejaba volver.

Masema reculó enseñando los dientes y asestando una mirada feroz a las Aes Sedai.

—¿Con alguna artimaña del Poder? ¡No entraré en contacto con el Poder! ¡Es una blasfemia que los mortales lo toquen!

Faltó poco para que Perrin se quedara boquiabierto.

—¡El Dragón Renacido encauza, hombre!

—¡El bendito lord Dragón no es un hombre cualquiera, Aybara! —bramó Masema—. ¡Es la Luz hecha carne! ¡Obedeceré a su llamada, pero no dejaré que me toque la inmundicia que hacen estas mujeres!

Recostándose pesadamente en la silla, Perrin suspiró. Si el tipo se tomaba así de mal que las Aes Sedai encauzaran, ¿qué haría cuando se enterara de que Grady y Neald podían hacerlo? Durante un instante se planteó la posibilidad de atizarle un golpe en la cabeza simplemente y... Por el corredor pasaban hombres que se detenían para echar una ojeada antes de seguir caminando apresuradamente. Con que sólo uno de ellos lanzase un grito de alarma, Abila se convertiría en un matadero.

—Entonces iremos a caballo, Profeta —dijo secamente. ¡Luz, Rand había insistido en que todo se mantuviese en secreto hasta que Masema se encontrase ante él! ¿Cómo iba a conseguirse eso yendo a caballo todo el camino hasta Cairhien?—. Pero sin demora. El lord Dragón está deseoso de hablar contigo.

—Yo estoy deseoso de hablar con el lord Dragón, que la Luz bendiga su nombre. —Sus ojos se desviaron fugazmente hacia las dos Aes Sedai. Trató de ocultarlo, nada menos que sonriéndole a Perrin. Pero olía a... rigor—. Muy, muy deseoso.

—¿Desea milady que pida a uno de los adiestradores que os traiga un halcón? —preguntó Maighdin. Uno de los cuatro cuidadores de halcones de Alliandre, todos tan enjutos como las aves de rapiña, hizo pasar a su mano enguantada un esbelto borní encaperuzado desde la percha, situada en la parte delantera de la silla de montar, y ofreció el ave de color ceniciento a Faile. El azor, con su hermoso plumaje, estaba posado en la muñeca enguantada de Alliandre. Esa ave estaba reservada para ella, por desgracia. Alliandre sabía cuál era su sitio como vasalla, pero Faile comprendía que no quisiera ceder un ave favorita.

Se limitó a sacudir la cabeza, y Maighdin hizo una inclinación en la silla antes de apartar su yegua ruana, lo bastante para no importunar pero suficientemente cerca para oír a Faile si la llamaba, sin que tuviera que levantar la voz. La majestuosa mujer de cabello dorado había demostrado ser una doncella tan buena como Faile había esperado, competente, entendida, dominando su cometido. Al menos, lo fue después de enterarse de que, fueran cuales fuesen sus posiciones con su anterior señora, ahora Lini era la primera doncella y encargada de las mujeres al servicio de Faile, y muy dispuesta a ejercer su autoridad. Sorprendentemente, aquello había desembocado en un episodio con una vara de por medio, pero Faile fingía no estar enterada de ello. Sólo una estúpida de remate avergonzaba a su servidumbre. Todavía quedaba pendiente el asunto entre Maighdin y Tallanvor, naturalmente. A Faile no le cabía duda de que Maighdin había empezado a compartir el lecho con él, y si encontraba una prueba de ello, se casarían aunque para conseguirlo tuviera que dejar que Lini se encargara de los dos. Sin embargo, eso era un asunto sin importancia y no permitiría que le estropease la mañana.

Practicar la cetrería había sido idea de Alliandre, pero Faile no había puesto objeciones a cabalgar por ese bosque ralo, en el que la nieve formaba un ondulado y blanco manto que lo cubría todo y se amontonaba en las desnudas ramas. El verde de los árboles que todavía conservaban las hojas parecía más intenso. El aire era límpido, cristalino, y olía a nuevo, a fresco.

Bain y Chiad habían insistido en acompañarla, pero aguardaban en cuclillas a un lado, envueltas las cabezas en los *shoufa* y observándola con expresión contrariada. Sulin habría querido ir con todas las Doncellas, pero debido a las historias que corrían por doquier sobre los expolios de los Aiel, la presencia de un solo Aiel bastaba para que casi cualquiera en Amadicia saliera corriendo para coger una espada. Debía de haber algo de cierto en esos rumores, o no habría tanta gente que conociese a los Aiel, aunque sólo la Luz sabía quiénes eran o de dónde venían; sin embargo, incluso

Sulin estuvo de acuerdo en que quienesquiera que fuesen se habían desplazado hacia el este, quizás entrando en Altara.

En cualquier caso, encontrándose tan cerca de Abila, los veinte soldados de Alliandre y otros tantos mayenienses de la Guardia Alada eran escolta de sobra. Las cintas de los banderines —rojos o verdes— de las lanzas ondeaban cada vez que soplaba el aire. La presencia de Berelain era la única nube que empañaba el día. Aunque, bien pensado, ver a esa mujer tiritar bajo su capa roja forrada de pieles, tan gruesa como dos mantas, resultaba ciertamente divertido. En Mayene no había un verdadero invierno. Era un día como en las postrimerías del otoño. En Saldaea, en pleno invierno, podía congelarse la carne expuesta a los rigores del frío hasta parecer un pedazo de madera. Faile respiró hondo. Sentía ganas de reír.

Por algún extraño milagro, su marido, su amado lobo, había empezado a comportarse como debía. En lugar de gritar a Berelain o huir de ella, ahora toleraba las lisonjas y gracias de esa mujerzuela, de manera obvia, como haría con un niño que jugara entre sus piernas. Y, lo mejor de todo, ya no era necesario que ella se tragara la rabia cuando quería darle rienda suelta. Si ella le gritaba, él contestaba del mismo modo. Sabía que no era saldaenino, pero había resultado muy duro pensar en su fuero interno que él la consideraba demasiado débil para hacerle frente. Hacía unas pocas noches, mientras cenaban, había estado a punto de comentarle que Berelain acabaría saliéndose por el escote del vestido si se inclinaba más sobre la mesa. Bueno, la verdad era que no habría llegado a tanto, no con Berelain; la muy... zorra todavía pensaba que podía conquistarlo. Y esa misma mañana, Perrin había actuado con tranquila autoridad, sin consentir discusión alguna, el tipo de hombre que una mujer sabía que debía ser fuerte para merecerle, para estar a su altura. Naturalmente, tendría que pincharlo por eso. Un hombre autoritario era maravilloso, siempre y cuando no llegara a creer que era él quien tenía que mandar siempre. ¿Ganas de reír? ¡Lo que tenía era ganas de cantar!

—Maighdin, después de todo creo que...

Maighdin se encontró a su lado de inmediato, con una sonrisa interrogante, pero Faile dejó la frase sin terminar al ver a tres jinetes un poco más adelante, abriéndose paso a través de la nieve tan deprisa como podían hacer avanzar a sus monturas.

—Al menos hay muchas liebres, milady —dijo Alliandre mientras acercaba su castrado blanco para situarlo junto a *Golondrina*—. Sin embargo, había esperado... ¿Quiénes son? —Su azor se movió sobre el grueso guante, haciendo tintinear las campanillas de los grillos—. Vaya, parecen ser de los vuestros, milady.

Faile asintió con gesto serio. También ella los había reconocido. Parelean, Arrela y Lacile. Pero ¿qué hacían allí?

Los tres frenaron los caballos delante de ella; los animales exhalaban vaho por los ollares, jadeantes. Parelean parecía tener los ojos tan desorbitados como los de su

rodado. Lacile, el pálido rostro oculto casi por completo bajo la amplia capucha de su capa, tragaba saliva con ansiedad, y la oscura tez de Arrela tenía un tinte ceniciento.

—Milady —empezó Parelean en tono urgente—, ¡terribles noticias! ¡El Profeta Masema ha estado reunido con los seanchan!

—¡Los seanchan! —exclamó Alliandre—. ¡No pensará en serio que ellos acaten la autoridad del lord Dragón!

—El motivo puede ser más simple —opinó Berelain mientras adelantaba su blanca yegua para ponerse al otro lado de Alliandre. Sin la presencia de Perrin que la impulsara a intentar impresionarlo, su traje de montar azul oscuro era de corte muy modesto, con el cuello subiéndole hasta la barbilla. Aun así, tiritaba—. Masema detesta a las Aes Sedai, y los seanchan retienen como prisioneras a las mujeres que encauzan.

Faile chasqueó la lengua con irritación. Si eran ciertas, desde luego las noticias no podían ser más terribles. Al menos confiaba en que Parelean y los otros hubieran tenido el suficiente sentido común para fingir que las habían oído por casualidad. Con todo, tenía que estar segura, y cuanto antes. Perrin podría encontrarse ya ante Masema.

—¿Qué pruebas hay de ello, Parelean?

—Hablamos con tres granjeros que vieron a una gran criatura voladora aterrizar hace cuatro noches, milady. Transportaba a una mujer que fue conducida en presencia de Masema y estuvo reunida con él durante tres horas.

—Pudimos rastrearla hasta donde Masema reside en Abila —añadió Lacile.

—Los tres granjeros creían que la criatura era un Engendro de la Sombra —intervino Arrela—, pero parecían personas fiables, de las que no se inventarían una cosa así. —Para ella, decir que cualquiera que no perteneciese a *Cha Faile* era fiable se equiparaba a que cualquier otro afirmara que alguien era honrado a carta cabal.

—Creo que debo ir a Abila —manifestó Faile, asiendo las riendas de *Golondrina*—. Alliandre, llevad a Maighdin y a Berelain con vos. —En otras circunstancias, el gesto de la mayeniense de apretar los labios le habría resultado divertido—. Parelean, Arrela y Lacile me acompañarán...

Un hombre gritó, y todos ellos dieron un respingo. A cincuenta metros, uno de los soldados de Alliandre se desplomó de la silla, y un instante después caía uno de la Guardia Alada, con una flecha atravesándole la garganta. Entre los árboles aparecieron Aiel, velados y disparando arcos al tiempo que corrían. Cayeron más soldados. Bain y Chiad se habían incorporado; los negros velos tapaban sus rostros hasta los ojos. Metieron las lanzas en las correas de los estuches de sus arcos, atados a la espalda, y sacaron éstos con gran agilidad, aunque echaron ojeadas a Faile. Había Aiel por todas partes, cientos, al parecer; un cerco que se iba cerrando. Los soldados montados pusieron lanzas en ristre al tiempo que formaban un círculo alrededor de

Faile y los otros, pero enseguida empezaron a aparecer brechas a medida que las flechas Aiel daban en el blanco.

—Alguien debe llevar esta información sobre Masema a lord Perrin dijo Faile a Parelean y a las dos mujeres—. ¡Uno de vosotros tiene que llegar hasta él! ¡Cabalgad como el viento! —Su mirada se detuvo en Alliandre y Maighdin. Y también en Berelain—. ¡Todas vosotras, cabalgad como el viento o moriréis aquí! —Sin apenas esperar los gestos de asentimiento de las otras mujeres, clavó talones en los flancos de *Golondrina* y pasó a través del inútil círculo de jinetes—. ¡A galope! —gritó—. ¡A galope!

Inclinada sobre el cuello de *Golondrina*, azuzó a la negra yegua para que acelerara. Los cascos levantaron la nieve cuando el animal cabalgó a galope tendido, haciendo honor a su nombre. Tras un centenar de zancadas, Faile pensó que quizá lograría huir; entonces *Golondrina* relinchó y tropezó, cayendo hacia adelante con un seco chasquido a pata rota. Faile salió lanzada por el aire y aterrizó violentamente, de cara, y el impacto contra el suelo la dejó sin resuello. Jadeando, se incorporó trabajosamente mientras sacaba un cuchillo del cinturón. *Golondrina* había relinchado antes de tropezar, antes de que sonara el espantoso chasquido.

Un Aiel velado surgió ante ella como si saliese del aire y le golpeó la muñeca con el canto de la mano rígida. El cuchillo cayó de sus dedos, que de repente se habían quedado enervados, y antes de que Faile tuviera tiempo de sacar otro con la mano izquierda, el hombre se le echó encima.

Se resistió, lanzando patadas, puñetazos e incluso asestándole mordiscos, pero el tipo era tan corpulento como Perrin y una cabeza más alto. También parecía igual de duro, a juzgar por el nulo efecto que sus golpes tuvieron en él. Habría llorado de frustración por la facilidad con que la manejó, primero despojándola de todos sus cuchillos y guardándoselos en su propio cinturón, y luego utilizando uno de ellos para cortarle las ropas de arriba a abajo. Casi antes de darse cuenta de lo que ocurría, se encontró desnuda en la nieve, con los brazos atados a la espalda, codo contra codo, con una de sus medias, y la otra ceñida a su cuello como una correa.

No tuvo más remedio que seguirlo, tiritando y tropezando a través de la nieve. Se le puso carne de gallina por el frío. Luz, ¿cómo habría pensado antes que hacía buen día, que la temperatura no era gélida? ¡Luz, ojalá alguien hubiese conseguido escapar con la noticia sobre Masema! Y para informar a Perrin de su captura, naturalmente; pero podría escapar de algún modo. Lo otro era más importante.

El primer cuerpo que vio fue el de Parelean, despatarrado de espaldas, con la espada en una de las manos y la sangre empapando su fina chaqueta con cuchilladas de satén en las mangas. Después fueron muchos más cadáveres, de hombres de la Guardia Alada con sus petos rojos, de soldados de Alliandre con sus yelmos de color verde oscuro, el de uno de los halconeros, con el borní encapuchado aleteando en un

esfuerzo inútil de soltarse de los grillos, todavía sujetos prietamente en el puño cerrado del muerto. Sin embargo, se aferró a la esperanza.

Las primeras personas capturadas que vio, arrodilladas entre hombres y mujeres Aiel, que ya habían bajado los velos, fueron Bain y Chiad, ambas desnudas, con las manos sin atar reposando sobre las rodillas. La sangre se deslizaba por la cara de Bain y apelmazaba su pelo rojo. Chiad tenía la mejilla izquierda hinchada y amoratada, y sus grises ojos parecían algo vidriosos. Permanecían arrodilladas, recta la espalda, impasibles y sin mostrar vergüenza por su desnudez, pero cuando el corpulento Aiel la empujó rudamente para que se pusiera de rodillas junto a ellas, ambas reaccionaron.

—Esto no es correcto, Shaido —masculló, furiosa, Chiad.

—Ella no sigue el *ji'e'toh* —instó Bain—. No podéis hacerla *gai'shain*.

—Las *gai'shain* deben guardar silencio —manifestó distraídamente una Doncella de cabello canoso.

Bain y Chiad dirigieron una mirada de disculpa a Faile y luego volvieron a su tranquila espera. Acurrucada, procurando tapar su desnudez, Faile no supo si reír o llorar. Habría escogido a esas dos mujeres para escapar de cualquier sitio, y ninguna de ellas movía un dedo para intentarlo a causa del *ji'e'toh*.

—Te lo repito, Efalin —rezongó el Aiel que la había capturado—, esto es una insensatez. Avanzamos muy lentamente con esta... nieve. —Pronunció la palabra con dificultad—. Hay demasiados hombres armados en la zona. Deberíamos dirigirnos al este, no tomar más *gai'shain* que nos retrasarán más aún.

—Sevanna quiere más *gai'shain*, Rolan —respondió la Doncella canosa. Sin embargo, frunció el entrecejo y en sus duros ojos grises asomó una expresión desaprobadora durante un instante.

Temblando, Faile parpadeó cuando los nombres cobraron sentido en su mente. Sevanna. Shaido. ¡Pero si estaban en la Daga del Verdugo de la Humanidad, a la mayor distancia posible de allí, salvo que cruzaran la Columna Vertebral del Mundo! Pero, obviamente, no se encontraban en aquel lugar. Eso era algo que Perrin debía saber; una razón más para escapar cuanto antes. No parecía que tuviera muchas posibilidades de hacerlo, acurrucada en la nieve y preguntándose qué parte de su cuerpo se congelaría antes. La Rueda se vengaba de su anterior regocijo por la tiritera de Berelain. De hecho, la idea de cubrirse con las túnicas de lana de los *gai'shain* se le antojaba muy apetecible. No obstante, los Aiel no hicieron intención de emprender la marcha. Había más cautivos a los que debían llevar.

La primera fue Maighdin, en cueros y atada como Faile, y resistiéndose a cada paso. Hasta que la Doncella que iba empujándola la zancadilleó violentamente. Maighdin se dio una tremenda culada en la nieve, y sus ojos se abrieron tanto que Faile se habría reído si no hubiese sentido tanta pena por ella. Alliandre llegó a

continuación, casi doblada por la mitad en un intento de cubrirse, y luego fue Arrela, que parecía tan paralizada por su desnudez que dos Doncellas casi tenían que llevarla a rastras. Finalmente, otro alto Aiel apareció con Lacile, que pateaba furiosamente, cogida por debajo del brazo como si fuese un fardo.

—Los demás están muertos o han huido —informó el hombre mientras dejaba caer a la menuda cairhienina junto a Faile—. Sevanna tendrá que conformarse, Efalin. Da mucha importancia a tomar gente que lleva sedas.

Faile no se resistió un ápice cuando la obligaron a ponerse de pie y a emprender la trabajosa marcha a través de la nieve, a la cabeza de las otras prisioneras. Estaba demasiado conmocionada para luchar. Parelean muerto, Arrela y Lacile cautivas, así como Alliandre y Maighdin. Luz, alguien tenía que avisar a Perrin sobre Masema. Alguien... La idea fue como un último mazazo. Allí estaba, tiritando y apretando los dientes para que no le castañetearan, haciendo todo lo posible para aparentar que no estaba tan desnuda como su madre la trajo al mundo y atada, de camino hacia una incierta cautividad. Y como si todo eso no fuera suficiente, además tenía que confiar en que esa provocativa gata —¡esa sobona pelandusca!—, Berelain, hubiese logrado escapar para avisar a Perrin. En comparación con todo lo demás, eso le parecía lo peor.

Egwene condujo a *Daishar* a lo largo de la columna de iniciadas, hermanas a caballo entre las carretas, Aceptadas y novicias a pie a pesar de la nieve. El sol brillaba en un cielo casi sin nubes, pero de los ollares de su castrado salían nubecillas de vapor. Sheriam y Siuan iban detrás de ella, hablando en voz baja sobre las noticias recibidas de los informadores de Siuan. Egwene ya había adivinado que la mujer pelirroja sería una eficaz Guardiana una vez que comprendiera que no era la Amyrlin, pero, día a día, Sheriam parecía mostrarse más diligente con sus obligaciones. Chesa las seguía en su rechoncha yegua por si acaso la Amyrlin necesitaba algo, y, cosa rara en ella, rezongaba porque Meri y Selane se hubiesen fugado, las muy ingratas, dejándola a ella el trabajo de las tres. Iban al paso, y Egwene ponía gran empeño en no mirar hacia la columna detenida.

Un mes de inscribir, de tener el libro de novicias abierto para todas, había resultado en una cifra sorprendente, un río de mujeres ansiosas de convertirse en Aes Sedai, de todas las edades y algunas procedentes de lugares a cientos de kilómetros de distancia. Ahora había el doble de novicias que antes. ¡Casi un millar! Muchas, muchísimas, nunca llevarían el chal, pero aun así su número había sorprendido a todo el mundo. Algunas podrían ocasionar pequeños problemas, y una de ellas, una abuela llamada Sharina con un potencial superior incluso al de Nynaeve, había dejado estupefactas a todas las hermanas; sin embargo, la razón de no querer mirar hacia la columna no era el hecho de ver a una madre y a una hija enzarzadas porque la hija

sería mucho más fuerte algún día, ni a las nobles que empezaban a pensar que habían cometido un gran error al pedir que se les hiciera la prueba, ni siquiera las miradas directas e inquietantes de Sharina. La mujer canosa obedecía todas las reglas y mostraba el debido respeto, pero había dirigido a su numerosa familia a fuerza de un carácter enérgico; incluso algunas de las hermanas la evitaban recelosamente. Lo que Egwene no quería ver era el grupo de jóvenes que se les había unido unos días antes. Las dos hermanas que las llevaron se habían quedado más que estupefactas al saber que Egwene era la Amyrlin, pero las chicas a su cargo no podían creerlo; no de Egwene al'Vere, la hija del alcalde de Campo de Emond. No quería ordenar que se castigase a nadie más, pero tendría que hacerlo si pillaba a otra de ellas sacándole la lengua.

Gareth Bryne también tenía a su ejército situado en una ancha columna, caballería e infantería en formación, que se extendía hasta perderse de vista entre los árboles. El pálido sol arrancaba destellos en petos, yelmos y puntas de picas. Los caballos pisoteaban impacientemente la nieve.

Bryne condujo su robusto bayo a su encuentro antes de que Egwene llegara hasta donde esperaban las Asentadas montadas en sus caballos, en un amplio claro que se abría un poco más adelante de la posición de las dos columnas. El general le sonrió tras las barras de la visera del yelmo. Una sonrisa animosa, a su entender.

—Una excelente mañana para ello, madre —dijo—. Aquí al menos.

Ella se limitó a asentir con la cabeza, y el general se situó detrás, junto a Siuan, la cual no empezó a escupirlo de inmediato. Egwene no sabía exactamente a qué acuerdo había llegado con el hombre, pero rara vez rezongaba sobre él cuando Egwene podía oírla, y jamás en presencia del general. Se alegró de que estuviese allí en ese momento. La Sede Amyrlin no podía dar a entender que necesitaba su apoyo moral, pero sentía necesidad de él esa mañana.

Las Asentadas tenían sus caballos en línea al borde de los árboles, y otras trece hermanas aguardaban en los suyos a corta distancia, observando con atención a las Asentadas. Romanda y Lelaine espolearon sus monturas casi al mismo tiempo, y Egwene no pudo contener un suspiro al verlas acercarse, con las capas ondeando tras ellas, los cascos de los animales levantando nieve como si los hubiesen lanzado a la carga. La Antecámara le obedecía porque no tenía más remedio. Lo hacía en lo relativo a la guerra contra Elaida, pero, Luz, ¡qué de peros ponían sobre lo que tenía relación o no con la contienda! ¡Cuando era que no, entonces sacar algo en limpio con ellas era como intentar sacar dientes a un pato! De no ser por Sharina, habrían encontrado un modo de detener la inscripción de mujeres de cualquier edad. Incluso Romanda estaba impresionada con Sharina.

Las dos mujeres frenaron delante de ella, pero antes de que tuviesen tiempo de abrir la boca, Egwene se les adelantó.

—Es hora de que os pongáis a ello, hijas, y no hay tiempo que perder en charlas inútiles. Proceded.

Romanda resopló, aunque quedamente, y a Lelaine le faltó poco.

Hicieron volver grupas a sus caballos a la par, y entonces se asestaron una mirada furibunda. Los sucesos del último mes sólo habían conseguido acentuar el recíproco desagrado. Lelaine echó bruscamente la cabeza hacia atrás en un gesto de concesión y Romanda sonrió, una mínima mueca curvando las comisuras de sus labios. También Egwene estuvo a punto de sonreír. Esa animosidad mutua seguía siendo su mayor fuerza en la Antecámara.

—La Sede Amyrlin ordena que procedáis —anunció Romanda al tiempo que alzaba la mano con gesto pomposo.

El brillo del *Saidar* irradió de golpe alrededor de las trece hermanas que estaban cerca de las Asentadas, envolviéndolas juntas, y una gruesa línea plateada apareció en el centro del claro, rotando hasta formar un acceso de diez metros de alto y cien de ancho. Se colaron copos de nieve del otro lado. Gritos de órdenes impartidas sonaron entre los soldados, y los primeros jinetes con armadura de la caballería pesada pasaron a través del acceso. La densa nevada del otro lado no permitía ver a mucha distancia, pero Egwene imaginó que podía vislumbrar las Murallas Resplandecientes de Tar Valon.

—Ha empezado, madre —dijo Sheriam en un tono que sonaba casi sorprendido.

—Ha empezado —convino Egwene. Y, si la Luz quería, Elaida caería muy pronto. Se suponía que debía esperar hasta que Bryne dijera que habían pasado suficientes soldados, pero no pudo contenerse. Clavó talones en los ijares de *Daishar* y entró bajo la nevada en la llanura donde el Monte del Dragón se perfilaba negro y humeante contra el blanco cielo.

31. Después

Los vientos y las nieves invernales redujeron el tránsito del comercio terrestre, cuando no lo interrumpieron por completo hasta la primavera, y por cada tres palomas enviadas por mercaderes, dos cayeron presa de los halcones o del mal tiempo, pero allí donde el hielo no cubría los ríos, los barcos siguieron navegando y los rumores se extendieron más deprisa que relámpagos. Cientos, miles de rumores, cada cual plantando miles de semillas que germinaron y crecieron en nieve y hielo como si fuera suelo fértil.

En Tar Valon, decían algunos, se habían enfrentado grandes ejércitos, la sangre había corrido a raudales por las calles y las Aes Sedai rebeldes habían clavado la cabeza de Elaida a'Roihan en una pica. No; Elaida había ganado la batalla, y las rebeldes que sobrevivieron se arrastraban a sus pies. No había habido rebeldes ni división en la Torre Blanca. Era la Torre Negra la que se había destruido y escindido, por designio Aes Sedai y poder Aes Sedai, y Asha'man perseguían Asha'man por todos los países. La Torre Blanca había destrozado el Palacio del Sol de Cairhien, y el propio Dragón Renacido estaba ahora atado a la Sede Amyrlin, como una marioneta a su servicio. Algunos rumores decían que eran Aes Sedai las que estaban atadas a él, a los Asha'man, pero eran pocos los que daban crédito a tal rumor, y esos pocos eran la risión de todo el mundo.

Los ejércitos de Artur Hawkwing habían regresado para reclamar su imperio, destruido mucho tiempo antes, y los seanchan arrasaban todo a su paso, incluso habían rechazado al Dragón Renacido en Altara, derrotándolo y haciéndolo retroceder. Los seanchan habían ido a servirle. No; él había arrojado al mar a los seanchan, destruyendo sus ejércitos completamente. No; se habían llevado al Dragón Renacido, para que se postrara de rodillas ante la emperatriz. El Dragón Renacido había muerto, y hubo tanta celebración como duelo, tantas lágrimas como gritos de alegría.

Los rumores se extendieron por las naciones como telarañas superpuestas, y hombres y mujeres planearon el futuro creyendo que sabían la verdad. Hicieron planes y el Entramado los absorbió, tejiéndolos hacia el futuro profetizado.

GLOSARIO

Aclaración sobre las fechas de este glosario

El calendario Tomano (ideado por Toma dur Ahmid) se adoptó aproximadamente dos siglos después de la muerte de los últimos varones Aes Sedai y registró los años transcurridos después del Desmembramiento del Mundo (DD). Muchos anales resultaron destruidos durante las Guerras de los Trollocs, de modo que, al concluir éstas, se abrió una discusión con respecto al año exacto en que se hallaban en el antiguo sistema. Tiam de Gazar propuso un nuevo calendario, en conmemoración de la supuesta liberación de la amenaza trolloc, en el que los años se señalarían como Año Libre (AL). El calendario Gazariano gozó de amplia aceptación veinte años después del final de la guerra. Artur Hawkwing intentó establecer un nuevo anuario que partiera de la fecha de fundación de su imperio (DF, Desde la Fundación), pero sólo los historiadores hacen referencia a él actualmente. Tras la destrucción, la mortalidad y la desintegración generalizadas de la Guerra de los Cien Años, Uren din Jubai Gaviota Voladora, un erudito de las islas de los Marinos, concibió un cuarto calendario, el cual promulgó el Panarch Farede de Tarabon. El calendario Farede —iniciado a partir de la fecha, arbitrariamente decidida, del fin de la Guerra de los Cien Años—, que registra los años de la Nueva Era (NE), es el que se utiliza en la actualidad.

Ahondamiento: 1) La capacidad de usar el Poder Único para diagnosticar condiciones físicas y enfermedades. 2) La habilidad de hallar depósitos de minerales metalíferos con el Poder Único. El hecho de que ésta sea una habilidad perdida por las Aes Sedai mucho tiempo atrás puede explicar que el nombre se haya relacionado con otra facultad.

Allegadas, las: Incluso durante la Guerra de los Trollocs, hace más de dos mil años (alrededor del 1000-1350 DD), la Torre Blanca seguía manteniendo el nivel exigido y expulsaba a las mujeres que no daban la talla. Un grupo de esas mujeres, temerosas de regresar a sus casas en mitad de una guerra, huyó a Barashta (en las inmediaciones de donde se alza actualmente Ebou Dar), lo más lejos posible del conflicto en aquel tiempo. Se llamaron a sí mismas las Allegadas o las Emparentadas; mantuvieron en secreto su grupo y ofrecieron un refugio seguro a otras que habían sido expulsadas. Con el tiempo, el hecho de entrar en contacto con mujeres a las que se les ordenaba abandonar la Torre las condujo a abordar a las fugitivas y, aunque las razones exactas quizá no se sepan nunca, las Allegadas empezaron a aceptar también a las que huían de la Torre. Ponían gran empeño en que esas jóvenes no descubrieran nada sobre su grupo hasta tener la seguridad de que las Aes Sedai no caerían sobre ellas de repente para arrastrarlas de vuelta a la Torre. Al fin y a la postre, era de todos

sabido que a las fugitivas se las atrapaba siempre, antes o después, y las Allegadas sabían que, a menos que mantuvieran en secreto su organización, ellas mismas serían castigadas severamente.

Las Allegadas ignoraban que las Aes Sedai tenían conocimiento de su existencia casi desde el principio, pero la prosecución de la guerra no les dejaba tiempo para ocuparse de ellas. Al finalizar el conflicto, la Torre cayó en la cuenta de que no le convenía desmantelar el grupo de las Allegadas. Hasta entonces, la gran mayoría de las fugitivas había logrado escapar en contra de la propaganda de la Torre, pero una vez que las Allegadas empezaron a ayudarlas a huir, la Torre sabía exactamente adónde se encaminaba cualquier fugitiva, y así comenzó a recuperar a nueve de cada diez. Puesto que las Emparentadas se mudaban cada cierto tiempo de Barashta (y posteriormente de Ebou Dar) con el propósito de mantener en secreto su existencia y el número de las componentes del grupo, sin que su estancia se prolongase más de diez años para no correr el riesgo de que nadie advirtiera que no envejecían a un ritmo normal, la Torre creyó que eran muy pocas, además de que llevaban a raja tabla no llamar la atención. Con el propósito de utilizar a las Allegadas como una trampa para las fugitivas, la Torre decidió dejarlas en paz, en contra de lo que habían hecho con cualquier otro grupo similar a lo largo de su historia, así como guardar en secreto su existencia para cualquiera que no fuese Aes Sedai.

Las Allegadas no tienen leyes, sino más bien unas reglas basadas en parte en las establecidas por la Torre Blanca para novicias y Aceptadas, y en parte por la necesidad de conservar su secreto. Como sería de esperar dados los orígenes de las Allegadas, el mantenimiento de sus reglas es estricto con todas sus integrantes.

Recientes contactos entre Aes Sedai y Allegadas —aunque tal circunstancia es conocida únicamente por un puñado de hermanas— han dado lugar a varias sorpresas, entre ellas el hecho de que hay el doble de Emparentadas que Aes Sedai, así como que algunas de las primeras superan en un siglo la edad a la que ha llegado cualquier Aes Sedai desde antes de la Guerra de los Trollocs. El efecto que estos descubrimientos puedan tener tanto en las Aes Sedai como en las Allegadas aún está por verse. (Véanse Hijas del Silencio, las; Círculo de Labores de Punto, el.)

Asha'man: 1) En la Antigua Lengua «Guardián» o «Guardianes», pero siempre con el significado de un defensor de la verdad y la justicia. 2) El nombre dado tanto al colectivo de hombres que han acudido a lo que ahora se llama la Torre Negra, cerca de Caemlyn, en Andor, a fin de aprender a encauzar, como a uno de sus rangos. Su entrenamiento se centra en los distintos modos de utilizar el Poder Único como arma; una vez que han aprendido a asir el *Saidin* —la mitad masculina de la Fuente —, se les exige realizar todo tipo de tareas y trabajos con el Poder, lo que implica otro cambio con respecto a las normas de la Torre Blanca. A un hombre que acaba de enrolarse se lo llama «soldado» y lleva una chaqueta negra, de cuello alto, al estilo

andoreño. Al ser ascendido a «Dedicado» se adquiere el derecho de lucir un alfiler de plata, denominado «espada», en un pico del cuello. La promoción a Asha'man otorga el derecho a llevar la insignia del «dragón», el alfiler esmaltado en dorado y rojo, en el pico contrario. Aunque muchas mujeres, incluidas las esposas, huyen cuando descubren que sus compañeros pueden encauzar, un número considerable de los hombres de la Torre Negra están casados y utilizan una versión del vínculo de los Guardianes con sus Aes Sedai a fin de crear un nexo con sus esposas. Este mismo vínculo, alterado para compeler a la obediencia, ha empezado a usarse recientemente a fin de capturar también Aes Sedai.

Balwer, Sebban: Otrora secretario de Pedron Niall oficialmente, aunque en secreto era su jefe de espías. Ayudó a Morgase a escapar de los seanchan en Amador por sus propios motivos, y ahora trabaja como secretario de Perrin t'Bashere Aybara y de Faile ni Bashere t'Aybara.

Capitán de Espadas: Véase Capitán de Lanzas.

Capitán de Lanzas: En la mayoría de las naciones, las mujeres nobles no dirigen personalmente a sus mesnaderos en la batalla en circunstancias normales. En cambio, contratan a un soldado profesional, casi siempre un plebeyo, que es responsable del entrenamiento de los mesnaderos así como de dirigirlos. Dependiendo del país, ese hombre puede llamarse Capitán de Lanzas, Capitán de Espadas, Maestro de los Caballos o Maestro de las Lanzas. A menudo surgen, quizá de manera inevitable, rumores sobre otro tipo de relación entre la noble y el guerrero aparte de la de patrona y asalariado. En ocasiones dichos rumores son ciertos.

Cha Faile: 1) En la Antigua Lengua, «Garra del Halcón». 2) Nombre adoptado por los jóvenes cairhieninos y tearianos que intentan seguir el *ji'e'toh*. Han jurado lealtad a Faile ni Bashere t'Aybara y secretamente actúan como sus exploradores y espías.

Círculo de Labores de Punto, el: La junta dirigente de las Allegadas. Puesto que ninguna de las componentes del grupo ha sabido nunca cómo organizan las Aes Sedai su propia jerarquía —conocimiento que sólo se adquiere cuando una Aceptada ha pasado su prueba para obtener el chal—, las Allegadas no se basan en la fuerza con el Poder sino que dan gran importancia a la edad, de modo que la mujer mayor siempre está por encima de la más joven. Por consiguiente, el Círculo de Labores de Punto (nombre escogido, al igual que el de Allegadas, por su carácter inofensivo) está formado por las trece mujeres mayores residentes en Ebou Dar en ese momento, recibiendo la de mayor edad el título de la Rectora. Conforme a las reglas, todas tendrán que dejar el puesto cuando les llegue el momento de mudarse, pero mientras residen en Ebou Dar tienen autoridad absoluta sobre las Allegadas, hasta un grado que cualquier Sede Amyrlin envidiaría. (Véase Allegadas, las.)

Compañeros, los: El cuerpo militar de elite de Illian que actualmente está al

mando del primer capitán Demetre Marcolin. Los Compañeros proporcionan escolta al rey de Illian y guardan los puntos clave en toda la nación. Además, a los Compañeros se los ha utilizado tradicionalmente en la batalla para atacar las posiciones enemigas más fuertes y sacar ventaja de sus puntos débiles, así como cubrir la retirada del rey si llegara el caso. A diferencia de la mayoría de las unidades de elite de su clase, a los forasteros no sólo se los acoge de buen grado en sus filas (excepto tearianos, altaraneses y murandianos), sino que incluso pueden ascender al rango más alto; lo mismo reza para los plebeyos, cosa que tampoco es habitual. El uniforme de los Compañeros consiste en chaqueta verde, peto adornado con las Nueve Abejas de Illian y un yelmo cónico con visera de hendiduras en acero. El primer capitán luce cuatro galones trenzados de oro en las bocamangas, y un penacho de tres finas plumas doradas en el yelmo. Los tenientes llevan dos galones amarillos en las bocamangas y dos finas plumas verdes, mientras que los subtenientes llevan un galón amarillo y una pluma verde. Los distintivos de los abanderados son dos galones abiertos de color amarillo en las bocamangas y una pluma del mismo tono, y los hombres del pelotón sólo llevan un galón abierto, también amarillo.

Consolidación, la: Cuando los ejércitos enviados por Artur Hawkwing a las órdenes de su hijo Luthair desembarcaron en Seanchan, se encontraron con un mosaico cambiante de numerosísimas naciones que guerreaban frecuentemente entre sí y que a menudo estaban regidas por Aes Sedai. Sin existir un equivalente de la Torre Blanca, las Aes Sedai actuaban en favor de sus propios intereses y poderío valiéndose del Poder Único. Formaban pequeños grupos e intrigaban constantemente unas contra otras. En gran parte, esas continuas maquinaciones en provecho propio y las resultantes guerras entre las miles de naciones fueron las que permitieron a los ejércitos del este del Océano Aricio iniciar la conquista de todo un continente y que sus descendientes finalizaran dicha tarea. Esa conquista, durante la cual los descendientes de los ejércitos originales se convirtieron en seanchan a medida que conquistaban a los oriundos, se prolongó más de novecientos años y se la conoce como la Consolidación.

Corenne: En la Antigua Lengua, «el Retorno». Nombre dado por los seanchan tanto a la flota de miles de barcos como a los cientos de miles de soldados, artesanos y demás que transportarán esas naves y que llegarán detrás de los Precursores para reclamar las tierras robadas a los descendientes de Artur Hawkwing. (Véase Precursores.)

da'covale: 1) En la Antigua Lengua, «el que es posesión» o «persona que es propiedad». 2) Entre los Seanchan, término utilizado a menudo, junto con el de «propiedad», para «esclavos». La esclavitud tiene una historia larga e inusitada entre los seanchan, ya que hay esclavos con habilidad para ascender a posiciones de gran poder y autoridad, incluso sobre aquellos que son libres. (Véase so'jhin.)

Defensores de la Ciudadela, los: La unidad militar de elite de Tear. El actual Capitán de la Ciudadela (el comandante de los Defensores) es Rodrivar Tihera. En dicho cuerpo sólo se admiten tearianos, y por lo general los oficiales son de la nobleza, aunque a menudo pertenecen a casas menores o a ramas menores de casas importantes. Los Defensores tienen a su cargo la salvaguardia de la inmensa fortaleza llamada Ciudadela de Tear, en la ciudad del mismo nombre, la defensa de la urbe y las tareas propias de un cuerpo policial o una guardia ciudadana u otra organización semejante. Salvo en tiempos de guerra, sus funciones rara vez los llevan lejos de la ciudad. Así, como ocurre con todas las unidades de elite, son el núcleo en torno al cual se forma el ejército. El uniforme de los Defensores consiste en una chaqueta negra con mangas acolchadas, listadas en negro y dorado, con puños negros, peto bruñido y yelmo con reborde y visera de hendiduras de acero. El Capitán de la Ciudadela luce tres plumas blancas y cortas en el yelmo, y en los puños de la chaqueta, tres galones dorados y entrelazados sobre banda blanca. Los capitanes llevan dos plumas blancas y un galón dorado sobre puños blancos; los tenientes, una pluma blanca y un galón negro sobre puños blancos; los subtenientes, una corta pluma negra y los puños blancos, sin galones. Los Portaestandartes llevan puños dorados en las chaquetas, y los hombres del pelotón, los puños listados en negro y dorado.

der'morat-: 1) En la Antigua Lengua, «maestro adiestrador». 2) Entre los seanchan, el sufijo se aplica para indicar a un adiestrador eminente y experto en una de las disciplinas exóticas, alguien que entrena a otros, por ejemplo, el der'*morat'raken*. Los der'morat pueden disfrutar de una posición social muy importante, y la más elevada la ostentan las *sul'dam*, que se equiparan con oficiales militares de alto rango. (Véase morat)

Fain, Padan: El otrora Amigo Siniestro es ahora algo mucho peor y más poderoso, y enemigo de los Renegados tanto como lo es de Rand al'Thor, a quien odia con pasión. La última vez que se lo vio utilizaba el nombre de Jeraal Mordeth y actuaba como consejero de lord Toram Riatin en su rebelión contra el Dragón Renacido en Cairhien.

Guardias de la Muerte, los: La unidad militar de elite del imperio seanchan, formada tanto por humanos como por Ogier. Todos los integrantes humanos de los Guardias de la Muerte son *da'covale*, nacidos esclavos, y se los elige a temprana edad para servir a la emperatriz, de quienes son propiedad. Fanáticamente leales y ferozmente orgullosos, a menudo exhiben los cuervos tatuados en sus hombros, la marca de un *da'covale* de la emperatriz. Los yelmos y las armaduras de su unidad van lacados en verde oscuro y rojo sangre, y los escudos, en negro; sus lanzas y espadas llevan borlas también negras. (Véase *da'covale*.)

Hailene: En la Antigua Lengua, «Precursores» o «los Que Llegan Antes».

Término aplicado por los seanchan a la masiva fuerza expedicionaria enviada a través del Océano Aricio para explorar las tierras antaño regidas por Artur Hawkwing. Actualmente al mando de la Augusta Señora Suroth, los Hailene, cuyas filas se han engrosado con los reclutamientos realizados en los países conquistados, han superado con creces sus objetivos originales.

Hanlon, Daved: Un Amigo Siniestro, antiguo comandante de los Leones Blancos al servicio del Renegado Rahvin en la época en que éste tuvo Caemlyn bajo su dominio utilizando el nombre falso de lord Gaebril. Posteriormente, Hanlon condujo a los Leones Blancos a Cairhien con órdenes de fomentar la rebelión contra el Dragón Renacido. Los Leones Blancos fueron destruidos por una «burbuja maligna», y Hanlon recibió instrucciones de regresar a Caemlyn con fines aún desconocidos.

Hijas del Silencio: Durante la historia de la Torre Blanca (más de tres mil años), diversas mujeres que fueron expulsadas no quisieron aceptar su destino e intentaron agruparse. Tales grupos —o al menos casi todos ellos— fueron dispersados por la Torre Blanca tan pronto como se descubrió su existencia, y a sus componentes se las castigó severa y públicamente a fin de asegurarse de que llegara a oídos de las demás y sirviera de lección. Las integrantes del último grupo dispersado se llamaban a sí mismas las Hijas del Silencio (794-798 NE), y lo componían dos Aceptadas, a las que la Torre había expulsado, y otras veintitrés mujeres a las que reunieron y entrenaron. Todas fueron conducidas a Tar Valon y castigadas; a las veintitrés se las inscribió en el libro de las novicias. Sólo una de ellas logró obtener el chal. (Véase Allegadas, las.)

Ishara: Primera reina de Andor (alrededor de 994-1020 AL). A la muerte de Artur Hawkwing, Ishara convenció a su esposo, uno de los generales más destacados de Hawkwing, de que levantara el asedio a Tar Valon y la acompañara a Caemlyn con todos los soldados que pudiera apartar del ejército. Mientras otros intentaban adueñarse de todo el imperio de Hawkwing y fracasaban, Ishara se apoderó de una pequeña parte y logró su propósito. En la actualidad, casi todas las casas nobles de Andor descienden en mayor o menor medida de Ishara, y el derecho a reclamar el Trono del León depende por igual de pertenecer a la estirpe directa de dicha reina como del número de linajes relacionados con ella que puedan establecerse de manera fehaciente.

jerarquía de los Marinos: Los Atha'an Miere, o los Marinos, están gobernados por la Señora de los Barcos de los Atha'an Miere. En el desempeño de su tarea, ésta cuenta con la ayuda de la Detectora de Vientos de la Señora de los Barcos y del Maestro de Armas. En el escalafón inmediatamente inferior se encuentran las Señoras de las Olas de los clanes, cada cual ayudada por sus correspondientes Detectora de Vientos y Maestro de Espadas. A continuación están las Navegantes (capitanas de barco) de sus respectivos clanes, que a su vez disponen de la asistencia de su

Detectora de Vientos y su Maestre de Cargamento. La Detectora de los Vientos de la Señora de los Barcos tiene autoridad sobre todas las Detectoras de Vientos de las Señoras de las Olas de los clanes, quienes, a su vez, tienen potestad sobre todas las Detectoras de Vientos de sus clanes respectivos. Asimismo, el Maestro de Armas tiene autoridad sobre todos los Maestros de Espadas, y éstos sobre los Maestros de Cargamento de sus clanes. El rango no es hereditario entre los Marinos. Son las Doce Primeras de los Atha'an Miere quienes eligen, de por vida, a la Señora de los Barcos; estas mujeres son las doce Señoras de las Olas de más edad en los clanes. A la Señora de las Olas del clan la eligen las doce Navegantes mayores de su clan, y a las cuales se las conoce por el título abreviado de las Doce Primeras, un término que también se utiliza para designar a las Navegantes decanas que se encuentren presentes en cualquier parte. De igual modo, puede ser destituida por el voto de esas mismas Doce Primeras. De hecho, se puede cesar a cualquiera excepto a la Señora de los Barcos, lo que abarca todos los escalafones, incluso el de marinero de cubierta, ya sea por cobardía u otros delitos. Cuando una Señora de los Barcos o una Señora de las Olas muere, su Detectora de Vientos está obligada a servir, forzosamente, a otra mujer de rango inferior, con lo que su propio rango también disminuye. La Detectora de Vientos de la Señora de los Barcos tiene autoridad sobre todas las Detectoras de Vientos, y la Detectora de Vientos de una Señora de las Olas de un clan está al mando de todas las Detectoras de Vientos de dicho clan. Del mismo modo, el Maestro de Armas ejerce autoridad sobre todos los Maestros de Espadas y Maestres de Cargo, y un Maestro de Espadas sobre los Maestros de Cargamento de su clan.

Legión del Dragón, la: Una gran unidad militar de infantería que ha jurado lealtad al Dragón Renacido y ha sido entrenada por Davram Bashere de acuerdo con unas pautas ideadas por él mismo y por Mat Cauthon, las cuales difieren radicalmente de las empleadas de manera habitual por los soldados de a pie. Aunque muchos de sus integrantes acuden por propia iniciativa, un gran número de hombres de la Legión es recogido por grupos de reclutamiento procedentes de la Torre Negra, quienes primero reúnen a todos los varones de una zona que desean seguir al Dragón Renacido y sólo después de conducirlos a través de accesos próximos a Caemlyn comprueban a cuáles de ellos se les puede enseñar a encauzar. A los restantes, la mayoría con gran diferencia, se los envía a los campamentos de entrenamiento de Bashere.

Maestro de las Lanzas: Véase Capitán de Lanzas.

Maestro de los Caballos: Véase Capitán de Lanzas.

marath'damane: En la Antigua Lengua, «Las que Deben Atarse con Correa» y también «alguien que debe atarse con correa». Término utilizado por los seanchan para designar a las mujeres capaces de encauzar, pero a las que aún no se les ha puesto el collar de *damane*.

Mera'din: En la Antigua Lengua, «los Sin Hermanos». Nombre adoptado, como

una asociación guerrera, por los Aiel que abandonaron clan y septiar y se unieron a los Shaido porque no podían aceptar a Rand al'Thor, un habitante de las tierras húmedas, como el *Car'a'carn* o porque rehusaron admitir sus revelaciones referentes a la historia y los orígenes de los Aiel. Desertar del clan y del septiar por cualquier razón se considera abominable entre los Aiel, por lo cual ni siquiera sus propias asociaciones guerreras de los Shaido quisieron admitirlos en sus filas, y, en consecuencia, formaron su propia asociación, los Sin Hermanos.

mesnaderos: Soldados que deben lealtad o vasallaje a un lord o lady en particular.

morat-: En la Antigua Lengua, «adiestrador». Entre los seanchan se utiliza para designar a los que adiestran y se encargan de disciplinas exóticas, por ejemplo, el *morat'raken*, un adiestrador o jinete de *raken*, también llamado de manera informal «volador». (Véase der'morat.)

Mujeres Sabias: Tratamiento honorífico que se da en Ebou Dar a las mujeres notables por sus increíbles habilidades para curar prácticamente cualquier herida. Tradicionalmente el distintivo de una Mujer Sabia es un cinturón rojo. Si bien algunas personas han reparado en que gran parte —por no decir la mayoría— de las Mujeres Sabias ebudarianas no son oriundas de Altara, cuanto menos de la propia Ebou Dar, lo que se ignoraba hasta no hace mucho, y aún sólo lo saben unos pocos, es que las Mujeres Sabias son en realidad Allegadas que utilizan varias versiones de la Curación y que aplican hierbas y emplastos sólo como tapadera. Con la huida de las Allegadas de Ebou Dar después de que los seanchan tomaran la ciudad, no queda allí ninguna Mujer Sabia. (Véase Allegadas, las.)

Precursores, los: Véase Hailene.

Profeta, el: O, más formalmente, el Profeta del lord Dragón. Antaño conocido como Masema Dagar, un soldado shienariano, que tuvo una revelación y decidió que había sido llamado a difundir la nueva del renacimiento del Dragón. Cree que nada —¡absolutamente nada!— es más importante que reconocer al Dragón Renacido como la Luz hecha carne y que hay que estar preparado para cuando éste llame a la acción; a tal fin, él y sus seguidores utilizarán cualquier medio para obligar a otros a entonar las alabanzas del Dragón Renacido. Ha renunciado a cualquier otro nombre que no sea el de Profeta, y ha desatado el caos en gran parte de Ghealdan y Amadicia, de las cuales controla zonas extensas.

Puños del Cielo, los: Cuerpo de infantería ligera seanchan cuyos integrantes son transportados a la batalla a lomos de criaturas voladoras llamadas *to'raken*. Son hombres o mujeres menudos, en gran parte por el límite de peso que un *to'raken* puede cargar a la espalda a cualquier distancia. Considerados unos de los soldados más duros del ejército, se los emplea principalmente para incursiones, ataques sorpresa a posiciones de la retaguardia enemiga y allí donde es trascendental la rapidez para situar soldados en un lugar.

Renegados, los: Nombre dado a trece de los Aes Sedai más poderosos que se hayan conocido nunca, los cuales se incorporaron a las filas de la Sombra durante la Era de Leyenda y quedaron confinados junto con el Oscuro cuando volvió a sellarse la Perforación en su prisión. Aunque durante mucho tiempo se ha creído que sólo ellos abandonaron la Luz durante la Guerra de la Sombra, de hecho hubo otros que lo hicieron también; esos trece son únicamente los de más alto rango entre ellos. El número de los Renegados (que se designan a sí mismos «los Elegidos») se ha reducido en cierto modo desde que despertaron hasta el momento actual. Que se sepa, han sobrevivido Demandred, Semirhage, Graendal, Mesaana, Moghedien y otros dos que se reencarnaron en cuerpos nuevos y a los que se les dieron nuevos nombres: Osan'gar y Aran'gar. Recientemente ha aparecido un hombre que se hace llamar Moridin, y podría ser otro de los Renegados muertos sacados de la tumba por el Oscuro. La misma posibilidad cabría con respecto a la mujer llamada Cyndane, pero habida cuenta de que Aran'gar era un hombre ahora reencarnado en mujer, sería inútil hacer conjeturas en cuanto a la identidad de Moridin y de Cyndane hasta que se sepa algo más.

Retorno, el: Véase Corenne.

Sangre, la: Término utilizado por los seanchan para designar a la nobleza. Además de pertenecer a ella por nacimiento, puede obtenerse tal dignidad por ascenso.

sei'mosiev: En la Antigua Lengua, «ojos bajos» o «bajar la vista». Entre los seanchan, decir que alguien se ha «vuelto sei'mosiev» significa que esa persona ha «perdido el prestigio». (Véase *sei'taer*.)

sei'taer: En la Antigua Lengua, «ojos altos» o «mirar de frente». Entre los seanchan, se refiere al honor o el prestigio, a la capacidad de sostener la mirada de alguien. Es posible «ser» o «tener» *sei'taer*, lo que significa que dicha persona posee honor y prestigio, y también «cosechar» o «perder» *sei'taer*. (Véase sei'mosiev.)

Shen an Calhar: En la Antigua Lengua, «Compañía de la Mano Roja». 1) Un grupo legendario de héroes autores de grandes hazañas y que finalmente murieron defendiendo Manetheren cuando dicha nación fue destruida durante la Guerra de los Trollocs. 2) Una unidad militar formada casi de manera fortuita por Mat Cauthon y organizada conforme al estilo de las fuerzas de combate existentes durante lo que se considera el auge de las artes marciales, en los tiempos de Artur Hawkwing y los siglos inmediatamente precedentes.

so'jhin: La traducción que más se ajusta a esta locución de la Antigua Lengua sería «lo alto entre lo bajo», aunque algunos la interpretan con el significado de «tanto el cielo como el valle» entre otras cuantas posibilidades. So'jhin es el término que los seanchan utilizan para designar a los sirvientes hereditarios de alto rango. Éstos son *da'covale*, o propiedad, si bien ocupan posiciones de considerable autoridad

y a menudo de poder. Incluso la Sangre procede con gran tiento con los so'jhin de la familia imperial, y a los de la propia emperatriz les hablan como a iguales. (Véanse Sangre, la; *da'covale*.)